

# DANZA DE ESPEJOS



**Lois McMaster Bujold**



**Lois McMaster Bujold**

Título original: Mirror dance  
Traducción: Margara Auerbach  
© 1994 by Lois McMaster Bujold  
© 1995 Ediciones B S.A.  
Rocafort 104 - Barcelona  
ISBN: 84-4065-835-4  
Edicion digital: seroded  
R6 02/03

La fila de cabinas de consolas de comunicaciones que bordeaba el pasillo de pasajeros en la estación de transferencia orbital comercial más grande de Escobar tenía puertas con espejos, divididas en sectores diagonales por líneas de luces en todos los colores del arco iris. Sin duda, una idea de algún decorador. Los sectores de los espejos no se correspondían, y fragmentaban el reflejo deliberadamente. El pequeño hombre vestido con uniforme militar gris y blanco hizo un gesto de burla frente a su yo enmarcado en las puertas.

Su imagen le devolvió el desprecio. El equipo de descanso de un oficial mercenario, un equipo si insignias - chaqueta con bolsillos, pantalones remetidos en botas altas hasta los tobillos - era correcto en todos sus detalles. El hombre estudió el cuerpo debajo del uniforme. Un enano estirado con la espalda torcida, el cuello corto, la cabeza grande. De una deformidad sutil descartaba cualquier posibilidad de que su figura, tan perturbadora siempre, pasara desapercibida. Imposible pasar desapercibido con semejante estatura... El cabello negro estaba bien cortado. Bajo las cejas negras, el brillo de los ojos grises se hizo más intenso. El cuerpo también era correcto en todos sus detalles. Y él lo odiaba.

La puerta de espejos se deslizó hacia arriba y una mujer salió de la cabina. Tenía puesta una túnica suave y pantalones que ondulaban al moverse. Una bandolera a la moda con equipo electrónico caro colgaba de una cadena enjoyada que le cruzaba el torso: un aviso de su estatus. Al verlo pasar, la mujer se detuvo y retrocedió, asustada por la mirada negra y vacía. Luego dio una vuelta alrededor del hombre, evitándolo con cuidado, mientras murmuraba:

- Perdón... Lo siento...

Un poco tarde, él torció la boca en la imitación de sonrisa y musitó algo medio inaudible que transmitía la suficiente relación con el decoro social como para pasar sin más trámites. Golpeó el teclado para bajar la puerta otra vez y se ocultó de la vista de todos. Por fin un último momento de soledad, aunque fuera en los reducidos confines de una cabina comercial de comunicación. El perfume de la mujer persistía empalagoso en el aire junto a un combinado de olores de la estación: aire reciclado, comida, cuerpos, estrés, plásticos, metales y productos de limpieza. Él exhaló y puso las manos abiertas sobre el pequeño mostrador para detener el temblor.

No estaba de todo solo. Había otro maldito espejo enfrente, para uso de clientes que quisieran controlar su aspecto antes de transmitirlo por holovideo. Los ojos rodeados de un tinte oscuro lo miraron con un brillo malévolo, pero él ignoró la imagen. Vacío los bolsillos sobre el mostrador. Todos sus recursos cabían en un espacio un poco más grande que sus dos palmas extendidas. Un último inventario, como si contar de nuevo pudiera incrementar la suma...

Una tarjeta de crédito por unos trescientos dólares betanos: en esa estación orbital se podía vivir bien durante una semana con esa cantidad, administrándola con cuidado, claro. Tres carnés falsos de identificación, ninguno con el nombre del hombre que era en ese momento. Ninguno con el nombre del hombre que era, fuera quien fuese. Un peine corriente de plástico. Un cubo de datos. Y nada más. Devolvió todo excepto la tarjeta de crédito a los bolsillos de la chaqueta. Se le terminaron los objetos antes que los bolsillos y dejó escapar un bufido. *Por lo menos podrías haberte traído el cepillo de dientes...* Demasiado tarde...

Y cada vez más tarde. Había horrores que seguían adelante, sin pausa, sin que nadie los detuviera, y mientras tanto él se quedaba sentado reuniendo coraje. *Vamos, vamos. Ya lo hiciste: eres muy capaz de volver a hacerlo.* Metió la tarjeta de crédito en la ranura y tecleó el número de código cuidadosamente memorizado. Compulsivamente, miró por

última vez al espejo y trató de suavizar los rasgos para darles una expresión neutral. A pesar de la práctica, no creía que pudiera sonreír en ese momento. Y además despreciaba la sonrisa que le salía.

La pantalla de vídeo siseó, encendiéndose, y se formó un rostro de mujer en ella. Vestía grises y blancos, como él, pero con una insignia de rango y la etiqueta con el nombre. Recitó con voz militar:

- Comandante Oficial Hereld, *Triumph*, Corporación... Dendarii Libres.

En el espacio de Escobar, una flota mercenaria precintaba las armas en la estación Externa del punto de salto bajo los ojos vigilantes de los inspectores militares escobarianos y presentaba pruebas de sus intenciones puramente comerciales. Sólo después de ese trámite se le permitía pasar. Y esa ficción amable se mantenía, aparentemente, en la órbita de Escobar.

Él se humedeció los labios, y dijo con tono parecido:

- Comuníqueme con el oficial de guardia, por favor.

- ¡Almirante Naismith, señor! ¿De vuelta ya? - Incluso a través del holovideo, un estallido de placer y excitación pasó sobre la postura erguida y la cara luminosa de la mujer. Eso lo golpeó como una bofetada -. ¿Qué pasa? ¿Nos vamos pronto?

- A su debido tiempo, teniente... Hereld. - Un nombre adecuado para una oficial de comunicaciones. Él a duras penas consiguió esbozar una sonrisa crispada. El almirante Naismith hubiera sonreído, sí -. Ya se enterará, a su debido tiempo. Mientras tanto, quiero un transporte en la estación de transferencia orbital.

- Sí, señor. Puedo hacerlo, sí. ¿La capitana Quinn está con usted?

- Ah... No, no.

- ¿Y cuándo viene?

- Más adelante...

- Correcto, señor. Lo único que necesito es autorización para... ¿Vamos a cargar equipo?

- No. A mí solamente.

- Entonces, autorización de los escobarianos para un vehivaina de personal... - La oficial se volvió un momento -. Dentro de unos veinte minutos puedo tener a alguien en el muelle E17.

- Muy bien. - Le llevaría por lo menos ese tiempo llegar de ese sector al otro brazo de la estación. ¿Sería bueno agregar una palabra personal para la teniente Hereld? Ella lo conocía, sí, pero era un riesgo, el riesgo de lo desconocido; cada vez que hablaba corría el riesgo de cometer un error. Los errores se castigaban. ¿Estaba imitando bien el acento betano? Odiaba todo eso, lo odiaba con un terror que le atenazaba el estómago -. Quiero que me transfieran directamente al *Ariel*.

- Correcto, señor. ¿Quiere que se lo notifique al capitán Thorne?

¿Sería costumbre del almirante Naismith caer sobre su gente en inspecciones sorpresa? Bueno, no esta vez.

- Sí, hágalo. Dígales que tengan todo listo para salir de órbita.

- ¿Sólo el *Ariel*? - Hereld levantó las cejas.

- Sí, teniente - dijo con el acento arrastrado de los betanos, esta vez perfecto. Se felicitó a sí mismo, y ella se puso erguida. El tono había sugerido exactamente el toque de crítica ante la idea de romper las reglas de seguridad, o los modales, o las dos cosas, con preguntas peligrosas.

- De acuerdo, almirante.

- Naismith fuera. - Cortó el comu. Ella se desvaneció en una niebla de chispas y él dejó escapar un suspiro. Almirante Naismith. Miles Naismith. Tenía que acostumbrarse a responder a ese nombre otra vez, incluso en sueños. Dejar la parte de lord Vorkosigan totalmente fuera del asunto por ahora; ya era bastante difícil ser la parte Naismith del nombre. Práctica. ¿Cómo te llamas? Miles. Miles. Miles.

Lord Vorkosigan fingía ser el almirante Naismith. Él también. ¿Cuál era la diferencia, después de todo?

*¿Pero cuál es tu verdadero nombre?*

Su visión se oscureció en un horror de desesperación y rabia. Parpadeó, controlando la respiración. *Mi nombre es el que yo quiera. Y ahora quiero que sea Miles Naismith.*

Salió de la cabina y caminó con firmeza por el pasillo; las piernas cortas le latían con el esfuerzo, atrayendo y repeliendo al mismo tiempo las miradas fugaces de desconocidos asustados. *Vean a Miles. Vean cómo Miles recibe lo que se merece.* Marchaba con la cabeza baja. Nadie se cruzó en su camino.

Apenas los sensores de cierre de la compuerta parpadearon verde y la puerta se dilató, se agachó para entrar en el vehivaina de personal, un pequeño transbordador de cuatro plazas. Golpeó el teclado para que la compuerta volviera a cerrarse inmediatamente. El vehivaina era demasiado pequeño para mantener un campo de gravedad. Sintió que flotaba sobre los asientos. Tiró con cuidado de sí mismo para llegar al que estaba junto al del solitario piloto, un hombre vestido con un mono gris de técnico de los Dendarii.

- Listo. Vámonos.

El piloto sonrió y le hizo un saludo militar mientras se pasaba el cinturón. En lo demás era un oficial adulto y sensato pero tenía la misma mirada que la comandante oficial, la tal Hereld: excitada, sin aliento, alerta, ansiosa, como si el pasajero estuviera a punto de sacar caramelos de los bolsillos y ofrecérselos.

Él miró por encima del hombre mientras el vehivaina se separaba de los ganchos del muelle y giraba. Salieron con rapidez de la piel de la estación al espacio exterior. Los esquemas de control de tránsito formaban un laberinto de luces de colores sobre la consola de navegación, a través de los cuales el piloto se abría paso con rapidez.

- Me alegro de verlo de nuevo, almirante - dijo el piloto apenas el ovillo de luces se hizo menos enredado -. ¿Qué pasa?

El tono de formalidad del piloto lo tranquilizaba. Un camarada de armas, simplemente, no uno de los Queridos Viejos Amigos, o peor aún, una de las Queridas Viejas Amantes. Ensayó una respuesta evasiva.

- Cuando sea necesario, lo informaré. - Utilizó un tono afable, pero evitó nombres o rangos.

El piloto, intrigado, dejó escapar un «Hummm» y sonrió, aparentemente satisfecho.

Él se acomodó de nuevo con una mueca tensa. La enorme estación de transferencia quedó detrás, se fue empequeñeciendo hasta convertirse en el juguete de un crío enloquecido y luego en unas chispas de luz.

- Discúlpeme. Estoy un poco cansado. - Se acomodó mejor en el asiento y cerró los ojos -. Si me duermo, despiérteme cuando atraquemos.

- Sí, señor - dijo el piloto respetuosamente -. Tiene usted aspecto de necesitar un sueñecito.

Él le hizo un gesto con la mano, como de estar cansado, y fingió dormir.

Se daba cuenta instantáneamente cuando alguien a quien no conocía creía estar frente a «Naismith». A todos les brillaban las caras con ese *brillo* estúpido, hiperalerta. No todos se comportaban como frente a un dios: él había conocido a algunos de los enemigos de Naismith, pero fueran fieles u homicidas, todos reaccionaban. Como si los hubieran encendido de pronto, todos se llenaban de una vida diez veces más poderosa que antes. ¿Cómo coño conseguía encender a la gente de esa forma? Nadie negaba que Naismith fuera un hiperactivo de mierda, pero ¿cómo cojones hacía para contagiar a todos?

Los desconocidos a quienes se presentaba como él mismo no lo saludaban del mismo modo. Eran corteses y vacíos y mal educados, cerrados e indiferentes. Se sentían abiertamente incómodos y preocupados frente a las leves deformidades, y a esa altura de apenas un metro veinticinco.

El resentimiento se le acumuló detrás de los ojos como una sinusitis. Toda esa mierda de adoración al héroe, al héroe o lo que fuera en realidad... Todo para Naismith. *Para Naismith y no para mí... nunca para mí...*

Ahogó una sacudida de miedo. Sabía lo que estaba a punto de enfrentar. Bel Thorne, capitán del *Ariel*, sería otro tipo de examen. Amigo, oficial, betano como Naismith, sí, un hueso duro de roer. Pero además, Thorne conocía la existencia del clon desde aquel caótico encuentro hacía ya dos años en la Tierra. Nunca se habían visto cara a cara. Pero un error que otro Dendarii dejaría pasar podía despertar las sospechas de Thorne, la idea loca de que ése...

Naismith le había robado incluso esa distinción. El almirante mercenario, pública y falsamente, decía que él también era un clon. Un disfraz superior que ocultaba su otra identidad, su otra vida. *Tú tienes dos vidas* - pensó hablándole a su enemigo ausente -. *Yo, ninguna. Yo soy el verdadero clon, mierda. ¿Ni siquiera puedo ser único en eso? ¿Tienes que llevártelo todo?*

No. Había que tener pensamientos positivos. Ya se las arreglaría para manejar a Thorne. Siempre que pudiera evitar a la terrorífica Quinn, la guardaespaldas, la amante. Con ella sí se había encontrado frente a frente, en la Tierra, y la había engañado una vez, toda una mañana. Pero dos veces no, no lo creía posible. Por suerte Quinn estaba con el verdadero Naismith, pegada a él como con cola: él estaba a salvo. No habría viejas amantes en ese viaje.

Él nunca había tenido una amante, nunca. Tal vez no era justo culpar a Naismith por eso también. Durante los primeros veinte años de su vida, había sido prisionero, aunque no siempre se hubiera dado cuenta. Durante los últimos dos... Los últimos dos años habían sido un desastre continuo, pensó con amargura. Ésa era su última oportunidad. Se negaba a pensar en nada más adelante. No. Esto tenía que funcionar.

El piloto se movió a su lado y él abrió los ojos justo cuando la desaceleración lo comprimía contra el asiento. Estaban llegando al *Ariel*. La nave pasó de modelo a tamaño real. El crucero liviano construido en Illyria llevaba veinte tripulantes, más lugar para una supercarga y un escuadrón de comando. Mucho poder de fuego para su tamaño, un perfil de energía típico de las naves de guerra. Parecía rápido, casi lascivo. Una buena nave correo, una buena nave para salir corriendo a toda velocidad. Perfecta. A pesar de su malhumor, se le curvaron los labios mientras la estudiaba. *Ahora yo recibo y tú das, Naismith.*

El piloto, totalmente convencido de que llevaba al almirante, puso el vehivaina de personal en el muelle con un sonido suave, limpio. Una llegada impecable.

- ¿Espero, señor?

- No. No voy a necesitarlo.

El piloto se apresuró a preparar los cierres mientras su pasajero se desabrochaba el cinturón y lo saludó militarmente con otra de esas estúpidas sonrisas de orgullo. Él le devolvió una sonrisa retorcida y otro saludo, luego se cogió a las agarraderas que quedaban sobre la compuerta y se balanceó para entrar en el campo de gravedad del *Ariel*.

Cayó limpiamente sobre los pies en una pequeña entrada de carga. Detrás de él, el piloto de la vehivaina ya estaba cerrando de nuevo la compuerta para volver a su nave de origen, probablemente la nave insignia *Triumph*. Él levantó la vista - la vista siempre arriba, siempre - hacia la cara Dendarii que lo esperaba, una cara que conocía sólo por haberla estudiado en holovideo.

Bel Thorne, comandante de la nave, era un hermafrodita betano, una raza que había surgido a partir de un experimento temprano en genética humana e ingeniería social, que en lugar de solucionar los problemas había creado otra minoría. La cara sin barba de Thorne estaba enmarcada por un cabello suave y castaño, con un corte ambiguo que tanto podría llevar un hombre como una mujer. Tenía la chaqueta de oficial abierta y la

camiseta negra que llevaba debajo se curvaba sobre pechos moderados aunque claramente femeninos. Los pantalones grises del uniforme de los Dendarii eran lo bastante holgados como para disimular el bulto recíproco en la entrepierna. Algunos se sentían terriblemente turbados frente a los hermafroditas. Él tuvo una sensación de alivio al ver que ese aspecto de Thorne sólo lo desconcertaba ligeramente. *Los clones que viven en casas de cristal no deberían arrojar la primera pied...* Lo que realmente le molestaba era esa mirada-Naismith radiante y sincera. Se le hizo un nudo en el estómago mientras devolvía el saludo militar.

- ¡Bienvenido a bordo, señor! - La voz era aguda, vibrante de entusiasmo.

Estaba intentando una dura sonrisa cuando el hermafrodita dio un paso al frente y lo abrazó. El corazón le saltó en el pecho y estuvo a punto de soltar un grito y de rechazar el gesto con violencia. Soportó el abrazo sin ponerse rígido, dominándose mentalmente para recuperar la compostura y recordar las palabras que había planificado con tanto cuidado. *Supongo que no intentará besarme...*

El hermafrodita lo separó un poco, las manos sobre los hombros, pero no lo besó. Él respiró aliviado. Thorne inclinó la cabeza, con un rictus de preocupación en los labios.

- ¿Qué te pasa, Miles?

Nombres de pila, ¿eh?

- Lo lamento, Bel. Estoy un poco cansado. ¿No podemos pasar directamente a la información preliminar?

- A mí me parece *muy* cansado. ¿Quieres a toda la tripulación?

- No... tú puedes informarles después... si quieres... - Ése era el plan: cuanto menos contacto con los Dendarii, mejor.

- Entonces ven a mi camarote, a ver si levantas un poco los pies del suelo y tomas algo de té mientras hablamos.

Thorne lo siguió hacia el corredor. Como no sabía qué dirección tomar, se volvió y esperó con gesto amable a que Thorne pasara primero. Siguió al oficial Dendarii por un par de recodos y curvas y luego a un nivel más arriba. La arquitectura interna de la nave no era tan enredada como había imaginado. Anotó mentalmente la parte que habían recorrido. Naismith conocía bien el lugar.

El camarote de Thorne en el *Ariel* era una pequeña habitación ordenada, de soldado, que no revelaba mucho sobre la personalidad de su dueño, por lo menos con las puertas de los armarios cerradas. Pero Thorne abrió uno y dejó ver un juego de té antiguo de cerámica y un par de docenas de latas de varios té de la Tierra y otros orígenes planetarios, todos protegidos de posibles rupturas con material espumoso.

- ¿Cuál quieres? - preguntó, con la mano sobre las latas.

- El de siempre - contestó él, acomodándose en una silla sujeta al suelo junto a una mesita.

- Sí, claro. No sé para qué te pregunto. Cualquier día de estos voy a empezar a entrenarte para que no seas tan conservador.

Thorne le dirigió una extraña sonrisa sobre el hombro... ¿Tendría todo eso doble sentido? Después de un rato de manipular tazas y agua, le puso una taza de porcelana pintada a mano sobre la mesa. Él la levantó y bebió con cuidado mientras Thorne atornillaba otra silla a menos de un cuarto de giro alrededor de la mesa, sacaba una taza y se sentaba con un gruñido de satisfacción.

Él se tranquilizó con el gusto agradable - aunque algo astringente - de ese líquido de color ámbar. ¿Azúcar? No se atrevía a preguntar. Thorne no había sacado azúcar. Si Naismith hubiera usado azúcar, los Dendarii hubieran tenido un buen cargamento. ¿O acaso Thorne lo estaba probando? No, no. Sin azúcar, entonces.

Mercenarios que bebían té. El líquido no parecía venenoso, no parecía a tono con el arsenal de la pared: un par de bloqueadores, un agujalanzador, un arco de plasma, una ballesta brillante con un equipo de granadas en una bandolera. Thorne era excelente en lo

suyo, se decía, y si era un buen soldado, a él le daba igual lo que bebiera.

- Estás en estudio, supongo. Esta vez nos has traído una buena, ¿eh? - lo acicateó Thorne un momento después.

- La misión, sí. - Esperaba que eso fuera lo que quería decir Thorne con lo del estudio. El hermafrodita levantó las cejas en una pregunta silenciosa -. Es un rescate. No el más grande que hayamos hecho, por supuesto... - Thorne se echó a reír, y él agregó -: Pero con complicaciones.

- No puede ser más complicado que Dagoola Cuatro. Vamos, dime de qué se trata.

Él se frotó los labios, gesto característico de Naismith.

- Vamos a entrar en el criadero de clones de la Casa Bharaputra, en Jackson's Whole. Vamos a limpiarlo.

Thorne se estaba cruzando de piernas, pero al oír sus palabras puso los dos pies en el suelo con brusquedad.

- ¿A matarlos? - dijo con voz sorprendida.

- ¿A los clones? No. ¡A rescatarlos! A todos.

- Ah, bueno... - Thorne parecía terriblemente aliviado -. De pronto he tenido una visión horrible. Después de todo son chicos, aunque sean clones.

- Exactamente. - Le apareció una sonrisa en los bordes de la boca, sorprendiéndolo -. Me... me alegro de que lo veas así.

- ¿Y de qué otra forma lo iba a ver? - Thorne se encogió de hombros -. Ese negocio del trasplante de cerebro es la práctica más obscena de todo el catálogo de servicios sucios de Bharaputra. A menos que haya algo peor y todavía no lo sepamos, claro...

- Yo pienso lo mismo. - Se acomodó de nuevo, para ocultar su sorpresa ante esa aceptación instantánea de su plan. ¿Era sincero Thorne? Él conocía a fondo, como nadie, los horrores escondidos detrás del negocio de los clones en Jackson's Whole. Había vivido dentro de esos horrores. No esperaba que alguien que no compartía sus experiencias compartiera su juicio.

En sentido estricto, la especialidad de la Casa Bharaputra no era la clonación sino la inmortalidad o, por lo menos, la prolongación de la vida. Y era un negocio muy lucrativo porque ¿qué precio puede ponerse a la vida propia? El más alto del mercado. El procedimiento que vendía Bharaputra era arriesgado desde el punto de vista médico, nada ideal, aceptado sólo ante un inminente riesgo de muerte por clientes con mucho dinero y ningún escrúpulo, y eran capaces de planificar el futuro con frialdad y mucha anticipación, eso tenía que admitirlo.

El plan era sencillo aunque el procedimiento quirúrgico en el que se basaba era extremadamente complejo. Se hacía crecer un clon a partir de una célula somática del cliente. Se gestaba el clon en un útero artificial y se lo llevaba a la madurez física en el criadero de Bharaputra, una especie de orfanato increíblemente bien equipado. Después de todo, los clones eran valiosos, y su salud y estado físico de suma importancia. Luego, cuando llegaba el momento, se los canibalizaba. En una operación que tenía un promedio de éxito de poco menos del ciento por ciento, el cerebro del progenitor del clon se trasplantaba de su cuerpo dañado o viejo a un duplicado que estaba en la primera juventud. El cerebro del clon se clasificaba como desperdicio quirúrgico.

El procedimiento era ilegal en todos los planetas del nexo de agujero de gusano, excepto en Jackson's Whole. Eso le parecía muy bien a las Casas criminales que dominaban el planeta: les daba un bonito monopolio, un negocio permanente con mucha práctica, y por lo tanto, equipos quirúrgicos excelentes y expertos. Por lo que él sabía, la actitud del resto de los planetas hacia todo eso era algo así como «ojos que no ven, corazón que no siente». La chispa de furia justiciera en los ojos de Thorne lo había conmovido a un nivel de dolor tan insensibilizado por el uso que ya casi no era consciente de él, y se sorprendió al darse cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. *Seguramente es un truco.* Respiró hondo, otro gesto de Naismith.



Las cejas de Thorne se elevaron mientras pensaba.

- ¿Estás seguro de que deberíamos llevar el *Ariel*? Por lo que sé, el barón Ryoval está vivo. Y el *Ariel* le va a llamar la atención, de eso podemos estar seguros.

La Casa Ryoval era una de las rivales menores de Bharaputra en el ejercicio ilegal de la medicina. Su especialidad era la creación de seres humanos esculpidos por ingeniería genética o cirugía para el propósito que fuera, incluido el sexo. Algo así como esclavos fabricados por encargo; malo, suponía él, pero no el mal asesino que lo obsesionaba. Pero ¿qué tenía que ver el *Ariel* con el barón Ryoval? No tenía ni idea. Que Thorne se preocupara por eso. Tal vez más tarde le daría más información. Se recordó que debía revisar los cuadernos de bitácora de la nave tan pronto tuviera una oportunidad.

- Esta misión no tiene nada que ver con la Casa Ryoval. Pienso evitarlos.

- Eso espero - dijo Thorne con fervor. Luego se detuvo, mientras tomaba el té. Era evidente que seguía pensando -. Ahora, a pesar de que Jackson's Whole necesita una limpieza desde hace mucho, una limpieza con energía atómica, diría yo, supongo que no hacemos esto sólo por bondad de nuestros corazones. ¿Cuál es... digamos, la misión detrás de la misión esta vez?

- En realidad, a nuestro cliente sólo le interesa uno de los clones, o más bien uno de los progenitores. El resto es camuflaje. Los clientes de Bharaputra tienen muchos enemigos. No sabrán quién está atacando a quién. Eso hace que la identidad de nuestro cliente esté más segura y a él le interesa mucho mantener su identidad en secreto.

Thorne sonrió con astucia.

- Ese último refinamiento fue idea tuya, supongo.

Él se encogió de hombros.

- En cierto modo...

- ¿No sería mejor saber qué clon es el que necesitamos, para impedir accidentes o por si tenemos que cortar por lo sano y salir corriendo? Si nuestro cliente quiere que el clon esté vivo... ¿o es que no le importa el estado en que se lo entreguemos? Si el verdadero blanco es el viejo bicho que lo hizo criar...

- Les importa. Y lo quieren vivo. Pero... por razones prácticas, supongamos que todos los clones son el que buscamos.

Thorne abrió las manos, en un gesto de aceptación.

- Completamente de acuerdo. - Los ojos del hermafrodita brillaban de entusiasmo y de pronto se golpeó la palma con el puño produciendo un ruido que le hizo dar un salto -. ¡Ya era hora de que alguien hiciera algo con esos hijos de puta de Jackson! ¡Ah, cómo me voy a divertir! - Mostró los dientes en una sonrisa alarmante -. ¿De qué ayuda dispondremos en Jackson's Whole? ¿Redes de seguridad?

- No cuentes con ninguna.

- Mm. ¿Y cuánto obstáculo? Además de Bharaputra, Ryoval y Fell, claro está.

La Casa Fell negociaba con armas. ¿Qué tenía que ver en todo esto?

- Tú sabes tanto como yo.

Thorne frunció el ceño; aparentemente, ésa no era una respuesta típica de Naismith.

- Tengo mucha información sobre el criadero, y puedo dártela cuando estemos de camino. Mira, Bel, a estas alturas no creo que necesites que yo te diga cómo hacer tu trabajo. Confío en ti. Tú ocúpate de logística y planificación, y yo controlo todo al final.

Thorne enderezó la espalda.

- Correcto. ¿De cuántos chicos hablamos?

- Bharaputra hace uno de esos trasplantes por semana como promedio. Digamos que unos cincuenta al año. El último año de vida llevan a los clones a un edificio especial cerca de los cuarteles generales de la Casa, para el acondicionamiento final. Quiero llevarme a todos los de ese edificio. Cincuenta o sesenta chicos.

- ¿Todos a bordo del *Ariel*? Vamos a ir muy apretados.

- Velocidad, Bel, velocidad...

- Sí. Creo que tienes razón. ¿Tiempo?

- Cuanto antes mejor. Cada semana de retraso cuesta una vida inocente. - Él había medido los dos últimos años por ese reloj. *Ya perdí cien vidas...* Sólo el viaje de la Tierra a Escobar le había costado mil dólares betanos y cuatrocientos clones muertos.

- Comprendo - dijo Thorne con amargura, y apartó la taza de té. Enganchó la silla frente a la comuconsola -. Ese chico está listo para cirugía, ¿no?

- Sí. Y si no es él, otro compañero del criadero.

Thorne empezó a teclear.

- ¿Y los fondos? Ese es *tu* departamento.

- Esta misión se paga contra entrega. Saca lo que necesites de los fondos de la Flota.

- Correcto. Entonces pon tu palma aquí para autorizar la retirada de fondos. - Thorne le alcanzó una almohadilla sensora.

Él puso la palma sobre ella sin dudar ni un segundo. Para su horror, el código rojo de no-reconocimiento empezó a parpadear en la pantalla. *¡No! Tiene que salir bien, tiene que...*

- ¡Mierda de máquina! - Thorne golpeó la almohadilla sensora contra una esquina de la mesa -. ¡Maldita porquería! Vamos a ver ahora.

Esta vez puso la palma con un ligero movimiento. La computadora digirió el nuevo dato y esta vez lo aceptó, afortunadamente. Con fondos. El corazón dejó de golpearle en el pecho.

Thorne puso más datos en la consola y dijo por encima del hombro:

- No hay duda alguna del escuadrón comando que quieres para esto, ¿verdad?

- Ninguna - respondió él como un eco -. Adelante. - Tenía que salir de allí antes de que la tensión de la mascarada le destrozara un buen comienzo.

- ¿Quieres tu camarote de siempre? - preguntó Thorne.

- Claro. - Se puso de pie.

- Y rápido, supongo... - El hermafrodita controló una lectura en la brillante complejidad de los esquemas de logística sobre el vídeo de la consola -. La llave de palma todavía tiene tu clave. Levántate, pareces medio muerto. Ya está todo bajo control.

- Bien.

- ¿Cuándo viene Elli Quinn?

- No participa en esta misión.

Los ojos de Thorne se abrieron, sorprendidos.

- ¿De veras? - Inexplicablemente, apareció una sonrisa en su cara -. Qué mal. - La voz no transmitía ni el más mínimo rastro de desilusión. ¿Alguna rivalidad? ¿Y por qué?

- Que me manden el equipo desde el *Triumph* - ordenó él. Sí, tenía que delegar ese robo también, tenía que delegarlo todo -. Y... cuando puedas, que me manden una comida a mi camarote.

- Claro - prometió Thorne mientras asentía con firmeza -. Me alegro de que comas mejor aunque no duermas. Sigue así. Nos preocupas, ya lo sabes.

¡Una mierda eso de comer mejor! Con su estatura, mantener el peso bajo se había convertido en una batalla constante. Había pasado hambre durante tres meses para entrar de nuevo en el uniforme de Naismith, que había robado hacía dos años y que ahora estaba usando. Otra ola de odio contra su progenitor le pasó por el cuerpo. Se alejó con un saludo informal para que Thorne siguiera trabajando en lugar de levantarse para despedirlo, y se las arregló como pudo para no suspirar con fuerza hasta que la puerta siseó y se cerró a sus espaldas.

No tenía más remedio que probar todas las puertas hasta que una se abriera al ponerle la palma. Ojalá no entrara ningún Dendarii mientras él iba de puerta en puerta. Descubrió el camarote un poco más adelante, justo enfrente del de Thorne. La puerta se abrió cuando él tocó el sensor, y esta vez no hubo dudas ni carteles rojos que le paralizaran el corazón.

El camarote era casi idéntico al de Thorne, sólo que más vacío. Revisó los cajones. En casi ninguno había nada, pero en uno encontró un par de trajes de trabajo grises y un mono de técnico, de su tamaño. Los útiles de aseo a medio usar que encontró en el pequeño baño incluían un cepillo de dientes, y en sus labios apareció una burla irónica. La cama bien hecha que se desplegó desde la pared le pareció extremadamente atractiva, y a punto estuvo de desmayarse en ella.

*Ya estoy de camino. Lo he hecho.* Los Dendarii lo habían aceptado, tomaban sus órdenes con la misma confianza ciega y estúpida con la que seguían las de Naismith. Como ovejas. Lo único que tenía que hacer era no estropearlo. Lo peor ya había pasado.

Se dio una ducha rápida, y cuando estaba a punto de ponerse los pantalones de Naismith le llegó la comida. El hecho de ir medio desnudo le dio una buena excusa para echar rápidamente al atento Dendarii que llevaba la bandeja. La cena que venía bajo las tapaderas era comida real, no raciones. Carne asada, legumbres que parecían frescas, café no sintético; la comida caliente, realmente caliente y la fría, realmente fría, toda muy bien dispuesta en pequeñas porciones, calculadas para el apetito de Naismith. Hasta helado. Él reconoció los gustos de su progenitor y volvió a desalentarle esa necesidad que tenía la gente de darle exactamente lo que él quería, incluso en esos detalles pequeños y cotidianos. El rango tenía sus privilegios, pero eso era una locura.

Se lo comió todo, deprimido, y cuando se estaba preguntando si la cosa verde y peluda que llenaba los espacios vacíos de la bandeja sería también comestible, volvió a sonar el timbre del camarote.

Esta vez era un Dendarii no-comu y una plataforma flotante con tres grandes paquetes.

- Ah - dijo él, parpadeando -. Mi equipo. Déjelo ahí, en el suelo.

- Sí, señor. ¿Quiere que le asigne un ordenanza? - La expresión invitante del no-comu no dejaba duda alguna de quién estaba primero en la línea de voluntarios.

- No... En esta misión, no. Vamos a necesitar todo el espacio. Déjelo.

- Me sentiría feliz si me dejara ayudarlo a desempaquetar, señor. Yo lo empaqueté en la nave.

- Está bien, está bien.

- Si me he olvidado de algo, dígamelo y vuelvo allí enseguida.

- *Gracias, cabo.* - El tono de exasperación actuó afortunadamente como freno para el entusiasmo del cabo. El Dendarii soltó los frenos de la plataforma flotante y salió con una sonrisa de oveja, como diciendo *Bueno, por lo menos lo he intentado.*

Él sonrió a través de dientes apretados y centró su atención en los cajones de embalaje tan pronto se cerró la puerta. Quitó los cierres y se quedó mirando, divertido por su propia ansiedad. Eso es lo que se debía sentir cuando se recibía un regalo de cumpleaños. Él nunca había tenido uno. *Bueno, recuperemos el tiempo perdido.*

La primera tapa reveló un montón de ropa, más ropa de la que él hubiera tenido nunca. Monos de técnico, equipos de descanso, uniforme de gala - levantó la túnica de terciopelo gris y frunció las cejas ante el brillo de los botones de plata -, botas, zapatos, sandalias, pijamas, todo dispuesto para que le quedara a la perfección. Y ropas de civil, ocho o diez conjuntos, en varios estilos galácticos y planetarios, y niveles sociales distintos. Un traje de negocios de Escobar en seda roja, una túnica barrayarana para-militar con pantalones anchos, equipos de navegación, un sarong betano con sandalias, una chaqueta, una camisa y pantalones muy usados que le hubieran ido bien a cualquier trabajador portuario en tiempos de hambre. Mucha ropa interior. Tres tipos de cronos con unidades de comunicaciones integradas, una reglamentaria de los Dendarii, un modelo comercial muy caro, uno que parecía barato y muy usado y que resultó ser el mejor en cuanto a adminículos militares. Y más.

Siguió por el segundo cajón, levantó la tapa y miró dentro boquiabierto. *Armadura espacial.* Una armadura con unidad de combate completa, los equipos de supervivencia totalmente dotados, las armas cargadas y trabajadas. De su tamaño. Parecía brillar con

un fulgor propio, oscuro, malvado, como anidando en su envoltura. El olor lo golpeó bruscamente, un olor increíblemente militar a metal, plástico, energía y sustancias químicas... sudor viejo. Sacó el casco y miró maravillado el espejo oscuro del visor. Nunca había usado una armadura espacial aunque la había estudiado en holovideo hasta que se le cruzaban los ojos. Un caparazón mortífero, siniestro...

La sacó, y ordenó los pedazos en el suelo. Aquí y allá, sobre la superficie brillante, manchas extrañas, marcas y remiendos. ¿Qué armas, qué golpes habrían sido tan poderosos como para atravesar esa superficie de aleación metálica? ¿Qué enemigos las habrían disparado? Cada una de esas señales habría buscado la muerte: se dio cuenta mientras las tocaba. Eso no era fingido.

Y era muy inquietante. *No.* Alejó el temblor frío de la duda. *Si él puede hacerlo, yo también.* Trató de ignorar las marcas y manchas misteriosas sobre el traje de presión y el forro suave, absorbente, mientras lo sacaba. ¿Sangre? ¿Mierda? ¿Quemaduras? ¿Combustible? Ahora todo estaba limpio y sin olor.

El tercer cajón, más pequeño que el segundo, tenía un equipo de media armadura, sin armas integradas, y no para el espacio, sino más bien para combate sucio bajo presión, temperatura y condiciones atmosféricas normales o casi normales. Lo más impresionante era un casco de comando, de duraloy suave con telemetría integrada y un proyector de vídeo en un reborde sobre la frente que ponía los datos de la red justo frente a los ojos del comandante. El flujo de datos se controlaba con ciertos movimientos faciales y órdenes orales. Lo dejó sobre la mesa para examinarlo con más cuidado más tarde. Y volvió a guardar el resto.

Para cuando terminó de arreglar las ropas en los cajones y armarios del camarote, ya estaba arrepentido de haber rechazado el ordenanza. Se dejó caer en la cama y disminuyó la intensidad de las luces. Cuando se despertara, estaría de camino a Jackson's Whole...

Había empezado a dormitar cuando sonó el timbre del comu del camarote. Se levantó para contestarlo y consiguió emitir un «Naismith» bastante coherente en una voz medio borrosa.

- ¿Miles? - La voz de Thorne -. El escuadrón está aquí.

- Ah...bien... Entonces, sal de la órbita en cuanto puedas.

- ¿No quieres verlos? - dijo Thorne, sorprendido.

Inspección. Inspiró con fuerza.

- De acuerdo. Ya voy... Naismith fuera.

Se volvió a poner los pantalones del uniforme, y esta vez eligió una chaqueta con insignias y buscó rápidamente un esquema del interior de la nave en la comuconsola del camarote. Había dos muelles para transbordadores de combate, uno a babor y otro a estribor. ¿Cuál? Trazó la ruta a los dos.

Fue primero a la compuerta operativa del transbordador. Se detuvo un momento entre las sombras y el silencio en la curva del corredor: quería ver la escena antes de que lo vieran.

El muelle de carga estaba invadido por una docena de hombres y mujeres en trajes de vuelo de camuflaje, con montañas de equipo y suministros. Había armas de mano y armas pesadas dispuestas en montones simétricos. Los mercenarios estaban de pie o sentados, hablaban en voz muy alta, con palabras rudas, interrumpidas por ladridos de risa. Todos eran tan grandes, llenos de energía, se golpeaban unos con otros, parecían caballos jugando, y ésa era otra excusa para gritar más fuerte. Llevaban cuchillos y otras armas personales en cinturones o bandoleras, y las mostraban con ostentación. Tenían las caras borrosas, transformadas en manchas, como animales. Él tragó saliva, se enderezó y entró en la habitación.

El efecto fue casi instantáneo.

- ¡Cabeza arriba! - gritó alguien, y se pusieron en posición de firmes, en dos filas

silenciosas y perfectas, cada uno con el bulto de equipo a los pies. Era casi más aterrador que el caos previo.

Con una sonrisa leve, caminó entre ellos y fingió mirarlos uno por uno. Un último bulto de equipo salió volando de la compuerta de transbordador y aterrizó con un golpe sobre la cubierta. La comando número trece pasó corriendo por la compuerta, se puso de pie y lo saludó militarmente.

Él se quedó frío, paralizado de pánico. ¿Qué mierda era eso? Miró fijo la hebilla brillante del cinturón, luego inclinó la cabeza, enderezando el cuello. Esa cosa tenía *dos metros y medio de alto*. El cuerpo enorme, monstruoso, irradiaba poder, tanto poder que él sentía casi una ola de calor, y la cara... la cara era una pesadilla. Ojos amarillos de felino, como los de un tigre, una boca distorsionada con *colmillos*, largos caninos blancos que sobresalían por encima de los labios carmín. Las manos gigantes tenían *garras* como las de los gatos, gruesas, poderosas, afiladas como navajas y pintadas con esmalte rojo... ¿Qué? La mirada de él se elevó hasta la cara del monstruo. Los ojos estaban delineados con sombra dorada y unos puntitos de oro adornaban uno de los altos pómulos. El cabello color caoba estaba tirante hacia atrás en una trenza elaborada. El cinturón, bien ceñido, acentuaba una cierta figura a pesar del traje suelto en varios tonos de gris. ¿Esa cosa era femenina?

- La sargento Taura y el Escuadrón Verde a la orden, señor. - La voz de barítono reverberó en el muelle de aterrizaje.

- Gracias - dijo en un susurro quebrado, y carraspeó para aclararse la garganta -. Gracias, eso es todo, las órdenes las recibirán del capitán Thorne. Descanso. - Todos se inclinaron hacia él, como esperando más, así que tuvo que añadir -: ¡Pueden retirarse!

Rompieron filas en desorden, o en un orden que sólo ellos entendían porque el muelle quedó libre de equipo a una velocidad increíble. La monstruosa sargento se quedó atrás, amenazante, por encima de su cabeza. Él unió las rodillas para no saltar y alejarse de aquello...

Ella bajó la voz.

- Gracias por elegir el Escuadrón Verde. Me han dicho que nos tienes preparado un chollo, Miles...

¿Otra vez el nombre de pila?

- El capitán Thorne te informará durante el viaje. Es una misión... es todo un desafío. - ¿Y ésa era la sargento al mando?

- La capitana Quinn tiene los detalles, como siempre, ¿no es así? - Y levantó una ceja peluda.

- La capitana Quinn... no viene en esta misión.

Él habría jurado que los ojos dorados se abrieron, que las pupilas se dilataron. Los labios de ella retrocedieron y mostraron aún más los colmillos en algo que a él le costó unos instantes de terror reconocer lo que en realidad era: una sonrisa. En cierto modo le recordaba la de Thorne cuando recibió la misma noticia.

Ella levantó la vista: no había nadie más en el muelle.

- ¿Aaah? - La voz ronroneaba, como un gato satisfecho -. Bueno, yo puedo ser tu guardaespaldas cuando quieras, amor, eso ya lo sabes. Lo único que tienes que hacer es pedírmelo...

¿Qué diablos era eso?

Ella se inclinó con una mueca en los labios, una mano con garras carmín lo cogió del hombro - él tuvo una imagen instantánea de ella arrancándole la cabeza, pelándola, comiéndola - y luego la boca roja se cerró sobre la suya. Él se quedó sin aliento. Se le oscureció la vista y a punto estuvo de desmayarse. De pronto ella se enderezó y le dirigió una mirada intrigada, dolida.

- Miles, ¿qué te pasa?

Eso había sido un *beso*. Por los dioses... con un monstruo...

- Nada - jadeó él -. Me encontraba mal... Quizá no debería haberme levantado, pero tenía que hacer la inspección.

Ahora ella parecía muy alarmada.

- ¡Claro que no tendrías que haberte levantado, estás temblando! No puedes ni tenerte en pie. Ven, voy a llevarte a la enfermería. ¡Loco!

- ¡No, no! Estoy bien. Quiero decir que estoy siguiendo un tratamiento. Lo único que tengo que hacer es descansar y recuperarme... nada más.

- Bueno, pues entonces ahora mismo a la cama.

- Sí.

Él giró en redondo. Ella le dio una palmada en el trasero. Él se mordió la lengua y ella dijo:

- Por lo menos estos días comes más. Cuídate, ¿eh?

Él hizo un gesto con la mano por encima del hombro y huyó sin mirar atrás. ¿Qué era eso? ¿Camaradería militar? ¿De un sargento a un almirante? No. Eso era *intimidad*. *Naismith, hijo de puta, ¿qué hacías en tu tiempo libre? Yo no creía que tuvieras tiempo libre. Seguramente eres un maniaco suicida... Si estuviste follándote a eso...*

Cerró la cabina detrás de él y se quedó apoyado allí, temblando, riéndose con incredulidad histérica. Mierda, él había estudiado todo lo que había que estudiar sobre Naismith, todo. No, no era cierto, no podía ser cierto. *Con amigos así, ¿quién necesita enemigos?*

Se desnudó y se quedó tendido en la cama, tenso, pensando en la compleja vida de Naismith/Vorkosigan y preguntándose qué otras trampas para bobos habría en ella más adelante. Por fin, un cambio leve en los susurros y crujidos de la nave que lo rodeaba, un tirón breve de los campos de gravedad cambiantes le indicó que el *Ariel* se alejaba de la órbita de Escobar. Había logrado robar un crucero militar rápido totalmente equipado y armado y nadie lo sabía. Ahora iban hacia Jackson's Whole, hacia el destino de quien los guiaba. Su destino, no el de Naismith. Sus pensamientos descendieron en espiral hacia el sueño.

*Pero si reclamas tu propio destino* - le susurró su voz demoníaca en el último momento, antes de sumirse en el olvido de la noche -, *¿por qué no tu propio nombre?*

2

Salieron del tubo flex desde la nave de pasajeros. Iban juntos, del brazo. Quinn con el equipo baje el hombro, Miles con la bolsa de vuelo en su mano libre. En el vestíbulo de desembarque de la estación orbital de transferencia, las cabezas de la gente se volvieron hacia ellos. Miles echó una mirada a su compañera femenina mientras caminaban ante las miradas envidiosas y disimuladas de los hombres. *Mi Quinn*.

Esa mañana - ¿era por la mañana?, tendría que controlar el tiempo de la Flota Dendarii -, Quinn tenía un aspecto particularmente fuerte... Había vuelto, aunque fuera a medias, a su persona normal. Se las había arreglado para que los pantalones grises de su uniforme parecieran a la moda, remetiéndolos en botas de gamuza roja (no se veían las puntas de acero bajo los dedos gordos) y poniéndose encima un top escarlata muy reducido. La piel blanca le brillaba en contraste con el rojo y los bucles cortos y oscuros. Los colores de superficie distraían la atención de su cuerpo atlético, que no se notaba a menos que se conociera el peso del maldito equipo.

Los ojos diáfanos y castaños daban a la cara de Quinn un aspecto inteligente. Pero lo que dejaba a los hombres con la boca abierta, en mitad de la frase, eran los planos y curvas de la cara, perfectos, esculpidos. Una cara obviamente sofisticada, el trabajo de un auténtico artista cirujano. El observador casual podía imaginar que quien había pagado la cara era el hombre feo con el que iba cogida del brazo, y que por lo tanto la mujer también

era una compra. El observador casual nunca hubiera adivinado el precio que había pagado *ella*: su cara anterior, quemada en combate en Tau Verde. Casi la primera baja en combate del almirante Naismith hacía... ¿cuánto, diez años ya? El observador casual era un imbécil, pensó Miles.

El último representante de la especie fue un ejecutivo rico que a Miles le parecía una versión rubia y civil de su primo Ivan, y que había pasado gran parte del viaje de dos semanas desde Sergyar a Escobar con esas ideas sobre Quinn en la cabeza mientras trataba de seducirla. Miles lo vio cargando su equipaje en una plataforma flotante y dejando escapar un último suspiro de derrota antes de alejarse. Pese a que le recordaba a Ivan, Miles no le tenía inquina. En realidad, el hombre le daba pena porque el sentido del humor de Quinn era tan malvado como sus mortales reflejos.

Miles giró la cabeza hacia el escobariano y murmuró:

- ¿Y qué le dijiste para sacártelo de encima, amor?

Los ojos de Quinn siguieron al hombre para identificarlo. Se rió abiertamente.

- Si te lo dijera, te daría vergüenza.

- No, no. Dímelo.

- Le dije que podías hacer flexiones sobre la lengua. Creo que pensó que no podía competir.

Miles se puso rojo.

- No lo habría dejado llegar tan lejos, pero no estaba totalmente segura de que no fuera una especie de agente - se disculpó ella.

- ¿Ahora sí estás segura?

- Sí. Lástima. Tal vez hubiera sido más entretenido...

- Para mí no. Yo estaba más que listo para tomarme unas buenas vacaciones.

- Sí. Y ahora se te ve mejor, en serio. Descansado.

- Me encanta esto de hacer de pareja de casados para cubrirnos - declaró él -. Ya tuvimos la luna de miel, ¿por qué no el casamiento para completar?

- Nunca te das por vencido, ¿eh? - dijo ella en tono intrascendente. Sólo la leve sacudida en el brazo, bajo el de Miles, le indicó a su compañero que esas palabras la habían lastimado, y se maldijo en silencio.

- Lo lamento. Dije que no iba a volver a tocar ese tema.

Ella encogió el hombro sin peso, y sus brazos se liberaron fortuitamente. Mientras caminaba, empezó a balancear el brazo con agresividad.

- El problema es que tú no quieres que yo sea Madame Naismith, Terror de los Dendarii. Tú quieres que yo sea Lady Vorkosigan de Barrayar. Y ése es un puesto que me rebaja. Yo nací en el espacio. Y si me casara con un chupapolvo, bajara a un pozo con gravedad y nunca volviera a salir... desde luego no elegiría Barrayar. Y no es por insultar a tu casa.

*¿Por qué no? Todos la insultan menos tú.*

- A mi madre le gustas mucho - ofreció él como consuelo.

- Y yo la admiro. La conocí. Nos vimos... ¿cuántas veces? Creo que cuatro, y en cada ocasión estoy más impresionada. Y cuanto más impresionada estoy, más furiosa me pongo por la forma criminal en que Barrayar desperdicia sus talentos. Sería Inspectora General de Investigación Astronómica Betanesa si se hubiera quedado en Colonia Beta. O cualquier otra cosa que quisiera ser.

- Quería ser la condesa Vorkosigan.

- Quería que tu padre la atontara como un bloqueador y admito que tu padre es como para atontar a cualquiera. El resto de la casta Vor le importa un pepino. - Quinn se detuvo porque estaban a punto de llegar al área de inspectores de aduana de Escobar. Miles se quedó a su lado. Los dos miraron a su alrededor, no al compañero -. A pesar de sus aires, es una mujer cansada bajo la piel. Barrayar le ha sacado mucho. Barrayar es su cáncer. La está matando lentamente.

Miles meneó la cabeza, mudo.

- Y a ti también, lord Vorkosigan - agregó Quinn con seriedad. Esta vez fue él quien levantó la mano, levemente herido.

Ella se dio cuenta y giró la cabeza.

- Pero el almirante Naismith sí es mi tipo de maníaco. Comparado con él, lord Vorkosigan es un ser aburrido, un ser abrumado por la responsabilidad. Te vi en tu casa, en Barrayar. Allí no eres ni la mitad de ti mismo. Estás como apagado. Hasta la voz se te baja. Es de lo más raro.

- No puedo... Tengo que encajar ahí. Hace apenas una generación alguien con un cuerpo como el mío habría muerto al nacer por sospecha de mutación. No puedo exagerar las cosas. No puedo ir demasiado rápido. Soy un blanco demasiado fácil.

- ¿Y por eso Seguridad Imperial de Barrayar te manda en tantas misiones fuera del planeta?

- Para que me perfeccione como oficial. Para ampliar mis conocimientos, para adquirir más experiencia.

- Y algún día te van a atar allá abajo para siempre, te van a llevar a casa y te van a estrujar para que les devuelvas toda esa experiencia, para que la pongas a su servicio. Como si fueras una esponja.

- Ahora también estoy a su servicio, Elli - le recordó él con suavidad, con voz tan grave y uniforme, tan baja que ella tuvo que girar la cabeza para oírlo -. Ahora, antes, siempre.

Ella desvió la mirada.

- De acuerdo... Cuando metan tus botas en un cepo y te dejen allá abajo, en Barrayar, yo quiero que me des tu puesto. Quiero ser la Almirante Quinn algún día.

- Me parece muy bien - dijo él amablemente. El trabajo, sí. Era tiempo de que lord Vorkosigan y sus deseos personales volvieran a la bolsa. Tenía que dejar de repasar es conversación estúpida sobre matrimonio con Quinn. Era masoquista. Quinn era Quinn. Él no quería que ella fuera otra cosa, ni siquiera por... ni siquiera por lord Vorkosigan.

A pesar de ese momento de depresión autoinflingida, la idea de volver a los Dendarii le aceleró el paso mientras pasaban por la aduana y entraban en la monstruosa estación de transferencia. Quinn tenía razón. Ya estaba sintiendo cómo Naismith le llenaba la piel, generado desde algún lugar muy adentro en su psiquis hasta la punta de los dedos. Adiós, aburrido teniente Miles Vorkosigan, agente encubierto de Seguridad Imperial de Barrayar (que por cierto ya se merecía un ascenso). Hola, maravilloso almirante Naismith, mercenario espacial y soldado de fortuna.

O mala fortuna. Redujo la velocidad al pasar frente a una fila de cabinas comerciales de comuconsolas a los lados del pasillo para pasajeros, e hizo un gesto hacia las puertas con espejos.

- Primero veamos lo que está cocinando el Escuadrón Rojo. Si ya están suficientemente bien, me gustaría bajar personalmente y saltarles encima.

- De acuerdo. - Quinn dejó caer el equipo peligrosamente cerca de los pies de Miles, calzados con sandalias, se metió con un ágil movimiento en la cabina vacía más cercana, introdujo la tarjeta en la ranura y marcó un código en el teclado.

Miles apoyó en el suelo la bolsa de vuelo, se sentó sobre el equipo y la miró desde fuera. Vio su propia imagen parcialmente reflejada en el mosaico de espejos de la puerta baja de la cabina siguiente. Los pantalones oscuros y la camisa suelta y blanca que usaba tenían un estilo ambiguo en cuanto a origen planetario y eran muy civiles, como correspondía a un agente encubierto. Relajados, informales. No estaban mal.

En otro tiempo había usado uniformes como un caparazón de tortuga, un escudo de alta protección social por las peculiaridades vulnerables de su cuerpo. Una armadura de pertenencia, un *No se metan conmigo. Tengo amigos poderosos*. ¿Cuándo había dejado de sentir que necesitaba todo eso con desesperación? No estaba seguro.

En realidad la pregunta era: ¿Cuándo había dejado de odiar su cuerpo? Habían pasado



dos años desde la última herida seria, en la misión de rescate de rehenes que había venido justo después de ese lío increíble con su hermano en la Tierra. Se había recuperado completamente y ya hacía cierto tiempo de eso. Flexionó las manos, llenas de huesos de repuesto, huesos de plástico, y las encontró tan familiares como antes de que se las aplastaran. Como antes de que se las aplastaran por primera vez. Hacía meses que no tenía ataques de osteoinflamación... *No tengo dolor*, se dio cuenta de pronto con una triste sonrisa. Y no era sólo Quinn, aunque Quinn había sido... muy terapéutica. *¿Me estoy volviendo cuerdo ahora que estoy envejeciendo?*

*Disfrútalo mientras puedas.* Tenía veintiocho años y seguramente estaba en algún tipo de cumbre, de perfección, físicamente hablando. Sentía esa cumbre, la excitación maravillosa del apogeo. El arco descendente era un destino seguro pero para algún día futuro.

Las voces del comu lo devolvieron al presente. Quinn tenía a Sandy Hereld al otro lado de la línea y estaba diciendo:

- Hola, ya he vuelto.

- Hola Quinnie. Te esperaba. ¿Qué puedo hacer por ti? - Sandy había estado haciendo cosas raras con su pelo otra vez, notó Miles desde un lado.

- Acabo de salir de la nave de salto, en la estación de transferencia. Quiero hacer un desvío. Transporte abajo para llevarme a los supervivientes del Escuadrón Rojo, luego otra vez al *Triumph*. ¿Cuál es el estado del Escuadrón?

- Espera un momento. - La teniente Hereld golpeó las teclas de una computadora a su izquierda.

Por el pasillo lleno de gente pasó un hombre vestido con el uniforme gris de los Dendarii. Vio a Miles, asintió una vez, dudando, como si pensara que tal vez la ropa de civil del almirante significaba que estaba en una misión encubierta y no quería que lo saludaran. Miles movió la mano, para tranquilizarlo y el hombre sonrió y siguió adelante. El cerebro de Miles le devolvió datos que él no había pedido. El hombre se llamaba Travis Gray. Era un tecno de campo asignado en general al *Peregrine*, seis años de antigüedad por ahora, experto en equipos de comunicaciones. Coleccionaba música terrestre, específicamente clásica pre-Salto... ¿Cuántos de esos archivos personales llevaba Miles en la cabeza? ¿Cientos? ¿Miles?

Y ahí venían más. Hereld volvió la cabeza.

- Ives se fue de permiso y Boyd volvió al *Triumph* para recibir más terapia. Y el Centro de Vida de Beauchene informa que Durham, Vifian y Aziz pueden salir ya, pero quieren hablar con alguien que esté a cargo antes de dejarlos.

- De acuerdo.

- Kee y Zelaski... de ellos también quieren hablar.

Los labios de Quinn se tensaron.

- Correcto - agregó con voz aséptica. A Miles se le hizo un nudo en el estómago. Sospechaba que ésa no iba a ser una conversación agradable -. Entonces, díles que vamos para allá - dijo Quinn.

- Sí, capitana, de acuerdo. - Hereld hojeó unos archivos en el vídeo -. ¿Qué transbordador quieres?

- El transbordador personal pequeño del *Triumph* me parece bien, a menos que tengas que llevar una carga para ese lado desde el aeropuerto de transbordadores de Beauchene.

- No, de ahí, no.

- Entonces, de acuerdo.

Hereld hizo un control en el vídeo.

- Según el control de vuelos de Escobar, puedo poner el Transbordador Dos en la compuerta del muelle J-26 en treinta minutos. Y tendrás permiso de salida inmediatamente.

- Gracias. Pasa la voz... habrá un informe del capitán y del jefe cuando volvamos. ¿Qué hora es en Beauchene?

Hereld miró a un lado.

- 0906, en un día de 2607 horas.

- Es por la mañana. Qué suerte. ¿Y el tiempo?

- Hermoso. Para mangas de camisa.

- Bien. Así no tengo que cambiarme. Aviso cuando estemos listos para salir de Puerto Beauchene. Quinn fuera.

Miles estaba sentado sobre el equipo, mirando sus sandalias, sacudido por recuerdos desagradables. Había sido una de las aventuras más difíciles de los Mercenarios Dendarii: el ofrecimiento de consejeros y material militar a Marilac para apoyar la continua resistencia contra la invasión cetagandana. El Transbordador de Combate A-4 del *Triumph* había recibido fuego enemigo en el último viaje, cuando llevaba a bordo a todo el Escuadrón Rojo y a varios Maricalanos importantes. El piloto, teniente Durham, aunque mortalmente herido y conmocionado, había traído su transbordador maltrecho y quemado a una unión con los ganchos del muelle del *Triumph* a velocidad suficientemente baja como para que el equipo de rescate pudiera sellar un tubo flex de emergencia, deslizarse por él y recuperar a todos a bordo. Se las habían arreglado para expulsar el transbordador dañado justo antes de que explotara, y el *Triumph* mismo salió de la órbita justo antes de que los Cetagandanos llevaran a cabo su venganza. Y así, una misión que había empezado como algo suave, simple y encubierto, terminó otra vez en el tipo de caos heroico que Miles había llegado a despreciar con toda su alma. El caos, no el heroísmo.

La cuenta de bajas: doce seriamente heridos, siete más allá de los recursos del *Triumph* para resucitación, criogénicamente congelados con la esperanza de poder resucitarlos más tarde; tres muertos, permanentemente. Para siempre. Ahora Miles descubriría cuántos de la segunda categoría habría que pasar a la tercera. Las caras, nombres, cientos de hechos que no quería saber sobre ellos cayeron en cascada en su mente. Originariamente había pensado ir a bordo del último transbordador, pero en lugar de eso había tomado un vuelo anterior para ocuparse de otros problemas menores.

- Tal vez no estén tan mal - dijo Quinn leyéndole la cara. Sacó la mano y él se levantó del equipo y levantó la bolsa de vuelo.

- Pasé tanto tiempo en los hospitales que no puedo evitar identificarme con ellos - se excusó él en una abstracción oscura. Una misión perfecta. Qué daría él por una misión perfecta, donde nada, absolutamente nada, saliera mal. Tal vez la próxima sería así.

El olor del hospital lo golpeó inmediatamente, apenas él y Quinn atravesaron las puertas de entrada al Centro de Vida de Beauchene, la clínica especializada en crioterapia con la que trataban los Dendarii en Escobar. No era un olor desagradable, ningún hedor ni nada parecido, sólo un punto extraño en la atmósfera de aire acondicionado. Pero estaba tan profundamente asociado con el dolor en su experiencia personal que se le aceleró el corazón. *Pelea o huye*. No, ésa no era la frase apropiada. Respiró con fuerza, tratando de ahuyentar un estremecimiento visceral, y miró a su alrededor. El vestíbulo era del estilo común de los palacios-tecno de cualquier lugar en Escobar, limpio pero de muebles baratos. El dinero se invertía arriba, en el equipo de crioterapia, en los laboratorios de regeneración, en las salas de operaciones.

Uno de los socios más antiguos de la clínica, el doctor Aragonés, bajó a saludarlos y los condujo arriba, a su oficina. A Miles le gustaba la oficina del doctor Aragonés, con ese característico amontonamiento de discos de información, mapas y microfilmes de diarios y revistas del tecnócrata que piensa mucho, profundamente, en lo que hace. Le gustaba Aragonés, un tipo grandote, regordete, con la piel bronceada, una nariz noble y cabello gris, un hombre amistoso y franco.

El doctor lamentaba no poder informar de mejores resultados. Miles imaginó que esto

le hería en su amor propio.

- Me traen desastres y esperan milagros... - se quejó con amabilidad, moviéndose en su silla cuando vio que Quinn y Miles ya se habían acomodado en sus asientos -. Si quieren milagros, deberían empezar por el principio, cuando preparan a mis pobres pacientes para el tratamiento.

Aragones nunca los llamaba cada sí miles ni utilizaba cualquiera de los otros sobrenombres acuñados por los soldados. Siempre decía *mis pacientes*. Otra razón para que a Miles le cayera bien en escobariano.

- Por desgracia, nuestras bajas no suelen llegarnos en una lista ordenada, a tiempo - se disculpó a su vez -. En este caso tuvimos veintiocho personas en enfermería, con todo tipo de heridas: trauma extremo, quemaduras, contaminación química, todo al mismo tiempo. Las cosas se pusieron difícilísimas hasta que se ordenó todo. Mi gente hizo lo que pudo. - Dudó -. ¿Usted cree que valdría la pena volver a pedir a nuestros tecnomédicos que hagan un curso en tecnología? Y si es así ¿aceptaría usted impartirlo?

Aragones abrió las manos, y pareció pensativo.

- Algo podemos hacer, sí... hablemos primero con la Administradora Margara, antes de que se vaya.

Quinn observó el gesto de Miles y tomó una nota en el panel de informes.

Aragones buscó diagramas en su comuconsola.

- Lo peor primero. No pudimos hacer nada por el señor Kee no por la señora Zelaski.

- Vi... vi la herida de la cabeza de Kee. No me sorprende. - *Partida como un melón* -. Pero teníamos la crío-cámara disponible y lo intentamos.

Aragones asintió, comprensivo.

- La señora Zelaski tenía un problema similar, aunque menos obvio externamente. Se había roto una parte tan importante de la circulación interna que no pudimos sacarle bien la sangre del cerebro ni infundir correctamente los crío-fluidos. Entre los hematomas y la congelación, la destrucción neurológica fue completa. Lo lamento. Tenemos los cuerpos guardados en la morgue, esperando sus instrucciones.

- Kee quería que su cuerpo volviera a su familia, a su planeta. Haga que su departamento mortuario lo prepare, y envíelo por los canales usuales. Le daremos la dirección. - Miles hizo un gesto a Quinn, quien tomó nota de nuevo -. Zelaski no dio información sobre su familia. Algunos Dendarii no pueden hacerlo o no quieren, y nosotros no insistimos. Pero dijo a algunos de sus compañeros de escuadrón lo que quería que se hiciera con sus cenizas. Por favor, haga que incineren sus restos y devuélvalos al *Triumph*, a nuestro departamento médico.

- Muy bien. - Aragones sacó los diagramas de su vídeo; desaparecieron como espíritus que se desvanecen. Cuando tuvo la pantalla libre, buscó otros.

- El señor Durham y la señora Vifian están parcialmente curados de sus heridas. Los dos sufren lo que yo llamaría críoamnesia normal neurotraumática. La pérdida de memoria del señor Durham es más profunda, en parte por las complicaciones debidas a los implantes neurológicos del piloto, que por desgracia tuvimos que sacar.

- ¿Podrá recibir otro equipo craneal?

- Aún no lo sé, aunque me atrevería a decir que la prognosis es buena, a largo plazo, en los dos casos quiero decir, pero ninguno podrá volver a sus tareas militares por lo menos durante un año. Y después de eso van a necesitar re-entrenamiento profundo y extenso. En los dos casos, recomiendo que vuelvan a su hogar, al entorno familiar, si es posible. Lo familiar ayuda a restablecer el acceso a lo que queda de sus memorias, con el tiempo.

- El teniente Durham tiene familia en la Tierra. Ya nos ocuparemos de que llegue allí. La técnica Vifian es de la estación Kline. Veremos qué podemos hacer.

Quinn asintió con firmeza y tomó más notas.

- Entonces puedo dárselos hoy mismo. Ya hicimos todo lo que pudimos, y cualquier

institución de convalecencia puede hacer el resto. Bueno... me falta informar sobre el señor Aziz.

- Mi hombre, Aziz - dijo Miles. Hacía ya tres años que Aziz estaba en los Dendarii, había pedido entrenamiento para oficial y lo habían aceptado. Veintiún años.

- El señor Aziz está... vivo otra vez. Quiero decir que su cuerpo se mantiene sin ayuda artificial, excepto un leve problema con la regulación de temperatura que parece ir mejorando.

- Pero no tenía heridas en la cabeza. ¿Qué fue lo que salió mal? - preguntó Miles -. ¿Me está diciendo que va a ser un vegetal?

- Lamento decir que el señor Aziz fue víctima de una mala preparación. Al parecer le sacaron la sangre con demasiada rapidez y no completaron la extracción. Hubo hemocitos que se congelaron y le hirieron el tejido cerebral con puntos necróticos. Se los sacamos y empezamos el nuevo crecimiento, que afortunadamente implantamos con éxito. Pero su personalidad está perdida. Para siempre.

- ¿Del todo?

- Tal vez tenga algunos fragmentos de recuerdos, frustrantes por cierto. Sueños. Pero no puede volver a sus caminos neurológicos a través de rutas o subrutinas nuevas porque el tejido ya no está allí. El nuevo hombre empezará como cuasi-infante. Entre otras cosas ha perdido el lenguaje.

- ¿Y la inteligencia? ¿La va a recuperar con el tiempo?

Aragones dudó demasiado antes de responder.

- Dentro de unos años tal vez pueda hacer tareas sencillas, ser autosuficiente.

- Ya veo - suspiró Miles.

- ¿Qué quiere que haga con él?

- Es otro de los que no tienen parientes. - Miles soltó un suspiro -. Transfiéralo a una institución de cuidados prolongados, en Escobar. Una con un buen departamento de terapia de recuperación. Le voy a pedir que me recomiende una. Voy a establecer un pequeño fondo de fideicomiso que cubra los costos hasta que pueda arreglarse solo. Y no me importa el tiempo que sea necesario.

Aragones asintió, y él y Quinn tomaron notas.

Después de fijar detalles administrativos y financieros, la reunión terminó. Miles insistió en ver a Aziz antes de retirar a los otros dos convalecientes.

- No lo va a reconocer - advirtió el doctor Aragones cuando entraban en la habitación.

- Me hago cargo.

A primera vista, Aziz no tenía el aspecto de muerto viviente que Miles había esperado, a pesar de la bata de hospital, siempre tan poco favorecedora. Había color y tibieza en esa cara, y el nivel de melanina lo salvaba de la palidez de los enfermos. Pero estaba tendido, sin movimiento, flaco, retorcido entre las sábanas. Los costados de la cama, subidos, recordaban una cuna o sarcófago. Era triste. Quinn se apoyó contra la pared y cruzó los brazos. Ella también tenía asociaciones desagradables con respecto a clínicas y hospitales.

- Azzie - dijo Miles con suavidad, inclinándose sobre el muchacho -. Azzie, ¿me oyes?

Los ojos de Aziz rastrearon un segundo, pero luego se desviaron de nuevo.

- Sé que no me conoces pero tal vez más adelante te acuerdes de esto. Fuiste un buen soldado, inteligente, fuerte. Y apoyaste a tus camaradas en el accidente. Tenías esa autodisciplina que salva vidas. - *Otras, no la tuya* -. Mañana vas a ir a otro hospital, donde te ayudarán a curarte. - *Entre desconocidos. Más desconocidos* -. No te preocupes por el dinero. Yo me ocuparé de que tengas lo suficiente hasta que puedas arreglarte solo. - *No sabe lo que es el dinero* -. Y vendré a verte de vez en cuando, en cuanto pueda - prometió Miles. ¿A quién se lo prometía? ¿A Aziz? Aziz ya no existía. ¿A sí mismo? Su voz se suavizó hasta hacerse inaudible.

La estimulación oral hizo que Aziz se agitara y emitiera gemidos fuertes e informes; no

tenía control del volumen todavía. Incluso a través de un filtro de esperanza desesperada, Miles se daba cuenta de que no eran un intento de comunicación. Sólo reflejos animales.

- Cuídate - le susurró, y salió al pasillo, temblando.

- ¿Por qué te haces eso? - preguntó Quinn, enojada. Los brazos cruzados, como abrazándose, agregaban: *¿Por qué me lo haces a mí?*

- Primero, porque murió por mí, literalmente y segundo - intentó que su voz sonara suave - porque hay una cierta fascinación obsesiva en mirar a la cara a lo que más temes.

- ¿Es la muerte lo que más temes? - preguntó ella con curiosidad.

- No, la muerte no. - Él se frotó la frente, dudando -. La pérdida de la mente. Mi plan de toda la vida ha sido aceptar *esto* - un gesto vago a la longitud, a la parquedad de su cuerpo - porque fui un hijo de puta pequeñito e inteligente que podía dar un buen rodeo alrededor del problema y probar que era alguien, una y otra y otra vez. Sin la inteligencia... - *Sin la inteligencia, no soy nada*. Se enderezó para dominar la tensión y el dolor del estómago, se encogió de hombros y le sonrió con la boca torcida -. Vamos, Quinn.

Después de Aziz, Durham y Vifian no fueron tan difíciles. Hablaban y caminaban, aunque fuera sin habilidad, y Vifian hasta reconoció a Quinn. Los llevaron al puerto de transbordadores en el auto terrestre alquilado, y Quinn moderó su forma de conducir tipo vete-al-infierno, en un gesto de consideración para con las heridas a medio curar. Cuando llegaron al transbordador, Miles envió a Durham a sentarse con el piloto, que lo conocía y para cuando llegaron al *Triumph*, Durham recordaba no sólo el nombre del conductor sino incluso algunos de los procedimientos de transbordador. Miles envió a los dos convalecientes al tecnomed, que los escoltó a la enfermería para meterlos en la cama después de ese viaje agotador. Miles los vio partir y se sintió un poco mejor.

- Costoso - observó Quinn, reflexivamente.

- Sí - suspiró Miles -. La rehabilitación está empezando a llevarse gran parte del presupuesto médico. Tal vez tenga que hacer que Contabilidad de la Flota lo divida en dos para que el dinero médico no soporte toda la carga. Pero, ¡qué remedio! Mis tropas me son extraordinariamente leales. No puedo traicionarlas. Además - sonrió -, el que paga es el Imperio de Barrayar.

- Me dio la impresión de que tu jefe de Seglmp estuvo revisando las cuentas cuando le informaste.

- Illyan tiene que explicar la razón por la que todos los años desaparece suficiente dinero como para crear un ejército privado en su departamento, y tiene que explicarlo sin admitir la existencia de ese ejército. Ciertos contables imperiales tienden a acusarlo de ineficiencia, y eso le molesta mucho...

El piloto Dendarii del transbordador había cerrado la nave y ahora se agachó en el corredor y cerró la compuerta. Hizo un gesto a Miles.

- Mientras lo esperaba en Puerto Beauchene, señor, oí en la red local una información sin importancia que tal vez le interese. Bueno, lo de información sin importancia es porque estamos en Escobar. - El hombre saltaba un poco sobre los talones.

- Diga, sargento LaJoie. - Miles levantó las cejas.

- Los cetagandanos han anunciado su retirada de Marilac. Han dicho que... ¿cómo era?... «debido a grandes progresos en la alianza cultural, estamos devolviendo la política local a manos locales...».

Miles apretó los puños, lleno de alegría.

- En otras palabras, abandonan a su gobierno títere. ¡Ja! - Saltó en un solo pie y golpeó a Quinn en la espalda -. ¿Has oído, Elli? Hemos ganado. Quiero decir, que los maricalanos han ganado... - *El sacrificio ha dado sus frutos...*

Consiguió controlarse para no deshacerse en lágrimas.

- Hágame un favor, LaJoie, pase la información a la Flota. Dígales que yo he

comentado que los muchachos hicieron un buen trabajo.

- Sí, señor. Será un placer. - El piloto saludó con alegría y salió trotando por el corredor. La sonrisa iluminaba la cara de Miles.

- ¿Ves, Elli? Lo que acaba de comprar Simon Illyan es mil veces más barato que la alternativa. ¡Acaba de fracasar una invasión planetaria cetagandana completa... primero impedida, después anulada...! - En un susurro feroz -: ¡Y yo lo hice!

Quinn también sonreía pero la curva perfecta de su ceja expresaba una aguda ironía.

- Hermoso, pero si yo estuviera leyendo entre líneas correctamente, pensaría que lo que realmente quería Seguridad Imperial de Barrayar era que los militares cetagandanos se enredaran en una guerra de guerrillas en Marilac. Indefinidamente. Quería evitar que la atención de los cetagandanos se fijara en las fronteras de Barrayar, en sus puntos de salto.

- No lo pusieron por escrito. - Hizo una sonrisa lobuna -. Lo único que dijo Simon fue: «Ayuda a los marilacanos cuando se dé la oportunidad.» Ésa fue la orden, palabra más, palabra menos.

- Pero tú sabías perfectamente bien lo que realmente quería.

- Cuatro años sangrientos me parecen suficientes. No traicioné a Barrayar. Nadie lo hizo.

- ¿Ah, sí? Y si Simon Illyan es mucho más maquiavélico que tú, ¿cómo es que prevaleció su versión? Algún día, Miles, en lugar de salvarte por un pelo, te vas a quedar calvo con esa gente. ¿Qué vas a hacer entonces?

Él sonrió, meneó la cabeza y evadió una respuesta.

Su alegría por la noticia de Marilac le hizo sentir que caminaba en media gravedad. Seguía así cuando llegó a su camarote a bordo del *Triumph*. Después de una mirada cuidadosa para asegurarse de que no había nadie en el pasillo, abrazó y besó a Quinn, un beso profundo que iba a tener que durarles mucho tiempo, y ella se fue a su propio camarote. Él se deslizó adentro, y su suspiro fue un eco del de la puerta al cerrarse. Por fin en casa otra vez.

Era su hogar, sí, por lo menos para la mitad de su psiquis, reflexionó, mientras arrojaba la bolsa de vuelo en la cama y se dirigía a la ducha. Hacía diez años, lord Miles Vorkosigan había inventado la identidad del almirante Naismith en un momento desesperado y había falseado las cosas en un frenesí por conseguir el control provisional de los Mercenarios Dendarii, como se habían llamado desde entonces. Seguridad Imperial de Barrayar había descubierto que esa identidad le era útil... no, había que reconocerle los méritos a quien correspondía. Él había persuadido, engañado, demostrado y obligado a SegImp a encontrarle un uso a esa identidad. *Ten cuidado con aquello que finges ser. Tal vez un día te encuentres convertido exactamente en eso.*

¿Cuándo había dejado de ser un disfraz el almirante Naismith? Gradualmente, sin duda, pero sobre todo desde el retiro de su mentor mercenario, el comodoro Tung. O tal vez el astuto Tung había reconocido, antes que Miles, que sus servicios al llevar a Miles a un rango prematuramente alto ya no eran necesarios. Matrices coloreadas de vídeo de la organización de la Flota Mercenaria de los Dendarii Libres pasaron por la mente de Miles mientras se duchaba. Personal, equipo, administración, logística; conocía cada una de las naves, cada uno de los hombres y mujeres, cada transbordador y pieza de artillería. Sabía cómo encajaban unos con otros, lo que había que hacer en primer o segundo lugar, y también lo que estaba en el número veinte de la lista; sabía lo que había que hacer para colocar una fuerza determinada en un punto dado del tejido táctico. Y eso era ser un experto, esa capacidad para mirar a una nave como el *Triumph* y ver con los ojos a través de las paredes cada uno de los detalles de ingeniería, cada punto fuerte o vulnerable; mirar un escuadrón comando o una mesa de informes rodeada de capitanes y saber lo que haría y diría cada uno antes de que ellos mismos lo supieran. *Estoy arriba. Por fin*

*estoy en la cima. Con esta palanca puedo mover mundos.* Cambió la ducha a «secado», y el agua se convirtió en aire caliente. Dejó el baño, riendo entre dientes. *Amo todo esto.*

Su expresión sonriente dio paso a otra de asombro cuando abrió el cajón de su uniforme y lo encontró vacío. ¿Se los habría llevado el ordenanza para lavarlos o arreglarlos? Su asombro fue aún mayor cuando buscó en otras partes del armario y encontró simplemente unos restos de las muchas ropas civiles que usaba cuando estiraba la cadena de su identidad en eslabón más y hacía de espía para los Dendarii. Y algo de ropa interior. ¿Qué era eso? ¿Alguna broma de mal gusto? En todo caso, a él no le hacía la más mínima gracia. Desnudo e irritado, abrió con rabia el compartimento donde guardaba la armadura. Vacío. Eso ya era sorprendente. *Alguien se la llevaría a Ingeniería para calibrarla o agregarle programas de táctica o algo por el estilo.* Pero su ordenanza debería haberla devuelto a su lugar. ¿Y si la necesitaba urgentemente?

Tiempo. Su gente tenía que estar reuniéndose. Quinn le había dicho que él podía seguir adelante incluso desnudo y hacer que los demás a su alrededor sintieran que se había puesto demasiada ropa. Se sintió tentado a hacer una prueba para ver si era cierto, pero pronto superó esa visión mordaz y se puso los pantalones, la camisa y las sandalias que había usado antes de la ducha. No necesitaba un uniforme para dominar una sala de reunión informativa, ya no.

En el camino a la reunión, se cruzó con Sandy Hereld en el corredor. Ella dejaba la guardia y él la saludó con la cabeza. Ella giró en redondo y caminó hacia atrás, sorprendida.

- ¡Ya ha vuelto, señor! ¡Eso sí que ha sido rápido!

Él no hubiera descrito su viaje de varias semanas a Cuarteles Generales Imperiales en Barrayar como rápido. Tal vez ella hablaba del viaje a Escobar.

- Me llevó dos horas.

- ¿Qué? - Arrugó la nariz. Todavía caminaba hacia atrás cuando él llegó al final del corredor.

Había una habitación llena de oficiales de graduación superior esperándolo. Hizo un gesto con la mano y bajó por el tubo elevador.

La habitación de informes era reconfortantemente familiar, desde el conjunto de caras que lo miraban a la mesa negra, brillante. El capitán Auson del *Triumph*. Elena Bothari-Jesek, promocionada hacía poco a capitana del *Peregrine*. Su esposo, el comodoro Baz Jesek, ingeniero de la Flota y, en ausencia de Miles, a cargo de todas las actividades de reparación y reequipamiento de la Flota de los Dendarii en órbita de Escobar. La pareja, los dos de Barrayar, estaba entre los pocos Dendarii que conocían la doble identidad de Miles. El capitán Truzillo del *Guerrero de la Libertad* y una docena más, todos experimentados y leales. Su gente.

Bel Thorne, del *Ariel*, llegaba tarde. Eso era extraño. Una de las características esenciales de Thorne era una curiosidad insaciable: el informe previo a una nueva misión era un regalo de Feria de Invierno para el hermafrodita de Colonia Beta. Miles se volvió hacia Elena Bothari-Jesek para charlar un poco mientras esperaban.

- ¿Visitaste a tu madre en Escobar?

- Sí, gracias. - Ella sonrió -. Fue... bonito, tener algo de tiempo libre. Pudimos hablar de cosas que no habíamos podido comentar la primera vez.

Había sido bueno para las dos, consideró Miles. Algo de la tensión permanente parecía haber desaparecido de los ojos oscuros de Elena. Cada vez mejor, sí, poco a poco.

- Me alegro.

Levantó la vista cuando oyó el ruido de las puertas al abrirse, pero era sólo Quinn, que entraba con paso seguro y los archivos bajo el brazo. Se había puesto de nuevo el equipo de descanso de un oficial y parecía muy cómoda y eficiente. Le dio el archivo a Miles y él lo cargó en la comuconsola y esperó un minuto más. Nada de Bel Thorne todavía.

La charla murió. Sus oficiales lo estaban mirando con los ojos llenos de sigamos-

adelante. No tenía sentido quedarse sin hacer nada. Antes de encender la consola, preguntó:

- ¿Hay alguna razón por la que el capitán Thorne no esté aquí?

Todos lo miraron, y luego se miraron entre sí. *No puede haberle pasado nada a Bel. Me lo habrían informado en cuanto bajé del transporte.* Pero se le había formado ya un nudo de plomo en la boca del estómago.

- ¿Dónde está Bel Thorne?

Con los ojos, eligieron a Elena Bothari-Jesek como portavoz. Ésa era una pésima señal.

- Miles - preguntó ella -, ¿Bel tenía que volver antes que tú?

- ¿Volver? ¿Adónde fue Bel?

Ella lo miraba como si estuviera completamente loco.

- Bel se fue contigo, en el *Ariel*, hace tres días.

Quinn hizo un movimiento brusco con la cabeza.

- Eso es imposible.

- Hace tres días estábamos camino de Escobar - declaró Miles. El nudo de plomo se estaba convirtiendo en materia estelar de neutrones. Ya no estaba dominando la habitación. En realidad le parecía que la habitación se estaba inclinando.

- Te llevaste al Escuadrón Verde contigo. Bel dijo que era el nuevo contrato - agregó Elena.

- *Éste* es el nuevo contrato. - Miles golpeó la comuconsola.

Una terrible explicación estaba empezando a aparecer en su mente, ascendiendo lentamente desde el agujero negro de su estómago. Las miradas de la mesa también estaban empezando a dividirse en dos campos desiguales, comprensión y miedo de la minoría que había estado en el desastre de la Tierra hacía dos años - ah, sí, ese grupo estaba con él -, y la confusión total en la mayoría, que no había estado directamente involucrada...

- ¿Adónde dije que iba? - preguntó Miles. Su tono era amable, o eso creyó, pero algunos se asustaron.

- A Jackson's Whole. - Elena lo miraba directamente a los ojos con la mirada de un zoólogo listo para hacer una disección con un espécimen. Una súbita falta de confianza...

*A Jackson's Whole. Eso es.*

- ¿Bel Thorne? ¿El Ariel? ¿Taura? ¿A diez saltos de Jackson's Whole? - Miles se ahogaba -. Dios mío.

- Pero si tú eres tú - dijo Truzillo -, ¿quién era el de hace tres días?

- Si tú eres tú - dijo Elena con voz amenazadora. Los iniciados tenían todos la misma mirada especial.

- Bueno - explicó Miles con una voz vacía a la parte de la habitación con miradas de *¿Qué diablos está pasando aquí?* -, hay quienes tienen un gemelo malvado. Yo no tengo tanta suerte. Lo que yo tengo es un gemelo *idiota*.

- Tu clon - dijo Elena Bothari-Jesek.

- Mi hermano - corrigió él automáticamente.

- El pequeño Mark Pierre - dijo Quinn -. Mierda.

### 3

Se le revolvió el estómago, el camarote tembló y una sombra le empañó la visión. Las sensaciones extrañas del salto de agujero de gusano desaparecieron casi inmediatamente pero dejaron una reverberación somática desagradable, como el sonido de un gong en el aire. Respiró profundamente para calmarse. Era el cuarto salto del viaje. Cinco saltos más, en el tortuoso zigzag a través del nexa desde Escobar a Jackson's



Whole. Hacía tres días que el *Ariel* estaba en camino, y habían recorrido casi la mitad de la distancia.

Él miró a su alrededor, en el camarote de Naismith. No podía seguir escondiéndose allí mucho más tiempo con la excusa de la enfermedad, de un mal humor estilo Naismith o de algo por el estilo. Thorne necesitaba todos los datos que él pudiera proporcionarle para planear el ataque Dendarii al criadero de clones. Había usado bien su hibernación, revisando la bitácora del *Ariel* hasta el primer encuentro que habían tenido los Dendarii con él hacía ya dos años. Ahora sabía mucho más sobre los mercenarios y la idea de una conversación casual con la tripulación le parecía mucho menos aterradora.

Desgraciadamente había muy poco en la bitácora que pudiera ayudarlo a reconstruir su primer encuentro con Naismith en la Tierra desde el punto de vista de los Dendarii. El cuaderno de bitácora se concentraba en informes de rehabilitación, reparación y reequipamiento, papeleo variado de ingenieros y especialistas de la nave. Había encontrado un sola orden con respecto a sus aventuras, advirtiendo a todos los jefes de nave que el clon del almirante Naismith había sido visto en la Tierra, que podía hacerse pasar por el almirante, dando la información (incorrecta) de que las piernas del clon aparecerían como huesos normales en una inspección médica y no como repuestos plásticos, y ordenando el uso de «bloqueadores solamente» para aprehender al impostor. Ninguna explicación, nada de revisiones, de puestas al día ni de cambios de orden. Las órdenes de mayor nivel que daba Naismith/Vorkosigan tendían a ser verbales y no documentadas por razones de seguridad - en contra de los Dendarii no para ellos -, costumbre que a él le había servido mucho.

Se reclinó de nuevo en su silla y miró con furia la comuconsola. Los datos de los Dendarii le daban el nombre de *Mark*. *Otra cosa que no puedes elegir*. Miles Naismith había hablado. *Mark Pierre. Tú eres Mark Pierre Vorkosigan por derecho propio, en Barrayar.*

Pero él no estaba en Barrayar y nunca iría allí si podía evitarlo. *Tú no eres mi hermano y el Carnicero de Komarr nunca fue un padre para mí*, discutía su pensamiento por milésima vez en otra conversación con su progenitor ausente. *Mi madre fue un replicador uterino.*

Pero el poder de la sugerencia se había quedado con él, mordiendo su satisfacción con los seudónimos que había intentado aunque había mirado listas de nombres hasta que le dolían los ojos. Nombres dramáticos, nombres comunes, nombres exóticos, extraños, tontos, ridículos... Jan Vandermark era el alias que había usado más tiempo, su pobre acercamiento a una identidad.

*¡Mark!*, había gritado Miles mientras se lo llevaban a rastras (en ese momento pensó que se lo llevaban hacia la muerte). *¡Tú te llamas Mark!*

*Yo no soy Mark, NO soy tu hermano, maníaco de mierda*. La negativa era apasionada, grande, pero cuando sus ecos morían, le parecía que no había nadie en la cámara vacía que quedaba dentro de su cráneo.

Le dolía la cabeza, una tensión trituradora que le subía por la columna a través de los hombros y el cuello y se filtraba por debajo de la nuca. Se pasó la mano por el cuello pero la tensión circuló por los brazos y volvió a los hombros.

No era su hermano. Pero para ser exactos, no podía culpar a Naismith por empujarlo a la vida como los progenitores de los otros clones de la Casa Bharaputra. Ah, sí, él y Naismith eran genéticamente idénticos. Era una cuestión de... intención, tal vez. Y de dónde venía el dinero.

Lord Miles Naismith Vorkosigan tenía seis años cuando robaron la muestra de tejido de una biopsia en un laboratorio de Barrayar durante el último aliento de la resistencia de Komarr a la conquista imperial de Barrayar. Nadie, ni barrayarano ni komarrés estaba intrínsecamente interesado en Miles, el chico inválido. El foco de atención estaba en su padre, el almirante conde Aral Vorkosigan, regente de Barrayar, conquistador (o

carnicero) de Komarr. Aral Vorkosigan había suministrado la voluntad y la astucia que habían convertido a Komarr en la primera conquista de Barrayar fuera del planeta. Y por lo tanto se había convertido en el blanco de la venganza y resistencia komarresas. La esperanza de una resistencia con éxito se había desvanecido a tiempo. La esperanza de venganza seguía viva en la amargura del exilio. Despojado de ejército, armas, apoyo, un grupo de odio komarrés había planeado una venganza lenta, loca. Golpear al padre a través del hijo a quien todos sabían que adoraba...

Como un brujo en un viejo cuento, los komarreses hicieron un trato con el diablo para hacer un doble. Un clon bastardo, pensó él con una risa silenciosa, sin humor. Pero las cosas salieron mal. El chico original, inválido, envenenado antes del nacimiento por otro enemigo asesino de su padre, creció raro, impredecible; el duplicado genético creció bien... ésa había sido la primera clave de que era distinto a los demás clones. Cuando los otros clones iban a ver a los médicos, volvían más fuertes, más saludables, crecían más rápido. Cada vez que él iba, y lo mandaban con mucha frecuencia, los tratamientos dolorosos los debilitaban y atrofiaban más. Los hierros que le ponían en los huesos, el cuello, la espalda, nunca lo ayudaron mucho. Ellos lo habían convertido a propósito en ese enano jorobado como moldeándolo en una prensa, un molde de su progenitor. *Si Miles Vorkosigan no hubiera sido inválido, yo podría haber sido normal.*

Cuando por fin empezó a sospechar el verdadero propósito de las vidas de sus compañeros del criadero - porque los rumores corrían entre los chicos en formas extrañas y secretas que ni siquiera sus cuidadosos guardianes podían controlar del todo - sus deformidades somáticas le produjeron una alegría contenida. Seguramente no usarían ese cuerpo para un trasplante de cerebro. Tal vez lo descartarían... tal vez se escaparía de esos sirvientes-guardianes siempre sonrientes.

Su verdadera huida, cuando los dueños de Komarr vinieron a buscarlo a los catorce años, fue como un milagro. Y luego empezó el entrenamiento. Los tutores infinitos, duros, el adoctrinamiento, los ejercicios. Al principio un destino, cualquier destino, parecía glorioso comparado con el final de sus compañeros del criadero. Aceptó con ganas el entrenamiento para reemplazar a su progenitor y dar el golpe por la querida Komarr, un lugar que nunca había visto, contra la malvada Barrayar, otro lugar ignoto. Pero aprender a ser Miles Vorkosigan resultó algo así como la carrera de a paradoja de Zenón. No importa lo mucho que aprendiera, lo frenéticamente que se entrenara, lo duros que fueran los castigos por los errores cometidos. Miles aprendía más, y más rápido; para cuando él llegaba, su meta ya se había movido, intelectualmente y en cualquier otro sentido.

La carrera simbólica se hizo literal cuando los tutores komarreses decidieron llevar a cabo la sustitución. Persiguieron al esquivo y joven lord Vorkosigan por medio nexo sin darse cuenta de que, cuando se desvanecía o dejaba de existir, en realidad reaparecía en la persona del almirante Naismith. Los komarreses nunca supieron lo del almirante Naismith. Y dos años antes se habían encontrado, no como fruto de un plan sino de una casualidad, en la Tierra, justo en el lugar en el que había empezado la estúpida raza humana. El encuentro de una venganza que ya se había enfriado hacía veinte años.

El retraso temporal había sido crítico en una forma que los komarreses ni siquiera notaron. Cuando empezaron a perseguir a Vorkosigan, el clon comprado estaba en la cumbre de su condicionamiento mental, comprometido con las metas de la revuelta, deseoso de participar, inconsciente del peligro. ¿Acaso ellos no lo habían salvado del destino de los demás clones? Dieciocho meses de fracasos, viajes, observación y exposición a informaciones y puntos de vista sin censura, incluso de charlas con algunas pocas personas, habían sembrado dudas secretas en esa mente joven. Y para decirlo con todas las letras, no se podía duplicar ni siquiera una imitación de un hombre con educación galáctica como Vorkosigan sin aprender algo sobre cómo pensar aunque fuera de contrabando. Y en medio de todo eso, la cirugía para reemplazar huesos perfectamente sanos por otros sintéticos, sólo porque Vorkosigan se había aplastado los

suyos, había sido terriblemente dolorosa. ¿Y si la próxima vez Vorkosigan se quebraba el cuello? Él se había dado cuenta poco a poco, sin querer.

Meterse en la cabeza a lord Vorkosigan, poco a poco, era lo mismo que un trasplante de cerebro, muy parecido a la operación con escalpelos vibradores tejido vivo. *El que planea una venganza debe cavar dos tumbas.* Pero los komarreses estaban cavando la segunda para él. Para la persona que él nunca había tenido oportunidad de ser, el hombre que podría haber sido si no se hubiera visto forzado a luchar para ser otro, siempre, continuamente.

Algunos días no sabía a quién odiaba más, si a la Casa Bharaputra, a los komarreses o a Miles Naismith Vorkosigan.

Cerró la comuconsola con un resoplido y se levantó para sacar el precioso cubo de datos del bolsillo del uniforme en el que todavía lo tenía escondido. Pensó un poco, se lavó y se volvió a depilar antes de ponerse el uniforme gris de los oficiales Dendarii. Se había convertido en lo más parecido a un hombre que cumple con las reglas. Que los Dendarii vieran sólo la superficie pulida y no el hombre dentro del hombre dentro de...

Reunió todo el coraje que pudo, salió del camarote, pasó por el corredor y pulsó el timbre del camarote del capitán hermafrodita.

No hubo respuesta. Pulsó el timbre de nuevo. Enseguida sonó la voz borrosa y aguda de Thorne:

- ¿Sí?

- Naismith.

- Ah, entra, entra, Miles. - La voz cobró interés.

La puerta se deslizó a un lado y él entró detrás. Inmediatamente se dio cuenta de que el retraso en abrir la puerta era debido a que Thorne estaba en la cama, apoyado sobre un hombro. El cabello castaño suelto, la mano libre colgando del teclado con el que había abierto la puerta.

- Perdona - dijo él, retrocediendo, pero la puerta ya se había cerrado de nuevo.

- No, no importa. - El hermafrodita sonrió como entre sueños, dobló su cuerpo en una C y palmeó la cama, en una invitación. El lugar que palmeaba estaba justo enfrente de su regazo cubierto por las sábanas -. Siempre a tu disposición. Siéntate. ¿Quieres que te haga masajes en la espalda? Pareces tenso. - Esa cosa usaba un camisón abiertamente provocativo, seda tenue con puntillas y un cuello en uve muy pronunciado que revelaba la pálida piel de los pechos.

Él prefirió la silla. La sonrisa de Thorne adquirió un tono peculiar, sardónico, a pesar de que seguía perfectamente relajado. Se aclaró la garganta.

- Yo... he pensado que es hora de darte el informe más detallado que prometí. - *Debería haber controlado los turnos de guardia.* ¿Acaso el almirante Naismith no hubiera recordado el ciclo de sueño de su capitán?

- Es hora más que hora, creo yo. Me alegro que hayas salido de la niebla. ¿Qué coño estuviste haciendo en las últimas ocho semanas, Miles? ¿Quién murió?

- Nadie. Bueno, ocho clones, supongo.

- Mmm. - Thorne hizo un gesto de asentimiento. Se desvaneció la sinuosidad seductora de su postura y se sentó de nuevo, erguido, a sacarse con los puños el resto de los sueños de los ojos -. ¿Té?

- Claro. Bueno... puedo volver cuando termine el ciclo de sueño. - *Mas bien cuando tengas la ropa puesta.*

La cosa hizo girar las piernas envueltas en seda y las apoyó en el suelo.

- Por supuesto que no. De todos modos, falta una hora para que me levante. He estado esperando esta ocasión. - Caminó en chancletas hasta el armario del ritual del té. Él aprovechó el momento para colocar el cubo de datos en la comuconsola y se detuvo, amable y práctico a la vez, para que el capitán tomara los primeros tragos del líquido oscuro y caliente y se despertara del todo. Deseaba que volviera a ponerse el uniforme.

No encendió la pantalla hasta que Thorne se le acercó.

- Tengo un holomapa detallado del complejo médico de la Casa Bharaputra. Los datos no tienen más de cuatro meses. Más horarios de guardia y esquemas de patrulla y la seguridad es mucho mayor que la de un hospital civil normal, más bien como la de un laboratorio militar o algo por el estilo, pero no se trata de una fortaleza. La mayor preocupación es que los intrusos locales no puedan entrar a robar algo. Y, ya que estamos, que algunos de los pacientes menos voluntarios no abandonen el edificio por su cuenta. - Una parte significativa de su vida estaba en ese mapa, en el cubo.

La imagen, codificada en colores, se extendió en líneas y láminas de luz sobre la placa de vídeo. El complejo era exactamente eso: un vasto espacio de túneles, edificios, jardines terapéuticos, laboratorios, áreas de minifabricación, depósitos, garajes y hasta dos puertos de transbordadores con partida directa a la órbita del planeta.

Thorne bajó la taza, se inclinó sobre la comuconsola y miró con interés. Levantó el control remoto y dio vuelta al mapa, lo expandió, lo achicó, lo dividió.

- ¿Queremos capturar las entradas de transbordador?

- No. Los clones están todos juntos aquí, en el ala oeste, en esta especie de hospicio. Supongo que si aterrizamos aquí en este patio de ejercicios, estaremos encima del dormitorio común. No me preocupa el daño que pueda causar el transbordador cuando baje.

- Naturalmente. - Una sonrisa apareció en la cara del capitán -. ¿Tiempo?

- Quiero que sea de noche. No tanto para cubrirnos puesto que no hay forma de disimular el aterrizaje de un transbordador de combate, como porque es el único momento en que todos los clones están juntos en un área pequeña. De día se los divide para hacer ejercicios, jugar, van a la piscina y a algunos otros sitios.

- ¿Clases?

- No exactamente. Sólo les enseñan el mínimo necesario para socializarlos. Es suficiente con que sepan contar hasta veinte y leer carteles de señales. Los cerebros son descartables. - Ésa había sido la otra señal de que él era diferente de resto. Un verdadero tutor humano le había enseñado con varios programas de aprendizaje virtual en la computadora. Se había perdido durante días en la paciencia de las máquinas. A diferencia de sus tutores de Komarr, más adelante, ellas repetían la información infinitamente, no lo castigaban ni lo insultaban ni se ponían locos de rabia ni le pegaban o lo obligaban a cansarse físicamente hasta que vomitaba o se desmayaba... -. A pesar de todo eso, los clones adquieren una cantidad importante de información. Mucho de lo que saben viene de los juegos de holovideo. Son chicos brillantes. Muy pocos tienen progenitores estúpidos: hay que tener capacidad para amasar la fortuna necesaria para comprar esa extensión de vida. Tal vez sean poco escrupulosos, pero estúpidos no son.

Los ojos de Thorne se aguzaron mientras diseccionaba el área del vídeo, separando los edificios capa por capa, estudiando el terreno.

- Así que... una docena de comandos Dendarii con todo el equipo despiertan a cincuenta o sesenta chicos de un buen sueño en medio de la noche... ¿Ellos saben que vamos a buscarlos?

- No. Y a propósito, asegúrate de que los de la tropa saben... no parecen chicos. Vamos a llevar los del último año de crecimiento. Tienen unos diez u once años de edad real, pero con la aceleración del crecimiento casi parecen adultos de veinte años.

- ¿Delgados como adolescentes?

- No, no. Tienen una condición física espectacular. Son saludables. Mucho. El objetivo de utilizar este tipo de crianza y no una artificial es exactamente ése.

- ¿Y saben... lo que les va a pasar? - preguntó Thorne frunciendo el ceño.

- No, no se lo dicen. Les cuentan todo tipo de mentiras, según el caso. Les dicen que están en una escuela especial, por razones de seguridad, para salvarlos de un peligro exótico, o que son príncipes o princesas o herederos de un hombre rico o de un militar

importante, y que algún día, pronto, vendrán sus padres o sus tíos o sus embajadores a buscarlos y llevárselos a un futuro maravilloso... y luego, por supuesto, viene la última persona sonriente y los separa de sus compañeros y les dice que hoy es el día, y ellos corren... - se detuvo, tragó saliva - y buscan sus cosas y se enorgullecen de su suerte frente a sus amigos...

Thorne estaba golpeando el control del vídeo con la palma sin darse cuenta. Se le había ido el color de la cara.

- Me hago una idea.

- Y se van de la mano de sus asesinos, ansiosos, felices.

- Será mejor que no sigas, amenos que estés tratando de hacerme perder la última comida.

- Pero hace años que esto pasa - se burló él -. ¿Por qué tanta inquietud ahora? - Se arrancó la amargura. Naismith. Tenía que ser Naismith.

Thorne le dirigió una mirada penetrante, atento de pronto.

- Yo quería freírlos en la órbita la última vez, si mal no recuerdo. El que no quiso fuiste tú.

¿Qué última vez? No en los últimos tres años. Mierda, iba a tener que leer la bitácora desde más atrás. Se encogió de hombros, con gesto ambiguo.

- Así que - dijo Thorne -, ¿estos chicos van a pensar que somos enemigos de sus padres, que los secuestramos justo cuando van a irse a casa? Preveo problemas...

La mano derecha se le hizo un puño, pero volvió a extenderla.

- Tal vez no. Los chicos... tienen su propia cultura. Una cultura que va de boca en boca año tras año. Hay rumores. Historias del hombre de la bolsa. Dudas. Ya te he dicho que no son estúpidos. Los adultos que los manejan tratan de acabar con las historias, de burlarse de ellas o de mezclarlas con mentiras. - Pero a él no le habían engañado. Claro que él había vivido en el criadero más que el promedio. Había tenido tiempo de ver ir y venir a más clones, tiempo de oír repetirse las historias, de que se duplicaran las seudobiografías. Tiempo para que se acumularan los pequeños errores y deslices de los guardias -. Si todo está igual... - *Si todo está igual a como era cuando yo vivía ahí...* había estado a punto de decir -. Debería poder persuadirlos. Déjame eso a mí.

- Con mucho gusto. - Thorne metió una silla de consola en sus ganchos cerca de la de él y escribió rápidamente algunas notas sobre logística y ángulo de ataque, hombres de punta y refuerzos mientras trazaba rutas en proyección sobre los edificios -. ¿Dos dormitorios? - señaló con curiosidad. Llevaba las uñas cortas.

- Sí. Los chicos están segregados, separados de las chicas. Se presta atención a eso. Las mujeres, generalmente mujeres, como clientes, quieren despertarse en un cuerpo con el sello de la virginidad.

- Ya veo. Bueno. Llegamos a esos chicos, los cargamos, por milagro, antes de que lleguen los de Bharaputra...

- La velocidad es esencial, sí.

- Como siempre. Pero en cuanto tengamos un problema, por leve que sea, los bharaputranos estarán sobre nosotros. A diferencia de lo que pasó en Marilac o en Dagoola, donde tuviste semanas y semanas para entrenarlos en procedimientos de carga de transbordadores. ¿Y qué pasa si tenemos obstáculos, si hay problemas?

- Una vez que carguemos los clones en el transbordador, serán *nuestros* rehenes. No van a dispararnos fuego letal, te lo aseguro. Mientras confíen en rescatar la inversión, no intentarán arriesgarla.

- Sí, pero en cuanto vean que no hay esperanzas, tratarán de vengarse para que no haya imitadores.

- Cierto. Debemos sembrar la duda en sus mentes.

- Entonces, si llegamos al transbordador y lo ponemos en el aire, el siguiente paso de Bharaputra será tratar de poner el *Ariel* en órbita antes de que lleguemos. Para cortarnos

la huida.

- Velocidad - repitió él, empecinado.

- Contingencias, Miles querido. Despierta. En general no tengo que sacudirte el cerebro por la mañana... ¿Quieres más té? ¿No? Sugiero que si sufrimos algún retraso abajo, el *Ariel* se refugie en la estación Fell y nos reencontremos con él allí.

- ¿En la estación Fell? ¿La orbital? - dudó él -. ¿Por qué?

- El barón Fell sigue en estadio de odio mortal contra Bharaputra y Ryoval, ¿no es cierto?

Política intestina de las Casas de Jackson: no estaba tan al corriente de eso como hubiera debido estar. Ni siquiera había pensado en buscar un aliado en las otras Casas. Todos eran criminales, malvados, se toleraban unos a otros o se sabotaban continuamente. Esquemas de poder que cambiaban todo el tiempo. Y ahí estaba Ryoval de nuevo. ¿Por qué? Se refugió en otro gesto anodino.

- Quedar atrapados en la estación Fell con cincuenta clones jóvenes mientras Bharaputra negocia para controlar las estaciones de salto... no creo que eso mejorara nuestra posición. En Jackson no se puede confiar en nadie. Me parece que la mejor estrategia es correr y saltar lo más rápidamente posible.

- Bharaputra no puede negociar en la Estación de Salto Cinco. Es de Fell.

- Sí, pero yo quiero volver a Escobar. Los clones pueden encontrar asilo allí.

- Mira, Miles, por esta ruta el salto está dominado por un consorcio cuya cabeza es Bharaputra. Si lo intentamos por el mismo camino, no vamos a poder salir, a menos, claro está, que tengas algo en la manga... ¿Lo tienes? ¿No? Entonces sugiero una ruta de escape a través de la Estación de Salto Cinco.

- ¿Fell te parece un aliado fiable? - preguntó con cautela.

- No, en absoluto. Pero es enemigo de nuestros enemigos. En este viaje.

- Pero el salto desde la Cinco lleva a Hegen Hub. No podemos saltar a territorio cetagandano. La única otra ruta posible desde Hegen Hub es Komarr vía Pol.

- Sí, cierto, larga, pero mucho más segura.

*¡No para mí! ¡Ése es el maldito imperio de Barrayar!* Tragó saliva en un aullido interno.

- Del Centro Hegen a Pol a Komarr a Sergyar y luego de vuelta a Escobar - recitó Thorne, contento -. Realmente podría resultar. - Tomó más notas, inclinado sobre la comuconsola, con el camión flotando, brillante, bajo las dulces luces del vídeo. Luego puso los codos contra la consola y el mentón en las manos, los pechos comprimidos, cambiantes bajo el leve tejido. La expresión se hizo introspectiva. Levantó la vista de nuevo con una sonrisa extraña, triste.

- ¿Alguna vez ha escapado algún clon? - preguntó con suavidad.

- No - contestó él con rapidez, automáticamente.

- Excepto el tuyo, claro está.

Un peligroso giro en la conversación.

- Mi clon no escapó. Lo sacaron los que lo compraron. - ¿Qué vida hubiera llevado si se hubiera escapado?

- Cincuenta chicos - suspiró Thorne -. ¿Sabes? Realmente apruebo esta misión... - Y esperó, mirándolo con ojos brillantes, agudos.

Muy incómodo, evitó una idiotez como *gracias*, pero descubrió que no tenía otra cosa que decir, y el silencio se prolongó.

- Supongo - dijo Thorne después del silencio demasiado largo - que sería difícil confiar en otra persona para alguien criado en ese medio. Confiar realmente, quiero decir. En la palabra de alguien, por ejemplo. En la buena voluntad.

- Supongo... - ¿Era una conversación casual o algo siniestro? Una trampa...

Thorne se inclinó sobre la silla con una sonrisa extraña y misteriosa en los labios, lo cogió de la barbilla con una mano delgada pero fuerte y lo besó.

Él no sabía si debía responder o retroceder, de modo que se refugió en una parálisis

aterrorizada, los ojos fijos. La boca de Thorne era tibia, sedosa y perfumada y tenía gusto a té y bergamota. ¿Acaso Naismith se estaba follando a... a eso... también? Y si la respuesta era sí, ¿quién le hacía qué a quién? ¿O se turnaban? ¿Y sería tan malo en realidad? Su terror se alivió con un innegable principio de excitación. *Me parece que yo sería capaz de morir por el roce más leve de una mano amante.* Estaba solo, solo desde siempre.

Thorne se separó por fin de él, para su alivio, aunque sólo unos centímetros, sin soltarle el mentón. Después de un momento de pesado silencio, suspiró.

- Supongo que no debería hacer estas bromas contigo. - La sonrisa se tornó extraña -. Hay una cierta crueldad en ellas, considerando las circunstancias.

Lo soltó y se puso de pie; la languidez sensual había desaparecido de nuevo.

- Vuelvo en un minuto. - Y se fue hacia el baño, cerrando la puerta tras él.

Él se quedó sentado, confuso. *¿Qué diablos había sido todo eso?* Y en otra parte de su mente: *Si quieres puedes perder la virginidad en este viaje. ¿Cuánto te apuestas?* y en otra: *¡No! ¡Con esa cosa no!*

¿Habría sido una prueba? Y si era una prueba, ¿él la había pasado o había fracasado? Thorne no se había levantado para acusarlo no había llamado a los guardias. Tal vez estaba preparando el arresto en ese mismo instante, por una unión de comu desde el baño. A bordo de una nave pequeña en medio del espacio no había sitio al que escapar. Se apretó el torso con los brazos cruzados. Los descruzó con esfuerzo, puso las manos sobre la consola y ordenó a sus músculos que dejaran de contraerse. *Seguramente no van a matarme.* Lo llevarían de vuelta a la Flota y se lo entregarían a Naismith para que lo matara.

Pero ningún escuadrón de seguridad abrió la puerta y pronto volvió Thorne. Por fin, de punta en blanco en su uniforme. Sacó el cubo de datos de la comuconsola y cerró la palma sobre él.

- Bueno, voy a reunirme con la sargento Taura para planificarlo todo seriamente.

- Ah, sí, sí, ya es hora. - Él odiaba la idea de dejar el precioso cubo en manos de otros. Pero al parecer todavía era Naismith a los ojos de Thorne.

Thorne se mordió los labios.

- Ahora que ya es tiempo de informar a la tripulación, ¿no te parece que deberíamos poner al *Ariel* en silencio de comunicaciones?

Una idea sorprendente. Él hubiera tenido miedo de sugerirla por sospechosa. Tal vez no era tan inusual en caso de operaciones bajo identidades falsas. No tenía ni idea de cuándo debía volver el verdadero Naismith a la Flota Dendarii, pero como los mercenarios lo habían aceptado con tanta facilidad, suponía que lo esperaban. Había vivido los últimos tres días aterrorizado ante la idea de que llegaran órdenes súbitas por rayo-tensión y correo-salto. El verdadero almirante diciéndole al *Ariel* que volviera atrás. *Dame unos días más. Unos días más y puedo redimirlo todo.*

- Sí, hazlo.

- Muy bien, señor. - Thorne dudó -. ¿Cómo te sientes ahora? Todo el mundo sabe que esas miasmas tuyas duran semanas. Pero si descansas como corresponde, vas a volver a ser el de siempre para la misión. ¿Paso la voz de que te dejen tranquilo?

- Yo... sí, te lo agradecería mucho, Bel. - ¡Qué suerte! - Pero manténme informado, ¿de acuerdo?

- Ah, sí, sí. Cuenta conmigo. Es un ataque directo, excepto en el asunto de manipular a esos chicos y eso lo dejo a tu mayor experiencia.

- Correcto. - Con una sonrisa y un saludo alegre y militar, salió corriendo hacia la seguridad solitaria de su camarote. La combinación poderosa de alegría y dolor de cabeza hacía que se sintiera como flotando. Cuando la puerta se cerró tras él, cayó sobre la cama y se agarró a las sábanas para mantenerse en su sitio. *¡Va a pasar, es cierto, es cierto!*

Más tarde, mientras leía diligentemente el diario de bitácora en la comuconsola de su camarote, encontró por fin los informes de la visita previa del *Ariel* a Jackson's Whole. Empezaban con detalles absolutamente aburridos sobre materiales, entradas de inventario con respecto a una carga de armas a recibir en la estación de transferencia de la Casa Fell. La voz de Thorne, sin preámbulo alguno hacía una entrada críptica: «Murka perdió al almirante. Está prisionero del barón Ryoval. Voy a hacer un trato con el diablo, sí, con Fell.»

Luego, informes sobre un viaje de emergencia en un transbordador de combate seguido por la partida abrupta del *Ariel*, que abandonaba la Estación Fell con sólo la mitad de carga. Esos hechos eran el preámbulo de dos conversaciones fascinantes, inexplicables, entre el almirante Naismith y el barón Ryoval, y luego entre el almirante y el barón Fell. Ryoval estaba furioso, enloquecido. Su cara hermosa escupía exóticas amenazas de muerte. Él estudió la cara contorsionada del barón con aprensión. Incluso en una sociedad que apreciaba la falta de escrúpulos, Ryoval era un hombre a quien se evitaba cuidadosamente. Otros jacksonianos daban un buen círculo a su alrededor como si fuera una zona minada. El almirante Naismith parecía haberse metido justo donde no debía.

Fell estaba más controlado, una furia fría. Como siempre, toda la información esencial, incluida la razón de la visita, se perdió en las órdenes verbales de Naismith. Pero él se las arregló para entender el hecho sorprendente de que la comando de casi tres metros, la sargento Taura, era un producto del laboratorio genético de la Casa Bharaputra, un prototipo de supersoldado fabricado por ingeniería genética.

Era como encontrarse por casualidad con alguien de la ciudad natal. En un extraño ataque de nostalgia, deseó ir a verla y comparar recuerdos. Evidentemente Naismith le había robado el corazón, o por lo menos la había robado a ella, aunque ésa no parecía ser la ofensa que había motivado la furia de Ryoval. Todo era bastante incomprendible.

Consiguió hacerse con una información importante y desagradable. El barón Fell era consumidor de clones, o lo sería algún día. Su viejo enemigo Ryoval, en una jugada de venganza había dispuesto que alguien asesinara al clon de Fell antes del trasplante, atrapando a Fell en su cuerpo envejecido. No había habido trasplantes, pero la intención estaba allí. A pesar de los planes de Bel Thorne en caso de dificultades, decidió que no tendría nada que ver con el barón Fell si podía evitarlo.

Suspiró hondo, cerró la comuconsola y volvió a practicar simulacros con el casco de comando, utilizando un programa de entrenamiento del fabricante que por suerte nadie se había tomado el trabajo de borrar de la memoria. *Voy a terminar con esto, sí, lo voy a conseguir. Como sea.*

4

- Señor, tampoco en este correo hay respuesta del *Ariel* - informó la teniente Hereld, disculpándose.

Miles apretó los puños en un gesto de frustración. Hizo un esfuerzo para relajar las manos a los costados de los pantalones pero la energía sólo fluyó a sus pies y empezó a caminar de pared a pared en la sala de Navegación y Comando del *Triumph*.

- Es el tercero... ¿tercero? ¿Repitió el mensaje con todos los correos?

- Sí, señor.

- Es la tercer vez que no contesta. Mierda, ¿qué le pasa a Bel?

La teniente Hereld se encogió de hombros sin saber cómo contestar a esa pregunta retórica.

Miles volvió a cruzar la habitación, con el ceño fruncido y feroz. Mierda con el retraso



temporal. Él quería saber lo que estaba pasando *en ese mismo instante*. La comunicación por rayo-tensión cruzaba una región de espacio local a la velocidad de la luz, pero la única forma de conseguir información a través de un agujero de gusano era grabarla físicamente, ponerla en una nave de salto, y saltar con ella hasta la estación siguiente, donde se la mandaba por rayo hasta el siguiente agujero de gusano y allí volvía a saltar, siempre que tal servicio fuera económicamente rentable. En regiones de mucho tránsito de mensajes, los correos de ese tipo saltaban una vez cada media hora, o incluso con más frecuencia. Entre Escobar y Jackson's Whole había un horario de cuatro horas entre un correo y otro. Así que además del retraso que causaba el límite infranqueable de la velocidad de la luz, estaba ese otro retraso humano, arbitrario. A veces el retraso era provechoso para gente que practicaba complejos juegos con finanzas interestelares, tasas de cambio de moneda e inversiones a futuros. O para subordinados de mente independiente que querían ocultar información sobre sus actividades a oficiales superiores... Miles también lo había usado así algunas veces. Un par de preguntas de clarificación y las respuestas correspondientes podían comprar bastante tiempo, y en ese tiempo podían pasar cosas importantes. Por eso había mandado un mensaje en el que dejaba bien claro que estaba llamando él, personalmente, y que la llamada era urgente y cristalina. Pero Bel no había contestado con ninguna pregunta del tipo de *¿Qué quiere decir con tal cosa, señor?* Bel no había contestado. Punto.

- No hay averías en el sistema de correos, ¿verdad? ¿El resto del tránsito... el resto está recibiendo los mensajes correctamente?

- Sí, señor. Ya lo he controlado. El flujo de información es normal de aquí a Jackson's Whole.

- Y realmente llenaron una solicitud de salto hasta Jackson's Whole... Volaron hasta el otro punto y saltaron...

- Sí, señor...

*Hace cuatro días.* Pensó en su imagen mental del nexo de agujero de gusano. No había saltos conocidos que llevaran fuera de esa ruta estándar, la más corta entre Escobar y Jackson's Whole, nada que llevara a ningún lugar interesante. No se podía imaginar a Bel eligiendo ese momento para jugar a Investigación Astronómica Betanesa y salir a explorar. Era cierto que muy de vez en cuando una nave saltaba en una ruta absolutamente comercial y estándar y no se materializaba del otro lado... convertida en un grupo de quarks irrecuperables en el tejido espacio-tiempo a causa de algún defecto sutil en las varillas Necklin o en el sistema de control neurológico del piloto. Los correos de salto mantenían un control de tránsito en rutas comerciales y concurridas como ésa y hubieran informado inmediatamente de una desaparición así.

De modo que se vio obligado a tomar una decisión, y eso sólo consiguió calentarle la temperatura unos grados más. Estaba acostumbrado a verse arrastrado a la acción por hechos que él no controlaba. *Mierda, esto no estaba en los planes para hoy.*

- De acuerdo, Sandy. Convoque una reunión de personal. La capitana Quinn, la capitana Bothari-Jesek, el comodoro Jesek, todos en la sala de informes del *Triumph* en cuanto puedan.

Hereld alzó las cejas al oír la lista de nombres mientras sus manos se movían a la interfase de la comuconsola para cumplir la orden. Todos del Círculo Íntimo.

- ¿Una mierda muy fea, señor?

Él se las arregló para sonreír e intentó utilizar un tono suave.

- Sólo un asunto serio, Sandy.

No exactamente. ¿Qué diablos tenía en su mente su hermanito idiota? ¿Qué quería hacer Mark con ese escuadrón comando? Una docena de Dendarii totalmente armados no eran fuego trivial. Pero comparados con los recursos militares de, digamos, la Casa Bharaputra... *suficientes para meterse en un lío terrible, aunque no suficientes como para después poder salir de ahí.* La idea de que su gente - ¡Taura, por Dios! - siguiendo

ciegamente al ignorante de Mark a alguna locura táctica, de su gente poniéndose a sus órdenes convencida de que Mark era él, lo estaba enloqueciendo por dentro. Las alarmas aullaban en su mente, las luces brillaban y giraban. *Bel, ¿por qué no contestas?*

Miles descubrió que tampoco podía dejar de caminar alrededor de la mesa de táctica de la sala de informes del *Triumph*. Quinn terminó por alzar el mentón para gruñir:

- Siéntate, por favor.

Quinn no estaba tan ansiosa como él, todavía no se estaba comiendo las uñas. Los bordes seguían siendo prolijas medias lunas sin eclipses. A Miles eso le dio una extraña confianza. Se dejó caer en una silla. Uno de sus pies empezó a golpear la superficie de fricción. Quinn lo miró y frunció el ceño. Él dejó el pie quieto y le mostró los dientes en una sonrisa rápida y falsa. Por suerte, justo en ese momento llegó Baz Jeseck, apenas a tiempo de impedir que la energía nerviosa de Miles pudiera materializarse en otro tic compulsivo igualmente irritante.

- Elena está llegando desde el *Peregrine* - informó mientras se sentaba en el lugar de siempre y encendía por hábito la interfase de ingeniería de la Flota en la comuconsola -. Dentro de unos minutos estará aquí.

- Muy bien, gracias. - Miles asintió.

Lo había conocido hacía ya diez años, en el momento de fundar los Mercenarios Dendarii, cuando Baz era un hombre de veinte años, alto, delgado, de cabello negro, infeliz y tenso. En ese momento el grupo estaba formado por Miles, su guardaespaldas barrayerano, la hija del guardaespaldas, un carguero obsoleto salvado del destino de chatarra y el ingeniero piloto de salto, deprimido hasta el suicidio. Todo eso, más un plan mal concebido para hacerse-rico-y-conseguir-armas. Miles había tomado juramento a Baz como hombre de lord Vorkosigan antes incluso de concebir al almirante Naismith. Ahora, con más de treinta años, Baz seguía siendo delgado, con menos cabello negro y una confianza en sí mismo serena, tranquila y completamente nueva. A Miles le hacía pensar en un hurón acechando a su presa en las márgenes de un lago, entre los juncos: todo quietud prolongada, economía y precisión de movimientos.

Tal y como había prometido su esposo, Elena Bothari-Jeseck entró en la sala poco después y se sentó junto a Jeseck. Como los dos estaban de servicio, limitaron las muestras de afecto a un intercambio de sonrisas y un roce de manos bajo la mesa. Reservó también una sonrisa para Miles. En segundo lugar.

De todos los del Círculo Íntimo de los Dendarii que sabía que él era el teniente lord Vorkosigan, Elena era la más íntima, la más cercana. Su padre, el fallecido sargento Bothari, había sido guardaespaldas de Miles por juramento y su protector personal desde el día de su nacimiento. Miles y Elena, que tenían la misma edad, se habían criado juntos porque la condesa Vorkosigan se había interesado en la niña sin madre. Elena conocía al almirante Naismith, a lord Vorkosigan y al Miles-de-todos-los-días muy a fondo, quizá más a fondo que nadie en el universo.

Y había elegido como marido a Baz Jeseck... Miles había descubierto que le resultaba muy útil y reconfortante pensar en Elena como su hermana, una hermana de adopción. Era tan alta como su esposo, y tenía el pelo corto y negro como el carbón y la piel pálida, de marfil. Miles aún veía el eco de la cara terrible del sargento Bothari en los rasgos pronunciados de Elena, pero por alguna alquimia genética, la fealdad plomiza de Bothari se había transformado en una belleza dorada. *Elena, todavía te amo, mierda...* pero eliminó el pensamiento. Ahora tenía a Quinn. O por lo menos, la mitad de su ser que rea el almirante Naismith tenía a Quinn.

Como oficial de los Dendarii, Elena era su mejor creación. Él la había visto crecer, pasar de niña tímida, furiosa, sin equilibrio, sin poder entrar en el servicio militar de Barrayar por ser mujer, a líder de escuadrón, luego a agente encubierta y finalmente a oficial de planta y capitana. El retirado comodoro Tung la había llamado su segunda mejor

aprendiza de todos los tiempos. Miles a veces se preguntaba cuánto de la continuidad de los Mercenarios Dendarii era un servicio a Seguridad Imperial, cuánto autoindulgencia salvaje a un aspecto muy cuestionable de su propia personalidad, y cuánto un regalo secreto a Elena Bothari-Jesek. Los verdaderos orígenes de la historia podían ser muy confusos.

- Nada del *Ariel* todavía - empezó Miles sin preámbulos. No hacían falta formalidades con el grupo pues todos formaban parte de la entraña de la Flota y él podía pensar en voz alta ante ellos sin peligro. Sentía cómo se le relajaba la mente mientras unía otra vez al almirante Naismith y a lord Vorkosigan. Hasta podía dejar que su acento combinara el lento hablar betanés de Naismith con algunos deslices guturales barrayeranos en los insultos y las malas palabras. Iba a haber malas palabras en esa reunión de personal, de eso estaba casi seguro -. Quiero ir tras ellos.

Quinn hizo sonar las uñas sobre la mesa.

- Lo suponía. Y por lo tanto, ¿el pequeño Mark no podría estar esperando esa reacción? Te estudió. Tiene tu número. ¿No será una trampa todo esto? Acuérdate de cómo te manejó la última vez.

Miles hizo un gesto de dolor.

- Me acuerdo. Ya me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que sea un ardid, y ésta es una de las razones por las que no me he ido hace veinte horas. - Justo después de la vergonzosa reunión de personal abortada. En aquel momento, había tenido el ánimo suficiente para el fratricidio -. Suponiendo, como parece razonable suponer, que Bel se confundió al principio, y no veo por qué no, todos los demás lo hicieron, el retraso temporal le dio a Mark la posibilidad de seguir adelante y a Bel de ver la luz. Pero en ese caso, la orden que mandé debería haber traído de vuelta al *Ariel*.

- Mark hace muy bien de ti - observó Quinn, por experiencia personal -. O por lo menos lo hacía hace dos años. Si no estás esperando a un doble, se parece mucho a ti en los días malos. Su apariencia exterior era perfecta.

- Pero Bel sabe lo del doble - interrumpió Elena.

- Sí - dijo Miles -. Así que tal vez Bel no está engañado. Tal vez Bel está muerto, en el espacio.

- Mark necesita a la tripulación para llevar la nave a puerto - dijo Baz -. Aunque podría haber tenido otra esperándolo.

- Si hubiera estado planificando esa piratería, ese asesinato, no se hubiera llevado a un escuadrón Dendarii. Se arriesgó a que ellos se resistieran. - La razón podía servir de consuelo, a veces. A veces. Miles respiró hondo -. O tal vez sobornó a Bel.

Baz alzó una ceja. Quinn cerró los dientes inconscientemente alrededor de la uña del dedo meñique de su mano derecha, pero no llegó a morder.

- ¿Sobornarlo, cómo? - dijo Elena -. Dinero no. - Sonrió con ironía -. ¿Crees que Bel ya perdió la esperanza de seducirte y está pensando en otra posibilidad?

- Muy graciosa... - ladró Miles. Baz convirtió un bufido sospechoso en tos y lo miró a los ojos, pero luego desvió la vista -. De todos modos, es una broma vieja - concedió Miles -. Pero depende de lo que quiera hacer Mark en Jackson's Whole. El tipo de... bueno, esclavitud que se practica entre los escultores de cuerpos de Jackson es una ofensa profunda para el alma betanesa y progresista de Bel. Si Mark está pensando en morder a alguien en su planeta de origen, tal vez pueda convencer a Bel de que lo acompañe.

- ¿A expensas de la Flota? - preguntó Baz.

- Sí, eso está al borde del... del motín - aceptó Miles sin ganas -. No estoy acusando. Estoy especulando. Tratando de pensar en todas las posibilidades.

- En ese caso, ¿es posible que el destino de Mark no sea Jackson's Whole? - se preguntó Baz -. Hay varios saltos que salen del espacio local de Jackson. Tal vez el *Ariel* está cruzando la zona.

- Físicamente es posible, desde luego - dijo Miles -. Psicológicamente... Yo también he

estudiado a Mark, y aunque no puedo decir que tenga su número, sé que Jackson's Whole pesa mucho sobre su vida. Es una sensación, una intuición, en el estómago, pero es muy fuerte. - Como una indigestión.

- ¿Cómo hizo Mark para cegarnos esta vez? - preguntó Elena -. Pensé que SegImp iba a seguirlo para nosotros.

- Y lo hacen. Me informan regularmente desde la oficina de Illyan - dijo Miles -. El último informe, que leí en los cuarteles generales de SegImp hace menos de tres semanas, decía que Mark todavía estaba en la Tierra. Pero es el maldito retraso temporal. Si se fue de la Tierra digamos... hace tres o cuatro semanas, ese informe todavía está en tránsito hacia Illyan en Barrayar para llegarme a mí después. Te apuesto dólares betaneses contra lo que quieras a que dentro de unos días vamos a recibir un mensaje en código de Cuarteles Generales diciendo que Mark salió de la Tierra y no saben dónde está. Otra vez.

- ¿Otra vez? - dijo Elena -. ¿Había desaparecido con anterioridad?

- Un par de veces. Tres, en realidad. - Miles dudó -. En los dos últimos años, yo mismo traté de contactar con él en tres ocasiones. Lo invité a venir, a bajar a Barrayar, o por lo menos a verme. Siempre pasó lo mismo: se aterrorizó, desapareció, cambió de identidad. Es bueno en esas lides, después de sus años entre los terroristas de Komarr. A la gente de Illyan le lleva semanas o meses volver a encontrarlo. Illyan me pidió que no lo intentara de nuevo sin su autorización. - Se quedó en silencio, pensando -. Mamá tiene muchas ganas de verlo en Barrayar, pero no quiere que Illyan ordene un secuestro. Al principio yo estaba de acuerdo con ella. Ahora...

- Como tu clon, el... - empezó a decir Baz.

- Hermano - corrigió Miles, instantáneamente -. Hermano. Rechazo eso de «clon» para Mark. Lo prohibo. Clon significa que es intercambiable. Un hermano es algo único. Y yo os aseguro que Mark es único.

- Cuando pensamos en los siguientes movimientos de... Mark - empezó Baz de nuevo, con más cautela -, ¿podemos usar la razón? ¿Es cuerdo?

- Si lo es, no es por culpa de los komarreses, os lo aseguro. -Miles se levantó de su asiento y empezó a caminar alrededor de la mesa, a pesar de la mirada exasperada de Quinn. Evitó los ojos de ella y se miró las botas, gris sobre gris contra la superficie de fricción -. Cuando finalmente descubrimos su existencia, Illyan hizo que sus agentes buscaran todo lo que pudieran sobre él y su vida. Yo creo que en parte para compensar por la vergüenza de que se les hubiera escapado durante tantos años. Yo vi los informes. Trataba de meterme en la mente de Mark. - Reanudó su deambular alrededor de la mesa -. Su vida en el criadero de Bharaputra no parecía tan mala, ellos cuidan de esos cuerpos con toda su alma, pero cuando lo recogieron los insurgentes de Komarr, supongo que fue una pesadilla. Lo entrenaban para convertirlo en Miles, en mí, pero cada vez que pensaban que lo habían logrado, yo estaba haciendo otra cosa y tenían que empezar de nuevo. Cambiaban de planes continuamente. El complot siguió así durante años, mucho más tiempo del que habían pensado en un principio. Eran un grupo pequeño, operaban en un hilo de todos modos. Creo que el líder, Ser Galen, estaba medio loco. - Otra vuelta. Y otra -. A veces Galen lo trataba como a la gran esperanza de los rebeldes de Komarr, lo mimaba y le decía que lo iba a hacer emperador de Barrayar con un golpe de estado. Pero en otros momentos veía a Mark como el representante genético de nuestro padre y lo convertía en blanco de su odio a los Vorkosigan y Barrayar. Disfranzaba los castigos más feroces, auténticas torturas, de «disciplina de entrenamiento». El agente de Illyan consiguió todo eso en un interrogatorio con penta a un ex subordinado de Galen, así que es la pura verdad. - Otra vuelta -. Por ejemplo, al parecer mi metabolismo y el de Mark no son iguales. Así que cada vez que el peso de Mark excedía mis parámetros, en lugar de hacer lo inteligente y ajustar el apetito de Mark con medicinas, Galen le quitaba la comida durante días y luego lo dejaba atiborrarse y lo forzaba a hacer ejercicio hasta que

vomitaba. Cosas raras de ese tipo, ideas realmente perturbadoras. Galen tenía muy mal carácter, por lo menos con Mark. O tal vez estaba tratando deliberadamente de volverlo loco. Crear al Emperador Loco Miles, alguien que repitiera el reinado del Emperador Loco Yuri y destrozara el gobierno barrayarano de arriba a abajo. Una vez, dijo ese tipo, Mark intentó estar una noche fuera, una sola noche, y salió hasta que los guardias de Galen lo llevaron de vuelta. Galen se puso furioso, lo acusó de tratar de escapar, tomó el electrificador y... - pescó con el rabillo del ojo una imagen de la cara cada vez más pálida de Elena y cambió en el aire el estallido nervioso - y le hizo cosas... Cosas que no pueden haber ayudado mucho al crecimiento sexual de Mark. La «cosas» fueron de tal carácter que, según el informante, los guardias de Galen le rogaron que dejara de hacerlas.

- Con razón odiaba a Galen - dijo Quinn con suavidad.

La mirada de Elena se agudizó.

- No podías hacer nada. Ni siquiera sabías que Mark existía...

- Deberíamos haberlo sabido.

- Correcto. Y esta culpa retroactiva, ¿en qué medida está distorsionando tu pensamiento, almirante?

- En alguna medida, creo que sí - admitió él -. Por eso os he llamado. Siento que necesito control en esto. - Se detuvo y se obligó a sentarse -. Pero ésa no es la única razón. Antes de que saltara por el nexo este lío con el *Ariel*, había empezado a proporcionaros una misión real.

- Ajá - dijo Baz con satisfacción -. Por fin.

- El nuevo contrato. - A pesar de que estaba distraído, Miles sonrió -. Antes de que apareciera Mark, había pensado en una misión en la que nada saliera mal. Vacaciones con todos los gastos pagados.

- ¿Qué? ¿Un especial sin combates? - interrumpió Elena -. Pensé que despreciabas al viejo almirante Oser para eso.

- Tal vez, pero estoy cambiando - Sintió, como siempre, una breve punzada de pena por el fallecido almirante Oser -. Su filosofía de comando me parece cada vez mejor a medida que pasa el tiempo. Supongo que estoy haciéndome viejo.

- O creciendo, simplemente - sugirió Elena. Intercambiaron una breve mirada.

- En cualquier caso - continuó Miles -, el alto comando de Barrayar desea suministrar mejor grado de armamento a cierta estación de transferencia independiente en el espacio profundo. La Estación Vega, no por casualidad, se encuentra cerca de una de las puertas traseras del Imperio Cetagandano. Sin embargo, la república vacío, para darle un nombre, está en un lugar incómodo del nexo. Quinn, el mapa, por favor.

Quinn activó un esquema de tres dimensiones en holovideo que mostraba a la Estación Vega y a sus vecinos. Las rutas de salto estaban representadas por líneas discontinuas entre esferas de niebla brillante de los sistemas espaciales locales.

- De los tres puntos de salto que comanda la Estación Vega, uno lleva a la esfera de influencia cetagandana vía la satrapía Ola Tres, otro está bloqueado por Toranira, una veces aliado de lo cetagandanos, y otras de su enemigo, y el otro lo tiene Amanecer Zoave, políticamente neutral con respecto a Cetaganda pero bastante temeroso de su gran vecino. - A medida que él hablaba de ellos, Quinn iluminaba los sistemas -. La Estación Vega está bloqueada a través de Ola Tres y Toranira. Por ahí no puede importar ningún tipo de sistema de armamento defensivo ni ofensivo. Bajo presión de Cetaganda, Amanecer Zoave está cooperando, sin ganas, con el embargo de armas.

- ¿Y por dónde entramos nosotros? - preguntó Baz.

- Literalmente, por Toranira. Estamos contrabandeando caballos de carga.

- ¿Qué? - dijo Baz, aunque Elena comprendió la referencia y sonrió de pronto.

- ¿Nunca te contaron esa historia de Barrayar? El conde Selig Vorkosigan estaba en guerra con lord Vorwyn de Nieblabrillante durante el Primer Siglo Sangriento. La ciudad de Vorkosigan Vashnoi estaba sitiada. Dos veces por semana las patrullas de lord Vorwyn

detenían a un tipo loco, un mestizo con un grupo de caballos de carga, y lo registraban de arriba a abajo, bolsa por bolsa, buscando contrabando, comida o suministros. Pero las bolsas siempre estaban cargadas de basura. Las vaciaban, las hurgaban con palos en punta, las sacudían. Él siempre volvía a juntarlo todo cuidadosamente, entonces lo revisaban a él, y finalmente tenían que dejarlo pasar. Después de la guerra, uno de los guardias de Vorwyn se encontró con el hombre del conde Selig, que ya no parecía mestizo ni loco, en una taberna, y le preguntó, frustrado: «¿Qué estabas contrabandeando? Sabemos que contrabandeabas algo, ¿qué era?»

- Y el hombre del conde Selig dijo: «Caballos».

- Nosotros estamos contrabandeando naves espaciales. Es decir, el *Triumph*, el *D-16* y el *Ariel*, todos de la Flota. Entramos en el espacio local de la Estación Vega a través de Toranira, en un plan de vuelo que habla de seguir adelante, directo a Illyrica, y recibimos nuestras tres nuevas naves de guerra que están terminando en este mismo momento en que hablamos en los astilleros orbitales de Illyrica. Nuestro regalo de Feria de Invierno para el Emperador Gregor.

Baz parpadeó.

- ¿Y va a funcionar?

- No veo por qué no. El papeleo, los permisos, los visados, los sobornos y demás, lo están haciendo los agentes de Seglmp en el lugar. Lo único que tenemos que hacer es pasar sin alarmar a nadie. No hay guerras y no veo por qué deberíamos disparar un solo tiro. El único problema es que la mitad de mi inventario de intercambio está en viaje a Jackson's Whole - concluyó Miles con tono descendente.

- ¿De cuánto tiempo disponemos para recuperarlo? - preguntó Elena.

- No tanto como necesitamos. La ventana de tiempo que nos dio Seglmp para esto de contrabandear naves es flexible en términos de días pero no de semanas. La Flota debe salir de Escobar antes del fin de semana. Yo lo había fijado para mañana. Originariamente.

- ¿Nos vamos sin el *Ariel*? - preguntó Baz.

- Vamos a tener que hacerlo. Pero no con las manos vacías. Tengo una idea para una sustitución. Quinn, pasa esas especificaciones de Illyrica a Baz.

Quinn inclinó la cabeza sobre el cubo de datos de alta seguridad en la interfase de su comuconsola y soltó un estallido de código en la estación de Baz. El ingeniero empezó a pasar descripciones, modelos de propaganda, y planos de los constructores de naves illyricos. La cara delgada se iluminó con una sonrisa extraña.

- El Padre Invierno - murmuró. Se le iluminó el rostro de alegría cuando aparecieron las especificaciones de la planta de energía de las naves. Tenía los ojos ávidos.

Miles le dejó deglutir todo eso unos minutos más.

- Ahora - dijo cuando la mente de Baz volvió a subir a la superficie a tomar aire -. La nave que sigue en la Flota después del *Ariel* en términos de funcionamiento y poder de fuego es el *Jayhawk*, la de Truzillo. - Desgraciadamente, Truzillo era un capitán dueño bajo contrato independiente con la corporación de la Flota, no un empleado -. ¿Crees que podamos persuadir a su capitán de que lo cambie? La nave de reemplazo sería más nueva, más rápida, pero aunque sin duda es mejor en poder de fuego que el *Ariel*, sólo sería un poco mejor que el *Jayhawk*. Yo quería que todos cambiáramos las naves cuando cocinamos este arreglo.

Elena levantó las cejas y sonrió.

- Ésta es una de tus tramoyas, ¿no?

Él se encogió de hombros.

- Illyan me pidió que resolviera el problema del embargo de armas, y aceptó mi solución.

- Ah - ronroneó Baz, todavía hundido en los datos -, espera a que Truzillo vea esto... y esto... y...

- ¿Crees que vas a poder convencerlo? - preguntó Miles.  
- Sí - dijo Baz, seguro. Alzó la mirada -. Tú también lo convencerías.  
- Pero yo me voy para el otro lado. Aunque si las cosas salen bien, no es imposible que os alcance más tarde. Voy a ponerte a cargo de esta misión, Baz. Quinn te dará las órdenes completas, los códigos y los contactos... todo lo que me dio Illyan.

Baz asintió.

- Muy bien, señor.

- Me llevo al *Peregrine*. Voy tras el *Ariel* - agregó Miles.

Baz y Elena intercambiaron una mirada rápida, de costado.

- Muy bien, señor - un eco de Elena casi sin pausa -. Yo cambié el estado de alerta del *Peregrine* de veinticuatro horas a una hora. Ayer. ¿Para cuándo preparo la salida con el control de vuelos de Escobar?

- Para dentro de una hora. - Y como nadie pedía explicaciones, Miles agregó -: El *Peregrine* es lo más rápido que tenemos con poder de fuego importante, además del *Ariel* y el *Jayhawk*. Creo que la velocidad va a ser esencial aquí. Si podemos llegar antes que el *Ariel*... bueno, es mucho más fácil impedir un desastre que tratar de arreglarlo. Ahora lamento no haber salido ayer, pero tenía que dar a la situación la oportunidad de convertirse en algo simple. Me asigno a Quinn como personal flotante: ya tuvo experiencia anterior muy valiosa en la recogida de datos de inteligencia en Jackson's Whole.

Quinn se frotó el brazo.

- La Casa Bharaputra es muy peligrosa, si es que Mark va para allá. Tienen mucho dinero, mucha mierda y una gran memoria para la venganza.

- ¿Y por qué crees que evito tanto ese lugar? Ése es otro peligro, que algunos jacksonianos confundan a Mark con el almirante Naismith. El barón Ryoval, por ejemplo.

El barón Ryoval era un peligro persistente. Los Dendarii habían acabado con el último cazador de recompensas enviado por el barón contra el almirante Naismith hacía apenas tres meses, y ése era el cuarto. Lo del cazador se estaba transformando en algo anual. Tal vez Ryoval despachaba un agente en cada aniversario del primer encuentro, como tributo a la memoria. No era un hombre de grandes poderes ni de largo alcance, pero había pasado por tratamientos de extensión de vida; era paciente y podía seguir con la caza durante muchísimo tiempo.

- ¿Has pensado en otra posible solución? - dijo Quinn con lentitud -. Manda un mensaje a Jackson's Whole, avísales. Digamos, a la Casa Fell: haz que él arreste a Mark y retenga el *Ariel* hasta que lleguemos. Fell odia lo bastante a Ryoval como para proteger a Mark sólo para molestarlo.

Miles suspiró.

- Ya lo ha pensado. - Hizo un dibujo amorfo sobre la mesa pulida y brillante, con la punta del dedo.

- Pediste que te controláramos, Miles - señaló Elena -. ¿Qué tiene de malo esa idea?

- Tal vez funcionara, desde luego, pero si Mark ha convencido a Bel de que él es el almirante, quizá todos se resistan al arresto. Y eso puede ser fatal. Mark es paranoico en todo lo que se refiere a Jackson's Whole. Mark es paranoico. Punto. No sé lo que puede llegar a hacer en una situación de pánico.

- Pareces muy sensible a todos los sentimientos de Mark - dijo Elena.

- Estoy tratando de que confíe en mí. No creo que sea bueno empezar con una traición.  
- ¿Ya has pensado en lo que va a costar este pequeño desvío cuando la cuenta llegue a la mesa de Simon Illyan? - preguntó Quinn.

- SegImp va a pagar. Sin preguntas.

- ¿Estás seguro? - preguntó Quinn -. ¿Qué significa Mark para SegImp, ahora que es solamente el resto del complot fallido? No hay peligro de que se lo sustituya por ti en Barrayar. Pensé que sólo lo vigilaban como cortesía para con nosotros. Una cortesía bastante cara, por cierto.

Miles contestó con cuidado.

- Es tarea explícita de SegImp cuidar al Imperio de Barrayar. Eso incluye no sólo a la persona de Gregor y cierta cantidad de espionaje galáctico... - Un gesto de la mano incluyó a la Flota Dendarii, y la extensa, aunque muy leve, red de agentes, asesores militares e informantes de Illyan -. También tienen que vigilar a los herederos inmediatos de Gregor. No sólo para protegerlos sino para proteger al Imperio de cualquier complot que pudieran efectuar ellos mismos u otros que quieran utilizarlos. Soy muy consciente de que la cuestión de quién es el heredero de Gregor está bastante enredada en este momento. Ojalá se casara y nos sacara pronto de esa trampa. - Miles dudó un buen rato - . Según una interpretación, lord Mark Pierre Vorkosigan tiene un lugar en la lista de herederos del Imperio de Barrayar, y el único que está antes soy yo. Eso lo convierte en asunto de SegImp y también en nuestro asunto, un asunto *primordial*. Mi persecución del *Ariel* está totalmente justificada.

- Es totalmente justificable, querrás decir - corrigió Quinn.

- Como sea.

- Si, como siempre dices, Barrayar no te aceptaría a ti como Emperador porque podrías ser un mutante, me parece que el Imperio sufriría un ataque de apoplejía con la idea de tu clon instalado en la Residencia Imperial - dijo Baz -. Hermano gemelo, quiero decir - corrigió con rapidez cuando vio que Miles abría la boca.

- No hace falta que haya una probabilidad de éxito en la idea de llegar al Imperio para que la posibilidad de un intento se convierta en problema de Seguridad Imperial - se burló Miles -. Es extraño. Los komarreses pensaron en su falso Miles como un impostor que reclamaría el trono. No creo que se hayan dado cuenta de que habían fabricado un verdadero pretendiente, ni ellos ni Mark. Bueno, yo tendría que morir primero así que desde mi punto de vista el asunto es opinable. - Golpeó con los dedos sobre la mesa y se levantó -. A moverse todo el mundo.

En el camino hacia la puerta, Elena le preguntó en voz baja:

- Miles, ¿tu madre vio esos horrendos informes de Illyan sobre Mark?

Él sonrió tristemente.

- ¿Y quién crees que ordenó la investigación?

## 5

Empezó a ponerse la media-armadura. Primero, contra la piel, una pieza de la última tecnología del mercado: una red escudo para los destructores nerviosos. La red generadora de campo estaba entretejida en la tela de un traje muy apretado, gris, y una capucha que cubría el cráneo, el cuello, la nuca y la frente, dejando sólo libres los ojos, la nariz y la boca. De este modo desaparecía casi por completo la amenaza de una de las armas personales más temidas, el destructor nervioso, que mataba el cerebro. De paso, el traje también detenía el fuego de los bloqueadores. Naturalmente, Naismith siempre tenía lo más nuevo, lo mejor, y además hecho a medida... mierda, ¿le tendría que quedar tan apretado?

Por encima de la red iba una armadura de torso flexible que podía detener cualquier proyectil, desde los pequeños misiles de mano hasta los agujalanzadores de espina dorsal. Por suerte para su habilidad para respirar, esa parte del traje era ajustable. Soltó los ganchos hasta su máxima extensión para que la valiosa protección le quedara cómoda y bien colocada. Afortunadamente, por encima venían prendas de camuflaje, en gris, sueltas, fabricadas con una tela para combate que no se fundía ni quemaba. Luego bandoleras y cinturones con bloqueadores, destructores nerviosos, arcos de plasma, granadas, células de energía, oxígeno de emergencia, un arnés de descenso a soga doble. En la espalda, un arnés con un magnífico equipo de energía que generaba, al



primer toque de fuego enemigo, un campo espejo de arco de plasma del tamaño de un hombre con un retraso temporal tan minúsculo que uno apenas tenía tiempo de pensarlo. Era capaz de recibir treinta o cuarenta golpes directos antes de que muriera la célula de energía. En lugar de media-armadura hubiera debido llamarse triple-armadura.

Sobre la red anti destructor nervioso que cubría los pies se puso calcetines gruesos y luego las botas de combate de Naismith. Por lo menos las botas no le quedaban demasiado ajustadas. Una semana de inactividad y su cuerpo luchaba contra él, engordándose... Naismith era un anoréxico, mierda, ésa era la explicación. Un hiperactivo anoréxico. Se enderezó. Bien distribuido, el formidable equipo era sorprendentemente liviano.

Sobre el tablero, junto a la comuconsola del camarote, le esperaba el casco de comando. Por alguna morbosa razón, la sombra vacía bajo la visera del frente le hacía pensar en un cráneo. Levantó el casco entre las manos, lo hizo girar a la luz y miró con avidez sus curvas elegantes. Con las manos podía controlar un arma, dos como máximo. Esto, a través de la gente que comandaba, controlaba docenas, potencialmente a cientos o miles. Ése era el verdadero poder de Naismith.

Sonó el timbre del camarote. Él saltó en el aire, y el casco se le deslizó de las manos y a punto estuvo de caerse. Hubiera podido arrojarlo contra la pared sin que le ocurriera nada, pero lo apoyó en la mesa con cuidado.

- ¿Miles? - La voz del capitán Thorne en el intercomu -. ¿Ya estás listo?

- Sí, entra. - Tocó la tecla que abría la puerta.

Thorne pasó al camarote, con una armadura igual pero con la capucha hacia atrás. La ropa suelta convertía al hermafrodita no en un ser de dos sexos, sino en una cosa sin género, *soldado*. Thorne también tenía un casco de comando bajo el brazo, algo más antiguo y diferente.

Caminó alrededor de él con los ojos sobre cada arma y cinturón, y controlando las lecturas del equipo del escudo de plasma.

- Bien. - ¿Era así siempre? ¿Thorne inspeccionaba a su almirante antes de cada combate? ¿Acaso Naismith tendría la costumbre de entrar en combate con los cordones mal atados? Thorne hizo un gesto hacia el casco sobre la mesa -. Eso sí que es una máquina. ¿Estás seguro de que sabes cómo manejarlo?

El casco parecía nuevo, pero no tan nuevo. Él dudaba que Naismith se comprara equipos militares usados, a pesar de la economía que practicaba en toda la Flota.

- ¿Por qué no? - dijo, encogiéndose de hombros -. Ya lo hice antes.

- Estas malditas cosas - Thorne levantó la suya - pueden ser muy difíciles al principio. No es un flujo de datos, es una inundación de datos, de verdad. Tienes que aprender a ignorar lo que no necesitas. Si no puedes, es mejor apagarlas. Tú... - Thorne dudó -. Tienes la misma extraña habilidad que el viejo Tung, parece que no tienes ni la menor idea de lo que pasa a tu alrededor pero después recuerdas todo y lo recuperas cuando lo necesitas. Siempre estás en el canal correcto en el momento correcto, no sé cómo lo haces. Es como si tu mente trabajara en dos niveles. Tu tiempo de respuesta de comando es increíble cuando tienes alta la adrenalina. Es... adictivo... La gente que trabaja contigo espera... confía en eso... - El hermafrodita se detuvo, esperó.

¿Qué esperaba? Él volvió a encogerse de hombros.

- Hago lo que puedo.

- Si aún te encuentras enfermo, puedes delegar todo esto en mí, ya lo sabes.

- ¿Te parece que estoy enfermo?

- No eres tú mismo. No querrás enfermar a todo el escuadrón. - Thorne parecía tenso, casi angustiado.

- Ahora estoy bien, bien, Bel. ¡Déjame tranquilo!

- Sí, señor - suspiró Thorne.

- ¿Ya está todo listo ahí fuera?

- El transbordador tiene combustible, está equipado. El Escuadrón Verde está listo; en este momento carga las últimas cosas. Lo tenemos calculado para entrar en la órbita de estacionamiento justo a medianoche, en el edificio médico principal de Bharaputra. Caemos instantáneamente, sin esperar a que hagan preguntas. Golpear y huir. Toda la operación debería terminar en una hora, si las cosas salen bien. Una hora.

- Bien. - El corazón le latía acelerado. Disimuló un suspiro con una fuerte inspiración -. Vamos pues.

- Controlemos... controlemos nuestras comunicaciones primero - dijo Thorne.

Era una buena idea hacerlo en el camarote, tranquilos, en lugar de efectuar el control en medio del ruido y la tensión del transbordador.

- De acuerdo - dijo él, y agregó con astucia -: Tómate tu tiempo.

Había unos cien canales en servicio en el casco de comando, incluso para ese ataque limitado. Además del contacto oral directo con el *Ariel*, Thorne y cada uno de los miembros del escuadrón, había computadoras de batalla en la nave, en el transbordador y en el mismo casco. Había lecturas telemétricas de todo tipo, controles de energía de las armas, datos de logística. Todos los cascos de los miembros de la tropa tenían recepción de vídeo para que él pudiera ver lo que veían ellos en las bandas de infrarrojo visual y UV; sonido completo, lecturas médicas de todos, despliegues de mapas de holovideo. El holomapa del criadero de clones estaba programado especialmente para esa misión, y el plan de ataque y varias contingencias. Había canales dedicados a espiar telemetrías del enemigo en la huida. Thorne ya había captado los enlaces de comunicación de los guardias de seguridad de Bharaputra. Hasta podían recibir canales comerciales de entretenimientos del planeta al que se estaban acercando. Una música leve llenó el aire momentáneamente cuando pasó por esos canales.

Al terminar se descubrió frente a Thorne, solos los dos en un silencio incómodo. Thorne tenía la cara asustada, como en lucha con una emoción contenida. *¿Culpa?* Extraña idea. Seguramente no. Era imposible que Thorne hubiera adivinado su identidad. No estarían allí de ser así.

- ¿Nervios por el combate, Bel? - dijo en tono intrascendente -. Creía que te gustaba tu trabajo.

Thorne salió de su abstracción con un sobresalto.

- Ah, sí, sí que me gusta. - Respiró hondo -. Hagámoslo de una vez.

- ¡Ya! - dijo él y salió de su camarote asilado hacia la luz del corredor y la realidad habitada que sus acciones, sí, *sus* acciones, habían creado.

El corredor del transbordador parecía su primera visita, pero al revés: los comandos Dendarii, enormes como antes, salían hacia el puerto en lugar de entrar en él. Parecían más tranquilos esta vez, no tan juguetones y bromistas. Más dedicados a lo suyo. Ahora tenían nombres, todos en su casco de comando, nombres que los separaban e identificaban. Algunos usaban medias-armaduras y cascos y equipo pesado además de las armas de mano que usaba él.

Se descubrió mirando a la monstruosa sargento con ojos nuevos, ahora que conocía su historia. La bitácora decía que tenía diecinueve años, aunque parecía mayor; sólo tenía dieciséis cuando Naismith se la llevó de la Casa Ryoval. Él aguzó la vista, tratando de ver a la niña en ella. A él se lo habían llevado hacia ocho años, a los catorce. Seguramente habían compartido un tiempo como productos genéticos y prisioneros de la Casa Bharaputra, aunque él nunca la había visto. Los laboratorios de ingeniería genética estaban en otra ciudad de la gran instalación médica. La Casa Bharaputra era una organización muy vasta, casi un pequeño gobierno en el estilo extraño de los jacksonianos. Pero claro, Jackson's Whole no tenía gobiernos.

Ocho años... *Ni uno solo de los que conocías sigue con vida. Eso lo sabes, ¿verdad?*

*Si no puedo hacer lo que quiero, por lo menos haré lo que pueda.*

Dio un paso hacia ella.

- Sargento Taura. - Ella se volvió con expresión asustada -. ¿Qué tiene alrededor del cuello? - En realidad él veía lo que era, un lazo rosado, blando, peludo. Suponía que la verdadera pregunta era ¿por qué lo tiene alrededor del cuello, sargento?

Ella... sonrió, bueno, él supuso que aquella mueca repelente era una sonrisa y se lo tocó con una mano enorme con garras. Esa noche tenía las uñas pintadas de rosa brillante.

- ¿No crees que puede ayudar? Quería ponerme algo para no asustar a los chicos.

Él levantó la vista hacia aquellos casi tres metros de media-armadura, camuflaje, botas, bandoleras, músculos y colmillos. *No sé por qué no creo que sea suficiente, sargento...*

- Bueno, vale la pena intentarlo - dijo. Así que ella era consciente de su extraña apariencia... *¡Tonto! ¿Cómo no iba a serlo? ¿Acaso no eres tú consciente de la tuya?* Casi lamentaba no haberse aventurado fuera del camarote en el viaje, y conocerla mejor. *Una chica de mi ciudad.*

- ¿Qué se siente al volver? - le preguntó de pronto; un gesto de la cabeza hacia ninguna parte indicaba la zona de la Casa Bharaputra.

- Es raro - admitió ella, las espesas cejas levantadas.

- ¿Conoces este campo de aterrizaje? ¿Ya habías estado aquí?

- En ese complejo médico no. Casi nunca me dejaban salir del edificio de genética. Sólo unos años en los que viví con padres adoptivos. Pero en la misma ciudad. - Volvió la cabeza, le bajó la voz una octava y ladró una orden sobre carga de equipo a uno de sus hombres, que hizo un gesto con la mano y se apresuró a obedecer. Ella se volvió hacia él de nuevo y la voz se le suavizó en una levedad consciente, cuidadosa. No había ninguna otra expresión de intimidad mientras estaba en servicio; parecía que ella y Naismith eran amantes discretos, si es que lo eran. La discreción lo alivió -. No salía mucho - agregó ella.

También su voz sonó más baja:

- ¿Los odias? - *¿Como yo?* Otro tipo de pregunta íntima.

Los labios de ella se torcieron con el pensamiento.

- Supongo... Me manipularon terriblemente cuando estaba creciendo pero en ese momento no me pareció un abuso. Había muchas pruebas incómodas pero era ciencia... no había intención de hacerme daño. No me dolió hasta que me vendieron a Ryoval, después de que se canceló el proyecto de super-soldado. Lo que quería hacerme Ryoval era grotesco, pero ésa era la naturaleza de Ryoval. Fue Bharaputra que... a Bharaputra no le importó. Me tiró a la basura. *Eso me dolió.* Pero después viniste tú... - Le brillaron los ojos -. Un caballero de brillante armadura y todo eso...

Una ola de resentimiento familiar, empecinada, amarga, lo recorrió de arriba a abajo. *¡A la mierda el caballero de la brillante armadura y el caballo que montaba! ¡Yo también puedo rescatar gente!* Por suerte, ella estaba mirando hacia otro lado y no vio el espasmo de rabia en la frente de su comandante. O tal vez lo tomó por rabia contra los que la habían atormentado.

- Pero a pesar de todo eso - murmuró ella -, yo ni siquiera habría existido de no ser por la Casa Bharaputra. Ellos me hicieron. Estoy viva... por el tiempo que sea... ¿Debo devolver muerte por vida? - La cara extraña, distorsionada, se volvió introspectiva de pronto.

Él se dio cuenta un poco tarde de que éste no era el ánimo indicado para inculcarle a un comando en una misión como ésa.

- No... necesariamente. Estamos aquí para rescatar clones, no para matar a los empleados de Bharaputra. Sólo matamos si es necesario...

Eso era bueno, era muy de Naismith. Ella levantó la cabeza y le sonrió.

- Me alegro mucho de que estés mejor - dijo -. Estaba muy preocupada. Quería ir a verte pero el capitán Thorne no me dejó. - Los ojos le brillaban como llamas amarillas.

- Sí... estuve muy... enfermo. Thorne hizo lo que era correcto. Pero tal vez podamos

hablar más cuando estemos de camino a casa. - Cuando esto termine. Cuando él se ganara el derecho... *¿el derecho de qué?*

- Tienes una cita, almirante. - Ella *le guiñó el ojo*, y se enderezó con una alegría feroz. *¿Qué le prometí?* Ella se lanzó hacia adelante, sargento otra vez, feliz, a supervisar su escuadrón.

Él la siguió hacia el transbordador de combate. El nivel de luz era mucho más bajo allí, el aire más frío y, por supuesto, no había gravedad. Él flotó hacia adelante, de asidero en asidero detrás de Thorne, dividiendo el espacio mentalmente para la carga de personas. Doce o quince filas de chicos sentados, cuatro atravesados... sí, había sitio. El transbordador estaba equipado para llevar dos escuadrones, más hoverautos armados o todo un hospital de campo. Tenía un puesto de primeros auxilios en la parte posterior, que incluía cuatro camas y una cámara portátil de crío-tratamiento. El tecnomed del comando Dendarii estaba organizando el área y los suministros a toda velocidad. Los soldados aseguraban todo, moviéndose en silencio, sin fatiga, con poca conversación y poco ruido. Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.

El piloto estaba en su puesto. Thorne ocupó el asiento del copiloto. Él se sentó en un asiento fijo detrás. Por la ventana veía estrellas de bordes agudos, lejanas estrellas, y más cerca las luces coloridas y parpadeantes de alguna actividad humana y, en el borde del campo de visión, el gajo brillante de la curvatura del planeta. Casi en casa. Se le comprimó el estómago, y no sólo por la velocidad. Bandas de tensión le corrían por la cabeza bajo los sujetadores del casco.

El piloto golpeó el intercomu.

- Un control de gente, ahí abajo, Taura, por favor. Tenemos cinco minutos de empuje para golpear la órbita, luego soltamos y caemos.

Después de un momento, llegó la voz de la sargento Taura:

- Control terminado. Todos asegurados, compuerta cerrada. Listos. Fuera-repito-fuera.

Thorne miró por encima del hombro y señaló. Él se ajustó el cinturón apresuradamente. Justo a tiempo. Las bandas de plástico le mordieron con fuerza y él se sacudió a los dos lados cuando el *Ariel* tembló para acomodarse en la órbita de estacionamiento, efecto de la aceleración que una nave más grande hubiera compensado y hasta anulado por completo con su campo de gravedad interna.

El piloto levantó las manos y las dejó caer de golpe como si fuera un músico que toca un crescendo. Golpes metálicos fuertes, terroríficos, reverberaron a través del fuselaje. Aullidos ululantes en respuesta desde el compartimento detrás de la superficie de vuelo.

*Cuando dicen caer* - pensó él, agitado -, *es caer*. Las estrellas y el planeta giraron en la ventanilla del frente, y tuvo náuseas. Cerró los ojos y el estómago intentó treparle por el esófago. De pronto descubrió una ventaja extra en la armadura espacial. Si uno se caga de miedo al bajar, la fontanería del traje se ocupa de todo y nadie se entera.

El aire empezó a chillar en la cubierta exterior cuando llegaron a la ionosfera. Las bandas del asiento lo cortaban en rodajas como a un huevo.

- Divertido, ¿no? - aulló Thorne, sonriendo como un loco, la cara distorsionada y los labios flameando en la desaceleración. Iban directo hacia abajo, o hacia allí parecía ir la proa del transbordador, aunque el asiento estaba tratando de expulsarlo hacia el techo de la cabina con una fuerza que le quebraba el cuello y le aplastaba el cerebro.

- Espero que no haya nada en el camino - aulló el piloto alegremente -. Esto no está bajo un control de vuelo, ya saben...

Él se imaginó una colisión en el aire con un gigantesco transbordador de pasajeros... nubes más espesas... el transbordador temblando como una tuba enloquecida... y la proa todavía hacia abajo, juraba él, aunque no entendía cómo lo sabía el piloto en esa niebla y ese alarido...

Luego, de pronto, estaban tan nivelados como un hoverauto, las nubes arriba, las luces de una ciudad como joyas salpicadas sobre una alfombra, allá abajo. Un hoverauto que

caía como una roca. La columna se le empezó a comprimir, más y más y más. Más ruidos espantosos, como si el transbordador estuviera abriendo los pies. Un conjunto de edificios medio iluminados abajo. Un patio de juegos oscurecido... *¡Mierda, es ahí, es ahí!* Los edificios se alzaron amenazantes a su alrededor, por encima de ellos. *Zump-crunch-crunch*. Un aterrizaje sólido, a seis patas. El silencio lo dejó aturdido.

- ¡Bueno, vamos, *ya!* - Thorne se levantó de un salto del asiento, la cara roja, los ojos iluminados de miedo, o deseo de sangre, o las dos cosas...

Bajó por la rampa detrás de una docena de Dendarii. Tenía los ojos adaptados a la oscuridad sólo hasta la mitad y la luz del complejo, diseminada por el aire frío y neblinoso de la medianoche, era suficiente para ver sin dificultad, aunque la visión estaba manchada con colores extraños. Las sombras eran negras siniestras. La sargento Taura dividió el escuadrón en silencio con señales de las manos. Nadie hacía ruido. Las caras silenciosas estaban bañadas en relámpagos dorados de luz breve, como en *staccato*, mientras los vídeos de los cascos suministraban un dato u otro, proyectados sobre el costado de la visión. Una Dendarii sacó una bici-flotante personal, subió a ella y se alejó despacio hacia la oscuridad.

El piloto se había quedado a bordo, y Taura dejó también a otros cuatro Dendarii. Dos se desvanecieron en la oscuridad circundante, y dos se quedaron con el transbordador como retaguardia. Él y Thorne habían discutido por eso. Thorne quería más vigilancia alrededor. En cambio él intuía que necesitarían la mayor cantidad posible de gente en el criadero de clones. Los guardias civiles del hospital no eran problema, y tendría que pasar bastante tiempo para que llegaran los mejor armados de apoyo cuando se dieran cuenta de que había problemas. Para entonces, los Dendarii ya se habrían marchado... si podían mover a los clones con rapidez. Se maldijo por no haber pedido dos escuadrones comando en lugar de uno, en Escobar. Podría haberlo hecho con facilidad pero temía que la capacidad de espacio del *Ariel* no le permitiera traer a los clones después, y pensó que era mejor así. Había muchos factores a tener en cuenta.

El casco le enmarcaba la visión con gran cantidad de códigos, números y gráficos de colores. Los estudió pero pasaban demasiado rápido: para cuando recibía uno y lo interpretaba, ya no estaba y había aparecido otro. Decidió seguir el consejo de Thorne y con una palabra redujo la intensidad de la luz a un murmullo alucinatorio. La recepción de audio del casco no era tan mala. Nadie estaba charlando de más.

Él, Thorne y los otros siete Dendarii siguieron a Taura al trote - ella caminaba - entre dos edificios adyacentes. Había actividad en los comos de los guardias de seguridad de Bharaputra. Él lo descubrió al poner el casco en la banda correspondiente. El primer *¿Qué diablos es eso? ¿Has oído, Joe? Controla el sector cuatro*, y luego respuestas. Habría más después, estaba seguro, pero no tenía intención de quedarse a esperarlos.

Una esquina. *Ahí*. Un edificio de tres pisos, agradable, con muchas plantas y paisajismo, grandes balcones en las ventanas. No era un hospital, ni un dormitorio común sino algo vago, ambiguo, discreto. LA CASA DE LA VIDA decía en el doble dialecto jacksoniano. *La casa de la muerte. Mi querida casa*. Le parecía terriblemente familiar y a la vez terriblemente extraña. En otro tiempo le había parecido espléndida. Ahora... era más pequeña que su recuerdo.

Taura levantó el arco de plasma, ajustó el rayo a *ancho*, y arrancó las puertas del frente, que eran de vidrio y estaban cerradas, en una fuente de colores: naranja, blanco y azul, los restos del estallido. Los Dendarii saltaron hacia delante, dividiéndose a izquierda y derecha antes de que muriera el brillo de los globos de vidrios rotos. Uno empezó a patrullar la planta baja. Sonaron alarmas de incendio y de seguridad: los Dendarii ahogaron los ruidos mientras pasaban con más fuego de plasma, pero otras unidades seguían con los sonidos de alarma en otras partes del edificio. Rociadores automáticos hicieron lagos y levantaron vapor en el camino.

Él corría para mantener el paso. Un guardia de seguridad de Bharaputra, de uniforme

marrón con bordes rosados entró en el corredor, ante él. Tres bloqueadores Dendarii lo hicieron caer al mismo tiempo. El rayo de su bloqueador murió en el techo.

Taura y dos Dendarii mujeres cogieron el ascensor hacia el tercer piso; otro hombre les pasó por el lado, tratando de llegar a la azotea. Él llevó a Thorne y a los otros hacia el segundo piso y a la izquierda. Dos adultos sin armas, una mujer en camisón y albornoz, quedaron dominados apenas aparecieron. *Ahí*. Detrás de esas puertas dobles. Estaban cerradas con llave y alguien las golpeaba por dentro.

- ¡Vamos a abrir esa puerta! - aulló Thorne -. Apartarse a lado para que no os hagamos daño. - El golpeteo se detuvo. Thorne asintió. Un hombre ajustó el arco de plasma a *estrecho* y cortó el pestillo de metal. Thorne dio una patada a la puerta.

Un hombre joven y rubio retrocedió un paso y miró a Thorne con asombro..

- Ustedes no son los bomberos.

Una multitud de jóvenes llenó el corredor detrás del rubio. Él no tenía que recordarse que eran un grupo de chicos de diez años, pero no estaba seguro de lo que sentían los demás Dendarii. Había allí todo tipo de alturas y numerosas mezclas de razas, más variadas de lo que hubiera esperado después del paisaje griego que hacía esperar dioses rubios en medio de fuentes. La riqueza personal y no la belleza había sido el vale para la creación de esos jóvenes. Y sin embargo, todos y cada uno, eran gratamente saludables, todo lo que les permitía su composición genética. Todos utilizaban un uniforme para dormir, túnicas y pantalones cortos marrones.

- Al frente - siseó Thorne y lo empujó -. Habla.

- Quiero una explicación - dejó escapar mientras el capitán lo empujaba.

- De acuerdo.

Había practicado diez mil veces en su mente el discurso de ese momento supremo, con todas las variantes posibles. Lo único que sabía era que no iba a empezar con *Soy Miles Naismith*. La latía el corazón. Respiró muy hondo.

- Somos los Mercenarios Dendarii y estamos aquí para salvaros.

La expresión del muchacho era de asco, de miedo y de burla.

- Pareces un hongo - le dijo a la cara.

Eso estaba tan... tan lejos del guión. De las miles de líneas que él tenía como respuesta, ninguna servía para semejante afirmación. En realidad, tal vez se parecía a un hongo con el gran casco y la ropa gris de combate... No tenía nada que ver con la imagen heroica que hubiera querido dar...

Se arrancó el casco, se quitó la capucha y mostró los dientes. El muchacho retrocedió.

- ¡Escuchad, clones! - aulló -. ¡El secreto que oísteis en los pasillos es cierto! Todos vosotros estáis a la espera de que os asesinen los cirujanos de la Casa Bharaputra. Os van a meter otro cerebro en las cabezas y van a tirar vuestros cerebros a la basura. Ahí es donde fueron vuestros amigos desaparecidos, uno tras otro. Nosotros estamos aquí para llevaros a Escobar y liberaros. En Escobar os darán asilo...

No todos los muchachos estaban presentes, y los últimos de la fila empezaron a retroceder hacia habitaciones individuales. Un murmullo se elevó entre ellos, luego se oyeron aullidos y gritos. Un muchacho de pelo negro trató de pasar a través de los Dendarii y uno de los hombres lo atrapó sin dificultad. El chico se puso a chillar asustado, y eso impresionó a todos los demás. El muchacho golpeaba todo lo que podía para defenderse del Dendarii, y el hombre parecía exasperado e inseguro, como si esperara alguna orden.

- ¡Seguidme! - aulló él desesperadamente a los que retrocedían. El rubio giró sobre sus talones y echó a correr.

- No van a creernos - dijo Thorne con la cara tensa y pálida -. Tal vez sería más fácil dormirlos con los bloqueadores y llevármolos. No podemos perder tiempo aquí con tan poca cobertura.

- No...

El casco lo estaba llamando. Lo activó de nuevo. Un parloteo de comunicación entró en los oídos pero la voz profunda de la sargento Taura penetró entre las demás realzada por el canal que le correspondía.

- señor, necesitamos ayuda aquí.

- ¿Qué pasa?

La respuesta se perdió en una onda de la mujer que flotaba en la bicicleta:

- Señor, hay tres o cuatro chicas que se están tirando por los balcones del edificio donde está usted. Y hay un grupo de guardias de seguridad que se acercan desde el norte.

Él buscó los canales frenéticamente hasta encontrar el que iba hacia ella.

- No dejen escapar a ninguno.

- ¿Y cómo voy a hacerlo, señor? - La voz estaba llena de tensión.

- Bloqueador - decidió él, desesperado -. ¡Espera! No les dispare a las de los balcones hasta que estén en el suelo.

- ¿Y si se me escapan?

- Haz lo que puedas. - La cortó para buscar a Taura -. ¿Qué quiere, sargento?

- Quiero que venga a hablar con esta loca, señor. Usted sí puede controlarla...

- Aquí las cosas tampoco están bajo control...

Thorne puso los ojos en blanco. El muchacho capturado golpeaba con los talones el mentón del hombre Dendarii. Thorne le tocó la nuca con el bloqueador a la mínima potencia. El chico sufrió una convulsión y se quedó inmóvil. Con los ojos abiertos, consciente todavía, empezó a llorar.

En un estallido de cobardía, él le dijo a Thorne:

- Que los rodeen, como sea. Voy a ayudar a la sargento Taura.

- Hazlo - gruñó Thorne en un tono decididamente insubordinado. Giró, enfrentándose a sus hombres -. Tú y tú, a ese lado... tú, al otro. Las puertas...

Retrocedió con vergüenza cuando se oyó ruido de vidrios rotos.

Arriba, las cosas estaban más tranquilas. Había menos chicas que chicos, desproporción que prevalecía desde sus tiempos. Muchas veces se había preguntado por qué. Pasó sobre el cuerpo dormido de una guardia de seguridad de cuerpo enorme y siguió el holomapa proyectado por su casco, hacia la sargento Taura.

Una docena de chicas estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, las manos detrás de la nuca, bajo la amenaza de un bloqueador Dendarii. Las túnicas y los pantalones cortos eran de seda rosada pero idénticos a los de los muchachos. Todas parecían muy asustadas, pero al menos estaban en silencio. Él entró en una habitación lateral y encontró a Taura y a un hombre frente a una alta mujer-niña de origen euroasiático, sentada en una comuconsola con los brazos cruzados en un gesto agresivo. En lugar de la pantalla había un agujero negro y humeante, reciente, de fuego de plasma.

La chica volvió la cabeza, con el cabello al aire, de Taura a él y luego a Taura de nuevo.

- ¡Qué circo, mi señora! - La voz era un latigazo de desprecio.

- Se niega a moverse - dijo Taura, con un extraño tono de preocupación.

- Niña - dijo él con dureza -, eres cadáver si te quedas. Eres una clon. Tu progenitora va a robarte el cuerpo. Tu cerebro va a terminar destruido. Tal vez muy pronto.

- Eso ya lo sé - dijo ella con desprecio, como si él fuera un imbécil.

- ¿Qué? - se había quedado con la boca abierta.

- Ya lo sé. Y acepto mi destino. Mi señora me necesita. Yo sirvo a mi señora a la perfección. - Levantó el mentón, y los ojos descansaron un momento en adoración distante y maravillada de algo que él no podía adivinar.

- Llamó a seguridad en la Casa - informó Taura, tensa, con un gesto hacia el holovideo quemado -. Describió las armas que usamos y hasta el número estimado.

- Ustedes no van a apartarme de mi señora - afirmó la muchacha con un asentimiento

de cabeza -. Los guardias me van a salvar. Soy muy importante.

¿Qué diablos le habían hecho los de Bharaputra para hacerle pensar de ese modo? ¿Podría él deshacerlo en treinta segundos? No lo creía posible.

- Sargento - respiró hondo al decirlo y agregó en el suspiro que siguió -: Con el bloqueador, por favor.

La chica empezó a agacharse pero los reflejos de la sargento eran demasiado rápidos para ella. El rayo la tocó entre los ojos. Taura saltó sobre la comuconsola y la atrapó antes de que su cabeza golpeará contra el suelo.

- ¿Las tienen a todas? - preguntó él.

- Dos por lo menos han bajado por atrás antes de bloquearlas - informó Taura con el ceño fruncido.

- Si intentan salir del edificio las bloquearán - la tranquilizó él.

- ¿Y si se esconden abajo? Va a llevar tiempo encontrarlas - Los ojos amarillos se desviaron a un lado para recibir un mensaje en el casco -. Ya deberíamos estar camino del transbordador.

- Un segundo. - Buscó laboriosamente a Thorne en los canales. A través del audio se oía chillar a alguien a lo lejos: «¡Pequeño hijo de put...!»

- ¿Qué? - le ladró Thorne en voz preocupada -. ¿Ya tienes a las chicas?

- He tenido que dormir a una. Taura la va a llevar. ¿Ya los has contado?

- Sí, lo saqué de una comuconsola en la habitación de guardia: treinta y ocho chicos y dieciséis chicas. Hemos perdido a cuatro, que se fueron por el balcón, o eso creemos. Phillipi contó a tres pero dice que no vio al cuarto. ¿Y tú?

- La sargento Taura dice que dos chicas bajaron por las escaleras de atrás. Vigilen, por favor. - Miró hacia arriba, al vídeo que giraba como una aurora boreal -. Thorne dice que debería haber dieciséis aquí.

Taura sacó la cabeza al corredor, movió los labios y volvió a mirar a la chica dormida.

- Nos falta una. Kesterton, recorra el lugar, mire los armarios y las camas.

- Sí, sargento.

Él siguió a la mujer con la voz de Thorne en los oídos.

- ¡Rápido ahí! Esto tiene que ser en segundos, ¿se acuerdan? No tenemos tiempo para buscar a las ovejas extraviadas.

- Espera, coño.

En la tercera habitación, la mujer se inclinó bajo la cama y gritó:

- ¡Ajá! ¡Ya la tengo, sargento!

Cogió un par de piernas en movimiento defensivo y tiró de ellas. La presa salió a la luz, una mujer-niña bajita con el mismo uniforme que todas. Emitía pequeños grititos, una petición de socorro sin esperanza de auxilio. Tenía una cascada de bucles color platino pero su rasgo más destacado era el busto, dos enormes globos que la seda rosada de la túnica no podía contener. Rodó sobre sus rodillas, se puso de pie, las manos tocándose la piel como si no estuviera acostumbrada a encontrarla allí.

*Diez años, mierda.* Parecía que tuviera veinte. Y esa hipertrofia no podía ser natural. La cliente-progenitora había pedido escultura corporal, obviamente, antes de tomar posesión. Eso tenía sentido: que el clon sufriera el problema metabólico y quirúrgico. Una cintura de avispa, una cadera elegante... por esa madurez femenina exagerada, madura físicamente, se preguntó si no sería una de las que destinaban a transferencia y cambio de sexo. Casi con seguridad. Y la cirugía la esperaba muy pronto, sin duda...

- No, no, váyanse - sollozaba -. Váyanse. Va a venir mi madre, pronto, pronto. Mañana, *mañana* vendrá a buscarme. Déjenme. Voy a conocer a mi madre...

La cara de la mujer Dendarii estaba roja, transfigurada, avergonzada como él por la monstruosidad de la chica.

- Pobre muñeca - susurró y la sacó de la angustia con un leve toque de bloqueador en la nuca. Ella se derrumbó sobre el suelo.



El casco lo estaba llamando de nuevo. Él no supo cuál de los hombres era.

- Señor, acabamos de espantar a un grupo de los luchadores de la Casa Bharaputra con nuestros bloqueadores. No tenían trajes anti-bloqueador. Pero los que vienen ahora sí los tienen. Están mandando grupos más grandes, más armados. Armas pesadas. Los que están bloqueados van a despertarse pronto.

Él buscó en los vídeos del casco, tratando de situar a ese hombre en el holomapa.

Antes de que pudiera terminar la operación, la voz sin aliento del guardia de aire le llegó como una catarata.

- Un equipo de armas pesadas de Bharaputra está rodeando el edificio hacia el sur, señor. Tenemos que salir de aquí. Esto se está poniendo muy feo.

Él hizo un gesto para que la Dendarii y su muñeca bloqueada salieran de la habitación antes que él.

- Sargento Taura - llamó -. ¿Recibió esos informes del exterior?

- Sí, señor. Vámonos.

La sargento Taura se echó a la muchacha euroasiática sobre un hombro ancho y a la rubia sobre el otro, aparentemente sin notar el peso y condujeron al grupo de chicas asustadas por las escaleras. Taura las hizo caminar de dos en dos, cogidas por las manos, mejor organizadas de lo que él hubiera esperado. Pero las voces susurrantes volvieron a surgir, horrorizadas, cuando las llevaron hacia la sección de los muchachos.

- Ahí no nos permiten entrar - intentó protestar una, llorando -. Nos vamos a meter en problemas.

Thorne tenía a seis chicos bloqueados boca abajo sobre el corredor y a otros veintitantos alineados contra la pared, las piernas abiertas, los brazos extendidos, en postura de control de prisioneros, con un par de hombres nerviosos gritándoles y manteniéndolos en su lugar. Algunos clones parecían enojados, otros lloraban y todos estaban aterrorizados.

Él miró con horror el montón de víctimas de bloqueadores.

- ¿Cómo vamos a llevarlos a todos?

- Que los lleven sus compañeros - dijo Taura -. Así nosotros tenemos las manos libres y ellos las tienen ocupadas. - Dejó los dos pesos que llevaba al final de la fila, con cuidado.

- Bien dicho - dijo Thorne, levantando la mirada con dificultad, después de observar con fascinación a la mujer de los grandes pechos, de la que le costó despegar los ojos -. Worley, Kesterton, que... - se detuvo en la mitad de la orden cuando un mensaje de emergencia pasó por encima de todos los canales en su casco y el del almirante.

Era la mujer de la bici, que aullaba:

- Hijos de puta, el transbordador... Cuidado chicos, a la izquierda... - Estática -. ¡Oh, mierda! - luego silencio, sólo el murmullo de un canal vacío.

Él buscó una lectura, frenético, cualquier lectura, ya, pronto. El localizador funcionaba, y encontró a la mujer entre dos edificios en la parte trasera del patio donde estaba estacionado el transbordador. Las lecturas médicas eran líneas uniformes. ¿Muerta? Seguramente no, tenía que haber por lo menos química de la sangre... La visión estática, vacía que se transmitía enfocaba la niebla de la noche en un ángulo extraño, y esto le explicó la situación. Phillipi había perdido el casco. Lo difícil era saber qué otra cosa había perdido.

Thorne llamó al piloto del transbordador una y otra y otra vez, alternando la llamada con los de retaguardia. No hubo respuesta.

- Inténtalo tú - insultó a su almirante.

Pero él también encontró canales vacíos. Nada más. Los otros dos Dendarii de la cobertura estaban en medio de un intercambio de fuego con el escuadrón de armas pesadas de los bharaputranos que venía del sur según el informe anterior de la mujer de la bici-flotante.

- Tenemos que hacer un reconocimiento - ladró Thorne entre dientes -. Sargento Taura, usted tenga a esos chicos a punto para marchar. Tú... - Eso, para él, aparentemente. ¿Por qué ya no lo llamaba *Almirante* o *Miles*? -. Ven conmigo. Sumner, cúbranos.

Thorne partió a un trote rápido. Él maldijo sus piernas cortas mientras trataba de seguirlo y se quedaba cada vez más atrás.

Abajo por el tubo elevador, afuera por las puertas de vidrio, rodeando un edificio oscuro, entre otros dos. Alcanzó al hermafrodita que estaba pegado contra el suelo de un rincón del edificio que formaba el borde del patio de juegos.

El transbordador todavía estaba allí, al parecer entero - seguramente ninguna arma de mano podía penetrar su carcasa de combate -. La rampa estaba alta, la puerta cerrada. Una forma oscura - ¿Dendarii o enemigo? - se agachaba entre las alas. Thorne maldecía entre dientes y metió algunos códigos en la placa de computadora de control que llevaba en el brazo izquierdo. La compuerta se abrió, y la rampa salió hacia adelante con un siseo de servos. Ninguna respuesta humana.

- Voy adentro - dijo Thorne.

- Comandante, procedimiento estándar: ése es mi trabajo - dijo el hombre que Thorne había llevado como apoyo, desde su punto, detrás de un enorme tubo de hormigón.

- Esta vez no - dijo Thorne con amargura, y se lanzó hacia adelante en zigzag. Luego subió por la rampa, con el arco de plasma abierto. Un momento después llegó su voz por el comu -: Ahora, Sumner.

No lo habían invitado, pero él siguió a Sumner. El interior del transbordador estaba oscuro como la boca de un lobo. Todos encendieron las luces de los cascos y los dedos blancos de la luz tocaron y revisaron.

Nada parecía fuera de lugar pero la puerta del compartimento del piloto estaba herméticamente cerrada.

En silencio, Thorne hizo que Sumner tomara posición enfrente, para que la puerta quedara entre los dos, entre el fuselaje y la cubierta.

Él se colocó detrás de Thorne. Thorne golpeó otro código en el control del brazo. La puerta se abrió con un gruñido torturado pero no terminó la operación: tembló y se atrancó en la mitad.

Una ola de calor salió desde dentro como el aliento de un horno encendido.

Hubo una suave explosión anaranjada cuando el oxígeno entró en el compartimento y volvió a encender las sustancias inflamables que quedaban. Sumner se puso la máscara de oxígeno de emergencia, cogió un extinguidor químico que había en un gancho en la pared y lo apuntó al tablero de vuelo. Un momento después, los dos lo siguieron.

Todo estaba quemado. Los controles fundidos, el equipo de comunicaciones chamuscado. El compartimento desprendía un olor asfixiante, un olor a productos tóxicos de los materiales sintéticos que se oxidaban. Y otro olor a algo orgánico. Carne carbonizada. Lo que quedaba del piloto. Él volvió la cabeza y tragó saliva.

- Bharaputra no tiene... se supone que no tiene armas pesadas en este lugar.

Thorne señaló lo que veía y dijo furioso:

- Tiraron un par de nuestras propias minas térmicas aquí, cerraron la puerta y salieron corriendo. El piloto estaba bloqueado, supongo. Un hijo de puta bharaputrano inteligente... No tenía armas pesadas así que usó las nuestras. Mató o bloqueó a mis guardias, entró y nos dejó en el suelo. Ni siquiera se quedó para hacernos una emboscada... Eso pueden hacerlo ahora cuando quieran, tienen todo el tiempo del mundo. Este animal nunca va a volver a volar - La cara de Thorne era como una máscara de muerte quemada en la luz blanca de los cascos.

- ¿Y qué hacemos ahora, Bel? - El pánico le atenazaba la garganta.

- Volver al edificio y establecer una defensa. Usaremos a los rehenes para conseguir algún tipo de rendición.

- ¡No!

- ¿Tienes una idea mejor..., *Miles*? - Thorne hizo crujir sus dientes -. Claro, ninguna. Estaba seguro de eso.

El hombre de apoyo miraba a Thorne, espantado.

- Capitán... - miró a los dos una y otra vez -, el almirante nos va a sacar de esto. En peores situaciones estuvimos.

- Esta vez no. - Thorne se enderezó, la voz baja y agónica -. Y la culpa es mía... Asumo toda la responsabilidad... Ése no es el almirante. Es su hermano, su clon, Mark. Nos engañó, metiéndonos en esto, pero yo lo sé desde hace unos días. Lo supe antes de que nos tiráramos, antes de que llegáramos al espacio local de Jackson. Pensé que yo sería capaz de salir adelante, y que no nos atraparían.

- ¿Eh? - Las cejas del hombre se levantaron. No le creía. Un clon al que acabaran de ponerle la anestesia para la operación hubiera tenido la misma cara.

- No podemos... no podemos traicionar a esos chicos y devolvérselos a Bharaputra - gruñó Mark. Rogó.

Thorne hundió la mano en la burbuja carbonizada que ocupaba lo que había sido el asiento del piloto.

- ¿Quién es el traicionado aquí? - Levantó la mano y le dibujó una mancha negra en la cara de mejilla a mejilla -. ¿Quién? - susurró -. Tienes. Una idea. Mejor.

Él estaba temblando, la mente convertida en un vacío total. El carbón de la cara dolía como una herida a medio curar.

- Al edificio - dijo Thorne -. Y yo estoy al mando.

## 6

- Subordinados, no - dijo Miles con firmeza -. Quiero hablar con el jefe, una vez y listo. Y después, salir de aquí.

- Voy a seguir intentándolo - dijo Quinn. Volvió a su comuconsola en la sala de tácticas del *Peregrine*, que en ese momento transmitía la imagen de un oficial de alto rango de la seguridad de Bharaputra, y siguió con la discusión.

Miles se sentó en el asiento, las botas sobre el escritorio, las manos deliberadamente quietas sobre los apoyabrazos. Calma y control. Ésa era la estrategia. En ese punto, ésa era la única estrategia que le quedaba... Si hubiera llegado nueve horas antes... En los últimos cinco días había maldecido metódicamente en cuatro idiomas cada uno de los retrasos hasta que se quedó sin palabras. Habían gastado combustible, mucho, para empujar al *Peregrine* a la aceleración máxima, y habían estado a punto de llegar antes que el *Ariel*. Casi. Los retrasos habían dado a Mark el tiempo justo para convertir una idea mala en un desastre. Pero no había sido Mark solamente. Miles ya no creía en la teoría heroica del desastre. Un lío tan completo como ése necesitaba la cooperación de docenas. Y tenía muchísimas ganas de hablar en privado con Bel Thorne, pronto, cuanto antes. No había contado con que Bel terminara siendo una bala perdida como Mark.

Miró a su alrededor en la sala táctica, buscando la última información de los vídeos. El *Ariel* estaba a salvo, había huido bajo fuego hacia el puerto de la Estación Fell bajo el mando del segundo de Thorne, el teniente Hart. Estaba bloqueado por una docena de naves de seguridad bharaputranas que lo esperaban fuera de la zona de Fell. Otras dos naves escoltaban al *Peregrine* en órbita. Una fuerza simbólica, por ahora: el *Peregrine* tenía más fuego que las otras dos naves juntas. Ese equilibrio de poder de fuego cambiaría cuando llegaran las otras naves de Bharaputra. A menos que pudiera convencer al barón Bharaputra de que no era necesario poner sus naves en ese sitio.

Pidió ver la situación en el planeta sobre el vídeo, tal como la entendían las computadoras de batalla del *Peregrine*, por supuesto. La disposición exterior del complejo médico de Bharaputra era clara, incluso desde la órbita, pero le faltaban los detalles del

interior. Los habría necesitado sin duda alguna para planear un ataque inteligente, que no estaba interesado en realizar. Nada de ataques. Negociación y sobornos... hizo un gesto de dolor al pensar en el presupuesto. Bel Thorne. Mark. El Escuadrón Verde y cincuenta rehenes de Bharaputra estaban atrapados en un solo edificio, o eso era lo que se suponía, separados de su transbordador dañado desde hacía ocho horas. El piloto muerto; tres de la tropa, heridos. *Eso le iba a costar su comando a Bel, se juró Miles.*

Pronto amanecería. Los bharaputranos habían evacuado a todos los civiles del resto del complejo, gracias a Dios, pero también habían traído fuerzas y equipo de seguridad pesados. Sólo la idea de hacer daño a los valiosos clones había detenido a Bharaputra de un ataque violento. No podía negociar desde una posición de fuerza, por desgracia. *Lástima. Tranquilo.*

Sin volverse, Quinn levantó la mano y le hizo una señal. *Prepárate.* Él bajó la vista y controló su aspecto. La ropa de trabajo gris que estaba usando era de la persona más baja del *Peregrine*, una mujer de Ingeniería que medía un metro cincuenta. No le quedaba bien. Sólo tenía la mitad de las insignias correctas. El desaliño agresivo era un método de comando, pero él necesitaba más apoyo para conseguirlo. La adrenalina y la rabia contenida tendrían que servir para darle poder a su aspecto. Si no hubiera sido por el biochip de su nervio vago, sus úlceras habrían estado carcomiéndole el estómago. Abrió la comuconsola a la comunicación de Quinn y esperó.

Con una chispa de luz apareció sobre la placa de vídeo la imagen de un hombre con el ceño fruncido. Tenía el cabello negro hacia atrás en una cola apretada sostenida por un anillo dorado que le realzaba las facciones. Usaba una túnica de seda color bronce y ningún otro adorno. Piel color oliva, y aproximadamente unos cuarenta años y aspecto saludable. Las apariencias engañan: hacía falta más de una vida para llegar a ser líder indiscutido de una Casa de Jackson, con mentiras, engaños y maniobras políticas. Vasa Luigi, el barón Bharaputra, había estado usando el cuerpo de un clon en los últimos veinte años. Ciertamente lo cuidaba bien.

El período vulnerable de otro trasplante de cerebro sería doblemente peligroso sin duda para un hombre cuyo poder deseaban tantos subordinados sin escrúpulos. *Con este hombre no se juega,* decidió Miles.

- Bharaputra - dijo el hombre de la túnica marrón, y esperó. En realidad, él y la Casa eran la misma cosa desde el punto de vista práctico.

- Naismith - dijo Miles -. Comandante de la Flota Mercenaria de los Dendarii Libres.

- Al parecer, el comando es parcial - dijo Vasa Luigi con toda tranquilidad.

Miles mostró los dientes, pero consiguió no enrojecer.

- Justamente. ¿Entiende que yo no autoricé ese ataque?

- Entiendo que eso es lo que usted dice. Personalmente, yo no estaría tan ansioso por anunciar un fracaso de ese tipo en el control de mis subordinados.

*Te está poniendo nervioso. Tranquilízate.*

- Necesitamos que esto quede claro. Todavía no sé si el comandante Thorne fue sobornado o sólo engañado por mi hermano-clon. En cualquier caso, el clon es producto suyo y, por las razones sentimentales que sean, volvió para vengarse. Yo soy un testigo inocente, y estoy tratando de arreglar las cosas.

- Usted - parpadeó el barón Bharaputra, como una lagartija - es una curiosidad. *Nosotros* no lo fabricamos. ¿De dónde viene?

- ¿Le importa?

- Tal vez.

- Entonces es información que pienso vender o canjear. No es gratis. - Ésa era la etiqueta jacksoniana y el barón asintió, sin ofenderse. Estaban entrando en el reino de los Tratos, aunque todavía no fuera un trato entre iguales.

Por el momento el barón dejó de interesarse en la historia de la familia de Miles.

- ¿Y qué quiere de mí, almirante?

- Quiero ayudarlo. Si usted me da mano libre, puedo sacar a mi gente del dilema de ahí abajo con un mínimo de daño para las personas o propiedades de Bharaputra. Sin ruido, sin problemas. Incluso podría pensar en pagar costos razonables por los daños físicos ya sufridos.

- No me hace falta su ayuda, almirante.

- Si le interesa abaratar los costos, le aseguro que sí.

Los ojos de Vasa Luigi se aguzaron mientras lo pensaba.

- ¿Es una amenaza?

Miles se encogió de hombros.

- Al contrario. En este caso, los costos de ambos pueden terminar en cifras muy altas o muy bajas. Yo las preferiría bajas.

Los ojos del barón se desviaron a la derecha, hacia alguna cosa o persona que el vídeo no captaba.

- Perdóneme un segundo, almirante. - La cara desapareció, y fue reemplazada por el logo del vídeo.

Quinn se acercó a Miles.

- ¿Crees que podremos salvar a algunos de esos clones?

Él se pasó las manos por el cabello.

- Mierda, Elli, todavía estoy tratando de sacar al Escuadrón Verde... Lo dudo.

- Qué lástima, después de haber venido hasta aquí.

- Mira, tengo cruzadas mucho más cerca de casa si me da la gana. Se matan mucho más de cincuenta chicos todos los años en el interior de Barrayar por mutación o sospechas de mutación. Eso, para empezar. No puedo permitirme estas... quijotadas, como Mark. No sé de dónde sacó esas ideas, no puede haberlas sacado de los bharaputranos. Ni de los komarreses.

Quinn alzó las cejas, abrió la boca, y volvió a cerrarla como pensándolo de nuevo y sonrió sin ganas. Pero después dijo:

- Es que estaba pensando en Mark. Dices que quieres que confíe en ti.

- ¿Y regalarle los clones? Ojalá pudiera. Cuando termine de estrangularlo con mis propias manos, y eso es lo que voy a hacer apenas cuelgue a Bel Thorne del palo más alto. Mark es Mark, y no me debe nada, pero Bel debería haber sabido qué hacer. - Apretó furiosamente las mandíbulas. Las palabras de ella lo habían sacudido con visiones galopantes. Las dos naves, con todos los clones a bordo, saltando en triunfo desde el espacio local de Jackson... haciendo un palmo de narices a los bharaputranos... Mark balbuceando su gratitud, llevándolos todos a casa, con mamá... *locuras*. Imposible. Si lo hubiera planeado todo él de principio a fin, tal vez. Sus planes no habrían incluido un ataque frontal de medianoche sin apoyo extra. La placa de vídeo chispeó de nuevo y él hizo un gesto para que Quinn se alejara. Volvió a aparecer Vasa Luigi.

- Almirante Naismith - dijo, asintiendo -. He decidido permitirle que ordene a su personal amotinado que se rinda ante mis fuerzas de seguridad.

- No me gustaría poner en peligro a sus hombres, barón, ya han tenido bastante. Han estado levantados toda la noche. Están cansados y nerviosos. Yo voy a recoger a mi gente.

- Eso no es posible. Pero le garantizo sus vidas. Las multas individuales por los actos criminales que cometieron ya las discutiremos más tardes.

*Rescates*. Se tragó la rabia.

- Eso... es una posibilidad. Pero las multas deben determinarse de antemano.

- No está en disposición de dictar condiciones, almirante.

- Sólo deseo evitar malos entendidos, barón.

Vasa Luigi se mordió los labios.

- Muy bien. Los de la tropa, diez mil dólares betaneses cada uno. Los oficiales, veinticinco mil. Su capitán hermafrodita, cincuenta mil, a menos que quiera que nosotros

nos encarguemos de él, claro... No veo que le pueda servir de mucho su... su hermano-clon, así que lo voy a retener. A cambio de eso, renuncio a la compensación por daños a la propiedad. - El barón hizo un gesto de satisfacción por su propia generosidad.

Más de un cuarto de millón. Miles se encogió por dentro. Bueno, podía ser.

- Pero yo tengo interés en el clon. ¿Qué... qué precio le pone usted a su cabeza?

- ¿Qué interés podría tener usted? - preguntó Vasa Luigi, sorprendido.

Miles se encogió de hombros.

- Pensaba que era obvio... Mi profesión está llena de riesgos. Soy el único superviviente de mi nidada de clones. El que yo llamo Mark fue una sorpresa para mí y yo para él, creo: ninguno de los dos sabía que hubiera otro proyecto. ¿Dónde podría encontrar otro... bueno, digamos otro donante de órganos tan perfecto y tan rápido?

Vasa Luigi abrió las manos.

- Podríamos ponernos de acuerdo para retenerlo nosotros aquí, a salvo.

- Si lo necesito, será con urgencia. En esas circunstancias, temo una subida del precio en el mercado. Además, hay accidentes. Mire lo que le pasó al pobre clon del barón Fell, que estaba bajo su custodia, barón.

La temperatura pareció bajar veinte grados y Miles se maldijo por su locuacidad. Al parecer, el suceso aún era información confidencial por esos lares, o por lo menos un botón rojo de algún tipo. El barón lo estudió, si no con respeto, por lo menos con recelo.

- Si desea que se haga otro clon para propósitos de transplante, almirante, éste es el mejor lugar. Pero este clon no está a la venta.

- Este clon no le pertenece - ladró Miles, demasiado rápido. No, tranquilo. Debía parecer tranquilo, los pensamientos enterrados muy abajo, mantener esa apariencia suave de la persona que puede hacer un trato con el barón Bharaputra sin vomitar -. Además están esos diez años de tiempo. No me preocupa una muerte por vejez; lo que me quita el sueño son las sorpresas. - Después de una pausa, y con un esfuerzo heroico, se soltó -. No hay necesidad de renunciar a una compensación por daños.

- Yo no tengo necesidad de nada, almirante - señaló el barón con frialdad.

*No estés demasiado seguro de eso, maldito jacksoniano.*

- ¿Para qué quiere *usted* a ese clon en particular, barón, teniendo en cuenta lo fácilmente que puede conseguirse uno?

- No es tan fácil. Su historial médico revela que fue todo un desafío. - Vasa Luigi se palmeó la nariz aguileña con un dedito y sonrió sin demasiado humor.

- ¿Piensa en un castigo? ¿Una advertencia contra otros malhechores?

- Sin duda eso es lo que él va a pensar.

Así que había un plan para Mark, o por lo menos una idea que olía a beneficios.

- Nada en dirección de nuestro progenitor en Barrayar, espero. Ese complot murió hace mucho. Ellos saben sobre nosotros.

- Admito que las conexiones con Barrayar me interesan. *Sus* conexiones con Barrayar también me interesan, almirante. Es obvio por el nombre que usted tomó que sabe de dónde proviene. ¿Cuál es su relación con Barrayar, exactamente?

- Una relación difícil - admitió él -. Me toleran. Les hago un favor de vez en cuando. Por un precio. Fuera de eso, nos evitamos. Seguridad Imperial de Barrayar tiene un brazo todavía más largo que la Casa Bharaputra. No querrá usted atraer su atención. No le convendría, se lo aseguro.

Las cejas de Vasa Luigi se elevaron con escepticismo.

- Un progenitor y dos clones... tres hermanos idénticos. Y todos pequeñitos. Entre los tres supongo que pueden hacer una persona completa.

No venía al caso; el barón estaba buscando algo, posiblemente información.

- Tres, pero le aseguro que no idénticos - dijo Miles -. Lord Vorkosigan, el original, es un tipo gris. Pero lo menos, eso me dijeron. Las limitaciones de la capacidad de Mark son... bueno, acaban de quedar demostradas. Yo soy el modelo mejorado. Mis creadores

planearon cosas importantes para mí, pero hicieron el trabajo demasiado bien y yo empecé a hacer mis planes por mí mismo, una característica que no me parece que posean los otros dos.

- Ojalá pudiera hablar con sus creadores.

- A mí también me gustaría que eso fuera posible, pero están muertos.

El barón lo obsequió con una sonrisa de hielo.

- Es usted un pequeño engreído.

Miles tensó los labios, pero no dijo nada.

El barón se sentó, jugueteando con los dedos.

- Mi oferta sigue en pie. El clon no está a la venta. Pero voy a subir la multa al doble por cada treinta minutos que pasen. Le aconsejo cerrar el trato cuanto antes, almirante. No va a conseguir uno mejor.

- Tengo que hacer una consulta breve con mi contable de la Flota - aceptó Miles -. Enseguida le llamo.

- Por supuesto - murmuró Vasa Luigi con una sonrisa leve por su propio ingenio.

Miles cortó el comu con rapidez y se quedó sentado. Le dolía el estómago, del que irradiaban por todo el cuerpo ondas de vergüenza y furia.

- Pero el contable no está aquí. - Quinn señaló hacia fuera. Parecía confusa. El teniente Bone había partido con Baz y el resto de los Dendarii, desde Escobar.

- No... no me gusta el trato con el barón Bharaputra.

- ¿SegImp no puede rescatar a Mark más tarde?

- Yo soy SegImp.

Quinn no podía negarlo y se calló.

- Quiero mi armadura espacial - gruñó malhumorado, encogido en el asiento.

- La tiene Mark - dijo Quinn.

- Ya lo sé. Mi media-armadura. Mi casco de comando.

- También los tiene Mark.

- Ya lo sé. - Golpeó con fuerza sobre el brazo del asiento. El ruido sonó brusco y seco en la habitación tranquila y Quinn se encogió -. ¡Entonces, un casco de jefe de escuadrón!

- ¿Para qué? - preguntó Quinn sin entusiasmo -. Dijiste que aquí no hay cruzadas.

- Me estoy preparando para un trato mejor. - Miles se puso en pie. Le latía la sangre en los oídos, cada vez más caliente -. Ven.

Las bandas del cinturón de seguridad le apretaron el cuerpo cuando el transbordador aceleró para alejarse del costado del *Peregrine*. Miles echó una mirada por encima del hombro del piloto para controlar rápidamente la curvatura del planeta que se deslizaba por la ventana en diagonal y echar una mirada a sus transbordadores rápidos de combate que se alejaban de la nave nodriza para cubrirlo.

Después venía el segundo transbordador de combate del *Peregrine*, la otra mitad de su ataque a dos puntas. Su ataque fingido. ¿Se lo tomarían en serio los bharaputranos? *Eso es lo que tú quisieras que hicieran pero no es un hecho...* Volvió la atención al mundo global de datos suministrados por el casco de comando.

Después de todo no había tenido que conformarse con un casco de jefe de escuadrón. Había cogido el equipo de la capitana Elena Bothari-Jesek mientras ella se ocupaba de la táctica desde el *Peregrine*. *Tráemelo de vuelta sin ningún agujero*, le había dicho ella con los labios pálidos de ansiedad. Prácticamente todo lo que tenía puesto era donado. Un traje anti- destructor nervioso demasiado grande, con las mangas recogidas y sostenidas por bandas elásticas en los tobillos y las muñecas. Quinn había insistido en que se lo pusiera porque el daño que podían causar los destructores nerviosos era la pesadilla personal de Miles. Él no se había negado. Ropa de camuflaje demasiado suelta. Las bandas del equipo de campo de plasma rodeaban la tela sobrante con bastante eficacia. Dos pares de calcetines, uno sobre otro, mantenían las botas prestadas en su lugar. Era

muy desagradable, irritante, pero ésa no era la mayor de sus preocupaciones. Estaba tratando de sacar adelante un ataque planeado con treinta minutos de anticipación.

Su mayor preocupación era el lugar de aterrizaje. Su primera elección fue encima del edificio de Thorne, pero el piloto del transbordador tenía miedo de que el edificio se derrumbara si ponía el transbordador encima, y además el tejado no era plano sino a dos aguas. El sitio más cercano estaba ocupado por el transbordador destruido y abandonado del *Ariel*. La tercera opción los obligaba a una larga caminata, especialmente de vuelta cuando la seguridad de Bharaputra ya habría tenido tiempo de tomar las medidas oportunas. Bueno, tal vez el sargento Kimura y el Escuadrón Amarillo en el segundo transbordador le darían al barón Bharaputra algo más urgente que hacer. *Cuida el transbordador, Kimura. Es nuestro único apoyo ahora. ¡Debería haber traído a toda la Flota, mierda!*

Ignoró los crujidos y aullidos de desaceleración de su propio transbordador cuando golpearon la atmósfera - era una caída excelente, pero no lo suficiente rápida para él: ninguna velocidad le hubiera parecido suficiente - y miró el progreso del ataque de cobertura en los códigos y esquemas del casco. Los transbordadores de combate de Bharaputra, asustados y sorprendidos en la guardia alrededor del *Peregrine*, habían dividido su atención en dos. Perdieron unos tiros inútiles contra el *Peregrine* mismo, se alejaron persiguiendo a Kimura y luego se volvieron contra la formación de ataque de Miles. Uno de ellos estalló en pedazos casi inmediatamente y Miles susurró una recomendación para el piloto Dendarii en su grabador. El otro, asustado, se alejó para esperar refuerzos. Bueno, eso había sido fácil. Era el viaje de vuelta el que iba a ser divertido. Él ya sentía la adrenalina que se elevaba en su cuerpo, más extraña y más dulce que una droga a través de la sangre. Duraría horas, luego se iría de pronto, dejándolo quemado, vacío, con los ojos hundidos y la voz perdida. ¿Valía la pena esperar? *Si ganamos, sí.*

*Vamos a ganar.*

Cuando rodearon el planeta para ponerse en la línea de blanco, intentó hacer contacto con Thorne. Los de Bharaputra estaban interfiriendo los canales principales de comando. Trató de bajar de canal y emitir una pregunta breve en las bandas comerciales pero no obtuvo respuesta. Alguien debería estar asignado a monitorear esas bandas. Bueno, ya lo haría cuando llegaran al campo. Llamó la holovisión del complejo médico, imágenes fantasma que bailaban frente a sus ojos. Hablando de mejorar la situación, sintió la tentación de ordenar a los transbordadores abrir fuego y construir una trinchera para aterrizar cerca del refugio de Thorne, sacando del medio edificios molestos. Pero la trinchera tardaría mucho en enfriarse y, además, la cubierta podía beneficiar a las fuerzas de Bharaputra tanto como a él. Más: lo de Bharaputra conocían mejor el terreno. Pensó en la posibilidad de que hubiera túneles y conductos de utilidad. No, conductos no, pensó y frunció el ceño pensando en Taura, llevada ciegamente a esa picadora de carne por alguien como Mark.

La desaceleración salvaje, las sacudidas, terminaron cuando los edificios se levantaron a su alrededor - *puntos perfectos para un francotirador* - y el transbordador se dejó caer en el suelo. Quinn, que había tratado de buscar canales de comunicación desde el asiento fijo opuesto al suyo, detrás del copiloto, levantó la vista y dijo:

- Tengo a Thorne. Prueba con el 6-2-j. Audio solamente, por ahora no hay imagen.

Con un parpadeo y un gesto controlado, él buscó a su subordinado.

- ¿Bel? Vamos para allá. Prepárate para salir de ahí. ¿Queda alguien con vida?

No tenía que ver la cara de Bel para captar el gesto de espanto. Pero por lo menos el hermafrodita no perdió el tiempo en explicaciones ni excusas.

- Dos heridos que no pueden andar. Phillipi, muerta hace quince minutos. Hemos puesto la cabeza en hielo. Si puedes traer la frío-cámara portátil, tal vez salvemos algo.

- Sí, pero no vamos a tener mucho tiempo para eso. Empieza a prepararla ahora



mismo. Estaremos ahí en cuanto podamos. - Asintió a Quinn y los dos se levantaron y salieron del cuarto de comando. Él ordenó a los pilotos que lo sellaran detrás.

Quinn pasó la voz de lo que tendrían que ver en tierra el tecnomed y la primera mitad del Escuadrón Naranja salió del transbordador a toda velocidad en busca de posiciones defensivas. Dos hoverautos armados salieron inmediatamente detrás, para eliminar los puntos de ventaja de los francotiradores de Bharaputra y reemplazarlos por Dendarii. Cuando declararon un transitorio *¡Todo tranquilo!*, Miles y Quinn siguieron al Escuadrón Azul por la rampa hacia una aurora húmeda, fría. Él dejó la segunda mitad del Escuadrón Naranja como guardia para el transbordador, en caso de que los bharaputranos decidieran repetir el plan anterior, que tan bien les había salido.

La niebla de la mañana rodaba, leve, alrededor de la piel caliente del transbordador. El cielo estaba tachonado de una luz perlada pero las estructuras del complejo médico todavía estaban hundidas en sombras de distintos tonos. Una bici-flotante se alzó hacia el cielo y dos Dendarii tomaron posiciones. Detrás de ellos, siguió el Escuadrón Azul. Miles se concentró, forzando las piernas cortas para seguir a los demás. No quería que ninguno de sus soldados tuviera que detener el paso por él, jamás. Por lo menos esta vez no sucedió y él gruñó de satisfacción, con el poco aliento que le quedaba. Un rugido de fuego de armas pequeñas hizo ecos alrededor, informándole que su gente del perímetro, los Naranja, ya estaba trabajando.

Dieron vuelta alrededor de un edificio, bajo la protección de un segundo pórtico, luego junto a un tercero, mientras los medio-escuadrones saltaban como ranas y se cubrían unos a otros. Demasiado fácil. El complejo hacía que Miles pensara en flores carnívoras con los estambres llenos de néctar mirando hacia dentro. Entrar era fácil para bichitos como él. Lo que agotaba y mataba era el intento de volver a salir.

Así que fue un alivio que estallara la primera granada sónica. Los bharaputranos no estaban guardándose todo para el postre. La explosión tuvo lugar unos cuantos edificios más allá y reverberó de una forma extraña en los pasillos y caminitos. No era de los Dendarii: el timbre era distinto y demasiado lejano. Él manejó el casco de comando para seguir el fuego, medio subliminalmente, mientras el Escuadrón Naranja atacaba un nido de hombres de seguridad de Bharaputra. No le preocupaban los bharaputranos que sus soldados podían eliminar. Los peligrosos eran los que se escondían, los que los Dendarii no habían visto... Se preguntó si el enemigo habría traído otras armas de tipo proyectil, además de las granadas sónicas y se sintió terriblemente consciente de lo que le faltaba de su media armadura. Quinn había intentado que se pusiera su armadura para el torso, pero él la había convencido de que esas cosas colgando sueltas a su alrededor le impedirían concentrarse. Se volvería loco con eso, le había dicho. *Más loco*, le pareció que murmuraba ella, pero no le pidió una aclaración. No pensaba ir a la cabeza de los ataques de caballería en ese viaje, de eso estaba seguro.

Parpadeó para borrar el flujo de datos fantasma mientras doblaban la última esquina, asustando a tres o cuatro bharaputranos escondidos, y se acercó al criadero de clones. Un edificio grandote, como un bloque, que parecía un hotel. Las puertas de vidrio destrozado lo llevaron a un vestíbulo donde los defensores camuflados se movían entre protecciones levantadas precipitadamente, puertas de metal arrancadas de sus goznes y utilizadas como barricadas. Un rápido intercambio de contraseñas y entraron. La mitad del Escuadrón Azul se distribuyó instantáneamente para reforzar a los defensores del cansado Escuadrón Verde; la otra mitad fue con él.

El médico que traía la camilla flotante con la crío-cámara portátil entró rápidamente por la puerta y lo llevaron corriendo por un pasillo. Inteligentemente, tenían a Phillipi en una habitación lateral, fuera de la vista de los rehenes clones. Paso Uno, sacar toda la sangre posible del paciente; bajo esas condiciones de combate, no había necesidad de conservar esa sangre. Rudo, rápido y muy feo; no era una imagen para nadie que no estuviera preparado, para nadie con el corazón blando.

- Almirante - dijo una voz aguda, tranquila.

Él giró en redondo y se encontró cara a cara con Bel Thorne. Los rasgos del hermafrodita estaban casi tan grises como el capuchón que los cubría, un óvalo de tela de camuflaje suelto y suave. Y otra cosa que odiaba ver pese a su rabia: *la derrota*. Bel parecía derrotado, parecía haberlo perdido todo. *Y así es*. No intercambiaron ni una sola palabra de acusación ni de defensa. No hacía falta; todo estaba claro en la cara de Bel y Miles suponía que también en la suya. Asintió, reconociendo a Bel, reconociéndolo todo.

Junto a Bel había otro soldado, y la punta de su casco - *mi casco* - no llegaba ni al hombro de Bel. Se había olvidado de lo sorprendente que era Mark. *¿En serio soy así?*

- Tú... - La voz de Miles se quebró y tuvo que detenerse para tragar saliva -. Más tarde, tú y yo hablaremos largo y tendido. Hay muchas cosas que parece que no entiendes.

El mentón de Mark se levantó para mirarlo, desafiante. *No, mi cara no es tan redonda, estoy seguro*. Debía de ser una ilusión, por el capuchón.

- ¿Y los chicos? - preguntó Mark -. Los clones...

- ¿Qué pasa con ellos?

Un par de jóvenes en túnicas de seda marrón y pantalones cortos parecían estar ayudando a los defensores Dendarii, asustados, excitados, no paralizados. El resto, chicos y chicas, estaba sentado en grupo, un grupo aterido e inmóvil, bajo los ojos de un Dendarii con bloqueador en mano. *Mierda, son chicos, nada más*.

- Tenemos... vamos a llevarlos. O yo no voy. - Mark tenía los dientes apretados pero Miles vio cómo tragaba saliva.

- Ah - dijo Miles, sarcástico -. Claro. Vamos a salir bailando el vals por la Estación Bharaputra, dejarlos ahí y dar las gracias a Vasa Luigi por el préstamo. *¡Idiota!* ¿Qué pensabas? Vamos a cargar y salir disparando. El único lugar donde podemos ponerlos es en la compuerta de aire y te garantizo que tú caes primero que ellos...

Mark se encogió de hombros un poco pero respiró hondo y asintió.

- Muy bien, entonces.

- No. Las cosas. No. Están. Muy. Bien - mordió Miles -. Están... están... - No podía encontrar una palabra para describir la situación en que estaban. Hubiera tenido que decir que era el mayor desastre que había visto en su vida -. Si pensabas hacer una estupidez como ésta, por lo menos hubieras podido consultar al experto de la familia...

- ¿A ti? ¿Pedirte ayuda a ti? ¿Qué te crees, que estoy loco? - chilló Mark, furioso.

- Sí... - Los interrumpió un clon rubio que los miraba fijamente, con la boca abierta.

- En serio son clones... - dijo, sorprendido.

- No, somos hermanos mellizos que nacimos con una diferencia de seis años - ladró Miles -. Sí, somos clones como tú, tienes razón, vuelve y siéntate. ¡Obedece las órdenes, coño!

El chico se alejó, asustado, susurrando:

- ¡Es cierto!

- ¡Mierda! - aulló Mark entre dientes, con voz baja y ronca -, ¿cómo es que a ti te creen y a mí no? No es justo...

La voz de Quinn, en el casco, interrumpió la reunión de familia.

- Si tú y Don Quijote Junior ya habéis terminado de saludaros, Med Norwood tiene a Phillipi cargada y lista, y a los heridos preparados para el transporte.

- Entonces tenemos que sacar a la primera tanda por la puerta, - ordenó él. Llamó al sargento del Escuadrón Azul -. Framingham, llévase el primer grupo. ¿Listo?

- Listo. Los tiene la sargento Taura.

- Vaya. Y no mire atrás.

Media docena de Dendarii, tres veces ese número de clones exhaustos y sorprendidos y dos herido en camillas flotantes se reunieron en el vestíbulo y salieron por las puertas destruidas. Framingham no parecía contento de usar a dos niñas como escudo: la cara de chocolate tenía una mueca de amargura. Pero si había francotiradores de Bharaputra,

iban a tener que apuntar muy bien. Los Dendarii obligaban a marchar a los chicos a un trote continuado y vivo. Un segundo grupo siguió al primero un minuto después. Miles transmitía por el casco a los dos lados de su visión periférica y aguzaba los oídos buscando el silbido mortífero de las armas de mano.

¿Saldría bien? La sargento Taura llevó el último rebaño de clones al vestíbulo. Lo saludó con un gesto semi militar, sin pararse siquiera a mirarlo junto a Mark.

- *Me alegro* de verte, almirante - ronroneó.

- Y yo a ti, sargento - contestó él, con sinceridad. Si Mark hubiera llevado a Taura a la muerte, nunca hubieran podido reconciliarse. En algún momento tendría que descubrir cómo había hecho Mark para engañarla, y hasta qué punto lo había logrado, en qué grado de intimidad... Más tarde.

Taura se le acercó y bajó la voz:

- Hemos perdido cuatro chicos, volvieron con los de Bharaputra, escaparon... ¿Hay alguna posibilidad de...?

Él meneó la cabeza, lamentando lo que iba a decir.

- No, no habrá milagros. Tenemos que llevarnos lo que tenemos a lo perdemos todo.

Ella asintió: comprendía la situación táctica con toda claridad, aunque por desgracia eso no le aliviaba la pena. Él le ofreció un breve *Lo lamento*, y ella abrió su boca grande para proferir una respuesta triste.

El med del Escuadrón Azul trajo la gran camilla flotante con la crío-cámara, con una manta sobre la parte transparente del cilindro brillante para ocultar el cuerpo desnudo y congelado de su camarada y paciente a ojos que pudieran no entenderlo y horrorizarse. Taura hizo poner de pie a los clones.

Bel Thorne echó una mirada a su alrededor.

- Odio este lugar - dijo.

- Tal vez podamos bombardearlo al salir - dijo Miles con tono contenido -. Por fin.

Bel asintió.

Todos ellos, los quince últimos clones, la camilla, la guardia de los Dendarii, Taura y Quinn, Mark y Bel, se asomaron a la puerta del frente. Miles sacó la cabeza, sintiendo que tenía el ojo de un toro pintado en la parte superior del casco, pero la sombra que cruzó corriendo el techo del edificio de enfrente tenía la ropa gris de los Dendarii. Bien. El holovideo del costado derecho de su campo de visión le informaba que Frammingham y su grupo habían llegado al transbordador sin incidentes. Mejor todavía. Cortó las transmisiones de Frammingham, colocó el segundo grupo en un murmullo apenas audible y se concentró en el presente.

La voz de Kimura le interrumpió con la primera comunicación que tenía del Escuadrón Amarillo, desde el otro lado de la ciudad.

- Señor, la resistencia es débil. No se lo creen. ¿Hasta dónde llego para que nos tomen en serio?

- Hasta donde pueda, Kimura. Póngalo todo. Tiene que desviar la atención de Bharaputra. Lléveselos lejos, pero no se arriesgue mucho y, sobre todo, no arriesgue el transbordador. - Miles confiaba en que el teniente Kimura estuviera tan ocupado que no captara la lógica levemente esquizofrénica de lo que había dicho...

La primera señal de las armas pesadas de Bharaputra llegó con un estallido literal: una granada sónica a unos quince metros de ellos. Delante. Hizo un agujero en el sendero, que volvió obedeciendo a la gravedad unos segundos después, convertido en fragmentos de material, terroríficos aunque no demasiado peligrosos. Los alaridos de los chicos-clones le ensordecieron los oídos.

- Me voy, Kimura. Use su iniciativa.

El golpe había fallado pero era un fallo intencionado. Miles se dio cuenta cuando más fuego de plasma tocó un árbol a la derecha y una pared a la izquierda. Los dos explotaron. Los estaban rodeando de fuego a propósito... para asustar a los clones. Y la

cosa estaba funcionando bien: los clones se agachaban, se arrojaban al suelo, se aferraban unos a otros y aullaban y estaban listos para salir corriendo en todas direcciones. Si lo hacían, no habría ninguna posibilidad de volver a reunirlos. Un arco de plasma golpeó a un Dendarii. Era para probar que los de Bharaputra podían hacerlo si querían, supuso Miles; el arco se absorbió en el campo-espejo y salió de nuevo con un color azul infernal que asustó a los chicos que estaban cerca. Los de la tropa, más experimentados, devolvieron el fuego mientras Miles aullaba en su casco para que los cubrieran desde el aire. Por el ángulo de fuego, los bharaputranos estaban arriba.

Taura estudió a los clones histéricos, miró a su alrededor, levantó el arco de plasma y voló las puertas del edificio más cercano, un almacén sin ventanas o un garaje.

- ¡Adentro! - aulló.

Fue una gran idea: si iban a salir corriendo, por lo menos lo harían en la misma dirección. Siempre que no se detuvieran ahí dentro. Si volvían a quedar atrapados, no habría otro hermano mayor que los salvara.

- ¡Moveros! - Miles secundó la idea -. ¡Pero seguid moviéndooos! Por el otro lado, afuera.

Ella hizo un gesto de haber comprendido y los chicos salieron en estampida de la zona de fuego hacia algo que sin duda les parecía seguro. Para él, era una trampa. Pero tenían que estar juntos. Si había algo peor que quedar atrapados era estar atrapados y dispersos. Hizo un gesto para que pasara el segundo escuadrón y los siguió. Un par de soldados del Escuadrón Azul tomó la retaguardia y disparó arcos de plasma hacia arriba... hacia sus... ¿arrieros, los que los llevaban como ganado? Eso temía Miles. Lo suponía por los disparos como de advertencia pero uno de los de la tropa no tuvo suerte. Su arco de plasma golpeó a un hombre de Bharaputra que trataba de correr a lo largo de la azotea del edificio de enfrente, un movimiento muy poco lógico. El escudo del hombre absorbió el golpe pero perdió el equilibrio y cayó, aullando. Miles intentó no oír el ruido del golpe contra el cemento pero no lo consiguió del todo, pese a que tenía los oídos aturridos por las granadas. El aullido se detuvo.

Miles se volvió y corrió por el pasillo, atravesó unas puertas dobles, hizo un gesto ansioso a Thorne, que le esperaba para cubrirlo.

- Yo tomo la retaguardia - se ofreció Thorne.

¿Estaba pensando en morir heroicamente y evitar el juicio militar que se le avecinaba? Durante un momento, Miles pensó en dejarlo. Hubiera sido muy típico de los Vor. A veces los viejos Vor podían ser unos hijos de puta muy estúpidos.

- Tú lleva los clones al transbordador - le ladró -. Termina el trabajo que decidiste hacer. Si voy a pagar por esto, al menos quiero recibir lo que compro.

Thorne mostró su contrariedad, pero asintió. Los dos salieron galopando tras el escuadrón.

Las puertas dobles se abrían sobre una habitación enorme con suelo de cemento, que obviamente abarcaba todo el edificio. Un pasadizo angosto pintado de rojo y verde corría alrededor de un techo con pinturas doradas, festoneado de cables colgantes de función misteriosa. Algunas luces pálidas enfocaban abajo, proyectando sombras múltiples. Él parpadeó en la oscuridad y casi bajó el visor de infrarrojo. Parecía un área de reunión para algún tipo de proyecto de envergadura pero daba la impresión de que en ese momento no estaba en uso. Quinn y Mark dudaron, esperándoles, a pesar del gesto urgente de Miles para que siguiera adelante.

- ¿Para qué os quedáis ahí parados? - les ladró él con miedo furioso. Se detuvo junto a ellos.

- ¡Cuidado! - aulló alguien. Quinn giró, levantando el arco de plasma y buscando el blando. La boca de Mark se abrió y la «a» que dejó escapar hizo una copia tonta del capuchón gris que le rodeaba la cara.

Miles vio al de Bharaputra porque estaban mirándose cara a cara, en ese momento

congelado. Un grupo de francotiradores de marrón salían de entre las sombras, probablemente de los túneles. Estaban arrastrándose entre los pasadizos, apenas más preparados que los Dendarii. El hombre tenía un arma arrojadora de alto poder de fuego y le estaba apuntando con ella, la boca brillante de fuego.

Miles no vio el proyectil, por supuesto, ni siquiera cuando le entró en el pecho. Sólo el pecho, que estalló hacia fuera como una flor, y un sonido que no oyó, sino que sintió, un golpe de martillo arrojándolo hacia adelante. Flores negras le subieron a los ojos, cegándolo.

Estaba de una pieza, no por lo mucho que pensó porque no hubo tiempo para pensar, sino por lo mucho que sintió en el tiempo en que el último chorro de sangre llegó al cerebro. La cámara giró a su alrededor... un dolor más allá de cualquier medida... rabia... y furia... y una sensación de pena enorme, infinitesimal en duración, infinita en profundidad: *Esperad, todavía no term...*

7

Mark estaba de pie tan cerca que el estallido del proyectil fue como un silencio en los oídos y borró todos los otros sonidos. Pasó demasiado rápido; no pudo comprenderlo, no pudo cerrar los ojos, no pudo defender la mente de la imagen. El hombrecito que había estado aullando y haciéndole gestos hacia adelante se torció hacia atrás como un trapo gris, los brazos abiertos, la cara contorsionada. Una lluvia de sangre roció a Mark con una fuerza que dolía, parte de un medio círculo amplio de sangre y pedazos de tejidos. Todo el lado izquierdo de Quinn se tiñó de escarlata.

*Así son las cosas. No eres perfecto*, fue el primer pensamiento absurdo de Mark. Esa vulnerabilidad absoluta y brusca lo sacudió hasta lo indecible. *No creía que pudieran lastimarte. Mierda, no creía que pudieran...*

Quinn estaba aullando, todo el mundo retrocedía, sólo él estaba allí, paralizado en su silencio personal, sordo. Miles estaba tendido sobre el cemento, con el pecho abierto, sin moverse. *Eso es un hombre muerto*. Había visto muertos antes y sabía que no había error posible.

Quinn, la cara enloquecida, disparó el arco de plasma contra los de Bharaputra, tiro tras tiro, hasta que los fragmentos calientes del techo empezaron a caer sobre ellos y un Dendarii le quitó el arma.

- Taura, a ellos. - Quinn señaló arriba con su mano libre.

La monstruosa sargento disparó una soga que se enredó en un cable. Subió por ella a toda velocidad, como una araña loca. Entre las luces y las sombras, Mark casi no podía seguirla, mientras ella saltaba a velocidad sobrehumana entre los pasadizos hasta que el personal de seguridad de Bharaputra empezó a caer como lluvia, con los cuellos rotos y la cara blanca. Las armaduras de alta tecno no eran protección posible contra aquellas garras enormes, furiosas. Tres hombres cayeron en medio de su propia sangre, con las gargantas destrozadas; un bombardeo enloquecido. Un Dendarii, que corría atravesando la habitación, estuvo a punto de caer desmayado bajo uno de los cuerpos. Era extraño que la guerra moderna tuviera tanta sangre. Las armas lo cocinaban todo, pulcramente, como un huevo dentro de su cáscara.

Quinn no prestaba atención, como si no le importaran los resultados de su orden. Se arrodilló junto a Miles, con las manos extendidas y temblorosas, dudando. Luego sacó el casco de comando de la cabeza de su almirante. Arrojó a un lado el casco del escuadrón que tenía puesto y lo reemplazó por el de Miles. Se le movieron los labios: establecía contactos, controlaba canales. Aparentemente, el casco no había sufrido daños. Ella aulló órdenes a la gente del perímetro, preguntas al transbordador.

- Norwood, vuelve, *vuelve aquí ya*. Sí, tráela. Ahora, *ahora*. ¡Ya, ya, ya, Norwood! - La

cabeza dejó de mirar a Miles, pero sólo el tiempo necesario para aullar -: Taura, asegura este edificio. - Desde arriba, la sargento gritaba órdenes a los que tenía con ella.

Quinn sacó un cuchillo vibrador del cinturón y empezó a cortar la ropa de Miles, desgarrando cinturones, el escudo, las bandoleras y tirando fragmentos ensangrentados a su alrededor. Mark levantó la vista, siguió la mirada de ella y vio al tecnomed que volvía con la camilla flotante, guiando el peso sobre el cemento. La camilla flotante contrarrestaba la gravedad pero no su masa: la inercia de la crío-cámara, muy pesada, luchaba contra sus intentos por correr y volvió a luchar cuando él frenó y bajó la camilla al suelo cerca del comandante muerto. Media docena de clones confundidos siguieron al médico como patitos. Se reunieron a mirar, horrorizados, los restos del breve combate.

El médico miraba el cuerpo de Miles y la crío-cámara cargada.

- Capitana Quinn, no sirve para dos cuerpos.

- Claro que sí, mierda. - Quinn se puso de pie, temblando, la voz áspera como si hablara sobre grava. Parecía no notar las lágrimas que le corrían por las mejillas, produciendo una huella rosada sobre la pintura de camuflaje -. Claro que sí, mierda. - Miró sin ver la brillante crío-cámara -. Vacíela.

- ¡No puedo, Quinn!

- Es mi orden, mi responsabilidad.

- *Quinn...* - la voz del médico sonaba angustiada -. ¿Acaso él hubiera ordenado algo así?

- *Él* acaba de perder su voto. De acuerdo. - Respiró hondo -. Yo lo hago. Prepárelo.

Con los dientes apretados, el med obedeció. Abrió una puerta al final de la cámara y sacó una bandeja con equipo. Estaba toda desordenada porque ya la había usado una vez y no había tenido tiempo de volver a empacarla como correspondía. Sacó algunas botellas de aislamiento. Grandes.

Quinn abrió la cámara. La tapa saltó hacia fuera, rompiendo el sello. Ella metió las manos adentro y desató cosas que Mark no veía. No quería ver. Siseó cuando la piel congelada instantáneamente se le desgarró en las manos pero volvió a meterlas. Con un gruñido, levantó el cuerpo desnudo, verdoso, manchado de púrpura de una mujer. Lo puso en el suelo. Era la mujer de la bici-flotante, Phillipi. La patrulla de Thorne, desafiando al fuego de Bharaputra, la había encontrado al fin sobre la bici caída a unos dos edificios de su casco perdido. La columna rota, la espalda rota; le había llevado dos horas morir, a pesar de los heroicos esfuerzos del tecnomed y del Escuadrón Verde. Quinn levantó la vista y vio a Mark, que la miraba. Ella tenía la cara destrozada por los sentimientos.

- Tú... inútil... envuélvela. - Quinn señaló a Phillipi, luego se alejó hacia el lugar en que el med estaba arrodillado junto a Miles.

Mark rompió la parálisis y miró a su alrededor hasta que encontró una envoltura plateada entre los suministros médicos. Asustado del cadáver pero todavía más aterrizado por Quinn, extendió la envoltura y enrolló a la mujer muerta y fría. Estaba dura y pesada, bajo sus manos temblorosas.

Se levantó y oyó murmurar al médico, que tenía las manos sin guantes hundidas en el desastre rojo que había sido el pecho de Miles Vorkosigan.

- No encuentro el final. Mierda, ¿dónde hay un extremo? Por lo menos la maldita aorta, algo...

- Ya van cuatro minutos - ladró Quinn, sacando el cuchillo de nuevo y cortando el cuello del cadáver de Miles, dos cortes cuidadosos, sin tocar la laringe. Los dedos de ella buscaron en el corte.

El médico levantó la vista y se limitó a decir:

- Asegúrese de que es la carótida y no la yugular.

- Lo estoy intentando. No están en código de colores. - Encontró algo pálido y gomoso. Sacó un tubo de uno de los frascos de aislamiento y metió el extremo de plástico en la supuesta arteria. Encendió el aparato: se oyó el zumbido de la bomba diminuta, que

empujó un líquido verdoso de crío-técnica a través del tubo transparente. Ella sacó otro tubo del frasco y lo insertó del otro lado del cuello de Miles. La sangre empezó a fluir desde las venas de salida, sobre las manos de ella, sobre todo lo que los rodeaba; no a borbotones, como con el pulso de un corazón, sino mecánicamente, de una forma inhumana, firme y constante. Se extendió en el suelo en una laguna brillante, luego empezó a fluir sobre alguna pendiente invisible, un pequeño arroyo carmín. Una cantidad increíble de sangra. Los clones lloraban. A Mark le dolía la cabeza, un dolor terrible que le oscurecía la vista.

Quinn mantuvo las bombas encendidas hasta que lo que salía por ellas tuvo un color claro y verde. Mientras tanto, el med había encontrado los extremos que buscaba y puso otros dos tubos. Más sangre, mezclada con crío-fluido, brotaba de la herida. El arroyo se transformó en río. El med sacó las botas de Miles y luego los calcetines, y pasó sensores sobre los pies cada vez más pálidos.

- Ya casi estamos... ya estamos casi secos. - Se alejó hacia el frasco, que estaba apagado ya con un indicador rojo parpadeante en un extremo.

- Ya he usado lo que tenía - dijo Quinn.

- Probablemente es suficiente. Los dos eran pequeños. Ocúpese de esos extremos... - Le tiró algo brillante que ella atrapó en el aire. Se inclinaron sobre el pequeño cuerpo -. A la cámara, entonces - dijo el med. Quinn acunó la cabeza, el med tomó el torso y la cadera. Los brazos y las piernas colgaban hacia abajo -. Es liviano... - Metieron el peso sobre la crío-cámara, dejando el uniforme bañado en sangre en el suelo, un montón húmedo y oscuro. Quinn dejó que el med hiciera las últimas conexiones y se volvió con los ojos ciegos, hablándole a su casco. No miró el paquete largo y plateado que tenía a sus pies.

Apareció Thorne, que cruzaba la habitación trotando. ¿Dónde había estado? Thorne miró a Quinn e informó con una indicación de cabeza hacia los bharaputranos muertos:

- Vinieron por los túneles. Por ahora tengo las salidas aseguradas. - Miró, vacío, la crío-cámara. De pronto pareció que tuviera más de cincuenta años. Viejo.

Quinn asintió.

- Clave a canal 9-C. Tenemos problemas fuera.

Una especie de curiosidad horrenda pasó por la impresión que dominaba a Mark. Encendió el casco. Lo había apagado durante horas y horas, sin esperanza, sin saber qué hacer, desde que Thorne le había quitado el comando. Siguió las transmisiones de los capitanes.

Los equipos de perímetro de los escuadrones Azul y Naranja estaban bajo mucha presión, atacados por las fuerzas de seguridad bharaputranas. El retraso de Quinn en el edificio estaba atrayendo a los guardias como la carne muerta a las moscas, con una tremenda excitación. Con casi dos tercios de los clones en el transbordador, el enemigo había dejado de dirigir fuego pesado hacia la nave pero los refuerzos se estaban reuniendo a gran velocidad en el aire, como buitres. Quinn y compañía estaban en peligro inminente de sitio y ataque.

- Tiene que haber otro camino - musitó Quinn. Cambió canales. - Teniente Kimura, ¿qué tal las cosas ahí? ¿La resistencia sigue débil?

- Se ha incrementado, y mucho. Tengo las manos llenas ahora, Quinnie. - La voz hermosa y alegre de Kimura desapareció interrumpida por una onda de estática que indicaba arcos de plasma y la activación del campo espejo -. Ya hemos conseguido nuestro objetivo y nos vamos. Después charlamos, ¿vale? - Más estática.

- ¿Qué objetivo? Cuida tu maldito transbordador, ¿quieres? Tal vez tengas que venir a por nosotros. Infórmame en cuanto estés en el aire.

- De acuerdo. - Una leve pausa -. ¿Por qué no está el almirante en este canal, Quinnie? Los ojos de Quinn se cerraron con el dolor.

- Está... está temporalmente fuera de alcance. ¡Muévete, Kimura!

La respuesta de Kimura, fuera la que fuese, desapareció en otra onda de estática. No había ningún programa que hablara de Kimura y su objetivo en el casco de Mark, pero el teniente parecía estar transmitiendo desde algún lugar externo, fuera del complejo médico. ¿Táctica de distracción? En tal caso, no había logrado atraer suficientes tropas. El canal del sargento Framingham pidió a Quinn que se apresurara en medio de la estática y casi simultáneamente el equipo de perímetro del Escuadrón Naranja informó que había perdido otro punto de ventaja.

- ¿El transbordador podría aterrizar sobre este edificio para recogerlos? - preguntó Quinn, mirando hacia arriba.

Thorne frunció el ceño, siguiendo sus ojos.

- Creo que hundiría el techo.

- ¡Mierda! ¿Alguna otra idea?

- Abajo - dijo Mark de pronto. Los dos Dendarii casi se lanzaron al suelo antes de entender lo que él había querido decir. - Por los túneles. Los de Bharaputra entraron por ahí. Nosotros podemos salir.

- Una trampa - objetó Quinn.

- Tengo un mapa - dijo Mark -. Lo tiene todo el Escuadrón Verde, un programa en los cascos. Ellos pueden ir delante.

- ¿Por qué no lo dijiste antes? - ladró Quinn, ignorando el hecho de que. En realidad, no había habido un antes.

Thorne asintió para aceptar la propuesta y empezó a buscar en el mapa de holovideo.

- Puede ser. Hay una ruta que nos pone dentro del edificio donde está el transbordador, Quinn. Las defensas bharaputranas son débiles ahí, y todas miran para el otro lado. Son más pero la superioridad de número no los va a ayudar mucho allá abajo.

Quinn se miró los pies.

- Odio el polvo. Quiero vacío y espacio para moverme. De acuerdo, vamos. ¡Sargento Taura!

Un momento de organización, unas puertas voladas por el aire y el pequeño grupo estuvo otra vez en marcha, por un tubo elevador hacia abajo, hacia los túneles de mantenimiento. Había hombres y mujeres delante del grupo principal. Taura hizo que media docena de clones llevaran el cuerpo envuelto de Phillipi, acostado sobre tres barras de metal arrancadas de los pasadizos y barandas. Como si la mujer de la bici-flotante tuviera todavía alguna esperanza de volver a la vida.

Mark se descubrió caminando junto a la crío-cámara que viajaba sobre la camilla flotante, manejada por un med ansioso y diligente. Echó una mirada sobre la cubierta transparente con el rabillo del ojo. Su progenitor yacía con la boca abierta, pálido, los labios grises, congelado y quieto. La escarcha formaba hojas sobre los sellos y una ola de calor flotaba desde el radiador de la unidad de refrigeración. Se quemaría como una hoguera bajo un sensor de infrarrojo enemigo. Mark tembló y se agachó en el calor. Tenía hambre y muchísimo frío. *Maldito seas, Miles Vorkosigan. Tenía tantas cosas para decirte y ahora ya no me escuchas.*

El túnel recto que estaba transitando pasaba bajo otro edificio, se abría en un portón doble sobre un gran vestíbulo lleno de múltiples cruces: varios ascensores, escaleras de emergencia, otros túneles y lavabos de emergencia. Todas las puertas estaban abiertas y llenas de humo, evidentemente parte de la estrategia de los hombres Dendarii que buscaban resistencia bharaputrana. El aire estaba repleto de humo y del olor fuerte, poderoso y duradero de los arcos de plasma. Por desgracia, en ese punto, los hombres de vanguardia encontraron lo que buscaban.

Las luces se apagaron. Los visores de los cascos de los Dendarii se cerraron alrededor de Mark al cambiar a infrarrojo. Él también lo hizo y miró desorientado un mundo sin colores. El casco tembló con comunicaciones de voz que saltaban unas encima de otras cuando dos de la vanguardia entraron corriendo hacia atrás en el vestíbulo desde



corredores separados, disparando arcos de plasma que brillaban, cegadores, en la visión del casco. Cuatro hombres del personal de seguridad de Bharaputra salieron de un tubo elevador, cortando en dos la columna de Quinn. Tan confinada era la confusión que se encontraron luchando cuerpo a cuerpo. Mark cayó al suelo, atropellado por accidente por un Dendarii que giraba, y se agachó junto a la camilla.

- Esto no tiene escudo - gruñó el med, golpeando la crío-cámara mientras los arcos de plasma pasaban cerca, rozándolo -. Un solo golpe y...

- Entonces al tubo elevador - le aulló Mark. El tecnomed asintió y giró la camilla hacia el primer túnel negro que no tenía hombres de Bharaputra. El tubo elevador estaba apagado o tal vez los campos de gravedad en conflicto habían volado los circuitos tanto en el tubo elevador como en la camilla. El med se subió a la crío-cámara como si fuera un caballo y empezó a desaparecer de la vista. Lo seguía otro Dendarii, con la mano sobre las escaleras de emergencia del interior del tubo elevador. El arco de plasma golpeó a Mark tres veces en una sucesión rápida mientras él se ponía de pie y lo tumbaba de nuevo. El escudo espejo arrojó un rugido de chispas azules mientras él rodaba hacia el tubo elevador a través de ondas de calor. Se lanzó por las escaleras detrás del hombre, fuera de la línea de fuego.

Pero no por mucho tiempo. Un casco de Bharaputra brilló sobre ellos en la entrada, luego el fuego de arco de plasma los siguió con un brillo como de relámpagos por el tubo elevador. El hombre que los acompañaba ayudó a Norwood a sacar la camilla flotante de esa imprevista galería de tiro y a pasarla por la entrada más baja, y se agachó para seguirlo. Mark les siguió también, sintiéndose una antorcha humana, enredado y atravesado por la incandescencia azul. ¿Cuántos tiros habían sido? Había perdido la cuenta. ¿Cuántos más podría recibir el escudo antes de rendirse y apagarse?

El Dendarii apuntó otra vez al tubo elevador pero no los seguía ningún bharaputrano. Se quedaron de pie en ese rincón de oscuridad y quietud, mientras los ecos y gritos de la batalla llegaban desde el tubo elevador. El vestíbulo era mucho más pequeño allí abajo y sólo tenía dos salidas. Una iluminación amarilla de emergencia a lo largo del suelo daba una falsa sensación de hogar y calor.

- ¡Mierda! - dijo el med -. Creo que estamos totalmente separados del grupo.

- No necesariamente - dijo Mark. Ni el med ni el Dendarii eran del Escuadrón Verde, pero el casco de Mark tenía el programa de ese Escuadrón. Activó el holomapa, encontró el lugar en que se habían detenido y dejó que la computadora buscara una ruta -. Se puede llegar ahí desde este nivel también. Es un poco más complicado pero, justamente por eso, seguramente no habrá tantos de Bharaputra.

- Veamos - dijo el med.

Medio aliviado, medio incómodo, Mark le alcanzó el casco. Norwood se lo metió en la cabeza y estudió la red de líneas rojas que se dibujaban como víboras a través de la grilla en tres dimensiones del complejo médico, que la computadora proyectaba frente a sus ojos. Mark se arriesgó a echar una mirada por el tubo elevador. No había bharaputranos acechando allí y los sonidos del combate llegaban amortiguados, como si estuvieran más lejos. Él se agachó de nuevo y descubrió que el Dendarii lo miraba mientras las pupilas brillantes y aterradoras le parpadeaban detrás del visor. *No, no soy tu almirante. ¡Qué pena!, ¿verdad?* Era evidente que el Dendarii opinaba que los de Bharaputra habían matado al hombre equivocado. Mark no necesitaba palabras para entender el mensaje. Se encogió de hombros.

- Sí - decidió el med. Se le tensó la mandíbula.

- Si se da prisa, tal vez llegue antes que la capitana Quinn - dijo Mark. Sostenía en la mano el casco del med. No había más sonidos. ¿Qué debía hacer? ¿Correr detrás del grupo de Quinn o quedarse y ayudar a cuidar la camilla flotante? No estaba seguro de si el miedo que sentía era por Quinn, por su grupo o por el fuego que atraían. En cualquier caso, era obvio que estaría más a salvo con la crío-cámara.

Respiró hondo.

- Quédese con mi... con el casco. Yo me quedo con el suyo. - El med y el hombre lo miraban con asco -. Me voy con Quinn y los clones. - Sus clones. ¿Acaso Quinn cuidaría de sus vidas?

- Váyase entonces - dijo el med. Él y el hombre pusieron la camilla en dirección a las puertas y se alejaron sin mirar atrás. Obviamente pensaban que él era más una molestia que una ayuda y se alegraban de librarse de una carga.

Él subió por la escalera del tubo elevador, lleno de amargura. Miró con cautela en el vestíbulo cuanto éste llegó a nivel de sus ojos. Muchos daños. Un sistema de agua agregaba vapor al humo y la atmósfera era irrespirable. Había un cuerpo marrón en el suelo, sin vida. El suelo estaba resbaladizo y húmedo. Salió del tubo elevador y corrió en zigzag por el pasillo que seguramente había tomado el grupo Dendarii, si es que seguían el plan de ruta decidido. Había más restos de fuego de plasma, por lo que dedujo que se hallaba en el camino correcto.

Rodeó un corredor, se detuvo un segundo y se arrojó hacia atrás, fuera de la vista. Los de Bharaputra no lo habían visto: estaban mirando hacia el otro lado. Retrocedió por el corredor mientras pasaba por todos los canales del casco, que no le resultaba familiar, hasta que estableció contacto con Quinn.

- Capitana Quinn... eh... Mark.

- ¿Dónde mierda estás? ¿Dónde está Norwood?

- Tiene mi casco. Ha llevado la crío-cámara por otro camino. Estoy detrás de usted pero no puedo acercarme. Hay por lo menos cuatro de Bharaputra en armadura entera entre nosotros, vienen contra ustedes desde atrás. Tengan cuidado.

- ¡Mierda, ahora tenemos menos armas que ellos! Eso sí que es un desastre. - Quinn pensó un segundo -. No, yo me ocupo de ellos. Mark, sal de ahí, sigue a Norwood. ¡Rápido!

- ¿Y ustedes qué van a hacer?

- Tirarles el techo encima a esos hijos de puta, a ver si les sirve la armadura. ¡Corre!

Él echó a correr. Entendía el plan de ella. Al final del primer tubo elevador, cogió la escalera y trepó como un loco, sin importarle adónde iba. No quería estar debajo cuando...

Fue como un terremoto. Él se colgó con fuerza cuando el espacio del tubo elevador crujió y se sacudió, y sintió la onda de choque en su cuerpo. Todo terminó inmediatamente salvo un segundo de eco. Después siguió trepando. La luz del día arriba: el reflejo plateado de una entrada.

Salió a la planta baja de un edificio con los muebles de una oficina de lujo. Las ventanas estaban rotas y llenas de estrellas. Golpeó una para hacer un agujero y abrió el visor de infrarrojo. A su derecho, la mitad de otro edificio había caído en un enorme cráter. El polvo se elevaba en nubes asfixiantes. Los de Bharaputra, en su dura armadura de espacio, tal vez estaban vivos todavía, debajo de todo eso, pero llevaría horas rescatarlos. Mark sonrió a pesar del terror, jadeando bajo la luz del sol.

El casco del med no tenía ni la mitad de capacidad de rastreo que el del comandante, pero encontró a Quinn de nuevo.

- De acuerdo, Norwood - decía ella -. Adelante, adelante. ¡Rápido, coño! ¡Framingham! ¿Has oído eso? Vete con Norwood. Y empieza a sacar a la gente del perímetro. Retirada. ¿Entiendes? Elévate tan pronto Norwood y Tonkin estén a bordo. ¡Kimura! ¿Estás en el aire? - Una pausa: Mark no oyó la respuesta de Kimura, aunque entendió el sentido por lo que dijo Quinn -: Bueno, acabamos de hacerte una zona de aterrizaje. El suelo está un poco desigual, pero sirve. Sigue mi señal, ven directo al cráter. Es de la medida justa. Sí, sí, te lo aseguro. Ya lo he medido con láser y tienes permiso. Puedes arriesgar el transbordador sí, *ahora sí*, Kimura. ¡Vamos, ya!

Él también se acercó al cráter, deslizándose por el lado del edificio, aprovechándose de

los restos hasta que la lluvia de pedacitos de cemento le advirtió de que el balcón medio derruido que tenía encima estaba a punto de derrumbarse. ¿Quedarse abajo y que lo aplastaran o salir a la luz y recibir un disparo? Hiciera lo que hiciese, estaría mal, de eso estaba seguro. ¿Cómo era esa cita de los textos militares de los Vorkosigan, la que se repetía una y otra vez? *Ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto con el enemigo*. La táctica y las órdenes de Quinn variaban a la velocidad del rayo. Ahora estaba explotando un terreno abierto completamente nuevo: el rugido del transbordador creció en sus oídos y saltó lejos del balcón cuando las vibraciones empezaron a debilitarlo. Un extremo cedió de pronto y todo se derrumbó con un estallido. Él siguió saltando. Que los francotiradores de Bharaputra trataran de atrapar a un blanco móvil...

Quinn y su grupo salieron a terreno abierto cuando el transbordador bajó cuidadosamente al cráter con las patas extendidas. Unos últimos defensores se habían apostado en una azotea opuesta y les dispararon. Pero sólo tenían arcos de plasma y todavía tenían miedo de lastimar a los clones, aunque una chica de túnica rosada gritó, atrapada en las chispas azules de un escudo de espejo de un Dendarii. Quemaduras leves, dolorosas aunque no fatales. La chica lloraba, asustada, pero un hombre Dendarii la tomó del brazo y la empujó hacia la entrada del transbordador que extendía ya la rampa hacia abajo.

Los pocos bharaputranos que quedaban, sin esperanzas ya de detener con armas livianas al transbordador, cambiaron de táctica. Empezaron a concentrar el fuego en Quinn, disparo tras disparo sobre el campo del escudo. Ella brillaba en una niebla de fuego azul, tambaleándose bajo el impacto. Los clones y los Dendarii subían por la rampa.

*Los cascos de los comandantes atraen el fuego enemigo*. Él no vio otra salida que correr frente a ella. El aire a su alrededor se iluminó de azul cuando el campo de su escudo rechazó la energía pero en ese breve respiro, Quinn recuperó el equilibrio. Lo cogió por la mano y juntos saltaron a la rampa, los últimos en abordar. El transbordador saltó al aire con un crujido, y la rampa todavía abierta. La compuerta se selló tras ellos. El silencio parecía una canción.

Mark rodó sobre la espalda, jadeando, ahogado, los pulmones quemados. Quinn se sentó, la cara roja en el círculo gris. Sólo una quemadura. Aulló como una histérica. Tres gritos y cerró la boca. Con miedo tocó las mejillas calientes y Mark recordó que ésa era la mujer que había sufrido una quemadura total de rostro por fuego de plasma. Pero no dos veces. Dos veces no.

Ella se puso de rodillas y empezó a buscar por los canales del casco fatal otra vez. Luego se lanzó hacia delante a través de las aceleraciones del transbordador. Mark se sentó y miró a su alrededor, desorientado. La sargento Taura, Thorne, los clones, a ellos los reconocía. El resto eran Dendarii desconocidos, presumiblemente del Escuadrón Amarillo del teniente Kimura, algunos vestidos con la ropa gris suelta de siempre, otros en armadura completa. En ese momento parecían los peor vestidos. Los cuatro camastros para heridos del fondo estaban abiertos y llenos, y había un quinto hombre en el suelo. Pero la tecnomed encargada se movía con suavidad, sin histeria. Los pacientes estaban estables, eso era evidente, y podían esperar mejor tratamiento en condiciones más favorables. La crío-cámara del Escuadrón Amarillo estaba ocupada. La prognosis ya no era tan desesperada para la mujer envuelta en tela plateada. Mark se preguntó si intentarían seguir enfriándola cuando estuvieran a bordo del *Peregrine*. Pero excepto la crío-cámara y el cuerpo de Phillipi, no había más cuerpos muertos, nada de bolsas cerradas... el escuadrón de Kimura parecía haber cumplido con su misión sin muchos problemas.

El transbordador giraba y giraba sin saltar todavía a la órbita. Mark gimió entre dientes y se levantó para seguir a Quinn y ver qué estaba pasando.

Cuando vio al prisionero se detuvo en seco. El hombre estaba sentado con las manos atadas a la espalda, retenido con fuerza en una silla y vigilado por dos del Escuadrón

Amarillo, un hombre grandote y una mujer delgada que a Mark le hizo pensar en una serpiente, toda músculo sinuoso y ojos brillantes sin parpadeo visible. El prisionero tenía el aspecto sorprendente de alguien de cuarenta años, y usaba una túnica y unos pantalones de seda marrón. Algunos mechones de cabello oscuro se le escapaban de un anillo de oro en la parte posterior de la cabeza y le caían sobre la cara. No se defendía: estaba sentado tranquilamente, esperando, con una paciencia fría que se parecía a la mujer-serpiente.

*Bharaputra.* El Bharaputra, el barón Bharaputra, Vasa Luigi en persona. El hombre no había cambiado en absoluto en los ocho años que habían pasado desde su último encuentro con Mark.

Al verlo, Vasa Luigi levantó un poco la cabeza.

- Ah, almirante - dijo.

- Exactamente - contestó Mark, automáticamente, con una frase de Naismith. Se tambaleó cuando el transbordador se sacudió un poco más fuerte para ocultar el terror, para ocultar la fatiga absoluta. Tampoco había dormido la noche anterior a la misión.

*¿Bharaputra?*

El barón levantó una ceja.

- ¿Quién fue ese de su camisa?

Mark se echó una mirada. El rastro de sangre aún no se había puesto marrón. Estaba húmedo, frío y pegajoso. Le entraron ganas de decir *mi hermano*, para ver si el barón se impresionaba. Pero no estaba seguro de que el barón fuera capaz de recibir ningún tipo de impresión. Huyó hacia adelante, para evitar conversaciones más íntimas. *El barón Bharaputra.* ¿Acaso Quinn y compañía pensaban domar ese tigre? ¿Y cómo? Pero por lo menos ahora entendía la razón por la que el transbordador podía circular sobre el campo enemigo sin miedo a que le dispararan.

Encontró a Quinn y Thorne en el compartimento del piloto, con Kimura, el comandante del Escuadrón Amarillo. Quinn estaba junto a la estación de comunicaciones del transbordador, con el capuchón gris bajo, los rizos sudorosos en la espalda.

- ¡Framingham! ¡El informe! - gritaba en el comu -. Tienes que despegar. Los refuerzos de Bharaputra están encima de ti.

Del otro lado del tablero de la estación, frente a Quinn, Thorne monitoreaba un holovideo táctico. Dos puntos de color Dendarii, transbordadores de pelea, se lanzaron a quebrar una línea de transbordadores enemigos que pasaba sobre una ciudad fantasma, pero fallaron. La ciudad era una especie de proyección astral de la ciudad viva que giraba debajo de ellos. Mark echó una mirada a la ventanilla más allá de los hombros de los pilotos pero no vio los originales en medio de la niebla y la niebla de la mañana de sol.

- Tenemos un proceso de recuperación de una baja en progreso, señora - dijo la voz de Framingham -. Un minuto, hasta que vuelva el escuadrón.

- ¿Tienes a todos los demás? ¿Tienes a Norwood? ¡No encuentro su casco!

Hubo una pausa. Los puños de Quinn se abrían y cerraban. Los dedos estaban comidos, transformados en muñones rojos.

La voz de Framingham, por fin.

- Lo tenemos, señora. Tengo a todos, los muertos y los rápidos, excepto a Phillipi. No quiero dejar a nadie a esos hijos de puta si...

- Nosotros tenemos a Phillipi.

- ¡Gracias a Dios! Entonces, estamos todos. Ahora nos vamos, capitana Quinn.

- Es una carga preciosa la tuya, Framingham - dijo Quinn -. Nos encontramos en el *Peregrine*, en el escudo de fuego. Los transbordadores de combate te protegerán las alas.

- En el holovideo táctico, los puntos Dendarii se alejaron del enemigo a toda velocidad.

- ¿Y sus alas, capitana?

- Estamos detrás de vosotros. El Escuadrón Amarillo nos ha traído un billete de primera a casa. Gratis. Casa es la Estación Fell.

- ¿Y después nos vamos?
- No. El *Ariel* tiene daños. Vamos a puerto. Ya está arreglado.
- Entendido. Hasta luego.

La formación Dendarii se reunió por fin y empezó a subir a órbita. Mark se dejó caer en un asiento fijo y se sostuvo. Al mirar la pantalla se dio cuenta de que los transbordadores de combate tenían más riesgo que los de ataque en tierra. Uno de ellos estaba claramente maltratado. Se acercaba todo lo posible a la nave del Escuadrón Amarillo. La formación disminuyó la velocidad para protegerlo. Pero por una vez, las cosas salieron de acuerdo con el plan. Los atacantes bharaputranos quedaron atrás cuando las naves salieron de la atmósfera hacia la órbita.

Quinn apoyó los codos contra la consola un momento y escondió la cara blanca y roja entre las manos, frotándose los párpados agotados. Thorne estaba pálido y silencioso. Quinn, Thorne, él mismo, todos tenían segmentos quebrados del arco de sangre que los había bañado. Como una cinta roja que los ataba unos a otros.

Por fin apareció en pantalla la Estación Fell. Era una estructura enorme, la más grande de las estaciones de transferencia que giraban alrededor de Jackson's Whole, y también cuartel general y ciudad de la Casa Fell. El barón Fell prefería estar bien alto. En la delicada red de las Grandes Casas, la Casa Fell era probablemente la que tenía más poder en conjunto, por lo menos en términos de capacidad de destrucción. Pero la destrucción cruda con frecuencia no era beneficiosa, y aquí las cosas se contaban siempre en monedas. ¿Qué moneda estaban usando los Dendarii para conseguir la ayuda de la Estación Fell, o por lo menos su neutralidad? ¿La persona del barón Bharaputra, atado en el compartimento de carga? ¿Qué tipo de moneda eran los clones, entonces? ¿Calderilla? Y pensar que él había despreciado a los *jacksonianos* por comerciar con carne viva.

La Estación Fell estaba saliendo ya del eclipse del planeta y la línea de sol, que avanzaba dramáticamente, dejaba ver la vasta extensión de sus instalaciones. Desaceleraron hacia uno de los brazos y cedieron la maniobra a los controladores de vuelo de Fell. Pronto aparecieron unas naves grandes y muy armadas para escoltarlos. Y ahí estaba el *Peregrine*, acercándose. Los transbordadores de ataque y los de combate se reunieron alrededor de su nave nodriza, y fueron a para dócilmente a sus respectivas compuertas. El *Peregrine* se acercó con suavidad al muelle.

Con un ruido metálico de los ganchos y el siseo de los sellos de tubo flexible, estuvieron en casa. En el compartimento de carga, los Dendarii pasaron los heridos a la enfermería del *Peregrine*, luego volvieron más lentamente, con cansancio, a tareas de revisión de material. Quinn pasó junto a ellos a toda velocidad. Thorne la seguía de cerca y Mark también, como arrastrado por esa cinta roja y mortal.

La meta de la loca carrera de Quinn era la compuerta de transbordadores del lado externo, el lugar al que estaba llegando la nave de Framingham. Llegaron justo cuando aseguraban los tubos flexibles, y tuvieron que hacerse a un lado mientras sacaban a los heridos a toda velocidad. Mark se quedó impresionado al ver entre ellos a Tonkin, el hombre que lo había acompañado con Norwood en el tubo elevador. Tonkin había cambiado de rol: ya no era guardia sino paciente. Tenía la cara oscura y quieta, inconsciente, mientras unas manos ansiosas lo pasaban a una camilla flotante. *Algo anda muy mal aquí.*

Quinn saltaba de un pie a otro. Otros Dendarii pasaron a su lado, llevando a los clones. Quinn frunció el ceño y empujó a dos para entrar en el tubo flexible hacia el transbordador.

Thorne y Mark la siguieron hacia el caos. Había clones por todas partes. Algunos lloraban, otros vomitaban violentamente: los Dendarii estaban tratando de atraparlos y llevarlos hacia la salida. Un hombre con una aspiradora de mano trataba de cazar globos flotantes de la última comida de un clon antes de que alguien los respirara. Los gritos, las

voces y los alaridos eran como un estallido en la mente. Los alaridos de Framingham no conseguían imponer un orden militar, y los clones seguían allí todavía.

- ¡Framingham! - Quinn lo cogió por el tobillo, flotando en el aire -. ¡Framingham! ¿Dónde coño está la crío-cámara que escoltaba Norwood?

Él echó una mirada hacia abajo, con el ceño fruncido:

- Pero si usted me dijo que la tenían ustedes, capitana.

- ¿Qué?

- Usted dijo que tenían a Phillipi. - Sus labios dibujaron una sonrisa feroz -. Mierda, si la dejamos, yo...

- Claro que tenemos a Phillipi, pero ella no estaba en la crío-cámara. Iba para allá. Norwood y Tonkin.

- No tenían nada cuando mi patrulla de rescate los sacó. Los trajimos a los dos, lo que quedaba de ellos. Norwood estaba muerto. Le dieron en el ojo con uno de esos malditos proyectiles de granadas de aguja. Le abrieron la cabeza en dos. Pero no dejé el cadáver. Está en esa bolsa...

*Los cascos de comandante atraen el fuego enemigo, ah, sí, yo lo sabía...* Con razón Quinn no había podido captar las señales del casco de Norwood.

- ¡La crío-cámara, Framingham! - La voz de Quinn tenía un agudo tono angustioso que Mark nunca había oído antes.

- No vimos ninguna crío-cámara, Quinn. ¡Norwood y Tonkin no la tenían cuando los encontramos! ¿Qué es tan importante si Phillipi no estaba ahí?

Quinn le soltó el tobillo y flotó en una bola cada vez más pequeña, con los brazos y las piernas encogidos. Tenía los ojos oscuros y grandes. Se mordió para no seguir con un largo rosario de malas palabras y apretó los dientes con tanta fuerza que se le pusieron blancas las encías. Thorne parecía un muñeco de tiza.

- Thorne - dijo Quinn cuando logró hablar de nuevo -. En el comu, a Elena. Quiero que desde ahora las dos naves estén en silencio de comunicaciones total. Ni permisos, ni pases ni comunicaciones con la Estación Fell excepto con mi autorización. Dile que me traiga al teniente Hart del *Ariel*. Quiero verlos a los dos enseguida, y *no* por el comu. Vete.

Thorne asintió, rotó en el aire y se lanzó hacia la cubierta.

- ¿Qué pasa? - quiso saber el sargento Framingham.

Quinn respiró hondo, despacio.

- Framingham, nos dejamos al almirante abajo.

- ¿Está loca o qué? Si el almirante está ahí... - El dedo de Framingham señaló a Mark. Luego, la mano se cerró en un puño -. Ah. - Hizo una pausa -. Ése es el clon.

Los ojos de Quinn quemaban; Mark sentía que le pasaban por la cabeza como cuchillos láser.

- Tal vez no - dijo ella, con voz lenta y pesada -. No en lo que respecta a la Casa Bharaputra.

- ¿Ah? - Los ojos de Framingham se empequeñecieron con la idea.

*¡No!* Aulló Mark por dentro. En silencio. Muy en silencio.

Era como estar encerrado en una habitación con media docena de asesinos borrachos. Mark oía la respiración de cada uno desde donde estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones de oficiales. Estaban en la sala principal de táctica del *Peregrine*. La respiración de Quinn era la más rápida y leve; la de la sargento Taura la más profunda y ominosa. Sólo Elena Bothari-Jesek en el asiento del capitán, en la cabecera de la mesa y el teniente Hart a su derecha, estaban limpios y bien arreglados. Los demás habían venido como estaban de la misión, derrengados y sucios: Taura, el sargento Framingham,

el teniente Kimura, Quinn a la izquierda de Bothari-Jesek. Y él mismo, claro, solo, en el otro extremo de la gran mesa oblonga.

La capitana Bothari-Jesek frunció el ceño y pasó un frasco de píldoras contra el dolor, sin decir nada. La sargento Taura se sirvió seis. Sólo el teniente Kimura pasó el frasco sin servirse. Taura se lo entregó a Framingham sin ofrecérselas a Mark. Él deseaba las pastillas como desea agua un hombre perdido en medio de un desierto de arena. El frasco dio la vuelta y desapareció entre las ropas de la capitana. Los ojos de Mark le dolían como si tuviera una sinusitis y sentía la piel de la nuca tirante, como si fuera de cuero.

Bothari-Jesek fue la primera en hablar:

- Esta reunión de emergencia debe aclarar dos preguntas y lo más pronto posible: ¿Qué diablos pasó y qué vamos a hacer ahora? ¿Están en camino las grabaciones de los cascos?

- Sí, señora - dijo el sargento Framingham -. El cabo Abromov las trae en un segundo.

- Desgraciadamente nos falta la principal - dijo Quinn -. ¿Correcto, Framingham?

- Lo lamento pero sí, señora. Supongo que está metida en una pared en algún lugar de Bharaputra junto con el resto del casco de Norwood. Esas granadas...

- ¡Mierda! - Quinn se encogió en su asiento.

La puerta de la habitación se abrió de par en par y entró el cabo Abromov al trote. Llevaba cuatro bandejas de plástico con las etiquetas «Escuadrón Verde», «Escuadrón Amarillo», «Escuadrón Naranja» y «Escuadrón Azul». Cada una tenía unos diez a dieciséis botoncitos. Grabadores de casco. Las grabaciones personales de cada uno de los hombres y mujeres del escuadrón en las últimas horas, cada uno de sus movimientos, los latidos de sus corazones, los disparos, los golpes y las comunicaciones. Hechos tan rápidos que no había sido posible comprenderlos en su momento, ahora podían pasarse a otra velocidad, investigarse y analizarse para detectar, corregir y cambiar los errores de procedimiento... la próxima vez, claro está.

Abromov hizo un saludo militar general y entregó todo a la capitana Bothari-Jesek. Ella lo despidió, dándole las gracias, y pasó el material a la capitana Quinn, quien a su vez los insertó en la ranura de recepción de datos del simulador y los cargó allí. También cargó el archivo secreto. Los dedos sin uñas volaron sobre el panel de control del vídeo.

El mapa de las instalaciones médicas de Bharaputra, que ahora les resultaba familiar a todos, se formó de nuevo sobre la pantalla.

- Voy a saltar al momento en que nos atacaron en el túnel - dijo Quinn -. Ahí estamos: Escuadrón Azul, parte del Verde... - Una maraña de líneas verdes y azules coloreó los vericuetos de un edificio neblinoso -. Tonkin era Escuadrón Azul Seis, y siguió con su casco hasta el final. - Hizo que el Número Seis de Tonkin apareciera en amarillo sobre el mapa, para destacarlo -. Norwood todavía usaba el Escuadrón Azul Diez. Mark - se pellizcó los labios - usaba Casco Uno. - Eso, por supuesto, no estaba ahí. Ella marcó el Diez con rosado -. Mark, ¿en qué punto cambiaste de casco con Norwood? - No lo miró mientras hacía la pregunta.

*Por favor, déjenme en paz.* Estaba enfermo, sí, seguro: todavía estaba temblando. Sintió un espasmo en un pequeño músculo en la nuca, unas punzadas diminutas sobre un dolor sordo.

- Fuimos hasta el final de ese tubo elevador. - La voz salió en un susurro seco -. Cuando... cuando casco Diez sube, soy yo el que lo usa. Norwood y Tonkin se fueron juntos y no los vi más.

Quinn apuró los contactos de voz. La voz de barítono de Tonkin salió en un gemido, como un insecto con anfetaminas.

- Cuando hice contacto por última vez, estaba aquí. - Quinn marcó el lugar con un punto de luz brillante en un corredor interior dentro de otro edificio. Se quedó callada y dejó que la línea amarilla siguiera adelante como una víbora. Bajando un tubo, luego a

través de otro túnel, bajo una estructura, arriba y atravesando otra.

- Ahí es donde nos atraparon. dijo Framingham de pronto -. Ahí es donde recibimos el contacto.

Quinn marcó otro punto.

- Entonces la crío-cámara tiene que estar en algún lugar entre aquí y aquí. - Señaló los dos puntos brillantes -. Tiene que estar ahí. - Miraba con los ojos muy abiertos, atentos -. Dos edificios. Dos y medio, supongo. Pero no hay nada en las transmisiones de voz de Tonkin que nos dé ni una sola clave. - La voz tipo insecto describía a los atacantes de Bharaputra, y pedía ayuda, una y otra vez, pero no mencionaba la crío-cámara. La garganta de Mark se contrajo. *Quinn, por favor, apaga eso...*

El programa llegó al final. Todos los Dendarii lo miraron, como si quisieran que dijera algo más. No había nada más.

La puerta se abrió a un lado y entró el capitán Thorne. Mark nunca había visto a una persona tan exhausta. Thorne también tenía puesta la sucia ropa de combate: sólo el equipo de espejo de plasma faltaba en su cinto. El capuchón gris hacia atrás, el cabello aplastado contra la cabeza. Un círculo negro, manchado, en el medio de la cara pálida, marcaba la apertura del capuchón, un gris semejante al rojo de la cara de Quinn por la quemadura de la sobrecarga. Los movimientos de Thorne, apresurados y espasmódicos, traslucían una voluntad que dominaba una fatiga cercana al colapso. Thorne se inclinó, las manos sobre la mesa de reuniones, la boca una línea horizontal.

- ¿Le sacaron algo a Tonkin? - preguntó Quinn -. Lo que tiene la computadora, ya lo vimos. Y no creo que sea suficiente.

- Los médicos lo despertaron, brevemente - informó Thorne -. Habló. Yo esperaba que los grabadores explicaran lo que dijo pero...

- ¿Qué dijo?

- Dijo que cuando llegaron a este edificio - Thorne lo señaló -, quedaron separados del resto. No estaban realmente rodeados pero sí bloqueados, no podían seguir en línea recta hacia el transbordador y el enemigo cerraba el cerco con rapidez. Y entonces, dijo Tonkin, Norwood le gritó que tenía una idea, que había visto algo «atrás». Hizo que Tonkin creara una diversión con un ataque de granadas y protegiera un corredor en particular, debe ser éste. Después cogió la crío-cámara y corrió de vuelta por la misma ruta. Volvió poco después, no más de seis minutos, y le dijo: «Todo está bien. El almirante va a salir de aquí, aunque nosotros no lo hagamos.» Unos dos minutos después lo mató esa granada, y Tonkin quedó desmayado por la contusión.

Framingham asintió.

- Mi tripulación llegó unos tres minutos después. Sacaron corriendo a un grupo de los de Bharaputra que estaban revisando cadáveres, buscando inteligencia o robando, o las dos cosas, el cabo Abromov no estaba seguro de eso; se llevaron a Tonkin y el cadáver de Norwood y corrieron como alma que lleva el diablo. Nadie en el escuadrón vio una crío-cámara por ninguna parte.

Quinn se mordió un muñón de dedo. Mark no creía que fuera consciente de ese gesto.

- ¿Eso es todo?

- Tonkin dijo que Norwood se reía - agregó Thorne.

- Se reía - repitió Quinn con una mueca -. ¡Mierda!

La capitana Bothari-Jesek estaba hundida en su asiento. Todo el mundo digería lentamente ese último trozo del rompecabezas, mirando el holomapa.

- Hizo algo inteligente - dijo Bothari-Jesek -. O algo que creía que era inteligente.

- No tuvo más de cinco minutos. ¿Cuánta inteligencia se puede tener en cinco minutos?

- se quejó Quinn -. ¡Maldita sea la puta que parió a ese tipo inteligente por no informarme!

- Sin duda estaba a punto de hacerlo - suspiró Bothari-Jesek -. No creo que tengamos que perder tiempo racionando la culpa. Tenemos mucho que hacer.

Thorne hizo un gesto de dolor y también Framingham y Quinn y Taura. Luego todos



miraron a Mark, que se retorció en su asiento.

- Son menos de dos horas - dijo Quinn echando una mirada al crono -. No sé lo que hizo Norwood, pero en cualquier caso la crío-cámara tiene que estar ahí abajo todavía.

- ¿Y qué hacemos? - preguntó secamente el teniente Kimura -. ¿Otra misión de rescate?

Quinn contrajo los labios al captar el sarcasmo.

- ¿Te ofreces voluntario, Kimura? - Kimura levantó las manos, dándose por vencido y no dijo nada más.

- Mientras tanto - interrumpió Bothari-Jesek -, la Estación Fell nos está llamando con urgencia. Tenemos que empezar a negociar. Y supongo que esto va a involucrar a nuestro rehén. - Una mirada de agradecimiento a Kimura como reconocimiento a la única parte de la misión que no había fallado. Kimura devolvió el gesto -. ¿Alguien sabe lo que pensaba hacer el almirante con el barón Bharaputra?

Un círculo de negativas silenciosas.

- ¿Y usted, Quinn? - preguntó Kimura, sorprendido.

- No. No hubo tiempo de charlar. Ni siquiera estoy segura de que el almirante esperara que esa expedición de secuestro consiguiera algo. Habría sido poco digno de su estrategia hacer que toda la misión dependiera de algo cuyo resultado no era seguro. Supongo que planeaba - se le quebró la voz en un suspiro - usar su iniciativa. - Se sentó erguida -. Pero esta vez el trato está a nuestro favor. El barón Bharaputra puede ser el billete de salida de esta lugar para todos y también para el almirante, pero tenemos que hacerlo bien.

- En ese caso - dijo Bothari-Jesek -, creo que no deberíamos dejar que la Casa Bharaputra sospeche que el paquete que dejamos allí es valioso.

Bothari-Jesek, Thorne, Quinn, todos, se volvieron a mirar a Mark con los ojos fríamente especulativos.

- También pensé en eso - dijo Quinn.

- No - susurró él -. ¡No! - El grito sonó como un graznido -. No puedo creer que hablen en serio. No pueden convertirme en él. No quiero volver a ser él, por Dios. ¡No! - Estaba temblando, sacudiéndose, el estómago hecho un nudo salvaje y movedizo. *Tengo frío.*

Quinn y Bothari-Jesek se miraron. Bothari-Jesek asintió, un mensaje sin palabras.

- Todos están disculpados - dijo Quinn -. Pueden retirarse a sus tareas. Excepto usted, capitán Thorne. Usted está relevado del mando del *Ariel*. El teniente Hart lo reemplazará.

Thorne asintió, como si fuera algo lógico, previsible.

- ¿Estoy bajo arresto?

Los ojos de Quinn se contrajeron de dolor.

- Mierda, no tengo tiempo para eso. Ni personal. Y tú no presentaste tu informe, y además necesito tu experiencia. Esta.. situación puede cambiar con rapidez en cualquier momento. Considérate bajo arresto domiciliario y asignado a mí. Puedes cuidarte solo. Toma un camarote de oficial visitante en el *Peregrine* y considéralo tu celda, si eso te hace sentir mejor.

La cara de Thorne se puso todavía más blanca.

- Sí, señora - dijo, con voz inexpresiva.

Quinn frunció el ceño.

- Ve a asearte. Después seguimos.

Excepto Quinn y Bothari-Jesek, todos salieron de la sala. Mark trató de seguirlos.

- ¡Tú no! - dijo Quinn con una voz como la campana del infierno. Él se dejó caer en el asiento y se acurrucó allí. Cuando el último Dendarii salió por la puerta, Quinn se agachó y apagó todos los grabadores.

Las mujeres de Miles. Elena-la-novia-de-la-infancia, ahora capitana Bothari-Jesek. Mark había estudiado todo eso en el entrenamiento komarrés para convertirlo en lord Vorkosigan. Pero no estaba muy seguro de lo que había esperado. Quinn, la Dendarii que

había tomado a los komarreses y su complot por sorpresa. Las dos se parecían en el cabello negro y corto, la piel pálida y fina, los ojos castaños. ¿Era una coincidencia? ¿Acaso Vorkosigan había elegido inconscientemente a Quinn como sustituta de Bothari-Jesek cuando supo que no podía tener a la original? Hasta los nombres eran similares: Elli, Elena.

Bothari-Jesek era la más alta. Le llevaba una cabeza a Quinn, con cara larga y aristócrata, más fría y reservada, efecto acrecentado por su ropa gris de oficial. Quinn, con las botas de combate y la ropa sucia, era más baja pero seguía siendo una cabeza más alta que él, más redonda y apasionada. El gusto de Mark por las mujeres, si es que alguna vez vivía para ejercitarlo, era algo más parecido a esa clon rubia que habían sacado de debajo de la cama, si ella hubiera tenido la edad que parecía tener. Alguien que fuera pequeña, suave, rosada, tímida, alguien que no matara y comiera al macho después de hacer el amor con él.

Elena Bothari-Jesek lo miraba con una especie de fascinación sorprendida.

- Tan parecido a él. Pero no es él. ¿Por qué está temblando?

- Tengo frío - musitó Mark.

- ¡Tienes frío! - repitió Quinn, enfurecida -. ¡Tú tienes frío! Hijo de puta... - Dio vuelta en redondo al asiento para darle la espalda. No tenía palabras.

Bothari-Jesek se levantó y caminó hasta Mark. Una mujer alta, espigada, blanca. Le tocó la frente, que estaba húmeda; él se agachó, un gesto casi explosivo. Ella se inclinó y lo miró a los ojos.

- Quinnie, no. Tiene una conmoción psicológica.

- ¡No se merece mi consideración! - dijo Quinn con voz contenida.

- De todos modos, todavía está conmocionado. Si quieres resultados, vas a tener que tomar eso en cuenta.

- ¡Mierda! - Quinn se volvió. Había nuevos rastros de sudor que surgían desde los ojos a través la cara roja y blanca, manchada de sangre y polvos secos -. Tú no lo viste. No viste a Miles ahí tirado, con el corazón esparcido en pedazos por toda la habitación.

- Quinnie, en realidad no está muerto. Sólo congelado y... y en un mal lugar. - ¿Había un leve rastro de incertidumbre, de negación en su voz?

- Ah, te aseguro que está muerto. Muy muerto y muy congelado. Y se va a quedar así para siempre si no lo encontramos... - La sangre que le había caído en la ropa, se le había hecho costra entre las manos y le había manchado la cara, se estaba poniendo marrón.

Bothari-Jesek respiró hondo.

- Vayamos a lo nuestro. La cuestión es: ¿Mark puede engañar al barón Fell? Fell conoce a Miles. Lo vio una vez.

- Ésa es una de las razones por las que no puse a Bel Thorne bajo arresto. Bel estuvo ahí y espero que pueda ayudarnos.

- Sí, y eso es lo curioso... - Bothari-Jesek colocó una cadera sobre la mesa y balanceó una pierna larga -. Conmocionado o no, Mark no dijo nada de la otra identidad de Miles. El nombre Vorkosigan no pasó por sus labios, ¿no es cierto?

- No - admitió Quinn.

Bothari-Jesek torció la boca y lo estudió.

- ¿Por qué? - preguntó de pronto.

Él se acurrucó todavía más en el asiento, tratando de escapar al impacto de su mirada.

- No sé - musitó. Ella esperó más, implacable, y él logró decir en una voz apenas más fuerte -: La costumbre, supongo. - Sobre todo la costumbre de Ser Galen, que lo golpeaba cada vez que se equivocaba, en los viejos tiempos -. Cuando actúo, actúo. Miles nunca hubiera hecho eso, así que yo no lo hago.

- ¿Quién eres tú cuando no estás haciendo de Miles? - la mirada de Bothari-Jesek era calculadora, intensa.

- Yo... no lo sé del todo. - Tragó saliva y lo volvió a intentar con más volumen de voz -. ¿Qué les va a pasar a mis... a los clones?

Quinn empezó a hablar pero Bothari-Jesek levantó la mano y la detuvo. Luego dijo:

- ¿Qué quieres tú que les pase?

- Quiero que sean libres. Que los lleven a un lugar seguro donde la Casa Bharaputra no pueda volver a secuestrarlos.

- Extraño altruismo. No puedo dejar de preguntarme por qué. ¿Por qué toda esta misión? ¿Qué esperabas ganar con ella?

Se abrió la boca de él pero no salió ningún sonido. No podía contestar. Estaba débil y tembloroso. Le dolía terriblemente la cabeza, una sensación de vacío, como si ya no tuviera sangre dentro de ella. Hizo un gesto de impotencia.

- ¡Puf! - se burló Quinn -. Un hombre que siempre pierde... ¡Qué mierda de anti-Miles! Sacar la derrota de los dientes de la victoria...

- Quinn - dijo Bothari-Jesek con voz tranquila. Había un profundo reproche en su voz, en una sola palabra, y Quinn lo reconoció encogiéndose de hombros -. No creo que ninguna de nosotras sepa lo que tenemos aquí - siguió diciendo Bothari-Jesek -. Pero sé cuándo las cosas me superan. Y sé a quién no superarían.

- ¿A quién?

- A la condesa Vorkosigan.

- Mmm - suspiró Quinn -. Ella es otro problema. ¿Quién se lo va a decir...? - Una sacudida del hombro indicó a Jackson's Whole y los hechos fatales que habían ocurrido allí abajo -. Y que los dioses me ayuden si realmente soy comandante de todo esto desde ahora. Voy a tener que informar a Simon Illyan. - Se detuvo -. ¿Quieres tomar el comando, Elena? Lo tomé como capitana de nave más antigua presente, ahora que Bel está bajo medio arresto y demás, sobre todo porque hacía falta alguien que diera órdenes en combate.

- Te va muy bien - dijo Bothari-Jesek con una sonrisita -. Yo te apoyo. - Y agregó -: Tú estás más involucrada con los servicios de inteligencia desde siempre. Eres la opción lógica.

- Sí, lo sé. - Quinn hizo una mueca -. Pero ¿se lo dirás a tu familia si las circunstancias nos obligan?

- Para eso - suspiró Bothari-Jesek - yo soy la opción lógica. Sí, yo se lo diré a la condesa.

- Trato hecho. - Pero las dos parecían preguntarse quién se llevaba la peor parte.

- Y en cuanto a los clones... - Bothari-Jesek miró a Mark de nuevo -, ¿qué te parecería *ganarte* su libertad?

- Elena - dijo Quinn con tono de advertencia -, no hagas promesas. No sabemos lo que vamos a tener que negociar. Tenemos que salir de aquí. Digo... - otro gesto para abajo - para conseguir que nos lo entreguen.

- No - susurró Mark -. No puede hacer eso. Mandarlos así... abajo... después de todo esto...

- Negocié con Phillipi - dijo Quinn con amargura -. Y negociaría contigo sin pensarlo ni un segundo... No puedo porque él... ¿Sabes por qué bajamos en esta misión sangrienta? - le preguntó, agresiva.

Él meneó la cabeza, sin palabras.

- Fue por ti, mierdecita, por ti. El almirante tenía un trato con el barón Bharaputra. Íbamos a comprar al Escuadrón Verde por un cuarto de millón de dólares betaneses. No habría costado mucho más que la misión, contando el equipo que perdimos con el transbordador de Thorne. Y las vidas. Pero el barón se negó a ponerte a ti en el trato. No entiendo por qué razón no quería venderte... No vales nada... Pero Miles no quiso dejarte...

Mark se miró las manos, que tenía unidas. Levantó la vista y vio a Bothari-Jesek que lo

estudiaba de nuevo como si fuera un criptograma vital.

- El almirante no quiso dejar a su hermano - dijo Bothari-Jesek lentamente -, Mark no quiere dejar a los clones, ¿eh?

Él hubiera tragado saliva, pero ya no tenía.

Harías cualquier cosa para salvarlos, lo que te dijéramos, ¿verdad?

Él abrió y cerró la boca, como un sí sin sonido, hueco.

- ¿Vas a hacer de almirante para nosotros? Nosotros te diremos cómo, claro está.

Él casi asintió pero se las arregló para murmurar:

- ¿Y qué promesa...?

- ¡Elena! - objetó Quinn.

- Quiero - dijo él, tragando esta vez -, quiero la palabra de la mujer de Barrayar. Su palabra - le dijo a Bothari-Jesek.

Quinn se mordió el labio y guardó silencio. Después de un buen rato, Bothari-Jesek asintió.

- De acuerdo, tienes mi palabra. Pero vas a cooperar plenamente, ¿te enteras?

- ¿Su palabra como qué?

- Mi palabra. Sólo eso.

- Sí. De acuerdo.

Quinn se levantó y lo miró.

- Pero, ¿puede hacerlo ahora?

Bothari-Jesek siguió la mirada de la capitana.

- En esas condiciones, supongo que no. Que se asee, que coma, que descanse un rato. Después, veremos.

- Tal vez el barón Fell no nos dé tiempo para todo eso.

- Le diremos que está en la ducha. Y además va a ser cierto.

Una ducha. *Comida*. Estaba tan hambriento que le parecía que había pasado más allá del hambre: le dolía el estómago, no tenía fuerza en los músculos. Y tenía frío. Mucho frío.

- Lo único que puedo decir - dijo Quinn - es que es una imitación muy mala del auténtico Miles Vorkosigan.

*Pero si eso es lo que quise decir desde el principio...*

Bothari-Jesek meneó la cabeza en un gesto que posiblemente era de conformidad y exasperación.

- Ven - le dijo a él.

Lo escoltó a un camarote de oficial, pequeño pero agradablemente privado. Estaba sin usar, vacío y limpio, austero, militar, con el aire un poco rancio. Él supuso que Thorne tendría cerca uno parecido.

- Voy a pedir que te manden algo de ropa desde el *Ariel*. Y comida.

- Primero comida, por favor.

- Claro.

- ¿Por qué me trata bien? - La voz le salió lastimera y recelosa, haciéndole parecer débil y paranoico, o eso le pareció.

La cara aguileña de ella se puso de pronto introspectiva.

- Quiero saber... quién eres. Lo que eres.

- Pero eso usted ya lo sabe. Soy un clon fabricado. Fabricado aquí mismo, en Jackson's Whole.

- No me refiero al cuerpo.

Él se encogió en una posición defensiva involuntaria, automática, aunque sabía que esa posición acentuaba sus deformidades.

- Estás muy cerrado - observó ella -, muy solo. En eso no te pareces a Miles en absoluto. En general.

- Él no es un hombre, es una multitud. Tiene todo un ejército a sus espaldas. - *Para no*

*mencionar el enorme harén* -. Supongo que eso es lo que le gusta.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa inesperada. Era la primera vez que él la veía sonreír. Le cambiaba la cara.

- Sí, supongo que le gusta - La sonrisa de ella se desvaneció -. Le gustaba.

- Está haciendo esto por él, ¿verdad? Me trata así porque imagina que es lo que él querría. - No por su propio convencimiento, no, eso nunca, todo por Miles y su maldita obsesión de hermano.

- En parte.

*Correcto.*

- Pero sobre todo - dijo ella - porque algún día la condesa Vorkosigan me preguntará qué hice por su hijo.

- Está pensando en cambiar al barón Bharaputra por él, ¿no es cierto?

- Mark... - Él no pudo discernir si los ojos de Bothari-Jesek reflejaban lástima o ironía -. Ella se va a referir a ti.

Giró sobre sus talones y lo dejó solo, encerrado en el camarote.

Él se dio la ducha más caliente que podía ofrecerle la diminuta unidad del camarote y se quedó bajo el calor del chorro de aire de secado hasta que la piel se le puso roja. Sólo entonces dejó de temblar. Estaba confuso y agotado. Cuando terminó de ducharse descubrió que alguien le había dejado comida y ropa. Se puso la ropa interior a toda velocidad, una camiseta negra de los Dendarii y unos pantalones grises de su progenitor. Después cayó sobre la cena. Esta vez no era un especial de la dieta de Naismith sino más bien una bandeja de raciones estándar listas para comer, de las que se preparan para mantener a un miembro de la tropa físicamente activo y satisfecho. No tenía nada que ver con lo que hubiera pedido un gourmet, pero era la primera vez en semanas que tenía suficiente comida en el plato. Lo devoró todo, como si el hada madrina que lo había llevado hasta allí pudiera reaparecer y llevárselo de nuevo. Con el estómago dolorido, rodó sobre la cama y se quedó allí de costado. Ya no temblaba de frío ni se sentía agotado y sacudido por el bajo nivel de azúcar en la sangre, pero había una especie de reverberación física que rodaba en su cuerpo como una marea negra.

*Por lo menos, sacaste a los clones.*

*No, Miles sacó a los clones.*

*Mierda, mierda, mierda...*

Ese desastre a medio cocinar no era la gloriosa redención con la que había soñado. Pero ¿qué había esperado de las secuelas de su intento? En sus planes desesperados no había pensado absolutamente nada para el momento en que volviera a Escobar en el *Ariel*. A Escobar, sonriente, con los clones bajo las alas. Se había imaginado a sí mismo negociando con un Miles furioso, pero hubiera sido demasiado tarde para que Miles lo detuviera, demasiado tarde para que le robara su victoria. Había esperado que lo arrestaran, pero pensaba que iría a su encierro feliz, silbando. ¿Qué había esperado en realidad?

¿Liberarse de la culpa de ser un superviviente? ¿Ganarle a esa vieja maldición? *Ni uno de los que conociste está vivo...* Era el motivo que se había dado siempre cuando pensaba en todo eso. Tal vez las cosas no eran tan simples. Había querido liberarse de algo, eso era cierto... En los últimos dos años, libre de Ser Galen y los komarreses por los actos de Miles Vorkosigan, liberado de nuevo por Miles en una calle de Londres al amanecer, no había encontrado la felicidad que soñaba durante su esclavitud entre los terroristas. Miles sólo había roto las cadenas físicas que lo ataban; las otras, invisibles, habían llegado tan adentro que el cuerpo les había crecido alrededor.

*¿Qué pensaste? ¿Que si eras tan heroico como Miles tendrían que tratarte como a Miles? ¿Que tendrían que amarte?*

¿Y quiénes eran «ellos», los que debían amarlo? ¿Los Dendarii? ¿Miles? ¿Esas sombras fascinantes y siniestras, el conde y la condesa Vorkosigan, que estaba detrás de

Miles?

Su imagen de los padres de Miles era borrosa, incierta. El desequilibrado de Galen le había presentado a sus odiados enemigos como villanos negros, el Carnicero de Komarr y la arpía de su mujer. Sin embargo, le había pedido a Mark que los estudiara con materiales de fuentes inéditas: sus escritos, sus discursos públicos, sus vídeos privados. Los padres de Miles eran claramente personas complejas, no santos, claro, pero tampoco el sodomita sádico y la perra asesina de las paranoias de Galen. En los vídeos, el conde Aral Vorkosigan parecía sólo un hombre corpulento de cabello gris con una voz sonora, ronca, equilibrada, y ojos extraños e intensos en una cara más bien pesada. La condesa Cordelia hablaba menos a menudo, una mujer alta, pelirroja, de extraordinarios ojos grises, demasiado poderosa para calificarla de guapa, y sin embargo tan centrada que parecía hermosa aunque no fuera en el sentido estricto de la palabra.

Y ahora, Bothari-Jesek amenazaba con mandarlo con ellos...

Se sentó y encendió la luz. Una ojeada rápida al camarote no revelaba nada con qué suicidarse. Ni armas ni hojas cortantes: los Dendarii lo habían desarmado cuando subió a bordo. Ningún cinturón o soga para colgarse. Hervirse en la ducha no era buena opción: un sensor de seguridad la desconectaba automáticamente cuando excedía la tolerancia física. Volvió a la cama.

La imagen de un hombrecito que giraba mientras le explotaba el pecho en una lluvia carmín volvía a él una y otra vez. Se sorprendió cuando empezó a llorar. Era la conmoción, tenía que ser la conmoción que había diagnosticado Bothari-Jesek. *Odiaba a ese bicho cuando estaba vivo, ¿por qué estoy llorando?* Absurdo. Tal vez se estaba volviendo loco.

Dos noches sin dormir lo habían dejado completamente embotado, pero ahora no podía conciliar el sueño. Sólo dormitaba, pasando de los sueños a la vigilia, a los recuerdos recientes. Cuando al cabo de una hora vino a buscarlo Quinn, él alucinaba. Creía estar en una balsa neumática sobre un río de sangre, gritando frenético en la corriente roja, y la presencia de Quinn fue casi un alivio.

9

- Hagas lo que hagas, no menciones el tratamiento de rejuvenecimiento betanés - dijo el capitán Thorne.

Mark frunció el ceño.

- ¿Qué rejuvenecimiento betanés? ¿Existe eso?

- No.

- ¿Entonces por qué coño lo voy a mencionar?

- No importa. No lo hagas.

Mark apretó los dientes, giró a su alrededor en su asiento mirando la placa de vídeo y presionó la almohadilla que bajaba el asiento hasta que los pies con botas quedaron contra el suelo. Tenía puesto el uniforme gris de oficial de Naismith. Quinn lo había vestido como si fuera una muñeca o un niño idiota. Quinn, Bothari-Jesek y Thorne le habían llenado la cabeza con un montón de instrucciones, contradictorias a veces, sobre cómo ser Miles en la entrevista. *Como si yo no supiera hacerlo*. Los tres capitanes estaban sentados fuera del alcance de la cámara de la habitación de táctica del *Peregrine*, listos para darle indicaciones a través de un auricular oculto. Y él, que había pensado que Galen era un titiritero... Le dolía el oído y meneó el auricular, irritado, lo cual provocó un gesto severo de Bothari-Jesek. Quinn nunca había dejado de mirarlo así.

Tampoco había dejado de moverse. Seguía usando el traje ensangrentado. Había heredado bruscamente el comando de esa debacle y eso le había impedido descansar. Thorne se había aseado y usaba la ropa gris del interior de las naves, pero obviamente no

había dormido. Las dos caras estaban pálidas entre las sombras, con los rasgos demasiado marcados. Quinn le había hecho tomar a Mark un estimulante cuando, al vestirlo, le había visto demasiado atontado para su gusto, y a él no le gustaban los efectos. Tenía la cabeza y los ojos muy claros pero el cuerpo vencido. Las superficies y bordes de la habitación parecían destacarse con demasiada claridad. Los sonidos y las voces tenían una claridad aguda, como de sierra, dolorosa, definida y borrosa al mismo tiempo. Se dio cuenta de que Quinn también había tomado lo mismo cuando la vio hacer una mueca debido al agudo ruido electrónico del equipo de comu.

- (De acuerdo, ahí vamos.)

Quinn le hablaba por el auricular mientras la placa de vídeo empezaba a encenderse frente a él. Todos se callaron al mismo tiempo.

Pronto se materializó la imagen del barón Fell, y también él lo miró con el ceño fruncido. Georish Stauber, barón Fell de la Casa Fell, era extraño para ser líder de una de las Grandes Casas Jacksonianas porque todavía usaba su propio cuerpo, el cuerpo de un viejo. El barón era flaco, de cara rosada, con un cráneo brillante rodeado de cabello blanco bien cortado. La túnica de seda verde que usaba (el color de su Casa) le daba un aspecto de enano hipotiroideo. Pero no había nada de enano en sus ojos fríos y penetrantes. Miles no se dejaba intimidar por el poder de un barón de Jackson, recordó Mark. Miles no se dejaba intimidar por ningún poder respaldado por menos de tres planetas enteros. Su padre, el Carnicero de Komarr, podía comerse a las Grandes Casas Jacksonianas para el desayuno.

Él, por supuesto, no era Miles.

*¡A la mierda con eso! Soy Miles en los próximos quince minutos.*

- Bueno, almirante - gruñó el barón -. Veo que a pesar de todo nos volvemos a encontrar.

- Cierto. - Mark se las arregló para que no se le quebrara la voz.

- Veo que no ha perdido su orgullo, ni su falta de información, por cierto.

- Probablemente.

(- Empieza a hablar, coño), - le siseó Quinn al oído.

Mark tragó saliva.

- Barón Fell, no era parte del plan original de batallar involucrar a la Estación Fell en este ataque. Yo estoy tan ansioso por irme con mis fuerzas como usted por que me vaya. Por eso le pido su ayuda como intermediario. Supongo que sabe usted que secuestramos al barón Bharaputra.

- Así me han dicho. - Uno de los ojos de Fell tenía un tic -. Me parece que usted se ha equivocado en sus previsiones de apoyo, ¿sabe?

- ¿Usted cree? - Mark se encogió de hombros -. La casa Fell y la Casa Bharaputra se odian a muerte, ¿no es cierto?

- No exactamente. La Casa Fell estaba a punto de terminar esa enemistad mortal con la Casa Bharaputra. Últimamente, tanto unos como otros la consideraban poco rentable. En realidad, estoy empezando a sospechar que el ataque fue intencionado. - El ceño fruncido de Fell se hizo más profundo.

- Ah... - el pensamiento terminó con el susurro de Thorne.

(- Dile que Bharaputra está sano y salvo.)

- El barón Bharaputra está sano y salvo - dijo Mark - y puede seguir así, por lo que a mí me concierne. Como intermediario, me parece que si usted ayuda a devolver al barón a su ciudad demostraría su buena fe hacia la Casa Bharaputra. Sólo quiero una cosa a cambio de él, de él intacto quiero decir. Y me voy.

- Qué optimista es usted - dijo Fell con sequedad.

Mark siguió adelante.

- Un negocio simple, ventajoso. El barón por mi clon.

(- Hermano.) - Thorne, Quinn y Bothari-Jesek lo corrigieron al mismo tiempo en el oído.

-... hermano - siguió Mark, nervioso -. Desgraciadamente, mi... mi hermano recibió un disparo en el ataque, pero por suerte lo congelaron con éxito en una crío-cámara de emergencia. El problema es que la crío-cámara se quedó en tierra por accidente. Un hombre vivo por uno muerto; no veo el problema.

El barón soltó una risita, disimulada con una tos. Los tres Dendarii permanecían duros y fríos en las sombras.

- Su visita me está resultando muy interesante, señor. ¿Para qué quiere un clon muerto?

(- Hermano. - Quinn de nuevo -. Miles insiste, siempre.)

(- Sí - secundó Thorne -. Así supe que no eras Miles, en el *Ariel*: te llamé clon y no me saltaste encima.)

- Hermano - repitió Mark, cansado -. No había herida en la cabeza y el tratamiento comenzó casi inmediatamente. Tienes buenas oportunidades, creo yo.

(- Sólo si lo recuperamos), - gruñó Quinn.

- Yo tengo un hermano - hizo notar el barón Fell -. Y no me inspira tales emociones.

*Totalmente de acuerdo con usted, barón*, pensó Mark.

Thorne sopló en el oído de Mark:

(- Habla de su medio hermano, el barón Ryoval de la Casa Ryoval. El eje original del odio a muerte fue entre Fell y Ryoval. Bharaputra entró más adelante.)

*Sé quién es Ryoval*, quería soltar Mark, pero no podía hacerlo.

- En realidad - siguió el barón Fell -, mi hermano se va a emocionar mucho cuando sepa que usted está aquí. Desde que usted redujo sus recursos en la última visita... y en gran medida además... está limitado a ataques en pequeña escala. Pero sugiero que se cuide usted la espalda.

- ¿Ah, sí? ¿Acaso los agentes de Ryoval operan con tanta libertad en la Estación Fell?  
- dijo Mark con suavidad.

Thorne aprobó inmediatamente.

(- ¡Muy bueno! Igual que Miles.)

Fell se puso duro.

- Claro que no.

Thorne le susurró:

(- Sí, recuérdale lo mucho que le ayudaste con su hermano.)

¿Qué diablos había estado haciendo Miles allí hacía cuatro años?

- Barón, yo le ayudé con su hermano, ahora ayúdeme con el mío y estaremos en paz.

- No lo creo. Las manzanas de la discordia que usted arrojó entre nosotros en su último viaje todavía nos están perjudicando. Cuesta mucho apartarlas. Y sin embargo... es verdad que usted manejó a Ry mucho mejor que yo... - ¿Había un brillo de aprobación en los ojos de Fell? Se frotó la mejilla redonda -. Así pues, le voy a dar un día para completar su negocio aquí y salir de la Estación.

- ¿Y será mi intermediario?

- Para mantener una vigilancia estrecha, sí.

Mark le explicó lo que pensaban los Dendarii de la ubicación aproximada de la crío-cámara y le dio la descripción y el número de serie.

- Dígale a los de Bharaputra que pensamos que tal vez esté oculta o disimulada. Por favor, insista en que la queremos en buenas condiciones. Así, tendrán a su barón en el mismo estado.

(- Bien. Que sepan que es muy valiosa para destruirla pero no tanto como para que pidan más rescate por ella.) - Bothari-Jesek lo alentaba desde el lado.

A Fell se le afinaron los labios.

- Es usted un hombre inteligente, pero no creo que entienda del todo la forma en que se hacen las cosas en Jackson's Whole.

- Ah, pero usted sí, barón. Por eso me gustaría tenerlo de mi lado.



- No estoy de su lado. Ésa tal vez es la primera cosa que usted no entiende.

Mark asintió, lentamente. Miles lo hubiera hecho. La actitud de Fell era extraña. Levemente hostil. *Pero actúa como si me respetara.*

No. Respetaba a Miles. ¡Mierda!

- Lo único que le pido es neutralidad.

Fell le dirigió una mirada aguda desde debajo de sus cejas blancas.

- ¿Y los otros clones?

- ¿Qué pasa con ellos?

- La Casa Bharaputra va a preguntar.

- No entran en la transacción. La vida de Vasa Luigi debería ser suficiente, más que suficiente.

- Sí. El trato no me parece muy justo. ¿Qué tiene de valioso su clon muerto?

Tres voces al mismo tiempo en los oídos de Mark:

(- ¡Hermano!)

Mark se arrancó el transmisor del oído y lo golpeó contra el mostrador junto a la pantalla. Quinn se quedó sin respiración.

- No puedo negociar con trozos del barón Bharaputra - soltó Mark -. Pero estoy muy tentado, se lo aseguro.

El barón Fell levantó una mano regordeta.

- Calma, almirante. No creo que eso sea necesario.

- Espero que no - tembló Mark -. Sería una lástima que tuviera que devolverlo sin cerebro, como a los clones...

El barón Fell pareció leer la sinceridad absolutamente personal de esa amenaza porque abrió las dos palmas.

- Veré lo que puedo hacer, almirante.

- Gracias - susurró Mark.

La imagen del barón se desvaneció. Por algún truco de holovideo o por el estimulante, a Mark le pareció que los ojos tardaban más en desaparecer que el resto, y hubo una última mirada perturbadora. Él se quedó sentado unos segundos, congelado, inmóvil, hasta que estuvo seguro de que el barón ya no estaba.

- Hum - dijo Bothari-Jesek con voz sorprendida -. Lo hiciste bastante bien.

Él no se molestó en contestar.

- Interesante - dijo Thorne -. ¿Por qué no pidió una parte del trato, un pago?

- ¿Nos atrevemos a confiar en él? - preguntó Bothari-Jesek.

- Confiar no. No exactamente. - Quinn se pasó el índice sobre los dientes blancos, mordisqueándolo -. Pero necesitamos su cooperación para salir del Punto de Salto Cinco. No vamos a ofenderlo, por nada del mundo. Pensé que iba a estar más contento con nuestro ataque a Bharaputra, pero la situación estratégica parece haber cambiado desde tu última visita, Bel.

Thorne asintió.

- Quiero que averigües todo lo que puedas sobre el equilibrio de poder que hay aquí. Cualquier cosa que pueda afectar nuestra operación, o que podamos usar. Las Casas de Fell, Bharaputra y Ryoval, y todo lo que encuentres que no sepamos. Hay algo en todo esto que me está haciendo sentir paranoica, mierda, aunque tal vez sean las drogas que estoy tomando. Pero estoy demasiado cansada para darme cuenta.

- Veré lo que puedo hacer - dijo Thorne, y se retiró.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él con un silbido, Bothari-Jesek le preguntó a Quinn:

- ¿Ya has informado a Barrayar de todo esto?

- No.

- ¿Has informado algo?

- No. No quiero mandar esto por comu comercial ni siquiera en código. Illyan tal vez

tiene algunos agentes encubiertos aquí, pero no sé quiénes son ni cómo llegar a ellos. Miles sabría... Y...

- ¿Y? - Bothari-Jesek levantó una ceja.

- Y realmente me gustaría tener la crío-cámara primero.

- ¿Para pasarla por debajo de la puerta con el informe? Ah, Quinnie, eso no estaría bien.

Quinn levantó un hombro a la defensiva.

Un momento después, Bothari-Jesek le ofreció:

- Pero estoy de acuerdo con no mandar nada por el sistema de correos de salto de Jackson...

- Sí, por lo que dijo Illyan, eso está saturado de espías. Y no son sólo las Grandes Casas que se espían una a otra. De todos modos, Barrayar no puede hacer nada para ayudarnos, no dentro del próximo ciclo diurno.

- ¿Cuánto tiempo - tragó saliva Mark -, cuánto tiempo tengo que seguir siendo Miles?

- ¡No tengo ni la menor idea! - dijo Quinn con severidad. Controló la voz con un gesto -. Un día, una semana, dos semanas... por lo menos hasta que podamos mandarte a ti y a la crío-cámara a los cuarteles generales galácticos a SegImp en Komarr. Después, no tendré nada que ver con...

- ¿Cómo diablos cree usted que podemos mantener esto en secreto? - preguntó Mark, burlón -. Hay docenas de personas que saben lo que pasó.

- «Dos pueden mantener un secreto, si uno de los dos está muerto», ¿eh? - Quinn hizo una mueca -. No sé. Las tropas están bien, tienen disciplina. Los clones... bueno, puedo incomunicarlos... Y por otra parte, vamos a estar todos encerrados aquí en la nave hasta que llegemos a Komarr. Más tarde... bueno, ya me encargaré más tarde.

- Quiero ver a mis... a mis clones. Lo que hicieron con ello - pidió Mark, de pronto.

Quinn parecía estar a punto de explotar pero Bothari-Jesek la interrumpió antes de que empezara a decir algo.

- Yo puedo llevarlo abajo, Quinnie. Yo también quiero ver cómo están mis pasajeros.

- Bueno... siempre que lo escoltes a su camarote cuando termines. Y pon un guardia en la puerta. No lo quiero caminando suelto por la nave.

- Sí. - Bothari-Jesek lo sacó de allí con rapidez antes de que Quinn decidiera atarlo y ahorcarlo en el mismo instante.

Los clones estaban alojados en tres cámaras de almacenamiento acondicionadas apresuradamente en el *Peregrine*, dos para los chicos y una para las chicas. Mark se agachó para pasar por una puerta detrás de Bothari-Jesek hacia una de chicos y miró a su alrededor. Todo el espacio disponible estaba ocupado por tres filas de sacos de dormir que debían de haberse traído desde el *Ariel*. Una letrina automática en un rincón y una ducha de campo conectada en el otro, para que los clones se movieran lo mínimo por la nave aquello tenía algo de campo de refugiados y alto de cárcel; mientras él caminaba por las filas entre los sacos de dormir, los chicos lo miraban con las caras vacías de los prisioneros.

*Yo los liberé, maldita sea. ¿Es que no saben que los liberé?*

Había sido un rescate difícil, claro. Para mantenerlos bajo control durante esa horrible noche de sitio, los Dendarii habían sido muy duros con sus amenazas. Algunos clones dormían ahora, agotados. Los que habían recibido disparos de bloqueador caminaban medio mareados y desorientados. Una médica Dendarii se movía entre ellos administrando buenas palabras y medicamentos... Las cosas estaban... controladas... Dominadas. Silenciosas. Nada de júbilo, nada de agradecimiento. *Si creyeron en nuestras amenazas, ¿por qué no en nuestras promesas?* Incluso los chicos activos que habían cooperado con entusiasmo en el sitio y la batalla, ahora lo miraban con incredulidad.

El chico rubio era uno de ellos. Mark se acercó a su saco de dormir y se agachó.

Bothari-Jesek esperó, mirándolos.

- Todo esto - Mark hizo un gesto a la cámara a su alrededor - es provisional, ¿comprendes? Después mejorará. Vamos a sacarte de aquí.

El chico se apoyaba sobre el hombro. Lo miró y se movió un poco para alejarse. Él se mordió el labio.

- ¿Cuál de los dos es usted?

*El que está vivo*, pensó él pero no se atrevió a decirlo frente a Bothari-Jesek. Tal vez ella lo tomara como una frase cargada de desprecio.

- No importa. De todos modos vamos a sacaros de aquí. - ¿Era verdad o no? Ahora él ya no controlaba a los Dendarii, y menos aún a los barrayeranos, si es que, como amenazaba Quinn, ése era el destino final de todos. Sintió que lo dominaba una depresión terrible mientras se ponía de pie y seguía a Bothari-Jesek hacia la habitación de las chicas al otro lado del corredor.

La organización física del lugar era exactamente igual, con sanitario duchas y sacos de dormir, aunque como sólo había dieciséis chicas, el sitio parecía menos atestado. Una Dendarii estaba distribuyendo paquetes de comida y la habitación estaba en un momento de actividad e interés. La mujer era la sargento Taura, inconfundible incluso de espaldas, y vestida con ropa limpia y zapatillas para suelo de fricción. Estaba sentada con las piernas cruzadas para reducir su gran altura. Las chicas dominaban el miedo y se deslizaban hacia ella, incluso la tocaban, con aparente fascinación. De todos los Dendarii, Taura era la única que siempre se había dirigido a los clones con dulzura y amabilidad, incluso en los momentos más duros de la batalla. Ahora tenía el aire de una heroína de cuento de hadas tratando de domesticar animales salvajes.

Y lo hacía bien. Estaba consiguiéndolo. Cuando Mark se acercó, dos de las chicas se sentaron sobre sus rodillas y lo miraron desde la protección de sus grandes hombros. Taura lo miró con el ceño fruncido y luego dirigió sus ojos a Bothari-Jesek, que asintió brevemente. *Está bien. Está conmigo...*

- Me... me sorprende verla aquí, sargento - consiguió decir Mark.

- Me ofrecí voluntaria como canguro - gruñó Taura -. No quería que nadie las molestara.

- ¿Le... le parece que puede ser un problema...? Quince hermosas vírgenes... bueno, tal vez... - *Dieciséis, contándote a ti...* llegó la burla desde su cabeza.

- Ahora no - dijo Bothari-Jesek con firmeza.

- Me alegre - dijo él, débilmente.

Miró la fila de sacos de dormir durante un momento. No podía ser más cómodo y seguro que eso, dadas las circunstancias. Descubrió a la rubia platino dormida a su lado, los suaves bultos de su cuerpo esculpido derramados sobre la túnica rosada. Avergonzado de sus propios ojos, se arrodilló y le subió la sábana hasta el mentón. La mano le tocó al pasar el cabello suave. Levantó la vista hacia Taura, una mirada culpable.

- ¿Ha tomado medicamentos?

- Sí. Dejamos que duerma para que se le pase. Seguramente se va a sentir mejor cuando se despierte.

Él levantó una de las bandejas de comida y la puso junto a la cabeza de la rubia para cuando despertara. La respiración de ella era lenta y firme y no parecía que hubiera mucho más que hacer. Él levantó la vista, vio a la chica eurasiática mirándolo con ojos inteligentes y maliciosos y se volvió con rapidez.

Bothari-Jesek terminó su inspección y salió, y él fue inmediatamente tras ella, que se detuvo a hablar con el guardia armado con bloqueador que vigilaba el pasillo.

-... dispersión - estaba diciendo ella -. Primero dispara, después puedes hacer las preguntas. Son todos jóvenes y saludables, no tienes que preocuparte por las condiciones del corazón. Pero dudo que te den problemas.

- Con una excepción - interrumpió Mark -. Esa chica de cabello oscuro, delgada, muy

impresionante... parece que sufrió un condicionamiento especial. No... no está muy cuerda que digamos... Cuidado con ella.

- Sí, señor - dijo el hombre automáticamente y luego se interrumpió, echando una mirada a Bothari-Jesek -, bueno...

- La sargento Taura está de acuerdo con eso - dijo Bothari-Jesek -. Y no quiero a ninguno suelto por mi nave. No tienen entrenamiento. La ignorancia puede ser tan peligrosa como la hostilidad. Esto no es un puesto de guardia ornamental. No te duermas.

Se saludaron militarmente. El hombre trató de no incluir a Mark en el saludo, pero se veía que le costaba mucho. Mark trotó detrás de los pasos largos de Bothari-Jesek.

- Bueno - dijo ella después de un momento -, ¿apruebas el trato que le damos a tus clones? - Él no supo si el tono era o no irónico.

- Ahora no se puede hacer nada más con ellos. - Se mordió la lengua, pero de todos modos no pudo reprimirse -. ¡Mierda, no es justo!

Bothari-Jesek alzó las cejas mientras caminaban por el corredor.

- ¿Qué no es justo?

- Yo salvé a esos chicos... o nosotros lo hicimos, o vosotros... y actúan como si fuéramos villanos, secuestradores o monstruos. No están contentos...

- Tal vez... debería ser suficiente haberlos salvado. Pedir que se alegren por eso puede exceder tu... tus derechos, pequeño héroe. - Ahora el tono era abiertamente irónico, aunque no despreciativo.

- Yo esperaba algo de gratitud. Reconocimiento. Algo.

- ¿Confianza? - dijo ella en voz tranquila.

- ¡Sí, confianza! Por lo menos en algunos. ¿Ninguno se da cuenta de lo que hicimos?

- Están más bien traumatizados. Yo no esperaré mucho si fuera tú, hasta que vean las cosas más claras. - Ella se detuvo y giró en redondo para mirarlo -. Pero si alguna vez sabes cómo hacerlo, cómo hacer que un chico ignorante, traumatizado, paranoico confíe en ti, explícaselo a Miles. Él se muere por saberlo.

Mark se quedó parado, sin saber qué hacer.

- ¿Eso... me lo dice usted a mí? - preguntó, con la boca seca.

Ella lo miró por encima del hombro, en el corredor vacío, y sonrió una sonrisa amarga, exasperante.

- Estás en casa. - Señaló la puerta del camarote -. Quédate aquí.

Se durmió por fin, durante mucho rato, aunque cuando Quinn vino a despertarlo, le pareció que no había dormido suficiente. No estaba seguro de que ella hubiera descansado, aunque se había aseado y cambiado y estaba otra vez con la ropa de descanso de los oficiales. Él había empezado a pensar que ella tenía la intención de usar la ropa ensangrentada hasta que recuperaran la crío-cámara... una especie de voto o algo así. Incluso sin eso, irradiaba un nerviosismo perturbador, los ojos rojos y cansados.

- Ven - gruñó -. Necesito que hables con Fell de nuevo. Me está evitando. Estoy empezando a preguntarme si no estará en connivencia con Bharaputra. No entiendo. No tiene sentido.

Lo arrastró hasta la habitación de táctica de nuevo, aunque no confió en el auricular sino que se quedó a su espalda, a la vista, con gesto agresivo. Ante los ojos de otros, parecería guardaespaldas y asistente principal; Mark no podía dejar de pensar en lo fácilmente que podría cogerle por el pelo y cortarle el cuello.

La capitana Bothari-Jesek se sentó en el mismo asiento que antes, a observar en silencio. Miraba el agotamiento de Quinn con ojo preocupado, pero no decía nada.

Cuando apareció la cara de Fell en el vídeo, el color de su rostro era sin duda más de furia que de alegría.

- Almirante Naismith, le dije a la capitana Quinn que cuando tuviera información en firme, yo lo llamaría a usted.

- Barón, la capitana Quinn... me sirve a mí. Por favor, perdone cualquier cosa que lo

haya molestado. Ella... bueno... refleja fielmente mis propias ansiedades. - El vocabulario suntuoso de Miles le llenaba la boca como harina. Los dedos de Quinn le mordieron el hombro, una advertencia silenciosa, dolorosa para que no se dejara llevar por el espíritu de inventiva -. ¿Qué... digamos, información menos-que-firme... tiene usted para darme?

Fell se acomodó en el asiento, con el ceño fruncido pero más aplacado.

- Para decirlo directamente, los de Bharaputra dicen que no pueden encontrar su crío-cámara.

- Tiene que estar ahí - siseó Quinn.

- Vamos, vamos, Quinnie.- Mark le palmeó la mano. Era pegajosa como dulce. La nariz de ella se abrió como la de un animal asesino pero hizo una sonrisa falsa para el holovideo. Mark se volvió hacia Fell -: Barón... ¿usted qué piensa? ¿Le parece que los de Bharaputra están mintiendo?

- No lo creo.

- ¿Tiene alguna corroboración independiente de su opinión? ¿Agentes en el lugar o algo así?

El barón torció el gesto.

- Vamos, almirante, no puedo darle esa información.

*Naturalmente que no.* Se frotó la cara, un gesto de Naismith cuando estaba pensando.

- ¿Puede decirme algo en concreto sobre lo que están haciendo los bharaputranos?

- En realidad están poniendo el complejo médico patas arriba. Todos los empleados, todos los de seguridad que estuvieron en el ataque.. todos están buscando.

- ¿Podría tratarse de un engaño?

El barón hizo una pausa.

- No - dijo con sinceridad -. Realmente buscan. En todos los niveles. ¿Se da cuenta de...? - Respiró como para decidirse -. ¿Se da cuenta de lo que podría suponer al equilibrio de poder de las grandes Casas de Jackson's Whole el secuestro del barón Bharaputra, si se transforma en algo más que un breve interludio?

- No, ¿qué?

El barón buscó cuidadosamente en el rostro de Mark señales de sarcasmo. Las líneas verticales de sus ojos se hicieron más profundas, pero contestó con seriedad:

- Mire, almirante, debería darse cuenta de que el valor de su rehén puede disminuir con el tiempo. Ningún vacío de poder en la parte superior de la pirámide de las Grandes Casas o incluso en las Casas Menores puede durar mucho. Siempre hay facciones esperando, tal vez en secreto, para ocupar ese lugar. Incluso suponiendo que Lotus se las arregla para hacer que el teniente leal a Vasa Luigi ocupe y retenga su lugar, a medida que pasa el tiempo ese teniente tiene que darse cuenta de que el regreso de su señor significará no sólo recompensa sino también degradación. Piense en una Casa Grande como la hidra mitológica. Si le cortan la cabeza, crecen otras siete sobre el muñón del cuello.. y empiezan a comerse unas a otras. Finalmente, sólo una sobrevivirá. Mientras tanto, la Casa se debilita y todas sus viejas alianzas y tratos quedan en el aire. El remolino se expande hacia fuera y pasa a las Casas asociadas... y esos cambios abruptos no son bien recibidos en este lugar. A *nadie* le gustan.

Y mucho menos al barón Fell, supuso Mark.

- Excepto tal vez a sus colegas más jóvenes - sugirió.

Un ademán de la mano de Fell dejó de lado las preocupaciones de los colegas jóvenes. Si querían poder, decía el ademán, que conspiraran, se movieran y mataran como había hecho él.

- Bueno, yo no tengo deseos de quedarme con el barón Bharaputra hasta que se ponga viejo y mohoso - dijo Mark -. Personalmente no me sirve de nada fuera de este contexto. Por favor, pídale a la Casa Bharaputra que se apresure a encontrar a mi hermano.

- No necesitan la presión de nadie. - Fell lo miró con frialdad -. Sepa usted, almirante

que si esta... esta situación no llega a un final satisfactorio con rapidez, la Casa Fell puede verse obligada a retirarle su lugar en el puerto.

- Hum... precíseme lo de «con rapidez»...

- Muy pronto. Dentro de otro ciclo diurno.

No había duda de que la Estación Fell tenía la fuerza suficiente para echar a dos pequeñas naves Dendarii cuando quisiera, o incluso algo peor.

- Entendido. ¿Qué tal un pasaje libre para salir del Punto de Salto Cinco? - Si las cosas no salen bien...

- Eso... bueno, por eso van a tener que negociar por separado...

- ¿Negociar cómo?

- Si todavía tuviera a su huésped... no quisiera que se llevara usted a Vasa Luigi fuera del espacio local. Y estoy en posición de exigirle que no lo haga.

El puño de Quinn golpeó junto al vídeo.

- ¡No! - amenazó -. ¡De ninguna manera! El barón Bharaputra es la única seguridad que tenemos de conseguir otra vez... la crío-cámara. ¡No vamos a entregarlo!

Fell retrocedió levemente.

- ¡Capitana! - dijo en tono de reproche.

- Lo vamos a llevar con nosotros si es necesario - amenazó Quinn - y usted puede tomárselo como quiera. O podemos hacerlo volver desde Punto de Salto Cinco sin traje de presurización. Caminando. Si no nos devuelven esa crío-cámara... bueno, tenemos aliados mejores que usted. Y con menos inhibiciones. A ellos no les van a importar los beneficios económicos que tienen tanta importancia para usted ni los tratos o el equilibrio de poder de Jackson's Whole. Lo único que les va a interesar es si les conviene empezar por el polo norte y quemar todo hacia abajo o por el sur y acabar hacia arriba...

Fell hizo una mueca de rabia.

- No sea absurda, capitana Quinn. Habla de fuerzas planetarias.

Quinn se inclinó sobre el micrófono del vídeo y ladró:

- ¡Hablo de fuerzas multiplanetarias, barón!

Bothari-Jesek se asustó e hizo un gesto de cortarle el cuello. *¡Basta Quinn!*

Los ojos de Fell se pusieron duros y brillantes como piedras preciosas.

- Ésa es una falsa amenaza - dijo por fin.

- No es falsa. Le conviene creerla.

- Nadie haría eso por un hombre. Y menos por un cadáver.

Quinn dudó. La mano de Mark se cerró sobre la de ella en el hombro y la apretó con fuerza. *¡Contrólate!* Ella estaba a punto de revelar lo que le había ordenado guardar en secreto bajo amenaza de muerte.

- Tal vez tenga razón, barón - dijo finalmente -. Rece por eso.

Después de un momento de silencio, Fell preguntó con voz tranquila:

- ¿Y quién es ese aliado sin inhibiciones, si se puede saber, almirante?

Después de una pausa igualmente larga, Mark levantó la vista y dijo amablemente:

- La capitana Quinn amenazaba en vano, para convencerlo, barón.

Los labios de Fell dibujaron una sonrisa fría.

- Todos los cretenses son mentirosos - dijo con suavidad. Movié la mano para cortar el comu y su imagen se desvaneció en una niebla chispeante. Esta vez fue la sonrisa fría del barón la que pareció quedarse allí, sin cuerpo.

- Buen trabajo, Quinn - ladró Mark en el silencio -. Acaba de hacerle saber al barón Fell lo que nos puede pedir por esa crío-cámara. Tal vez hasta le dijo a quiénes puede pedírselo. Ahora tenemos dos enemigos.

Quinn respiraba con dificultad, como si se hubiera corrido.

- No es enemigo, es amigo. Fell sirve a Fell. Recuérdalo, porque él va a acordarse, te lo aseguro.

- Pero ¿estaba mintiendo o sólo pasaba las mentiras de los de la Casa Bharaputra? -

preguntó Bothari-Jesek con lentitud -. ¿Qué línea de crédito independiente puede conseguir Fell de todo esto?

- ¿O los dos están mintiendo? - dijo Quinn.

- ¿Y si ninguno de los dos miente? - preguntó Mark, irritado -. ¿Lo han pensado? Tenemos que acordarnos de lo que Norwood...

Un silbido de comu interrumpió sus palabras. Quinn se inclinó sobre la comuconsola para escuchar.

- Quinn, Bel. El contacto que he encontrado está de acuerdo con vernos en el muelle del *Ariel*. Si quieres estar en el interrogatorio, ven ahora mismo.

- Sí, sí. Ya voy. Quinn fuera. - Quinn se volvió hacia la puerta, con aire cansado -. Elena, ocúpate de que él - un gesto con el dedo - quede confinado en su camarote.

- Sí, bueno, después de que hables con el hombre de Bel, descansa un poco, ¿eh Quinnie? Has estado a punto de perder todo el control con Fell.

Quinn aceptó lo que le decía con un gesto ambiguo, pero sin hacerle ninguna promesa. Mientras ella se iba hacia las compuertas, Bothari-Jesek se volvió hacia su consola y ordenó un vehivaina personal para la capitana.

Mark se puso de pie y caminó por la sala táctica, las manos metidas cuidadosamente en los bolsillos. Una docena de consolas de tiempo-real y holo-esquemáticas lo miraban, oscuras y quietas desde sus puestos; los sistemas de codificación y comunicación estaban silenciosos. Imaginó el centro nervioso de táctica totalmente ocupado, vivo, brillante y caótico, en la carrera hacia la batalla. Se imaginó el fuego enemigo abriendo la nave como una bandeja automática de comida, toda esa vida aplastada, quemada y acabada en la alta radiación y el vacío del espacio. Fuego de la estación de la Casa Fell en Punto de Salto Cinco, digamos, cuando el *Peregrine* luchara para escapar.

Tembló, sacudido por la náuseas.

Se detuvo frente a la puerta sellada de la sala de informes. Bothari-Jesek estaba concentrada en otra comunicación, algo que tenía que ver con la seguridad de los muelles en Estación Fell. Curioso, puso la palma sobre la almohadilla de seguridad. Para su sorpresa, la puerta se abrió inmediatamente. Alguien tenía que reprogramar las cosas, si todas las instalaciones de seguridad de los Dendarii seguían abriéndose para admitir la palma de la mano de un hombre muerto. Mucha programación que hacer... Miles obviamente lo tenía todo dispuesto para poder pasar por cualquier lugar de la Flota. Eso hubiera sido típico de él, desde luego.

Bothari-Jesek levantó la vista pero no dijo nada. Mark lo interpretó como un permiso: entró en la sala de informes y dio vuelta a la mesa. Las luces se encendieron a su paso. Las palabras que Thorne había pronunciado exactamente en ese lugar, se repetían como un eco en su cabeza. *Norwood dijo: El almirante va a salir de aquí aunque nosotros no lo hagamos.* ¿Hasta qué punto habían revisado las grabaciones de la misión de rescate? Seguramente alguien había visto todo varias veces. ¿Qué podría ver él que ellos no hubieran visto? Ellos conocían su gente, sus equipos. *Pero yo conozco el complejo médico. Yo conozco Jackson's Whole.*

Se preguntó hasta dónde lo llevaría su palma. Se deslizó en el asiento de Quinn, y sí, los archivos volaron para él, se abrieron a su roce como ninguna mujer había hecho nunca. Buscó los registros de la misión de ataque. Los datos de Norwood se habían perdido pero Tonkin había estado con él parte del tiempo. ¿Qué había visto Tonkin? No líneas de color en el mapa sino tiempo real, oído real... ¿Había un registro así? El casco de comando tenía uno y si también había uno en cada casco de los miembros de la tropa... ajá, el audio y la visión de Tonkin llegó a sus ojos fascinados.

Tratar de seguirlos le produjo un dolor de cabeza casi instantáneo. Eso no era una emisión de vídeo firme y con soporte fijo, nada de cámara fija sino más bien las miradas súbitas, sacudidas, de los movimientos de la vida real. Bajó la velocidad de la transmisión para mirarse en el tubo elevador, un tipo agitado, pequeño, en camuflaje gris, los ojos

brillantes en una cara dura. *¿En serio soy así?* Las deformidades de su cuerpo no eran tan evidentes como había imaginado con ese uniforme suelto.

Estaba sentado detrás de los ojos de Tonkin y caminaba con él a través del laberinto complejo de los edificios, túneles y corredores de Bharaputra, hasta la última escalera de incendios al final. Thorne había citado a Norwood correctamente: estaba allí en el vídeo, aunque el tiempo no era correcto: Norwood había estado ausente no cinco sino once minutos según el reloj no subjetivo del casco. La cara roja del médico reaparecía, jadeando, la risa urgente sonaba en el aire, y momentos después la granada, la explosión. Casi agachado en el asiento, Mark cerró el vídeo con rapidez y se miró a sí mismo como si esperara otro baño de sangre y cerebro...

*Si hay una clave, tiene que estar antes.* Empezó otra vez desde el principio, desde que se separaban del grupo en el vestíbulo. La tercera vez lo detuvo y avanzó paso a paso, examinándolo todo. Esa absorción paciente, delicada, era casi placentera. Se olvidó de sí mismo en ella. Los detalles diminutos... uno casi podía perderse en ellos, una anestesia para el dolor en el cerebro.

- *Te tengo* - susurró. Había pasado tan rápido que era casi subliminal, por lo menos si se pasaba en vídeo en tiempo real. Al pasar por el cartel en la pared, una flecha en un cruce de corredores: *Envío y Recepción*.

Echó una mirada a Bothari-Jesek que lo miraba. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba sentada allí? Parecía relajada, las largas piernas dobladas sobre los tobillos, los largos dedos unidos.

- ¿Qué es lo que tienes? - le preguntó con tranquilidad.

Él llamó al holomapa de los edificios fantasmales con la línea de marcha de Tonkin y Norwood en ellos.

- No aquí - señaló -, sino *allí*. - Marcó un complejo un poco al lado de la ruta en la que habían marchado los Dendarii con la crío-cámara -. Ahí fue Norwood. Por ese túnel. Estoy seguro. Yo vi ese lugar, conozco el edificio. Mierda, yo jugaba al escondite con mi amigos hasta que venían las nodrizas y nos hacían volver al dormitorio. Lo veo en mi cabeza con tanta seguridad como si tuviera el vídeo del casco de Norwood aquí, en la consola. ¡Llevó esa crío-cámara a Envío y Recepción y la mandó!

Bothari-Jesek se puso de pie.

- ¿Es posible? No tuvo tiempo...

- No sólo posible sino fácil... El equipo de envíos es totalmente automático. Lo único que tenía que hacer era poner la crío-cámara en la máquina de embalaje y escribir en el teclado. Los robots la mandaron al muelle de embarque. Es un lugar de mucho tránsito: se reciben suministros para todo el complejo, se envían desde datos en discos hasta cuerpos congelados o partes de cuerpos para trasplantes y fetos de ingeniería genética o equipos de rescate. Y crío-cámaras reacondicionadas. De todo. Funciona todo el día y toda la noche y seguramente lo evacuaron de emergencia y dejaron la máquina encendida para que se siguiera ocupando de todo automáticamente. Norwood pudo haber generado la etiqueta de envío en la computadora. La fijó y se la dio al robot de transporte... Y si era tan inteligente como yo creo que era, borró el registro del archivo. Después salió corriendo al encuentro de Tonkin.

- ¡Así que la crío-cámara está en un muelle de carga, abajo...! ¡Espera a que se lo diga a Quinn! Supongo que será mejor que les pasemos la información a los bharaputranos para que la busquen...

- Yo... - él levantó una mano como para impedir la llamada -, creo...

Ella se volvió a dejar caer en el asiento y lo miró con ojos intrigados.

- ¿Crees...?

- Hace un día entero desde que nos elevamos. Y medio día más desde que dijimos a los bharaputranos que la buscaran. Si estuviera en el muelle de carga, creo que la habrían encontrado. El envío automático es muy eficiente aquí. Creo que la crío-cámara



se fue, tal vez en una hora ya estaba fuera. Creo que Fell y los bharaputranos dicen la verdad. Se están volviendo locos. No sólo no hay crío-cámara sino que no tienen ni la menor idea de adónde se fue.

Bothari-Jesek estaba erguida en su asiento.

- ¿Y nosotros? - preguntó -. Dios. Si tienes razón... podría estar de camino a cualquier parte. Pasar por cualquier estación de transferencia orbital... Podría haber saltado incluso... Simon Illyan va a tener un ataque cuando se entere de esto.

- No, a cualquier parte no - corrigió Mark atentamente -. Norwood sólo puede haberla mandado a un lugar que conociera bien. Un lugar del que se acordara, incluso en medio del fuego, el miedo y el peligro.

Ella se lamió los labios, pensándolo.

- Correcto - dijo por fin -. Casi a cualquier parte. Pero por lo menos podemos empezar a adivinarlo a partir de los archivos personales de Norwood. - Se sentó y le dirigió una mirada grave -. ¿Sabes? Lo haces bien, solo en una habitación tranquila. No eres tonto. No veo cómo podrías serlo. Lo que pasa es que no eres del tipo de los oficiales de campo.

- No me parezco a ningún tipo de oficial. Odio a los militares.

- A Miles le encanta el trabajo de campo. Es adicto a la adrenalina.

- Yo odio la adrenalina. Odio tener miedo. No puedo pensar cuando estoy asustado. Me congelo cuando la gente me grita.

- Pero sí sabes pensar... ¿Cuánto tiempo estás asustado?

- La mayor parte - admitió él con amargura.

- Entonces... entonces, ¿por qué... - dudó ella, como eligiendo las palabras con cuidado -, por qué sigues tratando de ser Miles?

- ¡Yo no quiero ser Miles, ustedes me están obligando!

- No me refería a ahora. Hablaba en general.

- No sé qué diablos quiere decir...

10

Veinte horas después, las dos naves Dendarii dejaron la Estación Fell y maniobraron para lanzarse hacia el Punto de Salto Cinco. No estaban solas. Una escolta de media docena de naves de seguridad de la Casa Fell iba tras ellas. Los vehículos rápidos de Fell eran naves de guerra para espacio local, sin varillas de Necklin ni capacidad para salto a través del agujero de gusano: utilizaban toda su energía para conseguir un impresionante conjunto de armas y escudos. Naves con músculo.

El convoy terminaba con crucero de Bharaputra, que los seguía un poco más lejos, más un yate que una nave de guerra, preparado para recibir al barón Bharaputra. La transferencia que se había acordado tendría lugar en el espacio cercano a la estación Punto de Salto Cinco del barón Fell. Desgraciadamente, la crío-cámara de Miles no estaba a bordo de esa nave.

Quinn había estado a punto del colapso antes de aceptar lo inevitable. Bothari-Jesek le había arrinconado literalmente contra una pared, en la última reunión privada en la sala de informes.

- ¡Yo no me voy sin Miles! - aulló Quinn -. ¡Primero mando a ese hijo de puta de Bharaputra a hacer caminata espacial sin traje!

- Mira - siseó Bothari-Jesek, con la chaqueta de Quinn en el puño. Si hubiera sido un animal, pensaba Mark, habría tenido las orejas pegadas contra la cabeza. Él se encogió en un asiento y trató de hacerse pequeño. Más pequeño -. Mira, esto a mí tampoco me gusta nada. Pero la situación escapa a nuestra capacidad. Miles está fuera de las manos de Bharaputra, eso es evidente, y no sabemos adónde ha ido. Necesitamos refuerzos; no

naves de guerra sino personal de inteligencia bien preparado. Un montón. Necesitamos a Illyan, a Seglmp, los necesitamos buenos y cuanto antes. Es tiempo de cortar esto y salir corriendo. Cuanto más rápido salgamos de aquí, antes podremos volver.

- Yo pienso volver - juró Quinn.

- Eso va a ser algo entre tú y Simon Illyan, y te aseguro que él va a estar tan interesado como tú en recuperar esa crío-cámara.

- Illyan es un barrayarano - Quinn buscaba la palabra con furia -, *un burócrata*... No lo siento como nosotros...

- No estés tan segura - susurró Bothari-Jesek.

Al final, Bothari-Jesek, el deber de Quinn para con el resto de los Dendarii y la lógica de la situación habían podido más que los sentimientos de la capitana. Y Mark se encontró vestido de gris para lo que esperaba que fuera su última aparición en público como almirante Naismith, ahora y para siempre: la supervisión de la transferencia de su huésped al transbordador de la Casa Fell. Mark deseaba que no fuera un buen destino.

Bothari-Jesek vino a escoltarlo personalmente desde su camarote-prisión al corredor de la compuerta donde se engancharía la nave de Fell. Parecía tranquila como siempre, aunque cansada. A diferencia de Quinn, limitó sus críticas a pasarle a mano sobre la insignia para arreglársela. La chaqueta con bolsillo era suelta y bajaba lo suficiente como para cubrir la forma en que el pantalón le mordía la cintura y la carne sobresalía en un rollo sobre el cinturón. Él se la bajó con firmeza y siguió a la capitana del *Peregrine*.

- ¿Por qué tengo que hacer esto? - le preguntó con voz quejosa.

- Es nuestra última oportunidad de probar a Vasa Luigi que tú eres Miles Naismith y que esa... esa cosa de la crío-cámara es un clon. En caso de que la crío-cámara no haya salido del planeta, claro y por si, vaya donde vaya, Bharaputra la encuentra antes que nosotros.

Llegaron a la compuerta al mismo tiempo que un grupo de tecnos Dendarii muy armados que tomaron posiciones en los controles de los ganchos del muelle. El barón Bharaputra apareció poco después, escoltado por una preocupada capitana Quinn y dos guardias Dendarii muy nerviosos. Los guardias, pensó Quinn, eran puramente ornamentales. El verdadero poder, la verdadera amenaza, las piezas pesadas de ese tablero de ajedrez eran la Estación de Punto de Salto Cinco y las naves de Fell que la defendían. Se las imaginó, organizadas en el espacio alrededor de las naves Dendarii. Jaque. ¿El rey era el barón Bharaputra? Mark se sentía como un peón disfrazado de caballero. Vasa Luigi ignoró a los guardias, mantuvo su mirada en Quinn, la reina negra, pero puso los ojos sobre todo en la compuerta del transbordador.

Quinn saludó a Mark.

- Almirante.

Él le devolvió el saludo.

- Capitana.

Se quedó en posición de descanso, como si estuviera supervisando la operación. ¿Se suponía que charlara con el barón, que lo atacara con palabras? Esperó que Vasa Luigi abriera las hostilidades. El barón también esperaba, con una paciencia y un control perturbadores, como si ni siquiera percibiera el tiempo como lo percibía Mark.

A pesar de que los Dendarii tenían muchas menos armas, estaban a minutos de la fuga. En cuanto se completara la transferencia, el *Peregrine* y el *Ariel* saltarían y los clones estarían fuera del alcance de las manos asesinas de Bharaputra. Eso lo había logrado, con malos resultados, pagando el precio de desgracias que ya no tenían arreglo, pero lo había logrado. Pequeñas victorias.

Por fin llegó el ruido de los ganchos del transbordador de Fell que tomaban posición en la compuerta y el siseo del tubo flexible que se sellaba. Los Dendarii supervisaron la dilatación del portal del muelle y se quedaron en posición de firmes. Del otro lado del portal, un hombre vestido con los colores verdes de la Casa Fell y la insignia de capitán, y

flanqueado por dos guardias ornamentales propios, asintió y se identificó a sí mismo y a su nave de origen.

Enseguida identificó a Mark como el oficial de mayor rango en la habitación y lo saludó militarmente.

- Saludos del barón Fell, almirante Naismith, y él le devuelve a usted algo que olvidó accidentalmente en nuestra estación.

Quinn se puso pálida de esperanza; Mark hubiera jurado que oía detenerse ese corazón desde lejos. El capitán Fell se separó de la compuerta. Pero lo que pasó por allí no fue la crío-cámara tan ardientemente deseada sobre una camilla flotante sino una fila de tres hombres y dos mujeres, con ropas de civil. Todos parecían avergonzados, furiosos. Uno de ellos cojeaba y otro lo ayudaba a caminar.

Los espías de Quinn. El grupo de voluntarios Dendarii que ella había tratado de meter en la estación Fell para continuar la búsqueda. La cara de Quinn se puso roja de rabia pero levantó el mentón y dijo con claridad:

- Dígale al barón Fell que agradecemos su atención.

El capitán de Fell recibió el mensaje con un saludo y una sonrisa amarga.

- Los veré en la sala de informes, tan pronto sea posible - jadeó ella e hizo un gesto para que se fueran. Se marcharon con la cabeza baja, acompañados de Bothari-Jesek.

El capitán de Fell anunció:

- Estamos listos para recibir a nuestro pasajero.

Puntillosamente, no puso ni un pie sobre el *Peregrine*. Se quedó allí, en el límite, esperando. De la mismo forma, los guardias Dendarii y Quinn se alejaron del barón Bharaputra, que levantó el mentón y empezó a caminar hacia adelante.

- ¡Mi señor! ¡Espéreme!

Al oír el grito a sus espaldas, Mark giró la cabeza. Los ojos del barón también se abrieron, sorprendidos.

La chica eurasiática de cabello negro se deslizó desde un corredor lateral y se lanzó hacia delante a la carrera. Llevaba de la mano a la rubia platino. Pasó como un rayo alrededor de los guardias Dendarii, que tuvieron el sentido común de no sacar las armas en un momento como aquel, pero no los reflejos necesarios para atraparlas al pasar. La rubia de pies pequeños no era tan atlética y corría casi sin equilibrio con el otro brazo cruzado sobre los pechos, jadeando y sin aire, los ojos azules muy abiertos de miedo.

Mark la imaginó acostada sobre una mesa de operaciones, el cráneo sin cabello, el chillido de una sierra quirúrgica atravesando el hueso, la lenta muerte de las neuronas desgarradas en la base del cerebro, luego el cráneo vacío y la mente, como un regalo inútil, memoria, persona, una ofrenda a algún dios oscuro en las manos enguantadas del monstruo enmascarado...

La cogió por las rodillas. La mano de ella soltó la de la muchacha de cabellos negros y cayó sobre la cubierta. Se puso a gritar y a darle patadas, retorciéndose, saltando y corcoveando sobre la espalda. Aterrorizado con la idea de perderla, él se fue echando sobre ella hasta ponerse encima con todo su peso. Ella se movía debajo, sin fuerzas. No tenía ni idea de que hubiera debido darle patadas entre las piernas.

- No. Basta, basta. Por Dios, no quiero hacerte daño - le murmuraba él en el oído a través del cabello de olor dulce que se le metía en la boca.

Mientras tanto, la otra muchacha había logrado pasar a través de la compuerta. El capitán de la guardia de la Casa Fell se quedó confuso con la llegada de ella pero no con los guardias Dendarii. Sacó un destructor nervioso para repeler el primer avance reflexivo de los hombres de Quinn.

- Deténgase ahí mismo. ¿Qué es esto, barón Bharaputra?

- ¡Mi señor! - gritó la chica eurasiática -. ¡Por favor, lléveme con usted! ¡Quiero unirme con mi señora!

- Quédate en ese lado - le aconsejó el barón con calma -. Ahí no pueden tocarte.

- Vamos a ver si podemos... - empezó a decir Quinn, adelantándose, pero el barón levantó una mano, los delicados dedos un poco encogidos, ni un puño ni una obscenidad, pero sí algo levemente insultante.

- Capitana Quinn. Seguramente usted no desea crear un incidente y retrasar su partida, ¿verdad? Esta niña está ejerciendo su derecho a elegir. Viene conmigo por propia voluntad.

Quinn dudó.

- ¡No! - aulló Mark. Se puso de pie, levantó a la chica rubia y la tiró en brazos de la guardia Dendarii más grande que vio a su alrededor -. Que no se escape - le ordenó y giró para pasar delante del barón Bharaputra.

- ¿Almirante? - El barón levantó una ceja con un gesto levemente irónico.

- ¡Usted está usando un cadáver! - ladró Mark -. No me hable. - Se adelantó con las manos abiertas hacia la chica de cabello negro para hablarle a través de ese espacio tan pequeño y tan significativo políticamente hablando -. Niña... - No sabía su nombre. No sabía qué decir -. No te vayas. No tienes que irte. Ellos te van a matar.

Cada vez más segura de su inmunidad, aunque todavía detrás del capitán de Fell y bien lejos de cualquier Dendarii, la chica sonrió, triunfante, y sacudió el cabello mirando a Mark. Tenía los ojos encendidos.

- Salvo mi honor. Yo sola. Mi honor en mi señor. Tú no tienes honor. ¡Cerdo! Mi vida es un ofrenda más grande de las que tú puedas soñar. Yo soy una flor en su altar...

- Tú eres una loca - opinó Quinn sin pelos en la lengua.

La chica alzó el mentón.

- Venga, barón - le dijo, casi una orden. Y le tendió una mano, teatral.

El barón Bharaputra se encogió de hombros como diciendo, *Así son las cosas*, y caminó hacia la compuerta. Ningún Dendarii levantó un arma. Quinn no se lo había ordenado. Mark no tenía armas. Se volvió hacia ella, angustiado.

- *Quinn...*

Ella jadeaba.

- Si no saltamos ahora, podemos perderlo todo. *Quietos*.

Vasa Luigi se detuvo en la compuerta, y se volvió para mirar a Mark.

- Por si le interesa saberlo, almirante, ella es el clon de mi esposa... - susurró. Levantó la mano derecha, se lamió el índice y tocó la frente de Mark. Mark sintió un punto frío. El barón contaba los puntos -. Uno para mí. Cuarenta y nueve para usted. Si alguna vez se atreve a volver, almirante, le juro que voy a poner la cuenta a la par y voy a hacerlo de tal forma que usted va a pedirme de rodillas que lo mate. - Deslizó el resto de su cuerpo hacia el transbordador -. Hola, capitán, le agradezco su paciencia... - Lo sellos se cerraron sobre el resto del saludo de los guardias de su aliado... o rival.

El silencio sólo se rompió con el ruido de los ganchos y el sollozo abandonado, sin esperanza de la rubia. El lugar frío que había dejado el barón sobre la frente de Mark le picaba como si fuera de hielo. Se lo frotó con el dorso de la mano como si esperara que se rompiera en pedazos.

En general los pasos con zapatos de fricción eran muy silenciosos, pero éstos fueron lo suficientemente pesados como para hacer vibrar la cubierta. La sargento Taura salió hacia el corredor de la compuerta. Vio a la rubia y aulló sobre el hombro:

- ¡Aquí hay otra! Faltan dos. - Otro hombre venía con ella.

- ¿Qué pasó, Taura? - preguntó Quinn, con un suspiro.

- Esa chica, esa líder, la inteligente - dijo Taura, deteniéndose. Tenía los ojos puestos en los corredores mientras hablaba -. Le dijo a las demás que éramos una nave esclavista. Y convenció a diez para que intentaran escaparse. El guardia atontó a tres con el bloqueador pero las otras siete se escaparon y andan por la nave. Ya recuperamos cuatro. La mayoría se escondió pero yo creo que la de pelo largo tenía un plan lógico para tratar de entrar en los vehivainas antes de que saltáramos del espacio local. Puse un

guardia en el depósito de vehículos para detenerlas allí.

Quinn juró entre dientes, deprimida.

- Buena idea, sargento Taura. Hubiera podido salir bien pero ella vino aquí. Desgraciadamente, corrió y pasó junto al barón en el intercambio. Se fue con él. A la otra la atrapamos antes de que cruzara. - Quinn miró a la rubia. El llanto se había transformado en sollozos -. Así que sólo falta una.

- ¿Y cómo...? - Los ojos de la sargento miraban a la compuerta del transbordador, sorprendidos -. ¿Cómo dejó usted que pasara eso, señora?

La cara de Quinn era una máscara inexpresiva.

- Decidí no emprender una batalla de fuegos cruzados por ella.

Las manos grandotas de la sargento se retorcieron, atónitas, pero ninguna crítica verbal contra su superior en rango salió de sus labios.

- Será mejor que busque a la última antes de que pase algo más.

- Adelante, sargento. Ustedes cuatro, ayuden. - Quinn hizo un gesto a sus guardias inactivos -. Taura, quiero que me informe cuando todas estén en su sitio.

Taura asintió, hizo un gesto a los hombres para que revisaran los distintos corredores y se alejó hacia el tubo elevador más cercano. Tenía una expresión furiosa y parecía a punto de echarse a llorar por la pérdida.

Quinn se volvió sobre sus talones, musitando:

- Tengo que ir a esa sala y ver qué pasó con...

- Yo... yo la llevo con las otras clones, Quinn - se ofreció Mark, con un gesto hacia la rubia.

Quinn lo miró, dudando.

- Por favor. Quiero hacerlo.

Ella echó una mirada hacia la compuerta por la que había salido la chica de cabello negro y volvió a mirarlo a la cara. Él no sabía qué aspecto tenía, pero ella respiró hondo y dijo:

- Estuve revisando los registros del ataque un par de veces desde que salimos de Estación Fell. No tuve... no tuve oportunidad de decírtelo... Cuando te pusiste delante de mí al subir al transbordador de Kimura, ¿te diste cuenta de la potencia que tenía tu campo de escudo espejo?

- No. Quiero decir que sabía que había recibido muchos golpes, en los túneles.

- Un golpe. Si hubieras recibido uno más, habría fallado. Dos más y estabas frito.

- Ah.

Ella frunció el ceño, mirándolo, como dudando en si tenía coraje o sólo estupidez.

- Bueno, pensé que era interesante, que tenías que saberlo. - Dudó un poco más -. El mío también estaba en cero. Así que si estás contando puntos con Bharaputra, puedes contar cincuenta a tu favor.

Él no sabía qué esperaba ella que él dijera. Por fin, Quinn suspiró:

- De acuerdo. Puedes llevarla, si te hace sentir mejor... - Se alejó hacia la sala de informes, la cara ansiosa y tensa.

Él se volvió, y tomó a la rubia del brazo, muy despacio. Ella hizo un gesto de miedo, con los grandes ojos azules bañados en lágrimas. Nadie conocía tanto como él la forma intencional en que habían esculpido ese cuerpo y esos rasgos; el efecto era impresionante: belleza, inocencia, sexualidad y miedo mezclados en un vaho que lo intoxicaba. Parecía que tuviera veinte años, en plena culminación física, un ser perfecto para él. Y sólo unos centímetros más alta. Tal vez la habían diseñado para ser la heroína del drama de Mark, pero la vida de él se había disuelto en una laguna sub-heroica, caótica y sin control. Sin recompensas, plagada sólo de castigos.

- ¿Cómo te llamas? - le preguntó con un tono falso.

Ella lo miró, con desconfianza.

- Maree.

Los clones no tenían apellido.

- Qué nombre más bonito. Ven, Maree. Voy a llevarte a tu... a tu dormitorio de nuevo. Te vas a sentir mejor cuando estés otra vez con tus amigas.

Ella empezó a caminar con él, no tenía más remedio.

- La sargento Taura tiene razón, ¿sabes? Ella quiere cuidaros. En serio. Se asustó cuando te escapaste. Estaba preocupada porque tenía miedo de que te hicieras daño. No tienes miedo de la sargento, ¿verdad?

Apretó los hermosos labios, llena de confusión.

- No... no estoy segura. - Caminaba bamboleándose pero con suavidad. Y los pechos se le agitaban, perturbándolo, bajo la túnica rosada debería ofrecerle un tratamiento de reducción, aunque él no estaba seguro de que eso estuviera dentro de la experiencia del cirujano o cirujana del *Peregrine*. Y si las experiencias somáticas de esa chica en Bharaputra eran similares a las suyas, seguramente estaba harta de la cirugía. Él se sentía así después de todas las distorsiones que había sufrido su cuerpo.

- No estamos en una nave esclavista - empezó a decirle, tenso, nervioso -. Os llevamos a... - La noticia de que su destino era el Imperio de Barrayar tal vez no le resultara tranquilizadora -. Nuestra primera parada será Komarr, pero tal vez no tengas que quedarte allí. - Él no tenía poder para hacer promesas sobre el futuro. Ningún poder. Un prisionero no puede rescatar a otro.

Ella tosió y se frotó los ojos.

- ¿Estás bien?

- Quiero agua. - Tenía la voz ronca después de los gritos y el llanto.

- Ya te la consigo - prometió él. Su camarote estaba a menos de un corredor de distancia. La llevaría allí.

Se oyó un siseo y la puerta se abrió cuando él puso la palma en la almohadilla.

- Ven. Nunca hablamos. Tal vez si yo... tal vez esa chica no te hubiera engañado. - La llevó adentro y la acomodó en la cama. Ella temblaba ligeramente. Él también.

- ¿Te engañó?

- No... no sé, almirante.

Él hizo un ruido con la nariz.

- No soy el almirante. Soy un clon, como tú. Me criaron en Bharaputra, un piso más abajo del lugar donde vives. Vivías. - Fue hasta el baño, cogió una taza de agua y se la llevó. Tuvo un impulso de ofrecérsela de rodillas. Ella tenía que entender... -. Tengo que hacerte entender. Entender quién eres, lo que te pasó. Para que no te engañen de nuevo. Tienes mucho que aprender. Para saber protegerte sola, quiero decir. - Y había mucho que proteger con semejante cuerpo... -. Vas a tener que ir a la escuela.

Ella bebió el agua.

- No quiero ir a la escuela - dijo con la taza delante de la boca.

- ¿Los bharaputranos no te mostraron programas de autoenseñanza? Cuando yo estuve allí, fue lo mejor de todo. Mejor que los juegos. Aunque me gustaban los juegos, claro. ¿No jugabas al Zylec?

Ella asintió.

- Era divertido. Pero los programas de historia, de astronomía... el instructor virtual era el más divertido de todos. Un tipo de pelo blanco, viejo, con ropa del siglo XX, la chaqueta con parches en los codos... Siempre me pregunté si estaba basado en una persona real o era un compuesto.

- Yo nunca vi eso.

- ¿Y qué hacías todo el día?

- Hablábamos. Nos peinábamos. Nadábamos. Los censores nos hacían hacer calesténica todos los días...

- A nosotros también.

-... hasta que me hicieron esto. - Se tocó un pecho -. Después, me hacían nadar

solamente.

Él se dio cuenta de la lógica del asunto.

- La última escultura de tu cuerpo fue hace poco, ¿verdad?

- Un mes. - Hizo una pausa -. ¿Realmente no crees que mi madre venía a... a buscarme?

- Lo lamento. No tienes madre. No yo tampoco. Lo que venía era un... un horror. Casi no puedes ni imaginártelo. - Pero él si podía, y con toda claridad.

Ella frunció el ceño. Era evidente que le costaba separarse del hermoso futuro de sus sueños.

- Todos somos hermosos. Si realmente eres un clon, ¿por qué tú no?

- Me alegro de que empieces a pensar - dijo él con cuidado -. Mi cuerpo sufrió esculturas diferentes: querían que me pareciera a mi progenitor. Y él era un inválido.

- Pero.. si es cierto lo de los transplantes de cerebros, ¿por qué tú no?

- Yo... era parte de otro complot. Los que me compraron me llevaron entero. Sólo más tarde supe la verdad sobre lo de Bharaputra. - Se sentó junto a ella en la cama. El olor de ella... ¿le habían puesto algún perfume especial con ingeniería genética? Le embriagaba. El recuerdo de ese cuerpo suave, retorciéndose bajo el suyo en la cubierta de la compuerta del transbordador, le perturbaba. Hubiera querido disolverse en él... -. Yo... tenía amigos, ¿tú no?

Ella asintió.

- Para cuando pude hacer algo por ellos... mucho antes de que pudiera... ya no estaban. Todos muertos. Así que os rescaté a vosotros...

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Él no podía descifrar los pensamientos de esa cara inocente.

El camarote parecía temblar y un ataque de náuseas que nada tenía que ver con el erotismo reprimido le retorció el estómago.

- ¿Qué ha sido eso? - jadeó Maree, los ojos cada vez más abiertos. Inconscientemente, lo cogió de la mano. La mano de él pareció arder con el roce.

- No te preocupes. No pasa nada. Ha sido nuestro primer salto por el agujero de gusano. - Su experiencia, varios saltos más que ella, hizo que su tono resultara tranquilizador, esperanzador -. Ya nos hemos ido. Los de Jackson no pueden atraparnos.

- *Mucho* mejor que la traición que había estado esperando en una parte reservada de su mente: las fuerzas del barón de Fell atacándolos tan pronto tuvieran a Vasa Luigi en sus gordas manos. No, no se trataba del rugido del fuego enemigo sino de un pequeño saltito domesticado -. Estás a salvo. Ahora todos estamos a salvo. - Pensó en la chica eurasiática y su locura. *Casi todos*.

Deseaba ardientemente que Maree le creyera. De los Dendarii, de los barrayeranos... no esperaba mucho. No esperaba que entendieran. Pero esta muchacha... si por lo menos pudiera resultarle simpático. No quería otra recompensa que un beso. Tragó saliva. *¿Estás seguro de que lo único que quieres es un beso?* Tenía un nudo caliente e incómodo en el vientre, debajo del cinturón que le apretaba tanto. Una dureza embarazosa en las entrañas. Tal vez ella no lo notaría. No lo entendería. No lo juzgaría.

- ¿Me... darías un beso? - preguntó con humildad, con la boca muy seca. Le cogió la taza de las manos y se bebió el último trago. No le bastó para apagar el ardor de la garganta.

- ¿Para qué? - preguntó ella, con el ceño un poco fruncido.

- Para... para jugar.

Eso era algo que ella entendía. Se inclinó y le tocó los labios con los suyos. Se le movió la túnica en el aire...

- Ah - jadeó él. Le pasó la mano por el cuello y allí se detuvo -. Por favor, otra vez... - Acercó la cara de ella a la suya. Ella no se resistió ni respondió, pero de todos modos su boca no parecía sorprendida. *Quiero, quiero, quiero...* No podía hacerle nada si la tocaba,

la tocaría nada más. Las manos de ella estaban ya por encima de su cuello, un gesto automático. Él sentía cada uno de los dedos fríos, terminado por un pedacito de uña. Ella abrió los labios. Él se fundió con ella. Le latía el corazón. Tenía calor y se sacó la chaqueta.

*Basta, basta... Ahora mismo.* Pero ella debería haber sido su heroína. Miles tenía todo un harén, estaba seguro. ¿Le dejaría ella... besarla nada más? No penetrarla, no, eso no. Nada que la invadiera, nada que le hiciera daño. Un roce entre esos pechos no podía hacerle daño, aunque sin duda la sorprendería. Tal vez podía hundirse en esa piel suave y eso sería más satisfactorio que hundirse entre las piernas. Tal vez ella pensara que estaba loco, pero él no le haría daño con eso. Buscó de nuevo la boca de ella, ansiosamente. Le tocó la piel. Más. Le deslizó la túnica por encima de los hombros, poniéndole la mano sobre el cuerpo desnudo. Tenía una piel suave como el terciopelo. Con la otra mano, temblando, se quitó el ajustado cinturón. Eso sí fue un alivio. Estaba terrible, dolorosamente excitado. Pero no la tocaría por debajo de la cintura, no, eso no...

La puso boca arriba en la cama, la cogió con las manos para mantenerla quieta y la besó por todo el cuerpo. Ella emitió un jadeo asustado. La respiración de él se hizo más profunda, luego se detuvo. Un espasmo le atravesó los pulmones, como si se le hubieran contraído al mismo tiempo todos los bronquios con un ruido a trampa, como una puerta que se cierra.

*¡No! ¡Otra vez no!* Le estaba pasando de nuevo, como cuando lo había intentado el año anterior...

Se separó de ella, con el sudor frío cubriéndole todo el cuerpo. Peleó contra su garganta contraída. Logró respirar una vez, como un asmático, temblando. Los recuerdos eran casi alucinaciones por la claridad...

El grito furiosos de Galen. Lars y Mok que lo sostenían cuando Galen se lo ordenó, le sacaban la ropa, como si la paliza que acababan de darle no fuera castigo suficiente. La picana tocándolo, señalándolo, ahí, *ahí*, crujidos, estallidos. Galen que se ponía todavía más rojo y lo acusaba de traición, peor, le hablaba de las inclinaciones sexuales que se atribuían a Aral Vorkosigan, y ponía más potencia, demasiada potencia.

- Ahora. - El terror horrible adentro, en las entrañas, la memoria visceral del dolor, la humillación, las quemaduras, los calambres, una extraña excitación en cortocircuito y un liberarse, vergonzoso, horrible, a pesar de todo, el olor de la carne quemada...

Empujó las visiones con la mente, lejos, y casi se desmayó antes de lograr respirar de nuevo. Ahora estaba sentado no en la cama sino en el suelo, con los brazos y las piernas encogidos, en espasmos. La rubia, atónita, estaba encogida sobre el colchón, medio desnuda, mirándolo con los ojos muy abiertos.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué paró? ¿Se está muriendo?

*No, sólo quiero morirme.* No era *justo*. Él sabía exactamente de dónde venía el reflejo condicionado. No era un recuerdo hundido en su inconsciente, por desgracia, nada de una infancia confusa, distante. Hacía apenas cuatro años. ¿No se suponía que esa visión clara era capaz de liberarlo a uno de los fantasmas del pasado? Si alguna vez la situación fuera menos tensa, menos retorcida desde el punto de vista de la conciencia, si alguna vez tuviera tiempo de hacer el amor en lugar de esa excursión rápida, sudorosa, entonces tal vez podría dominar el recuerdo, la locura... *y tal vez nunca lo voy a conseguir...* Luchó para respirar de nuevo. Otra vez. Los pulmones empezaban a trabajar de nuevo. ¿Realmente estaba en peligro de morir ahogado? Tal vez cuando se desmayara, su sistema nervioso retomaría el mando automático.

Se abrió la puerta del camarote. Taura y Bothari-Jesek se quedaron en la entrada, espionando en la oscuridad. Bothari-Jesek lanzó una maldición. La sargento Taura empujó la puerta con el hombro y entró.

*Ahora*, él quería desmayarse *ahora*. Pero su demonio no cooperaba. Tenía la mente puesta en una sola cosa y siguió respirando, con los pantalones hechos un ovillo en las



rodillas.

- ¿Qué estás haciendo? - gruñó la sargento Taura. Un tono peligroso, como el aullido de un lobo. Los colmillos le brillaban a los lados de la boca bajo la luz suave de la habitación. Él la había visto destrozar a un hombre con las manos desnudas.

La clon estaba sentada sobre las rodillas en la cama, muy preocupada. Como siempre, trataba de ocultar y sostener con las manos sus rasgos más notables y, como siempre, lo único que conseguía era atraer más la atención hacia ellos.

- Sólo pedí un poco de agua - sollozó ella -. Lo lamento.

La sargento Taura dejó caer su altura de casi tres metros sobre una rodilla y le mostró las palmas de las manos para que viera que no estaba enojada *con ella*. Mark no estaba seguro de que Maree entendiera tanta sutileza.

- ¿Y qué pasó? - preguntó Bothari-Jesek con firmeza.

- Él me pidió que lo besara. Me hizo besarlo.

Los ojos de Bothari-Jesek recorrieron su desaliño y brillaron furiosos. Estaba tan tensa como un rayo a punto de disparar. Se dio vuelta para mirarlo. Bajó la voz casi hasta el susurro:

- ¿Estabas tratando de violarla?

- No... No sé... Lo único que...

La sargento Taura se puso de pie, lo cogió por la camisa y algo de piel también, lo levantó hasta ponerlo de pie contra la pared más cercana. El suelo estaba un metro por debajo de sus pies que se sacudían en el aire.

- ¡Di la verdad! - le ladró.

Él cerró los ojos y respiró hondo. No por la amenaza de las mujeres de Miles, no. No por ellas. Por la segunda mitad de la humillación de Galen en él, a su manera una violación más terrible que la primera. Cuando Lars y Mok, alarmados, habían persuadido a Galen de que no siguiera con el castigo, Mark se hallaba a un paso del paro cardíaco. Galen se había visto obligado en medio de la noche a llevar a su valioso clon con su mejor médico, el mismo al que había convencido bajo amenazas para que recetara las drogas y hormonas que habían hecho crecer el cuerpo de Mark a la velocidad del de Miles. Galen justificó las quemaduras diciendo que Mark se había estado masturbándose en secreto con la picana, que la había encendido accidentalmente y no había podido apagarla por los espasmos musculares que causa hasta que sus gritos despertaron a alguno de sus guardias. El doctor casi se había puesto a reír. Con la voz débil, Mark había corroborado la versión de Galen, por miedo, a pesar de que estaba solo con el médico. Pero el médico vio los golpes, y seguramente supo que había algo más en esa historia. No dijo nada. No hizo nada. A él se le ocurría que lo que lamentaba más era la risa negra del médico. No quería que Maree se fuera de la habitación con el mismo peso en el alma. No lo haría.

En frases cortas, directas, describió exactamente lo que acababa de intentar. Sonaba muy feo aunque había sido la belleza de ella lo había dominado. Mantuvo los ojos cerrados. No mencionó el ataque de pánico ni tratar de explicar a Galen. Se retorció por dentro pero dijo la verdad, directa y simple. Lentamente, mientras hablaba, la pared le golpeó la espalda hasta que tuvo los pies otra vez sobre cubierta. La presión se aflojó sobre su camisa y él se atrevió a abrir los ojos de nuevo.

Casi los cerró de nuevo al ver la expresión de desprecio en el rostro de Bothari-Jesek. Ahora sí que la había completado. Ella, que casi lo había comprendido, que casi había sido amable, casi su única amiga allí, estaba de pie, furiosa, rígida, y él supo que se había ganado la antipatía de la única persona que hubiera podido hablar a favor de él. Le dolía haber tenido tan poco y perderlo. Un dolor de muerte.

- Cuando Taura dijo que faltaba una clon - mordió Bothari-Jesek - y Quinn dijo que tú habías insistido en traerla a ella... Ahora ya sabemos por qué...

- No. Yo no pensaba... no pensaba hacer nada. Ella quería un poco de agua, eso es

cierto. - Señaló la taza, volcada sobre la cubierta.

Taura le volvió la espalda y se arrodilló junto a la cama. Se dirigió a la rubia con una voz deliberadamente dulce:

- ¿Te hizo daño?

- Estoy bien - tembló ella. Se volvió a poner la túnica sobre los hombros -. Pero ese hombre está enfermo... Muy enfermo. - Lo miró con preocupación.

-...evidentemente - musitó Bothari-Jesek. Levantó el mentón y los ojos se clavaron en Mark, que seguía aferrado a la pared -. Está confinado aquí, señor. Y habrá un guardia en su puerta. No intente ni asomarse.

*No, no voy a intentar nada, nada...*

Se fueron con Maree. Los sellos de la puerta sisearon y se cerraron como una guillotina. El rodó sobre la cama estrecha, temblando.

Dos semanas hasta Komarr. Realmente deseaba estar muerto.

11

Mark pasó los primeros tres días de su confinamiento en solitario convertido en un bulto deprimido. Su deseo era salvar vidas con su misión heroica, no destruirlas. Hizo la cuenta de los cuerpos, uno por uno. El piloto de transbordador. Phillipi. Norwood. El hombre de Kimura. Y los ocho heridos de seriedad. Y todos los anónimos de Bharaputra, también. El guardia de gravedad promedio de Jackson era un pobretón que trataba de sobrevivir. Se preguntó si alguno de los muertos sería alguien que él había conocido o con quien había bromeado cuando vivía en el criadero de clones. Como siempre, los pequeños terminaban en la picadora de carne y los que tenían el poder suficiente para ser responsables salían caminando la mar de tranquilos, como el barón Bharaputra.

¿Pesaban más las vidas de cuarenta y nueve clones que las de cuatro Dendarii? Los Dendarii no parecían creerlo. *Esa gente no fue voluntaria. Tú los engañaste y los llevaste a la muerte.*

Estaba sacudido por una visión que no le gustaba. Las vidas no se sumaban como enteros: se sumaban como infinitos.

*No quería que saliera así.*

Y los clones. La rubia. Él, sobre todo él, sabía que ella no era la mujer madura que proclamaba su físico general y sobre todo los aumentos sorprendentes que la formaban. El cerebro de sesenta años que había planeado mudarse a ella hubiera sabido cómo manejar ese cuerpo. Pero Mark la había visto con mucha claridad, había visto muy bien en la mente a la niña de diez años que había dentro. No había querido lastimarla ni asustarla, pero había hecho ambas cosas. Había querido resultarle simpático, llenar su cara de luz. *Como se iluminan las de todos cuando ven a Miles, ¿eh?*, se burló la voz interior.

Ninguno de los clones podía responder de la forma que él deseaba que respondieran. Era un deseo doloroso. Tenía que olvidar esa fantasía. Tal vez en diez o veinte años, le agradecerían sus vidas. O no. *Hice todo lo que pude. Lo lamento.*

En algún momento del segundo día empezó a obsesionarse con la idea de sí mismo como carne de trasplante de cerebro para Miles. Extrañamente, o tal vez lógicamente, no tenía miedo por Miles mismo. Pero Miles no estaba en posición de vetar el plan. ¿Qué pasaría si a alguien se le ocurría que sería más fácil trasplantar el cerebro de Miles en el cuerpo tibio y viviente de Mark que intentar la tediosa reparación de esa herida enorme en el pecho, además del trauma por el tratamiento de crío-cámara? Era una posibilidad tan terrible que casi quería ofrecerse voluntario para terminar con todo.

Lo único que le impedía abandonarse totalmente era la reflexión de que con la crío-cámara perdida, la amenaza estaba en suspenso. Hasta que la encontraran. En la

oscuridad de su camarote, con la cabeza enterrada en la almohada, comprendió que la cara que más deseaba ver transformada por el respeto frente a su rescate glorioso de los clones era la de Miles.

*Más bien eliminaste la posibilidad, ¿no es cierto?*

El único descanso de su picadora de carne mental era la comida, y el sueño. Meterse a la fuerza una bandeja entera de ración de campo lo dejaba tan atontado que realmente dormía, a ratos, inadecuadamente, pero dormía. Deseaba la inconsciencia más que ninguna otra cosa, y por ello perseguía a los furiosos Dendarii que empujaban la bandeja por la puerta tres veces al día para que le trajeran más. Como los Dendarii no consideraban que esas bandejas de raciones de campo fueran gran cosa, lo hacían sin mucho problema.

Un Dendarii le pasó por la puerta una selección de ropa limpia de Miles de los depósitos del *Ariel*. Esta vez no tenían una sola insignia. Al tercer día renunció a ponerse los pantalones del uniforme de Naismith y se decidió por los pantalones sueltos de la nave. Y en ese momento, le llegó la inspiración.

*No pueden ponerme a hacer de Miles si no me parezco a Miles.*

Después de eso, las cosas se hicieron borrosas en su cabeza. Uno de los Dendarii se irritó tanto con su constante petición de comida extra que trajo toda una caja, la dejó en un rincón y le dijo a Mark que no volviera a molestarlo. Mark se quedó solo con su astuto plan y el instrumento de su rescate. Había oído que antiguamente los prisioneros escapaban de su prisión cavando un túnel con una cuchara, ¿acaso él no podía hacer lo mismo?

Y sin embargo, a pesar de la locura del plan - y en cierto modo él sabía que era una locura -, le dio un sentido a su vida. Primero las horas del viaje de muchos saltos a Komarr le habían parecido infinitas. Ahora ya no le parecían suficientes. Leyó las etiquetas de los alimentos. Si mantenía una inactividad máxima, una sola bandeja le proporcionaba el combustible diario que necesitaba. Todo lo que consumiera de más se podía convertir directamente en No-Miles. Cuatro bandejas le darían un kilo extra de masa corporal, si no lo había calculado mal. Era una pena que el menú siempre fuera el mismo.

Apenas si tenía días suficientes para conseguir que el proyecto funcionara. Pero en su cuerpo, ningún kilo extra tenía dónde ocultarse. Hacia el final, asustado porque se le terminaba el tiempo, comía continuamente hasta que el dolor le obligaba a detenerse, combinando así el placer, la rebelión y el castigo en una sola experiencia extrañamente satisfactoria.

Quinn entró sin golpear, encendió la luz con eficiencia brutal desde la oscuridad total hasta la iluminación más completa.

- ¡Ay! - Mark retrocedió, y levantó las manos sobre los ojos. Arrancado de un sueño incómodo, rodó en la cama. Parpadeó, mirando el crono en la pared. Quinn había venido medio ciclo diurna antes de lo esperado. Si estaban llegando a la órbita de Komarr, eso quería decir que las naves Dendarii habían acelerado al máximo. *Socorro*.

- Levántate - dijo Quinn. Arrugó la nariz -. Lávate. Ponte este uniforme. - Dejó algo verde bosque con brillos dorados al pie de la cama. Por el tono utilizado por la capitana, él había esperado que le tirara las cosas a la cara, pero por el cuidado con que las trató, dedujo que el uniforme era de Miles.

- Me voy a levantar - dijo -. Y voy a lavarme. Pero no voy a ponerme ese uniforme.

- Harás lo que se te diga.

- Ése es un uniforme oficial de Barrayar. Representa poder real y lo cuidan de la misma forma. Y cuelgan a la gente que usa uniformes como ése sin tener derecho a ello.- Apartó las sábanas y se sentó. Estaba un poco mareado.

- ¡Oh, dioses! - dijo Quinn, la voz ahogada -. ¿Qué te has hecho?

- Supongo - aceptó él - que todavía puede intentar meterme en el uniforme, pero tal vez

quiera considerar un poco el aspecto que voy a tener. - Se tambaleó hacia el baño.

Mientras se lavaba y depilaba, hizo un inventario de los resultados de su intento de escape. No había habido tiempo suficiente. Ciertamente, había vuelto a tener los kilos de que gozaba antes de ponerse a hacer de almirante Miles Naismith en Escobar, más alguno que otro extra, y en unos catorce días en lugar del año que le había costado perderlos. Tenía un rostro con doble papada. El torso estaba más grueso, y el abdomen distendido y doloroso. Se movió con cuidado frente al espejo. *No es suficiente, no basta para estar a salvo.*

Como Quinn era Quinn, tuvo que convencerse y trató de ponerle el uniforme verde de Barrayar. Él tuvo buen cuidado en acentuar la panza y el efecto fue muy... muy antimilitar. Ella se dio por vencida, furiosa, y lo dejó que eligiera la ropa. Él se decidió por pantalones de nave limpios, sandalias de fricción suaves y una túnica civil barrayarana con grandes mangas y un cinturón bordado. Pensó un momento si a Quinn le molestaría más ver el cinturón sobre el vientre inflado, como un ecuador, o debajo, como un sostén. A juzgar por su expresión avinagrada era peor debajo, y así se lo dejó.

Ella se dio cuenta de su intención.

- Qué, ¿lo estás pasando bien? - preguntó sarcástica.

- Es la última diversión que voy a tener hoy, ¿verdad?

Ella abrió la mano, como dándole la razón.

- ¿Adónde me llevan? ¿Y dónde estamos?

- Órbita de Komarr. Estamos a punto de subir a un vehivaina hacia una de las estaciones militares de Barrayar. Es una reunión secreta con el jefe de Seguridad Imperial, el capitán Simon Illyan. Vino por correo rápido desde el cuartel general de SegImp en Barrayar a raíz de un mensaje en código bastante ambiguo que le mandé, y va a estar muy cabreado porque interrumpimos su rutina. Va a querer saber a qué vienen tantas prisas. Y - la voz de ella tembló un poco - se lo voy a tener que explicar.

Lo sacó del camarote y caminaron por el *Peregrine*. Era evidente que ella había despedido al guardia, pero todos los pasillos parecían desiertos. No, no desiertos. Evacuados.

Llegaron a la compuerta de los vehivainas personales y se agacharon para entrar en uno. La capitana Bothari-Jesek estaba en los controles. Bothari-Jesek y nadie más. Una reunión realmente privada.

La habitual frialdad de Bothari-Jesek parecía aún mayor esa mañana. Cuando miró por encima del hombro, se quedó atónita al ver su aspecto, inflado y pálido.

- ¡Mierda, Mark! Pareces un cadáver ahogado que acaba de salir a la superficie después de una semana.

*Así me siento.*

- Gracias - entonó él sin enojarse.

Ella hizo un ruido con la nariz que podría haber sido diversión, asco o desprecio y volvió a la interfase de control del vehivaina.

Con la compuerta sellada, los ganchos sueltos, salieron en silencio hacia el espacio desde el costado del *Peregrine*. Entre la gravedad cero y las aceleraciones, él descubrió que tenía que poner toda su atención en su estómago y trago con fuerza para dominar la náusea.

- ¿Por qué tiene rango de capitán el jefe de SegImp? - preguntó, para dejar de pensar en el asco que sentía -. No puede ser por el secreto, todo el mundo sabe quién es él. Y capitán me parece un rango menor.

- Otra tradición de Barrayar - dijo Bothari-Jesek. El tono puso algo amargo en la palabra *tradición*, pero por lo menos le dirigía la palabra -. El predecesor de Illyan en el puesto, el gran capitán Negri, nunca pasó de capitán. Ese tipo de ambición era irrelevante para el Familiar del Emperador Ezar. Todo el mundo sabía que Negri hablaba con la Voz del Emperador, y sus órdenes atravesaban todos los rangos. Illyan... supongo que siempre ha

sentido vergüenza de recibir una promoción mayor al rango de su ex jefe. Pero tiene un sueldo de vicealmirante, eso sí. Y sea quien sea el pobre diablo que ocupe su puesto cuando él se retire, seguramente quedará como capitán para siempre.

Se acercaban a una estación orbital de tamaño mediano en el espacio superior. Mark vio finalmente a Komarr, girando abajo, encogido y cambiado en media luna por la distancia. Bothari-Jesek se mantenía estrictamente en la ruta de vuelo que le asignaba un control de tránsito extremadamente lacónico. Después de una pausa tensa, mientras intercambiaban códigos y contraseñas, la dejaron pasar a un muelle determinado.

Los recibieron dos guardias armados, silenciosos, inexpresivos, muy acicalados en sus uniformes verdes barrayeranos. Los llevaron a través de la estación hacia una habitación sin ventanas, con muebles de oficina, un escritorio con comuconsola, tres asientos fijos y nada más.

- Gracias - dijo el hombre que estaba detrás del escritorio, despidiendo a los hombres. Los guardias partieron con el mismo silencio que habían mantenido hasta entonces.

Cuando estuvo solo, el hombre pareció relajarse un poco. Hizo un gesto hacia Bothari-Jesek.

- Hola, Elena. Me alegro de verte. - La voz aguda tenía un timbre extrañamente cálido, como un tío que saluda a su sobrina predilecta.

El resto de él era lo que Mark había estudiado en los vídeos de Galen, ni más ni menos: un hombre pequeño, maduro ya, con el gris ascendiéndole en marea desde las sienes por el cabello castaño. Una cara redonda con la nariz chata demasiado llena de líneas pequeñas para parecer joven. En ese edificio militar usaba uniforme de descanso verde e insignias de oficial como las que Quinn había querido ponerle a Mark, con la banda del ojo de Horus de Seguridad Imperial en el cuello.

Mark se dio cuenta de que Illyan le estaba mirando con los ojos empañados en lágrimas.

- Dios mío, Miles, yo... - empezó a decir con voz estrangulada; luego la cara se le iluminó de pronto. Se sentó otra vez en la silla e hizo un gesto con la boca -. Lord Mark, saludos de su señora madre. Y estoy muy contento de encontrarlo por fin. - Sonaba perfectamente sincero.

*No por mucho tiempo, pensó Mark sin esperanzas. Y: ¿Lord Mark? No puede ser en serio...*

- También me alegro de saber dónde se encuentra usted de nuevo. Supongo, capitana Quinn, que le llegó el mensaje de mi departamento sobre la desaparición de Lord Mark en la Tierra, ¿no es así?

- No, aún no. Seguramente sigue persiguiéndonos desde... nuestra última parada.

Las cejas de Illyan se alzaron en su cara.

- ¿Lord Mark vino solo desde el frío o me lo envía mi antiguo subordinado?

- Ninguna de las dos cosas, señor. - Quinn parecía tener problemas para hablar. Bothari-Jesek ni siquiera lo intentaba.

Illyan se inclinó hacia delante, más serio de pronto, aunque con cierta leve ironía en el rostro.

- Bueno, ¿qué engaño les mandó que me contaran para hacerme pagar esta vez?

- No hay engaño, señor - musitó Quinn -. Pero la cuenta va a ser grande.

El aire frío e irónico desapareció por completo de su rostro cuando Illyan estudió la cara gris de la capitana.

- ¿Sí? - dijo, después de un momento.

Quinn se apoyó con ambas manos sobre la mesa, no por énfasis, supuso Mark, sino para sostenerse en algo.

- Illyan, tenemos un problema. Miles está muerto.

Illyan se quedó pálido como la cera, y de pronto volvió el asiento hacia otro lado. Mark sólo le veía la nuca. Tenía el cabello muy fino.

Cuando se volvió de nuevo, las líneas le resaltaban en la cara como en un negativo, como cicatrices.

- Eso no es un problema, Quinn - susurró -. Eso es un *desastre*. - Puso con mucho cuidado las manos planas, sobre la superficie negra y suave del escritorio. *Así que de ahí sacó Miles ese gesto*, pensó Mark inoportunamente al observarlo.

- Está congelado en una crío-cámara. - Quinn se lamió los labios secos.

Illyan cerró los ojos y su boca se movió en maldiciones o plegarias, Mark no estaba seguro. Pero se limitó a decir, con voz tranquila:

- Podría habérmelo dicho desde el principio. El resto hubiera sido deducción lógica. - Abrió los ojos, llenos de intensidad -. ¿Qué pasó? Las heridas, ¿cómo eran? Supongo que no serían en la cabeza. ¿Lo prepararon bien?

- Yo ayudé en la preparación. En condiciones de combate. Yo... *creo* que estuvo bien. No se sabe hasta que... bueno. La herida en el pecho era muy mala. Por lo que pude ver, nada del cuello para arriba.

Illyan respiró con cuidado.

- Tiene razón, capitana Quinn. No es un desastre. Sólo un problema. Voy a alertar al Hospital Militar Imperial de Vorbarr Sultana para que esperen al paciente estrella. Podemos transferir la crío-cámara de la nave al primer correo rápido inmediatamente. - ¿Tartamudeaba el hombre un poquito aliviado?

- Ah... - dijo Quinn -. No.

Illyan apoyó la cabeza sobre la mano, como si empezara a sentir un dolor de cabeza detrás de los ojos.

- Termina, Quinn - dijo con un tono de miedo reprimido.

- Perdimos la crío-cámara.

- ¿Cómo se puede perder una crío-cámara?

- Era portátil. - Ella interceptó la mirada ardiente y se apresuró a seguir informando -. La dejaron en medio del combate. Eran dos grupos de transbordadores y cada uno pensó que la tenía el otro. Fue un error de comunicación. Yo lo controlé, eso lo juro. El tecnomed a cargo de la crío-cámara quedó separado de su transbordador, lo cercaron fuerzas enemigas. Y tuvo acceso a una máquina de envíos, comercial. Creemos que la mandó desde allí.

- ¿*Creen*? Ahora mismo voy a preguntar en *qué* misión de combate fue todo esto. ¿Adónde la mandó?

- Ése es el problema. No lo sabemos. Murió antes de informar. La crío-cámara podría estar en camino hacia cualquier sitio, literalmente.

Illyan volvió a sentarse y se frotó los labios, que estaban fijos en una sonrisa leve, impresionante.

- Ya veo. ¿Y esto pasó cuándo? ¿Y dónde?

- Hace dos semanas y tres días, en Jackson's Whole.

- Yo los mandé a Illyrica, vía Estación Vega. ¿Cómo diablos fueron a parar a Jackson's Whole?

Quinn estaba de pie en posición de descanso y lo explicó todo en tono duro: una breve sinopsis de los hechos ocurridos en esas últimas cuatro semanas, empezando por Escobar.

- Tengo un informe completo con todas las grabaciones de vídeo y el archivo personal de Miles, señor. - Dejó un cubo de datos sobre la comuconsola.

Illyan lo miró como una víbora, sin adelantar la mano.

- ¿Y los cuarenta y nueve clones?

*Mis clones*. ¿Qué haría Illyan con ellos? Mark no se atrevía a preguntar.

- El archivo personal de Miles suele ser bastante inútil, según mi experiencia personal - observó Illyan con voz distante -. Es muy astuto en cuanto a qué cosas debe olvidar. - Permaneció un rato pensativo y en silencio. Luego se levantó y caminó de un lado a otro

en la diminuta oficina. La fachada fría se deshizo sin previo aviso: se volvió con la cara contorsionada, y golpeó con el puño sobre la pared con fuerza de gigante, gritando -: ¡Mierda con ese chico por convertir en una farsa su propio funeral!

Se quedó de pie sin mirarlos, de espaldas. Cuando se volvió de nuevo, tenía una expresión dura y vacía. Levantó la vista y esta vez se dirigió a Bothari-Jesek.

- Elena. Está claro que voy a tener que quedarme aquí en Komarr por el momento. Alguien tiene que coordinar la búsqueda desde el Cuartel General de Seglmp para asuntos galácticos. No puedo perder otros cinco días de viaje entre este momento y la acción. Por supuesto... voy a redactar el informe de perdido-en-acción para Lord Vorkosigan y mandárselo al conde y a la condesa Vorkosigan. Me molesta terriblemente que lo lleve un subordinado pero no veo otra solución. ¿Me harías el favor personal de escoltar a Lord Mark a Vorbarr Sultana y entregarlo a su custodia?

*No, no, no*, gritaba Mark por dentro.

- Pre... preferiría no ir a Barrayar, señor.

- El Primer Ministro tendrá preguntas que sólo puede contestar un testigo directo. Tú eres la mensajera más cercana al ideal que puedo imaginarme para asuntos de... tanta delicadeza. Tan complejos. Va a ser una tarea dolorosa.

Bothari-Jesek parecía atrapada.

- Señor, soy capitana senior. No estoy libre, no puedo dejar el *Peregrine*. Y... francamente... no tengo muchas ganas de escoltar a Lord Mark.

- Estoy dispuesto a darte lo que me pidas a cambio.

Ella dudó:

- ¿Cualquier cosa?

Él asintió.

Ella echó una mirada a Mark.

- Di mi palabra de que dejaríamos a esos clones de la Casa Bharaputra, a todos, en un lugar seguro, humano, donde no puedan llegar los jacksonianos. ¿Puede usted cumplir mi palabra por mí?

Illyan se mordió el labio.

- Seglmp les puede dar identidades con facilidad, sí. Ahí no hay problemas. Lo del lugar puede ser más complicado. Pero sí, yo me ocupo.

*Yo me ocupo*. ¿Qué quería decir Illyan? A pesar de todos sus defectos, los barrayaranos no practicaban la esclavitud.

- Son niños - estalló Mark -. Acuérdense de que son sólo niños. - *Es difícil acordarse*, hubiera querido agregar, pero no pudo. Vio los ojos fríos de Bothari-Jesek.

- Entonces, voy a pedirle consejo a la condesa Vorkosigan. ¿Alguna otra cosa? - dijo Illyan desviando la mirada.

- El *Peregrine* y el *Ariel*...

- Deben quedarse en Komarr por el momento, en la órbita. En cuarentena de comunicaciones. Mis disculpas a sus tropas, pero así debe ser.

- ¿Y va a cubrir los costos de este lío?

Illyan hizo una mueca.

- Por desgracia, sí.

- ¿Y... y buscar en serio a Miles?

- Ah, sí - jadeó él.

- Entonces, voy - dijo con un tono de voz muy débil y la cara muy pálida.

- Gracias. Mi correo rápido estará a tu disposición en cuanto estés lista para salir. - Illyan puso los ojos en Mark, sin ganas. Había estado evitándolo durante toda la última parte de la entrevista -. ¿Cuántos guardias personales quieres? - le preguntó a Bothari-Jesek -. Voy a dejar bien claro que están bajo tus órdenes hasta que veas al conde.

- No necesito a nadie, pero voy a tener que dormir. Dos - decidió Bothari-Jesek.

Así que era oficialmente prisionero del gobierno imperial de Barrayar, pensó Mark. *EI*

*final del viaje.*

Bothari-Jesek se puso de pie e hizo un gesto a Mark para que hiciera lo mismo.

- Ven. Tengo que buscar algunas cosas en el *Peregrine*. Y explicar al segundo que ahora está al mando y a las tropas lo de quedar confinados en la nave. Treinta minutos.

- Bien. Capitana Quinn, quédese, por favor.

- Sí, señor.

Illyan se puso en pie para acompañar a Bothari-Jesek a la puerta.

- Dile a Aral y a Cordelia... - empezó y luego se detuvo. El tiempo pasó.

- Lo haré - dijo Bothari-Jesek con tranquilidad. Illyan asintió, mudo.

Los sellos de las puertas sisearon de nuevo.

Ella pasó lentamente. Ni siquiera miró hacia atrás para ver si Mark la seguía. Él tuvo que echar a correr cada cinco pasos para no quedarse atrás.

El camarote a bordo del correo era todavía más pequeño y más parecido a una celda que el que había ocupado en el *Peregrine*. Bothari-Jesek lo encerró y lo dejó solo. Ni siquiera había un marcador de tiempo, ni el contacto humano limitado de las tres raciones por día: el camarote tenía su propio dispensador de comida por computadora, conectado a un depósito central por vías neumáticas. Él comía de una manera compulsiva, y ya no estaba seguro de lo que significaba para él, excepto una mezcla de comodidad y autodestrucción. Pero la muerte por complicaciones debidas a la obesidad tardaba muchos años y él sólo tenía cinco días.

En el último día su cuerpo cambió de estrategia, y se encontró muy mal.

Se las arregló para mantenerlo en secreto hasta el viaje cabeza abajo en el transbordador de personal, donde el guardia de SegImp sorprendentemente comprensivo, lo confundió con el malestar por movimiento en la gravedad cero, ya que él también padecía esos males de vez en cuando. El hombre sacó rápidamente un apósito antináusea, buscándolo en el equipo médico que estaba en la pared, al lado del cuello de Mark.

El apósito también tuvo un efecto sedante. El latido del corazón de Mark se hizo más lento, efecto que duró hasta que aterrizaron y los transfirieron a un coche de superficie cerrado. Un guardia y un conductor se sentaron en el comportamiento de delante y Mark se sentó frente a Bothari-Jesek en el otro para el último tramo de ese viaje de pesadilla, del puerto de transbordadores militares en las afueras de la capital hasta el corazón de Vorbarr Sultana. El centro del Imperio de Barrayar. Pero sólo cuando él empezó a tener algo parecido al asma bronquial, Bothari-Jesek salió de su concentración y se lo quedó mirando.

- ¿Qué diablos te pasa? - Se inclinó hacia adelante y le tomó el pulso, que era muy rápido. Estaba transpirado de arriba a abajo.

- Enfermo - jadeó él y luego, cuando vio en los ojos de ella de-eso-ya-me-di-cuenta-yo-sola, admitió: - Asustado. - Pensó que nunca podría estar más asustado que en medio del fuego de Bharaputra pero eso no era nada comparado con ese terror lento, esa impotencia sofocante para influir en su propio destino.

- ¿De qué puedes tener miedo? - se burló ella -. Nadie te va a hacer nada.

- Capitana, van a matarme.

- ¿Quiénes? ¿Lord Aral y Lady Cordelia? Difícil. Si por alguna razón no recuperamos a Miles, tú podrías ser el próximo Lord Vorkosigan. Seguramente ya lo has pensado.

En ese punto, él satisfizo una curiosidad muy antigua: cuando se desmayó, su aliento volvió a empezar, automáticamente, como esperaba. Parpadeó para librarse de una niebla negra y se libró del intento alarmado de Bothari-Jesek de soltarle la ropa y controlar que no se tragara la lengua. Ella se había metido en el bolsillo algunas muestras del anti-náuseas del transbordador, por si acaso, y le mostró una, sin decidirse. Él hizo un gesto para que se lo aplicara. Ayudó un poco.



- ¿Quién te crees que son? - le preguntó ella, furiosa, cuando la respiración de él se hizo más irregular.

- No sé. Pero le aseguro que van a estar furiosos conmigo, desde luego.

Lo peor era pensar que podría no haber sido tan malo. En cualquier momento anterior a la debacle de Jackson's Whole, él podría haber entrado por la puerta para saludar, por lo menos en teoría. Pero había querido entrar con sus propios términos en la mano. Algo así como tratar de atacar el paraíso. El intento por hacerlo mejor había arruinado todo; ahora todo era infinitamente más duro.

Ella se sentó y lo miró con una expresión levemente confundida.

- Realmente tienes miedo de morir, ¿eh? - dijo en un tono de revelación que a él le produjo ganas de chillar -. Mark, mira, Lord Aral y Lady Cordelia te ofrecen el beneficio de la duda, siempre. Tú lo sabes. Pero tienes que poner algo de tu parte.

- ¿Cuál es mi parte?

- No... no estoy segura - admitió ella.

- Gracias. Eres una gran ayuda...

Y luego, ahí estaban. El coche de superficie giró a través de una serie de portones hacia la entrada estrecha de una enorme residencia de piedra. Era un diseño pre-eléctrico de la Era del Aislamiento y le daba al lugar un aire de antigüedad fabuloso. Sí, tenía que ser eso, decidió Mark. La arquitectura semejante que había visto en Londres tenía más de un milenio, aunque ésta no tuviera más de ciento cincuenta años. La Casa Vorkosigan.

Se levantó el techo y salió tambaleándose del coche de superficie detrás de Bothari-Jesek. Esta vez, ella lo esperó. Lo cogió por el brazo, tal vez preocupada por él, tal vez porque tenía miedo de que se escapara. Caminaron a través de la luz del sol, tibia y dulce, hacia la oscuridad fresca de un gran vestíbulo de entrada con un suelo de piedras blancas y negras frente a la curva de una impresionante escalera. ¿Cuántas veces habría pasado Miles por ese umbral?

Bothari-Jesek parecía la enviada de un agente del mal en un cuento de hadas: se había llevado al bienamado Miles y lo había reemplazado por ese sustituto regordete y pálido. Él ahogó una risita histérica cuando el sardónico cómico de su cabeza le dijo: *Hola, mamá, hola papá, ya he vuelto...* Seguramente el agente del mal era él mismo.

12

Un par de sirvientes con la librea marrón y plata de los Vorkosigan los esperaba en el vestíbulo de entrada. En la casa de un alto Vor, hasta los que trabajaban en mantenimiento jugaban a ser soldaditos de uniforme. Uno de ellos se llevó a Bothari-Jesek hacia la derecha. Mark se hubiera echado a llorar. Ella lo despreciaba, pero por lo menos le resultaba familiar. Despojado de apoyo y mucho más solo que cuando estaba encerrado en la oscuridad de su camarote, se volvió para seguir al otro sirviente hacia la izquierda, a través de un vestíbulo abovedado hacia un par de grandes puertas.

Había memorizado la Casa Vorkosigan bajo la tutela de Galen, hacía ya mucho, y sabía que iban a una sala que se solía llamar el Primer Salón, una antecámara de la gran biblioteca que iba desde el frente de la casa hasta la salida posterior y que ocupaba todo el largo del edificio. Si se comparaba con las habitaciones públicas de la Casa Vorkosigan, era una sala relativamente íntima, aunque el techo alto parecía darle una austeridad fría, un aire de desaprobación. Inmediatamente dejó de prestar atención a los detalles arquitectónicos cuando vio a la mujer sentada en un sofá mullido, esperándolo en silencio.

Era alta, ni delgada ni gorda, con un cuerpo de mediana edad. El cabello rojo salpicado de gris entretejido en un moño extraño en la parte posterior de la cabeza dejaba a la vista los rasgos del rostro, los pómulos, la línea del mentón, los ojos gris claro. La postura era

contenida, más en equilibrio que en descanso. Llevaba puesta una blusa suave y sedosa de color beige, un fajín bordado a mano con un diseño que era igual al que él había robado, una falda larga color tostado hasta los tobillos y borceguíes. Ni una joya. Él había esperado algo más ostentoso, más elaborado, más aterrador: el icono formal de la condesa Vorkosigan en los vídeos de las recepciones y los actos oficiales. ¿O era que el sentido de poder de esa mujer estaba tan bien contenido que no necesitaba usarlo, se limitaba a *ser* ese sentido, simplemente? No veía ningún parecido físico entre ella y él. Bueno, tal vez el color de los ojos. Y la palidez de la piel. Y el puente de la nariz. La línea del mentón tenía cierta congruencia que no aparecía en los vídeos...

- Lord Mark Vorkosigan, milady - anunció el hombre que lo había acompañado, portentosamente. Mark se encogió.

- Gracias, Pym. - Ella hizo un gesto hacia el sirviente para despedirlo. El hombre de la librea disimuló muy bien su curiosidad de hombre de mediana edad, salvo por una rápida mirada hacia atrás antes de cerrar las puertas y retirarse.

- Hola, Mark. - La voz de la condesa Vorkosigan era la de una contralto y muy suave también -. Por favor, siéntate. - Hizo un gesto hacia un sillón que formaba ángulo con su sofá. No parecía dispuesto para cerrarse a su alrededor y aprisionarlo y no se hallaba demasiado cerca de la condesa, así que se dejó caer en él, excitado. Cosa extraña, el sillón no era demasiado alto para sus pies. Las plantas le llegaban al suelo. ¿Sería de Miles?

- Me alegro de conocerte por fin - afirmó ella -. Aunque lamento que las circunstancias sean tan desagradables.

- Yo también - musitó él. ¿También se alegraba o también lo lamentaba? ¿Y quiénes eran esos dos que se hablaban así, mintiéndose amablemente sobre penas y alegrías? ¿*Quiénes somos, señora?* Miró a su alrededor, con miedo, buscando al Carnicero de Komarr... -. ¿Dónde está... su esposo?

- Oficialmente, está saludando a Elena. En realidad se asustó y me mandó a la primera línea. No es típico de él.

- No... no entiendo, milady. - No sabía cómo llamarla.

- Hace dos días que toma medicamentos para el estómago en cantidades industriales... Tienes que entender la forma en que se ha estado filtrando la información desde nuestro punto de vista. La primera vez que supimos que algo andaba mal fue hace cuatro días, cuando llegó un oficial de correo del Cuartel General de Seglmp con un breve mensaje de Illyan diciendo que Miles había desaparecido en acción y que seguían los detalles en otro mensaje. Al principio no pensamos que fuera necesario asustarse. Miles ya había desaparecido con anterioridad, a veces durante períodos bastante largos. Pero cuando llegó la transmisión completa de Illyan y la decodificaron, varias horas después, además de la noticia de que venías hacia aquí, las cosas fueron más claras. Tuvimos tres días para pensarlo.

Él se quedó sentado, en silencio, luchando con la idea de que el gran Almirante Conde Vorkosigan, el temido Carnicero de Komarr, ese monstruo corpulento y sombrío, pudiera tener un punto de vista, al margen de que los mortales de baja estofa como él, pudiera comprenderlo.

- Illyan nunca evita las palabras - siguió diciendo la condesa - pero consiguió redactar todo ese informe sin usar ni una sola vez la palabra «muerto», «lo mataron» o cualquier otro sinónimo. Los informes médicos sugieren otra cosa, ¿me equivoco?

- Mmm... el crío-tratamiento parecía un éxito. - ¿Qué quería esa mujer de él?

- Y por lo tanto, estamos enredados en un limbo emocional y legal - suspiró ella -. Hubiera sido más fácil si... - Frunció el ceño con fuerza mientras se miraba el regazo. Apretó los puños por primera vez -. Ya me entiendes, vamos a tener en cuenta muchas posibles contingencias, muchas de las cuales tienen que ver contigo. Pero yo no contaría con que Miles esté muerto hasta que está muerto y *podrido*.

Él recordó la marea de sangre sobre el cemento.

- Mmm - dijo, indeciso.

- El hecho de que pudieras hacer de Miles por un tiempo ha sido una gran confusión para algunos. - Lo miró, pensativa -. ¿Dices que los Dendarii te aceptaron?

Él se revolvió en el sillón, consciente de su cuerpo bajo la mirada gris, aguda. Sintió cómo el torso rodaba y se abría bajo la camisa y el fajín de Miles, sintió la tensión de los pantalones apretados.

- Yo... bueno... engordé un poco desde entonces.

- ¿Todos esos kilos? ¿En tres semanas?

- Sí - contestó ruborizado.

Ella alzó una ceja.

- ¿A propósito?

- Digamos...

- Ajá. - Se recostó nuevamente en el sillón. Parecía sorprendida -. Eso fue de una inteligencia increíble.

Él abrió la boca, pero se dio cuenta de que así resaltaba la doble papada y la cerró de nuevo, con rapidez.

- Tu estatus ha desatado todo un debate. Yo voté contra cualquier complot de seguridad para ocultar la situación de Miles, utilizándote como sustituto. En primer lugar, es innecesario. Lord Vorkosigan se va muchos meses, muchas veces al año: su ausencia es más normal que su presencia en estos días. Es estratégicamente mucho más importante establecerte a ti aquí como tú mismo. Lord Mark, si es que realmente eres Lord Mark.

Él tragó saliva. Tenía la garganta seca.

- ¿Tengo alguna alternativa?

- Sí, pero razonada, después de que hayas tenido un tiempo para asimilar todo esto.

- No le creo. No es en serio. Yo soy un clon.

- Yo soy de Colonia Beta - le dijo ella con severidad -. La ley de Beta es muy clara y muy sensata respecto a los clones. Sólo los barrayaranos se sienten perdidos frente a ellos. ¡Ah, los barrayaranos! - Lo pronunció como una mala palabra -. Barrayar no tiene experiencia en el trato con las variantes tecnológicas de la reproducción humana. No tiene antecedentes legales. Y si algo no es *tradición* - puso el mismo tinte amargo en la palabra que él había oído de labios de Bothari-Jesek -, no saben apañárselas.

- ¿Y quién soy yo para usted, como betana? - le preguntó él, fascinado y nervioso.

- Mi hijo o mi hijo-extraído - contestó ella con rapidez -. Sin licencia, pero reclamado por mí como heredero.

- ¿Ésas son las categorías legales reales en su mundo?

- Puedes estar seguro de que sí. Si yo hubiera pedido un clon de Miles, después de conseguir una licencia para bebés, claro está, tú serías mi hijo, y punto. Si Miles como adulto legal hubiera hecho lo mismo, sería tu padre legal y yo sería tu madre-extraída y tendría derechos y obligaciones en cuanto a las relaciones contigo, más o menos las mismas que tienen los abuelos. Miles, por supuesto, no era adulto legal cuando hicieron la clonación y yo no pedí licencia para tenerte. Si todavía fueras menor, él y yo podríamos ir a ver al Adjudicador para que decidiera lo que te conviene. Por supuesto que ya no eres menor ni para la ley betana ni para Barrayar. - Suspiró -. Ya ha pasado el tiempo de la custodia legal. Eso se perdió para siempre. La herencia de propiedad se va a enredar en las confusiones legales de Barrayar. Aral te explicará la ley barrayarana por costumbre o falta de esa ley cuando llegue el momento. Pero aunque ya te lo hubiera hecho, quedaría la relación emocional.

- ¿Tenemos una? - preguntó él con cuidado. Sus dos grandes miedos, que ella sacara un arma y lo matara o que se le echara encima en un paroxismo totalmente inapropiado de afecto maternal, se desvanecía poco a poco. Le faltaba enfrentarse a ese misterio de

voz tranquila.

- Sí, pero no sabemos qué es exactamente. Tenemos que descubrirlo. Pero quiero que pienses esto. La mitad de mis genes están en tu cuerpo y mi genoma del yo está muy preprogramado por la evolución para buscar a sus copias. La otra mitad es copia del hombre al que más admiro en todos los mundos y todos los tiempos, así que me interesas dos veces. La combinación artística de los dos, digamos, me llama la atención. Mucho.

Esto parecía tener sentido, era lógico y no había ninguna amenaza. Mark se dio cuenta de que se le estaba asentando el estómago, y por primera vez desde la órbita planetaria tuvo hambre.

- Pero lo que haya entre tú y yo no tiene nada que ver con lo que haya entre tú y Barrayar. Eso es departamento de Aral, y él va a tener que hablar por sí mismo. Todo está sin decidir excepto una cosa. Mientras estés aquí, eres tú mismo, Mark, el hermano gemelo de Miles, seis años menor que él, y no una imitación o un sustituto. Así que cuanto más consigas establecer una imagen distinta de la de Miles, desde el principio, tanto mejor.

- Oh, muchas gracias.

- Sospecho que eso ya lo has entendido. Bien, estamos de acuerdo. Pero ser no-Miles no es más que el inverso de ser una imitación de Miles. Quiero saber quién es Mark.

- Señor... eso no lo sé. - Su honestidad, estimulada, tenía un ribete de angustia.

Ella le observaba, con sabiduría.

- Hay tiempo - dijo ella con calma -. Miles... quería que estuvieras aquí, ya lo sabes. Hablaba de enseñarte todo. Se imaginaba enseñándote a montar a caballo. - Tembló involuntariamente de arriba a abajo.

- Galen intentó que aprendiera eso, en Londres - recordó Mark -. Era tremendamente caro y yo no era bueno, así que finalmente me dijo que evitara los caballos cuando llegara aquí.

- ¿Ah, sí? - El rostro de ella pareció iluminarse de pronto -. Bueno, Miles tiene... tenía... tiene... esas ideas infantiles sobre los hermanos. Yo tengo uno, así que no tengo tantas ilusiones. - Se detuvo, miró la habitación y se inclinó hacia adelante con un aire bruscamente confidencial, bajando la voz -. En Colonia Beta tienes un tío, una abuela y dos primos, y en Barrayar me tienes a mí, a Aral y a tu primo Ivan. Acuérdate: tienes más de una opción. Yo ya le di un hijo a Barrayar. Y hace veintiocho años que veo cómo Barrayar trata de destruirlo. Tal vez Barrayar ya tuvo su turno.

- Ivan no está aquí, ¿verdad? - preguntó Mark horrorizado.

- No, no está en la Casa Vorkosigan, si eso es lo que quieres decir. Está en Vorbarr Sultana, asignado al Servicio Imperial en Cuarteles Generales. Tal vez - se le encendieron los ojos, pensando -, tal vez él pueda llevarte a ver lo que quería mostrarte Miles.

- Tal vez Ivan esté enojado conmigo por lo que le hice en Londres - dijo nervioso.

- Ya se le habrá olvidado - aventuró la condesa, confiada -. Tengo que admitir que Miles hubiera disfrutado mucho inquietando a la gente contigo.

Un rasgo que Miles había heredado de su madre, eso era claro.

- Hace tres décadas que vivo en Barrayar - musitó ella -. Hemos recorrido un largo camino... Y sin embargo, falta tanto... Hasta la voluntad de Aral se está cansando. Tal vez no se puede hacer todo en una generación. En mi opinión es hora de cambiar de guardia... bueno...

Él se acomodó por primera vez en el sillón, observando y escuchando en lugar de encogerse y esperar el golpe. Una aliada. Parecía que tenía una aliada, aunque todavía no estaba seguro del motivo. Galen no había pasado demasiado tiempo enseñándole cómo era la condesa Cordelia Vorkosigan porque estaba totalmente obsesionado con su viejo enemigo, el Carnicero. Al parecer, Galen la había subestimado, craso error. Ella había sobrevivido veintinueve años allí... ¿podría él hacer lo mismo? Por primera vez, le pareció humanamente posible.

Un golpe breve en las dos puertas del pasillo. Cuando la condesa dio su autorización, se abrieron parcialmente y un hombre metió la cabeza por el marco y le ofreció una sonrisa tensa.

- ¿Ya puedo entrar, mi querida capitana?

- Sí, creo que sí - dijo la condesa Vorkosigan.

Él se escabulló entre las puertas y cerró de nuevo. A Mark se le hizo un nudo en la garganta: tragó saliva y jadeó, tragó y jadeó, pero le resultaba extraordinariamente difícil controlarse. *No*, no iba a desmayarse frente a ese hombre. Ni a vomitar. De todos modos, no tenía más que una cucharadita de bilis en el estómago. Era él, sin duda alguna, el Primer Ministro Almirante Conde Aral Vorkosigan, antiguo Regente del Imperio de Barrayar y dictador de facto de otros tres mundos, conquistador de Komarr, genio militar, mente maestra en política... acusado de asesinato, torturas, locura, demasiadas cosas imposibles como para caber en esa forma robusta que se acercaba a Mark a grandes zancadas.

Mark había estudiado vídeos de él en todas las edades: tal vez no era extraño que su primer pensamiento coherente fuera *Parece más viejo*. El conde Vorkosigan era diez años estándar mayor que se esposa betana pero parecía que le llevara veinte o treinta. El tono gris del cabello era más blanco que el de los vídeos de hacía dos años. Era bajo para un barrayarano, de la misma altura que la condesa. Tenía la cara pesada, grande, cansada. Usaba unos pantalones verdes de uniforme pero no chaqueta, sólo la camisa color crema con las mangas largas enrolladas, abierta en el cuello redondo lo cual, si era un intento por parecer informal, no lo conseguía en absoluto. La tensión de la sala había subido a niveles de asfixia con su entrada.

- Elena ya se ha acomodado - informó, sentándose junto a la condesa. Su postura era abierta, las manos sobre las rodillas, pero no se reclinó, no estaba cómodo -. La visita parece estar removiéndole viejos recuerdos, me parece que más de los que puede soportar, creo. Está... perturbada.

- Voy a hablar con ella dentro de un ratito - prometió la condesa.

- Bien. - Los ojos del conde hicieron un inventario de Mark. ¿Intrigado? ¿Asqueado? -. Bueno. - El diplomático práctico, cuyo trabajo consistía en llevar a tres planetas distintos por el camino del progreso sólo con la palabra, estaba sentado allí, mudo, perdido, como si no fuera capaz de dirigirse a Mark directamente. En lugar de hacerlo, se volvió hacia su esposa -: ¿Y él pasó por Miles?

Un brillo divertido apreció en los ojos de la condesa Vorkosigan.

- Está más gordo ahora - dijo simplemente.

- Ya veo.

El silencio se extendió durante unos segundos.

Mark estalló de pronto:

- Lo primero que tenía que hacer en cuanto lo viera a usted era tratar de matarlo.

- Sí, lo sé. - El conde Vorkosigan se había acomodado en el sofá, con los ojos puestos en el rostro de Mark. Por fin.

- Me hicieron practicar como veinte maneras diferentes de hacerlo. Lo practiqué tanto que podía hacerlo estando dormido. El primero era poner un apósito cutáneo con una toxina paralizante que en la autopsia semejaba un ataque al corazón. Tenía que quedarme solo con usted, tocarlo en cualquier lugar del cuerpo que pudiera alcanzar. Era lenta para ser droga de asesinos. Mientras usted se moría, yo tenía que esperar, mirarlo, quedarme cerca y no decir jamás que no era Miles.

El conde sonrió con amargura.

- Ya veo. Una buena venganza. Muy artística. Y habría funcionado.

- Como nuevo conde Vorkosigan, debía intentar llevar al Imperio a una nueva guerra.

- Eso habría fracasado. Ser Galen lo sabía. Él quería que fracasara: en el caos del fracaso, Komarr se rebelaría. Eso quería. Tú serías otro Vorkosigan sacrificado. -

Realmente parecía más cómodo, más profesional discutiendo esos grotescos complots.

- Matarlo a usted era la única razón de mi existencia, de que hubiera soportado todos esos años con Galen. Hace dos años estaba listo para hacerlo.

- Tranquilo - le aconsejó la condesa -. La mayor parte de la gente existe sin ningún tipo de razón.

- Seglmp reunió mucha documentación sobre ti cuando se supo lo del complot - hizo notar el conde -. Desde el momento en que fuiste un brillo enloquecido en los sueños de Galen hasta el último añadido sobre tu desaparición en la Tierra hace dos meses. Pero no hay nada en la documentación que sugiera que tu... tu última aventura en Jackson's Whole fuera algún tipo de programa que te hicieron junto con el proyecto de mi asesinato... ¿De dónde salió eso? - Había un ligero tono de duda en su voz.

- No, no fue parte del programa - dijo Mark con firmeza -. Sufrí bastante con Galen y lo sé. La programación es algo que se nota, sobre todo si se hace como lo hizo Galen.

- No estoy de acuerdo - dijo la condesa Vorkosigan inesperadamente -. Sí que te prepararon para lo de Jackson's Whole. Pero claro que no fue Galen.

El conde levantó las cejas: una pregunta sin palabras.

- Lamento decirlo que fue Miles - explicó ella -. Sin darse cuenta, por supuesto.

- No lo veo - dijo el conde.

Mark hubiera dicho lo mismo pero se limitó a aclarar:

- Yo vi a Miles una sola vez, en la Tierra, unos días.

- No estoy seguro de que estés listo para esto, pero ahí va. Tuviste tres modelos de ser humano. Los esclavistas de Jackson, los terroristas de Komarr... y Miles. Miles te *invadió*. Y lo lamento, pero Miles cree que es un caballero andante. Un gobierno racional no le permitiría la posesión de una navaja, mucho menos una flota espacial. Y por lo tanto, Mark, cuando te viste forzado a elegir entre dos males palpables y un lunático... te levantaste y corriste detrás del lunático.

- Creo que Miles hace bien las cosas - objetó el conde.

- ¡Huy! - La condesa enterró un segundo la cabeza entre las manos -. Querido, estamos hablando de un joven en el que Barrayar deposita una tensión tan intolerable, tanto dolor, que le ha obligado a crearse otra personalidad para escapar. Cuando tuvo esa personalidad, convenció a varios miles de mercenarios galácticos para que apoyaran su psicosis y, lo que es más, al Imperio de Barrayar para que pagara todo eso. El almirante Naismith es mucho más que una identidad falsa de Seglmp, y tú lo sabes. Estoy de acuerdo en que es un genio, pero no me digas que está en su sano juicio. - Hizo una pausa -. No, no es justo. La válvula de escape de Miles funciona bien. No voy a tener miedo por su cordura hasta que le separen de ese almirantito. Es un acto increíble de equilibrio, sí. - Echó una mirada a Mark -. Y yo diría que un acto imposible de imitar.

Mark nunca había pensado en Miles como en alguien seriamente loco; siempre le había parecido perfecto. La conversación le estaba inquietando mucho.

- Los Dendarii funcionan bien como brazo encubierto de Seglmp - dijo el conde, que también parecía inquieto -. Espectacularmente bien en algunos casos.

- Claro que sí. No dejarías que Miles se los quedara si no funcionasen, así que él se asegura de que lo hagan. Yo sólo estoy señalando que su función oficial no es la única función que tienen. Y si Miles alguna vez deja de necesitarlos, no va a pasar ni un año antes de que Seglmp encuentre una razón para cortar el lazo. Y todos vosotros vais a creer que lo que hacen tiene lógica.

¿Por qué no le estaban acusando a él? Consiguió el coraje de preguntarlo en voz alta.

- ¿Por qué no me están acusando de matar a Miles?

Con una mirada, la condesa pasó la pregunta a su esposo, que contestó:

- El informe de Illyan decía que le dispararon las tropas de seguridad de Bharaputra. -

¿Contestaba por los dos?

- Pero no habría estado en la línea de fuego si yo no...

El conde Vorkosigan levantó una mano para interrumpirle.

- Si no hubiera querido estar, lo cual fue una tontería. No intentes camuflar tu culpa real asumiendo más culpa de la que te mereces. Yo cometí demasiados errores letales como para engañarme con ése. - Se miró las botas -. También tenemos que ver las cosas con más amplitud. Aunque tu personalidad y tu persona son claramente distinguibles de las de Miles, los hijos que podáis tener ambos serán genéticamente indistinguibles. Tal vez tú no, pero tu hijo puede ser lo que Barrayar necesita.

- Sólo para seguir con el sistema Vor - interrumpió la condesa con voz seca -. Una meta muy dudosa, querido. ¿O es que estás pensando en ti mismo como mentor de los hijos hipotéticos de Miles, algo así como lo que hizo tu padre con él?

- No lo permita Dios - musitó el conde con fervor.

- Ten cuidado con tu propio condicionamiento. - Ella se volvió hacia Mark -. El problema es... - desvió la vista y volvió a mirar -. El problema es que si no podemos recuperar a Miles, no sólo vas a tener que hacer frente a una relación sino a un trabajo. Como mínimo vas a ser responsable del bienestar de un par de millones de personas en tu Distrito; serías la Voz de esas personas en el Consejo de Condes. Es un trabajo para el que Miles recibió entrenamiento desde que nació, literalmente. No estoy segura de que sea posible enviar a un sustituto de último momento.

*Claro que no, por supuesto que no.*

- No sé - dijo el conde, pensativo -. Yo fui un sustituto de ese tipo. Hasta los quince fui el sustituto, no el heredero. Admito que después de que mi hermano mayor muriera asesinado, los hechos hicieron que el cambio de destino me resultara fácil. Todos estábamos tan obsesionados por la venganza en la Guerra del Loco Yuri... Para cuando levanté la vista y volví a respirar, había asimilado por completo el hecho de que algún día iba a ser conde. Aunque no me imaginaba que algún día sería cincuenta años después. Es posible que tú también, Mark, pudieras tener muchos años para estudiar y entrenarte. Pero también es posible que mi título pudiera aterrizar mañana mismo.

El hombre tenía setenta y dos años estándar, apenas maduro para un galáctico, viejo para el duro Barrayar. ¿El conde Aral se había utilizado a sí mismo hasta casi acabarse? Su padre, el conde Piotr había vivido veinte años más que eso, otra vida entera.

- ¿Acaso Barrayar aceptaría un clon como heredero del conde Vorkosigan? - preguntó indeciso.

- Bueno, creo que ya es hora de empezar a desarrollar leyes. El tuyo sería un caso prueba importantísimo. Con suficiente voluntad concentrada, seguramente se lo haríamos tragar...

Mark no lo dudaba.

- Pero empezar una guerra legal me parece prematuro, por lo menos hasta que las cosas se aclaren con respecto a la crío-cámara. Por ahora, la historia pública es que Miles está fuera, en una misión, y tú nos visitas por primera vez. Todo cierto. No necesito destacar que los detalles son secretos.

Mark meneó la cabeza y asintió, aceptando, aturdido.

- ¿Pero es necesario? Supongamos que nunca me hubieran creado y que Miles muriera en acción en alguna parte. Ivan Vorpatril sería su heredero.

- Sí - dijo el conde -, y la Casa Vorkosigan terminaría allí después de once generaciones de descendencia directa.

- ¿Y cuál es el problema?

- El problema es que no es el caso. Tú existes. El problema es... que siempre quise que el hijo de Cordelia fuera mi heredero. Ya sabes que, medida en niveles ordinarios, estamos discutiendo mucha propiedad.

- Pensé que la mayoría de sus tierras ancestrales estaba en la oscuridad después de la destrucción de Vorkosigan Vashnoi.

El conde se encogió de hombros.

- Algo queda. Esta residencia, por ejemplo. Pero no se trata sólo de propiedades; como dice Cordelia, todo eso viene con un trabajo de tiempo completo. Si permitimos que tú seas pretendiente, debes admitir que ese trabajo te pretende a ti.

- Pueden quedarse con todo - dijo Mark con toda sinceridad -. Yo firmo lo que quieran. El conde hizo una mueca.

- Considéralo una orientación, Mark - dijo la condesa -. La gente que tal vez te presentemos estos días va a estar pensando en esas cosas. Necesitas conocer las agendas ocultas de los demás.

El conde se quedó como ensimismado y expulsó lentamente el aire. Cuando volvió a levantar los ojos tenía una cara seria, y Mark se asustó.

- Cierto. Y hay una agenda que no sólo no se confiesa: no puede mencionarse en voz alta. Tienes que conocerla, estar prevenido.

¿Tan prohibida e inenmizable que el conde también tenía dificultades para escupirla?

- ¿Qué es? - preguntó Mark, preocupado.

- Hay... una falsa teoría de la descendencia, una de las seis posibles líneas, que me pone el primero en la línea de sucesores del Imperio de Barrayar, si el emperador Gregor muere sin descendencia.

- Sí - dijo Mark, impaciente -. Claro. Ya lo sé. El complot de Galen pensaba explotar ese argumento legal. Usted, luego Miles, luego Ivan.

- Sí, bueno, ahora yo, después Miles, después tú, después Ivan. Y Miles está... técnicamente... muerto en este momento. Eso me deja a mí entre tú y el puesto. No como una imitación de Miles, como tú mismo, por supuesto.

- Eso es absurdo, *absurdo* - explotó Mark -. Eso es más descabellado que la idea de que yo sea el conde Vorkosigan.

- Aférrate a esa idea - le aconsejó la condesa -. Aférrate a ella y nunca des ninguna señal que les haga pensar lo contrario.

*Estoy entre locos.*

- Si alguien te habla sobre el tema, infórmame a mí, o a Cordelia o a Simon Illyan tan pronto puedas - agregó el conde.

Mark había retrocedido tan adentro de su silla como podía.

- De acuerdo...

- Le estás asustando, querido - hizo notar la condesa.

- En cuanto a ese tema en particular, la paranoia es la clave de la supervivencia - dijo el conde con toda rudeza. Observó a Mark en silencio un momento -. Pareces cansado. Te vamos a llevar a tu habitación. Lávate y descansa un poco.

Se levantaron todos. Mark los siguió hacia el pasillo de baldosas. La condesa hizo un gesto hacia una arcada que conducía hacia abajo por la escalera curvada.

- Voy a tomar el tubo elevador. Quiero ver a Elena.

- Por favor - dijo el conde. Mark lo siguió a la fuerza por las escaleras. Estaba totalmente fuera de forma: dos pisos lo dejaron agotado. Para cuando llegaron al segundo descanso, respiraba como un viejo. El conde se volvió en el vestíbulo del segundo piso.

Mark preguntó con algo de miedo:

- No me estarán metiendo en la habitación de Miles, ¿verdad?

- No. En la mía cuando era pequeño.

Antes de la muerte del primer hermano, seguramente. La habitación del segundo hijo. Eso lo ponía igualmente nervioso, o casi.

- Es una habitación de huéspedes, nada más. - El conde abrió otra puerta de madera que giró sobre sus goznes. Detrás de ella había una habitación soleada. Obviamente muebles de madera hechos a mano, de cierta antigüedad y enorme valor: una cama, dos cómodas; en medio de tanta madera tallada, la consola doméstica que controlaba la iluminación y las ventanas mecanizadas parecía incongruente.

Mark echó una mirada y tropezó con la mirada profunda y llena de preguntas del



conde. Era mil veces peor que la mirada amo-a-Naismith de los Dendarii. Él apretó las manos alrededor de su cabeza y crujió los dientes:

- ¡Miles no está aquí!

- Lo sé - dijo el conde con tranquilidad -. Estaba buscando... buscándome a mí mismo, supongo. Y a Cordelia, y a ti.

Sin poder evitarlo, incómodo, Mark también se buscó en el conde. No estaba seguro. El color del cabello, pero el del cabello de hacía unos años; él y Miles compartían el cabello oscuro que había visto en los vídeos del joven almirante Vorkosigan. Sabía que Aral Vorkosigan era el hijo menor del viejo general conde Piotr Vorkosigan y que el hermano mayor había muerto hacía ya sesenta años. Estaba sorprendido por la forma en que el conde lo recordaba con tanta inmediatez y por la forma en que lo relacionaba con él, con Mark. Era extraño y aterrador. *Yo tenía que matar a ese hombre. Todavía podría hacerlo. No se protege.*

- La gente de Seglmp no me puso pentarrápida... No, ni siquiera eso. ¿No tienen miedo de que todavía esté programado para asesinarles? - ¿O era porque alguien como él no constituía amenaza suficiente?

- Creí que ya habías disparado contra tu imagen paterna una vez. Suficiente catarsis, creo yo. - Una sonrisa divertida cruzó los labios del conde.

Mark recordó la mirada sorprendida de Galen cuando el rayo del destructor le dio en plena cara. Suponía que cualquiera que fuese la cara de Aral Vorkosigan al morir, no sería una cara de sorpresa.

- Según su descripción del asunto, ese día le salvaste la vida a Miles - dijo el conde -. Tomaste partido hace dos años, en la Tierra. Y con mucha eficiencia. Tengo muchos temores respecto a ti, Mark, pero mi muerte en tus manos no es uno de ellos. Tu puntuación no es tan baja con respecto a la de tu hermano. No tanto como crees. Yo diría que vais empatados...

- Progenitor. No hermano - dijo Mark, duro, frío.

- Cordelia y yo somos tus progenitores - dijo el conde con firmeza.

La expresión de Mark fue de rechazo.

El conde se encogió de hombros.

- No sé lo que es Miles, pero sea lo que sea, nosotros lo hicimos. Tal vez haces bien en acercarte a nosotros con cautela. Tal vez tampoco nosotros seamos buenos para ti.

Sintió un terrible anhelo, contenido por un miedo terrible. *Padres*. No estaba seguro de querer padres, tan tarde en la vida. Eran figuras tan enormes... Sintió un extraño deseo de volver a ver a Miles. Alguien de su mismo tamaño, de su edad, alguien con quien poder hablar.

El conde miró otra vez el aposento.

- Pym debería haber arreglado tus cosas.

- No ha traído nada. Sólo lo que tengo puesto... señor. - Era imposible evitar esa palabra.

- Pero tienes que tener algo más para ponerte...

- Lo que traje de la Tierra, lo dejé en un depósito de equipaje de Escobar. Seguramente ya habrá caducado el alquiler y me lo habrán confiscado todo.

El conde lo miró de arriba a abajo.

- Voy a mandar a alguien para que te tome medidas y te confeccione un buen equipo de ropa. Si hubieras venido en otras circunstancias, te enseñaríamos todo. Te presentaríamos a los amigos y parientes. Un recorrido por la ciudad. Te haríamos pruebas de aptitud y estableceríamos planes, planes para tu educación postsecundaria. Ponemos, de todos modos, algo haremos.

¿Una escuela? ¿De qué tipo? Una asignación a una academia militar de Barrayar era algo muy próximo a la idea que Mark tenía del infierno. ¿Podían obligarlo? Había formas de resistirse. Había resistido bien el intento de meterlo dentro de la ropa de Miles.

- Si quieres algo, cualquier cosa, pídeselo a Pym por la consola - lo instruyó el conde. Sirvientes humanos. Qué extraño. El miedo físico que le había recorrido por dentro se estaba desvaneciendo, reemplazado por una ansiedad más informe.

- ¿Puedo comer algo?

- Ah. Por favor, ven a almorzar conmigo y Cordelia dentro de una hora. Pym te llevará al Salón Amarillo.

- Sé dónde está. Un piso abajo, un corredor al sur, la tercera puerta a la derecha.

El conde levantó una ceja.

- Correcto.

- Yo estudié esto, ¿sabe?

- Cierto. Nosotros también te estudiamos a ti. Todos hicimos los deberes.

- ¿Y cuál es la prueba?

- Ah, ése es el truco. No hay prueba. Es la vida real.

*Y la muerte real.*

- Lo lamento - dejó escapar Mark. ¿Por Miles? ¿Por él mismo? No lo sabía muy bien.

El conde parecía estar preguntándose también: una breve sonrisa irónica le torció una comisura de la boca.

- Bueno... en cierta forma es casi un alivio saber que la cosa es tan mala como es. Antes, cuando Miles desaparecía, uno no sabía dónde estaba, tal vez lo hacía para magnificar el caos. Por lo menos esta vez sabemos que no puede meterse en nada más serio.

El conde hizo un gesto con la mano y se alejó, sin entrar en la habitación, sin entrometerse. Tres maneras de matarlo pasaron como un relámpago por la mente de Mark. Pero ese entrenamiento parecía pasado, enterrado y podrido hacía años. Y además, ya no estaba en forma. Subir las escaleras le había dejado exhausto. Cerró la puerta y cayó sobre la cama tallada, temblando con la reacción.

13

Tal vez para dejar que Mark se recuperara del cambio temporal de los saltos, el conde y la condesa no le dieron tareas en los primeros dos días. En realidad, excepto en las horas de la comida, siempre un poco formales, Mark no vio al conde Vorkosigan para nada. Caminó por la casa y el jardín, sin vigilancia aparente, salvo la observación discreta de la condesa. Había guardias uniformados en los portones y él no tuvo el coraje necesario para comprobar si además de impedir la entrada a personas no autorizadas también estaban encargados de mantenerlo dentro de la mansión.

Había estudiado la Casa Vorkosigan, eso era cierto, pero el hecho real de estar allí era algo a lo que tenía que acostumbrarse. Todo parecía sutilmente distinto de sus expectativas. El lugar era una conejera intrincada y aunque las habitaciones estaban adornadas con antigüedades, todas las ventanas originales habían sido reemplazadas por persianas modernas de vidrio blindado y manejo automático, incluso las más altas en la pared de la cocina de la planta baja. Era como una concha marina, aunque enorme: una prisión/fortaleza/palacio. ¿Cabría él bajo esa protección?

*Tengo toda una vida de prisionero. Ahora quiero ser libre.*

A los tres días, llegó la ropa nueva. La condesa le ayudó a desempacar. El aire suave y fresco de la mañana de otoño entraba en la cámara a través de la ventana que él, terco como siempre, había abierto de par en par hacia el mundo desconocido, peligroso, lleno de misterio.

Abrió una bolsa que colgaba de una percha y vio unas prendas de estilo perturbadoramente militar, una túnica de cuello alto y pantalones con los lados adornados con los colores castaño y plata de los Vorkosigan, muy parecidos a los ropajes de los

hombre del conde, pero con más brillo en el cuello y los hombros.

- ¿Qué es esto? - preguntó con sospechas.

- Ah - dijo la condesa -, algo chillón, ¿verdad? Es tu uniforme como lord cadete de la Casa Vorkosigan.

De Mark, no de Miles. Toda la ropa nueva estaba cortada por computadora y le iba bien, generosamente amplia: se le cayó el alma a los pies al pensar en todo lo que tendría que comer para escapar de aquello.

La condesa observó la expresión de tristeza en su cara.

- Sólo tendrás que usarlo en dos ocasiones: la sesión del Consejo de Condes, si es que vas, y las ceremonias del cumpleaños del Emperador. Sí, tal vez asistas; apenas faltan unas semanas. - Dudó, mientras pasaba el dedo sobre el logo bordado de los Vorkosigan en el cuello de la túnica -. El cumpleaños de Miles es unos días después.

Bueno, Miles no estaba envejeciendo, estuviera donde estuviese.

- Los cumpleaños son una especie de no-concepto para mí. ¿Cómo se llama el día en que lo sacan a uno de un replicador uterino?

- Cuando me sacaron de *mi* replicador uterino, mis padres lo llamaron cumpleaños - dijo ella secamente.

Era de Beta. Sí.

- Ni siquiera sé cuándo es el mío.

- ¿No? Está en tus archivos.

- ¿Qué archivos?

- El archivo médico de Bharaputra. ¿Nunca lo has visto? Voy a tener que mandarte una copia. Es... bueno, es fascinante en cierto modo, un modo horroroso, diría yo. Tu cumpleaños fue el 17 del mes pasado.

- Entonces me lo perdí. - Él cerró la bolsa y metió el uniforme en un armario -. Da igual.

- Es importante que alguien celebre nuestra existencia - objetó ella con amabilidad -. La gente es el único espejo en que podemos vernos a nosotros mismos. El campo de todo significado. Toda virtud, todo mal existe sólo en la gente. No hay nada de eso suelto en el universo. El confinamiento solitario es un castigo en todas las culturas humanas.

- Eso... es cierto - admitió él, recordando su prisión reciente -. Mmm. - Lo que sacó a continuación de los paquetes tenía más que ver con su estado de ánimo: negro sólido. Aunque visto más de cerca resultó del mismo diseño que el uniforme de cadete, el logotipo y los dibujos en seda negra en lugar de hilo de plata brillante, casi invisible sobre la tela oscura.

- Ése es para los funerales - comentó la condesa con un tono apagado.

- Ah. - Mark lo guardó enseguida junto al uniforme de cadete Vor. Finalmente eligió el traje menos militar que encontró pantalones suaves y sueltos, botas bajas sin hebillas ni puntas de acero, y una camisa y un chaleco, en colores oscuros, azules, verdes, marrones rojizos. Parecía un disfraz, pero estaba muy bien hecho. ¿Camuflaje? ¿La ropa representaba al hombre que la vestía o lo escondía? -. ¿Soy yo? - le preguntó a la condesa cuando salió del baño para que ella lo inspeccionara.

Ella esbozó una sonrisa.

- Una pregunta profunda para hacerle a la ropa de uno. Ni siquiera yo puedo contestarla.

El cuarto día apareció Ivan Vorpatril en el desayuno. Usaba un uniforme de fajina verde de teniente imperial, que destacaba su figura alta y bien proporcionada. De pronto, el Salón Amarillo pareció repleto con su llegada. Mark se encogió con expresión culpable mientras su primo putativo saludaba a su tía con un beso recatado sobre la mejilla y a su tío con un asentimiento de cabeza, un gesto muy formal. Ivan sacó un plato del armario y lo llenó con un montón inestable de huevos, carne y pan azucarado, se sirvió una jarrita de café, atrapó una silla con un pie y se deslizó en un lugar justo frente a Mark.

- Hola, Mark. - Bueno, por fin reconocía su existencia -. Tienes muy mal aspecto. ¡Cómo te has hinchado! - Se metió una buena porción de carne frita en la boca y empezó a masticar.

- Gracias, Ivan. - Mark se refugió todo lo que pudo en un ligero sarcasmo -. Veo que tú no has cambiado nada. - Quería decir que no había *mejorado*. Confiaba en que hubiera captado su ironía.

A Ivan le brillaron los ojos y empezó a decir algo, pero su tía le interrumpió con un frío reproche y él se calló inmediatamente.

Mark no pensaba que la advertencia fuera por tratar de hablar con la boca llena, pero Ivan tragó todo antes de contestar, no a Mark, sino a la Condesa.

- Mis disculpas, tía Cordelia. Pero todavía tengo problemas con los armarios y otros lugares cerrados y oscuros por culpa de él.

- Lo lamento - musitó Mark, encogiéndose. Pero había algo en él que se resistía a dejarse amilanar por Ivan y agregó -: La única razón por la que hice que Galen te secuestrara fue para conseguir a Miles.

- Entonces fue idea tuya, no de él.

- Y funcionó. Miles vino a meter la cabeza en el nudo de la soga. Por ti.

Ivan se puso tenso.

- Costumbre que no ha dejado de repetir, por lo que veo - le devolvió el golpe en un tono entre susurro y gruñido.

Esta vez fue Mark el que se quedó callado. Sin embargo, la situación en cierto modo le resultaba reconfortable. Ivan por lo menos lo trataba como se merecía. Un poco de castigo era bienvenido. Sintió que revivía bajo esa lluvia de desprecio, como una planta marchita. El desafío de Ivan casi le iluminaba el día.

- ¿Para qué has venido?

- Tengo que sacarte a pasear. Airearte - dijo Ivan -. No es idea mía, puedes creerme.

Mark echó una mirada a la condesa pero ella tenía los ojos fijos en su esposo.

- ¿Ya? - preguntó.

- Es a petición - dijo el conde Vorkosigan.

- Ajá - dijo ella, como aliviada. Eso no aclaró las cosas para Mark. La petición no era suya, por cierto -. Bien. Tal vez Ivan pueda mostrarle la ciudad en el camino.

- Ésa es la idea - dijo el conde -. Y como Ivan es oficial, no habrá necesidad de guardaespaldas.

¿Para qué? ¿Para que pudieran hablar con franqueza? Una idea espantosa. ¿Y quién lo protegería de Ivan?

- Habrá un perímetro exterior, supongo - dijo la condesa.

- Sí, naturalmente.

El perímetro exterior era el guardia que nadie veía, ni siquiera la persona a la que estaba protegiendo.

Mark se preguntó qué impedía que la gente del perímetro exterior e tomara el día libre y luego dijera que había estado allí siempre, invisible claro está. Él sospechaba que se podía salir bastante bien parado de ese tipo de mentiras durante mucho tiempo, entre una y otra crisis.

Después del desayuno, Mark descubrió que el teniente Lord Vorpatril tenía su propio coche de superficie, un modelo deportivo con mucha pintura roja. Mark se deslizó de mala gana en el asiento.

- Bueno - dijo con voz insegura -, ¿todavía quieres estrangularme?

Ivan pasó como un rayo entre las puertas de la residencia y salió al tránsito de Vorbarr Sultana.

- Personalmente, sí. Desde un punto de vista práctico, no. Necesito todos los cuerpos de que pueda disponer entre mi persona y el trabajo del tío Aral. Ojalá Miles tuviera una

docena de hijos. Podría tenerlos si hubiera empezado... En cierto modo, para mí eres un regalo celestial. Ya me tendrían atrapado como claro heredero si no fuera por ti. - Dudó sólo en el habla; el coche de superficie aceleró mientras atravesaba un cruce, pasando como una exhalación muy cerca de cuatro vehículos que venían directo en trayectoria de colisión -. ¿Hasta qué punto está muerto Miles, en realidad? El tío Aral fue muy vago al respecto en el vídeo que me mandó para contármelo. No estoy seguro de que fuera por seguridad o... bueno, nunca lo había visto tan rígido.

El tránsito era peor que el de Londres y más desordenado, si es que tal cosa era posible, o en todo caso ordenado según alguna regla que involucraba la ley de supervivencia del más fuerte. Mark se aferró a los bordes de su asiento y contestó:

- No sé. Recibió una granada en el pecho. Digamos que no pudo haber sido peor, salvo que lo hubiera partido por la mitad.

¿Los labios de Ivan se torcieron en un horror contenido? En cualquier caso, su rostro adoptó inmediatamente una expresión hermética.

- Se necesita una instalación de rehabilitación de primer nivel para volver a arreglarle el torso - siguió diciendo Mark -. Y en cuanto al cerebro... bueno, nunca se sabe hasta que termina la recuperación. - *Y entonces es demasiado tarde* -. Pero ése no es el problema. O por lo menos todavía no es el problema.

- Sí. - Ivan hizo una mueca -. Eso sí que fue arruinar las cosas, ¿sabes? ¿Cómo pudieron perder...? - Giró a tal velocidad que tocó un borde y saltaron chispas desde el pavimento. Maldijo alegremente contra un enorme camión a colchón de aire que a punto estuvo de atravesar el costado en el que estaba Mark. Mark se agachó y cerró la boca. Mejor que muriera la conversación y no él: su vida dependía de no distraer al conductor. Su primera impresión de la ciudad nativa de Miles era que la mitad de la población moriría en accidentes de tránsito antes del anochecer. O tal vez sólo los que se pusieran en el camino de Ivan. Ivan giró en U violentamente y se metió de costado en un estacionamiento, cortando así a otros dos coches de superficie que maniobraban para hacer lo mismo, y deteniéndose con tanta rapidez que Mark casi se estrelló contra el panel del frente.

- Vorhartung. El castillo - anunció con un gesto de la cabeza y de la mano mientras el motor se apagaba -. Hoy no hay sesión del Consejo de Condes así que el museo está abierto al público. Aunque nosotros no somos público.

- Qué... cultural - dijo Mark, preocupado, espiando a través de la capota. El castillo Vorhartung parecía exactamente eso: un castillo, una enorme pila anticuada, irregular de piedra que se elevaba entre los árboles sin rasgos distintivos. Colgaba allá arriba en un acantilado sobre los rápidos del río que dividía Vorbarr Sultana. La tierra que lo rodeaba se había convertido en un parque; en el sitio en que los hombres y los caballos habían arrastrado las grandes máquinas guerreras de los sitios a través del barro congelado en vanos asaltos al poder, se veían ahora a miles de macizos de flores -. ¿Qué es esto en realidad?

- Vas a conocer a u hombre. Y no puedo contarte nada más antes del encuentro. - Ivan levantó la capota y salió. Mark lo siguió.

Fuera porque así estaba planeado o por perversidad, lo cierto fue que Ivan lo llevó al museo primero. La muestra ocupaba toda un ala y estaba dedicada a las armas y armaduras de los Vor desde la Era de Asilamiento hasta el presente. Como militar de uniforme, Ivan pasó gratis y pagó escrupulosamente la entrada de Mark con unas pocas monedas. Para disimular, o no decir quién era, supuso Mark, porque los miembros de la casta Vor también entraban gratis, le explicó Ivan en un susurro. No había ningún cartel que lo dijera. Si uno era Vor, se suponía que lo sabía.

O tal vez era una burla sutil de Ivan, un comentario sobre la identidad de Mark como Vor, o su falta de ella. Ivan hacía el papel de patán de clase alta con el mismo esmero con el que hacía de teniente imperial o cualquier otro papel que le pidiera su mundo. El

verdadero Ivan era más difícil de conocer, supuso Mark; no debía subestimar su sutileza ni confundirlo con un tonto.

Así que iba a conocer a un hombre. ¿Qué hombre? Si era otra sesión de informaciones de SegImp, ¿por qué no en la Casa Vorkosigan? ¿Era alguien del gobierno o del partido de Coalición Centrista del conde Aral? Pero entonces, de nuevo, ¿por qué no habían ido a verlo a la casa? Ivan no podía estar preparándolo para un asesinato: los Vorkosigan habrían podido matarlo en secreto en cualquier momento. ¿Tal vez lo llevaban a una trampa, lo estaban poniendo en el lugar exacto para acusarlo de un crimen? Por su mente pasaron ideas aún más extrañas. Todas tenían en común la total falta de motivación y de lógica.

Mark fijó la vista en un conjunto de espadas de doble filo colocadas en hilera sobre una pared, una demostración de la evolución del arte barrayarano de la forja en dos siglos. Luego se apresuró a seguir a Ivan que lo esperaba frente a una caja de armas de tipo del proyectil impulsado con elementos químicos: los cargadores muy decorados, del tipo de los de freno de boca de fuego, gran calibre, habían pertenecido en otro tiempo al emperador Vlad Vorbarra, según la tarjeta explicativa. Las balas eran peculiares porque estaban hechas de oro macizo, esferas del tamaño del dedo pulgar de Mark. A poca distancia, el impacto de una de ellas sería como de un ladrillo lanzado a velocidad terminal. A lo lejos, seguramente no daban en el blanco. ¿Qué pobre campesino o artesano había recibido el trabajo de ir por ahí recogiendo las balas perdidas? ¿O peor todavía, las balas que habían matado a alguien? Muchas de las balas brillantes de la exposición estaban aplastadas o deformadas y - Mark se interesó mucho en eso - una de ellas iba acompañada de una tarjeta que informaba que esa bola brillante y deformada había matado a Lord Vor Talycual durante la batalla de Talycual... y la habían «extraído de su cerebro». Después de la muerte de la víctima suponía Mark. Suponía y esperaba. Le sorprendía que alguien hubiera limpiado la suciedad de la bala antes de montarla, dada la sangrienta morbosidad de algunas otras piezas de la muestra. Por ejemplo, el cuero cabelludo curtido y curado del Emperador Loco Yuri, cedido por alguna colección privada del clan Vor.

- Lord Vorpatril. - No era una pregunta. El hombre que hablaba había aparecido con tanto sigilo que Mark ni siquiera sabía de dónde había venido. Estaba vestido discretamente, era inteligente y maduro y parecía un administrador de museo -. Venga conmigo, por favor.

Ivan fue detrás del hombre, sin formular preguntas ni hacer ningún comentario. Hizo un gesto para que Mark pasara delante, y éste trotó entre los dos para mantener el paso, intrigado a la vez que nervioso.

Pasaron por una puerta de la que colgaba un cartel de «No se permite la entrada», que el hombre abrió con una llave mecánica y luego cerró tras ellos, subieron dos pisos de escaleras y caminaron por un corredor con suelo de madera, lleno de ecos, hasta una habitación que ocupaba el piso superior de una torre redonda en un rincón del edificio. En otro tiempo había sido un puesto de guardia, pero ahora estaba amueblada como una oficina, con ventanas comunes en las paredes de piedra en lugar de los huecos altos para lanzar flechas. Un hombre les esperaba dentro. Estaba sentado sobre un banquito alto, mirando pensativamente el parque que caía hacia el río y las manchas movedizas de gente vestida en colores brillantes que caminaba despacio por los caminitos.

Era un hombre de cabello negro, delgado, de unos treinta años, la piel pálida destacada por ropas sueltas y oscuras que no tenían ningún detalle pseudo-militar. Levantó la vista hacia el guía con una sonrisa rápida.

- Gracias, Kevi. - La frase contenía tanto el saludo como la despedida porque el guía asintió y se fue.

Ivan dijo:

- Sire - Fue entonces cuando Mark reconoció al hombre de la habitación.

*El emperador Gregor Vorbarra. ¡Mierda!* La puerta que tenía detrás estaba bloqueada por Ivan. Mark controló el estallido de pánico. Gregor era tan sólo un hombre, y al parecer sin armas. El resto era... propaganda política. Ilusión. Fachada. Pero el corazón le latía con más fuerza.

- Hola, Ivan - dijo el emperador -. Gracias por venir. ¿Por qué no te vas un rato a ver las piezas del museo?

- Ya las he visto - dijo Ivan, lacónicamente.

- No importa. - Gregor levantó la cabeza y la sacudió en dirección a la puerta.

- Para no irnos con rodeos - dijo Ivan -, él no es Miles, ni siquiera en un buen día. Y a pesar de las apariencias, lo han entrenado como asesino. ¿No es prematuro este contacto?

- Bueno - dijo Gregor con suavidad -, vamos a averiguarlo, ¿no te parece? ¿Piensa usted asesinarme, Mark?

- No - gruñó Mark.

- Ahí tienes. Date una vuelta por ahí, Ivan. Dentro de un rato mandaré a Kevi a buscarte.

Ivan hizo una mueca, frustrado, y Mark tuvo la sensación de que la curiosidad también tenía que ver con el gesto. Se fue con un adiós irónico que parecía decir, *No me hago responsable...*

- Bueno, lord Mark - dijo Gregor -, ¿qué piensa usted de Vorbarra Sultana?

- Fue demasiado rápido - dijo Mark con cautela.

- Dios mío, no me diga usted que dejó conducir a *Ivan*.

- No sabía que se pudiera elegir.

El emperador se echó a reír.

- Siéntese.

Hizo un gesto hacia una silla detrás del escritorio de la comuconsola. La habitación era pequeña y con pocos muebles, aunque había grabados antiguos y mapas militares sobre las paredes que parecían una especie de derrame procedente del museo de la otra ala del castillo.

La sonrisa del emperador se desvaneció para convertirse otra vez en la mirada pensativa del comienzo mientras estudiaba a Mark. A Mark le recordó un poco la forma en que lo miraba el conde Vorkosigan, esa mirada que parecía decir *¿quién eres?* pero sin la intensidad hambrienta del conde. Una curiosidad tolerable.

- ¿Esta es su oficina? - preguntó Mark mientras se acomodaba cauteloso en la silla imperial. La habitación parecía demasiado pequeña y austera.

- Una de ellas. Todo este complejo está lleno de oficinas colocadas en algunos nichos de lo más raro. El conde Vorkosigan tiene una en los antiguos calabozos. No hay lugar para levantar la cabeza allá abajo. Yo uso ésta como retiro privado cuando voy a sesiones del Consejo de Condes o tengo algún otro asunto que atender por aquí.

- ¿Por qué tengo la categoría de asunto? Quiero decir que ésta no es una entrevista de cortesía, pero ¿esto es personal u oficial?

- Hasta cuando escupo es oficial. En Barrayar esas cosas no son muy dissociables. Miles... era... - La lengua de Gregor tropezó con el tiempo pasado - un hombre de mi casta; un oficial a mi servicio; el hijo de un funcionario extraordinariamente importante, si no supremo, y un amigo personal de toda la vida. Y el heredero del condado de un Distrito. Y los condes son los mecanismos por los cuales un hombre - se tocó el pecho - se multiplica para transformarse en sesenta y luego en una multitud. Los condes son los primeros funcionarios del Imperio; yo soy el capitán. ¿Entiende usted que yo *no*, repito, *no* soy el Imperio? Un imperio es mera geografía. El Imperio, así con mayúscula, es una sociedad. La multitud, todo el cuerpo social, cada uno de los súbditos en realidad, eso es el Imperio. En el cual no soy más que una pieza. En realidad una pieza intercambiable... ¿Observó el cuello cabelludo de mi tío abuelo, allá abajo?

- Mmm... sí... Tenía un sitio... de honor.

- Ésta es la casa del Consejo de Condes. El punto de apoyo de la balanza puede creerse supremo pero no es nada sin la balanza. El Loco Yuri se olvidó de eso. Yo no me olvido. El conde del Distrito de los Vorkosigan es una de esas piezas vivas. También intercambiable. - Hizo una pausa.

- Un... un eslabón en la cadena - se ofreció a aclarar Mark, con cuidado, para que viera que le prestaba atención.

- Un eslabón en la cadena pero la cadena está en una red. Así que un eslabón débil no es totalmente fatal. Para que ocurra un verdadero desastre tienen que fallar muchos al mismo tiempo. Pero... uno quisiera tener tantos eslabones sólidos y fiables como fuera posible. Eso es obvio.

- Obvio. - *¿Por qué me está mirando?*

- Así que... Cuénteme lo que pasó en Jackson's Whole. Todo. Desde su punto de vista.

- Gregor se acomodó en el banquito alto, con un talón enganchado, los brazos cruzados, aparentemente centrado y en equilibrio, como un cuervo en una rama.

- Tendría que empezar con la historia en la Tierra.

- Hágalo si le parece. - Una sonrisa breve: usted, Mark, tiene todo el tiempo del mundo y mi atención al ciento por ciento.

Mark empezó el relato tartamudeando. Hizo muchas pausas en el camino. Las preguntas de Gregor eran pocas y únicamente las formulaba cuando Mark se quedaba atascado en algún momento difícil. Pocas, sí, pero inteligentes, abarcadoras. El Emperador no sólo buscaba los hechos. Mark se dio cuenta enseguida. Obviamente ya había leído el informe de Illyan e iba a la caza de otra cosa.

- No puedo estar en desacuerdo con sus buenas intenciones - dijo Gregor en un momento dado -. El negocio de trasplante de cerebros es una empresa asquerosa. Pero espero que se dé cuenta... se esfuerza, su ataque, no va a poner ni un palo en la rueda de todo eso. La Casa Bharaputra barrerá los vidrios rotos y seguirá adelante.

- Pero la cosa va a cambiar completamente para los cuarenta y nueve clones - afirmó Mark, empecinado -. Todo el mundo me viene con ese argumento, mierda. «No puedo hacerlo todo, así que no voy a hacer nada.» Y no lo hacen. Y el horror sigue y sigue. Y además, si hubiera podido volver vía Escobar como había planeado al principio, las noticias se hubieran propagado. La Casa Bharaputra tal vez hubiera intentado reclamar a los clones legalmente, y entonces sí que el hedor hubiera sido público. Público. Yo me habría asegurado de eso. Aunque hubiera estado detenido en Escobar. Donde, además, los asesinos de la Casa Bharaputra hubieran tratado de alcanzarme. Y tal vez... tal vez todo eso habría hecho que mucha más gente se interesara en el asunto.

- Ah - dijo Gregor -. Un truco de publicidad.

- No fue un truco - gruñó Mark.

- Disculpe. No quise decir que su esfuerzo era trivial. Al contrario. Pero tenía una estrategia coherente a largo plazo.

- Sí, pero se fue por el inodoro cuando perdí el control de los Dendarii. Apenas supieron quién era yo realmente. - Se quedó callado y pensativo, con el recuerdo de esa impotencia.

Guiado por las preguntas de Gregor, Mark contó la muerte de Miles, el desastre de la crío-cámara perdida, los esfuerzos inútiles por recuperarla y la forma en que los habían expulsado ignominiosamente del espacio local de Jackson.

Descubrió que en realidad estaba revelando mucho más de sus sentimientos personales de lo que deseaba, y sin embargo... Gregor casi le había hecho sentirse tranquilo. ¿Cómo lo conseguía? Esa conducta suave, que casi se borraba a sí misma, ocultaba a un manipulador sumamente hábil. En una especie de carrera confusa, Mark describió el incidente con Maree y su tiempo de semilocura en el confinamiento solitario, y luego se detuvo en un silencio inarticulado.



Gregor frunció en ceño en gesto de concentración y se quedó callado durante un momento. Mierda, el hombre siempre estaba tranquilo. Y callado.

- Me parece, Mark, que usted no tiene en cuenta sus puntos fuertes. Ha pasado usted por la batalla y probado que tiene coraje físico. Es capaz de tener iniciativa y se atreve a mucho. No le falta inteligencia... aunque a veces carece de información. No es mal comienzo. Son parte de las cualidades que se necesita para ser jefe de un Distrito. Algún día.

- No. No quiero ser un conde de Barrayar. - Mark negó enfáticamente.

- Podría ser el primer paso hacia mi trabajo - dijo Gregor, como sugiriéndolo, con una leve sonrisa.

- ¡No! Peor todavía. Me comerían vivo. Mi cuero cabelludo terminaría en la colección de la planta baja.

- Es muy posible. - La sonrisa de Gregor se desvaneció -. Sí, muchas veces me he preguntado adónde irán a parar las partes de mi cuerpo. Y sin embargo... entiendo que usted estaba decidido a intentarlo, hace dos años. Todo. Incluso el reemplazo del conde Aral.

- Lo practiqué, sí. Pero ahora usted me está hablando de la cosa real. No de una imitación. - *Yo mismo soy una imitación, ¿acaso no lo sabe usted?* -. Sólo estudié los alrededores. El interior... ni siquiera consigo imaginármelo.

- Pero todos empezamos así, ¿sabe usted? - dijo Gregor -. Fingiendo. El rol es un simulacro y después, lentamente, se nos hace carne.

- ¿Uno se transforma en la máquina?

- Algunos sí. Ésa es la versión patológica de un conde y existen casos, ya lo creo. Otros se hacen... más humanos. La máquina, el rol, se convierte en una prótesis trabajada a mano, que sirve al hombre. Ambos tipos tienen sus usos, para mis fines. Uno tiene que estar seguro de dónde cae el hombre que tiene enfrente dentro del rango de autoengaño.

Sí, la condesa Cordelia seguramente había tenido mucho que ver con la educación de ese hombre. Mark sentía la influencia de ella, los rastros de sus ideas, como huellas de pisadas fosforescentes en la oscuridad.

- ¿Cuáles son sus fines?

Gregor se encogió de hombros.

- Mantener la paz. Impedir que las distintas facciones se maten unas a otras. Asegurarme, muy, pero que muy bien de que ningún invasor galáctico vuelva a poner un pie en el suelo de Barrayar. Promover el desarrollo económico. La Señora Paz es la primera rehén cuando hay dificultades económicas. En eso, mi reino está bendecido por la formación del segundo continente y la apertura de Sergyar a la colonización completa, lo cual no es común y lo agradezco. Finalmente, ahora que la plaga de ese horrendo gusano subcutáneo está bajo control, colonizar Sergyar debería absorber el exceso de energía de todo el mundo durante varias generaciones. Estuve estudiando varias historias coloniales últimamente, preguntándome cuántos de esos errores se pueden evitar...

- Sigo sin querer ser conde Vorkosigan.

- Sin Miles, no creo que tenga usted opción.

- Eso es una estupidez. - Por lo menos, esperaba que fuera una estupidez -. Acaba usted de decir que se trata de una pieza intercambiable. Podrían encontrar a otro si tuvieran que hacerlo. Ivan, por ejemplo.

Gregor sonrió, desencantado.

- Confieso que he utilizado ese mismo argumento más de una vez. Aunque en mi caso, el asunto es la sucesión. Las pesadillas sobre el destino de las partes de mi cuerpo no son nada al lado de las que tengo sobre mis teóricos hijos. Y no voy a casarme con una joven Vor cuyo árbol familiar se cruza con el mío dieciséis veces en las últimas seis generaciones. - Se contuvo bruscamente, con una mueca de disculpa. Y sin embargo... se

controlaba tan bien que Mark supuso que incluso esa visión rápida del Gregor interior tenía un propósito o podría tenerlo con el tiempo.

Le estaba empezando a doler la cabeza. Sin Miles... Con Miles, todos esos dilemas de Barrayar serían de Miles. Y Mark sería libre para enfrentarse a sus propios dilemas, por lo menos. Sus propios demonios, no esos otros, adoptados.

- Ése no es mi... don. Talento. Interés. Destino. Algo. No sé - Se frotó el cuello.

- ¿Pasión? - dijo Gregor.

- Sí, esa palabra me parece bien. Ser conde no es mi pasión.

Tras un breve silencio, Gregor preguntó con curiosidad:

- ¿Y cuál es su pasión, Mark? Si no es ni el gobierno, ni el poder ni la riqueza... bueno, ni siquiera mencionó la riqueza.

- Suficiente riqueza como para destruir a la Casa Bharaputra es algo tan lejos de mi alcance, no... bueno, ni siquiera lo sueño. No viene al caso. No es una solución que yo pueda... Yo... bueno, algunos hombres son caníbales. La Casa Bharaputra, sus clientes... quiero detener a esos caníbales. *Eso sería algo por lo que valdría la pena levantarse de la cama.* - Se dio cuenta de que había ido subiendo el tono de voz y se dejó caer otra vez en la silla.

- En otras palabras... usted tiene una pasión por la justicia, o, si me permite decirlo, por la Seguridad. Curioso eco de su... progenitor.

- ¡No, no! - *Bueno... tal vez, en cierto modo* -. Supongo que también en Barrayar hay caníbales, pero no me causan tanto interés personal. No pienso en términos de ley porque el negocio del trasplante no es ilegal en Jackson's Whole. Así que un policía no es la solución. O... tendría que ser un policía poco común. - ¿Cómo un agente de SegImp en trabajo de campo? Mark trató de imaginarse a un inspector detective con una carta de venganza. Por alguna razón, seguía viniéndole a la mente la imagen de su progenitor. Mierda con la sugerencia inquietante de Gregor. *Un policía no. Un caballero andante. La condesa lo tenía bien claro.* Pero no había lugar para los caballeros andantes. Ya no. La policía tendría que arrestarlos si existieran.

Gregor se sentó con aire levemente satisfecho.

- Eso es muy interesante. - Su ensimismamiento recordaba el de un hombre que trata de acordarse de la clave de una caja fuerte. Se deslizó para levantarse del banquito y caminó sin rumbo hacia las ventanas. Miró el parque desde otro ángulo. De cara a la luz, hizo notar -: A mí me parece que su futuro acceso a su... pasión depende mucho de que Miles vuelva.

Mark suspiró, frustrado.

- Eso ya no está en mis manos. Nunca van a dejarme... ¿Qué puedo hacer yo que no pueda hacer SegImp? Tal vez ellos lo encuentren. En cualquier momento.

- En otras palabras - dijo Gregor lentamente -, lo más importante de su vida en este momento es algo que usted no puede modificar. Quiero expresarle mis más profunda condolencia.

Mark contestó con franqueza, sin poder evitarlo.

- Aquí soy un prisionero. Virtualmente. No puedo hacer nada y no puedo irme.

Gregor inclinó la cabeza hacia un lado.

- ¿Ya lo ha intentado?

Mark hizo una pausa.

- Bueno... no, en realidad todavía no.

- Ah. - Gregor se volvió en la ventana y sacó una pequeña tarjeta de plástico de bolsillo interior de la chaqueta. Se la entregó a Mark a través del escritorio -. Mi Voz llega sólo hasta las fronteras de los intereses de Barrayar - dijo -. Pero aquí está mi número de comuvídeo. Sólo otra persona estará relacionada con sus llamadas. Usted estará en su lista. Diga su nombre y le comunicarán conmigo.

- Mmm... Gracias - dijo Mark, confuso y cauteloso. La tarjeta no tenía más identificación

que el código. La guardó con sumo cuidado.

Gregor tocó un botón de audicomu en la chaqueta y habló con Kevi. Un momento después sonó un golpecito en la puerta y volvió a entrar Ivan. Mark, que había empezado a balancearse en la silla, se levantó avergonzado.

Gregor e Ivan intercambiaron saludos tan lacónicos como al principio, y luego Ivan se llevó a Mark. Cuando dieron la vuelta a la esquina, Mark se volvió a ver de quién eran los pasos que oía. Kevi ya estaba llevando a otro visitante a la oficina imperial.

- ¿Cómo te ha ido? - preguntó Ivan.

- Me siento agobiado - admitió Mark.

Ivan sonrió con amargura.

- Gregor es capaz de hacerle eso a cualquiera, cuando está siendo emperador.

- ¿Cuando está siendo emperador, dices? ¿No será cuando hace de emperador?

- Ah, no, él no *hace* de emperador.

- Me dio su número. - *Y creo que consiguió en mí.*

Ivan levantó las cejas.

- Bienvenido al club. Para contar el número de gente que tiene acceso no necesito sacarme las botas.

- ¿Miles... Miles era uno de ellos?

- Por supuesto.

14

Ivan, al parecer cumpliendo órdenes estrictas - la condesa era la primera opción de Mark como fuente de esas órdenes - le llevó a almorzar. Su primo parecía que estuviera obedeciendo órdenes casi todo el tiempo, observó Mark con cierta compasión. Fueron a un lugar llamado el caravanserai, otro viaje en coche de superficie con Ivan, al que se sumó la estrechez de las calles del barrio antiguo, apenas callejones.

El caravanserai era un estudio curioso de la evolución social de Barrayar. El centro más antiguo estaba limpio, renovado y convertido en un laberinto agradable de negocios, cafés y pequeños museos, frecuentados por una mezcla de trabajadores en busca de almuerzo y turistas de la provincia, de aspecto inconfundible, de visita en los altares de la historia.

Esa transformación se había extendido desde los conjuntos de viejos edificios gubernamentales como el castillo Vorhartung junto al río hacia el centro del distrito; en las orillas, hacia el sur, la renovación se perdía en ese tipo de área ruinososa que había dado al caravanserai su inicial reputación de zona peligrosa. En el camino, Ivan señaló con orgullo un edificio en el que había nacido, según dijo, durante la guerra de los Pretendientes Vordarian al Trono del Imperio. Por el entusiasmo que mostró, Mark casi esperaba ver una placa conmemorativa en la pared, pero comprobó que no había ninguna.

Después del almuerzo en uno de los pequeños cafés, Ivan, con la mente llena de la historia de su familia, se dejó dominar por la idea de llevar a Mark a ver el lugar en que su padre, Lord Padma Vorpatril había muerto asesinado por las fuerzas de seguridad de Vordarian durante la guerra. Mark se dio cuenta de que eso tenía mucho que ver con el tono morboso e histórico del resto de la mañana y aceptó. Salieron otra vez hacia el sur, a pie. Un cambio en la arquitectura, del estuco oscuro del primer siglo de la Era del Aislamiento al ladrillo rojo de su último siglo, marcaba las marchas del caravanserai propiamente dicho, o mejor dicho del caravanserai impropio.

Esta vez había incluso una placa, por Dios, un cuadrado de bronce forjado justo en medio de la calle; los coches de superficie pasaban sobre él.

- Por lo menos hubieran podido ponerlo en la acera - dijo Mark.

- Exactitud - dijo Ivan -. Mamá insistió.

Mark esperó un tiempo respetuoso para permitir que Ivan hiciera meditaciones que él

no podía adivinar ni entender. Finalmente, Ivan levantó la vista y dijo con alegría:

- ¿Postre? Conozco una panadería del Distrito Keroslav, allí en la esquina. Mamá siempre me llevaba allí, cuando terminábamos de quemar la ofrenda todos los años. Es como un agujero en la pared, pero bueno.

Mark todavía no había terminado de digerir el almuerzo pese a la caminata, pero el lugar era tan delicioso por dentro como despreciable por fuera, y terminó llevándose una bolsa de panecillos de nueces y tartas de bayas para más tarde. Mientras Ivan se entretenía seleccionando delicias para mandarlas a lady Vorpatril y posiblemente también negociando alguna otra cosa dulce con la muchacha que despachaba, muy bonita por cierto - era difícil decir si lo hacía en serio o simplemente por reflejo -, Mark salió al exterior.

Mark recordaba que, un vez, Galen había colocado un par de contactos ocultos de Komarr en esa área, atrapados sin duda en la barrida post-complot por Seguridad Imperial de Barrayar. Pero él se preguntó si hubiera podido encontrarlos en el caso de que los sueños de venganza de Galen se hubieran hecho realidad. Una manzana hacia allí, dos hacia la derecha... Ivan seguía charlando con la chica de la panadería. Mark echó a andar.

Se alegró de encontrar la dirección en un par de minutos; decidió que no hacía ninguna falta que entrara a ver. Se volvió y tomó una especie de atajo hacia la calle principal y la panadería. Pero era un callejón sin salida. Se volvió otra vez hacia el cruce.

Una vieja y un jovencito delgado, que lo habían visto pasar, sentados sobre un alféizar, lo miraron al salir. La mirada opaca de la vieja se encendió con leve hostilidad cuando él volvió a ponerse en el foco corto de su vista.

- Ése no es un niño. Es un muti - le siseó al jovencito. ¿Su nieto? Le dio un golpe con el codo para acicatearlo -. Un muti en nuestra calle.

El joven se puso de pie lentamente y se colocó frente a Mark. Mark se detuvo. El chico era más alto que él - ¿quién no era más alto que él? - pero no mucho más fuerte, con el pelo grasiento y pálido. Abrió las piernas en posición agresiva frente a Mark, bloqueándole la salida. Ay, Dios. Nativos. En todo su desagradable esplendor...

- No deberías estar aquí, mutito. - El muchacho escupió, como un matón. Mark estuvo a punto de echarse a reír.

- Tienes razón - concedió con tono tranquilo. Puso el acento de un terrestre del Atlántico medio, no de Barrayar -. Este lugar es un asco.

- ¡De otro mundo! - gimió la vieja con un tono de mayor desaprobación todavía -. Ya puedes saltar al infierno, extranjero.

- Me parece que ya estoy en él - dijo Mark con sequedad. Malos modales, pero no estaba de buen humor. Si esos gamberros de los suburbios querían burlarse, él haría lo mismo -. Barrayaranos. Si hay algo peor que los Vor, son los tontos que están debajo. Con razón la galaxia desprecia este lugar. - Le sorprendía la forma en que afloraba su rabia reprimida y lo bien que le sentaba, aunque sería mejor que no la dejara salir del todo.

- Vamos a darte, mutito - prometió el chico, alzándose amenazador sobre las puntas de los pies. La vieja bruja lo alentó con un gesto obsceno. Una extraña combinación; las viejas y los punks solían ser enemigos mortales, pero esos dos parecían totalmente de acuerdo. Camaradas del Imperio, sin duda, unidos contra un enemigo común.

- Mejor mutito que brutito - entonó Mark con falsa cordialidad.

El joven frunció las cejas.

- ¡Eh! ¿Me estás insultando?

- ¿Ves algún otro brutito por los alrededores? - Cuando el muchacho miró al lado, Mark lo siguió con la mirada -. Ah, perdón, hay un par más. Comprendo tu confusión. - Le subió la adrenalina, y el almuerzo se le convirtió en un bulto de reproches en el vientre. Dos chicos más, más fuertes, mayores, pero adolescentes. Posiblemente drogados, sin

entrenamiento. Pero... ¿dónde estaba Ivan? ¿En un recreo? -. ¿No vais a llegar tarde al colegio? ¿Tal vez a la clase de repaso? No os va bien en ésa, estoy seguro, y es tan importante...

- Un mutito cómico - dijo uno de los mayores. No se reía.

El ataque fue súbito y casi cogió a Mark por sorpresa; pensó que la etiqueta exigía que primero intercambiaran algunos insultos más, y estaba pensando en algunos buenos. La excitación se le mezcló extrañamente con la anticipación del dolor. O tal vez lo que era excitante era la anticipación del dolor. El punk más grande intentó darle una patada en la entrepierna. Él lo cogió de un pie con una mano y lo tiró hacia arriba. Cayó sobre las piedras con un golpe que lo dejó sin respiración. El segundo le lanzó un puñetazo, y Mark lo cogió del brazo. Al girar, el punk atropelló sin querer al más delgado. Desgraciadamente, ahora los dos estaban entre Mark y la boca del callejón.

Se pusieron de pie, sorprendidos y furiosos. ¿Qué clase de presa fácil habían esperado? *Ya soy bastante fácil.* Había perdido reflejos después de dos años de no moverse. Se estaba quedando sin aliento. Pero el peso extra hacía que resultara más fácil de derribar. *Tres contra un extranjero, pequeño y gordo, ¿eh? ¿Os gusta la ventaja? Vamos, acercaros, pequeños caníbales.* Todavía tenía la bolsa de la panadería aferrada al puño y abría y cerraba los brazos como invitándolos.

Le saltaron encima todos juntos, comunicándose por señas. Pero el *katas* puramente defensivo seguía funcionando bien y terminaron todos en el suelo, sacudiendo la cabeza, víctimas de la inercia de su propia agresión. Mark meneó la mandíbula, que había recibido un golpe que lo había despertado del todo. El siguiente asalto no fue tan bueno: Mark terminó sin aire, rodando por el suelo, y perdió la bolsa bajo los pies de alguien. Después, uno de ellos le hizo una llave y se vengaron hasta cierto punto con golpes poco científicos de puños cerrados. Ahora Mark se estaba quedando sin respiración y la cosa se ponía seria. Decidió hacer un ataque súbito y luego salir corriendo hacia la otra calle. Tal vez la cosa habría terminado así y todo se habría limitado a un buen rato pero uno de los punks, un idiota, sacó una vieja picana gastada y le apuntó con ella.

Mark casi lo mató instantáneamente con una patada en el cuello; le pegó justo a tiempo pero el golpe aterrizó levemente desviado. A pesar de la bota, sintió cómo crujían los tejidos, una sensación horrorosa que le subió por el cuerpo. Retrocedió, espantado, mientras el muchacho caía al suelo, haciendo extraños ruidos con la garganta. *No. No me entrenaron para pelear. Me entrenaron para matar. ¡Mierda, mierda!* No sabía cómo lo había hecho, pero casi le había aplastado la laringe. Rezaba por que el golpe no hubiera tocado una de las venas principales. Los otros dos asaltantes se quedaron mudos de la impresión.

Ivan llegó corriendo por la esquina.

- ¿Qué diablos estás haciendo? - gritó con voz ronca.

- No sé - jadeó Mark, inclinado sobre las manos y las rodillas. Le sangraba la nariz y tenía toda la camisa nueva manchada. La reacción, un poco diferida, le estaba haciendo temblar -. Me saltaron encima. - *Yo los provoqué. ¿Por qué? ¿Por qué estaba haciendo eso?* Había pasado tan rápido...

- ¿El muti está con usted, oficial? - preguntó el flacucho en una mezcla de sorpresa y miedo.

Mark captó en la cara de Ivan su deseo de decir que no tenía nada que ver.

- Sí - le oyó decir, ahogándose, al final. El punk grande, todavía de pie pegó un salto hacia atrás y desapareció corriendo. El muchacho delgado estaba atado a la escena por la presencia del herido y la vieja, aunque se veía que también él tenía ganas de escapar. La bruja, que se había levantado para acercarse a su campeón caído, gritaba acusaciones y amenazas contra Mark. Era la única que no parecía impresionada por el verde del uniforme oficial de Ivan. Luego llegaron los guardias municipales.

Cuando tuvo la seguridad de que iban a atender al punk herido, Mark se calló la boca y

dejó que Ivan manejara el asunto. Ivan mintió como... como un soldado para que el nombre *Vorkosigan* no apareciera en los papeles; los guardias municipales también se dieron cuenta de quién era, acabaron con la histeria de la vieja y los sacaron de allí con rapidez. Treinta minutos después estaban de nuevo en el coche de superficie de Ivan. Esta vez, Ivan conducía mucho más despacio, tal vez por el miedo que aún tenía, supuso Mark, de haber estado a punto de perder a quien tenía a su cargo.

- ¿Dónde diablos estaba ese tipo del perímetro exterior que iba a ser mi ángel custodio? - preguntó Mark, tocándose las contusiones de la cara con manos temblorosas. Le había dejado de sangrar la nariz. Ivan no le había permitido entrar en el coche hasta que estuvo seguro de que ya no perdía sangre ni tenía ganas de vomitar.

- ¿Quién crees que llamó a la guardia municipal? El perímetro exterior es discreto, no sé si lo sabías.

- Ah. - A Mark le dolían las costillas pero no tenía nada roto. A diferencia de su progenitor, él nunca se había quebrado un hueso. *Muti. Mutito.* -. ¿Miles también tenía que enfrentarse con esa porquería? - Lo único que les había hecho era pasar caminando por delante. Si Miles hubiera estado vestido como él, ¿también lo habrían atacado?

- ¡Miles no hubiera caminado solo por un lugar así! ¡No era tan estúpido!

Mark frunció el ceño. Galen le había dado la impresión de que el rango de Miles lo hacía inmune a los prejuicios de Barrayar contra los mutantes. ¿Sería cierto que el hijo de Vorkosigan tendría que estar calculando su seguridad, pensando dónde iría, con quién se vería... todo el tiempo?

- Y si se hubiera encontrado en una situación así - siguió Ivan -, habría salido de ella hablando. Se hubiera deslizado, como una anguila, fuera de la trampa. ¿Por qué mierda te peleaste con tres tipos? Si querías pelearte con alguien para sacarte la rabia de encima, ¿por qué no viniste a verme? A mí me encantaría pelearme contigo.

Mark se encogió de hombros, incómodo. ¿Era eso lo que había estado buscando en secreto? ¿Castigo? ¿Acaso por eso las cosas le salían tan mal últimamente?

- Yo pensaba que vosotros erais los Vor, los grandes. ¿Por qué tenéis que deslizaros como anguilas? ¿No podéis pararlos en seco y listo?

Ivan ya croaba:

- No. Y no puedes imaginarte lo contento que estoy de no tener que ser tu guardaespaldas permanente.

- Si esto es un ejemplo de tu trabajo, yo también me alegro - le ladró Mark. Se inspeccionó los caninos. Tenía las encías y los labios hinchados pero los dientes no estaban sueltos.

Ivan se limitó a gruñir. Mark se acomodó, preguntándose cómo estaría el muchacho del cuello partido. Los guardias municipales se lo habían llevado para darle algún tratamiento. Mark no debería haber peleado contra él; había estado en un tris de matarlo. Tal vez hubiera podido matar a los tres. Después de todo, los punk sólo eran caníbales pequeños. De pronto cayó en la cuenta de que por eso Miles hubiera intentado salir del paso hablando; no por miedo ni por *noblesse oblige*, sino porque esa gente no podía nada contra el... peso de la clase Vor. Mark se sintió enfermo. *Que Dios me ayude.*

Ivan pasó por su apartamento, en una torre de uno de los mejores distritos de la ciudad, no lejos de los modernos edificios de gobierno que albergaban al Comando del Servicio Imperial. Allí dejó que Mark se lavara y se quitara las manchas de sangre de la camisa antes de volver a la Casa Vorkosigan. Mientras le arrojaba la camisa seca desde el secador, le hizo notar:

- Mañana te dolerá el torso. Con un golpe así, Miles habría estado tres semanas en un hospital. Yo habría tenido que sacarlo de allí en camilla.

Mark se miró las manchas rojas, que empezaban a ponerse moradas. Se estaba quedando rígido. Media docena de músculos protestaban por el abuso. Eso podía

ocultarlo, pero iba a tener que dar explicaciones de las marcas de la cara. Contarle al conde y a la condesa que había tenido un problema con el coche de superficie resultaría creíble puesto que el conductor había sido Ivan, pero dudaba que pudiera mantener la mentira mucho tiempo.

Finalmente, fue Ivan el que dio explicaciones. Lo devolvió a la condesa con un relato verdadero aunque minimizado de la aventura de Mark:

- Bueno, se alejó un poco y lo empujaron. Gentes de la zona, claro. Lo alcancé antes de que la cosa pasara a mayores. Adiós, tía Cordelia... - Mark lo dejó marcharse sin decir nada.

A la hora de la cena había llegado a la Casa el informe completo. Mark sintió la tensión cuando ocupó su lugar en la mensa, frente a Elena Bothari-Jesek, que estaba de vuelta después de su informe extenso y seguramente sangriento en los Cuarteles Generales de SegImp. Cuando el sirviente humano hubo servido el primer plato y abandonado el comedor, el conde dijo:

- Mark, me alegro de que la lección de hoy no haya sido letal.

Mark se las arregló para terminar de tragar sin ahogarse y dijo con voz baja:

- ¿Para él o para mí?

- Para ambos. ¿Quieres un informe sobre tu... víctima?

No.

- Sí, por favor.

- Los médicos del hospital municipal van a darlo de alta dentro de un par de días. A dieta líquida por una semana. Dicen que va a recuperar la voz.

- Me alegro. - *No quise...* ¿Qué sentido tenían las excusas, las disculpas, las protestas? Ninguno.

- Decidí pagarle los gastos médicos, en privado, pero Ivan ya lo había hecho. Lo pensé, y me pareció bien que la cosa quedara así.

- Ah. - ¿Entonces él tenía que pagarle a Ivan? ¿Tenía dinero, derecho a tener dinero? ¿Ante la ley? ¿Moralmente?

- Mañana dijo la condesa - Elena será tu guía nativa. Y Pym irá con vosotros.

Elena no parecía muy feliz con la idea.

- Hablé con Gregor - siguió el conde Vorkosigan -. Lo impresionaste bastante. Dio su aprobación para que yo te presente formalmente como mi heredero y miembro cadete de la Casa Vorkosigan en el Consejo de Condes. Cuando a mí me parezca, si se confirma la muerte de Miles. Obviamente, el paso todavía es prematuro. No estoy seguro de si sería mejor presionar para que los condes te confirmen antes de conocerte o cuando hayan tenido tiempo de acostumbrarse a la idea. Una maniobra rápida, del tipo ataque sorpresa, o un sitio largo y tedioso... Por una vez, creo que el sitio sería mejor. Si ganamos, la victoria sería mucho más segura.

- ¿Me pueden rechazar? - preguntó Mark. *¿Es ésa la luz que veo al final del camino?*

- Para que heredes el título de conde, tienen que aceptarte y aprobarte por simple mayoría. Mi propiedad es un asunto aparte. Normalmente, la aprobación del hijo mayor es mera rutina, y si no hay hijo puede hacerse cargo el primer pariente masculino capacitado. No siempre tiene que ser un pariente, técnicamente, aunque casi siempre lo es. Hubo un caso famoso, de uno de los condes Vortala, en la Era del Aislamiento. El conde se peleó con su hijo. El joven lord Vortala se alió con su suegro en la guerra del Mercado Zidiarch. Vortala lo desheredó y se las arregló para manipular una sesión de condes y conseguir que aprobaran como heredero a su caballo, Medianoche. Dijo que el caballo eran tan inteligente como el hijo y que a diferencia de él nunca lo había traicionado.

- ¡Qué antecedente más... esperanzador para mí! - se ahogó Mark -. ¿Y cómo le fue al conde Medianoche. Digamos en comparación con un conde corriente.

- El conde Medianoche. Lástima, nadie lo sabe. El caballo murió antes que Vortala, la guerra terminó y al final lo heredó el hijo. Pero, junto al infame Complot de los Gatos

Incendiaros, ése fue uno de los puntos culminantes de la fase zoológica de la variada historia política del Consejo. - Los ojos del conde Vorkosigan brillaron con un extraño entusiasmo mientras contaba todo eso. Luego miró a Mark y el entusiasmo se desvaneció -. Tuvimos muchos siglos para acumular los precedentes que quieras, y hay de todo tipo, desde absurdos a horrorosos. Y otros mejores.

El conde no hizo más preguntas sobre el día de Mark en la ciudad y Mark no le ofreció más detalles. La cena transcurrió tensa, y Mark se escapó apenas pudo.

Se hundió en la biblioteca, la habitación larga al final de una de las alas en la parte más antigua de la casa. La condesa lo había animado a que la visitara. Además de un lector que daba acceso a bancos de datos públicos y una comuconsola del gobierno con código de entrada y seguridad y uniones de comus, la habitación estaba tapizada de libros impresos e incluso escritos a mano sobre la Era del Aislamiento. La biblioteca hacía que Mark pensara en el castillo Vorhartung, con sus equipos modernos mal colocados en rincones extraños de una arquitectura que ni siquiera los había imaginado.

Mientras pensaba en el museo, vio con el rabillo del ojo un gran volumen sobre armas y armaduras y lo sacó con cuidado de su estuche para llevarlo a una de las dos habitaciones de lectura que flanqueaban las grandes puertas de vidrio hacia el patio trasero. Las habitaciones tenían muebles de lujo y una mesita cerca de una gran butaca con orejas para apoyar grandes volúmenes, tanto de libros como de personas. Mark lo hojeó despacio, pensativo. Cincuenta clases de cuchillos y espadas y cada pequeña variación tenía nombre y había nombres para cada una de las partes... qué base de conocimiento absolutamente fractual, el tipo de conocimiento creado por un grupo cerrado como el de los Vor, que a su vez recibía la creación de ese conocimiento...

Se abrió la puerta de la biblioteca y sonaron unos pasos firmes sobre el mármol y las alfombras. Era el conde Vorkosigan. Mark se encogió en la butaca de la habitación de lectura y levantó las piernas para que no se vieran desde lejos. No quería quedar atrapado en una charla íntima, tan fácil de iniciar en la comodidad de la habitación. Había logrado dominar el terror que le causaba el conde, pero el hombre todavía lo ponía terriblemente nervioso, aunque no dijera una sola palabra.

Desgraciadamente, el conde se sentó en una de las comuconsolas. Los reflejos de las luces de colores de la pantalla temblaron en el vidrio de las ventanas que quedaban frente a la silla de Mark. Era perfectamente consciente de que cuanto más esperara, así, escondido como un asesino, tanto más difícil le iba a resultar salir a la luz. *Bueno, di hola. Tira el libro al suelo. Suénate la nariz. Algo...* Estaba tratando de reunir coraje para toser y hacer ruido con las hojas del libro cuando la puerta volvió a crujir y se oyeron otros pasos, más leves. La condesa. Mark se hizo una bola en la butaca.

- Ah - dijo el conde. Las luces que se reflejaban en la ventana murieron cuando apagó la máquina para prestarle atención a ella, y giró en redondo sobre la silla. ¿Se inclinó sobre él para darle un beso rápido? La tela crujió cuando se sentó.

- Bueno, Mark está haciendo todo un curso rápido sobre Barrayar - hizo notar ella, ahogando el último impulso de Mark por hacerse notar.

- Es lo que necesita - suspiró el conde -. Tiene veinte años de atraso, tiene que empezar ahora si quiere funcionar.

- ¿Tiene que funcionar? Quiero decir, ¿ahora mismo?

- No. Ahora mismo, no.

- Me alegro. Pensaba que estabas poniéndole una meta imposible. Y ya sabemos que lo imposible lleva un poco más de tiempo.

El conde dejó escapar una risita, que se desvaneció con rapidez.

- Por lo menos ya ha tenido una visión rápida de uno de nuestros peores rasgos sociales. Tenemos que asegurarnos de que comprenda profundamente la historia de los desastres de las mutaciones para que entienda de dónde viene la violencia. La razón por



la que la angustia y el miedo llegaron tan hondo y por la que surgen esas ansiedades y esos... como diríais vosotros, los de Beta, esos malos modales.

- No estoy segura de que él pueda repetir la habilidad nativa de Miles para bailar en ese campo de minas. Ni ahora ni nunca.

- Yo diría que él prefiere atropellar y pasar arando - murmuró el conde con sequedad. Dudó un momento -. Su aspecto... Miles se preocupaba mucho por moverse, actuar, vestirse y demás para que su aspecto no llamara la atención. Hacía que su personalidad fuera más importante que su imagen física. Una especie de magia, si quieres. Mark... parece estar exagerando lo externo.

- ¿La expresión de malhumor?

- Eso, y... confieso que su peso me inquieta. Y sobre todo la rapidez con que lo subió, a juzgar por el informe de Elena. Tal vez tengamos que hacerle un control médico. No puede ser bueno para él.

La condesa hizo un ruido despectivo con la nariz.

- Tiene veintidós años. Nada más. Por el momento no me parece preocupante su estado de salud. No es eso lo que te inquieta, querido.

- Tal vez no... no del todo.

- Te avergüenza mi amigo barrayarano. Tú siempre tan consciente de los cuerpos.

- Mmm. - Mark observó que el conde no lo negaba.

- Buen punto para él.

- ¿Me podrías aclarar eso?

- Los actos de Mark son un lenguaje. Un lenguaje de la desesperación, sobre todo. No son siempre fáciles de interpretar. Pero creo que ése es obvio.

- Para mí no. Analízalo, por favor.

- Es un problema de tres partes. En primer lugar, está el lado físico. Supongo que habrás leído el informe médico con tanta atención como yo.

- He leído la sinopsis de Seglmp.

- Yo he leído los datos con crudeza. Todos. Cuando los escultores de cuerpos de Jackson estaban tallando a Mark para que se pareciera a Miles, no le cambiaron el metabolismo genéticamente. Prefirieron formar un conjunto de hormonas y estimulantes de larga duración e inyectárselo mensualmente, cambiando la fórmula según las necesidades. Más barato, más simple, de resultado más controlado. Tomemos a Ivan como muestra del fenotipo de lo que hubiera resultado el genotipo de Miles sin el envenenamiento con soltoxina. Lo que tenemos en Mark es un hombre físicamente reducido a la altura de Miles pero genéticamente programado para llegar al peso de Ivan. Y cuando ese cuerpo dejó de sufrir los tratamientos de los komarreses, trató de llevar a buen término su destino genético. Si alguna vez lo miraras desapasionadamente, notarías que no sólo es gordo. Tiene huesos y músculos más robustos que los de Miles, más robustos que los que él mismo tenía hace dos años. Cuando alcance su nuevo equilibrio, probablemente será más bien macizo.

*Quieres decir, esférico*, pensó Mark, que escuchaba horrorizado, consciente de haber comido de más en la cena. Puso todo su empeño en ahogar una arcada.

- Como un tanquecito - sugirió el conde, que evidentemente tenía una visión más esperanzada.

- Tal vez. Depende de los otros dos aspectos de su... lenguaje del cuerpo...

- Que son...

- La rebelión y el miedo. En cuanto a la rebelión... toda su vida ha habido gente a su alrededor que ha jugado con su integridad somática, y ha elegido la forma de su cuerpo. Ahora, por fin, le toca a él. Y miedo. De Barrayar, de nosotros, pero sobre todo de que Miles lo domine, lo ahogue y tú sabes que Miles puede ser muy dominante con todos, no sólo con sus hermanos menores. Mark tiene razón. Tuvo algo así como una buena idea. Los soldados y los sirvientes no tienen dificultad en reconocerlo, en decirlo Lord Mark. El

asunto del peso tiene esa brillantez medio atrevida medio consciente que me... me recuerda a alguien que los dos conocemos bien.

- ¿Pero dónde termina? - Ahora sí que el conde se estaba imaginando algo esférico, pensó Mark.

- El metabolismo... cuando él quiera. Puede ir a un médico y hacer que se lo ajusten para tener el peso que quiera. Elegirá algo más moderado cuando no necesite rebelarse y no sienta miedo.

El conde hizo un ruido con la boca.

- Conozco a Barrayar, conozco las paranoias de Barrayar. Aquí no se puede estar seguro. ¿Qué hacemos si decide que no hay gordura suficiente?

- Entonces podemos comprarle una camilla flotante y un par de sirvientes musculosos. O... ayudarle a conquistar sus miedos.

- Si Miles está muerto... - empezó a decir el conde.

- Si no recuperamos a Miles y lo revivimos - corrigió ella con rapidez.

- Entonces, Mark es lo único que nos queda de Miles.

- ¡No! - Las faldas crujieron cuando ella se levantó, y se puso a andar. *Dios mío, que no venga hacia mí...* -. Ahí es donde estropeas las cosas, Aral. Mark es lo único que nos queda de Mark.

El conde dudó.

- De acuerdo. En eso te doy la razón. Pero si Mark es lo único que nos queda... ¿tenemos al próximo conde Vorkosigan?

- ¿Puedes aceptarlo como tu hijo aunque *no* sea el próximo conde Vorkosigan, o ésa es la prueba que tiene que pasar para entrar aquí?

El conde se quedó callado. La voz de la condesa bajó de pronto.

- ¿Escucho tal vez un eco de la voz de tu padre en la tuya? ¿Es él quien me mira por tus ojos?

- Es... imposible... que él no esté ahí. - La voz del conde era igualmente baja, perturbada, pero desafiante, sin tono de disculpas -. En algún nivel. A pesar de todo.

- Sí... sí, entiendo. Lo lamento. - Ella se sentó de nuevo, para alivio de Mark -. Aunque seguramente no es tan difícil tener las aptitudes necesarias para ser conde en Barrayar. Mira algunos de los patos que estos días se sientan en el Consejo. O que no aparecen nunca, en algunos casos. ¿Cuánto tiempo me dijiste que hace que no vota el conde Vortienne?

- Su hijo ya tiene edad para ocupar su lugar - dijo el conde -, lo cual es un alivio para todos. La última vez que necesitábamos un voto unánime, el Sargento de Arma de la Cámara tuvo que ir a buscar el suyo en persona a la residencia, y lo encontró allí en la escena más extraordinaria que... bueno, parece que da ciertos usos únicos a su guardia personal.

- Sí, claro, ésas también son aptitudes única. Comprendo.- Había una sonrisa en la voz de la condesa Cordelia.

- ¿Quién te dijo eso?

- Alys Vorpatril.

- Yo... bueno, no voy a preguntarte cómo lo sabe ella.

- Muy inteligente de tu parte. Pero la cuestión es que Mark tendría que esforzarse mucho para ser el peor conde del Consejo. No son la elite que dicen ser.

- Vortienne es un ejemplo injusto y horrible. Ese Consejo funciona sólo por la dedicación extraordinaria de muchos condes. El Consejo consume a los hombres. Pero... los condes son sólo la mitad de la batalla. El filo más agudo de la espada es el Distrito. ¿Lo aceptaría la gente? ¿Aceptaría la gente al clon perturbado de un original deforme?

- Terminaron aceptando a Miles, y yo creo que están más bien orgullosos de él. Pero... Miles irradia lealtad, y ellos no pueden evitarlo: reflejan una parte, es irremediable.

- No estoy seguro de lo que irradia Mark - musitó el conde -. Me parece más bien un

agujero negro humano. La luz entre por ahí y no sale nada.

- Dale tiempo. Todavía tiene miedo. Proyección de culpa, supongo, de todos estos años en los que iba a ser tu asesino...

Mark, que respiraba por la boca tratando de no hacer ruido, se encogió. ¿Qué? ¿Tenía rayos X esa mujer? Era la aliada más terrible que se podía tener, si es que era una aliada...

- Ivan - dijo el conde - ciertamente no tendría ningún problema de popularidad en el distrito. Y aunque fuera a regañadientes, creo que respondería al desafío de ser conde. Ni el peor ni el mejor, pero del montón sí, por lo menos.

- Ése es el sistema que utilizó para terminar su educación, la Academia del Servicio Imperial y su carrera hasta el momento. El invisible hombre del montón.

- Es frustrante, sí. Él es capaz de mucho más.

- Está tan cerca del Imperio... ¿cuánto puede atreverse a brillar? Atraería a los conspiradores como una luz a los insectos, se le acercarían todos los que quisieran un mascarón de proa para su facción. Y sería un hermoso mascarón de proa. Se hace el tonto. Tal vez sea el menos tonto de todos nosotros.

- Es una teoría optimista, pero si Ivan es tan calculador, ¿cómo consiguió hacerlo desde que aprendió a caminar? - preguntó el conde, con tono de ruego -. Lo convertirías en un cuidadoso Maquiavelo de cinco años, querida capitana.

- Entonces no insisto con la interpretación - dijo la condesa, cómoda -. La cuestión es que si Mark tuviera que elegir una vida en, digamos, Colonia Beta, Barrayar conseguiría seguir adelante de alguna forma. Incluso nuestro Distrito sobreviviría... Y Mark no dejaría de ser nuestro hijo.

- Pero yo quería dejar mucho más... Sigues con esa idea de Colonia Beta.

- Sí. ¿Te parece raro?

- No. - La voz era más débil -. Pero si te lo llevas a Colonia Beta, nunca voy a tener la oportunidad de conocerlo.

Tras un breve silencio, la voz de la condesa sonó más firme.

- Estaría más impresionada por esa queja si mostraras cualquier signo de querer conocerlo ahora. Lo estás evitando con tanto cuidado como él a ti.

- No puedo dejar todos los asuntos de gobierno por esta crisis personal - dijo el conde con dureza -. A pesar de lo mucho que me gustaría.

- Lo hiciste por Miles, si mal no recuerdo. Piensa en el tiempo que pasabas con él aquí, en Vorkosigan Surleau... robabas tiempo como un ladrón para dárselo a él, arrancabas minutos aquí y allá, una hora, una mañana, un día, lo que pudieras conseguir, mientras llevabas la Regencia a la carrera atravesando seis crisis importantes, militares y políticas. No puedes negarle a Mark la ventaja que le diste a Miles, y después decir que no rinde lo mismo que Miles.

- Ah, Cordelia - suspiró el conde -. Yo era joven entonces. No soy el padre que tuvo Miles hace veinte años. Ese hombre ya no está, se quemó completamente.

- No te pido que seas el padre que fuiste entonces; eso sería ridículo, absurdo. Mark no es un crío. Te pido que trates de ser el padre que eres ahora.

- Querida capitana... - La voz se rindió, exhausta.

Tras un breve silencio, la condesa dijo con severidad:

- Tendrías más tiempo y energía si renunciaras. Dimite como Primer Ministro, por favor.

- ¿Ahora? Cordelia, piensa un poco. No me atrevo a perder el control ahora. Como Primer Ministro, Illyan y Seglmp me informan a mí directamente. Si me convierto en un conde cualquiera, estoy fuera de la cadena de mando. Pierdo el poder para seguir con la búsqueda.

- Tonterías. Miles es oficial de Seglmp. Hijo del Primer Ministro o no, van a buscarlo de todos modos. La lealtad hacia los suyos es uno de los pocos encantos de Seglmp.

- Van a buscar hasta los límites de lo razonable. Sólo como Primer Ministro puedo

obligarlos a ir más allá.

- No lo creo. Pienso que Simon Illyan se sacrificaría enteramente por ti aunque estuvieras muerto y enterrado, mi amor.

Cuando el conde habló de nuevo, su voz sonaba cansada.

- Yo estaba listo para irme hace tres años. Quería dárselo todo a Quintillan.

- Sí. Me puse tan contenta...

- Si no se hubiera muerto en ese estúpido accidente... Una tragedia sin sentido. Ni siquiera fue un asesinato...

La condesa se echó a reír.

- Si no fue asesinato, según los baremos de Barrayar, esa muerte es realmente un desperdicio. Pero en serio, es hora de dejar el cargo, Aral.

- Más que hora - coincidió el conde.

- Suéltalo. Ya.

- Apenas sea seguro.

Ella hizo una pausa.

- Nunca vas a estar lo suficientemente gordo, mi amor. Suéltalo de todos modos.

Mark estaba paralizado, con una pierna cosida a alfilerazos. Se sentía arrasado y atormentado, más agotado y golpeado que en el callejón. La condesa era una luchadora científica, de eso no había duda.

El conde rió un poco. Pero esta vez, no contestó. Para alivio de Mark, los dos se levantaron y salieron de la biblioteca juntos. Apenas se cerró la puerta, él rodó de la silla hacia el suelo, y movió las piernas y brazos para recuperar la circulación. Estaba temblándose y sacudiéndose. Tenía un nudo en la garganta pero por fin consiguió toser, una tos bendita que le facilitó la respiración. No sabía si reír o llorar, tenía ganas de hacer las cosas al mismo tiempo y terminó estornudando y mirando cómo le subía y bajaba el vientre bajo la ropa. Se sentía obeso. Se sentía loco. Sentía la piel transparente, sentía que cualquiera que pasara a su lado podría señalar sus órganos personales con el dedo.

Pero cuando de pronto recuperó el aliento y terminó con la tos, se dio cuenta de que no era miedo. No del conde y la condesa, por lo menos. Sus caras privadas y sus caras públicas eran... inesperadamente coherentes. Le parecía que podía confiar en ellos. No era que no fueran a lastimarlo sino más bien que podía creer que eran lo que parecían ser. Al principio no encontraba una palabra para eso, esa sensación de unidad personal. Luego se le ocurrió. *Ah, ése es el aspecto de la integridad. No lo sabía.*

15

La condesa cumplió su promesa, o amenaza, de mandar a Mark a una visita con Elena. Las siguientes semanas se caracterizaron por frecuentes excursiones a Vorbarr Sultana y los Distritos vecinos, orientadas sobre todo a lo cultural e histórico, incluyendo una visita privada a la Residencia Imperial. Gregor no estaba allí ese día, para alivio de Mark. Seguramente habían visto todos los museos de la ciudad. Elena, tal vez con órdenes explícitas, también lo arrastró a una docena de universidades, academias y escuelas técnicas. Mark se alegró de saber que no todas las instituciones del planeta entrenaban oficiales militares; en realidad, la más grande y más populosa de la capital era el Instituto de Ingeniería y Agricultura del Distrito de Vorbarra.

Elena siguió mostrándose impersonal en presencia de Mark. Fueran cuales fuesen sus sentimientos en su primera visita a su viejo hogar en una década, casi nunca se le notaban bajo la máscara, excepto alguna ocasional exclamación de sorpresa frente a un cambio inesperado: nuevos edificios, viejas manzanas de casas derribadas, calles con un nuevo trazado. Mark sospechaba que el ritmo frenético de las visitas era una excusa para que ella no tuviera que hablarle. Llenaba los silencios con conferencias. Mark empezó a

sentir deseos de haberse quedado con Ivan. Tal vez su primo lo habría llevado a un bar, para cambiar.

El cambio llegó una noche cuando el conde volvió abruptamente a la Casa Vorkosigan y anunció que se iban todos a Vorkosigan Surleau. En una hora, Mark se descubrió con sus cosas dentro de un volador. Viajaba con Elena, el conde Vorkosigan, y Pym en la oscuridad, rumbo a la residencia de verano de los Vorkosigan en el sur. La condesa no iba con ellos. La conversación varió de tensa a inexistente, excepto un lacónico código ocasional entre el conde y Pym, frases todas sin terminar. Las montañas Dendarii se alzaron por fin en el horizonte, una mancha oscura contra las nubes y las estrellas. El volador trazó un círculo sobre un lago que brillaba vagamente y aterrizó colina arriba frente a una enorme casa de piedra, encendida y preparada por otros sirvientes humanos. Los guardias de SegImp que cuidaban al Primer Ministro eran formas discretas que salían de un segundo volador.

Como ya era casi medianoche, el conde se limitó a orientar a Mark en el interior de la casa y dejarlo en una habitación de huéspedes del primer piso con vistas al lago y a la ladera de la colina. Mark se reclinó entonces contra el alféizar de la ventana y miró a la oscuridad con los ojos bien abiertos. *¿Por qué me has traído aquí?*, pensó dirigiéndose al conde. Vorkosigan Surleau era la más privada de las residencias de los Vorkosigan, el corazón emocional y cuidado del reino personal del conde, esparcido por el planeta. *¿Habría pasado alguna prueba? ¿Lo habrían llevado allí por eso, o la prueba era Vorkosigan Surleau?* Seguía con sus preguntas cuando se fue a la cama a dormir.

Se despertó parpadeando bajo el sol de la mañana que entraba en diagonal a través de la ventana que no había vuelto a abrir la noche anterior. Algún sirviente le había colocado la ropa más informal en el armario. Descubrió un baño al otro lado del vestíbulo. Después de lavarse y vestirse, salió en una cuidadosa búsqueda de la humanidad. Una mujer de la cocina le dijo que saliera si quería ver al conde, pero por desgracia no le ofreció nada para el desayuno.

Mark caminó por un sendero empedrado hacia un bosquecillo de árboles importados de la Tierra, con las hojas verdes algo manchadas y extrañas con la llegada del cambio otoñal. Árboles viejos, muy grandes. El conde y Elena estaban cerca del bosquecillo, en un jardín rodeado de paredes que servía como cementerio de la familia Vorkosigan. La residencia de piedra había sido en otro tiempo un cuartel para los guardias que servían en el ruinoso castillo frente al lago; el cementerio había recibido una vez a los caídos entre los guardias.

Mark levantó las cejas. El conde era una mancha violenta de color en su uniforme militar más formal, rojo y azul, los colores imperiales que se usaban para los desfiles. Elena llevaba un traje de terciopelo gris de los Dendarii, con botones de plata y líneas blancas en las piernas. Estaba arrodillada frente a un brasero plano de bronce sobre un trípode. Llamas anaranjadas temblaban allí dentro y el humo se elevaba lentamente y desaparecía en el aire dorado y neblinoso de la mañana. Estaban quemando una ofrenda a los muertos. Mark se detuvo sin saber qué hacer junto al portón de la cerca de piedra baja. *¿A quién le hacían la ofrenda? Nadie le había invitado.*

Elena se levantó; ella y el conde hablaron un rato mientras la ofrenda, fuera lo que fuese, se convertía en cenizas. Un momento después, Elena plegó una tela, levantó el brasero del trípode y distribuyó las cenizas grises y blancas sobre la tumba. Limpió la vasija de bronce y la colocó, junto con el trípode plegado, en una bolsa marrón con bordados en plata. El conde echó una mirada sobre el lago, divisó a Mark junto al portón y asintió. No era exactamente una invitación, pero tampoco era un rechazo.

Elena dijo algo al conde y salió del jardín. El conde la saludó militarmente. Ella hizo un gesto con la cabeza al pasar frente a Mark. Tenía la cara solemne aunque a Mark le pareció que estaba menos tensa, con una expresión menos hermética de la que había

tenido desde la llegada a Barrayar. Esta vez el gesto del conde era una clara señal para que entrara. Intrigado, aunque incómodo, Mark se deslizó por el portón y caminó haciendo ruido en la grava.

- ¿Qué... qué pasa? - consiguió preguntar por fin, con un tono demasiado alegre, aunque el conde no pareció tomárselo a mal.

Señaló una tumba a sus pies: *Sargento Constantine Bothari*, y las fechas. *Fidelis*.

- Descubrí que Elena nunca había quemado una ofrenda para su padre. Fue mi guardaespaldas durante dieciocho años y antes sirvió conmigo en las guerras del espacio.

- El guardaespaldas de Miles. Eso lo sabía. Pero lo mataron antes de que Galen empezara a entrenarme y no le dedicó demasiado tiempo.

- Debería haberlo hecho. El sargento Bothari fue muy importante para Miles. Y para todos nosotros. Bothari era... un hombre difícil. No creo que Elena haya reconocido eso jamás. Supongo que necesitaba llegar a cierta aceptación para estar bien consigo misma.

- ¿Difícil? Criminal, me dijeron.

- Eso es muy... - El conde dudó. Mark esperaba que agregara *injusto* o *falso*, pero la palabra que finalmente eligió fue -: *incompleto*.

Caminaron entre las tumbas mientras el conde guiaba a Mark como en una visita. Parientes y servidores... ¿quién era el mayor Amor Klyeuvi? A Mark le recordaba todos los museos de la ciudad. La historia de la familia Vorkosigan desde la Era del Aislamiento encerraba la historia de Barrayar. El conde señaló a su padre, a su madre, a su hermano, a su hermana, y a sus abuelos Vorkosigan. Seguramente los que habían muerto antes de esa fecha estaban enterrados en la vieja capital del Distrito, en Vorkosigan Vashnoi, y se habían desvanecido junto con la ciudad en la invasión cetagandana.

- Quiero que me entierren aquí - comentó el conde, mirando al lago y las colinas pacíficas más allá. La niebla de la mañana se estaba desvaneciendo de la superficie, y el brillo del sol empezaba a rielar sobre las ondas -. Evitar esa multitud del cementerio imperial de Vorbarr Sultana. Querían enterrar allí a mi pobre padre. Y tuve que discutir con ellos por eso, a pesar de su testamento. - Señaló la piedra con la cabeza. *General Conde Piotr Pierre Vorkosigan*, y las fechas. Al parecer, el conde había ganado la discusión. Los condes.

- Cuando era niño pasé aquí algunos de los meses más felices de mi vida. Y después, el casamiento, la luna de miel. - Una sonrisa torcida se filtró a través de sus facciones -. Concebimos aquí a Miles. Y por tanto, en cierto modo, también a ti. Mira alrededor. Éste es su lugar de origen. Después del desayuno, voy a cambiarme y te voy a mostrar más cosas.

- Ah... Entonces nadie ha comido nada todavía.

- Antes de quemar una ofrenda, hay que ayunar. Creo que por eso lo hacen al amanecer. - El conde esbozó una sonrisa.

Evidentemente, el glorioso uniforme de desfile no le servía para otra cosa en ese lugar y tampoco el vestido gris a Elena. Los habían incluido en el equipaje especialmente para eso. Mark echó una mirada al reflejo distorsionado de sí mismo en las botas del conde, pulidas como espejos. La superficie convexa lo amplió a proporciones grotescas. ¿Su futuro yo?

- ¿Para eso hemos venido aquí, para que Elena hiciera esa ceremonia?

- Entre otras cosas.

Ominoso. Mark siguió al conde de vuelta a la gran casa de piedra. Se sentía oscuramente inquieto.

El mayordomo sirvió el desayuno en un patio soleado al final de la casa, un lugar cerrado por arbustos floridos y plantas excepto en una parte para contemplar el lago. El conde reapareció en viejos pantalones negros y una túnica de estilo campestre, suelta y con cinto. Elena no se reunió con ellos.

- Quería caminar - explicó el conde -. Y es lo que vamos a hacer nosotros. -

Prudentemente, Mark devolvió el tercer panecillo dulce a su canasta cubierta.

Muy pronto se alegró de haberse dominado porque el conde lo llevó directamente colina arriba. Treparon un rato, y luego se detuvieron para recuperarse. La vista del gran lago, retorciéndose entre las colinas, era muy hermosa. Mark se quedó sin el poco aliento que le quedaba. Al otro lado había un pequeño valle salpicado de viejos establos de piedra y dehesas cultivadas de plantas verdes de la Tierra. El conde llevó a Mark hasta el portón y se inclinó sobre él, pensativo.

- Ese ruano de allí es el caballo de Miles. Estos últimos años lo descuidaron bastante. Miles no siempre tenía tiempo de montarlo cuando estaba en casa, lo cual tampoco sucedía con mucha frecuencia. Cuando Miles lo llamaba, venía corriendo. Era de lo más emocionante ver a ese caballazo haragán levantarse y venir corriendo. - El conde hizo una pausa -. Podrías intentarlo.

- ¿Qué? ¿Llamar al caballo?

- Me gustaría ver si el caballo nota la diferencia. Vuestras voces son... muy parecidas al oído.

- Me entrenaron para eso.

- Su nombre es... Ninny. - Y cuando Mark lo miró, agregó -: Un nombre de establo, de mascota.

*Su nombre es Gordo Ninny. Lo cambiaste por mí. Ja.*

- ¿Y qué hago? ¿Me paro ahí y grito «Hey, Ninny, Ninny, Ninny»? - Se sentía como un tonto.

- Tres veces.

- ¿Qué?

- Miles siempre repetía el nombre tres veces.

El caballo estaba de pie al otro lado del corral, las orejas levantadas, mirándolos. Mark respiró hondo y llamó en su mejor acento de Barrayar:

- Hey, aquí, Ninny, Ninny, Ninny. ¡Aquí, Ninny, Ninny, Ninny!

El caballo relinchó, y trotó hasta el portón. No es que corriera pero pateó una vez, en medio del campo. Llegó con un bufido que esparció un chorro de gotas de vapor sobre Mark y el conde. Se inclinó sobre el portón, que crujió y se torció. De cerca, era enorme. Metió la cabezota sobre los alambres. Mark retrocedió con rapidez.

- Hola, viejo. - El conde le palmeó el cuello -. Miles siempre le da azúcar - aconsejó a Mark por encima del hombro.

- ¡Con razón viene corriendo! - dijo Mark, indignado. Y él que había creído que era el efecto yo-amo-a-Naismith.

- Sí, pero Cordelia y yo también le damos azúcar y con nosotros no viene corriendo. Viene pero e toma su tiempo.

El caballo lo miraba con total sorpresa, Mark estaba seguro de ello. Un alma más a la que había traicionado al no ser Miles. Pronto llegaron también los otros dos caballos, enzarzados en algún tipo de rivalidad fraternal: una multitud maciza decidida a no perderse nada. Mark preguntó amedrentado:

- ¿Ha traído azúcar?

- Sí, sí - dijo el conde. Sacó media docena de terrones blancos de su bolsillo y se los entregó a Mark. Con mucha cautela, Mark se puso un par en la palma y extendió el brazo todo lo que pudo. Con una especie de chillido, Ninny bajó las orejas y mordió a los dos costados para echar a sus rivales, luego las levantó de nuevo, modestamente, y cogió el azúcar con grandes labios de goma, dejando un rastro de suciedad verde en la palma de Mark. Mark se frotó la mano en la cerca, pensó en el pantalón y terminó por secarse el resto contra el cuello brillante del caballo. Una vieja cicatriz interrumpía la suavidad de la piel bajo su mano. Ninny lo empujó con la cabeza y Mark retrocedió fuera de su alcance. El conde restauró el orden de la multitud con un par de gritos y palmadas - *ah, como en la política de Barrayar*, pensó Miles con irreverencia - y se aseguró de que los otros dos

también recibieran algo. Después, se limpió en los pantalones, sin problemas.

- ¿Te gustaría montarlo? - ofreció -. Aunque no lo han trabajado mucho últimamente, seguro que está bien.

- No, gracias - se ahogó Mark -. En otro momento, tal vez.

- Ah.

Caminaron a lo largo de la alambrada con Ninny a su altura al otro lado, hasta que las esperanzas del caballo desaparecieron en el rincón del campo, donde la alambrada lo obligó a quedarse atrás. Relinchó cuando se alejaban, un sonido extraordinariamente triste. Los hombros de Mark bajaron como si alguien le hubiera dado un golpe. El conde sonrió, pero el intento le debió de parecer tan torpe como realmente fue porque la sonrisa se borró inmediatamente. Miró de nuevo por encima del hombro.

- El viejo tiene más de veinte. Está cerca del límite ya, para un caballo. Estoy empezando a identificarme con él.

Iban hacia el bosque.

- Hay un sendero para montar... da vuelta hacia un lugar desde donde se ve la casa. Hacíamos picnics allí arriba. ¿Te gustaría verlo?

Una caminata. Mark no tenía ganas pero ya había rechazado la invitación del conde para que montara a caballo. No se atrevía a negarse dos veces, el conde pensaría que era un... maleducado.

- De acuerdo. - Nada de guardaespaldas ni de Seglmp a la vista. El conde se había esforzado por crear ese momento en privado. Mark se encogió. Charla íntima a la vista.

Cuando llegaron al borde del bosque, oyó el sonido de las primeras hojas del suelo entre sus pies, y olió el perfume, orgánico pero agradable. Pero el ruido no llegaba a llenar el silencio. El conde, a pesar de su falsa tranquilidad campestre, estaba duro y tenso. Sin equilibrio. Nerviosísimo, Mark dejó escapar un:

- La condesa le pidió que hiciera esto, ¿verdad?

- No. En realidad - dijo el conde -... sí.

Una respuesta muy ambigua y seguramente cierta.

- ¿Alguna vez va a perdonar a los de Bharaputra el disparo equivocado contra el almirante Naismith?

- Probablemente no. - La voz del conde era tranquila, nada agresiva.

- Si hubiera sido al revés... si ese hombre le hubiera metido en tiro al de la izquierda... ¿Seglmp estaría cazando mi crío-cámara ahora? - Y Miles, ¿habría sacado de la cámara a Phillipi para poner a Mark?

- Como en ese caso, Miles sería Seglmp del área, supongo que la respuesta es sí - murmuró el conde -. Como yo no te hubiera conocido, mi interés sería probablemente más... académico. Tu madre habría sido como Miles - agregó, pensativo.

- Seamos honestos - dijo Mark con amargura.

- No podemos construir nada que dure sobre ninguna otra base - dijo el conde con sequedad. Mark se puso rojo y gruñó. Estaba de acuerdo.

El sendero corría junto a un arroyo, luego cortaba sobre una elevación por encima de algo que parecía una quebrada o un desaguadero, llenos de rocas sueltas y caídas. Por suerte, después de eso no había cambios de altura por un tiempo, y el sendero se abría y volvía a abrirse entre los árboles. Algunas vallas para caballos, troncos cortados y arbustos, aparecían de vez en cuando a los lados; los senderos pasaban de lado o por encima, como quisiera el jinete. ¿Por qué estaba tan seguro de que Miles siempre elegía saltarlas? Tenía que admitirlo, había algo tranquilo, primordial en los bosques: los dibujos del sol y la sombra, los altos árboles terrestres y nativos y los arbustos importados creaban una ilusión de soledad infinita. Alguien que no hubiera sabido algo más sobre las técnicas de terraformación hubiera imaginado que todo el planeta era esa selva sin gente. Giraron hacia una senda doble más ancha, donde podían caminar a la par.

El conde se mojó los labios.



- En cuanto a esa crío-cámara...

La cabeza de Mark se alzó como la del caballo cuando olía el azúcar. Seglmp no le hablaba, el conde tampoco le había hablado del tema hasta el momento; medio loco por el vacío de información, finalmente se había derrumbado y había ido a preguntarle a la condesa, aunque la decisión le había costado una enormidad. Pero ella tampoco podía informarle. Seglmp había determinado los nombres de unos cuatrocientos lugares a los que la crío-cámara NO había llegado. Un comienzo. Cuatrocientos lugares menos, el resto del universo en veremos... imposible, inútil, absurdo...

- Seglmp la ha encontrado. - El conde se frotó la cara.

- ¡Qué! - Mark se detuvo en seco -. ¿La tienen? ¡Mierda! ¡Entonces ya se ha terminado! ¿Adónde... por qué usted no? - Se mordió la lengua cuando se le ocurrió que probablemente había surgido una buena razón por la que el conde no se lo había dicho inmediatamente. No estaba muy seguro de querer oírla. La cara del conde estaba desolada.

- Estaba vacía.

- Ah. - Qué manera más estúpida de reaccionar. Ah. Lo único que se le había ocurrido decir era Ah. Se sentía increíblemente estúpido - ¿Cómo? No entiendo. - Se había imaginado miles de finales, pero nunca ése. ¿Vacía? -. ¿Dónde?

- El agente de Seglmp la encontró en un inventario de ventas de una compañía de suministros en el Centro Hegen. Limpia y reacondicionada.

- ¿Y están seguros de que es la misma?

- Si las señales de identificación que nos dieron la capitana Quinn y los Dendarii son correctas, es ésa. El agente es uno de nuestros muchachos más brillantes y se limitó a comprarla, sin ruido ni alharaca. La mandaron por correo rápido a los cuarteles generales de Seglmp en Komarr para que los forenses hagan un buen análisis. Aunque parece que no hay mucho que analizar.

- Pero es una pista, un rastro por fin. La compañía de suministros tiene que tener registros... Seglmp debería poder rastrearla hasta el momento en que...

- Sí y no. El rastro se pierde un paso más atrás de la compañía de suministros. El carguero independiente que la trajo tiene varios cargos por comerciar con objetos robados.

- ¿De Jackson's Whole? ¡Ah, pero eso hace que el área de probabilidades sea mucho más pequeña!

- Mmm. Hay que recordar que el Centro Hegen es exactamente eso, un centro. La posibilidad de que la crío-cámara llegara al Imperio Cetagandano desde Jackson's Whole y luego saliera otra vez vía el Centro Hegen es... remota pero real...

- No. ¿Y el tiempo?

- El tiempo sería escaso, pero posible. Illyan lo calculó. El tiempo limita el área de búsqueda a sólo... nueve planetas, diecisiete estaciones y todas las naves en ruta entre ellos. - El conde hizo una mueca -. Casi me gustaría que fuera un complot cetagandano. Por lo menos podría confiar en el hecho de que los señores Ghem conocieran el valor del paquete. La pesadilla que me desespera es que la crío-cámara haya caído en manos de algún ladronzuelo jacksoniano que se haya limitado a tirar el contenido y revender el equipo. Nosotros podríamos haberle pagado una recompensa, un rescate... doce veces más que el valor de la crío-cámara, y sólo por el cuerpo muerto. Por Miles preservado y potencialmente capaz de recibir tratamiento... lo que pidieran, cualquier cosa. Me vuelvo loco pensando que Miles se está pudriendo en alguna parte por... por error...

Mark apretó las manos sobre la frente, que le latía de pronto. Tenía el cuello tan tenso que lo sentía como un pedazo de madera dura.

- No... es demasiado, es... una locura... Ahora tenemos los dos extremos de la soga, nos falta el medio. Tiene que haber una conexión. Norwood... Norwood era leal al almirante Naismith. Y además, inteligente. Yo lo conocí... algo. Claro que no esperaba

que lo mataran pero no habría mandado la crío-cámara a ningún lugar donde corriera peligro, no la hubiera mandado a cualquier sitio, al azar... - ¿Estaba tan seguro de eso? Norwood esperaba recuperarla de su destino en un día, a lo sumo. Si hubiera llegado... a donde fuera... con algo así como una nota diciendo quédensela hasta que llamemos... y después nadie hubiera llamado... -. ¿La reacondicionaron antes o después de que la compañía la comprara en el Centro?

- Antes.

- Entonces tiene que haber algún tipo de instalación médica en ese intervalo. Tal vez una de crío-tratamientos. Tal vez... tal vez Miles entró en los bancos de almacenamiento de alguien. - ¿Sin identificación y medio muerto? Esa caridad era posible en Escobar; pero en Jackson's Whole... Una esperanza muy imposible.

- Ojalá. Sólo hay un número finito de esas instalaciones. Es controlable. SegImp está ahora en eso... Pero los... los muertos congelados requieren mucha experiencia. La mera operación mecánica de limpiar una cámara puede hacerla cualquier enfermería de nave. O sector de ingeniería. Una tumba sin marcas puede ser mucho más difícil de localizar. Y tal vez no hay tumba y lo desintegraron... como a un montón de basura... - El conde miró a los árboles.

Mark hubiera apostado cualquier cosa a que no los veía. Hubiera apostado todo a que veía lo mismo que él, un cuerpecito congelado, con el pecho destrozado en mil pedazos - no habría hecho falta un tractor manual para levantarlo - tirado sin cuidado, sin conciencia, a una unidad de limpieza y eliminación de basura. ¿Se preguntaría alguien quién había sido el hombrecito, o lo considerarían una cosa repelente, olvidable? Y ¡mierda! ¿quiénes eran ellos?

¿Cuánto tiempo hacía que la mente del conde daba vueltas sobre esa rueda de pensamiento, y cómo diablos era posible que todavía pudiera caminar y hablar al mismo tiempo?

- ¿Cuánto tiempo hace que sabe esto?

- El informe me llegó ayer por la tarde. Así que... bueno, hoy es más importante que nunca que yo sepa dónde estás. En relación con Barrayar. - Empezó a subir otra vez por el sendero, luego tomó un desvío que se fue haciendo más angosto y empinado, subiendo a través de una zona de árboles altos y arbustos menos espesos.

Mark lo seguía, lo más rápido que podía.

- Nadie en su sano juicio puede estar parado en relación con Barrayar. Lo que hay que hacer en relación con Barrayar no es estar parado sino salir corriendo. Lo más rápido posible.

El conde sonrió.

- Me temo que estuviste hablando demasiado con Cordelia.

- Sí, bueno, ella es la única que me habla aquí - dijo Mark y alcanzó al conde, que caminaba más despacio.

El conde hizo un gesto de dolor.

- Eso es cierto. - Empezó a caminar otra vez por el sendero pedregoso -. Lo lamento. - Unos pocos pasos después agregó con un ataque de humor negro -: Me pregunto si los riesgos que yo asumía de joven le hacían esto a mi padre. Si es así, está vengado. Con toda nobleza. - Más negrura que humor, pensó Mark -. Pero ahora más que nunca es necesario... saber...

El conde se detuvo y se sentó abruptamente a un lado del sendero, con la espalda apoyada en un árbol.

- Qué raro - murmuró. La cara, un momento antes llena de color y húmeda con la subida y la tibieza de la mañana, se había puesto pálida de pronto.

- ¿Qué? - dijo Mark con cuidado, jadeando. Apoyó las manos sobre las rodillas y miró al hombre con los ojos muy abiertos, por una vez a su mismo nivel. El conde tenía una mirada absorta, perturbada.

- Creo... creo que será mejor que descanse un momento.

- De acuerdo. - Mark se sentó también en una piedra cercana. El conde no siguió con la conversación. Una inquietud extrema tensó el estómago de Mark. *¿Qué diablos le pasa? Algo le pasa. Ay, coño...* El cielo se había puesto azul y hermoso y una brisa suspiraba entre los árboles. Una pocas hojas doradas cayeron desde las ramas. El frío que le corría por la espalda no tenía nada que ver con el tiempo.

- No es - dijo el conde en tono distante, académico - una úlcera perforada. Ya tuve una de éstas y no tiene nada que ver. - Cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía la respiración rápida y superficial y no recobraba el ritmo con el descanso, como le ocurría a Mark.

*Algo anda muy mal.* Un hombre valiente que trata de no parecer asustado era una de las cosas más espantosas que Mark había visto en su vida. Valiente. Pero no estúpido. Por ejemplo, el conde no había tratado de fingir que no le pasaba nada y seguir andando por el sendero para demostrarlo.

- No parece que esté bien.

- No me siento bien.

- ¿Qué le pasa?

- Eh... dolor en el pecho - admitió él, obviamente avergonzado -. En realidad, más que un dolor. Una sensación... muy... rara... Empezó entre un paso y otro, de golpe...

- No puede ser una indigestión, ¿verdad? - Como la que hervía en ácidos en el vientre de Mark desde hacía un momento...

- No, lamentablemente no.

- Tal vez será mejor que llamemos por comu. Para pedir ayuda - sugirió Mark tímidamente. Pero no había nada que él pudiera hacer, si se trataba de la emergencia médica que parecía ser.

El conde rió con una risa nada reconfortante.

- No lo he traído.

- ¿Qué? Usted es el Primer Ministro, no puede andar por ahí sin...

- Quería asegurarme un conversación sin interrupciones, privada. Para cambiar. Sin que los otros ministros de Vorbarr Sultana interrumpieran cuarenta veces para preguntarme dónde dejaron sus agendas. Antes hacía... eso... por Miles. A veces, cuando la atmósfera se ponía muy espesa. Todo el mundo se volvía loco pero... finalmente... lo aceptaban. - La voz sonó aguda y leve en la última palabra. El conde se acostó sobre las hojas caídas -. No... no mejora así... - Extendió una mano y Mark, con el corazón latiéndole de terror, lo volvió a sentar.

*Una toxina paralizante... ataque al corazón... Yo iba a quedarme a solas contigo... tenía que esperar veinte minutos y mirarte todo el tiempo mientras morías... ¿Cómo había logrado que pasara eso? ¿Magia negra? Tal vez realmente estaba programado, y una parte de sí mismo hacía cosas que el resto de él no conocía, como en una de esas personalidades dobles. ¿Yo lo he hecho? Ah, Dios, Dios. Mierda.*

El conde hizo un esfuerzo por sonreír.

- No te asustes tanto, muchacho - susurró -. Vuelve a casa y busca a los guardias. No es tan lejos. Te prometo que no me voy a mover. - Una risita ronca.

*No presté atención a los senderos cuando subíamos. Te seguía a ti. ¿Podría llevarlo a cuestras? No.* Mark no era un tecnomed pero tenía la clara sensación de que mover a ese hombre era muy mala idea. Por otra parte, a pesar de los kilos que había ganado, el conde pesaba más que él.

- De acuerdo. - No había habido tantos lugares donde perderse, ¿verdad? -. No... no...

- *No se te ocurra morirte ahora, mierda. ¡Ahora no!*

Mark se volvió y echó a correr otra vez por el sendero. ¿Izquierda o derecha? A la izquierda, por el sendero doble. ¿Pero dónde habían entrado en el doble? Habían pasado a través de algunos arbustos en todas partes y media docena de aberturas a los costados del camino. Una de esas vallas para saltar a caballo. ¿Habían atravesado una? Muchas

se parecían... *Me voy a perder en este bosque de mierda y voy a caminar en círculos... dentro de veinte minutos estará muerto y van a pensar que lo hice a propósito...* Dio un tropezón, rebotó contra un árbol y buscó equilibrio y dirección. Se sentía como un perro en un drama, un perro que busca ayuda. Cuando llegara, lo único que podría hacer sería ladrar, gemir y rodar por el suelo y nadie lo entendería... Se aferró a un árbol, jadeando, y miró a su alrededor. ¿El musgo crecía en el lado norte de los árboles allí también o era sólo en la Tierra? Eran árboles de la Tierra, la mayoría por lo menos. En Jackson's Whole había unos líquenes resbaladizos que crecían sobre el lado sur de todas las cosas, incluyendo los edificios, y había que eliminarlos de los goznes de las puertas... ¡Ah! ¡La quebrada! ¿Pero cómo habían venido? ¿Arroyo arriba o arroyo abajo? *Estúpido, estúpido, estúpido...* Le había empezado a doler el costado. Se volvió hacia la izquierda y echó a correr.

¡Aleluya! Una figura alta y femenina caminaba por el sendero delante de él. Elena, que volvía al establo. No sólo estaba en el camino correcto sino que además había encontrado ayuda. Trató de gritar pero sólo le salió un graznido, aunque ella lo oyó, y al verlo se detuvo. Él llegó, tambaleándose.

- ¿Qué diablos te pasa? - La frialdad e irritación iniciales se fueron transformando en curiosidad y alarma.

Mark jadeó:

- El conde... se ha puesto enfermo... en el bosque. ¿Puede... los guardias... que suban?

Las cejas de ella se unieron, llenas de sospechas.

- ¿Enfermo? Hace una hora estaba bien.

- *Muy* enfermo, por favor, rápido, ¡rápido!

- ¿Qué le has hecho? - empezó ella, pero la angustia de él era tan palpable que dominó sus malos pensamientos -. Hay un comu en el establo, es lo que queda más cerca. ¿Dónde lo has dejado?

Mark hizo un gesto vago hacia atrás.

- Allí... No sé cómo se llama el lugar. En el sendero, donde hacían picnics. ¿Tiene sentido eso? ¿Pero es que los guardias de Seglmp no tienen rastreadores? - Se dio cuenta que prácticamente estaba golpeando el suelo con los pies de impaciencia -. Usted tiene las piernas más largas. ¡Vaya!

Ella le creyó por fin y echó a correr, dirigiéndole una mirada que casi lo despellejó de furia.

*Yo no lo hice...* Él se volvió hacia donde había dejado al conde. Se preguntó si no debería estar corriendo en el otro sentido, para protegerse. Si robaba un volador y volvía a la capital, ¿no conseguiría que una de las embajadas galácticas le diera asilo político? *Ella cree que yo... todos van a pensar que...* Si incluso él desconfiaba de sí mismo, ¿por qué no iban a hacerlo los barrayeranos? Tal vez lo mejor era ahorrar esfuerzos y matarse allí mismo, en aquel bosque estúpido. Pero no tenía armas y a pesar de lo duro del terreno, no había acantilados lo suficientemente altos para arrojar y estar seguro de morir en la caída.

Al principio, Mark creyó que había vuelto a perderse. Seguramente el conde no podía haberse levantado y echar a andar... no. Allí estaba, de espaldas junto a un tronco caído. Respiraba jadeando, el aire superficial en los pulmones, con pausas demasiado largas entre una toma de aire y otra, los brazos cruzados, claramente peor que cuando Mark lo había dejado. Pero no estaba muerto. No, todavía no estaba muerto.

- Hola, muchacho - bufó como bienvenida.

- Elena trae ayuda - prometió Mark, lleno de ansiedad. Levantó la vista y miró alrededor. Escuchó. *Pero todavía no han llegado.*

- Bien.

- No... no hable...

El conde soltó una risa, un bufido de efecto aún más horrible sobre su respiración entrecortada.

- Sólo Cordelia... ha logrado que... me calle... - Pero se quedó callado después de pronunciar la frase. Mark le permitió la última palabra, con prudencia, para que no siguiera hablando.

*Vive, coño. No me dejes así.*

Un sonido familiar hizo que Mark levantara la vista. Elena había resuelto el problema del transporte a través de los árboles con una bici-flotante. Un hombre de SegImp, uniformado, iba tras ella, agarrado a su cintura. Elena llevaba la bici a través de las ramas y al bajar rompió algunas. No hizo caso del golpe de las hojas, que le dejaron señales rojas en la cara. El hombre de SegImp descendió de la bici cuando aún estaba a medio metro del suelo.

- Apártese - le ladró a Mark. Por lo menos tenía un equipo médico -. ¿Qué le ha hecho? Mark retrocedió hacia Elena.

- ¿Es médico?

- No, es un techo. - Elena también jadeaba.

El tecnomed levantó la vista e informó.

- Es el corazón, pero no sé ni qué le sucede ni por qué ha pasado. Que el médico del Primer Ministro no venga aquí, que vaya a Hassadar. Ahora mismo. Creo que vamos a necesitar las instalaciones.

- De acuerdo. - Elena ladró órdenes en el comu.

Mark trató de poner al conde sobre la bici, entre Elena y el hombre. El tecno lo miró furioso.

- ¡No lo toque!

El conde, a quien Mark había creído casi inconsciente, abrió los ojos y susurró:

- Hey. El chico no ha hecho nada, Jasi. - Jasi, el tecnomed, se amilanó -. Está bien, Mark.

*Maldita sea, se está muriendo pero piensa en el futuro. Está tratando de librarme de las sospechas.*

- El autoaéreo nos espera en el primer claro. - Elena señaló ladera abajo -. Si quieres transporte, vete allí. - La bici se elevó lenta y cuidadosamente.

Mark entendió la indicación y galopó colina abajo, plenamente consciente de la sombra que se movía por encima de los árboles. La sombra lo dejó atrás. Él corrió más rápido, apoyándose en los troncos de árboles para girar y llegó al doble sendero de palmeras taladas justo en el momento en el que el tecnomed, Elena y Pym terminaban de acomodar al conde Vorkosigan en el asiento trasero del compartimento de un autoaéreo negro y elegante. Mark entró tambaleándose y se sentó junto a Elena en el asiento que miraba atrás justo cuando el vehículo se cerraba, sellando la compuerta. Pym tomó los controles del compartimento delantero, hicieron una espiral en el aire y se alejaron a toda velocidad. El tecno se acuclilló en el suelo junto a su paciente y se dedicó a cosas lógicas como poner oxígeno y administrar hipoespray de sinergina para estabilizarlo contra la conmoción.

Mark estaba jadeando más fuerte que el conde, hasta el punto en que el tecno levantó la vista a pesar de su concentración y lo miró con ojos de médico pero a diferencia del conde, Mark recuperó el aliento después de un tiempo. Estaba traspirando y temblando por dentro. La última vez que se había sentido tan mal fue cuando las tropas de seguridad de Bharaputra estaban disparando armas letales contra él. *¿Puede ir tan rápido un autoaéreo?* Mark rezaba para que no se estrellaran contra algo más grande que un insecto.

A pesar de la sinergina, la mirada del conde parecía ausente. Hizo un gesto para sacarse la pequeña máscara de oxígeno, sacudió los brazos para que el tecno no se lo impidiera, y terminó haciendo un gesto urgente a Mark para que se le acercara. Tenía

tantas ganas de decir algo que era menos traumático dejarlo que tratar de detenerlo. Mark se puso de rodillas junto a la cabeza del conde, quien susurró a Mark en tono de confidencia urgente:

- La... verdadera riqueza es... biológica.

El tecno echó una mirada a Mark como para pedirle una interpretación: Mark se limitó a encogerse de hombros, con expresión de disculpas.

- Creo que se está yendo.

En todo ese viaje enloquecido, el conde sólo trató de hablar una vez más; se sacó la máscara para decir:

- Escupir. - El tecno le dijo con un gesto que sí, y un crujido horrendo le aclaró la garganta sólo momentáneamente.

*Las últimas palabras del Gran Hombre*, pensó Mark en tono sombrío. Toda esa vida monstruosa, sorprendente, terminaba en un *Escupir*. Sí, la única riqueza es biológica. Se abrazó con fuerza y se sentó en el suelo, convertido en una bola, mirándose los nudillos, ausente.

Cuando llegaron a la franja de aterrizaje del Hospital del Distrito de Hassadar, descendió instantáneamente sobre ellos un pequeño ejército de personal médico. Se llevaron al conde y con ellos desaparecieron también Pym y el tecno. Mark y Elena terminaron en una pequeña zona de espera, donde hicieron exactamente eso: esperar.

En cierto momento, apareció una mujer con un panel de control y le preguntó a Mark:

- ¿Es usted el pariente más cercano?

Mark abrió la boca pero se detuvo, incapaz de contestar. Elena fue la que lo rescató:

- La condesa Vorkosigan viene desde Vorbarr Sultana. Tardará unos minutos, como mucho. - Eso pareció tranquilizar a la mujer, que salió de la habitación tan rápidamente como había entrado.

Elena tenía razón. No pasaron ni diez minutos cuando el corredor se llenó de un ruido de botas. Era la condesa seguida por dos guardaespaldas de librea. Pasó como un relámpago, dirigió una sonrisa rápida y alentadora a Elena y Mark pero no se detuvo. Atravesó la puerta batiente sin perder un segundo. Algún doctor mal informado trató de detenerla del otro lado:

- Disculpe, señora, las visitas no pueden entr...

La voz de ella lo dominó:

- No me vengas con ésas, muchacho. Tú me perteneces...

Las protestas del médico terminaron en una disculpa cuando vio los uniformes de los guardaespaldas.

- Por aquí, por favor n- se perdieron con sus voces en la distancia.

- Lo dijo en serio - comentó Elena a Mark con una mueca sardónica en la boca -. La red médica del Distrito Vorkosigan fue uno de los proyectos preferidos de la condesa. La mitad del personal de este lugar jura servirla a ella a cambio de la enseñanza que reciben.

El tiempo siguió pasando. Mark fue hasta la ventana y miró la capital del Distrito Vorkosigan. Hassadar era una Ciudad Nueva, heredera de la destruida Vorkosigan Vashnoi; casi todos sus edificios habían surgido al final de la Era del Aislamiento, sobre todo en los últimos treinta años. Había sido diseñada por hombres que tenían en mente métodos de transporte más modernos que los carros de caballos, se extendía como una ciudad de cualquier otro mundo desarrollado de la galaxia, y estaba marcada por algunos rascacielos que brillaban con el sol de la mañana. ¿Seguía siendo de mañana? ¿Todavía? Parecía que había pasado un siglo desde el amanecer. El hospital no parecía distinto de cualquier otro hospital modesto en... digamos, Escobar. La residencia oficial del conde era una de las villas enteramente modernas en el inventario de casas de los Vorkosigan. La condesa decía que le gustaba pero sólo la usaba cuando iba a Hassadar por asuntos del Distrito y era más un hotel que una casa. Curioso.

Las sombras de los rascacielos de Hassadar se habían acortado hacia el mediodía

cuando volvió la condesa. Tan pronto entró, Mark la miró a los ojos, que tenía cansados, pero la expresión del rostro no parecía distorsionada por la pena. Mark sabía que el conde estaba vivo antes de que ella dijera nada.

Ella abrazó a Elena y le hizo un gesto a Mark.

- Aral está estable. Van a transferirlo al Hospital Imperial Militar en Vorbarr Sultana. Tiene el corazón muy dañado. Nuestro hombre dice que lo indicado es un trasplante o algo mecánico.

- ¿Dónde estaba usted esta mañana? - le preguntó Mark.

- En el cuartel general de Seglmp. - Lógico. Ella lo miraba -. Nos dividimos el trabajo. No hacíamos falta los dos para la decodificación del rayo tenso. Aral te contó las novedades, ¿verdad? Me juró que te lo diría.

- Sí, justo antes del ataque.

- ¿Qué estabais haciendo?

Un poco mejor que el acostumbrado ¿*Qué le hiciste?* Mark describió la mañana, tartamudeando.

- Esfuerzo excesivo, carrera por las colinas - musitó la condesa -. Supongo que él fue quien eligió el ritmo de la subida.

- Como un militar - confirmó Mark.

- Ja - dijo ella misteriosamente.

- ¿Fue una oclusión? - preguntó Elena -. A mí me pareció que era eso.

- No. Por eso me cogió tan de sorpresa. Yo sabía que tenía las arterias limpias: toma medicación para eso pues de lo contrario la dieta espantosa que hace ya lo habría matado hace años. Fue un aneurisma arterial, dentro del músculo del corazón. Se rompió un vaso.

- Estrés, ¿eh? - dijo Mark, con la boca seca -. ¿Tenía la presión alta?

- No. - Ella fue hacia la ventana y miró sin ver los rascacielos de Hassadar. Mark la siguió -. Encontrar la crío-cámara así... fue un duro golpe para nuestras esperanzas. Por lo menos conseguí que Aral se comunicara contigo... - Pausa -. ¿Lo hizo?

- No... no sé. Me mostró cosas, me llevó por ahí. Lo intentó. Estaba muy cansado. Dolía verlo. - Todavía dolía, un dolor como un nudo en el plexo solar. El alma vivía allí, según la mitología de algunos.

- Lo hizo - jadeó ella.

Era demasiado. La ventana era a prueba de golpes, pero la mano de Mark no. El puño, llevado por el alma golpeó, retrocedió, golpeó de nuevo.

La condesa lo cogió con una mano rápida; la violencia que él había dirigido contra sí mismo se hundió en la palma de ella y se desvió.

- Ahorra esa fuerza - le aconsejó ella con voz tranquila.

16

En la pared de la antecámara de la biblioteca había un enorme espejo de marco tallado a mano. Mark, nervioso, dio la vuelta para situarse frente a él antes de que lo inspeccionara la condesa.

El marrón y plata del uniforme de cadete de los Vorkosigan no hacía mucho por esconder la forma de su cuerpo, las viejas distorsiones y las nuevas, aunque cuando estaba bien derecho le parecía que le daba cierta robustez. Desgraciadamente, cuando bajaba los hombros, también bajaba la túnica. Le iba bien, lo cual era algo amenazador porque cuando se la habían entregado hacía ocho semanas le quedaba un poco suelta. ¿Acaso algún analista de Seglmp habría calculado su peso para esa fecha? No le habría parecido imposible, siendo Seglmp lo que era.

¿Sólo ocho semanas? A él le parecía que hacía una eternidad que estaba prisionero.

Un prisionero muy bien tratado, cierto, como aquellos antiguos oficiales que daban su palabra y podían salir de la fortaleza. Aunque nadie le había pedido su palabra en ningún sentido. Tal vez su palabra no valía nada. Abandonó esa reflexión repugnante y pasó a la biblioteca.

La condesa estaba sentada en el sofá de seda, con su vestido largo de cuello alto de una tela marrón claro suave, como el color de ciertas nubes, adornado con bordados y plata que hacían eco al color de sus cabellos, peinados en rulos sueltos en la parte posterior de la cabeza. No había ni un hilo negro ni gris, nada que pudiera sugerir la anticipación del luto: la condesa estaba casi arrogante en su elegancia. *Aquí estamos bien*, parecía decir el conjunto. *Y estamos muy Vorkosigan*. Volvió la cabeza cuando entró Mark y la mirada absorta se le disolvió en una sonrisa breve y espontánea. Él tuvo que sonreír a su pesar.

- Te veo muy bien - dijo ella, dándole su aprobación.

- Lo mismo digo - contestó él y como parecía demasiado familiar, agregó -: señora.

Cuando oyó el añadido, ella sacudió las cejas como si él la hubiera golpeado, pero no hizo comentarios. Él se dirigió a una silla cercana pero estaba demasiado nervioso para sentarse y se apoyó solamente. Controló sus deseos de dar golpecitos en el suelo con la bota izquierda.

- ¿Y cómo cree usted que van a tomarse eso? Sus amigos Vor, quiero decir...

- Bueno, no hay duda de que vas a llamar la atención - suspiró ella -. Cuenta con eso. - Levantó un pequeño bolso de seda marrón con el logotipo de los Vorkosigan bordado en plata a un lado y se lo entregó a Mark. Las monedas de oro que tenía dentro hacían un ruido interesante -. Cuando le presentes eso a Gregor en la ceremonia de impuestos de esta noche como sustituto de Aral, le estaremos diciendo a todos que te consideramos hijo legítimo... y que tú aceptas. Hay muchos pasos más... después...

Y al final de todos esos pasos... ¿ser conde? Mark frunció el ceño.

- Sean cuales fueren tus sentimientos... sea cual sea el resultado de esta crisis... que no te vean temblar - aconsejó la condesa -. Está en la mente, este sistema Vor. La convicción es contagiosa. Y la duda también.

- ¿Usted considera que el sistema Vor es una ilusión? - preguntó Mark.

- Antes sí. Ahora lo llamaría una creación y diría que, como cualquier cosa viva, hay que recrearlo continuamente. Vi al sistema de Barrayar en todas sus cualidades: lo vi torpe, hermoso, corrupto, estúpido, honorable, frustrante, loco y sorprendente. Alguna vez, me quedé sin aliento mirándolo. Es un sistema que consigue que se haga la mayor parte del trabajo de gobierno durante la mayor parte del tiempo, lo cual es aproximadamente el término medio para cualquier sistema.

- Entonces... ¿lo aprueba o no? - preguntó él, intrigado.

- No... no estoy segura de que mi aprobación tenga importancia. El Imperio es como una sinfonía muy grande y muy inconexa, compuesta por un comité. A lo largo de un período de trescientos años. Tocada por una banda de aficionados voluntarios. Tiene una enorme inercia y es fundamentalmente frágil. No deja de cambiar y no es imposible cambiarla. Pero puede aplastarte como un elefante ciego.

- Qué idea tan alentadora.

Ella sonrió.

- Esta noche no te estamos lanzando totalmente solo hacia lo desconocido. Ivan y tu tía Alys van a estar allí, y los jóvenes lord y lady Vortala. Y los otros que conociste aquí en las últimas semanas.

Fruto de esas horrorosas fiestas privadas. Desde antes del colapso del conde, había habido un desfile de visitantes selectos en la Casa Vorkosigan. Venían a conocerlo. La condesa Cordelia había insistido en seguir adelante a pesar de la crisis médica, que ya cumplía una semana. Todo como preparativo general para esa noche.

- Supongo que todos van a preguntar por el estado de Aral - agregó la condesa.



- ¿Y qué les digo?

- La verdad desnuda es siempre más fácil de recordar. Aral está en el Hospital Militar esperando que crezca un corazón para recibirlo en transplante, y portándose muy mal como paciente. Su médico amenaza con atarlo a la cama o renunciar si no le hace caso. No tienes por qué dar todos los detalles médicos.

Detalles que revelarían hasta qué punto estaba en peligro el Primer Ministro. Bastante.

- ¿Y si me preguntan por Miles?

- Tarde o temprano... - Ella respiró hondo -. Tarde o temprano, si Seglmp no encuentra el cuerpo, tendrá que hacerse una declaración formal de muerte. Mientras Aral viva, preferiría que fuera tarde y no pronto. Todos creen, salvo los más altos escalones de Seglmp, el Emperador Gregor y algunos funcionarios de gobierno, que Miles es simplemente un funcionario de correos de Seglmp, de rango modesto además. Si decimos que está en una misión fuera del planeta, estamos diciendo la verdad. La mayoría de los que pregunten por él estarán dispuestos a aceptar que Seglmp no te confió la información sobre dónde lo mandó Seglmp ni por cuánto tiempo.

- Galen dijo una vez... - empezó a decir Mark y se detuvo.

La condesa le dirigió una mirada tranquila.

- ¿Piensas mucho en Galen esta noche?

- Creo que sí - admitió Mark -. Él me entrenó para esto, sí. Hicimos todas las ceremonias centrales del Imperio porque él no sabía en qué momento del año iba a dejarme aquí. El Cumpleaños del Emperador, la Revista de Mediados de Verano, la Feria de Invierno... todas. No puedo hacer esto y no pensar en él y en lo mucho que odiaba al Imperio.

- Tenía sus razones.

- Dijo... dijo que el almirante Vorkosigan era un asesino.

La condesa suspiró y volvió a sentarse.

- ¿Sí?

- ¿Lo fue?

- Tú ya lo conoces. ¿Qué piensas?

- Lady... *yo también* soy un asesino. Y no lo sé.

Los ojos de ella se aguzaron.

- Bien dicho. Bueno. Su carrera militar fue larga y compleja... y sangrienta... y es vox populi, además. Pero supongo que a Galen le interesaba sobre todo la Masacre del Solsticio, en la que murió su hermana Rebeca.

Mark asintió, sin decir nada.

- El que ordenó esa atrocidad fue el Funcionario Político de la expedición barrayarana, no Aral. Aral lo ejecutó con sus propias manos cuando lo descubrió. Sin la formalidad de un juicio militar, por desgracia. Así que puede eludir una de las acusaciones, pero no las dos. Podría decirte que sí. Es un asesino.

- Galen dijo que eso fue para tapar la evidencia. Que había habido una orden verbal y sólo el Funcionario Político lo sabía.

- ¿Y cómo lo sabía Galen? Aral dice que no fue así. Yo creo a Aral.

- Galen dijo que era un torturador.

- ¡No! - dijo la condesa con firmeza. Un no rotundo -. Esos eran Ges Vorrutyer y el príncipe Serg. Esa facción está extinguida. - Sonrió levemente.

- Un loco.

- Nadie está cuerdo en Barrayar. No si los juzgamos como betaneses. - Lo miró, divertida -. Tú y yo tampoco estamos cuerdos, claro.

*Especialmente yo.* Él respiró hondo.

- Un sodomita.

Ella inclinó la cabeza.

- ¿Eso es importante... para ti?

- Fue... importante en el condicionamiento que me hizo Galen.

- Lo sé.

- ¿En serio? Mierda... - ¿Qué? ¿Era él de vidrio para esa gente? ¿Un drama interno visible para diversión de todos? Pero claro, la condesa no parecía divertida -. Un informe de Seglmp, naturalmente - dijo con amargura.

- Le dieron pentarrápida a uno de los subordinados supervivientes de Galen. Un hombre que se llamaba Lars. No sé si el nombre significa algo para ti.

- Sí significa.

Apretó los dientes. No tenía ni la más leve oportunidad de conservar su dignidad humana, no le habían dejado ni un jirón.

- Además de a Galen, ¿te importa a ti la inclinación privada de Aral?

- No lo sé. La verdad importa.

- Cierto. Bueno, en realidad... yo creo que él es bisexual, pero inconscientemente siente más atracción hacia los hombres que hacia las mujeres. O más bien... hacia los soldados. No hacia todos los hombres, eso no lo creo. Yo, para los barayanos, soy hombruna... bastante extrema por cierto y por eso fui la solución a sus problemas. La primera vez que me vio, fue en medio de un encuentro armado bastante horrible y llevaba uniforme. Él pensó que era amor a primera vista. Yo nunca me preocupé por explicarle que para él fue una compulsión. - Torció los labios.

- ¿Por qué no? ¿O es que él fue una compulsión para usted también?

- No... a mí me llevó... bueno, cuatro o cinco días quedar totalmente a su merced. Tres días, por lo menos. - La condesa tenía los ojos brillantes de recuerdos -. Ojalá lo hubieras visto entonces, cuando tenía cuarenta. En la plenitud.

Mark había oído cómo la condesa le hacía la disección en esa misma biblioteca. Había algo extrañamente consolador en el hecho de que su escalpelo no estuviera reservado solamente para él. *No soy yo. Es algo que le hace a todo el mundo. Ay...*

- Usted es... muy directa, señora. ¿Qué pensaba Miles de esto?

Ella frunció el ceño, pensativa.

- Nunca me preguntó nada. Posiblemente ese período desdichado de la juventud de Aral le llegó a los oídos en medio de las habladurías despectivas de los enemigos políticos de Aral y pensó que era mentira.

- ¿Por qué me lo dice a mí?

- Porque me lo has preguntado. Eres adulto ya... Y además... tiene más necesidad de saber. Por Galen. Si las cosas van a marchar bien entre tú y Aral, tu visión de él no debería ser ni falsamente exaltada ni falsamente despectiva. Aral es un gran hombre. Te lo digo yo, que soy betana; pero no confundo grandeza con perfección. Y además, ser grande es... el mayor de los logros. - Le dedicó una sonrisa torcida -. Eso debería darte esperanzas...

- Uf... bloquearme las rutas de escape, querrá usted decir. ¿No está diciendo que no importa lo mal que yo esté, usted seguirá esperando que yo hiciera maravillas? - *Sorprendente. Terrible.*

Ella lo pensó.

- Sí - dijo con serenidad después de un momento -. En realidad, como nadie es perfecto, eso significa que los grandes hechos se lograron a partir de la imperfección. Pero se lograron de todos modos...

No era sólo su padre el que había vuelto loco a Miles, pensó Mark.

- Nunca he oído que usted se analizara a sí misma, señora - dijo con amargura. Sí, ¿quién afeitó al barbero?

- ¿A mí? - Sonrió con tristeza -. Yo soy una tonta, muchacho.

Evadía la pregunta, ¿o no?

- ¿Una tonta enamorada? - dijo él sin darle importancia, haciendo un esfuerzo por escapar de la súbita incomodidad que había causado con su pregunta.

- Y otras cosas. - Su mirada era fría.

Un crepúsculo húmedo, cubría ya la ciudad como un manto cuando Mark y la condesa llegaron a la Residencia Imperial. Un Pym de espléndido uniforme y lamentablemente acicalado conducía el coche de superficie. Otra media docena de hombres del conde los acompañaba en otro vehículo, más como guardias de honor que como guardaespaldas, pensaba Mark; parecían estar ansiosos por ir a la fiesta. Cuando se lo comentó a la condesa, ella le explicó:

- Sí, para ellos es más una noche libre que otra cosa. SegImp tiene la residencia bien rodeada. Hay toda una sociedad paralela de sirvientes en estas cosas... y he sabido de soldados totalmente desconocidos que atraen la atención de alguna Vor joven y se casan y ascienden en la escala social, siempre que tengan buenas carreras militares.

Llegaron a la Residencia, que recordaba arquitectónicamente a la Casa Vor pero multiplicada por ocho. Se apresuraron a salir de la niebla espesa hacia el interior tibio, iluminado y brillante. Mark se encontró con la condesa cogida formalmente de su brazo izquierdo, lo cual era al mismo tiempo alarmante y tranquilizador. ¿Qué era él, un apéndice o una escolta? Fuera lo que fuese, metió la barriga y trató de enderezar la espalda lo más posible.

Se asustó cuando la primera persona a quien vieron en el vestíbulo fue Simon Illyan. El jefe de seguridad estaba vestido con el uniforme de desfile imperial, rojo y azul, lo cual no le hacía pasar desapercibido, por cierto, a pesar de su delgadez, aunque tal vez había suficientes rojos y azules como para que él desapareciera. Pero claro, Illyan llevaba armas letales en la cintura, un arco de plasma y un destructor nervioso, en bandoleras que parecían muy usadas, y no las espadas romas de ceremonia de los militares Vor. Un micrófono enorme brillaba en su oreja derecha.

- Señora - dijo Illyan, haciendo un gesto con la cabeza, y los llevó aparte -: Cuando lo vio usted esta tarde - preguntó en voz baja a la condesa -, ¿cómo estaba?

En ese contexto, no había necesidad de especificar a quién se refería. La condesa miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie los escuchaba.

- No lo vi bien, Simon. Tiene mal color, está edematoso y pierde fácilmente el hilo de la conversación. Eso me asusta más que todo lo demás junto. El cirujano quiere ahorrarle el doble esfuerzo de tener un corazón mecánico un tiempo mientras esperan que el orgánico llegue al tamaño deseado, pero tal vez no se pueda esperar. En cualquier momento podrían llevarlo al quirófano.

- ¿Tengo que verlo o no? ¿Usted qué piensa?

- No. En cuanto entre por esa puerta, Simon, él se va a sentar para ponerse a trabajar. Y el esfuerzo de intentarlo no va a ser nada comparado con la frustración que puede sentir si fracasa. Eso sí que puede mandarlo al infierno. - Hizo una pausa -. A menos que usted entrara un momento para... digamos... darle una buena noticia.

Illyan meneó la cabeza, frustrado.

- Lo lamento.

Mark aprovechó el silencio que se produjo para decir:

- Pensé que usted estaba en Komarr, señor.

- Tuve que volver para esto. La Cena de Cumpleaños del Emperador es la pesadilla del año para Seguridad. Con una bomba, se pueden llevar prácticamente a todo el gobierno. Usted lo sabe. Yo estaba... bueno, viajando hacia aquí cuando llegaron las novedades de lo de Aral... la enfermedad, quiero decir. Me hubiera bajado para empujar si con ello hubiera hecho correr más a mi correo.

- Y... ¿qué pasa en Komarr? ¿Quién está supervisando la... la búsqueda?

- Un subordinado de mi confianza. Ahora que parece que lo que buscamos es un cadáver... - Illyan echó una mirada a la condesa y se cortó. Ella frunció el ceño, con expresión gris.

*La búsqueda ya no es prioritaria.* Mark respiró hondo, inquieto.

- ¿Cuántos agentes tiene revisando Jackson's Whole?

- Todos los que puedo dedicar a eso. Esta nueva crisis - un gesto con la cabeza indicó la peligrosa enfermedad del conde Vorkosigan - está acabando con mis recursos. ¿Tiene alguna idea de la agitación que, sólo en Cetaganda, va a producir el estado de salud del Primer Ministro?

- ¿Cuántos? - La voz de Mark había salido demasiado alta y chillona pero por lo menos la condesa no hizo ningún movimiento para detenerlo. Lo miró interesada y tranquila.

- Lord Mark, todavía no está usted en posición de pedir ni exigir una auditoría de las disposiciones más secretas de SegImp.

¿Todavía? Nunca, sin duda.

- Pregunto, señor. Pero usted no puede afirmar que esta operación no sea de mi incumbencia.

Illyan hizo un gesto ambiguo con la cabeza, sin comprometerse. Se tocó el micrófono en la oreja, pareció abstraído unos instantes y luego hizo un saludo militar para despedirse de la condesa.

- Lo lamento, tengo que irme, señora.

- Diviértase.

- Usted también. - Su mueca irónica respondía la ironía de la de ella.

Mark escoltó a la condesa escaleras arriba hacia una enorme sala de recepción llena de espejos de un lado y altas ventanas del otro. Un mayordomo de pie frente a las puertas abiertas de par en par los anunciaba por título y nombre con voz amplificadas.

La primera impresión de Mark fue una mancha sin cara, una mancha ominosa de formas coloridas, como un jardín de plantas carnívoras. Un arco iris de uniformes de las casas Vor, salpicado con muchos rojos y azules de desfile, colores que apagaban los vestidos de las damas. La mayor parte de los presentes estaba de pie en grupos pequeños que cambiaban todo el tiempo y se movían en charla constante; algunos se habían sentado en elegante sillones junto a las paredes, formando sus propios corrillos. Los sirvientes se movían con suavidad entre todos, ofreciendo bandejas de comida y bebida. En su mayor parte eran sirvientes. Los jóvenes en buen estado físico enfundados en el uniforme del personal de la casa eran sin duda agentes de SegImp. Los hombres un poco mayores, de aspecto ceñudo, con uniformes Vorbarra que cuidaban las salidas eran guardaespaldas del Emperador.

Era su paranoia, decidió Mark, la que le hacía pensar que todas las cabezas se volvían hacia él y que una onda de silencio cruzaba la multitud al verlo pasar; pero no había duda: algunas cabezas se volvían para mirarlo y algunas conversaciones se detenían a su paso. Uno de los grupos que cambiaron de actitud fue el de Ivan Vorpatril y su madre, lady Alys Vorpatril; ella hizo un gesto que invitaba a la condesa a acercarse.

- Cordelia, querida. - Lady Vorpatril la miró con una sonrisa preocupada -. Tienes que ponerme al día. La gente pregunta.

- Sí, bueno, ya sabes lo que pasa en estos casos - suspiró la condesa.

Lady Vorpatril asintió, con ironía y volvió la cabeza para decirle a Ivan, en tono de seguir con la conversación que evidentemente había interrumpido la entrada de los Vorkosigan:

- Esta noche procura ser agradable con las chicas Vorsoisson. Ella es la hermana menor de Violetta Vorsoisson. Tal vez te guste cuando la conozcas mejor. Y Cassia Vorgorov está aquí también. Es la primera vez que viene al Cumpleaños del Emperador. Y está Irene Vortashpula: más tarde tienes que bailar con ella, aunque sólo sea una vez. Se lo prometí a su madre. Por favor, Ivan, esta noche hay muchas chicas convenientes. Procura aplicarte un poco más... - Las dos mujeres se dieron el brazo, como para apartar a Mark e Ivan de la conversación que pensaban tener en privado. Un gesto firme de la condesa Vorkosigan a Ivan y Mark le dio a entender que ella lo estaba poniendo otra vez

bajo la protección de su primo. Recordó la última vez: hubiera preferido la formidable protección social de la condesa.

- No he entendido nada. ¿De qué se trata todo eso? - preguntó Mark a Ivan. Un sirviente pasó con una bandeja de bebidas y, siguiendo el ejemplo de su acompañante, Mark se sirvió también. Resultó ser un vino blanco seco mezclado con cítricos, bastante agradable.

- El rodeo de ganado bienal - ironizó Ivan con una mueca -. Esto y el Baile de la Feria de Invierno son los lugares en que las vaquillas de los altos Vor salen al ruedo para que las inspeccionen.

Ése era un aspecto de las ceremonias del Cumpleaños del Emperador que Galen no le había mencionado nunca. Mark echó un trago más grande a su bebida. Ahora ya no maldecía tanto a Galen por lo que le había obligado a aprender como por lo que no le había dicho nunca.

- No me van a mirar a mí, ¿verdad?

- Considerando algunos de los sapos que besan, no veo por qué no - se encogió de hombros Ivan.

*Gracias, Ivan.* De pie junto al brillo rojo y azul del alto Ivan, probablemente parecía un sapo marrón y cuadrado, pensó Mark. Ciertamente se sentía así.

- No tengo nada que ver con todo esto - dijo con firmeza.

- No estés tan seguro. Hay sólo sesenta herederos de los condes, pero muchas más hijas que colocar. Cientos, me parece. Cuando se sepa lo que pasó al pobrecito de Miles, podría pasar cualquier cosa.

- ¿Quieres decir que... no tendría que buscar mujeres? ¿Podría esperar tranquilamente que ellas vinieran a buscarme? - O por lo menos a buscar su nombre, su posición y su dinero. Le dominó una oscura alegría, aunque ambos términos parezcan contradictorios. Prefería que lo amaran por su rango o su poder a que nunca lo amaran; los tontos orgullosos que decían lo contrario nunca habían llegado tan cerca como él del hambre de cariño, del deseo de contacto humano.

- Me parece que funcionaba para Miles - dijo Ivan, con un inexplicable rastro de envidia en la voz -. Nunca conseguí enseñarle a aprovecharse. Claro que no toleraba que lo rechazaran. Mi lema era *Prueba de nuevo*, pero él se tambaleaba y se metía en su concha durante días enteros. No era aventurero. O tal vez no era ambicioso. Tendía a dejar de buscar apenas encontraba la primera mujer segura. Primero Elena y después, cuando eso no pudo ser, Quinn. Aunque comprendo que alguien decida dejar de buscar después de Quinn. - Ivan terminó lo que quedaba de vino y cambió el vaso por uno lleno cuando pasó una bandeja con bebidas.

El almirante Naismith, se recordó Mark, era la personalidad *alterna* de Miles. Seguramente Ivan no lo sabía todo sobre su primo.

- ¡Ah, mierda! - exclamó Ivan, mirando por encima de su vaso -. Ahí viene una de las de la breve lista de Mamere, directo hacia aquí.

- ¿Pero estás buscando mujeres o no? - preguntó Mark, confuso.

- No tiene sentido buscar a las que están aquí. Son todo mírame y no me toques. No hay oportunidad.

Mark supuso que para Ivan, *oportunidad* significaba sexo, por lo menos en ese contexto. Como muchas culturas atrasadas que todavía dependían de la reproducción biológica en lugar de confiar en la tecnología de los replicadores uterinos, los barrayeranos dividían el sexo en dos categorías: lícito, dentro de un contrato formal en el que se reclamaba toda la progenie, e ilícito, es decir, todo el resto. Mark se sintió todavía mejor. ¿Entonces este lugar era una zona segura, una zona sin sexo? ¿Nada de tensión, nada de terror?

La joven que Ivan había visto estaba cada vez más cerca. Llevaba un vestido verde pastel, suave y largo. Llevaba el cabello castaño oscuro atado hacia atrás en trenzas y

bucles sueltos con algunas flores naturales entretejidas.

- ¿Y qué tiene ésa de malo? - susurró Mark.

- ¿Estás bromeando? - murmuró Ivan -. ¿Cassia Vorgorov? ¿Ese renacuajo con cara de langostino y de caballo, más lisa que una tabla? - Se interrumpió cuando ella llegó cerca y le hizo un gesto amable con la cabeza -. Hola, Cass. - Consiguió eliminar todo el aburrimiento de su voz.

- Hola, lord Ivan - dijo ella, sin aliento. Lo miró con sonrisa encandilada. Era cierto, tenía la cara un poquito larga y la figura delgada, pero Mark pensó que Ivan era demasiado quisquilloso. La chica tenía una bonita piel y ojos hermosos. Bueno, todas las mujeres de allí tenían ojos hermosos, por la forma en que se los pintaban. Y los perfumes intensos. Cassia no tendría más de dieciocho años. La sonrisa tímida tan absolutamente fija en Ivan casi le hizo llorar. *A mí nadie me ha mirado así nunca. ¡Ivan, eres un asqueroso desagradecido!*

- ¿Tienes ganas de bailar? - le preguntó ella a Ivan, alentadora.

- No demasiado - dijo Ivan, encogiéndose de hombros -. Todos los años igual.

Ella se entristeció. La primera vez que venía, supuso Mark. Si hubiera habido escaleras, a Mark le hubieran entrado ganas de tirar a su primo por ellas. Se aclaró la garganta. La mirada de Ivan cayó sobre él y se iluminó con la inspiración.

- Cassie - dijo suavemente -, ¿conoces a mi nuevo primo, lord Mark Vorkosigan?

Ella pareció verlo por primera vez. Mark esbozó una sonrisa. Ella lo miró indecisa.

- No... me dijeron... Supongo que no es exactamente igual que Miles, ¿o sí?

- No - dijo Mark -. No soy Miles. ¿Cómo está usted, lady Cassia?

Recuperando los modales un poco tarde, ella le contestó bruscamente, después de una pausa:

- ¿Cómo está usted... Lord... Mark? - Hizo un gesto con la cabeza, y las flores se tambalearon sobre su frente.

- ¿Por qué no conversáis un poco para conoceros? Disculpádm, tengo que ver a alguien... - Ivan hizo un gesto a un camarada vestido de rojo y azul del otro lado de la sala y se alejó.

- ¿Tiene ganas de bailar? - intentó Mark. Había estado tan concentrado para acordarse de todos los movimientos formales de la ceremonia de impuestos y la cena, para no mencionar el Quién es quién de trescientos nombres que empezaban con «Vor», que no había pensado realmente en el baile.

- Mmmm... más o menos. - Los ojos de ella abandonaron de mala gana la retirada exitosa de Ivan, tocaron a Mark y se desviaron.

*¿Viene aquí a menudo?*, consiguió no decir Mark. Pero *¿qué* podía decir? *¿Le gusta Barrayar?* No, eso no servía. *¡Qué linda niebla que hace fuera!* Dentro también. *Vamos, dame una pista, nena... ¡Di algo! ¡Cualquier cosa!*

- ¿En serio eres un clon?

*Ah, no, cualquier cosa menos eso.*

- Sí.

- ¡Ay, Dios!

Más silencio.

- Mucha gente es como yo - observó él.

- ¡Oh! - Se le iluminó la cara de alivio -. Discúlpeme, lord Mark. Mi madre me está llamando... - Le dirigió una sonrisa espasmódica y se apresuró hacia un grupo de Vor al otro lado de la sala. Mark no había observado que la llamaran.

Suspiró. Bueno, ahí se venía abajo eso de la poderosa atracción del rango. Lady Cassia no estaba demasiado ansiosa por besar a un sapo. *Si yo fuera Ivan, haría lo que fuera por una muchacha que me mirara de ese modo.*

- Pareces pensativo - observó la condesa Vorkosigan, a su lado de pronto. Él se sobresaltó.

- Ah, hola de nuevo. Sí. Ivan me ha presentado a esa chica. Supongo que no es su novia ni su amiga.

- No... Yo estaba mirando la escena por encima del hombro de Alys Vorpatril. Me quedé allí para que ella no lo viera. Por caridad.

- No... no entiendo a Ivan. Ella me parecía una buena chica.

La condesa Vorkosigan sonrió.

- Todas son buenas chicas. Ésa no es la cuestión.

- ¿Y cuál es entonces la cuestión?

- ¿No te das cuenta? Bueno, tal vez cuando tengas más tiempo para observar. Alys Vorpatril es una madre amorosa, de verdad, pero no puede resistir la tentación de ocuparse de todos los asuntos del futuro de Ivan. Ivan es demasiado agradable, o demasiado haragán para resistirse abiertamente. Así que hace todo lo que ella le pide... excepto la única cosa que ella desea por encima de todo: que se case y le dé nietos. Personalmente, creo que él se equivoca de estrategia. Si realmente quiere sacarse de encima a su madre, los nietos ocuparían gran parte de la atención de la pobre Alys. Mientras tanto, ella tiene el corazón en un puño cada vez que él sale con el coche de superficie.

- Eso me parece lógico - aceptó Mark.

- A veces me entran ganas de darle una bofetada por ese jueguito suyo, pero no estoy segura de que sea consciente de él, y además la mayor parte de la culpa es de Alys.

Mark vio cómo Lady Alys alcanzaba a Ivan en la sala. Supuso que estaría vigilando si cumplía con la breve lista.

- Usted parece capaz de mantener una actitud maternal bastante tranquila - observó de pasada.

- Eso... eso tal vez sea un error - murmuró ella.

Él levantó la vista y retrocedió interiormente frente a la desolación de muerte que sorprendió, por un segundo, en los ojos de la condesa. *Qué boca la mía. ¡Mierda!* La mirada desapareció tan rápidamente que no se atrevió a disculparse.

- No del todo tranquila - dijo ella con voz suave, cogiéndole nuevamente del brazo -. Ven, te voy a enseñar cómo se tejen las redes al estilo de Barrayar.

Lo llevó por la larga sala.

- Como ya habrás visto, esta noche hay aquí dos agendas. - La conferencia de la condesa empezaba con tono amable -. La agenda política, la de los viejos, una renovación anual de las formas de los Vor, y la agenda genética de las viejas. Los hombres creen que la de ellos es la única, pero es sólo un autoengaño que ayuda a inflar el ego. Todo el sistema Vor se funda en el juego de las mujeres, que va por debajo. Los viejos de los consejos de gobierno se pasan la vida discutiendo contra algo o viendo cómo hacer para financiar esa instalación militar fuera del planeta. Mientras tanto, el replicador uterino está entrando lentamente detrás de ellos y ni siquiera son conscientes del debate que va a alterar fundamentalmente el futuro de Barrayar se lleva a cabo en este mismo instante en sus casas: es el debate de sus esposas y sus hijas. ¿Usar o no usar el replicador? Demasiado tarde para dejarlo afuera del planeta: ya está aquí. Toda la clase media lo está exigiendo. Todas las madres que aman a sus hijas lo exigen para salvarlas de los daños físicos de llevar a un niño en el vientre. Y luchan no sólo contra los viejos, que no tienen ni idea, sino contra toda una vieja guardia de hermanas que le dicen a sus hijas: «Nosotras tuvimos que sufrir, así que vosotras también tenéis que sufrir.» Mira alrededor de ti esta noche, Mark. Estás viendo la última generación de hombres y mujeres de Barrayar que van a bailar este baile a la vieja usanza. El sistema Vor está a punto de cambiar por el lado más ciego, el lado que da hacia sus cimientos. Cambiar, o no conseguir hacerlo a tiempo... Media generación más, y no van a tener ni idea de lo que les pasó.

Mark casi hubiera jurado que su voz didáctica, tranquila, escondía una satisfacción salvaje, vengativa. Pero la expresión era tan fría y tan lejana como siempre.

Un joven con uniforme de capitán se le acercó de pronto y saludó con un gesto a la condesa y a Mark.

- El mayor de protocolo requiere vuestra presencia, mi señor - murmuró. La frase pareció flotar en el aire, indeterminada, durante un momento -. Por aquí, por favor.

Los guió fuera de la larga sala de recepción, por una escalera de mármol tallado y un corredor hacia una antecámara donde esperaban media docena de condes o sus representantes oficiales. Detrás de un arco blanco de la cámara principal estaba Gregor, rodeado por una pequeña constelación de hombres, vestidos sobre todo de azul y rojo, aunque tres de ellos usaban las ropas oscuras de Mark.

El emperador estaba sentado en una sencilla silla de tijera.

- Esperaba un trono - susurró Mark a la condesa.

- Es un símbolo - susurró ella -. Y como la mayoría de los símbolos es heredado. Es una silla de oficial de campo militar, estándar.

- Ah. - Entonces tuvo que dejarla porque el mayor de protocolo llevó a su lugar en la fila. El lugar de los Vorkosigan. *Aquí viene*. Mark tuvo un momento de pánico total: pensó que no tenía la bolsa de oro, que se le había caído en el camino, pero no, estaba atada y a salvo en la túnica. Desató los cordones de seda con manos sudorosas. *Ésta es una ceremonia estúpida e intrascendente. ¿Por qué estoy tan nervioso?*

Se dio la vuelta y caminó hacia delante - casi perdió la concentración por un susurro anónimo que le llegó desde algún lugar en la antecámara detrás de él, «¡Dios mío, los Vorkosigan van a hacerlo realmente!» -, subió, saludó militarmente y se arrodilló sobre la pierna izquierda. Sacó la bolsa con la mano derecha, extendió la palma hacia arriba, tartamudeó las palabras formales y sintió como si las miradas de los presentes le destrozaran la espalda como rayos de arcos de plasma. Sólo después de un rato levantó la vista para mirar al Emperador a los ojos.

Gregor sonrió, cogió la bolsa y pronunció las palabras de aceptación, otra fórmula tradicional. Entregó la bolsa al Ministro de Finanzas, de pie a su lado en traje negro de terciopelo, pero luego hizo un gesto para que el hombre se alejara.

- Así que aquí está usted después de todo... lord Vorkosigan - murmuró.

- Sólo lord Mark - rogó Mark con rapidez -. No soy lord Vorkosigan todavía hasta que Miles esté... esté... - la frase demoledora de la condesa le cruzó la cabeza - muerto y podrido. Esto no significa nada. El conde y la condesa querían que lo hiciera. No me pareció un buen momento para negarme.

- Así es - sonrió Gregor con tristeza -. Gracias por eso. ¿Y cómo está usted, personalmente?

Gregor era la primera persona que le había preguntado por él mismo y no por el conde. Mark parpadeó. Pero, claro, Gregor podía recibir boletines médicos sobre la condición de su Primer Ministro en cualquier momento si los quería.

- Bien, supongo - dijo Mark, encogiéndose de hombros -. En comparación con los demás, por lo menos.

- Mmm - dijo Gregor -. Aún no ha usado su tarjeta de comu. - Y cuando vio la mirada asombrada de Mark agregó con amabilidad -: No se la di como recuerdo.

- Yo... bueno... no creo haberle hecho favores que me permitieran pedirle nada, señor.

- Su familia tiene una cuenta de crédito con el Imperio y es una cuenta casi infinita. Puede usted hacer uso de ella, ya lo sabe.

- No le he pedido ningún favor.

- Lo sé. Honorable, pero estúpido. Tal vez pueda usted encajar aquí...

- No quiero favores.

- Muchos negocios nuevos empiezan con capital prestado. Y luego lo devuelven bien, con intereses.



- Ya lo intenté una vez - dijo Mark con amargura -. Pedí prestado a los Mercenarios Dendarii y quedé arruinado.

- Ah... - La sonrisa de Gregor desapareció de su cara. Echó una mirada por encima de Mark a los que seguramente los miraban desde la antecámara -. Ya volveremos a hablar. Disfrute de su cena. - Asintió. La despedida formal del Emperador.

Mark crujió al ponerse de pie, saludó como correspondía, y retrocedió hasta donde lo esperaba la condesa.

17

Al final de la ceremonia de impuestos, larga y tediosa, el personal de la Residencia sirvió un banquete a mil personas, distribuidas a través de varias cámaras según su rango. Mark descubrió que lo habían colocado a una mesa de distancia de Gregor. El vino y la comida de muchos platos le dieron una excusa para no charlar mucho con sus vecinos. Masticó y bebió lo más despacio posible. Así y todo terminó incómodo, mareado por el alcohol y demasiado lleno. Pronto notó que la condesa se las arreglaba para cumplir con los brindis mojándose los labios solamente. Él copió la estrategia. Deseaba haberlo descubierto antes, pero por lo menos consiguió levantarse de la mesa y caminar por la sala sin demasiados problemas.

*Podía haber sido peor. Podría haber tenido que hacer todo esto mientras fingía ser Miles Vorkosigan.*

La condesa lo llevó a un salón de baile con suelo de madera pulida para la danza, aunque nadie bailaba todavía. Una orquesta de seres humanos vivos, todos hombres uniformados del Servicio Imperial, esperaba en un rincón. En aquel momento sólo estaba tocando media docena de los músicos, una especie de música de cámara preliminar. Había altas puertas que se abrían al aire fresco de la noche, a una galería, a un lado de la sala. Mark las vio enseguida: le servirían para poder huir. Sería un alivio inenarrable estar solo en la noche. Estaba empezando a extrañar el camarote solitario del *Peregrine*.

- ¿Usted baila? - preguntó a la condesa.

- Esta noche sólo una vez.

La explicación de esa frase llegó poco después cuando apareció el Emperador Gregor y con su sonrisa seria de siempre llevó a la condesa Vorkosigan al medio del salón para el comienzo oficial de la danza. Cuando la música empezó a repetirse, otras parejas de Vor los siguieron a la pista. Las danzas Vor tendían a ser formales y lentas, con parejas organizadas en grupos complejos y no solas. Tenían demasiados movimientos precisos que había que memorizar. A Mark le parecían una alegoría de la forma en que se hacían las cosas por allí.

Despojado así de escolta y protectora, Mark huyó a un lado del salón donde la música era tan sólo un adorno de fondo. Había mesas de comida fría y bebida de distintos tipos a un lado. Durante un momento, él pensó en la atracción de la bebida como anestésico. Diluirse en el olvido... *Claro, claro. Emborráchate públicamente, y después, vomita en público también...* Justo lo que necesitaba la condesa. Y él sabía que ya andaba a medio camino de conseguirlo.

En lugar de hacerlo, retrocedió hacia el marco de una ventana. Su expresión seria parecía suficiente para mantener a los demás a raya. Se inclinó contra la pared, en las sombras, cruzó los brazos y se preparó para aguantar. Tal vez pudiera persuadir a la condesa de que lo llevara pronto a casa, después de su único baile. Pero ella parecía estar a gusto entre la multitud. A pesar de que se la veía relajada, sociable, alegre, él no le había oído una sola palabra esa noche que no sirviera a sus fines. Tanto control en alguien internamente tan tenso era casi perturbador.

Su humor sombrío empeoró cuando su puso a pensar en el significado de la crío-

cámara vacía. *Seglmp no puede llegar a todas partes*, había dicho la condesa. Mierda... Se suponía que Seglmp lo veía todo. Ése era el sentido de la insignia de oro con el ojo de Horus en el cuello de Illyan. ¿O acaso la reputación de Seglmp era sólo propaganda política?

De una cosa estaba seguro: Miles no había salido solo de esa frío-cámara. Tanto si estaba pudriéndose como si se hallaba desintegrado o congelado, en alguna parte tenía que haber uno o varios testigos. Un hilo, una conexión, un gancho, un rastro de sangre, algo. *Creo que me voy a morir si no aparece algo*. Tenía que haber algo, sí, tenía que haberlo.

- ¿Lord Mark? - dijo una voz.

Levantó los ojos, que había tenido sumidos en una contemplación ciega de sus botas, y se encontró frente a una cara hermosa, enmarcada en gasa de un rosa intenso con puntillas blancas. Una línea delicada de cuello, curvas interesantes y una piel de marfil la convertían casi en una escultura abstracta, un paisaje topológico inclinado. Él se imaginó convertido en algo pequeño como un insecto y caminando por esas colinas suaves, por esos valles, con los pies descalzos...

- ¿Lord Mark? - repitió ella, menos segura ahora.

Él inclinó la cabeza, esperando que las sombras escondieran el intenso color rojo de sus mejillas y por lo menos consiguió dominarse lo suficiente para responderle cortésmente con los ojos. *No puedo evitarlo, es por mi altura. Lo lamento*. La cara de ella era igualmente fascinante: ojos de un azul eléctrico, labios curvos. Bucles cortos, rubios y sueltos. De acuerdo con lo que parecía ser costumbre entre las jóvenes, llevaba flores rosadas entretejidas en la cabeza, sacrificios de cortas vidas vegetales a la gloria breve de una noche. Sin embargo, su cabello era demasiado corto para ellas y muchas estaban a punto de caérsele.

- ¿Sí? - Le salió demasiado abrupto. Intentó de nuevo con un más alentador: - ¿Lady...?

- Ah. - Ella sonrió -. No soy lady nada. Soy Kareen Koudelka.

Él frunció el ceño.

- ¿Tiene usted alguna relación con el comodoro Clement Koudelka? - Un hombre que se hallaba muy arriba en la lista de antiguo personal de Aral Vorkosigan. La lista de Galen, más asesinatos si se presentaba la oportunidad.

- Es mi padre - dijo ella con orgullo.

- ¿Es... está aquí? - preguntó Mark, nervioso.

La sonrisa desapareció en un suspiro momentáneo.

- No, no. Esta noche ha tenido que ir a Cuarteles Generales. En el último momento.

- Ah. - Claro. Hubiera sido revelador saber cuántos hombres no habían podido acudir allí esa noche debido a la salud del Primer Ministro. Si Mark hubiera sido realmente el agente enemigo que habían querido que fuera con su entrenamiento, hubiera sido una forma rápida de descubrir quiénes eran las verdaderas claves de la constelación de apoyo a Aral Vorkosigan, una forma mucho más segura que escuchar a los gallos de medianoche.

- En realidad no te pareces a Miles - dijo ella, estudiándolo con ojo crítico; él se puso tenso pero pensó que si metía la barriga sólo conseguiría llamarle más la atención hacia ella -. Tiene huesos más fuertes. Sería interesante verlos juntos. ¿Volverá pronto?

*Ella no lo sabe*, comprendió él con una especie de horror. *No sabes que Miles está muerto, no sabe que yo lo maté*.

- No - musitó. Y luego, como un masoquista, preguntó -: ¿Usted también estaba enamorada de él?

- ¿Quién, yo? - Ella se echó a reír -. No tengo ninguna oportunidad. Mis tres hermanas son más altas que yo. Me llaman la enana.

La cabeza de él no llegaba al hombro de ella, de modo que ella tenía la altura promedio

de las barayaranas. Sus hermanas debían de ser walkirias. El estilo de Miles, sí. El perfume de las flores, o la piel de la muchacha, lo mecía en ondas leves, delicadas.

Un horrible dolor de desesperación le atravesó desde el vientre hasta los ojos. *Esto podría haber sido mío. Si no lo hubiera arruinado todo, éste habría sido mi momento.* Ella era amable, abierta, le sonreía. Porque no sabía lo que él había hecho. Y en el supuesto de que él mintiera, de que lo intentara, de que se encontrara contra toda lógica caminando con ella dentro de uno de los sueños más borrachos de Ivan, y que ella lo invitara a trepar a las montañas, como Miles... ¿qué pasaría entonces? ¿Qué interés tendría para ella verlo ahogarse, morir tal vez en toda su desnuda impotencia? Insensato, imprudente, imposible... la sola anticipación de ese dolor, esa impotencia, le nublaba la vista. Se le inclinaron los hombros hacia adelante.

- Ay, váyase, por el amor de Dios - gimió.

La joven lo miró con sus ojos azules llenos de asombro.

- Pym ya me advirtió que esta noche está usted de mal humor... bueno, de acuerdo... - Se encogió de hombros y se volvió, haciendo girar la cabeza.

Un par de las florecillas rosadas rompieron amarras y cayeron. Instintivamente, Mark se agachó a levantarlas.

- ¡Espere!

Ella se volvió, con el ceño fruncido todavía.

- ¿Qué?

- Se le han caído. - Le tendió las flores rosas, medio marchitas ya y trató de sonreírle, pero le pareció que la sonrisa estaba tan marchita como las flores.

- Ah.

Ella las cogió - dedos largos, firmes, limpios, las uñas sin pintar, no eran las manos de una mujer ociosa - miró las flores y puso los ojos en blanco como si no supiera cómo volvérselas a poner. Finalmente se las metió a través de unos bucles, sin armonía con las anteriores y en una posición aún más precaria. Ella empezó a volverse de nuevo.

*Di algo o vas a perder tu oportunidad.*

- Usted no tiene el pelo largo, como las otras - dejó escapar. Oh, no, va a pensar que es una crítica...

- No tengo tiempo para tontear con el cabello. - Inconscientemente, ella puso orden entre sus bucles con los dedos y esparció más flores sin suerte a su alrededor.

- ¿En qué ocupa su tiempo?

- En estudiar, sobre todo. - La vivacidad que se había apagado tan brutalmente con el rechazo empezaba a reflejarse otra vez hacia su cara joven -. La condesa Vorkosigan me prometió que si sigo así, el año que viene me enviará a estudiar a Colonia Beta. - Sus ojos brillaron como un escalpelo láser -. Y sé que puedo hacerlo. Si Miles es capaz de hacer lo que hace, yo tengo que ser capaz de esto.

- ¿Qué sabe usted de lo que hace Miles? - le preguntó él, alarmado.

- Bueno, pasó por la Academia de Servicio Imperial, ¿no es cierto? - Ella levantó el mentón, inspirada -. Todos decían que era pequeñito y enfermizo, que era un desperdicio que iba a morir joven. Y después, cuando entró, dijeron que era porque era hijo de su padre. Pero se graduó el primero de la clase y no creo que su padre tuviera nada que ver con eso. - Hizo un gesto firme, satisfecha.

*Pero tenían razón cuando decían que se iba a morir joven.* Era obvio que ella no sabía nada del ejército privado de Miles.

- ¿Qué edad tiene? - preguntó Mark.

- Dieciocho estándar.

- Yo... bueno, veintiuno.

- Lo sé. - Ella lo observó, interesada todavía, pero más cauta. Se le encendieron los ojos de comprensión súbita. Bajó la voz -. Está preocupado por el conde Aral, ¿verdad?

Una explicación muy caritativa para su falta de modales.

- El conde, mi padre - repitió él. Era una frase de Miles -. Entre otras cosas.

- ¿Tiene amigos aquí?

- No... no estoy muy seguro. - ¿Ivan, Gregor, su madre, eran realmente amigos? -. Estuve muy ocupado haciendo parientes, no amigos. Nunca había tenido parientes.

Ella levantó las cejas.

- ¿Ni amigos?

- No. - Era una idea extraña y verdadera, tardía -. No puedo decir que me hicieran falta los amigos. Siempre tuve problemas más inmediatos. - *Todavía los tengo.*

- Miles siempre tiene amigos alrededor.

- Yo no soy Miles - ladró Mark, herido en el punto débil. No, no era culpa de ella, todo él era un punto débil.

- Ya me doy cuenta... - Ella hizo una pausa mientras la música empezaba de nuevo en el salón -. ¿Le gustaría bailar?

- No sé ninguno de estos bailes.

- Ésa es una danza de espejos. Cualquiera puede bailar eso. No es difícil. Hay que copiar todo lo que hace la pareja.

Él echó una mirada a través del arco y pensó en las altas puertas de la galería.

- ¿Tal vez... tal vez fuera?

- ¿Por qué fuera? Usted no podría verme.

- Y nadie me vería a mí. - Una sospecha le cruzó la mente -. ¿Mi madre le ha pedido que haga esto?

- No...

- ¿Lady Vorpatril?

- ¡No! - Ella se echó a reír -. ¿Por qué iban a hacer tal cosa? Venga o se va a terminar la música... - Lo cogió de la mano y lo llevó con firmeza. Atravesaron el arco; más florecillas cayeron por el camino. Él cogió un par con la mano libre y se las metió en el bolsillo del pantalón. Una compulsión *Socorro. Me está secuestrando una entusiasta...* Había destinos peores que éste. Una sonrisa irónica le asomó a los labios.

- ¿No le importa bailar con un sapo?

- ¿Qué?

- Algo que dijo Ivan.

- Ah, Ivan. - Ella movió un hombro, como para dejar de lado un tema aburrido -. Debería pasar de Ivan. Todos lo hacemos.

*Lady Cassia, está usted vengada.* Mark se sintió un poco mejor. Su malhumor se había reducido a la mitad.

La danza de los espejos seguía como le había dicho ella: un miembro de la pareja frente a otro, moviéndose y bamboleándose, siguiendo el ritmo de la música. El tempo era más movido y menos formal que el de las otras danzas y había atraído a más jóvenes a la pista.

A Mark le parecía que llamaba mucho la atención, pero se zambulló con Kareen entre los demás y empezó a copiar sus movimientos, claro que unos segundos más tarde. Era fácil, como ella le había prometido: le llevó apenas quince segundos entender cómo debía hacerlo. Empezó a sonreír, un poquito. Las parejas más maduras eran serias y elegantes, pero algunas de las jóvenes demostraban mucha creatividad. Un joven Vor aprovechó un paso para bromear con su dama poniéndole un dedo en la nariz y retorciéndosela un poco; ella quebró las reglas y no lo siguió, pero él copió la mirada furiosa de ella a la perfección. Mark se echó a reír.

- Usted es completamente diferente cuando se ríe - dijo Kareen sorprendida. Inclino la cabeza, intrigada.

Él también la inclinó.

- ¿Diferente de qué?

- No sé. No tan... fúnebre. Allí, escondido en el rincón, parecía alguien que acaba de

perder a su mejor amigo.

*Si usted supiera...* Ella hizo una pirueta; él también. Él le hizo una reverencia exagerada; sorprendida pero contenta, ella se la devolvió. La imagen era encantadora.

- Voy a tener que hacerle reír de nuevo - decidió ella con firmeza. Y le contó dos chistes verdes seguidos en rápida sucesión; él terminó riéndose de lo absurdo que resultaba todo aquello en contraste con los aires educados de la muchacha.

- ¿Quién se los ha contado?

- Mis hermanas mayores, claro - dijo ella, encogiéndose de hombros.

Y lo cierto es que fue él quien se sintió desilusionado cuando terminó la música. Esta vez fue él quien llevó la delantera y la condujo a otra sala a tomar algo, y luego hacia la galería. Sin la concentración del baile, él tuvo la incómoda sensación de que toda la gente lo miraba y esta vez no era paranoia. Habían formado una pareja muy llamativa, la hermosa Kareen y su sapo Vorkosigan.

Fuera no estaba tan oscuro como él esperaba. Además de la luz que venía de la Residencia, la niebla diseminaba los focos de colores del parque y todo parecía iluminado. Por debajo de la balaustrada de piedra, la colina parecía casi un bosque con bancos que invitaban a sentarse y charlar. Pero por suerte, la noche estaba lo bastante fría para que la mayoría se quedara dentro. Y eso ayudaba.

Era un lugar demasiado romántico para que una joven lo malgastara con él. *¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Qué sentido tenía provocar un hambre que él no podía saciar? Sólo mirarla lo lastimaba.* De todos modos, se le acercó, más mareado por su perfume que por el vino y la danza. Kareen tenía la piel radiante y tibia con el ejercicio; hubiera encendido un telescopio infrarrojo como una antorcha. Una idea morbosa. El sexo y la muerte parecían demasiado conectados en algún lugar del fondo más profundo de su cerebro. Tenía miedo. *Todo lo que toco lo destruyo. A ella no voy a tocarla.* Puso el vaso sobre la piedra y metió las manos en los bolsillos del pantalón, bien adentro. Los dedos de la izquierda hacían rotar las florecillas que había guardado en ellos.

- Lord Mark - dijo ella después de un sorbo de vino -, usted es casi un galáctico. Si se casara y tuviera hijos, ¿aceptaría que su esposa usara un replicador uterino?

- ¿Por qué no? - dijo él mientras sentía que la cabeza le daba vueltas con el cambio brusco en la conversación.

- Para... bueno... por ejemplo, para probar el amor de ella por usted.

- ¡Por Dios, eso es una barbaridad! Claro que no. Pensaría que eso prueba lo contrario que yo no la quiero a ella. - Mark hizo una pausa -. Supongo que es una pregunta totalmente retórica, ¿no?

- Algo así.

- Quiero decir, que usted no conoce a nadie que tenga ese problema, ¿verdad? ¿O tal vez sus hermanas? - preguntó, preocupado. *¿O tú?* Si el problema existía, había un bárbaro que necesitaba que le metieran la cabeza en un cubo de hielo y se la tuvieran dentro un rato largo, por ejemplo hasta que dejara de moverse.

- Ah, no, ninguna de mis hermanas está casada, aunque no les faltan ofertas. Pero mamá y papá se resisten. Estrategia - le confió ella.

- ¿Ah, sí?

- Lady Cordelia los alentó, después de que vino la segunda. Cuando ella vino aquí hubo un período en el que la medicina avanzaba mucho y estaba esa pastilla para elegir el sexo del bebé. Por un tiempo, todo el mundo se volvió loco por los varones. Ahora el promedio se ha vuelto a nivelar. Pero mis hermanas y yo llegamos en medio de la sequía de niñas. Hoy en día un hombre que no está de acuerdo con poner en el contrato matrimonial que está dispuesto a dejar que su esposa utilice un replicador uterino tiene bastantes dificultades para casarse. Los casamenteros ni siquiera quieren aceptarlos. - Ella rió en voz baja -. Lady Cordelia dijo a mamá que si juega bien sus cartas, todos y cada uno de sus nietos podrían nacer con un Vor frente a sus nombres.

- Ya veo - parpadeó Mark -. ¿Y ésta es una de las ambiciones de sus padres?

- No necesariamente. - Kareen se encogió de hombros -. Pero como todo lo demás da igual, el prefijo le da algo a la gente.

- Eso... bueno... pues me alegro de saber eso. - Mark miró el vino pero no bebió.

Ivan salió por una de las puertas del salón de baile, los vio juntos y les hizo un gesto amistoso con la mano pero siguió adelante. No tenía un vaso sino toda una botella colgándole de la mano y echó una mirada extraña sobre el hombro, como de presa perseguida, antes de desaparecer por el sendero. Mark miró por encima de la balaustrada unos segundos después y vio la cabeza de su primo bajando por uno de los caminos de grava.

Entonces, echó un trago, y por primera vez la llamó por el nombre de pila.

- Kareen... ¿soy... bueno... *posible*?

- ¿Posible para qué? - Ella inclinó la cabeza y sonrió.

- Para... para las mujeres. Quiero decir, mírame. Y sé sincera. Realmente parezco un sapo. Si no me preocupó un poco voy a terminar tan ancho como... pequeño. Y por si fuera poco soy un clon. - Para no mencionar el pequeño problema de la respiración. Después de ese resumen, la idea de tirarse de cabeza por la balaustrada le parecía un acto completamente lógico. Le ahorraría mucho sufrimiento.

- Bueno, todo eso es cierto - dijo ella, pensativa.

*Mierda, mujer, se supone que deberías negarlo todo, para ser amable.*

- Pero eres el clon de Miles. Tienes que tener su inteligencia...

- ¿Y te parece que la inteligencia compensa el resto, desde el punto de vista femenino?

- Imagino que no para todas las mujeres. Sólo para las inteligentes.

- Tú eres inteligente.

- Sí, pero no sería de buena educación que lo dijera. - Se pasó una mano por los bucles y sonrió.

¿Cómo diablos debía interpretar eso?

- Tal vez no tenga la inteligencia de Miles - dijo él, con amargura -. Tal vez los escultores de cuerpos de Jackson me convirtieron en estúpido mientras hacían el resto, para mantenerme bajo control. Eso explicaría muchas cosas sobre mi vida. - Linda idea morbosa para digerir.

Kareen rió entre dientes.

- No lo creo, Mark.

Él sonrió con timidez.

- No hay excusas. No hay cuartel.

- Ahora sueñas como Miles.

Una joven salió del salón de baile. Tenía puesto algo pálido y sedoso pero era atlética y flaca, de un rubio brillante, y casi tan alta como Ivan.

- ¡Kareen! - llamó -. Mamá quiere vernos a todas.

- ¿Ahora? Ay, Delia... - dijo Kareen con un tono de contrariedad.

- Sí. - Delia dirigió a Mark una mirada intensa pero llevada por su deber de hija dio media vuelta y entró de nuevo en el salón.

Kareen suspiró, se separó de la piedra en la que se había reclinado, se sacó el polvo de su vestido rosado y sonrió para despedirse.

- Ha sido muy agradable conocerte, lord Mark.

- Y para mí ha sido muy agradable hablar contigo. Y bailar. - Era verdad. Él hizo un gesto con la mano, un gesto más casual de lo que realmente hubiera querido, y ella se perdió en la luz tibia de la Residencia. Cuando él estuvo seguro de que ya se había perdido de vista, se arrodilló, recogió las últimas florecillas que ella había perdido y se las metió en el mismo bolsillo que las primeras.

*Me sonrió. No a Miles, no al Almirante Naismith. A mí, a mí mismo, a Mark. Así habría podido ser, si él no se hubiera quedado en bancarrota en Bharaputra.*

Ahora que estaba solo en la oscuridad, como había deseado antes, descubrió que no le gustaba tanto. Decidió buscar a Ivan y salió a caminar por los senderos del jardín. Desgraciadamente, los senderos se dividían y volvían a dividirse. Probablemente iban a más de un lugar. Pasó junto a parejas que habían buscado los bancos oscuros a pesar del frío y algunos hombres y mujeres que caminaban charlando en privado, o refrescándose. ¿Adónde había ido Ivan? Obviamente, no había venido por ese lado: el sendero terminaba en un mirador redondo. Se volvió.

Alguien lo seguía, un hombre alto en uniforme azul y rojo. La cara estaba en sombras.

- ¿Ivan? - dijo Mark, inseguro. No creía que fuera Ivan.

- Así que tú eres el clon de Vorkosigan. - No era la voz de Ivan. Pero la pronunciación hacía que el insulto resultara muy claro.

Mark se quedó firme, sin moverse.

- Sí, veo que lo tienes muy claro - gruñó -. ¿Y quién eres tú en este circo? ¿El oso bailarín?

- Un Vor.

- Eso ya lo sé. Por la frente baja y estrecha. Pero ¿qué Vor? - Le estaba subiendo la sangre a la cabeza por momentos. La última vez que se había sentido tan furioso había sido en el callejón del caravanserai. Empezó a latirle el corazón con fuerza. *Pero todavía no te ha amenazado y está solo. Espera.*

- Extranjero. No tienes el honor de los Vor - dijo el hombre.

- Ni una pizca - corroboró Mark con alegría -. Creo que todos vosotros estáis locos de remate.

- No eres soldado.

- Correcto de nuevo. Por Dios qué rápidos estamos esta noche. Me entrenaron como asesino solitario. La muerte en las sombras es una de mis especialidades. - Empezó a contar los segundos mentalmente.

El hombre, que había empezado a acercársele, retrocedió.

- Así parece - siseó -. No has perdido el tiempo. Enseguida te has promocionado a conde. No ha sido muy sutil para un asesino entrenado.

- No soy un hombre sutil. - Mark mejoró su equilibrio, sin apenas moverse. Nada de movimientos bruscos. Sigue hablando.

- Voy a decirte una cosa, pequeño clon. - El hombre pronunció con el mismo tono insultante que antes -. Si Aral Vorkosigan muere, tú no vas a ser su heredero.

- Bueno, eso es absolutamente correcto - susurró Mark -, así que no sé por qué te pones así, querido Vor. - *Mierda. Este tipo sabe que Miles está muerto. ¿Cómo se ha podido enterar? ¿Es uno de SegImp?* Pero no había ningún ojo de Horus mirándolo desde el cuello; usaba la insignia de una nave, una insignia que Mark no podía distinguir del todo. Un tipo de licencia -. ¿Qué te importa un zángano más que vive de la pensión familiar en Vorbarr Sultana? Esta noche hay aquí montones y montones de esas basuras.

- Eres un chulo.

- Ah, pero piensa en las circunstancias - dijo Mark, exasperado -, no vas a cumplir con tus amenazas de muerte aquí. Eso avergonzaría a SegImp. No creo que quieras disgustar a Simon Illyan, seas quien seas. - Seguía contando.

- No sé qué autoridad crees que tienes sobre SegImp - empezó a decir el hombre, furioso.

Pero lo interrumpieron. Un sirviente con la librea de la Residencia llegaba por el sendero con la bandeja de vasos y una sonrisa abierta. Era un joven en muy buen estado físico.

- ¿Bebidas, caballeros? - ofreció.

El anónimo Vor lo miró furioso.

- No, gracias. - Se volvió sobre sus talones y se alejó. Las ramas se sacudieron a su paso dejando una lluvia de gotas de rocío.

- Yo sí quiero uno, gracias - dijo Mark con expresión radiante. El sirviente le presentó la bandeja con una pequeña reverencia. Para no incomodar a su estómago revuelto, Mark eligió el mismo vino suave que había tomado durante casi toda la noche -. Ochenta y cinco segundos. Su tiempo es malísimo. Podría haberme matado tres veces y usted lo interrumpió justo cuando la charla se ponía interesante. ¿Cómo hacen ustedes para saber dónde intervenir en tiempo real? No puede haber suficiente gente arriba como para seguir todas las conversaciones del edificio. ¿Tienen búsquedas automáticas de palabras clave?

- ¿Un canapé, señor? - El sirviente giró la bandeja y le ofreció el otro lado.

- Gracias de nuevo. ¿Quién era ese Vor?

El sirviente miró hacia el sendero que ahora estaba vacío.

- El capitán Edwin Vorventa. Está de permiso. Su nave lo espera en el muelle de órbita.

- ¿No es de Seglmp?

- No, mi señor.

- ¿Ah, no? Bueno, entonces dígame a su jefe que me gustaría hablarle tan pronto pueda.

- Mi jefe, Lord Voraronberg, el gerente de bebidas y comidas del castillo...

Mark sonrió.

- Claro, claro. Váyase. Ya he bebido bastante.

- Muy bien, señor.

- ¡Ah! Y una cosa más. ¿Tiene idea de dónde puedo encontrar a Ivan Vorpatril?

El joven miró con la vista perdida por encima del mirador, como escuchando algo, aunque no se le veía ningún micrófono.

- Hay una especie de balaustrada al final del último sendero a la izquierda, señor, cerca de una fuente. Tal vez allí...

- Gracias.

Mark siguió el sendero a través de la niebla fresca de la noche. Un rayo de luz inclinado hizo brillar las gotitas de neblina sobre la manga del uniforme como una nube sobre los ríos plateados de los bordados. Pronto oyó el ruido de la fuente. La rodeaba un pequeño edificio de piedra, sin paredes, sólo con columnas y arcos profundos.

Todo estaba tan tranquilo en esa parte del jardín que él oía la respiración de la persona que estaba dentro. Sólo una persona: bueno, no tenía ganas de disminuir su baja popularidad interrumpiendo un encuentro amoroso. Pero la respiración era extremadamente ronca.

- ¿Ivan?

Hubo una larga pausa. Mark estaba tratando de decidir si volver a llamar o alejarse de puntillas cuando le llegó la voz de Ivan en un gruñido hosco:

- ¿Qué?

- Yo... me preguntaba qué estarías haciendo...

- Nada.

- ¿Te escondes de tu madre?

- Sí.

- Yo... no le voy a decir dónde estás.

- Todo un detalle - le llegó la respuesta irónica.

- Bueno... adiós - Mark se volvió para marcharse.

- Espera.

Él esperó, intrigado.

- ¿Quieres un trago? - le ofreció Ivan tras una larga pausa.

- Mmm... bueno.

- Entra y bebamos.

Mark se agachó para entrar y dejó que sus ojos se ajustaran a la penumbra. El banco de piedra acostumbrado e Ivan, como una sombra sentada. Ivan sacó la botella brillante y Mark acercó el vaso. Descubrió demasiado tarde que Ivan no estaba bebiendo vino sino más bien una especie de coñac. El cóctel accidental tenía mal gusto. Mark se sentó en los



escalones, apoyó la espalda contra la piedra y puso el vaso a un costado. Ivan ya había dejado de lado esa formalidad: bebía de la botella.

- ¿Vas a poder volver a tu coche? - preguntó Mark, que no estaba seguro de ello.

- No pienso hacerlo. El personal de la Residencia me va a llevar por la mañana, cuando recojan el resto de la basura.

- Ah. - La visión nocturna de Mark seguía mejorando. Ahora veía los dibujos brillantes del uniforme de Ivan y el resplandor de las botas bien lustradas. Los reflejos de sus ojos. La luz de las huellas de la humedad sobre las mejillas -. Ivan, ¿estás... - Mark se mordió la lengua para no decir *llorando* y lo cambió a -: bien?

- Bueno - afirmó Ivan -, he decidido pillar una buena borrachera.

- Me doy cuenta. ¿Por qué?

- Nunca lo había hecho en el Cumpleaños del Emperador. Es como un desafío tradicional... como acostarse con alguien.

- ¿La gente lo hace?

- A veces. Para demostrar que son capaces.

- Qué interesante para Seglmp.

Ivan soltó una risita.

- Cierto.

- ¿Y quién te desafió?

- Nadie.

Mark sintió que se estaba quedando sin preguntas más rápidamente de lo que Ivan se quedaba sin palabras con las que contestarle. Pero de pronto:

- Miles y yo - dijo Ivan en la oscuridad - sobrevivíamos a esta fiesta juntos, casi todos los años. Me sorprende... lo mucho que extraño los comentarios burlones y políticos de ese sátrapa. Me hacía reír. - Ivan soltó una risa hueca, nada alegre, y de pronto dejó de hacerlo, bruscamente.

- Te han contado lo de la crío-cámara vacía, ¿verdad?

- Sí.

- ¿Cuándo?

- Hace un par de días, creo. He estado pensando desde entonces. No es bueno.

- No. - Mark dudó. Ivan temblaba en la oscuridad -. ¿No quieres... irte a casa, a dormir?

- Yo sí.

- Nunca llegaría hasta arriba - se encogió de hombros Ivan.

- Te doy una mano... O un hombro...

-... De acuerdo.

Tras no poco esfuerzo consiguió arrastrar a Ivan hasta ponerlo de pie y navegar con él por el jardín inclinado. Mark nunca supo cuál de los ángeles de la guarda de Seglmp pasó la voz, pero la que los recibió arriba no fue la madre de Ivan sino su tía.

- Está... - Mark no estaba seguro de qué decir. Ivan miraba a su alrededor con ojos empañados.

- Ya veo - dijo la condesa.

- ¿Podemos mandar a un hombre con él a su casa? - Ivan se dejaba ir, y a Mark empezaron a dolerle las rodillas -. Mejor dos.

- Sí - dijo ella y tocó un elegante comu que tenía en el pecho -. ¿Pym...?

cuando le quitaron a Ivan de las manos, Mark suspiró de alivio. El alivio se convirtió en gratitud cuando la condesa comentó que ya era tiempo de que ellos también se fueran. Unos minutos después, Pym trajo el coche de superficie a la entrada y esa noche terminó el terror.

La condesa apenas habló mucho en el viaje hacia la Casa Vorkosigan. Se reclinó en el asiento y cerró los ojos, exhausta. No preguntó nada.

En el vestíbulo blanco y negro, le entregó la capa a una criada y se alejó hacia la izquierda, rumbo a la biblioteca.

- Discúlpame, Mark. Voy a llamar al Militar.

Parecía muy cansada.

- Seguramente la habrían llamado, señora, si se hubiera producido algún cambio en el estado del conde.

- Voy a llamar al Militar - dijo ella con voz firme. Tenía los ojos hinchados -. Vete a dormir, Mark.

Él no discutió. Subió las escaleras arrastrando los pies hacia el corredor de su dormitorio.

Se detuvo en la puerta. Era muy tarde. El vestíbulo estaba desierto. El silencio de la gran casa le oprimía los oídos. En un impulso, se volvió y caminó por el pasillo hacia la habitación de Miles y se detuvo ante la puerta. No se había atrevido a entrar en todas sus semanas que llevaba en Barrayar. No lo habían invitado. Probó la manija antigua. No. No estaba cerrada con llave.

Entró, dudando, y encendió las luces con la voz. Era un dormitorio grande, dada la antigua arquitectura de la casa. Una antecámara adyacente, que alguna vez había servido para sirvientes personales, se había convertido en un baño privado. A primera vista, la habitación parecía casi desnuda, limpia y ordenada. Seguramente todos los numerosos materiales de la infancia habían terminado metidos en cajas en un desván en medio de un arranque de madurez. Seguramente los desvanes de la Casa Vorkosigan eran asombrosos para cualquiera.

Sin embargo, allí, en esa pieza, quedaba un rastro de la personalidad de su dueño. Mark caminó despacio por ella con las manos en los bolsillos, como si visitara un museo.

Las pocas cosas que quedaban tendían a recordar éxitos, lo cual era razonable. El diploma de Miles en la Academia de Servicio Imperial, y su graduación de oficial, algo normal, aunque Mark se preguntó por qué Miles había enmarcado también un manual de clima estándar del Servicio, viejo y manoseado, y lo había colocado entre los dos títulos. Una caja de viejos premios de gimkhana de la primera juventud parecía a punto de ir a parar al desván con lo demás. La mitad de la pared estaba dedicada a una colección imponente de libros y vídeos, miles de títulos. ¿Cuántos habría leído Miles realmente? Curioso, Mark cogió el visor de mano de su gancho en la pared y probó tres discos al azar. Los tres tenían algunas notas en los márgenes de las cajas, huellas de los pensamientos de Miles. Mark abandonó la revisión y siguió adelante.

Un objeto que conocía personalmente: una daga con mango de *cloisonné*, que Miles había heredado del viejo general Piotr. Se atrevió a tocarla y probar el peso y el filo. ¿Cuándo había dejado Miles de llevarla consigo en los dos últimos años? ¿Cuándo había tomado la sabia decisión de guardarla a salvo, en la casa? Mark la volvió a poner en su vaina con cuidado.

Uno de los objetos que colgaba de la pared era irónico, personal y obvio: una vieja muleta de metal para las piernas, cruzada como en un museo, con una vieja espada Vor. Mitad broma, mitad desafío. Obsoletos ambos. Una reproducción fotónica barata de una página de un libro antiguo montada en un marco de plata terriblemente caro. El texto estaba fuera de contexto pero parecía ser algún tipo de bla bla bla pre-Salto, todo sobre peregrinos y una colina y una ciudad en las nubes. Mark no estaba seguro de qué se trataba todo aquello; nadie había acusado a Miles de ser del tipo religioso. Pero era evidente que era algo importante para él.

*Algunas de estas cosas no son premios, se dio cuenta Mark. Son lecciones.*

Había una caja de holovideo sobre la mesa de noche. Mark se sentó y la activó. Esperaba ver la cara de Elli Quinn pero el primer videorretrato que apareció fue el de un hombre alto, furioso, extraordinariamente feo, vestido con el uniforme de los soldados de los Vorkosigan. El sargento Bothari, padre de Elena. Mark siguió adelante. Después venía Quinn, luego Bothari-Jesek. Sus padres, por supuesto. El caballo de Ivan, Gregor, y después de eso, un desfile de formas y caras. Mark pasó las imágenes rápidamente.

Había por lo menos un tercio de personas que no reconocía. Después de la cara número cincuenta, dejó de mirar.

Se frotó los ojos, cansados. *No es un hombre, es una multitud.* Correcto. Se quedó sentado, inclinado, afligido, la cara entre las manos, los codos sobre las rodillas. *No, yo no soy Miles.*

La comuconsola de Miles era de las que se cuidan con claves de seguridad, no menor que la del conde en la biblioteca. Mark caminó hasta ella y la examinó con la vista: tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Las puntas de los dedos recorrían los bordes de las flores deshechas de Kareen Koudelka.

Las sacó y las colocó sobre su palma. En un arrebato de frustración, aplastó las que quedaban enteras con la otra mano y las arrojó al suelo. Menos de medio minuto después estaba a cuatro patas recogiendo lo poco que quedaba en la alfombra. *Seguramente estoy loco.* Se sentó sobre las rodillas en el suelo y empezó a llorar.

A diferencia de lo que le había pasado al pobre Ivan, nadie interrumpió su sufrimiento. Él se sintió profundamente agradecido por eso. Envío una disculpa mental a su primo Vorpatril. *Lo lamento, lo lamento...* aunque seguramente por la mañana Ivan ni siquiera recordaría su intrusión. Trató de controlar su respiración. Le dolía terriblemente la cabeza.

Los diez minutos que se había retrasado en Bharaputra habían hecho la diferencia. Si hubiera sido diez minutos más rápido, los Dendarii habrían vuelto al transbordador antes de que lo volaran los de Bharaputra y todo se habría desarrollado en otro tipo de futuro. Había miles de intervalos de diez minutos en su vida, sin marcas y sin efecto. Pero con esos diez minutos había bastado para transformar a Mark de promesa de héroe en escoria permanente. Y ya no podría recuperarlos.

¿Sería eso el don del comandante: reconocer los minutos críticos, separarlos de la masa de momentos semejantes, incluso en medio del caos? ¿Arriesgarlo todo para aferrarse a ellos, los minutos dorados? Miles había tenido el don de saber cuándo hacer las cosas, lo había tenido en un grado extraordinario. Por ese don lo seguían los hombres y las mujeres; por él, ponían en él toda su fe, toda su confianza.

Excepto una vez. Una sola vez le había fallado ese manejo del tiempo...

No. Él había estado gritándoles que se apresuraran. Su manejo del tiempo había sido exacto. Miles se había retrasado por los atrasos de otros.

Mark se puso de pie trabajosamente, se lavó la cara en el baño y volvió a sentarse en el asiento de la comuconsola. La primera capa de seguridad era una llave de palma. A la máquina no le terminó de gustar el dibujo de la palma de Mark; los depósitos subcutáneos de grasa y el crecimiento del hueso estaban empezando a distorsionar el esquema, a volverlo irreconocible. Pero no totalmente, no del todo; en el cuarto intento, la máquina leyó otra cosa y le abrió los archivos. La siguiente capa de seguridad requería códigos y accesos que él no conocía, pero por ahora no necesitaba más que la capa superior; un canal de comu privado, aunque no fuera absolutamente seguro, con SegImp.

La máquina de SegImp lo pasó a un recepcionista humano casi inmediatamente.

- Mi nombre es lord Mark Vorkosigan - le dijo al cabo de guardia cuya cara veía en la placa de vídeo -. Quiero hablar con Simon Illyan. Supongo que todavía está en la Residencia Imperial.

- ¿Se trata de una emergencia, señor? - preguntó el cabo.

- Para mí lo es - gruñó Mark.

Fuera cual fuese la opinión del cabo al respecto, pasó la comunicación. Mark insistió a través de dos capas más de subordinados antes de que se materializara la cara agotada del jefe de SegImp.

- Capitán Illyan - tragó saliva Mark.

- Lord Mark, ¿qué sucede? - dijo Illyan con cansancio. Aquél había sido un día largo también para SegImp.

- Esta noche he tenido una conversación interesante con cierto capitán Vorventa.

- Lo sé. Usted le dirigió algunas amenazas no demasiado indirectas.

Y Mark que había pensado que el sirviente-guardia de Seglmp estaba ahí para protegerlo a él... ah, bueno...

- Permítame una pregunta, señor: ¿el capitán Vorventa está en la lista de los que saben lo de Miles?

Los ojos de Illyan se pusieron alerta.

- No.

- Él lo sabe.

- Eso... eso es interesante.

- ¿Le ayuda saberlo?

Illyan suspiró.

- Me da otro dolor de cabeza, otra preocupación. ¿Dónde está la fuga de información? Ahora voy a tener que averiguarlo.

- Pero... mejor saber que no saber.

- Ah, sí, sí.

- ¿Puedo pedirle un favor a cambio?

- Tal vez - Illyan no se comprometía en absoluto -. ¿Qué tipo de favor?

- Quiero entrar.

- ¿Qué?

- Quiero participar. En la búsqueda de Miles. Quiero revisar los informes. Después de eso, no sé. Pero no puedo quedarme sentado esperando en la oscuridad.

Illyan lo miró con recelo.

- No - dijo por fin -. No voy a dejarlo suelto para que se pasee por mis archivos secretos como un elefante en una cacharrería. Buenas noches, lord Mark.

- ¡Un momento, señor! Usted se queja de falta de personal. No puede rechazar un voluntario.

- ¿Qué cree que puede hacer por nosotros, lord Mark, que no haya hecho Seglmp? - gruñó Illyan.

- La cuestión, señor, es que Seglmp no ha hecho nada. No han encontrado a Miles. No puedo ser *peor* que eso.

No lo había dicho con la diplomacia que exigía el caso. Se dio cuenta cuando vio la cara furiosa de Illyan.

- Buenas noches, lord Mark - repitió Illyan entre dientes y cortó la comunicación.

Mark se quedó inmóvil en el asiento de Miles. La casa estaba tan en silencio que el sonido más fuerte era el pulso de su sangre en los oídos. Se dio cuenta de que tendría que haberle demostrado a Illyan lo inteligente que había sido. Haberle contado que había entendido las revelaciones de Vorventa pero no había dejado que el capitán sospechara que él sabía que el capitán sabía. La investigación de Illyan podía tomar al hombre o mujer de la fuga por sorpresa. *¿No vale nada de eso? No soy tan estúpido como usted cree.*

*Y tú tampoco eres tan inteligente como yo creí que eras, Illyan. No eres... perfecto. Eso era perturbador. Había esperado que Seglmp fuera... perfecta: esa idea había sido un ancla para su mundo. Y Miles, perfecto. Y el conde y la condesa. Todos perfectos, todos inmortales. Imposible asesinarlos. Todos de goma. El único dolor verdadero, el suyo.*

Pensó en Ivan, llorando en las sombras. En el conde, muriéndose en los bosques. La condesa había mantenido la máscara indemne más que los demás. Tenía que hacerlo: tenía más que esconder. Miles mismo, el hombre que se había creado otra personalidad para escapar a...

El problema, decidió Mark, era que él había tratado de ser Miles Vorkosigan. Ni siquiera Miles hacía de Miles de esa forma. Contaba con todo un equipo de apoyo. Un equipo de miles de personas. *Con toda la razón nunca puedo alcanzarlo.*

Lentamente, con curiosidad, Mark abrió la túnica y sacó la tarjeta de comu de Gregor

del bolsillo interior, junto al pecho. La colocó en el escritorio de la comuconsola. Miró con los ojos muy abiertos el pedacito anónimo de plástico, como si tuviera un mensaje en código para sus ojos solamente. Le parecía que lo tenía.

*Tú sabías. Sabías, ¿no es cierto, Gregor, hijo de puta? Estuviste esperando que yo me diera cuenta por mí mismo.*

Con decisión súbita, metió la tarjeta en la ranura de la comuconsola.

Esta vez no hubo máquinas. Un hombre vestido de civil le contestó inmediatamente, pero no se identificó.

- ¿Sí?

- Soy Lord Mark Vorkosigan. Supongo que estoy en su lista. Quiero hablar con Gregor.

- ¿Ahora, milord? - dijo el hombre sin inmutarse. La mano le bailaba sobre las teclas a un lado.

- Sí. Ahora. Por favor.

- Le paso. - El hombre desapareció.

La placa de vídeo permaneció a oscuras, pero el audio transmitió una canción melodiosa. Sonó un buen rato y Mark empezó a sentir pánico. ¿Y si...? Pero entonces, la música se detuvo. Hubo un misterioso sonido metálico y después la voz de Gregor:

- ¿Sí? - la voz exhausta. No había imagen.

- Soy yo. Mark Vorkosigan. Lord Mark.

- ¿Sí?

- Usted me dijo que lo llamara.

- Sí, pero son... - una pausa breve -, ¡son las cuatro de la mañana, Mark!

- Ah. ¿Estaba durmiendo? - cantó Mark, frenético. Se inclinó hacia delante y se golpeó la cabeza sin mucha fuerza sobre el plástico fresco y duro del escritorio. *Mis tiempos. Mis tiempos...*

- *Dios*, con esas palabras parece la voz de Miles - musitó el emperador. La placa de vídeo se activó y apareció la imagen de Gregor que encendía la luz. Estaba en una especie de dormitorio medio borroso y no tenía puesta otra cosa que unos pantalones de pijama muy sueltos. Miró a Mark con los ojos entrecerrados, como si quisiera asegurarse de que no estaba hablando con un fantasma. Pero el *corpus* era demasiado corpulento para ser otro que el de Mark. El Emperador suspiró profundamente y trató de enfocar la imagen parpadeante -. ¿Qué necesita?

Qué maravillosamente sucinto. Si contestaba la verdad, tendría para seis horas por lo menos.

- Necesito participar en la búsqueda de Miles que lleva a cabo SegImp. Illyan no quiere dejarme. Usted es más poderoso que él.

Gregor se quedó sentado un segundo, luego dejó escapar una risita breve. Se pasó la mano por el cabello negro, revuelto en el sueño.

- ¿Se lo ha preguntado usted?

- Sí. Acabo de hacerlo. Me rechazó.

- Mmm, bueno... Tiene que ser cauto por mí, es su trabajo. Así puede liberar completamente mi juicio.

- En su juicio, señor, sire, por favor, déjeme participar en la búsqueda.

Gregor lo estudió con cuidado, mientras se frotaba la cara.

- Sí... - dijo arrastrando las palabras después de un momento -. Veamos... veamos lo que pasa. - Ya no tenía los ojos borrosos.

- ¿Puede llamar a Illyan ahora, sire?

- ¿Qué es esto? ¿Una petición urgente? ¿Se ha roto el dique?

*Estoy volcado hacia fuera, como agua...* ¿De dónde había sacado esa cita? Sonaba como una frase de la condesa.

- Todavía está despierto. Por favor, sire. Y que me llame a esta consola para confirmarlo. Espero.

- Muy bien. - Los labios de Gregor se retorcieron en una sonrisa extraña -. Lord Mark.
- Gracias, sire. Ah... buenas noches.
- Buenos días. - Gregor cortó.

Mark esperó. Los segundos pasaron, distorsionados, irreconocibles. Estaba empezando a sentir los efectos de la falta de alcohol pero todavía le quedaba algo de borrachera. Lo peor de ambos mundos. Había empezado a dormitar cuando sonó la comuconsola. Casi saltó del asiento.

Tocó los controles con urgencia.

- Sí. ¿Señor?

Sobre la placa de vídeo apareció la cara saturnina de Illyan.

- Lord Mark. - Apenas asintió -. Si viene al cuartel general de SegImp cuando abramos, en horario normal de trabajo, se le permitirá revisar los archivos de que hablamos. Mañana.

- Gracias, señor - dijo Mark con sinceridad.

- Sólo faltan dos horas y media - mencionó Illyan con un leve rastro de sadismo incomprensible. Illyan tampoco había dormido.

- Allí estaré.

Illyan asintió con un parpadeo y se desvaneció.

¿Perdición por las buenas obras o gracia solamente? Mark meditó sobre la gracia de Gregor. *Él lo sabía. Lo sabía antes que yo mismo.* Lord Mark Vorkosigan era una persona real.

18

La luz de la aurora convertía en oro la niebla nocturna que quedaba en el ambiente, una bruma otoñal que daba a la ciudad de Vorbarr Sultana un aire casi mágico. El edificio de Cuarteles Generales de Seguridad Imperial estaba allí, en esa luz, sin ventanas: un bloque totalmente utilitario con enormes portones y puertas diseñadas para humillar a cualquier suplicante humano lo suficientemente tonto como para intentar acercarse. En su caso, el efecto era redundante, consideró Mark.

- Qué arquitectura espantosa - le dijo a Pym, que maniobraba el coche de superficie del conde.

- El edificio más feo de la ciudad - corroboró el guardaespaldas -. Es de la época del Emperador Loco Yuri. De su arquitecto imperial, lord Domo Vorrutyer. Un tío del vicealmirante. Se las arregló para levantar cinco construcciones importantes antes de que mataran a Yuri y le impidieran seguir adelante. El Estadio Municipal le queda cerca. Y nunca pudimos tirarlos abajo. Todavía tenemos que aguantarlo y ya van sesenta años.

- Parece uno de esos edificios que tienen calabozos en los sótanos. Verde institucional. Y con un plantel de médicos sin escrúpulos de ningún tipo.

- Así era en un tiempo - dijo Pym mientras trataba de pasar por los portones y se detenía frente a una larga hilera de escalones.

- Pym... ¿esos escalones no son demasiado grandes?

- Eso parece - sonrió el hombre del conde -. Para cuando llegue arriba, tendrá calambres en las piernas, a menos que descanse a mitad. - Pym adelantó el auto y se detuvo para que Mark bajara -. Pero si dobla hacia la izquierda, hay una puertecita en la planta baja y luego un tubo elevador. Todo el mundo entra por ahí.

- Gracias. - Pym levantó la capota frontal y Mark salió del coche -. ¿Y qué le pasó a lord Domo cuando terminó el reinado de Yuri? Imagino que sería asesinado por la Liga de Defensa de la Arquitectura...

- No. Se fue al campo, vivió de su hija y su yerno y murió totalmente loco. Hizo una cantidad de torres rarísimas en el Estado de esa familia. Se cobra entrada para verlas. -

Con un gesto de la mano, Pym bajó la capota y se alejó.

Mark trotó hacia la izquierda, como le habían indicado. Allí estaba... puntual, bien alerta... bueno, por lo menos puntual. Se había dado una larga ducha, había elegido ropas cómodas de civil, oscuras y sueltas, y se había tragado suficientes calmantes, vitaminas y medicinas para la resaca como para sentirse artificialmente normal. Más artificial que normal, pero estaba decidido a no dejar que Illyan le obligara a desperdiciar la única oportunidad que tenía.

Se presentó a los guardias de SegImp en el vestíbulo.

- Soy lord Mark Vorkosigan. Me esperan.

- No lo creo - gruñó una voz desde el tubo elevador. Era Illyan. Los guardias se pusieron firmes. Illyan les hizo un gesto nada militar para que se pusieran en descanso. Él también se había duchado y estaba vestido en su ropa verde de trabajo, el tipo de uniforme que siempre usaba cuando no estaba en ceremonias imperiales. Mark sospechaba que él también se había tomado pastillas con el desayuno -. Gracias, sargento. Yo me ocupo.

- Qué edificio más deprimente. Lástima tener que trabajar aquí - comentó Mark mientras se elevaba en el tubo elevador junto al jefe de Seguridad.

- Sí - suspiró Illyan -. Una vez fui al edificio de Investigatif Federale, en Escobar. Cuarenta y cinco pisos, todo vidrio... Nunca estuve más cerca de emigrar. Domo Vorrutyer debería haber muerto estrangulado al nacer. Pero... ahora todo esto es mío... - Illyan miró a su alrededor. Un gesto de dueño y señor lleno de dudas le cambió la cara.

Llevó a Mark bien adentro hacia las... entrañas. Sí, ese edificio tenía entrañas, sin duda alguna. Las entrañas de SegImp. Los pasos de los dos hacían eco sobre un corredor desnudo rodeado de habitaciones diminutas, más bien cubículos. Mark echó una mirada hacia algunas que tenían la puerta entreabierta. Comuconsolas de alta seguridad manejadas por hombres de uniforme verde. Uno por lo menos tenía un banco de luces de espectro completo, fuera de las reglas, brillando detrás de su asiento.

Había una máquina de café enorme al final del corredor. Illyan le llevó al cubículo número trece. A él no le pareció que fuera por casualidad.

- Esta comuconsola tiene todos los informes que he recibido sobre la búsqueda del teniente Vorkosigan - dijo Illyan con frialdad -. Si cree que puede hacerlo mejor que mis analistas entrenados, le invito a que lo intente.

- Gracias, señor - Mark se acomodó en su asiento y activó el monitor -. Esto es inesperadamente generoso.

- No quiero que tenga usted motivos de queja, mi señor - afirmó Illyan, en el tono de quien obedece directivas. Gregor le había encendido un fuego debajo de la silla: eso era obvio. Mark pensó en eso mientras Illyan hacía una reverencia y se alejaba con un movimiento de cabeza que no podía interpretarse sino como irónico. ¿Hostil? No. Eso era injusto. La hostilidad de Illyan no era ni la mitad de la que hubiera tenido derecho a demostrar. *No es sólo obediencia a su Emperador*, se dio cuenta Mark con un temblor. Si hubiera querido, Illyan hubiera podido discutir con Gregor en un tema de seguridad como ése. *Está empezando a desesperarse*.

Respiró hondo y se zambulló en los archivos. Leyó, escuchó, miró... Lo de *todo* no era una broma. Había cientos de informes, generados por cincuenta o sesenta agentes distintos esparcidos por todo el nexo del agujero de gusano. Algunos eran breves y negativos. Otros largos y negativos. Pero alguien había visitado, por lo menos una vez, todas las crío-instalaciones de Jackson's Whole, las estaciones orbitales y de salto que rodeaban el planeta y también las de varios sistemas espaciales vecinos. Había incluso informes recientes sobre investigaciones en Escobar.

Lo que faltaba, se dio cuenta Mark después de un buen rato, eran sinopsis o análisis finales. Le habían dado sólo los datos en bruto, una masa imponente. Pensó un poco y se dio cuenta de que en realidad lo prefería de ese modo.

Leyó hasta que se le secaron los ojos y le gruñó el estómago de hambre y de café podrido. *Hora de ir a almorzar*, pensó cuando un guardia llamó a la puerta.

- Lord Mark, ha venido a buscarlo su chófer - informó el guardia con amabilidad.

Mierda... entonces era hora de ir a cenar. El guardia lo escoltó por el edificio y se lo entregó a Pym. Fuera había oscurecido. *Me duele la cabeza*.

Mark volvió a la mañana siguiente, tenaz. Y a la otra. Llegaron más informes. En realidad, llegaban tan rápido que no le daba tiempo a leerlos. Cuanto más trabajaba, más se atrasaba. En la mitad del quinto día, se reclinó en el asiento de la comuconsola y se puso a pensar. *Esto es una locura*. Illyan lo estaba enterrando. De la parálisis de la ignorancia, había pasado con velocidad sorprendente a la parálisis de la sobreinformación. *Tengo que escapar o nunca voy a salir de este edificio repulsivo*.

- Mentiras, mentiras, todo mentira - le musitó enloquecido a su comuconsola. La cosa parecía como que le parpadeara y susurrara, astuta y recatada.

Con un golpe enérgico de la mano, la apagó, apagó todo el batiburrillo de voces y datos y se quedó sentado un rato en la oscuridad y el silencio, hasta que dejaron de zumbarle los oídos.

*Seglmp no lo hizo. No encuentran a Miles*. No necesitaba todos esos datos. Nadie los necesitaba. Necesitaba sólo uno. *Tengo que reducir el tamaño de todo esto*.

*Empecemos con algunas suposiciones explícitas. Una. Miles es recuperable*.

Que Seglmp buscara un cuerpo podrido, una tumba sin marcas o un registro de desintegración si quería. A él no le servía esa búsqueda. No le servía aunque terminara en triunfo. Sobre todo si terminaba en triunfo.

Sólo le interesaban las crío-cámaras en bancos de almacenamiento permanentes o portátiles. O... lo cual era menos probable y mucho menos común, las instalaciones de crío-tratamiento. Si Miles hubiera revivido con éxito en manos amigas, lo primero que habría hecho hubiera sido informar dónde se encontraba. No lo había hecho... ergo todavía estaba congelado. O si estaba vivo, su estado no era bueno. O no estaba en manos amigas. Así que... ¿dónde?

La crío cámara de los Dendarii estaba en el Centro Hegen cuando la encontraron. Bueno, ¿y qué? Le habían mandado allí después de vaciarla. Mark se hundió en el asiento, con los ojos entrecerrados, y pensó en la otra punta del rastro. ¿Eran sus obsesiones personales las que lo impulsaban a creer lo que quería creer? *No, mierda. A la mierda con el Centro Hegen. Miles nunca ha salido del planeta*. De un solo golpe había eliminado las tres cuartas partes de la basura de datos que le nublabla la vista.

*Sólo informes sobre Jackson's Whole*. Bien. ¿Y qué más?

¿Cómo había hecho Seglmp para controlar todos los destinos posibles? ¿Lugares son motivaciones ni conexiones conocidas con la Casa Bharaputra? No, lo que había hecho Seglmp, en general, era preguntar, ocultando su identidad y ofreciendo una recompensa sustancial. Todo eso por lo menos cuatro semanas después del ataque. Un rastro demasiado viejo, dicho con buenas palabras. Mucho tiempo para que alguien pensara en el paquete sorpresa. Tiempo para esconderlo, si era necesario. Por lo tanto, en los casos en los que Seglmp había hecho una segunda investigación, más completa, eran todavía mayores las posibilidades de que salieran con las manos vacías.

*Miles está en un lugar que Seglmp ya ha revisado, en manos de alguien con motivaciones ocultas para interesarse por él*.

Todavía había cientos de posibilidades.

*Necesito una conexión. Tiene que haber una conexión*.

Seglmp había escarbado y revisado los archivos de Norwood palabra por palabra. Nada. Pero Norwood estaba entrenado como técnico médico. Y no había mandado la crío-cámara de su adorado al infinito, a la nada. La había mandado *a alguna parte*. Se la había mandado *a alguien*.



*Si el infierno existe, Norwood, espero que te estés friendo en él.*

Mark se inclinó sobre la comuconsola y volvió a activarla.

Un par de horas después, Illyan entró en el cubículo de Mark y cerró la puerta a prueba de ruidos tras él. Se reclinó contra la pared en una postura falsamente espontánea y dijo:

- ¿Qué tal van las cosas?

Mark se pasó las manos por el cabello.

- A pesar de su amable intento por aplastarme en información, creo sinceramente que estoy haciendo progresos.

- ¿Ah, sí? ¿De qué tipo? - Illyan no negaba la acusación, observó Mark.

- Estoy absolutamente convencido de que Miles no ha salido de Jackson's Whole.

- ¿Y cómo es que encontramos la crío-cámara en Hegen?

- No lo explico. Eso simplemente desvía nuestra atención del objetivo.

- Mmm - dijo Illyan, sin comprometerse.

- Y la desvía con mucha eficacia - agregó Mark con cierta crueldad.

Los labios de Illyan se tensaron.

Diplomacia, se recordó Mark. Diplomacia o no iba a conseguir lo que quería.

- Acepto que sus recursos son finitos, señor. Así que creo que hay que ponerlos en el lugar correcto. Todo lo que tenga, todo, envíelo a Jackson's Whole.

La expresión burlona de Illyan lo decía todo. El hombre había gobernado SegImp durante treinta años. Mark iba a necesitar más que diplomacia si quería que Illyan aceptara que otro le dijera cómo hacer su trabajo.

- ¿Qué descubrió sobre el capitán Vorventa? - Mark intentaba otra línea de ataque.

- La relación era fácil y no demasiado siniestra. Su hermano menor fue adjunto de mi supervisor de Operaciones Galácticas. No son hombres desleales, usted me entiende.

- ¿Y... qué hizo usted?

- En cuanto al capitán Edwin, nada. Es demasiado tarde. La información sobre Miles está en la red de los Vor, en forma de rumores. Ya no puedo controlarla. El joven Vorventa está transferido. Lo hemos puesto lejos de cualquier lugar clave. Y le adelanto que ha dejado un vacío muy feo en mi personal. Era bueno en su cometido. - Illyan no parecía muy agradecido.

- Ah... - Mark hizo una pausa -. Vorventa piensa que yo le hice algo al conde. ¿Eso también está en la red de rumores?

- Sí.

Mark hizo un gesto de dolor.

- Bueno... Por lo menos usted sabe que no... - suspiró. Miró la cara de piedra de Illyan, allá arriba, y sintió una alarma que casi le produjo náuseas -. ¿O no lo sabe?

- Tal vez. Tal vez no.

- ¿Cómo que no? ¡Usted tiene los informes médicos!

- La ruptura parecía natural, es cierto. Pero podría haberse creado artificialmente con un tractor de mano quirúrgico. El daño a la región cardíaca hubiera borrado las huellas.

Mark tembló de rabia y de impotencia.

- Un trabajo arriesgado - dijo conteniéndose -. Extremadamente preciso. ¿Cómo conseguí que el conde se quedara quieto sin notarlo mientras se lo hacía?

- Ése es uno de los problemas de esa explicación - aceptó Illyan.

- Y por otra parte, ¿qué hice con el tractor quirúrgico? Y con el detector médico. También hubiera necesitado uno de éstos. Dos o tres kilos de equipo.

- Los escondió en el bosque. O en algún otro lugar.

- ¿Usted los encontró?

- No.

- ¿Y los buscó?

- Sí.

Mark se frotó la cara, con fuerza y apretó las mandíbulas, las aflojó, y volvió a apretarlas.

- Así que usted tiene todos los hombres que necesita para revisar y volver a revisar varios kilómetros cuadrados buscando un equipo médico que no está allí, pero no los suficientes para buscar a Miles en Jackson's Whole aunque Miles esté allí. Y yo le aseguro que está. Me doy perfecta cuenta. - No. No. Tenía que controlarse o lo perdería todo. Le entraron ganas de ponerse a gritar, de golpear a Illyan en la cara.

- Un operador galáctico es un especialista muy entrenado con raras cualidades personales - dijo Illyan, tenso y frío -. Los hombres que buscan objetos conocidos en un área determinada son de la tropa y mucho más numerosos.

- Sí. Lo lamento. - *¿Él se está disculpando? Tu meta. Recuerda que tienes una meta.* Pensó en la condesa y respiró hondo para calmarse. Una vez. Varias veces.

- Lo que digo no es una convicción - dijo Illyan, mirándolo a la cara -. Es sólo una duda.

- Gracias - gruñó Mark.

Permaneció sentado unos instantes, tratando de poner en orden sus pensamientos perdidos, sus mejores argumentos, y de pronto se levantó.

- Mire - dijo por fin -. Está malgastando sus recursos, y uno de los recursos que está malgastando soy yo. Mándeme a mí a Jackson's Whole. Sé mucho más sobre la situación que cualquiera de sus agentes. Tengo algo de entrenamiento, tal vez sólo el entrenamiento de un asesino, pero algo es algo. Suficiente para perder a sus espías tres o cuatro veces en la Tierra... Suficiente para haber llegado hasta aquí. Conozco Jackson's Whole, es algo visceral que sólo se adquiere si uno ha crecido allí. ¡Y ni siquiera tendría que pagarme! - Esperó, reteniendo el aliento con la valentía que da el terror. *¿Volver?* La sangre se le subió a la cabeza. *¿Vas a darle a los de Bharaputra la oportunidad de corregir la puntería?*

Illyan continuó con su expresión fría.

- Hasta el momento, su historial en operaciones encubiertas no es demasiado impresionante a juzgar por sus triunfos, lord Mark.

- De acuerdo, no soy un brillante comandante de campo. No soy Miles. Eso lo sabemos todos, creo yo. *¿Cuántos de sus agentes son Miles?*

- Si usted es tan... tan incompetente como parece, mandarlo sería malgastar el tiempo. Pero supongamos que usted es más astuto de lo que yo pienso, que todos sus errores y torpezas son una cortina de humo. - Illyan también era hábil con los insultos velados. Agudos como estiletes, directos al corazón entre dos costillas -. Y supongamos que usted llega a Miles antes que nosotros... *¿qué pasaría entonces?*

- *¿Qué quiere decir con «qué pasaría entonces»?*

- Si usted nos lo devuelve como cadáver a temperatura ambiente, con un único destino, el entierro, en lugar de como esperanza congelada, *¿cómo sabremos que usted lo encontró así?* Usted va a heredar su nombre, su rango, su riqueza, y su futuro. Algo muy tentador, Mark, para un hombre sin identidad. Muy tentador.

Mark se cubrió la cara con las manos. Se quedó allí sentado, aplastado, furioso y terriblemente frustrado.

- Mire - dijo entre los dedos -, mire... O soy el hombre que, según su teoría, casi tuvo éxito en asesinar a Aral Vorkosigan y fue tan bueno en su intento que no dejó huellas ni pruebas... o no lo soy. Puede usted decir que no soy lo suficientemente competente para mandarme. O decir que no confía en mí lo suficiente para mandarme. Pero no puede usar los dos argumentos a la vez. ¡Elija uno!

- Espero tener más datos. - Los ojos de Illyan parecían piedras.

- Le aseguro - susurró Mark - que el exceso de desconfianza nos hace más tontos que el exceso de confianza. - No había duda de que en su caso había sido verdad. De pronto volvió a sentarse -. Bueno. Póngame pentarrápida.

Illyan levantó las cejas.

- ¿Mmm?

- Pentarrápida. Nunca lo ha hecho. Sáquese las dudas de encima. - Los interrogatorios con pentarrápida podían ser experiencias humillantes, según se decía. ¿Y qué? ¿Qué era una humillación más en su vida? Algo familiar, algo tibio. No era otra cosa.

- Hace mucho que deseo hacer eso, lord Mark - admitió Illyan -. Pero su... bueno... su progenitor tiene una conocida reacción idiosincrásica frente a la pentarrápida que yo supongo que usted comparte. No es la alergia usual, exactamente. Crea una hiperactividad impresionante, mucha verborrea pero, por desgracia, ninguna compulsión para decir la verdad. No sirve.

- En Miles. - Mark se aferró a la esperanza. -. ¿Usted supone que en mí...¿Pero no lo sabe! Mi metabolismo no es igual que el de Miles, eso está demostrado. Por lo menos, podríamos hacer una prueba...

- Sí - dijo Illyan, despacio -. Podemos hacerlo. - Se apartó de la pared y salió del cubículo, diciendo -: Espere, vuelvo enseguida.

Tenso, Mark se levantó y recorrió la pequeña habitación de un lado a otro, dos pasos en cada dirección. El miedo y el deseo luchaban en su mente. El recuerdo del frío inhumano en los ojos de Bharaputra se rompió como una ola contra la rabia roja de su mente. *Si quieres encontrar algo, busca en el sitio en que lo has perdido.* Y él lo había perdido todo en Jackson's Whole.

Illyan terminó por volver.

- Siéntese y arremánguese la manga izquierda.

Mark lo hizo.

- ¿Qué es eso?

- Prueba de alergia.

Mark sintió una especie de punzada cuando Illyan apretó el paño en el brazo y luego lo sacó. Illyan miró el crono y se reclinó sobre la comuconsola, mirando el brazo de Mark.

Un minuto después apareció un punto rosado. A los dos minutos era una colmena. A los cinco, se había convertido en una costra blanca y dura rodeada de terribles rayas rojas que corrían de la muñeca al codo.

Illyan suspiró, desilusionado.

- Lord Mark, le recomiendo que se aparte a toda costa de la pentarrápida.

- ¿Ha habido una reacción alérgica?

- Una reacción muy, pero que muy alérgica.

- ¡Mierda! - Mark se quedó sentado y se rascó. Se tapó con la manga para no sacarse sangre -. Si Miles hubiera estado aquí sentado, consultando estos archivos, y le hubiera dicho lo que yo le dije, ¿lo habría escuchado?

- El teniente Vorkosigan tiene un récord de éxitos ininterrumpido. Sus éxitos llaman la atención, hablan por sí mismos. Y, como usted me ha señalado repetidas veces, usted no es Miles. No puede usar los dos argumentos a la vez - agregó con voz fría -. Elija uno.

- Veo que nada de lo que yo diga puede cambiar las cosas. ¿Para qué me dejó entrar entonces? - explotó Mark.

Illyan se encogió de hombros.

- Además de la orden directa de Gregor... así sé dónde está usted y lo que está haciendo.

- Como una celda de detención, sólo que yo entro voluntariamente. Y estoy seguro de que si usted pudiera encerrarme en una celda sin comuconsola, aún sería más feliz.

- Francamente, sí.

- Bueno, de acuerdo. - Mark echó una mirada a la comuconsola. Illyan lo dejó solo.

Mark saltó de la silla, se acercó a la puerta y sacó la cabeza. Illyan iba por la mitad del corredor.

- ¡Ahora tengo mi propio nombre, Illyan! - le gritó Mark, furioso.

Illyan miró por encima del hombro, levantó las cejas y se fue.

Mark trató de leer otro informe, pero en algún lugar entre sus ojos y su cerebro se transformaba en un embrollo incomprensible. Estaba demasiado afectado para seguir con el análisis. Fuera todavía había luz. Miró la puesta de sol, entre los edificios en el camino a la Casa Vorkosigan, hasta que le ardieron los ojos.

Era la primera vez que volvía de Seglmp a tiempo para reunirse con la condesa para la cena. La encontró cenando sin formalismos con Bothari-Jesek en un rincón protegido del jardín, densamente adornado con flores y plantas de otoño. La luz artificial mantenía los colores en la creciente oscuridad. La condesa tenía puesta una chaqueta verde y una larga falda, la ropa típica de una matrona Vor, Bothari-Jesek había elegido un vestido similar de color azul, obviamente prestado del guardarropas de la condesa. Había un lugar en la mesa para él, a pesar de que llevaba cuatro días sin aparecer. Extrañamente conmovido, Mark se deslizó en su asiento.

- ¿Cómo está hoy el conde? - preguntó con amabilidad.

- Sin cambios. - La condesa suspiró.

Como era su costumbre, hubo un minuto de silencio antes de empezar a comer, minuto que la condesa utilizaba para la plegaria interior; ese día, según sospechaba Mark, la plegaria era mucho más ambiciosa que una mera bendición del pan. Bothari-Jesek y él esperaron. Bothari-Jesek meditaba Dios sabía qué. Mark repasaba mentalmente la conversación con Illyan y pensaba en todas las cosas inteligentes que podía haber dicho aunque ahora fuera demasiado tarde. Un sirviente trajo comida en platos cubiertos y los dejó solos, como prefería la condesa cuando la cena no tenía huéspedes oficiales. *Al estilo familiar.*

En realidad, Bothari-Jesek había estado apoyando a la condesa como una hija desde la enfermedad del conde, acompañándola en sus frecuentes visitas al Hospital Militar, haciéndole recados, actuando como confidente. Mark sospechaba que la condesa le había revelado más de sus sentimientos íntimos que a ninguna otra persona en el mundo y sentía una inexplicable envidia. Como hija de su guardaespaldas favorito, Elena Bothari había sido casi hija adoptiva de los Vorkosigan. La Casa Vorkosigan había sido su hogar en los tiempos de la infancia, así que si él era realmente el hermano de Miles, ¿Elena era su hermana adoptiva? Hubiera querido comentarle la idea, y prepararse para salir corriendo. No, mejor más adelante.

- Capitana Bothari-Jesek - empezó después de tragar los dos primeros bocados -, ¿qué está pasando con los Dendarii en Komarr? ¿Illyan la tiene a usted también en la oscuridad?

- Illyan me informa - dijo Bothari-Jesek. Ella tenía aliados de nivel más alto que el mismo comandante de Seglmp, eso era un hecho -. Más le vale. Barajamos las cartas... Quinn retuvo a los testigos de tu... tu ataque... - amable de su parte no usar una palabra más directa, como debacle, por ejemplo -. El Escuadrón Verde, parte de los Naranja y Azul. Todo el resto. Todo el resto pasó al *Peregrine* bajo mi segundo y se reunió con la flota. La gente se está poniendo nerviosa, ahí, en órbita, sin permisos y sin obligaciones. - Parecía muy desdichada por esa pérdida temporal de comando.

- Entonces, ¿el *Ariel* está en Komarr todavía?

- Sí.

- Quinn, por supuesto... ¿Thorne? ¿La sargento Taura?

- Todos siguen esperando.

- Seguramente también están impacientes.

- Sí - dijo Bothari-Jesek, y hundió el tenedor con tanta fuerza en un pedazo de proteína de vat que se oyó un crujido sobre la mesa. Nerviosos. Sí.

- ¿Y qué has averiguado esta semana, Mark? - preguntó la condesa.

- Nada que usted no sepa. Lo lamento. ¿Illyan no le informa?

- Sí, pero con todo lo que está pasando, apenas si tengo tiempo de mirar las sinopsis.

De todos modos, sólo hay una cosa que me interesa oír.

Correcto. Alentado, Mark empezó a detallarle su investigación, incluyendo su convicción, cada vez más profunda, sobre el lugar en que se encontraba Miles.

- Pareces haberlo revisado todo - hizo notar ella.

Él se encogió de hombros.

- Ahora sé más o menos lo que sabe Seglmp, si es que Illyan fue sincero conmigo. Pero como Seglmp no sabe dónde está Miles, todo es inútil. Estoy seguro...

- ¿Sí? - preguntó la condesa.

- Estoy seguro de que Miles está en Jackson's Whole. Pero no consigo que Illyan se concentre allí. Su atención está puesta en todo el universo... Tiene a los cetagandanos en mente.

- Hay sólidas razones históricas para eso - dijo la condesa -. Y razones actuales también, lamento decirlo, aunque Illyan seguramente no te confió ninguno de los problemas de Seglmp que no tuvieran que ver directamente con la desaparición de Miles. Decir que tuvo un mal mes sería quedarse penosamente cortos... - Dudó un buen rato -. Mark... después de todo tú eres el hermano clon de Miles. Estás más cerca de él que ningún otro ser humano. Esa convicción tuya parece tener un aire apasionado. Se diría que tu *sabes* que está ahí. ¿Supones que... sabes, realmente? ¿A cierto nivel?

- ¿Quiere usted decir, como un enlace psíquico? - dijo él. Qué idea tan horrible.

Ella asintió, con las mejillas un poco encendidas. Bothari-Jesek parecía atónita, y lo miró como rogándole. *¡No te atrevas a hacerle daño!*

*Ésa es la medida real de su desesperación.*

- Lo lamento. No soy psíquico. Sólo psicótico. - Bothari-Jesek se relajó. Él se dejó caer en el asiento, luego se le iluminó un poco el rostro con una idea -. Aunque tal vez no sea malo que Illyan crea que usted piensa eso.

- Illyan es un racionalista de los duros. - La condesa sonrió con tristeza.

- La pasión es frustración, señora. Nadie me deja hacer nada.

- ¿Qué es lo que quiere hacer?

*Quiero escaparme a Colonia Beta.* La condesa lo ayudaría, probablemente.

*... No, no quiero volver a salir corriendo. Nunca.*

Respiró hondo para aparentar un coraje que no sentía.

- Quiero ir a Jackson's Whole y buscarlo. Puedo hacerlo tan bien como los agentes de Illyan. Sé que puedo. Ya se lo dije a él, pero no quiere. Dice que si pudiera me encerraría en una celda.

- En días como éstos, el pobre Simon vendería su alma para hacer que el mundo se detuviera un poco - admitió la condesa -. En este momento, no es que tenga la atención dispersa, la tiene quebrada en mil pedazos. Me da cierta lástima.

- A mí no. A Simon Illyan no le pediría ni la hora. Seguro que no me la daba - se quejó Mark -. Gregor me indicaría indirectamente el lugar donde puedo conseguir un crono. Usted... - su metáfora se extendía, sin límites - usted me daría un reloj.

- Si tuviera una fábrica de relojes, hijo, te la regalaría - suspiró la condesa.

Mark masticó una cucharada, tragó la comida y levantó la vista.

- ¿En serio?

- En s... - empezó ella con firmeza pero se detuvo por precaución -. ¿En serio qué?

- ¿Lord Mark es un hombre libre? Yo no he cometido ningún crimen dentro del Imperio de Barrayar, ¿no es cierto? No hay leyes contra la estupidez. No estoy bajo arresto.

- No...

- Podría ir yo mismo a Jackson's Whole. A la mierda con Illyan y sus preciosos recursos. Si... - ah, el «si». Mark se desinfló enseguida -. Si tuviera pasaje. - Por lo que sabía, lo único que tenía eran diecisiete marcos imperiales que le quedaban de un billete de veinticinco que le había dado la condesa al comienzo de la semana y que guardaba en el bolsillo.

La condesa empujó un plato y se acomodó en su silla, la cara pálida.

- No me parece buena idea. Hablando de estupidez.

- seguramente Bharaputra hizo un contrato para matarte después de lo que hiciste - agregó Bothari-Jesek, para ayudarla.

- No. El contrato es contra el almirante Naismith - argumentó Mark -. Y yo no volvería a Bharaputra. - Todo eso no quería decir que no estuviera de acuerdo con la condesa. El lugar de la frente en el que se había contado su punto el barón Bharaputra seguía quemándole en secreto. Miró a la condesa con impaciencia -. Señora...

- ¿Me estás pidiendo que te financie para que puedas arriesgar tu vida? - dijo.

- No... ¡para que la salve! No puedo... - Hizo un gesto de impotencia que señalaba la Casa Vorkosigan, su situación -. No puedo seguir así. Estoy totalmente desequilibrado. Mal.

- El equilibrio necesita tiempo. Es demasiado pronto - dijo ella, con pasión -. Eres demasiado nuevo.

- Tengo que volver para arreglar lo que hice. Si puedo.

- Y si no puedes, ¿entonces qué? - preguntó Bothari-Jesek con frialdad -. ¿Huir con buena ventaja?

¿Le había leído la mente esa mujer? Los hombros de Mark se hundieron con el peso de su burla. Y sus propias dudas.

- Yo... - jadeó - no... - lo sé. No pudo terminar la frase en voz alta.

La condesa unió sus largos dedos.

- No dudo de tu corazón - dijo, mirándolo directamente a los ojos. Mierda, ella era capaz de romper ese corazón con su confianza, mucho más que Illyan con sus dudas -. Pero tú eres mi segunda oportunidad. Mi nueva esperanza, la esperanza que ya no esperaba. Nunca pensé que podría volver a tener un hijo en Barrayar. Ahora Jackson's Whole se comió a Miles, ¿y tú quieres ir allí detrás de él? ¿Tú también?

- Señora - dijo él, desesperado -, madre... no puedo ser un premio de consuelo.

Ella cruzó los brazos y apoyó el mentón en una mano, tapándose la boca. Tenía los ojos verdes como un mar en invierno.

- Tú tienes que ser la primera en entender eso - rogó Mark -. Tienes que saber lo importante que es una segunda oportunidad.

Ella empujó la silla para apartarse de la mesa y se puso de pie.

- Voy... voy a tener que pensarlo. - Salió del comedor. Mark vio con pesar que había dejado la mitad de la comida en el plato.

Bothari-Jesek también se dio cuenta.

- Buen trabajo - le espetó.

*Lo lamento. Lo lamento...*

Ella se levantó de su asiento y corrió tras la condesa.

Mark se quedó allí, abandonado y solo. Y, con lo ojos ciegos, casi sin conciencia de lo que hacía, se atiborró de comida hasta que lo dominó el asco. Fue tropezando hasta el tubo elevador y subió a su habitación. Se quedó allí, quieto. Tenía más deseos de dormir que de respirar, pero no pudo hacer ninguna de las dos cosas.

Después de un tiempo interminable, cuando el fuerte dolor de cabeza y el calor insoportable en el estómago empezaron por fin a disminuir, oyó un golpecito en la puerta. Rodó sobre la cama, gruñendo y quejándose.

- ¿Quién es?

- Elena.

Encendió la luz, se sentó en la cama contra el cabezal tallado y colocó una almohada contra su espalda para ver si podía matar el dolor. No quería hablar con Bothari-Jesek, ni con ningún otro ser humano. Se volvió a poner la camisa más suelta que encontró.

- Adelante - musitó.

Ella asomó la cabeza por la puerta, la cara seria y pálida, y entró en la habitación.

- Hola. ¿Te sientes bien?

- No - admitió él.

- He venido a disculparme - dijo ella.

- ¿Usted? ¿Disculparme conmigo? ¿Por qué?

- La condesa me ha contado... algo de lo que pasaba contigo. Lo siento. No entendía.

Lo habían viviseccionado otra vez, *in absentia*. Se daba cuenta por la forma horrorizada en que lo miraba Bothari-Jesek, como si su vientre inflado estuviera abierto y extendido en una autopsia con un corte de un lado a otro.

- Ah, mierda. ¿Qué dijo? - Mark hizo esfuerzos por sentarse más derecho.

- Miles había dicho algo. Pero yo no entendí hasta dónde habían llegado las cosas. La condesa me lo ha contado todo. Lo que te hizo Galen. Esa violación con la picana y los... bueno... los problemas con la comida. Y el otro problema. - Ella evitaba cuidadosamente poner los ojos en el cuerpo de él, los mantenía en la cara: un recordatorio directo de la profundidad nada agradable de sus nuevos conocimientos. Seguramente ella y la condesa habían hablado durante más de dos horas -. Todo tan deliberadamente *calculado*. Eso es lo más diabólico.

- No estoy seguro de que el incidente de la picana fuera calculado - dijo Mark con cuidado -. Galen parecía enloquecido, por lo menos ésa era mi sensación. Totalmente ido. Nadie es tan buen actor. O tal vez empezó calculadamente y se descontroló... - Y luego estalló, impotente -: ¡Mierda! - Bothari-Jesek saltó en el aire -. ¡Ella no tiene derecho a hablar así de mí con usted! ¡Ni con nadie! ¿Qué cojones soy yo? ¿Un espectáculo de circo?

- No, no. - Bothari-Jesek abrió las manos -. No entiendes... Le he contado lo de Maree, la clon rubita que te llevaste a tu camarote. Lo que yo pensé que estaba pasando. Y te he acusado ante la condesa.

Él se quedó helado, mudo de vergüenza, estremecido por un dolor nuevo.

- No sabía que no se lo había contado desde el primer día. - ¿Acaso todo lo que él creía haber levantado con la condesa se conmovía ahora, temblando sobre cimientos podridos, en ruinas, destrozado?

- Ella quiere tenerte como hijo... Lo quiere de tal forma que no puede decírselo cuando llegamos. Pero esta noche estaba tan furiosa... Se me escapó.

- ¿Y qué pasó?

Bothari-Jesek meneó la cabeza, maravillada.

- Es tan betana... Tan rara. Nunca está donde crees que está, mentalmente. No se sorprendió. En absoluto. Y me lo explicó todo... Yo sentí que me daba vueltas la cabeza: sentí como si me hubieran dado una tunda, como si me hubieran sacudido como una alfombra.

Él estuvo a punto de echarse a reír.

- Suena como una conversación típica con la condesa. - El miedo que lo asfixiaba empezó a retroceder. *¿La condesa me desprecia...?*

- Me equivoqué contigo - dijo Bothari-Jesek, resuelta.

Él abrió las manos, exasperado.

- Es bueno saber que tengo semejante defensora, pero no se equivocó, se lo aseguro. Lo que usted vio era exactamente lo que estaba pasando. Y lo habría hecho si hubiera podido - dijo con amargura -. No fue mi virtud la que me detuvo, fue mi condicionamiento de alto voltaje.

- Ah. No me refiero a que estuviera equivocada con respecto a los hechos. Pero estaba proyectando gran parte de mi propia furia en la forma en que te valoraba. No sabía que eras producto de la tortura sistemática, no hasta ese punto. Ni sabía la forma increíble en que resististe a eso. Creo que yo, en tu lugar, me hubiera puesto catatónica.

- No fue tan malo *todo* el tiempo - dijo él, incómodo.

- Pero tienes que entender - insistió ella - lo que me pasaba a mí. *A mí*. Por mi padre.

- ¿Eh? - Él sintió que le hacían girar la cabeza hasta casi dársela vuelta sobre el cuello  
-. Entiendo que *mi* padre tiene que ver con esto... ¿pero qué diablos está haciendo el suyo en este asunto?

Ella empezó a caminar de un lado a otro, reuniendo coraje. Cuando se puso a hablar, sus palabras salieron como en una catarata.

- Mi padre violó a mi madre. Así vine yo al mundo, durante la invasión de Barrayar a Escobar. Hace unos años que lo sé. Me hizo alérgica a ese tema. No lo soporto. - Apretó los puños -. Pero está en mí. No puedo escaparme de eso. Por eso me fue tan difícil verte claramente. Siento como si te hubiera estado mirando a través de la niebla durante las últimas diez semanas. La condesa ha eliminado esa niebla. - Era cierto: los ojos de ella ya no lo dejaban helado -. Y me ha ayudado más de lo que nadie pueda imaginar.

- Ah. - ¿Qué podía decir? Así que él no había sido el único tema en esas últimas dos horas. Había más en la historia de ella, eso era evidente, pero él no se lo iba a preguntar. Por una vez, no le tocaba disculparse -. Yo... no lamento que usted exista. Y no importa cómo llegó al mundo.

Ella sonrió.

- En realidad, yo tampoco lo lamento.

Él se sentía muy raro. Su furia por la violación de su intimidad se iba desvaneciendo poco a poco dando paso a un ligero optimismo que lo dejaba atónito. Se sentía profundamente aliviado sin el peso de sus secretos. Su miedo se había encogido, como si el manifestarlo a otro lo hiciera disminuir. *Si le cuento esto a cuatro personas más, voy a sentirme libre.*

Sacó las piernas de la cama, la cogió de la mano, la llevó a una silla de madera junto a su ventana, trepó a la silla y la besó.

- ¡Gracias!

Ella parecía bastante asustada.

- ¿Por qué? - preguntó, entre un jadeo y una risita, y se desprendió de su mano con firmeza.

- Por existir. Por dejarme vivir. No sé... - Sonrió, exaltado, pero la sonrisa se desvaneció en un mareo, y para bajar tuvo más cuidado.

Ella lo miró desde arriba y se mordió el labio:

- ¿Por qué te haces eso?

No tenía sentido fingir que no sabía qué era eso: la manifestación física de su gula compulsiva era lo suficientemente obvia. Se sintió monstruoso. Se pasó la mano por la cara llena de sudor.

- No sé. Pero pienso que la mitad de lo que llamamos locura es un pobre tipo que trata de manejar el dolor y la pena con una estrategia que molesta a la gente que lo rodea.

- ¿Y cómo es que para manejar el dolor tratas de producirte más dolor? - preguntó ella, como quejándose.

Él sonrió con las manos sobre las rodillas, mirando al suelo.

- En eso hay una especie de fascinación imposible de dominar. Te saca la mente de lo que realmente sucede. Piensa en lo que puede hacerle un dolor de muelas a tu capacidad de atención.

Ella meneó la cabeza.

- Preferiría no pensar en eso. Gracias.

- Galen sólo estaba tratando de destruir mi relación con mi padre - suspiró -, pero se las arregló para destruir mi relación con todo. Sabía que no podría controlarme directamente en cuanto me soltara en Barrayar, así que tenía que construir motivaciones que duraran. - Agregó en voz baja -: Y se le volvió en contra. Porque en cierto sentido, Galen también era mi padre. Mi padre adoptivo. El primero que tuve. - El conde había sido el blanco, por supuesto -. Yo tenía mucha hambre de identidad cuando los komarreses me fueron a buscar a Jackson's Whole. Creo que era como uno de esos pájaros recién nacidos que



creen que su madre es la primera cosa de tamaño adecuado que pasa cerca de ellos, aunque sea una olla o una regadera.

- Tienes un talento sorprendente para analizar la información - observó ella -. Ya lo noté allí, en Jackson's Whole.

- ¿Yo? - parpadeó él -. ¡Por supuesto que no! - Talento no, con talento habría obtenido mejores resultados. Pero a pesar de sus frustraciones, la semana anterior había sentido algo parecido a la satisfacción en su pequeño cubículo de SegImp. La serenidad de una celda de monje, combinada con el desafío absorbente de ese universo de datos... en cierto modo, un modo extraño, le recordaba los tiempos pacíficos del aprendizaje con los programas de realidad virtual en la infancia del criadero de clones. Los tiempos en que nadie le hacía daño.

- La condesa está de acuerdo con lo que te digo. Quiere verte.

- ¿Ahora?

- Me ha mandado a buscarte. Pero yo quería hablarte primero, antes de que perdiera la oportunidad de hacerlo. O el coraje.

- De acuerdo. Deja que me reponga un poco. - Mark se sintió intensamente agradecido a quien fuera por no haber servido vino esa noche. Fue al baño, se lavó la cara con agua fría, se tragó un par de pastillas analgésicas y se peinó. Se puso un chaleco de estilo campestre sobre la camisa oscura y siguió a Bothari-Jesek por el vestíbulo.

Ella lo llevó al estudio personal de la condesa, una cámara serena y austera que daba sobre el jardín de atrás, encima de su dormitorio. El dormitorio de ella y de su marido. Mark echó una mirada al interior oscuro, bajó un escalón y atravesó una arcada. La ausencia del conde casi resultaba palpable.

La condesa estaba sentada en su comuconsola: no un modelo del gobierno con seguridad especial, sino uno comercial, aunque muy caro. Flores talladas en madera oscura rodeaban el monitor de vídeo, que facilitaba la imagen de un hombre muy preocupado. La condesa estaba diciendo en voz severa:

- Bueno, entonces averigüe cuál es el plan. Sí, esta noche, ahora mismo. Y después comuníquemelo. Gracias.

- ¿Estás buscando un pasaje a Jackson's Whole? - preguntó él, temblando, esperando contra toda esperanza.

- No.

- Ah. - Claro que no. ¿Cómo iba a dejarlo ir? Era un bobo. Era una estupidez suponer que...

- Estoy intentado conseguirte una nave. Si te vas, vas a necesitar más independencia de la que te puedes permitir en un transporte comercial.

- ¿*Comprar* una nave? - dijo él, atónito. Y él que había pensado que lo de la fábrica era una broma... - ¿No es caro eso?

- Alquilar, si puedo. Comprar, si no me queda más remedio. Parece que hay tres o cuatro posibilidades, en Barrayar o la órbita de Komarr.

- Pero ¿cómo? - No, no creía que los Vorkosigan pudieran comprar una nave con dinero en metálico, ni siquiera ellos podían ser tan ricos.

- Puedo hipotecar algo - dijo la condesa, vagamente, mirando a su alrededor.

- Desde que llegaron los sintéticos, no se puede usar las joyas de familia... - Él seguía la mirada de ella -. ¡La Casa Vorkosigan no!

- No, está bajo vinculación. Lo mismo pasa con la Residencia de Distrito en Hassadar. Puedo hipotecar Vorkosigan Surleau bajo mi palabra, eso sí...

El corazón del reino, oh, qué mierda...

- Todas esas casas y sus historias me parecen muy bien - se quejó ella, levantando las cejas al ver la expresión de desmayo en los ojos de Mark -, pero un maldito museo no es un gran negocio. Y además, las finanzas son problema mío. Tú tendrás los tuyos.

- ¿Una tripulación? - fue lo primero que le saltó a la cabeza y le salió por la boca.

- Un piloto de salto y un ingeniero irán con la nave, como mínimo. Y para el resto, ahí están todos esos Dendarii aburridos en la órbita de Komarr. Me imagino que puedes encontrar uno o dos voluntarios entre ellos. Es obvio que no pueden volver a llevar el *Ariel* a espacio jacksoniano.

- Quinnie tiene los dedos llenos de sangre de tanto arañar las puertas - dijo Bothari-Jesek -. Ni siquiera Illyan puede retenerla mucho más si SegImp no encuentra pronto una grieta.

- Si no fuera por Aral, iría yo misma - dijo la condesa -. Y os aseguro que no dejaría que Illyan me detuviera. Tú eres mi enviado. Yo me encargo de SegImp.

Mark estaba convencido de que ella era capaz de eso. Y sin esforzarse demasiado.

- Los Dendarii en los que estoy pensando se hallan muy motivados, pero... presiento problemas. No van a obedecerme. ¿Quién va a comandar esta pequeña expedición?

- Recuerda la regla de oro, muchacho: el que tiene el oro, pone las reglas. La nave será tuya. La elección de acompañantes, tuya. Si quieren que los lleves, tienen que cooperar.

- Eso duraría hasta después del primer salto. Apenas saltáramos, Quinn me encerraría en un armario.

La condesa no pudo evitar que se le escapara una risita.

- Mmm. Es posible, desde luego. - Se reclinó en el asiento de la comuconsola y unió los dedos, los ojos entrecerrados durante un par de minutos. Después los abrió de nuevo -. Elena - dijo -. ¿Jurarías lealtad de Lord Vorkosigan? - Los dedos de la mano derecha hicieron un gesto a abanico hacia Mark.

- Ya hice un juramento de lealtad a Lord Vorkosigan - dijo Elena, tensa -. Es decir, a Miles.

Los ojos grises se humedecieron.

- La muerte acaba con los votos. - Y luego, otra vez la mirada brillante -. El sistema Vor nunca fue muy bueno para atrapar las bolas que le mandan las tecnologías galácticas. ¿Sabes que no creo que haya reglamentación en cuanto a qué estatus tiene un juramento de lealtad cuando uno de los dos involucrados está en crío-tratamiento? Tu palabra no puede ser aliento ni vida cuando no tienes aliento ni vida. Vamos a tener que sentar nuestro propio precedente.

Elena fue hasta la ventana y miró hacia fuera pero las luces de la habitación oscurecían toda visión de la noche. Finalmente se volvió sobre sus talones, se dejó caer de rodillas frente a Mark y levantó las manos, juntando las palmas. Automáticamente, Mark le rodeó las manos con las suyas.

- Mi señor - dijo ella -, os juro la obediencia de una vasalla.

- Mmm... - dijo Mark -. Mmm... creo que tal vez necesite más que eso. A ver éste: «Yo, Elena Bothari-Jesek, testifico que soy una mujer libre del Distrito Vorkosigan. Y desde este momento me pongo al servicio de Lord Mark Pierre Vorkosigan, como guardaespaldas... sí, guardaespaldas, y lo tendré como comandante hasta que mi muerte o él me liberen.»

atónita, Bothari-Jesek levantó los ojos hacia él, aunque ciertamente no tenía necesidad de levantarlos mucho.

- ¡No puedes hacer eso! ¿O sí?

- Bueno - dijo la condesa, que miraba todo con ojos llenos de luz -, no hay una ley que diga que un heredero de conde no puede tomar una guardaespaldas femenina. El único problema es que nunca se ha hecho hasta ahora. Ya sabéis, *tradición*...

Elena y la condesa intercambiaron una larga mirada. Dudando, como hipnotizada, Bothari-Jesek repitió el juramento.

Mark dijo:

- Yo, Lord Mark Pierre Vorkosigan, vasallo secundus del Emperador Gregor Vorbarra, acepto el juramento y te doy la protección de un comandante; es mi palabra como

Vorkosigan. - Hizo una pausa -. En realidad - le dijo en un aparte, a la condesa -, todavía no he prestado mi juramento a Gregor. ¿Eso invalida todo esto?

- Detalles - dijo la condesa, con un gesto -. Los detalles se pueden dejar para más tarde.

Bothari-Jesek se puso nuevamente en pie. Lo miró como una mujer que se despierta en la cama después de una borrachera con un compañero desconocido que ni siquiera recuerda haber visto la noche anterior.

Se frotó el dorso de las manos donde él la había tocado.

Poder. ¿Cuánto poder-Vor le daba esa pequeña farsa? Justo el que Bothari-Jesek le permitiera tomar, decidió Mark, mirando su cuerpo atlético y su cara inteligente. No había peligro de que ella le dejara abusar de su posición. La incertidumbre que había en su rostro fue borrándose para dar paso a un placer contenido que lo llenó de alegría. *Sí, he hecho lo correcto.* No había duda de que también había acertado con la condesa, que sonreía abiertamente, aprobando los actos subversivos de su hijo.

- Y ahora - dijo la condesa -, ¿de cuánto tiempo disponemos? ¿Cuándo podéis estar listos para salir?

- Inmediatamente - dijo Bothari-Jesek.

- Cuando tú nos lo digas - dijo Mark -. Siento... no es nada psíquico, no. Ni siquiera intuitivo. Es sólo lógica. Pero creo que tal vez nos estamos quedando sin tiempo.

- ¿Y por qué? - preguntó Bothari-Jesek -. No hay nada más estático que una persona en una crío-cámara. Nosotros nos estamos volviendo locos de impaciencia, eso sí, pero es nuestro problema. Tal vez Miles tenga mucho más tiempo que nosotros.

Mark meneó la cabeza.

- Si Miles hubiera caído en manos amigas o neutrales, esas manos habrían respondido a los rumores de recompensa. Pero si... si alguien quiere revivirlo, primero tienen que hacer la preparación. Y todos somos muy conscientes del tiempo que lleva hacer crecer órganos para trasplante.

La condesa asintió, el rostro preocupado.

- Si... donde quiera que esté Miles... si se hubieran dedicado a eso en cuanto lo recibieron, tal vez ahora ya podríane estar listos para intentar revivirlo.

- Tal vez lo destruyan todo - dijo la condesa -. O no sean cuidadosos. - Tamborileó los dedos sobre la comuconsola.

- No entiendo - objetó Bothari-Jesek -. ¿Para qué se molestarían en revivirlo si son enemigos? ¿Qué destino puede ser peor que la muerte?

- No lo sé - suspiró Mark. *Pero si existe un destino peor que la muerte, los más capacitados para encontrarlo son los jacksonianos, de eso no me queda ninguna duda.*

19

Con el aliento llegó el dolor.

Estaba en una cama de hospital. Eso lo supo antes de abrir los ojos, por la incomodidad, el frío y el olor. El sitio resultaba vagamente familiar, aunque desagradable. Parpadeó, descubrió que tenía los ojos pegados con una sustancia pegajosa. Una sustancia pegajosa, medicinal, perfumada, translúcida. Era como tratar de ver a través de un vidrio cubierto de grasa. Parpadeó más y consiguió un enfoque limitado, luego tuvo que detenerse y recuperar el aliento que había perdido por el esfuerzo.

Había algo terriblemente malo en la forma en que estaba respirando, un jadeo laborioso que no le daba suficiente aire. Y algo silbaba. El silbido venía de un tubo de plástico que le bajaba por la garganta. Se dio cuenta cuando trató de tragar. Tenía los labios partidos y secos; el tubo que le bloqueaba le impedía mojárselos con saliva. Intentó moverse. El cuerpo le envió un mensaje de dolores y punzadas que le quemaban los

huesos. Había tubos que le entraban o le salían de los brazos. Y las orejas. Y la nariz.

Había demasiados tubos. Eso era malo, pensó entre sueños, aunque sabía que no hubiera podido decir en qué sentido. Con un esfuerzo heroico trató de levantar la cabeza y verse el cuerpo. El tubo que tenía en la garganta se desplazó y le hizo daño.

Cadenas montañosas de costillas. El vientre hundido y arrugado. Tubos rojos irradiaban del pecho, como una araña de patas largas agachada justo debajo de su piel, el cuerpo sobre el esternón. Un pegamento quirúrgico mantenía unidas las incisiones de borde aserrado, cicatrices múltiples color escarlata, que parecían el mapa del delta de un río importante. Tenía los miembros y el esternón plagados de almohadillas de monitoreo. Más tubos en lugares donde no debería haber orificios. Logró echar una mirada a sus genitales, montoncito descolorido y flojo, también salía un tubo de ellos. Si hubiera existido dolor en ese lugar, él habría sentido algo así como una absoluta seguridad, pero no notaba absolutamente nada. No sentía las piernas ni los pies tampoco, aunque los veía. Tenía todo el cuerpo cubierto de la sustancia perfumada y pegajosa. La piel se le estaba pelando en largos trozos pálidos, hundidos. Dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada, y nubes negras le hirvieron en los ojos. *Demasiados tubos. Malo, malo...*

Flotaba en un estado confuso, medio despierto, entre fragmentos de sueño y dolor, cuando llegó la mujer.

Se inclinó sobre su visión borrosa.

- Ahora vamos a sacarle el marcapasos. - La voz era clara y baja. Los tubos ya no estaban en sus oídos, o tal vez los había soñado -. Su nuevo corazón va a funcionar solo y los pulmones también.

Se inclinó sobre su pecho dolorido. Bonita mujer, elegante, intelectual. Lamentó estar vestido sólo con esa sustancia pegajosa, aunque tenía la sensación de que aún había llevado menos encima. No recordaba dónde ni cómo. La mujer hizo algo con el bulto del cuerpo de la araña; vio cómo se le partía la piel en un hilo rojo y delgado y luego vio cómo se sellaba de nuevo. Parecía que le estaba cortando el corazón como una antigua sacerdotisa de sacrificio, pero no, no era eso: él seguía respirando laboriosamente. Ella había sacado algo, de eso no había duda, porque lo dejó en una bandeja sostenida por un compañero, un varón.

- Ahí está. - Ella lo miró de cerca.

Él también la miró, parpadeando para evitar las distorsiones de la sustancia. Ella tenía el cabello largo, sedoso, lacio, negro, sujeto en una especie de moño en la parte posterior de la cabeza. Algunos mechones sueltos le flotaban alrededor de la cara. Piel dorada. Ojos castaños con un brillo extraño. Pestañas negras, largas, espesas. El puente de la nariz, arqueado y frío. Una cara original, agradable, no alterada quirúrgicamente para adquirir belleza matemática, sino llena de vida y con cierta tensión. No era una cara vacía. Alguien interesante vivía en ella. Pero por desgracia, no alguien familiar.

Era alta y delgada, vestida con una bata de color verde pálido, de laboratorio, colocada sobre alguna otra ropa.

- Doc-to-ra - trató de adivinar, pero le salió como un gorgoteo sin forma a través del plástico que tenía en la boca.

- Ahora le saco ese tubo - le dijo ella. Tiró de algo pegajoso que él sentía sobre los labios y las mejillas... ¿cinta adhesiva? Se desprendió más piel muerta. Lentamente, tiró del tubo de la garganta. Él sintió náuseas. Era como expulsar una serpiente. El alivio de estar libre casi le hizo desmayarse de nuevo. Todavía había algún tubo, tal vez de oxígeno, que le bloqueaba la nariz.

Movió la mandíbula, y tragó por primera vez en... en... De todos modos, sintió la lengua seca e hinchada. Le dolía terriblemente el pecho. Pero fluyó la saliva y le humedeció la boca. Uno no aprecia la saliva hasta que tiene la boca seca. Le latía el corazón con rapidez, liviano como las alas de un pájaro que se mueve. No lo sentía bien, pero por lo

menos sentía algo.

- ¿Cómo se llamaba? - preguntó ella.

El terror subliminal que él había estado ignorando volvió a abrirse como una boca negra debajo de él. Respiró más rápido al sentir pánico. A pesar del oxígeno no podía conseguir el suficiente aire. Y no podía contestar la pregunta.

- Ah... - susurró -. Ag... - No sabía quién era, ni cómo había llegado a sufrir ese horrible dolor. El no saber le asustaba mucho más que todo lo demás.

El joven con una bata de color azul pálido de médico, hizo un gesto de desprecio.

- Creo que voy a ganar la apuesta. Ése está coagulado ahí mismo, detrás de los ojos. Tiene todo en cortocircuito. - Se puso un dedo en la frente.

La mujer frunció el ceño, disgustada.

- Los pacientes no salen de la crío-estasis automáticamente. No es una comida descongelada en el microondas. Les cuesta tanto como les habría costado si la herida original no los hubiera matado. Tal vez, más. Pasará un par de días antes de que podamos empezar a evaluar sus funciones neuronales superiores.

Sin embargo, sacó algo brillante y afilado del bolsillo y se movió a su alrededor, tocándolo y mirando un monitor que estaba en la pared, sobre su cabeza. Cuando la mano izquierda de él retrocedió por el pinchazo, sonrió. *Sí, y cuando mi pene salte cuando lo roce una mano, el que sonreirá seré yo*, pensó él, confuso.

Quería hablar. Quería decirle a ese tipo de azul que saltar por el agujero de gusano al infierno y se llevara su apuesta con él, pero lo único que conseguía sacar por la boca era un siseo vacío. Tembló de frustración. Tenía que funcionar, o morir. De eso, estaba seguro. Ser el mejor o que lo destruyeran. No sabía de dónde le venía esa certeza. ¿Quién iba a matarlo? No lo sabía. Ellos, un ellos sin cara. No había tiempo para descansar. Marchar o morir, ésa era la consigna.

La pareja de médicos se fue. Llevado por un oscuro miedo, intentó hacer ejercicios, moverse en la cama, pero lo único que pudo mover fue el brazo derecho. El joven volvió, atraído por los movimientos que indicaba el monitor, y le dio un sedante. La oscuridad se cerró sobre él de nuevo y sintió deseos de ponerse a gritar. Tuvo sueños muy desagradables; cualquier contenido hubiera sido bienvenido para su cerebro confuso, pero al despertar lo único que recordaba era que había sido algo horrible.

Pasó un tiempo interminable. Después, volvió la doctora para darle de comer, o algo parecido. Tocó un control para levantarle la cabeza sobre la cama, y dijo en un tono normal:

- Vamos a probar con su nuevo estómago, amigo mío.

¿Amigo? ¿Él era su amigo? Necesitaba un amigo o una amiga. De eso no había duda alguna.

- Sesenta milímetros de solución glucosa... agua y azúcar. La primera comida de su vida, por así decir. Me pregunto si tendrá suficiente músculo básico como para chupar de una pajita...

Él lo hizo después de que ella le pusiera unas gotas de líquido en los labios para que empezara. Chupar y tragar, no se podía pedir nada más básico. Pese a ello no pudo tomárselo todo.

- Está bien - dijo ella -. Su estómago todavía no ha terminado de crecer, ¿sabe? Tampoco su corazón ni sus pulmones. Azucena estaba impaciente por despertarlo. Los órganos de reemplazo son un poco pequeños para su cuerpo, es decir, van a tener que trabajar duro y no van a crecer tan deprisa como en el vat. Durante un tiempo va a tener dificultades en respirar. Pero, claro, fueron mucho más fáciles de instalar así. Más espacio para mover los codos. Eso me gustó.

Él no estaba seguro de si ella le hablaba a él o hablaba para sí misma, como hacen los solitarios con sus mascotas. Ella le sacó la taza y volvió con una vasija de agua, esponja y

toallas y empezó a lavarlo, zona por zona. ¿Por qué una cirujana hacía el trabajo de una enfermera? DRA. R. DURONA, ponía el nombre en el bolsillo de la bata verde. Pero ella parecía estar examinándolo neurofisiológicamente al mismo tiempo. ¿Inspeccionando el trabajo?

- Usted fue todo un misterio, ¿sabe? Me lo mandaron en un embalaje especial. Cuervo dijo que usted era demasiado pequeño para ser soldado pero yo encontré ropa de camuflaje y red de protección antidestructor nervioso, y fragmentos de granada, cuarenta y seis... suficiente material como para estar segura de que usted no era sólo testigo de lo que pasaba. Fuera lo que fuese, esa granada tenía su nombre grabado, aunque por desgracia no con letras. - Suspiró ligeramente -. ¿Quién es usted?

No se detuvo a escuchar la respuesta; mejor así. El esfuerzo de tragar el azúcar lo había agotado de nuevo. Una pregunta igualmente pertinente era ¿Dónde estaba? y a él le molestaba que ella, que evidentemente lo sabía, no pensara en decírselo. El lugar era un local médico de alta tecnología, sin ventanas. En un planeta, no en una nave.

¿Y cómo sé eso? Una vaga imagen de una nave pareció deshacerse en su cabeza cuando quiso tocarla. ¿Qué nave? ¿Qué planeta?

Faltaba una ventana, una gran ventana que diera sobre una ciudad con un río cortándola en dos. Y gente. Faltaba gente, que tenía derecho a estar allí aunque él no pudiera ni imaginársela. Esa mezcla de familiaridad genérica en cuanto a lo médico de la instalación y desconocimiento total en cuanto a lo particular le producía como un nudo doloroso en el estómago.

Los paños con los que ella lo lavaba estaban muy fríos y le causaban daño, pero él se alegró de librarse de aquella sustancia y de la porquería pegada a ella. Se sentía como una lagartija que acababa de dejar su piel vieja. Cuando ella terminó, habían desaparecido todos los pedazos de piel blanca. La nueva parecía muy roja, muy irritada.

Ella le pasó crema depilatoria por la cara, lo cual le parecía superfluo, y ardía como todos los diablos. El ardor le produjo cierto placer. Estaba empezando a relajarse y a disfrutar de toda aquella atención, aunque fuera una atención vergonzosamente íntima. Ella le devolvía por lo menos la dignidad de estar limpio y no parecía enemiga. Alguna clase de aliada, por lo menos a nivel somático. Le limpió la cara de crema, barba y gran cantidad de piel y lo peinó, aunque por desgracia el pelo también se le desprendía de un modo alarmante, como la piel.

- Ahí está - dijo ella, y por su tono de voz parecía insatisfecha. Levantó un gran espejo hasta su cara -. ¿Reconoce a alguien? - Él observó que lo miraba atentamente para asegurarse de que sus ojos enfocaran la imagen como correspondía.

¿Ese soy yo? Bueno... supongo que me podré acostumbrar. La piel roja se le extendía sobre el contorno de los huesos. Una nariz saliente, un mentón agudo... los ojos grises como si estuviera con resaca, la parte blanca totalmente escarlata. El cabello negro raleaba, como en un caso avanzado de sarna. Realmente había esperado algo mucho mejor.

Trató de hablar, de preguntar. Movía la boca pero tenía la lengua demasiado inconexa para ser coherente, como los pensamientos. Sopló aire y saliva. Ni siquiera podía maldecir, y eso le hacía desear una buena maldición con más fuerza todavía. El deseo degeneró rápidamente en una especie de gurñido agudo. Ella sacó el espejo con rapidez y se quedó de pie, mirándolo con preocupación.

Tranquilo. Si seguía moviéndose así iban a darle otra dosis de sedante, y él no quería eso. Se quedó quieto, jadeando, impotente. Ella bajó la cama de nuevo, reguló la intensidad de la luz e hizo un movimiento como para irse. Él se las arregló para gemir. Funcionó: ahí estaba ella de nuevo.

- Azucena ha llamado a la crío-cámara la caja de Pandora - murmuró ella, reflexivamente -. Pero yo pensaba en el ataúd de cristal del caballero encantado. Ojalá fuera fácil como en el cuento y pudiera despertarlo con un beso.

Se inclinó, parpadeó y le tocó los labios con los suyos. Él se quedó muy quieto, entre asustado y contento. Ella se enderezó, se lo quedó mirando y suspiró.

- No creía que funcionara. Tal vez no soy la princesa indicada.

*Tienes un extraño gusto en hombres, mi señora,* pensó él, medio dormido. *Qué afortunado soy...*

De pronto tuvo esperanzas en su futuro, las primeras esperanzas que sentía desde que había recuperado la conciencia. Se quedó quieto, y la dejó marchar. Seguramente volvería. Pero antes de que volviera, perdió el conocimiento; esta vez durmió, mecido por un sueño natural. No le gustó demasiado - *si muriera antes de despertar* - pero resultó beneficioso para su cuerpo dolorido y borró el dolor de su conciencia.

Lentamente recuperó el control del brazo izquierdo. Después torció la pierna izquierda. La hermosa dama volvió y le dio más agua y azúcar pero sin dulces besos como postre. Para cuando consiguió mover la pierna izquierda, ella ya había vuelto de nuevo, pero esta vez algo marchaba terriblemente mal.

La doctora Durona parecía diez años mayor y era mucho más fría. Helada. Tenía el cabello con raya al medio en dos alas suaves, cortado al nivel del mentón. Había rastros de plata en el negro ébano de su pelo. Las manos que lo ayudaron a sentarse eran más secas, más frías, más severas. Nada de caricias.

*Estoy en un lazo temporal. No. Me han congelado de nuevo. No. Me lleva demasiado tiempo recuperarme y ella está enfadada conmigo porque la hago esperar. No...* La confusión le produjo un nudo en la garganta. Había perdido a la única amiga que tenía y no sabía por qué. *He destruido nuestra alegría...*

Ella le masajeó las piernas, muy profesionalmente, le dio una bata de hospital holgada y le hizo ponerse de pie. Él estuvo a punto de caer redondo. Ella lo metió otra vez en la cama y se fue.

Cuando volvió había cambiado nuevamente el peinado. Esta vez era largo y lo llevaba sujeto en la parte posterior de la cabeza en una gran cola de caballo con largas canas plateadas. Había envejecido otros diez años. ¡Mierda! *¿Qué me está pasando?* Su actitud fue más agradable que la vez anterior, pero no tan cariñosa como al principio. Lo hizo caminar a través de la habitación. Cuando volvió a meterlo en la cama estaba totalmente agotado. Apenas la vio irse, se quedó dormido.

Estaba muy angustiado cuando ella volvió una vez más en su encarnación de cabello corto y frialdad profesional. Tenía que admitirlo: era realmente eficiente para levantarlo y hacerlo moverse. Le ladraba como un sargento de instrucción pro consiguió que caminara sin ayuda. Lo llevó fuera de la habitación por primera vez: a un vestíbulo corto que terminaba en una puerta corrediza, y luego de vuelta hasta el cuarto.

Habían girado para hacer un segundo circuito cuando se abrió la puerta corrediza y entró la doctora Durona. En metamorfosis de cola de caballo. Él miró a la doctora Durona de cabello en dos alas, de pie a su lado y casi se puso a llorar. *No es justo. Me están confundiendo.* La doctora Durona caminó hasta encontrarse con la doctora Durona. Él parpadeó para sacarse el agua de los ojos y enfocó los nombres de las batas. La del cabello en alas era la Dra. C. Durona. La de cola de caballo era la Dra. B. Durona. *¿Pero dónde está mi doctora Durona? Quiero a la Dra. R.*

- Hola Crisan, ¿cómo anda? - preguntó la Dra. B.

- No tan mal - contestó la Dra. C. -. Pero creo que ya lo he agotado en esta sesión de trabajo.

- Eso me parece.. - La Dra. B. se movió para atraparlo cuando él se derrumbó donde estaba. No conseguía que su boca formara las palabras que quería: le salieron como sollozos ahogados -. Quizá demasiado...

- Para nada - dijo la Dra. C. mientras lo sostenía del otro lado. Juntas lo devolvieron a la cama -. Pero me parece que en éste, la recuperación mental va a llegar después de la física. Eso no me gusta. Hay mucha presión: Azucena se está impacientando. Tiene que

empezar a relacionar las cosas pronto o no va a servirnos para nada.

- Azucena nunca se impacienta - se burló la Dra. B.

- Esta vez sí - dijo la Dra. C., con amargura.

- ¿Y te parece que se va a recuperar? ¿Mentalmente, quiero decir? - dijo la otra mientras lo ayudaba a acostarse de nuevo sin brusquedad.

- Nadie puede saberlo. Rosa nos garantizó la recuperación física. Un trabajo impecable. Y hay mucha actividad eléctrica en el cerebro: algo tiene que estar curándose.

- Sí, pero no es instantáneo - llegó una voz divertida desde el vestíbulo -. ¿Qué le están haciendo ustedes dos a mi pobre paciente?

Era la Dra. Durona. Otra vez. Tenía el cabello fino en un moño en la parte posterior de la cabeza. Un cabello puro y negro. Él espió el nombre con cuidado cuando ella se acercó, sonriendo. *Dra. R. Durona. Su Dra. Durona.* Gimió de alivio. No estaba seguro de poder soportar mucha más confusión: le resultaba más insoportable que el dolor físico. Le parecía que tenía los nervios mucho más destrozados que el cuerpo. Era como estar en una pesadilla, con la diferencia de que los sueños de esos tiempos eran mucho peores, con más sangre y desmembramiento, no sólo una mujer en traje verde repetida varias veces en una habitación, discutiendo con ella misma.

- T.R. quiere decir Tortura Repetida, no Terapia de Recuperación - se burló la Dra. C.

Eso lo explicaba todo...

- Vuelve a torturarlo más tarde - la invitó la Dra. R. - pero suavemente.

- ¿Hasta dónde lo empujo? - La Dra. C. hablaba con seriedad, con cuidado, de pie, con la cabeza inclinada, mientras anotaba algo en su planilla -. Me están llegando pregunta urgentes de arriba, ya lo sabes.

- Sí, ya lo sé. Terapias de recuperación con no menos de cuatro horas de intermedio entre una y otra hasta que te dé otra orden. Y no le subas el pulso a más de ciento cuarenta.

- ¿Tanto?

- Consecuencia inevitable de que tenga el corazón más pequeño de lo normal.

- De acuerdo, amor. - La Dra. C. cerró la planilla y se la arrojó a la Dra. R., luego salió de la habitación. La Dra. B. se fue con ella.

*Su Dra. Durona, la Dra. R.,* acudió a su lado y le apartó el cabello de los ojos con una sonrisa.

- Va a necesitar un corte de pelo muy pronto, amigo. Y ya hay cabellos nuevos en los lugares donde no tenía nada. Ésa es una buena señal. Con todo lo que está pasando por la parte de afuera de esa cabeza, supongo que hay mucho adentro también, ¿verdad?

Sólo si se contaban los espasmos histéricos como actividad... A és se le escapó una lágrima de su último estallido de terror. Ella tocó la huella húmeda sobre la mejilla.

- Ah - dijo, preocupada, y él de pronto se sintió avergonzado. *No soy... no soy... No soy un mutante.*

¿Qué?

Ella se inclinó sobre él.

- ¿Cómo se llama usted?

Él lo intentó.

- Coommm... sttee... - La lengua no le obedecía. Sabía las palabras, pero no podía hacerlas salir de los labios -. ¿Coommm... ssee... amm stee...?

- ¿Está repitiendo? - Ella parecía emocionada -. Eso eso un comienzo...

- ¡Nnn! ¿Coommm ssee amm stee? - Le tocó el bolsillo. Confiaba que ella no pensara que estaba intentando sobarla.

- ¿Qué...? - Ella lo miró, hacia abajo -. ¿Me está preguntando *mi* nombre?

- ¡Gg! ¡Gg!

- Me llamo doctora Durona.

Él gruñó y puso los ojos en blanco.



-... me llamo Rosa.

Él se dejó caer sobre la almohada, suspirando de alivio. *Rosa*. Hermoso nombre. Quería decirle que era un nombre hermoso. Pero ¿y si todas se llamaban Rosa? No, no, la sargentona se llamaba Crisan, Crisantemo. Todo estaba bien. Podía separar a su doctora Durna de la manada si quería: ella era única. Su mano tocó los labios de ella, luego los propios, pero ella no entendió y no lo besó de nuevo.

Sin ganas, sólo porque no tenía la fuerza necesaria para retenerla, le soltó la mano. Tal vez había soñado ese beso. Tal vez estaba soñando todo eso también.

Un tiempo largo, incierto, desde que ella se había ido. Por una vez, él no se durmió. Se quedó despierto, sacudido por pensamientos inconexos, inquietantes. La corriente de pensamiento llevaba extraños pedazos de desecho, como en los mares de algas con restos de naufragios: una imagen, lo que tal vez era un recuerdo... Pero apenas él fijaba la atención para examinar lo que fuera, el flujo de pensamientos se congelaba y la marea de pánico se alzaba otra vez. Bueno, ¿y qué? Tenía que ocuparse de otra cosa, vigilar los pensamientos desde lejos, indirectamente; se observaría a sí mismo reflejado en lo que sabía y jugaría a ser detective. Así, descubriría su propia identidad. *Si no puedes hacer lo que quieres, haz lo que puedas*. Si no podía contestar la pregunta sobre quién era él, al menos trataría de resolver el enigma del lugar donde se encontraba. Le habían sacado las almohadillas del monitor, ya no lo controlaban.

Todo estaba en un profundo silencio. Se deslizó fuera de la cama y navegó hasta la puerta, que se abrió automáticamente hacia un pasillo corto, iluminado débilmente con luces largas nocturnas a nivel del piso.

Había cuatro habitaciones en el corredor, incluida la suya. Ninguna tenía ventanas. Ni pacientes. Una pequeña oficina o estación de control, vacía... no. Una taza de algo caliente humeaba sobre el mostrador cerca de una consola encendida, con el programa en *Espera*. Alguien volvería pronto. Él se deslizó frente a la oficina y trató de abrir la única puerta de salida al final del corredor. Se abrió automáticamente.

Otro corredor corto. Dos salas de cirugía bien equipadas, las dos cerradas, limpias, silenciosas y sin ventanas. Un par de depósitos, uno cerrado, el otro no. Dos laboratorios cerrados con control de palmas: uno tenía una serie de pequeñas jaulas de animales en un extremo aunque él sólo podía verlas muy vagamente a través del vidrio. Estaba atestado de equipo de tipo médico/bioquímico, mucho más del que se necesita en un clínica de crío-tratamiento. Todo tenía un fuerte olor a investigación.

*¿Y cómo sé...?* No. No preguntes. Sigue adelante. Un tubo elevador lo llamaba desde el otro lado del corredor. Le dolía el cuerpo, le dolía respirar pero tenía que aprovechar esa oportunidad. *Sigue, sigue, sigue*.

Estuviera dónde estuviese, se hallaba en la planta baja. Tenía el suelo del tubo elevador a sus pies. El espacio se elevaba hacia la nada y la bruma, iluminado por paneles donde ponía S-3, S-2, S-1. El tubo elevador estaba apagado, la puerta de seguridad trabada. Él la abrió manualmente y estudió las opciones. Podía activar el tubo elevador y arriesgarse a activar también algún panel de control de seguridad en alguna parte (¿cómo era que suponía todas esas cosas?) o dejarlo y subir por la escalera de seguridad, en silencio, sin ruido. Subió tres escalones. Se le nubló la vista. Retrocedió con cuidado y activó el tubo elevador.

Se elevó suavemente hasta el nivel S-1 y allí se detuvo. Un pequeño vestíbulo con una sola puerta, negra y solida. Se abrió y luego se cerró tras él. Él miró a su alrededor. Era una cámara de depósito de desperdicios. Luego se volvió. La puerta se había desvanecido. Ahora sólo había una pared.

Le llevó un minuto de examen angustioso convencerse de que su cerebro no le estaba jugando una mala pasada. La puerta estaba disimulada. Y acababa de cerrarse sola. La pateó desesperado, pero la puerta se negó a admitirlo de nuevo. Se le estaban

congelando los pies desnudos en el suelo de cemento pulido y estaba muy mareado y con un cansancio infinito. Quería volver a la cama. La frustración y el miedo casi lo paralizaban. La cosa no es que fuera muy abrumadora, pero él estaba muy débil.

*Lo quieres sólo porque no puedes conseguirlo. Eso es perverso. Sigue. Sigue,* se dijo con firmeza. Se apoyó de pared en pared hacia la puerta de salida del depósito. Ésa también estaba cerrada desde fuera, y lo descubrió con angustia cuando se quedó del otro lado otra vez y la puerta se selló tras él. *Sigue.*

El depósito se abría a otro corredor corto, centrado alrededor de un vestíbulo común de tubo elevador. Este nivel parecía ser el final de la línea: Nivel E-2, y aberturas señaladas como E-1, PB, 1, 2, y así hasta perderse de vista en lo alto. Buscó el punto cero. PB. ¿Por Planta Baja? Sí. Salió a un vestíbulo oscuro.

Era un pequeño espacio ordenado y elegante pero más bien de un edificio de negocios y no de una casa, con plantas en macetas y una mesa de seguridad o recepción. Nadie. Ningún cartel. Pero allí había ventanas y puertas transparentes que reflejaban una réplica del interior. Fuera era de noche. Se reclinó hacia la mesa de la consola de seguridad. Premio mayor. No sólo un lugar donde sentarse sino datos en abundancia... ¡Ay, mierda! Sellado con cerradura de palma. Para él, ni siquiera se activaba. Había formas de pasar una cerradura de palma... ¿cómo lo sabía...? las visiones fragmentarias explotaron como un banco de pececillos, eludiendo sus intentos por atrapar alguno. Casi se puso a gritar por la inutilidad de todo, sentado en ese asiento con la cabeza demasiado pesada sobre los brazos, mirando hacia el monitor de vídeo, en blanco, mudo, inflexible.

Tembló. *Dios, odio el frío.* Fue tambaleándose hasta la puerta de vidrio. Fuera nevaba, pequeños puntos que temblaban y titilaban y pasaban en diagonal sobre el arco de la luz. Seguramente eran duros y siseaban y golpeaban la piel desnuda. Le pasó por la mente una visión extraña de una docena de hombres desnudos de pie, temblando en una ventisca nocturna, pero no podía calificar esa escena, sólo entendía la sensación profunda de desastre que había en ella. ¿Era así como había muerto hacía poco, allí cerca, temblando en el viento y la nieve?

*Estuve muerto.* La idea le venía por primera vez, como el estallido de una impresión que se le abría hacia fuera desde el vientre. Buscó las cicatrices dolorosas del torso a través de la tela liviana de su ropa. *Y ahora tampoco me siento demasiado bien.* Rió un poco, un ruido desequilibrado que perturbó hasta a sus propios oídos. Se tapó la boca con el puño. Seguramente antes no había tenido tiempo para asustarse porque ahora el terror retroactivo lo volcó como una ola inmensa y lo postró de rodillas. Luego, en cuatro patas. El frío le hacía temblar las manos. No tenía control. Empezó a arrastrarse.

Seguramente había disparado algún sensor, porque la puerta transparente se abrió de pronto frente a él. Ah, no, no iba a cometer el mismo error y terminar exiliado en la mayor de las oscuridades. Empezó a arrastrarse para retroceder. Se le nubló la vista y de alguna forma cambió de dirección: el cemento helado en lugar de la alfombra suave le dio la información. Algo pareció cogerlo de la cabeza, casi un golpe, casi una impresión psíquica, con un ruido horrible, un siseo. Violentemente rechazado, sintió un olor a pelo chamuscado. Le estallaron dibujos fluorescentes en la retina. Trató de retroceder, pero volvió a caer frente a la puerta en un charco de agua congelada y alguna sustancia anaranjada y resbaladiza como musgo antiguo. *No. Mierda, no. No quiero congelarme de nuevo...* Se arrodilló en un gesto de revulsión absoluta.

Voces; gritos de alarma. Pasos, murmullos, manos, cálidas, benditas manos cálidas que lo alejaban de ese portal mortífero. Un par de voces de mujeres, y una de hombre.

- ¿Cómo consiguió llegar aquí?

-... no debería haber salido así...

- Llamad a Rosa. Despertadla...

- Ah, lo veo mal.

- No. - Una mano le sostuvo la cara a la luz, por el cabello -. Siempre está así. No sé si

hay diferencia.

La cara que pertenecía a la mano flotó sobre su cara, dura y preocupada. Era el ayudante de Rosa, el joven que le había dado el sedante. Era un tipo delgado con rasgos euroasiáticos, un puente definido en la nariz. La bata, una locura total, decía: C. *Durona*. El joven seguía hablando:

-... peligroso. Es increíble que penetrara nuestra seguridad en sus condiciones...

- Na' seguridad. - ¡Palabras! Su boca estaba formando palabras, sí... -. Salida incendio. - Agregó, pensándolo un poco -. Tonto...

La cara del joven se sacudió, sorprendida, furiosa.

- ¿Me estás hablando a mí, Cortocircuito?

- ¡Habla! - La cara de *su* doctora Durona hizo un círculo por encima de él, encantada. Él la reconoció aunque tenía el cabello suelto, volvado sobre la cara en una nube negra. *Rosa, mi amor* -. ¿Qué dijo, Cuervo?

El joven juntó las cejas oscuras.

- Juraría que dijo «Salida de incendios». Estupideces, supongo.

Rosa sonrió, feliz.

- Cuervo, las puertas se abren hacia fuera sin trabas de seguridad. Para escapar en caso de incendio o accidente químico... ¿te das cuenta del nivel de comprensión que denotan esas palabras?

- No - dijo Cuervo, frío.

Ese *tonto* le había dolido, considerando la fuente... él sonrió hacia las caras oscuras que flotaban sobre su frente y el techo del vestíbulo que se alzaba detrás de ellos.

Una voz más gastada, más aguda, llegó desde la izquierda. Restauró el orden y dispersó a la multitud.

- El que no tenga algo que hacer aquí que se retire. - Una doctora Durona con el cabello corto y casi todo de blanco, la dueña de la voz, se acercó arrastrando los pies y lo miró desde arriba, pensativa -. ¡No me lo puedo creer, Rosa, se escapó a pesar de su estado...!

- No creo que fuera una huida - dijo el Hermano Cuervo -. Aunque hubiera pasado por la pantalla de fuerza, esta noche se habría congelado en veinte minutos, vestido así.

- ¿Y cómo hizo para salir?

Una doctora Durona confesó muy disgustada:

- Seguramente pasó por la estación de control mientras yo estaba en el baño. ¡Lo lamento!

- ¿Y si hubiera hecho esto de día? - especuló la de la voz aguda -. ¿Y si lo hubieran visto? Podría haber sido un desastre.

- Voy a instalar una cerradura de palma en el ala privada - prometió la doctora Durona avergonzada.

- No estoy segura de que sea suficiente, considerando lo notable de sus aptitudes. Ayer no podía caminar. Pero esto no debería darnos sólo miedo sino también esperanza. Creo que tenemos algo aquí. Será mejor que le pongamos guardia.

- ¿Y a quién podemos destinar a eso? - preguntó Rosa.

Varias doctoras Duronas, vestidas con batas y camisones, miraron al joven.

- Ah, no - protestó Cuervo.

- Rosa puede vigilarlo de día y seguir con su trabajo. Tú te ocuparás por la noche - decidió la mujer de cabello blanco con firmeza.

- Sí, señora - suspiró el joven.

Ella hizo un gesto imperioso.

- Llévalo otra vez a su habitación. Tú, Rosa, hazle una revisión para saber si se ha hecho daño.

- Voy a buscar una camilla flotante - dijo Rosa.

- No necesito una camilla flotante - se burló Cuervo. Se arrodilló, levantó al caminante

en sus brazos y se puso de pie. ¿Una demostración de fuerza? Bueno... en todo caso, una demostración no demasiado impresionante -. Pesa como una chaqueta mojada. Ven, Cortocircuito, a la cama.

Indignado y quejoso, él se dejó llevar. Rosa iba con ellos, llena de preocupación. Juntos atravesaron el vestíbulo, tomaron el tubo elevador, atravesaron el depósito y volvieron al edificio extraño, el edificio-bajo-otro-edificio. Como él seguía temblando sin parar, ella puso la calefacción de su habitación a una temperatura más alta.

Lo examinó. Puso atención a sus heridas del pecho.

- No consiguió desgarrarse nada. Pero parece fisiológicamente desequilibrado. Tal vez por el dolor.

- ¿Quieres que le dé otros dos sedantes? - preguntó Cuervo.

- No. Pero necesita una habitación tranquila y oscura. Esto lo ha agotado. Cuando se caldee un poco, creo que se va a dormir sin medicamentos. - Le tocó la mejilla y luego los labios, con ternura -. Es la segunda vez que habla hoy, ¿lo sabías?

Ella quería que él hablara. Pero ahora él estaba demasiado cansado, demasiado desconcertado. Había habido una gran tensión esa noche entre todas esas doctoras Duronas, algo más que el miedo de un médico por la seguridad de un paciente. Estaban muy preocupadas por algo. ¿Algo que tenía que ver con él? Tal vez era un vacío para sí mismo, pero no había duda de que ellas sabían más y no se lo estaban contando.

Rosa se arregló la bata y se fue. Cuervo acomodó dos sillas junto a la cama, una para sentarse y otra para sus pies, se recostó sobre ellas y se puso a revisar algo en un lector de mano. Estudiaba: de vez en cuando volvía a pasar la misma pantalla y tomaba notas. Sin duda se preparaba para ser médico.

Él se dejó ir. Su excursión nocturna lo había dejado exhausto. ¿Y qué había conseguido averiguar? No mucho. Apenas esto: *Estoy en un lugar muy extraño.*

*Y estoy prisionero.*

20

El día anterior a la salida, Mark, Bothari-Jesek y la condesa estaban en la biblioteca de la Casa Vorkosigan, revisando las características de las naves.

- ¿Cree usted que me daría tiempo a ver mis clones en Komarr? - le preguntó Mark a la condesa con algo de nostalgia -. ¿Me dejaría Illyan?

Seglmp se había decidido por un hogar-escuela privado de Komarr como depositario inicial de los clones, después de una consulta con la condesa, que a su vez mantenía informado a Mark. A Seglmp le gustaba porque significaba que sólo tenían un lugar que vigilar. A los clones les gustaba porque estaban con sus amigos, lo único familiar que tenían en esa nueva situación. A los maestros les gustaba porque podían reunir a los clones en una clase especial y hacer que llegaran todos juntos al nivel académico mientras promovían el contacto con otros jóvenes normales, aunque todos de clase más bien alta para que los clones empezaran a entender las reglas de la socialización. Más tarde, cuando fuera más seguro, la condesa pensaba ponerlos en familias adoptivas a pesar de la edad y el tamaño incómodo de esos «chicos» crecidos. *¿Cómo van a aprender a formar una familia si no tienen un modelo?*, le dijo a Illyan. Mark había escuchado esa conversación totalmente fascinado mientras mantenía la boca bien cerrada.

- Por supuesto que sí, si quieres - le dijo la condesa -. Illyan va a patalear, pero es pura reacción instintiva. Sin embargo... pienso en una queja real de seguridad, por el sitio al que vas. Si te cruzas otra vez con la Casa Bharaputra, que Dios no lo permita, tal vez sea mejor que no sepas nada de los arreglos de Seglmp. Sería más prudente que fueras a la vuelta. - La condesa parecía muy disgustada por el tono de sus propias palabras pero sus

años de preocupaciones por temas de seguridad pesaban mucho en ella y ese tipo de razonamiento le era casi automático.

*Si me encuentro otra vez con Vasa Luigi, lo clones van a ser la menor de mis preocupaciones,* pensó Mark con ironía. Por otra parte, ¿para qué quería una visita personal? ¿Todavía estaba tratando de hacerse pasar por héroe? Un héroe debería ser más contenido, más austero, no tan deseoso de alabanza personal como para perseguir a sus... víctimas... rogándoles una expresión de cariño. Seguramente ya había hecho el tonto demasiado tiempo.

- No - suspiró por fin -. Si alguno de ellos quiere hablar conmigo, supongo que sabrá cómo encontrarme... - Además, ninguna heroína iba a querer besarlo.

La condesa levantó las cejas por el tono de voz pero no hizo comentarios y se encogió de hombros.

Con la guía de Bothari-Jesek, se dedicaron a asuntos más prácticos como costos de combustible y reparación de sistemas de supervivencia. Bothari-Jesek y la condesa - que, recordó Mark, había sido capitana de nave - estaban metidas en una profunda discusión técnica que implicaba ajustes en las Varillas Necklin, cuando se abrió la imagen de la pantalla y apareció la cara de Simon Illyan.

- Hola Elena. - Hizo un gesto hacia ella, sentada en el asiento de la comuconsola -. Quiero hablar con Cordelia, por favor.

Bothari-Jesek sonrió, enmudeció el audio y se deslizó a un lado. Hizo un gesto urgente a la condesa, mientras le susurraba:

- ¿Tenemos problemas?

- Va a bloquearnos - se preocupó Mark, mientras la condesa se hundía en el asiento -. Me va a clavar en el suelo, ya lo sé.

- Shhh - se enojó la condesa, sonriendo -. Sentaos los dos ahí y aguantad las ganas de hablar. Simon es cosa mía. - Volvió a abrir el audio -. Sí, Simon, ¿qué puedo hacer por usted?

- Señora. - Illyan hizo un gesto con la cabeza -. En pocas palabras, lo que puede hacer es desistir. Es inaceptable lo que quiere hacer.

- ¿Para quién, Simon? Para mí, no. ¿Quién más tiene derecho a votar en esto?

- Seguridad - gruñó Illyan.

- Usted es Seguridad. Le agradecería que se hiciera responsable de sus propias respuestas emocionales y no tratara de cargarle el bulto a alguna vaga abstracción. O si no, hágame el favor de pasarle la línea al Capitán Seguridad.

- De acuerdo. Es inaceptable para mí.

- En una palabra... difícil.

- Por favor, por favor.

- Me niego a desistir. En último caso, si quiere detenerme, lo único que tiene que hacer es ordenar mi arresto y el de Mark.

- Voy a hablar con el conde - dijo Illyan, tenso, con el aire de un hombre que no tiene más remedio que apelar al último recurso.

- Está demasiado enfermo. Y por otra parte yo ya he hablado con él.

Illyan se tragó su farol sin hacer aspavientos.

- No sé qué espera usted conseguir con esta aventura no autorizada, excepto agitar las aguas, tal vez arriesgar vidas y perder una pequeña fortuna.

- Bueno, ésa es la cuestión, Simon. No sé de qué es capaz Mark. Y usted tampoco lo sabe. El problema de SegImp es que últimamente no ha tenido mucha competencia. Da por sentado su monopolio. Un poco de movimiento no le va a venir mal a la institución.

Illyan se quedó sentado un rato quieto, con los puños apretados.

- Está usted arriesgando tres veces a la Casa Vorkosigan - dijo por fin -. Está arriesgando su último apoyo.

- Me doy perfecta cuenta. Y quiero correr el riesgo.

- ¿Tiene usted derecho?

- Tengo más derecho que usted.

- El gobierno está en medio de la peor agitación a puerta cerrada que ha tenido en años - dijo Illyan -. La Coalición del Centro está buscando un hombre para reemplazar a Aral. Y también los otros tres partidos.

- Excelente. Espero que uno de los cuatro encuentre a alguien antes de que Aral se reponga o nunca lo voy a convencer de que se retire.

- ¿Eso es lo que pretende? - quiso saber Illyan -. ¿Una oportunidad para acabar con la carrera de su marido? ¿Le parece *leal*, señora?

- Lo que yo pretendo es sacarlo vivo de Vorbarr Sultana - dijo ella con voz de hielo -, cosa que estos últimos años había perdido la esperanza de conseguir. Usted elija sus propias lealtades. Yo me ocupo de las mías.

- ¿Quién es capaz de sucederlo? - preguntó Illyan, con voz quejosa.

- Unos cuantos. Racozy, Vorhalas o Sendorf, por citar tan sólo a tres. Y si no, hay algo terriblemente malo en el liderazgo de Aral. La marca de un gran hombre es el legado de hombres que deja detrás, hombres a quienes ha pasado sus habilidades. Si usted cree que Aral es tan pequeño que ha paralizado o eliminado a otros a su alrededor, esparciendo la mezquindad como una plaga, entonces tal vez a Barrayar le convenga librarse de él.

- ¡Usted sabe que yo no creo eso!

- Perfecto. Entonces su argumento se aniquila a sí mismo.

- Me está atando de pies y manos, señora. - Illyan se frotó el cuello -. Señora - dijo por fin -, no quería tener que decirle esto, pero, ¿ha considerado usted los posibles peligros de dejar que Lord Mark llegue a Lord Miles antes que los demás?

Ella se reclinó en la silla, sonriendo, mientras tamborileaba con los dedos sobre el teclado.

- La tentación de promoverse - mordió Illyan.

- Asesinar a Miles. ¡Diga lo que piensa, hombre! - Los ojos de ella brillaron, peligrosamente -. Muy bien, si eso es lo que piensa, asegúrese de que su gente llegue antes. Hágalo. No tengo inconveniente.

- ¡Mierda, Cordelia! - exclamó él, asolado - ¿Se da cuenta de que si se meten en líos lo primero que van a hacer es gritar pidiendo auxilio a SegImp?

- Ustedes viven para servir. ¿No es eso lo que dicen en el juramento?

- ¡Ya veremos! - ladró Illyan y cortó la comunicación.

- ¿Qué va a hacer? - preguntó Mark, ansioso.

- Supongo que pasar por encima de mi cabeza. Como ya excluí a Aral, eso le deja sólo una opción. No creo que me moleste en levantarme. Espero otra llamada en cualquier momento.

Preocupados, Mark y Bothari-Jesek trataron de seguir con las características de la nave. Mark dio un salto cuando sonó otra vez el comu.

Apareció un joven desconocido, hizo un gesto a la condesa y dijo:

- Lady Vorkosigan. El emperador Gregor - y se desvaneció. La cara de Gregor apareció en la pantalla. Parecía pensativo.

- Buenos días, Lady Cordelia. No debería usted agitar tanto al pobre Simon, ya sabe...

- Se lo merece - dijo ella, sin perder la compostura -. Admito que en este momento tiene la cabeza llena. El pánico lo convierte en un tonto cuando se ve obligado a vaciarla. Esa estupidez es su manera de salir corriendo en círculos. Una estrategia para aguantar la presión, supongo.

- Y mientras tanto, otros aguantamos con una sobreinterpretación de todo - murmuró Gregor. El labio de la condesa se torció en una mueca y Mark pensó de pronto que ya sabía quién era capaz de ponerle el cascabel a ese gato.

- Lo que él dice sobre la seguridad es legítimo - siguió Gregor -. ¿Esta aventura a

Jackson's Whole es *lógica*?

- Pregunta que sólo puede contestarse después de una prueba empírica, por así decirlo. Lo que sí reconozco es que Simon discute sinceramente. Pero... ¿cómo le parece que se sirve mejor a los intereses de Barrayar, sire? Ésa es la pregunta que usted debe hacerse.

- No estoy decidido.

- ¿Es una duda racional o emocional? - La pregunta era un desafío. Ella abrió las manos, en parte para aplacarlo y en parte como un ruego -. De una u otra forma, usted va a tener que ocuparse de Lord Mark Vorkosigan por mucho tiempo. Este viaje probará la validez de todas las dudas, aunque no consiga ninguna otra cosa. Sin él, las dudas quedarán siempre en nosotros, en usted. Una molestia constante. No me parece justo para Mark.

- Qué científico - jadeó él. Se miraron con igual dureza.

- Pensé que le gustaría.

- ¿Lord Mark está con usted?

- Sí. - La condesa hizo un gesto para que Mark se acercara.

Mark entró dentro de la imagen del vídeo.

- Sire.

- Bueno, Lord Mark. - Gregor lo estudió, serio -. Parece que su madre quiere que le dé soga suficiente como para que pueda ahorcarse.

Mark tragó saliva.

- Sí, sire.

- O salvarse... - Gregor asintió -. Que así sea. Buena suerte y buena cacería.

- Gracias, sire.

Gregor sonrió y cortó el comu.

No volvieron a recibir llamadas de Illyan.

Esa tarde la condesa llevó a Mark al Hospital Militar Imperial a visitar a su esposo. Mark ya había ido dos veces con ella desde el colapso del conde. No le gustaba demasiado. En primer lugar, el lugar olía demasiado a las clínicas que habían contribuido a convertir en tormento su juventud en Jackson's Whole; cada vez que entraba se descubría recordando detalles de cada una de las intervenciones quirúrgicas y tratamientos que creía completamente olvidados. En segundo lugar, el conde todavía lo aterrizzaba. Incluso ahora, tan débil, su personalidad era tan poderosa como precaria su vida y Mark no estaba seguro de cuál de las dos cosas lo asustaba más.

Sus pies se detuvieron en el corredor del hospital, frente a la habitación del Primer Ministro, que tenía guardia permanente. Se quedó allí de pie, indeciso, desdichado. La condesa echó una mirada atrás y se detuvo.

- ¿Sí?

- Realmente... no quiero entrar.

Ella frunció el ceño, pensativa.

- No voy a obligarte. Pero te voy a hacer una predicción.

- Decidme, oh, sacerdotisa...

- Nunca vas a lamentar haberlo hecho. Y tal vez lamentos profundamente haberte quedado fuera.

Mark reconsideró su actitud.

- De acuerdo - dijo con voz débil, y la siguió.

Caminaron de puntillas sobre las gruesas alfombras. Las cortinas estaban abiertas sobre una vista grande de Vorbarr Sultana, que bajaba hasta los edificios antiguos y el río que cortaba en dos el corazón de la capital. Era una tarde nublada, fría, lluviosa, y la niebla giraba en remolinos grises y blancos sobre lo alto de las torres más altas y modernas. La cara del conde estaba vuelta hacia la luz de plata. Parecía abstraído,

aburrido y enfermo, la cara verdosa e hinchada, sólo en parte un reflejo de la luz. El pijama verde obligaba a recordar su condición de paciente. Estaba plagado de almohadillas de monitoreo y tenía un tubo de oxígeno en la nariz.

- Ah. - Volvió la cabeza hacia ellos y sonrió. Levantó la mano para encender la luz de la mesita de noche. La lámpara formó una laguna tibia de iluminación que no consiguió mejorar el color de su rostro -. Querida capitana. Mark. - La condesa se inclinó a su lado, e intercambiaron un beso más largo que los formales. La condesa se sentó al final de la cama y se quedó allí, las piernas largas cruzadas, arreglándose la larga falda. Sin decir nada ni darle importancia, como si no se diera cuenta de lo que hacía, empezó a masajearle los pies desnudos. Él suspiró de placer.

Mark avanzó a un metro de distancia del conde.

- Buenas tardes, señor. ¿Cómo se encuentra?

- ¿Cómo se va a encontrar uno cuando no puede ni besar a su esposa sin quedarse sin aliento? - se quejó él. Volvió a acostarse, jadeando.

- Me dejaron entrar en el laboratorio para ver tu nuevo corazón - comentó la condesa -. Tiene el tamaño de un pollo y palpita en su vat de lo más contento.

El conde rió sin fuerzas.

- Qué grotesco.

- A mí me pareció simpático.

- A ti, sí, claro.

- Si realmente quieres algo grotesco, piensa en lo que vas a hacer con el viejo después - le aconsejó la condesa con una sonrisa -. Las oportunidades para hacer bromas de mal gusto son casi irresistibles.

- La mente no resiste tanto humor... - murmuró el conde. Levantó la vista hacia Mark, sonriendo todavía.

Mark respiró hondo.

- Lady Cordelia le ha dicho lo que pienso hacer, ¿no es cierto?

- Mmmm. - La sonrisa del conde se extinguió -. Sí. Cuidate la espalda. Feo lugar. Jackson's Whole.

- Sí... Lo sé.

- Tú especialmente. - El conde volvió la cabeza y miró afuera por la ventana gris -. Quisiera poder mandar a Bothari contigo.

La condesa lo miró asustada. Mark le leía el pensamiento en la cara. *¿Se ha olvidado de la muerte de Bothari?* Pero ella tenía miedo de preguntárselo. En lugar de eso, puso una sonrisa brillante en su boca.

- Me llevo a Bothari-Jesek, señor.

- La historia se repite. - El conde luchó para apoyarse en un hombro y agregó con firmeza -: Pero será mejor que no se repita, ¿me oyes, muchacho? - Se relajó otra vez antes de que la condesa se lo ordenara. La cara de ella perdió la tensión: era evidente que él estaba un poco confuso, pero no tanto como para haber olvidado la violenta muerte de su guardaespaldas -. Elena es más inteligente que su padre. Eso hay que admitirlo - suspiró. La condesa terminó con los pies.

Él se recostó, las cejas juntas. Aparentemente trataba de pensar en consejos más útiles.

- Hubo un tiempo en que yo creía... esto lo descubrí cuando era viejo, ¿entiendes?, creía que no hay peor destino que convertirse en mentor. Ser capaz de decir cómo hacer algo y no hacerlo. Enviar a un protegido, brillante y hermoso, a un fuego que es propio... Creo que ahora conozco un destino peor. Enviar a un discípulo, aun sabiendo que no tuve la oportunidad de enseñarte lo suficiente... Sé inteligente, muchacho. Agáchate. No te vendas a tu enemigo antes de tiempo. No te vendas aquí, en la mente. Que no te derroten aquí. - Se llevó la mano a la sien.

- Ni siquiera sé quién es el enemigo todavía, señor - dijo Mark con tristeza.



- El enemigo te va a encontrar a ti, supongo - suspiró el conde -. La gente se deja ver enseguida. La ves detrás de la máscara, cuando habla, o en otras formas. Sobre todo si te quedas tranquilo y eres paciente y no estás impaciente por dejarte ver tú primero y seguir adelante a ciegas, como un topo. ¿Verdad?

- Supongo que sí, señor - dijo Mark, extrañado.

- Ajá. - El conde se había quedado sin aliento -. Veremos - dijo jadeando. La condesa lo miró y se levantó de la cama.

- Bueno - dijo Mark, e hizo un gesto con la cabeza -. Adiós. - La palabra flotó en el aire, insuficiente. *Los problemas cardíacos no son contagiosos, mierda. ¿De qué tienes miedo?* Tragó saliva y se acercó al conde con cuidado. Nunca lo había tocado excepto aquella vez, cuando trataba de cargarlo en la bici flotante. Asustado, envalentonado, le tendió la mano.

El conde le dio un apretón breve, fuerte. Tenía una mano grande, cuadrada y de dedos romos, una mano para empuñar palas y picos, espadas y pistolas. La mano de Mark parecía diminuta como la de un muchacho, regordeta y pálida en contraste con la del conde. No tenían nada en común excepto el apretón.

- Confusión para el enemigo, muchacho - susurró el conde, y dejó escapar una risa ronca.

Mark hizo una llamada de vídeo esa noche, su última llamada en Barrayar. Se escapó para utilizar la consola de la habitación de Miles, no exactamente en secreto pero sí en privado. Miró la máquina apagada unos buenos diez minutos antes de marcar con manos espasmódicas el código que había obtenido.

Cuando se estableció la comunicación, apareció la imagen de una mujer madura y rubia en el monitor. Los restos de una belleza sorprendente convertían a esa cara en algo fuerte y confiado. Los ojos eran azules y risueños.

- Residencia del Comodoro Koudelka - contestó ella formalmente.

*Su madre.* Mark se ahigó en el pánico.

- ¿Podría hablar con Kareen Koudelka, por favor... señora?

Una de las dos cejas rubias se elevó en la frente.

- Creo que sé con cuál de las dos quiere hablar pero... ¿quién le digo que la llama?

- Lord Mark Vorkosigan - logró decir él.

- Un momento, milord. - Ella se alejó del vídeo y él oyó la voz desvaneciéndose a lo lejos -: Kareen...

Hubo un ruido fuerte en el fondo, voces confusas, un chillido y la voz risueña de Kareen gritando:

- ¡No, Delia, es para mí! ¡Mamá, que se vaya! ¡Es para mí, para mí! ¡Fuera! - El ruido de una puerta al cerrarse, seguramente sobre los dedos de alguien, un grito, y por fin un último portazo.

Jadeando, desarreglada, Kareen Koudelka llegó al vídeo y lo miró con los ojos brillantes como estrellas.

- ¡Hola!

No era *sólo* la mirada que le había dirigido lady Cassia a Ivan: era una mirada emparentada con aquélla pero más intensa, más azul. Mark pensó que se iba a desmayar.

- Hola - dijo, sin aliento -. Llamo para despedirme. - No, mierda, eso era demasiado corto...

- ¿Qué?

- Mm, perdóname. No es lo que quería decir. Pero voy a salir del planeta y no quería irme sin volver a hablar contigo.

- Ah. - Desapareció la sonrisa de sus labios -. ¿Cuándo vuelves?

- No lo sé con seguridad. Pero cuando vuelva, me gustaría verte de nuevo.

- Bueno... claro...

*Claro*, decía ella. Cuántas suposiciones hermosas había en ese *claro*.

Los ojos de ella se afinaron, mirándolo.

- ¿Te pasa algo malo, Mark?

- No - dijo él con rapidez -. Mmm... ¿era tu hermana la que se oía en el fondo?

- Sí. He tenido que encerrarme aquí y dejarla fuera porque si no se pone fuera del alcance del receptor y me hace caras mientras hablo. - Su aspecto de muchacha agraviada desapareció inmediatamente cuando agregó -: Es lo que yo le hago a ella cuando la llama algún tipo...

Él era un *tipo*. Qué... que normal. Mark le hizo una pregunta tras otra, y ella habló de sus hermanas, de sus padres, de su vida. Escuelas privadas, hijos muy queridos, padres afectuosos... La familia del comodoro tenía un buen pasar, pero también cierto tipo de ética barrayarana del trabajo que los convertía en apasionados por la educación, un ideal de servicio que corría como un río secreto, llevándolos hacia el futuro. Él se dejó rodear por sus palabras, se sumergió en ellas, compartiéndolas como un sueño. Ella era completamente feliz y real, sin sombra alguna de sufrimiento en su rostro ni en sus palabras. Él sintió que eso lo alimentaba, pero no en el vientre sino en la cabeza. Tenía el cerebro distendido y feliz, una sensación casi erótica aunque menos amenazadora que lo erótico. Por desgracia, ella se dio cuenta muy pronto de lo desproporcionado de la conversación.

- Oh, no dejo de hablar. Lo lamento.

- ¡No! Me gusta oírte hablar.

- Ah, eres el primero. En mi familia, tengo la suerte si consigo meter una palabra de vez en cuando. No hablé hasta los tres años. Me hicieron pruebas. Pero resultó que no hablaba porque mis hermanas contestaban por mí...

Mark se echó a reír.

- Ahora dicen que estoy recuperando el tiempo perdido.

- Yo sé mucho de recuperar tiempos perdidos - dijo Mark, con tristeza.

- Sí, me... me dijeron algo. Supongo que tu vida ha sido toda una aventura.

- Una aventura no - corrigió él -. Un desastre, tal vez. - Se preguntó el aspecto que tendría su vida, reflejada en esos ojos. Un aspecto algo más brillante -: Cuando vuelva, tal vez te pueda contar algo... - Si volvía. Si conseguía que las cosas salieran bien...

*No soy una buena persona. Deberías saberlo antes. ¿Antes de qué? Cuanto más larga fuera su relación, tanto más difícil sería contarle sus repelentes secretos.*

- Mira... tienes que entender... - Dios, sonaba casi como Bothari-Jesek, justo antes de su confesión -. Estoy como en un lío y no hablo sólo de lo que se ve fuera. - Mierda, mierda, ¿qué tenía que ver esa hermosa virgen con las sutilezas extrañas de las torturas psicoprogramadas y sus resultados erráticos? ¿Qué derecho tenía él a ponerle horrores en la cabeza? -. Ni siquiera sé lo que tengo que decirte...

*Ahora* era demasiado pronto, de eso se daba cuenta con claridad. Pero *más adelante* podía ser demasiado tarde. *Más adelante* podía dejarle una sensación de traición y engaño. Y si seguía en esa conversación un sólo minuto más, caería en ese humor suyo, abyecto y herido, y perdería la única cosa brillante, no envenenada, que había encontrado en su vida.

Kareen inclinó la cabeza, extrañada.

- Tal vez deberías preguntarle a la condesa.

- ¿La conoces bien, como para hablar con ella?

- Ah, sí, sí. Ella y mi madre son muy, pero que muy amigas. Antes de retirarse para tenernos, mi madre era su guardaespaldas personal.

Mark sintió otra vez la sombra de la gran liga de abuelas. Viejas poderosas con agendas genéticas... Sintió oscuramente que había ciertas cosas que un hombre tenía que hacer por sí mismo. Pero en Barrayar usaban casamenteros. Tenía en su campo una embajadora extraordinaria para todo el género femenino. La condesa actuaría bien por él.

Sí, como una mujer que sostiene a un niño que grita para que lo pinchen y le inyecten una vacuna que puede salvarlo de una enfermedad mortal.

¿Pero cuánto confiaba en él la condesa? ¿Se atrevía realmente a confiar en ella para un asunto como éste?

- Mira, Kareen... antes de que vuelva, hazme un favor. Si tienes oportunidad, habla en privado con la condesa, pregúntale qué cree ella que tú debes saber sobre mí antes de conocerme mejor. Dile que yo te pedí que lo hicieras.

- De acuerdo. Me gustaría hablar con lady Cordelia. Es algo así como mi mentora. Me hace pensar que soy capaz de hacer todo lo que yo quiera. - Kareen dudó -. Si vuelves antes de la Feria de Invierno, ¿bailarías conmigo otra vez en el Baile de la Residencia Imperial? Sin esconderte en un rincón - agregó esperanzada.

- Si vuelvo para la Feria de Invierno, no tendré que esconderme.

- Me alegro. Y pienso recordarte tu palabra.

- Mi palabra como Vorkosigan - dijo él, sin darle importancia.

Los ojos de ella se iluminaron.

- Ah, ah. - Los ojos de ella se abrieron en una sonrisa cegadora.

Él se sintió como un hombre que va a escupir y siente que le cae un diamante de los labios. Y no podía volver atrás y tragárselo. Seguramente habría algo de Vor en la chica para tomar tan en serio una palabra así.

- Ahora tengo que irme - dijo él.

- De acuerdo. Lord Mark... ten cuidado...

- Yo... ¿Por qué dices eso? - Él sabía que no había dicho ni una sola palabra sobre el lugar al que pensaba ir. Ni una, estaba seguro.

- Mi padre es soldado. Tienes esa mirada en los ojos... la misma que tiene él cuando miente sobre alguna dificultad que tiene por delante. Tampoco engaña a mi madre.

Ninguna chica le había dicho que tuviera cuidado, así, como si lo sintiera. Estaba conmovido más allá de toda medida.

- Gracias, Kareen. - Cortó la comunicación, sin ganas, con un gesto que era casi una caricia.

## 21

Mark y Bothari-Jesek subieron a una nave de Seglmp, un correo entre Barrayar y Komarr, muy semejante al que habían utilizado para llegar al planeta. El último favor que le pediría a Simon Illyan en toda su vida, juró Mark. El propósito duró hasta que llegaron a la órbita de Komarr, donde Mark descubrió que los Dendarii le habían conseguido un regalo un regalo de Feria de Invierno antes de tiempo. Habían llegado los efectos personales de Norwood desde la flota principal.

Como Seglmp era Seglmp, lo abrieron primero. Tanto mejor: no le hubieran dejado tocarlo sin asegurarse de tener en sus manos todos los secretos. Con el respaldo de Bothari-Jesek, Mark rogó, pidió, y ordenó hasta que le permitieron el acceso. Seglmp lo admitió sin ganas. Lo dejaron pasar a una habitación cerrada en los cuarteles generales en órbita. Bajo supervisión, sí, pero lo dejaron.

Mark dejó a Bothari-Jesek a cargo del control de los preparativos de la nave que había localizado el agente de la condesa. Como capitana, Bothari-Jesek no era sólo la persona más lógica para ocuparse de todo lo que tuviera que ver con logística: probablemente le sobraba capacidad. Con apenas una punzada de conciencia, Mark la sacó de su mente y se hundió en un examen de la nueva caja del tesoro. Solo en una habitación vacía: el paraíso.

Después de una primera revisión impaciente del material - que incluía ropa vieja, un montón de discos, cartas, y recuerdos de los cuatro años de Norwood al servicio de los

Dendarii - Mark, deprimido, empezó a pensar que esta vez Seglmp había revisado bien. Al parecer allí no había secretos. Nada de valor. Nada escondido en la manga... Seglmp ya lo había revisado todo. Mark separó la ropa, las botas, los recuerdos y todo lo físico. Le dio una extraña sensación manejar esa ropa vieja, marcada por el uso de un cuerpo que ya no existía. Demasiada mortalidad, ¡diablos! Puso su atención en los restos más intelectuales de la vida y carrera del médico: su biblioteca y sus notas técnicas. Seglmp había revisado eso con el mismo enfoque, observó furioso.

Suspiró y se quedó sentado en el asiento un buen rato. Deseaba desesperadamente que Norwood le diera la clave, aunque sólo fuera para que el hombre que él había llevado a la muerte sin querer no muriera en vano. *No quiero volver a ser comandante en acción. Nunca.*

No había esperado que fuera tan obvio. Pero la conexión, cuando la encontró horas más tarde, fue casi tan subliminal como muchas otras cosas que no se notan. Era una nota escrita a mano sobre película de plástico, colocada con firmeza dentro de una pila de notas similares en un manual de formación para técnicos médicos de emergencia. Lo único que decía era: *Ver Dra. Durona a las 900 para materiales de laboratorio.*

¿Qué? ¿La Durona?

Mark volvió a las certificaciones y transcripciones de Norwood, parte de los informes computerizados del tecnomed que ya había visto en los cuarteles de Seglmp en Barrayar. Norwood había recibido formación en crío-terapia en cierto Centro de Vida de Beauchene, una instalación de Escobar, respetada y comercial, que se dedicaba a la recuperación de pacientes en crío-estasis. El nombre «Dra. Durona» no volvía a aparecer entre los instructores. No aparecía en el listado de personal del Centro de Vida. No aparecía en ninguna otra parte. Mark lo comprobó todo de nuevo, para estar seguro.

*Seguramente hay miles de personas con ese apellido en Escobar. No es tan raro. Pero seguía aferrando el pedacito de película. Le picaba en la palma.*

Llamó a Quinn, que esperaba a bordo del *Ariel*, muy cerca de la nave donde él se encontraba.

- Ah - dijo ella, mirándolo sin simpatía por el vídeo -. Has vuelto. Eso dijo Elena. ¿Qué estás haciendo aquí?

- Eso no importa. Oye, ¿hay alguien entre los Dendarii, tecnomeds o doctores, que haya recibido entrenamiento en el Centro de Vida Beauchene de Escobar? Preferentemente alguien que lo haya hecho al mismo tiempo que Norwood... poco antes o después...

Ella suspiró.

- Había tres en su grupo. El del Escuadrón Rojo, el del Naranja y Norwood. Seglmp ya nos preguntó, Mark.

- ¿Dónde están?

- El del Escuadrón Rojo murió cuando se estrelló el transbordador hace unos meses...

- ¡Ay! - Él se pasó la mano por la cabeza.

- El hombre del Naranja está en el *Ariel*.

- ¡Bien! - exclamó lleno de alegría -. Tengo que hablar con él. - Casi dijo: *Pásamelo*, luego recordó que estaba en la línea privada de Seglmp y seguramente lo controlaban -. Mándame un vehivaina.

- Uno, Seglmp ya lo interrogó, y fue un interrogatorio bien largo, y dos, ¿quién mierda te crees que eres tú para darme órdenes?

- Elena no te dijo mucho, por lo que veo. - Curioso. ¿Entonces el dudoso juramento como guardaespaldas de Bothari-Jesek valía más para Elena que su lealtad hacia los Dendarii? ¿O era porque estaba demasiado ocupada para charlar? ¿Cuánto hacía que él...? Miró el crono. *¡Dios mío!* -. Sucede que voy a Jackson's Whole. Ya. Muy pronto. Y si eres *muy* amable conmigo, *tal vez* le pida a Seglmp que me permita llevarte conmigo. Tal vez. - La miró, sin aliento.

La mirada incendiaria que ella le dirigió era más elocuente que la ristra de los mayores insulto que uno pudiera imaginar. Los labios de ella se movieron - ¿contaba hasta diez? - pero no salió nada de su boca. Cuando habló, el tono era casi un susurro.

- Tu vehivaina estará en la estación dentro de once minutos.
- Gracias.

El médico estaba malhumorado.

- Mire, ya he pasado por esto. Horas y horas. Terminemos...
- Le prometo que va a ser breve - le aseguró Mark -. Una sola pregunta.

El hombre le dirigió una mirada malévola. Tal vez suponía (con toda la razón) que él era la razón por la que lo habían dejado varado en Komarr durante las últimas doce semanas en lugar de mandarlo a su casa.

- Cuando usted y Norwood se entrenaban en crío-terapia en el Centro de Vida Beauchene, ¿recuerda si conoció a una doctora Durona? Tal vez era la que les entregaba suministros de laboratorio.

- Allí había doctores hasta en la sopa. No. ¿Puedo irme ya? - Hizo un gesto como para levantarse.

- ¡Espere!

- Ya he contestado a su pregunta. Además, los tipos de SegImp ya me lo habían preguntado.

- ¿Y usted les contestó lo mismo? Espere. Déjeme pensar. - Mark se mordió el labio, ansioso. El nombre no era suficiente para disparar el recuerdo, ni siquiera lo había sido para él. Tenía que haber más -. ¿Se acuerda de si Norwood estuvo en... en contacto con una mujer alta, inolvidable, de rasgos euroasiáticos, cabello negro, lacio, ojos castaños... tremendamente inteligente. - No se atrevía a sugerir una edad. Podía tener cualquiera entre veinte y sesenta.

El hombre lo miró, absolutamente atónito.

- ¡Sí! ¿Cómo lo ha sabido?

- ¿Qué era ella? ¿Cuál era su relación con Norwood?

- Creo que también era médica. Él anduvo un tiempo detrás de ella, mostrándole su glamour de militar y demás, pero no creo que la pillara.

- ¿Se acuerda del nombre?

- Roberta, o algo así. Rosana. No me acuerdo.

- ¿Era de Jackson's Whole?

- A mí me pareció que de Escobar. - El tecnomed se encogió de hombros -. La clínica tenía gente de todas partes, residentes en crío-terapia y demás. Yo nunca hablé con ella. La vi con Norwood un par de veces. Tal vez él pensó que íbamos a intentar quitársela.

- Y la clínica es un lugar importante. Con reputación.

- Eso creíamos.

- Espere aquí. - Mark lo dejó sentado en la pequeña sala de informes del *Ariel* y corrió a buscar a Quinn. No tuvo que correr mucho. Ella estaba en el corredor, esperando. Daba golpecitos en el suelo con la punta de la bota.

- ¡Quinn, rápido! Necesito una grabación visual de la cámara del casco de Taura en la misión. Una.

- SegImp confiscó los originales.

- Pero tú tienes copias, seguro.

Ella sonrió. Una sonrisa amarga.

- Tal vez.

- ¡Por favor, Quinn!

- Espera aquí. - Ella volvió enseguida y le entregó un disco de datos. Esta vez lo siguió hasta la sala de informes. Como la consola de seguridad no quería aceptar su palma por más vueltas que le diera, Mark tuvo que dejar que ella la encendiera. Pasó la grabación

de Taura en velocidad rápida hasta la imagen que quería. Un primer plano de una chica alta, de cabello oscuro, la cara medio vuelta, los ojos muy abiertos. Mark borró el fondo del criadero de clones.

Sólo entonces hizo un gesto al tecnomed para que mirara.

- ¡Hey!

- ¿Es ella?

- Es... - El hombre miró más de cerca -. Es más joven pero sí, es ella. ¿De dónde lo ha sacado?

- Eso no importa. Gracias. No voy a robarle más tiempo. Me ha ayudado mucho.

El hombre se fue con tan pocas ganas como había llegado, mirando por encima del hombro.

- ¿De qué se trata todo esto, Mark? - preguntó Quinn.

- Cuando estemos de camino en mi nave to lo digo. Antes no.

Tenía una ventaja sobre Seglmp y no pensaba desaprovecharla. Si estaban tan desesperados como parecían estar, no iban a dejarlo ir, con o sin la condesa. Y era justo: él no tenía ninguna información que Seglmp no tuviera. Potencialmente. Pero él había unido los pedazos de otra forma.

- ¿De dónde diablos has sacado una nave?

- Me la ha dado mi madre. - El trató de no sonreír.

- ¿La condesa? ¡Mierda! ¿Te está soltando? ¿A ti?

- No me escatimes la nave, Quinn. Al fin y al cabo, mis padres le dieron toda una flota a mi hermano mayor. - Le brillaban los ojos -. Te veré a bordo en cuanto la capitana Bothari-Jesek informe de que todo está listo.

*Su nave.* No robada. Esta vez no lo había conseguido con nada falso, nada fingido. Era suya por derecho, porque se la habían regalado legítimamente. Él, que nunca había recibido un regalo de cumpleaños, ahora tenía uno. Y valía por los regalos de veintidós años.

La nave tenía una generación, y había sido de un oligarca de Komarr en los días florecientes que siguieron a la conquista barrayarana. Había sido lujosa en sus tiempos y obviamente la habían tratado bastante mal en los últimos diez años. Eso no significaba que el grupo de Komarr lo estuviera pasando mal sino que querían reemplazarla y por eso la vendían. Los komarreses entendían de negocios, y los Vor entendían de relaciones entre negocios e impuestos. Los negocios habían recuperado gran parte de su antigua pujanza bajo el nuevo régimen.

Mark había decidido que el vestíbulo de ese yate de lujo fuera la sala de informes de la misión. Miró a su alrededor, a sus invitados, vestidos de distinta forma en medio de los muebles fijados a la cubierta alfombrada alrededor de una falsa chimenea que pasaba un programa de vídeo con llamas atávicas y danzantes y hasta radiación infrarroja.

Quinn estaba allí, por supuesto, en su uniforme Dendarii. Se la habían terminado las uñas y había empezado a morderse los carrillos. También Bel Thorne estaba allí, sentado y silencioso, con una negrura permanente en las líneas finas alrededor de los ojos. La sargento Taura se alzaba junto a él, misteriosa y preocupada.

No era un grupo de ataque. Mark se preguntó si no habría sido mejor llevar más músculo... Una cosa que le había enseñado su primera misión era que si uno tenía suficiente fuerza como para triunfar, entonces era mejor no llevar ninguna. Lo que había hecho era llevarse la mayor experiencia en el tema de Jackson's Whole que podían ofrecerle los Dendarii.

Entró la capitana Bothari-Jesek y le hizo un gesto con la cabeza.

- Estamos en camino. Ya hemos salido de la órbita y nuestro piloto tiene el mando. Veinte horas hasta el primer punto de salto.

- Gracias, capitana.

Quinn le hizo sitio a Bothari-Jesek. Mark se sentó sobre la falsa piedra que había junto al fuego con la espalda hacia las llamas falsas, las manos hundidas entre las rodillas. Respiró hondo.

- Bienvenidos a bordo y gracias a todos por venir. Todos sabéis que ésta no es una expedición oficial de los Dendarii, y que no está autorizada ni financiada por Seglmp. La que corre con los gastos es la condesa Vorkosigan. Vosotros estáis en una lista de permisos personales sin sueldo. Con una sola excepción. No tengo autoridad formal sobre vosotros ni vosotros sobre mí. Lo que tenemos en común es un interés urgente que exige que unamos nuestras habilidades y nuestra información. La primera pieza de información es la identidad del almirante Naismith. Vosotros ya informasteis a Bel Thorne y a la sargento Taura, ¿verdad, Quinn?

Bel Thorne asintió.

- Yo ya lo sabía. Hace mucho que lo sé. Siento decir que la identidad secreta de Miles no es tan secreta como él cree que es.

- Para mí fue una novedad - ronroneó la sargento Taura -. Pero ahora me explico muchas cosas que antes no entendía...

- De todos modos, bienvenidos al Círculo Íntimo - dijo Quinn -. Oficialmente. - Se volvió hacia Mark -. De acuerdo, ¿qué tienes? ¿Una conexión, por fin?

- Ah, Quinn, yo ya estoy hasta la coronilla de conexiones. Lo que ahora me falta es un motivo.

- Entonces estás más adelantado que Seglmp.

- Tal vez no por mucho tiempo. Ya mandaron un agente a Escobar a buscar más detalles del Centro de Vida Beauchene, y van a hacer la misma conexión que yo. En algún momento. Pero yo planifiqué esta expedición en base a una lista de veinte lugares de Jackson's Whole que quería revisar en profundidad. Ahora he encontrado algo en los efectos personales de Norwood y eso altera el orden de la lista. Si alguien revivió a Miles, y ése es el centro de mi hipótesis, ¿cuánto tiempo creéis que puede pasar antes de que él llame la atención sobre sí mismo?

- No mucho - dijo Bothari-Jesek, aunque sin ganas.

Quinn asintió, secamente.

- Pero podría estar amnésico, por un tiempo. - *O para siempre*, pensó. Mark notó el miedo en su voz aunque ella no lo dijo en voz alta -. Es casi siempre normal después de la crío-estasis.

- La cosa es... que Seglmp y yo no somos los únicos que lo estamos buscando. Me estoy poniendo nervioso por el tiempo que ha pasado. ¿A quién le va a llamar la atención primero?

- Mmm - dijo Quinn, con amargura. Thorne y Taura intercambiaron una mirada.

- De acuerdo. - Mark se pasó las manos por el pelo. No se levantó a caminar alrededor de la mesa, a la manera de Miles, entre otras cosas porque las miradas desaprobadoras de Quinn lo estaban mareando -. Esto es lo que descubrí y esto es lo que creo: cuando Norwood estuvo en Escobar, entrenándose en crío-tratamientos, conoció a cierta doctora Roberta o Rosana Durna, de Jackson's Whole, que estaba de residente. Durante algún tiempo tuvieron una relación positiva, eso es seguro, lo suficiente como para que el técnico la recordara cuando estuvo arrinconado en Bharaputra. Y para que confiara lo suficiente en ella como para enviarle la crío-cámara. Recordad también que en ese momento Norwood tenía la impresión de que Fell era nuestro aliado. Porque el grupo Durna trabaja para la Casa Fell.

- Un momento - dijo Quinn instantáneamente -. ¡La Casa Fell dice que no tiene la crío-cámara!

Mark levantó la mano.

- Dejadme que os dé una pequeña clase de historia jacksoniana. Por lo menos, como yo la sé. Hace unos noventa o cien años...

- Dios mío, lord Mark, ¿cuánto va a llevar eso? Preguntó Bothari-Jesek. Quinn levantó la vista y la miró. La había impresionado el uso del título honorífico de Barrayar.

- Un momento. Tenéis que entender quién es el Grupo Durova. Hace unos noventa años, el padre del actual barón Ryoval estaba fundando su extraño negocio de esclavos genéticos, la manufactura de seres humanos por encargo. Y en cierto momento se le ocurrió: ¿por qué pagar a genios del exterior? Mejor cultivarlos uno mismo. Las propiedades genéticas de la genialidad son las más difíciles de encontrar. Es muy difícil crearlas artificialmente, pero el viejo Ryoval era un genio también. Empezó un proyecto que terminó con la creación de una mujer a la que llamó Azucena Durova. Iba a ser su musa de la investigación médica, su doctora esclava o su doctora de esclavos. O las dos cosas.

» Creció, la formaron y la pusieron a trabajar. Y era brillante. Más o menos por entonces, murió el viejo barón Ryoval, sin demasiado misterio, en un intento temprano de transplante de cerebro.

» Digo que no hubo mucho misterio por el carácter de su hijo y sucesor, el actual barón Ryoval, carácter que se reveló enseguida. El primer proyecto de Ryoval Junior fue librarse de todos sus posibles rivales. El viejo había tenido muchísimos hijos. La carrera de Ryoval al comienzo de su reinado es algo así como una leyenda en Jackson's Whole. A los varones mayores y más peligrosos, simplemente los mandó asesinar. A las mujeres y algunos de los menores, los mandó a sus laboratorios de modificación de cuerpos y de ahí a sus burdeles privados, a servir a los clientes de esa rama de sus negocios. Supongo que están todos muertos ahora. Si han tenido suerte.

» Aparentemente usó ese enfoque de manejo directo para el personal que había heredado. Su padre había manejado a Azucena Durova como se maneja un tesoro muy querido, pero el nuevo barón Ryoval la amenazó. Le dijo que si no cooperaba, la mandaría con las otras hijas del barón a satisfacer las fantasías de sus clientes pero directamente, no con su ciencia. Ella, para escapar, empezó a confabular con un medio hermano, despreciado de Ryoval que se llamaba Georish Stauber.

- Ah, el barón Fell - dijo Thorne. Tenía cara de entender más las cosas. Taura estaba fascinada. Quinn y Bothari-Jesek, horrorizadas.

- Sí, el mismo, pero todavía no era barón. Azucena y el joven Georish se escaparon a la Casa Fell, que los protegió. En realidad, supongo que Azucena Durova fue el billete de entrada para Georish. Los dos se pusieron al servicio de sus nuevos amos, y parte de la negociación fue una autonomía considerable, por lo menos en el caso de Azucena. Fue un Trato. Los Tratos son lo más semi-sagrado que hay en Jackson's Whole.

» Georish empezó a ascender en las filas de la Casa Fell. Y Azucena fundó el Grupo de Investigación Durova. Se repitió a sí misma: un clon, luego otro y otro. El Grupo Durova, que ahora cuenta con treinta o cuarenta hermanas clones, sirve a la Casa Fell de varias formas. Es algo así como el médico de familia de los grandes ejecutivos de Fell que no quieren confiar su salud a especialistas externos como los que tiene Bharaputra. Y como la Casa Fell comercia con armas, hacen investigación y desarrollo en venenos militares y biológicos. Y sus antídotos. El Grupo Durova consiguió una pequeña fortuna para la Casa Fell con el invento del Peritaint y, unos años después, lo hicieron de nuevo cuando inventaron el antídoto para el Peritaint. El Grupo Durova tiene una fama discreta, para los que están en el tema. Y SegImp está en el tema, os lo aseguro. Hay una pila de material sobre ellos incluso en los archivos desmantelados que me dejaron ver. Aunque la mayor parte es vox populi en Jackson's Whole.

» Georish, que le debe mucho a Azucena también en cuanto al golpe que lo llevó al poder en la Casa Fell, ascendió a la cumbre unos años atrás cuando se convirtió en barón Fell. Y en ese momento, entran en escena los Mercenarios Dendarii. Y ahora os toca a vosotros decirme qué pasó. - Mark hizo un gesto hacia Bel Thorne -. Lo único que me llegaron fueron fragmentos.



Bel silbó.

- Yo sabía algo de esto, pero no creo que hubiera escuchado toda la historia. Con razón se odian tanto Fell y Ryoval. - Miró a Quinn, que le hizo un gesto. Permiso para hablar -. Bueno, hace cuatro años, Miles trajo un pequeño contrato para los Dendarii. Era para buscar a alguien. Nuestro Empleador... discúlpame, Barrayar... Hace tanto que digo Nuestro Empleador que ya es un reflejo para mí...

- No lo pierdas - aconsejó Mark.

Bel asintió.

- El Imperio quería importar un genetista galáctico. No sé muy bien por qué. - Una mirada a Quinn.

- Ni necesitas saberlo - dijo ella.

- Un cierto doctor Canaba, una eminencia genética de Bharaputra, quería escapar. La Casa Bharaputra ve con muy malos ojos, con ojos letales diría yo, a los empleados que quieren retirarse con la cabeza llena de secretos. Canaba necesitaba ayuda. Hizo un trato con el Imperio de Barrayar para que el Imperio lo recibiera.

- Y ahí es donde aparezco yo - interrumpió Taura.

- Sí - dijo Thorne -. Taura era una de sus proyectos principales. Él... bueno... insistió en llevársela. Desgraciadamente, el proyecto del supersoldado se había cancelado y Taura estaba en manos del barón Ryoval, que colecciona seres fabricados por medio de la genética como... discúlpame, sargento, objetos raros. Así que tuvimos que sacarla a la fuerza de la Casa Ryoval, además de sacar a Canaba de Bharaputra. Me parece que será mejor que tú cuentes el resto, Taura.

- El almirante vino y me rescató de los edificios biológicos de Ryoval - dijo con voz sonora la mujerona. Suspiró, como recordando algo dulce y hermoso -. Al escapar, destruimos por completo los bancos genéticos de Ryoval. Una colección de tejidos de cien años de edad... convertida en humo, literalmente. - Al sonreír se le vieron los grandes colmillos.

- La Casa Ryoval perdió un cincuenta por ciento de sus entradas en una noche, según estimación del barón Fell - agregó Thorne -. Por lo menos.

Mark lanzó un silbido.

- Eso explica perfectamente la razón por la que vosotros creéis que la gente del barón Ryoval debe de estar buscando al almirante Naismith.

- Mark - dijo Thorne con desesperación -, si Ryoval encuentra ahora a Miles antes que nosotros, lo va a revivir para matarlo otra vez. Y otra. Y otra. Por eso insistimos tanto en que hicieras de Miles cuando nos íbamos de Jackson's Whole. Ryoval no tiene motivos para vengarse del clon, sólo el almirante.

- Comprendo. Muchas gracias. Ah, ¿y qué le pasó al doctor Canaba, si se puede saber?

- Llegó a salvo - dijo Quinn -. Tiene un nuevo nombre, un hogar, un laboratorio y un salario suficiente. Un nuevo y leal súbdito del Imperio.

- Mmm. Eso me lleva a las conexiones. Esto no es ni nuevo ni secreto aunque todavía no sé cómo interpretarlo. SegImp tampoco sabe qué hacer con la información, aunque el resultado es que ya mandaron a dos agentes a revisar el Grupo Durona. Me refiero a que la baronesa Lotus Bharaputra, esposa del barón, es una clon Durona.

La mano de Taura le subió a los labios, con garras y todo.

- ¡Esa chica!

- Sí, esa chica, exactamente. Yo me preguntaba por qué me daba escalofríos. La había visto antes, en otra encarnación. La clon de otra clon.

» La baronesa es una de las hijas o hermanas o lo que quiera uno llamarla de una de las clones más antiguas de Azucena Durona. No se vendió barata, por cierto. Es una renegada pero el soborno que recibió fue uno de los más grandes de la historia jacksoniana: co-control de la Casa Bharaputra. Hace veinte años que acompaña al barón

Bharaputra. Y ahora parece que está consiguiendo algo más. Los conocimientos biológicos del Grupo Durona abarcan un campo asombroso pero se niegan a hacer trasplantes de cerebros. Está escrito con claridad en el contrato de Azucena Durona con la Casa Fell. Pero la baronesa Bharaputra, que seguramente tiene más de sesenta años, piensa embarcarse en una segunda juventud, eso es evidente. A juzgar por lo que vimos.

- Mierda - dijo Quinn entre dientes.

- Así es que ésa es otra conexión cruzada - dijo Mark -. En realidad, esto está lleno de conexiones cruzadas pero eso no explica por qué el Grupo Durona escondería a Miles de sus jefes de la Casa Fell. Y yo creo que eso es lo que hicieron.

- Si lo tienen... - dijo Quinn, mordiéndose la mejilla.

- Si... - estuvo de acuerdo Mark -. Aunque - se le iluminó la cara de pronto -, ese secreto sí explicaría la razón por la que la crío-cámara terminó en Hegen. El Grupo Durona no la estaba escondiendo de SegImp. La escondían de otros jacksonianos.

- Casi encaja - dijo Thorne.

Mark abrió las manos y las mantuvo una frente a otra, como si estuvieran unidas por hilos invisibles.

- Sí. Casi. - Unió una con la otra -. Así que aquí estamos. Y ahí vamos. Nuestra primera misión es volver a entrar en el espacio jacksoniano por el punto de salto de la estación Fell. La capitana Quinn nos ha traído un buen equipo para fabricar identidades. Coordinad vuestras ideas con ella. Tenemos diez días para planificarlo.

El grupo se separó para estudiar sus nuevos problemas, cada uno a su manera. Bothari-Jesek y Quinn se quedaron atrás mientras Mark se levantaba y se estiraba para librarse del dolor de espalda. También le dolía la cabeza.

- Excelente análisis, Mark - dijo Quinn, a regañadientes -, si no se trata de un gran globo de aire, claro.

Bueno, bueno...

- Gracias, Quinn - dijo él, sinceramente. Él también rezaba por que no fuera una alucinación, un error elaborado.

- Sí... Mark está cambiado, creo yo - observó Bothari-Jesek -. Está... crecido.

- ¿Ah, sí? - La mirada de Quinn lo recorrió de arriba a abajo -. Bueno, yo diría que sí... - El corazón de Mark quería saltar, hambriento por una migaja de aprobación -.... está más gordo.

- Vamos a trabajar - gruñó Mark.

22

Se acordaba de haber sabido trabalenguas, alguna vez. Hasta se acordaba de una pantalla entera con una lista de trabalenguas, palabras negras sobre azul celeste. ¿Había sido para algún curso de retórica? Desgraciadamente, aunque podía imaginarse la pantalla, no recordaba más que una de las líneas. Trató de sentarse en la cama y decirla.

- Tres tristes tigres... *idiota*... - Respiró hondo y empezó de nuevo. Otra vez. Otra. Le parecía que tenía la lengua torpe, como si se le hubiera convertido en un calcetín mojado. Le parecía terriblemente importante recuperar el control del habla. Mientras siguiera hablando como un idiota, seguirían tratándolo como tal.

*Podría ser peor.* Estaba comiendo verdadera comida, no agua azucarada o papillas. Hacía dos días que se duchaba y se vestía solo. Ya no le daban camiones de enfermo. Llevaba una camisa y unos pantalones. *Como ropa de nave.* El color gris le gustó al principio y después lo preocupó porque no entendía por qué le gustaba.

- Tres. Tristes. Tigres. Comen. Trigo. En. Un. Trigo. ¡Ja! - Se recostó, silando, triunfante. Levantó la vista y vio a la doctora Rosa en el umbral, mirándolo con una sonrisa.

Mientras recuperaba el aliento, él levantó los dedos para darle la bienvenida. Ella vino a sentarse a su cama. Llevaba la bata verde de siempre y un bolso.

- Cuervo dijo que estaba diciendo tonterías anoche - hizo notar -, pero no eran tonterías, ¿verdad? Estaba practicando.

- Su... - Él asintió -. Teno hablé. Yo mando... - Se tocó los labios, e hizo un gesto a su alrededor -. Ello hace...

- Ah, conque sí, ¿eh? - Arqueó las cejas divertida, pero sus ojos lo miraban atentamente. Cambió de posición y giró la mesa con ruedas para ponerla entre los dos -. Siéntese, mi autoritario amigo. Le he traído unos juguetes.

- Seúnda infcia - musitó él, triste, y se levantó de nuevo, ayudándose con los codos. Lo único que le seguía doliendo era el pecho. Por lo menos parecía haber terminado con los aspectos más repulivos de su segunda infancia. ¿Una segunda adolescencia en el futuro? No, por Dios. Tal vez pudiera saltarse esa parte. *¿Por qué le tengo miedo a una adolescencia que no recuerdo?*

Se rió cuando ella abrió el bolso y sacó una docena de partes de algunas armas de mano que dejó sobre la mesa.

- Prueba, ¿eh? - Empezó a elegir las y ensamblar las armas. Bloqueador, destructor nervioso, arco de plasma y un revólver de proyectiles... un vuelta, deslizarlo, ahora el clic... uno, dos, tres, cuatro. Las puso una tras otra en una fila -. Sin células denergí... ¿eh? No me da armas a mí, peligro, ¿eh? Estas... soban... - Deslizó una docena de partes que no correspondían a un costado -. Ja. Tampa... - Sonrió con astucia.

- Nunca las apuntó hacia mí ni hacia usted mismo mientras las manejaba - observó ella, curiosa.

- ¿Mmmm? No me di cuenta. - Sí, ella tenía razón. Tocó el arco de plasma, dudando.

- ¿No le vino nada a la mente mientras hacía eso? - preguntó ella.

Él meneó la cabeza, frustrado de nuevo, pero de repente se alegró.

- Acodé ago sta mañan, sí. Enna dussa... - Cuando hablaba rápido, las palabras se le hacían ininteligibles, un laberinto para los labios.

- En la ducha - tradujo ella, para alentarlo -. Sí. Cuénteme. Y vaya despacio. No se preocupe.

- Despacio. Es. Muerte - enunció él claramente.

Ella parpadeo.

- Aun así. Cuénteme.

- Ah. Bueno. Creo era chico. Caballo, sí, montaba viejo oto caballo. Upa colina. Fío. Caballos... soltaban niebla así. - Respiró hondo pero eso no lo satisfizo -. Áboles. Montaña, dos, tes, llenas de áboles, todos rodeados de plástico. Todo hata una cabaña en el fondo. Abuelo *contento*... poque tubos de plástico son eficientes. - Trató de sacar esa última palabra intacta y lo logró -. Hombres también contentos.

- ¿Qué están haciendo en esa escena? - preguntó ella. Parecía muy confusa -. Los hombres.

Él revivía la escena en la cabeza, el recuerdo de un recuerdo.

- Quemar madera. Hacen azúcar.

- Eso no tiene sentido. El azúcar procede de vats de producción biológica, no de quemar árboles - dijo Rosa.

- Árboles - afirmó él -. Árboles marones de azúcar. - Otro recuerdo le tembló dentro, como en el agua: el viejo rompiendo algo que parecía arcilla tostada y dándoselo a probar en la boca. La sensación de los dedos marchitos, torcidos y viejos, fríos contra la mejilla, dulzura mezclada con cuero y caballos. Tembló por la tremenda impresión sensorial. *Eso era real*. Pero todavía no podía ponerle nombres. *El abuelo*.

- Montañas mías - agregó. La idea lo puso triste y no supo por qué.

- ¿Qué?

- Son mías. - Frunció el ceño, triste.

- ¿Algo más?

- No. Eso todo... - Cerró los puños y luego estiró los dedos cuidadosamente sobre la bandeja.

- ¿Está seguro de que no fue un sueño de anoche?

- No. *No. Enna dussa* - insistió.

- Es muy extraño. Esto, lo esperaba. - Hizo un gesto hacia las armas ensambladas y empezó a meterlas otra vez en el bolso -. *Eso...* - la cabeza hizo un gesto hacia él y su pequeña historia - no encaja. Eso de los árboles de donde se saca el azúcar me parece cosa de sueños.

*¿No encaja en qué sentido?* Una excitación desesperada lo atravesó de pronto. La cogió por la cintura breve, le atrapó la mano en la que todavía descansaba el bloqueador.

- ¿No encaja qué? *¿Qué sabe?*

- Nada.

- ¡No nada!

- Duele - dijo ella, sin cambiar el tono.

Él la soltó instantáneamente.

- No nada - insistió -. Algo sí. *¿Qué?*

Ella suspiró, terminó de guardar las armas, y se sentó a estudiarlo.

- Es cierto lo que dije de que no sabemos quién es usted. Y ahora no es menos cierto que no sabemos *cuál* es usted.

- ¿Tengo más de una posibilidad? ¡Cuénteme!

- Usted está en... en un momento muy delicado de la recuperación. La amnesia del crío-tratamiento no es algo que se recupere de pronto. Los recuerdos vienen en pequeñas cascadas. Una típica curva de tipo campana. Al principio unos pocos, luego cada vez más, y después algunos más. Unos últimos agujeros pueden durar años. Como usted no sufrió ninguna herida craneal mi pronóstico es que terminará por recuperar su personalidad. Pero...

Un *pero* muy siniestro. Él la miró, como rogándole...

- En este estadio, a punto de recibir una cascada de recuerdos, un amnésico puede estar tan hambriento de identidad que es capaz de elegir una identidad falsa y empezar a reunir datos para construirla y apoyarla. Le puede llevar semanas o meses volver volver al camino correcto. En su caso, por razones especiales, creo que eso es más fácil que en otros casos, y probablemente fuera más difícil de desenredar después. Tengo que tener muchísimo cuidado en no sugerirle nada de lo que no esté absolutamente segura. Y es duro porque yo también estoy construyendo teorías en mi cabeza y son casi tan urgentes como la suya. Tengo que estar segura de que lo que usted me va dando viene de usted y no es un reflejo de alguna sugerencia mía.

- Ah. - Él se dejó caer de nuevo en la cama, terriblemente desilusionado.

- Sin embargo, hay un atajo posible - agregó ella.

Él volvió a levantarse inmediatamente.

- ¿Qué es?

- Hay una droga que se llama pentarrápida. Uno de sus derivados es un sedante psiquiátrico, pero en general se usa como droga de interrogatorio. En realidad, no debería llamarse suero de la verdad, aunque los legosn lo hacen.

- Yo... conozco la pentarrápida. - Enarcó las cejas. Él sabía algo sobre la pentarrápida. *¿Qué era?*

- Tiene algunos efectos relajantes, y a veces, en los pacientes que vienen de la crío-terapia, puede desatar cascadas de recuerdos.

- ¡Ah!

- Sin embargo, también puede ser muy embarazoso. Bajo la influencia de esa droga, la gente puede hablar con toda tranquilidad de cualquier cosa que se le cruce por la mente, incluso los pensamientos más íntimos y privados. La ética médica me exige que se lo

advierta. Además, hay gente que es alérgica a la droga.

- ¿Dónde... aprendió... ética médica? - le preguntó él, curioso.

Ella hizo un gesto de dolor, o de vergüenza. A él le pareció extraño.

- En Escobar - dijo y se lo quedó mirando.

- ¿Dónde estamos ahora?

- De momento prefiero no decirlo.

- ¿En qué sentido podía... contaminar mi memoria? - quiso saber él, indignado.

- Creo que se lo diré pronto - lo tranquilizó ella -. Pronto.

- Mmm - gruñó él.

Ella sacó un paquetito blanco del bolsillo de su bata, lo abrió, y sacó un puntito envuelto en plástico.

- Arriba el brazo. - Él obedeció, y ella le apretó el punto contra la parte inferior del brazo -. Almohadilla de prueba - explicó -. En base a mi teoría sobre su línea de trabajo, creo que usted tiene mayor probabilidad que otros de ser alérgico. Alergia inducida artificialmente.

Sacó la almohadilla: a él le picó. Miró cuidadosamente el brazo. Una manchita rosada. Ella frunció el ceño.

- ¿Le pica? - preguntó insegura.

- No - mintió él, y apretó la mano derecha para no rascarse. Una droga que iba a devovlerle la mente... tenía que tomarla. *Ponte blanca otra vez, ya, mierda*, le ordenó mentalmente al punto rosado.

- Parece un poco sensible - musitó ella -. Ligeramente.

- *Pofavooooor...*

Los labios de ella hicieron un gesto de duda.

- Bueno... ¿Qué podemos perder? Ya vuelvo.

Salió y volvió con dos hiposprays, que puso sobre la bandeja.

- Ésta es la pentarrápida - señaló -, y éste, el antídoto de la pentarrápida. Tiene que decirme inmediatamente si le pica, le arde, tiene problemas para respirar o tragar o se le empieza a hinchar la lengua.

- Ya la tengo hinchada - objetó él mientras ella le subía las mangas de los brazos y apretaba el primer hipospray contra el codo -. ¿Cómo... doy cuenta?

- No va a tener dudas. Ahora recuéstese y relájese. Le dará sueño. Va a sentir como que flota. Empiece a contar de atrás adelante desde diez.

- Dié. Nue. Oso. Siete. Sei. Cinco. Cuato. Tes. Do. Un. - No tenía sueño. Estaba nervioso y tenso y se sentía desdichado -. ¿Está segura deste?

Empezó a golpear con los dedos sobre la mesa con ruedas. El sonido le pareció demasiado fuerte. No era natural. Los objetos de la habitación lo miraban con siluetas más brillantes y coloreadas. La cara de Rosa parecía de pronto sin personalidad, una máscara de marfil.

La máscara se le acercó, amenazante.

- ¿Cómo se llama? - le siseó.

- Yo... yo... si... si... - La boca se le cerró. Miró el ojo invisible, sin nombre...

- Extraño - murmuró la máscara -. La presión debería bajarlo, no subirle.

De pronto, él recordó lo que era importante de la pentarrápida.

- Pentarrápida... mace... - Ella meneó la cabeza. No le entendía -. Hiper... - repitió él, con una boca que parecía sacudida por espasmos. Quería hablar. Mil palabras le acudieron a la lengua, una colisión en cadena sobre los nervios -. Ya. Ya. Ya...

- Esto no es normal. - Ella frunció el ceño con el hipospray todavía en la mano.

- Ah, mierda... - Se le levantaron los brazos y las piernas como si fueran resortes. La cara de Rosa se puso encantadora, como la de una muñeca. A él le latía el corazón con fuerza. La habitación tembló, como si estuviera nadando bajo el agua. Con esfuerzo, se desenredó. Tenía que relajarse, *ahora mismo*.

- ¿Se acuerda de algo? - le preguntó ella. Los ojos oscuros eran como lagunas, líquidos y hermosos. Él quería nadar en esos ojos, brillar en ellos. Quería agradecerle. Quería sacarle fuera de esa armadura verde, bailar desnudos los dos a la luz de la luna... Sus murmullos encontraron de pronto voz en una poesía, una especie de poesía. En realidad era una rima tonta muy sucia que jugaba con algún tipo de simbolismo obvio que involucraba gusanos y naves de salto. Por suerte, salió bastante confusa.

Para su alivio, ella sonrió. Pero había algún tipo de asociación que no era graciosa...

- Última vez recité eso, alguien me golpeó todo, todo. También pentarrápida...

Una súbita señal de alerta le recorrió el cuerpo largo y hermoso.

- ¿Le dieron pentarrápida antes? ¿Y qué recuerda de eso?

- Nombre era Galen. Enojado con mí. No entiendo poqué. - Se acordaba de una cara furiosa que se alzaba sobre él, irradiando un odio implacable y asesino. Los golpes le llovían en el cuerpo. Él buscó en sí mismo, para ver si detectaba miedo y lo encontró mezclado extrañamente con lástima -. No entiendo...

- ¿Y qué más le preguntó?

- No sé. Dije oto poema...

- ¿Usted le recitaba poesía, bajo la pentarrápida?

- Horas y horas. Lo puso loco.

Ella alzó las cejas, un dedo tocó sus labios suaves, que se abrieron encantados.

- ¿Usted le ganó a un interrogatorio bajo pentarrápida? ¡Notable! No hablemos de poesía entonces. Pero se acuerda de Galen. ¡Ajá!

- ¿Galen encaja? - Él levantó la cabeza rápidamente. Ser Galen, sí... El nombre era importante, ella lo reconocía -. Cuénteme.

- No... no estoy segura. Cada vez que doy un paso adelante con usted, parece que damos uno al costado y uno atrás.

- A mí me gustaría dar pasos con usted... - confió él y se escuchó con horror mientras describía, con crudeza y rapidez, lo que le gustaría hacer con ella -. Ah. Ah. Lamento, señoa... - Se metió los dedos en la boca y se los mordió.

- No se preocupe - lo tranquilizó ella -. Es la pentarrápida.

- No... es la testosterona...

Ella se echó a reír abiertamente. Era muy alentador, pero su excitación momentánea se ahogó de pronto en una nueva ola de tensión. Se retorció las manos y la ropa y se le retorcieron los pies.

Ella frunció el entrecejo mientras miraba un monitor médico en la pared.

- Le está subiendo la presión. Usted es encantador bajo pentarrápida, pero esto no es una reacción normal. - Levantó el segundo hipospray -. Creo que será mejor que nos detengamos.

- M... yo... no so hombre nomal - dijo él con tristeza -. Mutante. - Lo invadió una onda de ansiedad -. ¿Me va a sacar el cerebro? - preguntó receloso, mirando el hipospray. Entonces cayó en la cuenta horrorizado -. ¡Hey! ¡Ya sé dónde estoy! ¡Estoy en *Jackson's Whole*! - La miró, espantado, saltó sobre sus pies y salió corriendo hacia la puerta, haciendo una finta para no embestirla.

- ¡No, no, espere, espere...! - lo llamó ella, corriendo tras él con el hipospray en la mano -. ¡Es una reacción contra la droga! ¡Espere! ¡Yo puedo quitársela! ¡Amapola, cógelo!

Él hizo una finta para evitar a la doctora Durona de cola de caballo en el corredor del laboratorio y se metió en el tubo elevador, agarrándose de la escalera de incendios mientras sentía las señales de dolor en los músculos del pecho. Un caos de corredores y puertas, gritos y pasos se resolvió por fin en el vestíbulo que él había descubierto antes.

Pasó rápidamente junto a un trabajador que maniobraba una camilla flotante llena de cajas, tratando de atravesar con ella una puerta corrediza de vidrio. Esta vez no lo rechazó ninguna pantalla de fuerza. Un guardia de verde se volvió en cámara lenta, mientras sacaba un bloqueador, la boca abierta en un grito que emergió con la densidad

de aire frío.

Él parpadeó bajo la luz gris del día en una rampa, un estacionamiento pavimentado para vehículos. Nieve sucia. El hielo y la grava le mordieron las plantas de los pies mientras corría, jadeando. Una pared rodeaba el conjunto de edificios. Había un portón en la pared, abierto, y más guardias de verde.

- ¡Con el bloqueador, no! - aulló una mujer desde detrás.

Él corrió por una calle sucia y apenas consiguió evitar un coche de superficie. La blancura cegadora y gris se le alternaba en los ojos con estallidos de color. Vio un espacio amplio y abierto salpicado con árboles oscuros y desnudos con ramas como garras abiertas, que trataban de aferrar el cielo. Vio imágenes de otros edificios, detrás de las paredes, más lejos, en la calle, edificios amenazadores y extraños. Nada le resultaba familiar en ese paisaje. Buscó el espacio abierto y los árboles. Un vértigo negro y magenta le nubló los ojos. El aire frío le lastimaba los pulmones. Tropezó y cayó, rodó boca abajo, incapaz de respirar.

Media docena de doctoras Durona le saltaron encima como una manada de lobos sobre una presa. Lo cogieron de las piernas y los brazos y lo sacaron de la nieve. Rosa se acercó a la carrera con la cara tensa. Se escuchó el siseo de un hipospray. Lo llevaron por la calle como a una oveja extraviada hasta el edificio blanco. De pronto le pareció que la cabeza empezaba a aclarársele pero tenía el pecho desgarrado de dolor, como si se lo estuvieran apretando en una prensa. Para cuando lo pusieron otra vez en la cama del sótano, la droga que le había producido falsa paranoia había desaparecido de su sistema... para dar paso a una paranoia real.

- ¿Crees que alguien lo ha visto? - preguntó una voz aguda, con ansiedad.

- Guardias - mordió otra vez -. Los de envíos.

- ¿Alguien más?

- No sé - jadeaba Rosa, el cabello suelto en mechones mojados por la nieve -. Media docena de coches de superficie pasaban por la calle cuando lo perseguíamos. No vi a nadie en el parque.

- Yo vi un par de personas, caminando - agregó otra doctora Durona -. A lo lejos, al otro lado del lago. Nos miraban, aunque no creo que vieran mucho.

- Pero fuimos todo un espectáculo durante unos minutos.

- ¿Qué pasó esta vez, Rosa? - preguntó con voz severa la doctora Durona de cabello blanco y timbre agudo. Parecía cansada. Se acercó y lo miró, inclinada sobre un bastón tallado, que no llevaba por pose sino por necesidad. Todos la respetaban. ¿Sería la misteriosa Azucena?

- Le di una dosis de pentarrápida - informó Rosa, tensa -. Para desentumecerle la memoria. A veces funciona en el crío-tratamiento. Pero tuvo una reacción. Le subió la presión, se puso paranoico y salió disparado como un rayo. No lo alcanzamos hasta que se desmayó en el parque. - Todavía estaba tratando de recuperar el aliento, notó él mientras empezaba a ceder su intenso dolor.

La vieja doctora Durona estornudó.

- ¿Funcionó?

- Bueno, surgieron algunas cosas raras - respondió Rosa -. Necesito hablar con Azucena.

- Inmediatamente - dijo la doctora Durona, que al parecer no era Azucena - pero... - y se interrumpió cuando el intento torpe y tembloroso de él por hablar se convirtió en una convulsión.

El mundo se le transformó en confeti durante unos instantes. Cuando consiguió volver a enfocar la mirada había dos mujeres sosteniéndolo, mientras Rosa se inclinaba sobre él ladrando órdenes y el resto de las Durona salían a la carrera.

- Iré en cuanto pueda - dijo Rosa, desesperada, por encima de su hombro -. Ahora no puedo dejarlo solo.

La vieja doctora Durona asintió, comprensiva y se alejó. Rosa hizo un gesto para rechazar un hipospray anticonvulsiones que le traía alguien.

- Voy a escribir una orden general. Este hombre no puede recibir nada sin un previo análisis de sensibilidad. - Despidió a casi todos sus ayudantes y puso la habitación tibia y casi oscura otra vez. Lentamente, él recuperó el ritmo de la respiración, aunque se encontraba muy mal.

- Lo lamento - le dijo ella -. No supuse que la pentarrápida podía introducirle esta reacción.

Él trató de decir. *No es culpa suya*, pero su capacidad de habla parecía haberse desvanecido.

- ¿Hi... hice. Algo. Malo?

A ella le llevó demasiado tiempo contestar.

- Tal vez se arreglen las cosas... - dijo después.

Dos horas más tarde vinieron con una camilla flotante y lo trasladaron.

- Tenemos otros pacientes - le dijo la doctora a Crisan, la del cabello con alas -. Necesitamos su habitación. - ¿Mentiras? ¿Verdades a medias?

El lugar al que lo llevaron lo dejó más sorprendido todavía. Se había imaginado una celda con cerrojo y en lugar de eso lo llevaron arriba en un tubo elevador de carga y lo depositaron en una cama de campamento en medio de lo que parecía la suite personal de Rosa. Estaba en una zona de alojamientos similares, seguramente en el piso de residencia de las Durona. La suite estaba formada por un comedor-estudio y un dormitorio, además de un baño privado. Era razonablemente espaciosa aunque estaba repleta de cosas. Allí se sentía menos prisionero y más una especie de amigo al que su dueña lleva al dormitorio femenino a pesar de las normas, aunque había visto a otro macho Durona además de Cuervo, un hombre de treinta años al que la doctora Crisan llamaba «Halcón». Pájaros y flores, todos eran pájaros como Cuervo o flores como Crisan, crisantemo, en esa jaula de cemento.

Más tarde, una joven doctora Durona le trajo la cena y él comió con Rosa en una pequeña mesa en el comedor, mientras el gris del exterior se convertía en crepúsculo. Imaginaba que no había ningún cambio real en su estatus de paciente-prisionero, pero se sentía muy lejos de la habitación estilo hospital, lejos de los monitores y del siniestro equipo médico. Se sentía bien haciendo algo tan prosaico como cenar con una amiga.

Cuando terminaron de comer caminó alrededor del comedor.

- ¿Le molesta que mire sus cosas?

- En absoluto. Y dígame si le surge algo en la mente.

Ella seguía sin querer decirle nada sobre su identidad, pero por lo menos ahora parecía dispuesta a hablar sobre sí misma. La imagen interna que él tenía del mundo *cambió de lugar* mientras ella le hablaba. *¿Por qué tengo mapas del agujero de gusano en la cabeza?* Tal vez iba a tener que recuperarse por el camino difícil. Aprender todo lo que existía en el universo y lo que le quedara, ese agujero diminuto con silueta de hombre enano en el medio, eso sería él por proceso de eliminación. Una tarea agotadora.

Miró la ventana polarizada en el brillo leve que colgaba en el aire, como si estuviera cayendo un crepúsculo mágico alrededor. Reconoció la pantalla de fuerza, un avance con respecto a la primera vez que había metido la cabeza en ella. Se dio cuenta de que el escudo era de tipo militar, impermeable a todo, desde gas y virus hasta... ¿qué? proyectiles y plasma, sin duda. Tenía que haber un generador muy poderoso en alguna parte. La protección era un agregado a la arquitectura del edificio, no estaba incorporado en el diseño. Había algo histórico en eso...

- Estamos en Jackson's Whole, ¿verdad? - preguntó.

- Sí. ¿Qué significa eso para usted?

- Peligro. Algo malo. ¿Qué es esto? - Hizo un gesto a su alrededor.



- La clínica Durona.
- ¿Y qué hacen ustedes? ¿Por qué estoy aquí?
- Somos la clínica privada de la Casa Fell. Hacemos todo tipo de tareas médicas para ellos. Por encargo.
- La Casa Fell. Armas. - ¿Era un soldado enemigo capturado? Mierda, ¿qué ejército usaría enanos medio inválidos como soldados? -. ¿La Casa Fell me entregó a ustedes?
- No.
- ¿No? Y... ¿cómo llegué aquí?
- Eso también nos extrañó mucho. Llegó congelado en una crío-cámara con señales de haber sido preparado a toda prisa. En un paquete dirigido a mí, vía comu, sin remitente. Esperábamos que cuando lo reviviéramos, usted nos lo dijera.
- Hay algo más en todo esto.
- Sí - dijo ella francamente.
- Pero todavía no me lo quiere decir.
- Todavía no.
- ¿Y qué pasa si me voy caminando?
- Ella pareció alarmarse.
- No lo haga, por favor. Pueden matarlo.
- Otra vez.
- Otra vez - asintió ella.
- ¿Quién?
- Eso depende de quién sea usted.

Él se desvió del tema y después volvió a llevar la conversación otras tres veces al mismo terreno, pero no pudo ni engañarla ni sosegarla lo suficiente como para que ella le contara algo. Exhausto, se dio por vencido por esa noche y se quedó despierto en la cama, preocupado por el problema como un predador sobre un animal muerto. *Duérmete y veremos*, se dijo a sí mismo. Tal vez al día siguiente tendría algo nuevo en qué pensar. Él no sabía nada de la situación, pero fuera la que fuese, no era estable, de eso estaba seguro. Se sentía como en equilibrio sobre el filo de una navaja; por debajo estaba la oscuridad en la que se escondían plumas o estacas afiladas o tal vez nada de nada, en una caída infinita.

No estaba seguro de la racionalidad de la idea de los baños calientes y el masaje terapéutico. Ejercicio sí, eso lo entendía. La doctora Crisan le había traído una bicicleta de ejercicios al estudio de Rosa y le había hecho trabajar hasta la extenuación. Pero nada de flexiones. Había tenido que acostarse con los ojos bien abiertos, agotado, y había recibido los gritos de una iracunda doctora Crisan por intentar movimientos corporales no autorizados.

La doctora Crisan había tomado notas y se había ido, dejándolo en las tiernas manos de Rosa. Ahora estaba jadeando en la cama de Rosa, envuelto en la toalla mientras ella le revisaba de arriba a abajo la estructura esquelética y muscular. Cuando le hacía masaje, los dedos de la doctora Crisan eran como máquinas exploradoras. Las manos de Rosa lo acariciaban. Como él no estaba anatómicamente preparado para ronronear, se las arregló para expresar un gemido de placer y agradecimiento de vez en cuando. Ella trabajó todo, desde el cuello hasta los dedos del pie y empezó a subir de nuevo.

Boca abajo, aplastado contra las almohadas, cómodo, se dio cuenta por primera vez desde su vuelta a la vida que un sistema muy importante de su cuerpo se estaba haciendo presente. Res-erección, sí. Otra resurrección. Con la cara roja en una mezcla de vergüenza y goce, puso un brazo arriba para esconder el hecho. *Es tu doctora. Debería saberlo*. Y ella estaba familiarizada con cada parte de su cuerpo, de dentro y de fuera. Había estado literalmente entregada a él. Ciertamente, pero él dejó la novedad escondida en la cueva de su brazo.

- Dése la vuelta - dijo Rosa -. Necesito el otro lado.
- Eh... preferiría que no - murmuró él, con la boca enterrada en la almohada.
- ¿Por qué no?
- Hum... ¿se acuerda de que me pregunta siempre si se me dispara algo?
- Sí.
- Bueno, pues algo se me está disparando.

Hubo un breve silencio y luego:

- Ah... En ese caso, por favor, dése la vuelta. Necesito examinarlo.

Él respiró hondo.

- Las cosas que hacemos por la ciencia.

Se dio la vuelta y ella sacó la toalla.

- ¿Ya le había pasado antes? - preguntó.

- No. Primera vez en mi vida. Esta vida.

Los dedos largos y fríos tocaron con rapidez, un roce médico.

- Se ve bien - dijo ella con entusiasmo.

- Ah, gracias. Gracias - cantó él con alegría.

Ella rió. Él no necesitaba memoria para saber que la risa de una mujer por un chiste en un momento como ése era buena señal. Experimentalmente, despacio, dio la vuelta para mirarla de cerca. *Hurra por la ciencia. Veamos lo que pasa.* La besó. Ella lo besó también. Él se derritió.

El habla y la ciencia quedaron de lado por un tiempo. Para no mencionar la bata verde y las capas de más abajo. El cuerpo de ella era tan hermoso como él lo había imaginado: una estética pura de línea y curva, suavidad y lugares florales, ocultos. El cuerpo de él contrastaba vivamente con eso, una pequeña percha de huesos marcados por impactantes cicatrices rojas.

Una conciencia intensa de su muerte reciente hervía en él y descubrió que estaba besando a la doctora frenéticamente, con pasión, como si ella fuera la vida misma y él pudiera consumirla y poseerla de ese modo. No sabía si ella era amiga o enemiga, si eso estaba bien o mal. Pero era algo tibio y líquido y emocionante, no congelado ni quieto, seguramente lo más opuesto a la crío-estasis que podía existir. *Carpe diem, aprovecha el momento.* Porque la noche lo esperaba implacable, fría. Esa lección le quemaba desde dentro hacia fuera, como una radiación. Se le abrieron los ojos. Sólo la falta de capacidad de respiración lo obligó a un ritmo más decoroso y razonable.

Debería haberse sentido afligido y malhumorado con su propia fealdad, pero no era así y se preguntó por qué. *Hacemos el amor con los ojos cerrados.* ¿Quién le había dicho eso? ¿La misma mujer que le había dicho *No es la carne, es el movimiento?* Abrir el cuerpo de Rosa era como enfrentarse a esa pila de armas de campaña. Sabía qué hacer, pero no recordaba dónde lo había aprendido. El entrenamiento estaba allí pero el entrenador se había borrado de su mente. Ese acoplamiento de lo familiar y lo extraño lo perturbaba más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado antes.

Ella tembló, suspiró y se relajó. Él fue besándola por todo el cuerpo y al final le susurró en el oído:

- Mmm... ¿Crees que ahora sí puedo hacer flexiones?

- Ah. - A ella se le abrieron los ojos y se quedó mirando -. Sí, sí...

Unos momentos de experimentación y descubrió una posición aprobada por los médicos, acostado de espaldas con gran comodidad, sin presión ni fuerza en el pecho, los brazos o el abdomen, y entonces le tocó el turno. Eso estaba bien, las mujeres primero y así no le tirarían almohadas por quedarse dormido inmediatamente. Un esquema terriblemente familiar, con todos los detalles mal puestos. Rosa había hecho eso antes, pensó él, aunque no con frecuencia. Pero no se requería gran experiencia. El cuerpo de él funcionaba muy bien...

- Doctora D. - suspiró él -, usted es un genio. Es... Esquil... Bueno, ese tipo griego

podría recibir lecciones de resurrección de usted...

Ella rió y se acomodó a su lado, cuerpo contra cuerpo. *La altura no importa, si uno está acostado.* Eso también lo había sabido antes. Intercambiaron besos menos presurosos, menos exploratorios, saboreados lentamente como mentas después de la comida.

- Eres muy pero que muy bueno en esto - murmuró ella, relajada, mordiéndole un poquito la oreja.

- Sí... - La sonrisa de él se desvaneció y miró al techo, con una mezcla de melancolía y frustración mental renovada -. Me pregunto si estaré casado... - Ella apartó la cabeza, instintivamente, y él hubiera querido morderse la lengua cuando vio su mirada de espanto -. No lo creo - agregó con rapidez.

- No... no... - Ella se había tranquilizado ya -. No estás casado.

- ¿Sea yo quien sea?

- Correcto.

- Ajá. - Él dudó, pasándole los dedos por el pelo, abriéndolo despacio en un abanico sobre el montón de líneas rojas de su torso -. ¿Y a quién crees que ahora le estás haciendo el amor?

Ella le puso un largo dedo índice sobre la cabeza.

- A ti. Sólo a ti.

Eso era muy agradable de escuchar pero...

- ¿Y qué ha sido eso, terapia o amor?

Ella sonrió con misterio, siguiendo con un dedo los rasgos de la cara de su paciente.

- Las dos cosas... creo. Y curiosidad. Y oportunidad. Estos últimos tres meses he estado muy inmersa en tus problemas.

Parecía una respuesta sincera.

- Me parece que tú hiciste la oportunidad.

Una sonrisita se le escapó de los labios.

- Bueno... tal vez.

*Tres meses.* Interesante. Así que había estado muerto más de dos meses. Seguramente había absorbido gran parte de los recursos del Grupo Durona en ese tiempo. Para empezar, tres meses del tiempo de trabajo de esa mujer no eran baratos.

- ¿Por qué estáis haciendo esto? - preguntó, mirando al techo mientras ella se deslizaba junto a su hombro -. Quiero decir, todo. ¿Qué esperáis que yo haga por vosotros? - Medio inválido, sin habla, estúpido y en blanco, seguramente no valía un dólar, fuera cual fuese su nombre inexistente -. Todas vosotras estáis pendientes de mi recuperación como si yo fuera vuestra única esperanza de entrar en el paraíso... - Hasta la brutal y eficiente Crisan parecía empujarlo hacia delante por su propio bien. Hubiera podido decir que era la que más le gustaba por su fuerza despiadada. Ella hacía que algo resonara en él -. ¿Quién más me quiere? ¿Por qué me escondéis? ¿Enemigos? - ¿O amigos?

- Enemigos, sin duda - suspiró Rosa.

- Mmm. - Él se quedó acostado, tranquilo; mientras, ella dormitaba. Él le tocó la red del pelo y se preguntó qué vería ella en él. *Yo pensaba en el ataúd de cristal del caballero encantado... encontré suficientes fragmentos de granada como para estar segura de que usted no era sólo testigo de lo que pasaba.*

Así que había trabajo que hacer. Y el Grupo Durona no quería un mercenario corriente. Si eso era Jackson's Whole, podían comprar naves entera de mercenarios corrientes.

Y de todos modos, él nunca había pensado que era un hombre corriente. Ni por un minuto.

*Ah, señora... ¿qué necesita usted que yo sea?*

El redescubrimiento del sexo lo inmovilizó por tres días, pero su instinto de huida volvió a aflorar una tarde en que Rosa lo dejó supuestamente dormido. Pero no estaba dormido. Abrió los ojos y buscó el esquema de las cicatrices en el pecho para volver a pensarlo. Hacia fuera era sin duda la dirección equivocada. Lo que no había intentado todavía era ir *hacia dentro*. En ese lugar, todo el mundo le contaba sus problemas a Azucena. Muy bien. Él también iría a ver a Azucena.

¿Arriba o abajo? Como líder jacksoniana, seguramente vivía en el piso superior o en un búnquer. El barón Ryoval vivía en un búnquer, o por lo menos había una débil imagen asociada con ese nombre en su cabeza, una imagen que tenía que ver con sótanos sombríos. El barón Fell tomaba lo del piso superior literalmente y vivía allá arriba, en su estación orbital. Parecía haber muchas imágenes de Jackson's Whole en su cabeza. ¿Sería su hogar, su planeta de origen? La idea lo confundía. Arriba. Arriba y adentro.

Se puso el traje gris, tomó prestados unos calcetines de Rosa y se deslizó por el corredor. Encontró un tubo elevador que lo llevó al piso superior, justo por encima del de Rosa. Era otro piso de residencias. En el centro encontró otro tubo, con cerradura de palmas. Cualquiera Duroña podía usarlo, claro. Una escalera en espiral lo rodeaba en todas direcciones. Él subió despacio, muy despacio y esperó cerca del último escalón, hasta recuperar el aliento. Golpeó la puerta.

La puerta se deslizó hacia un lado, y un niño de unos diez años, delgado y de rasgos euroasiáticos, lo miró a la cara, serio.

-¿Qué desea? - preguntó el niño frunciendo el ceño.

- Quiero ver a tu... abuela.

- Que entre, Gorrión - dijo una voz suave.

El muchacho bajó la cabeza y le hizo un gesto para que pasara. Sus pies enfundados en calcetines se apoyaban sin ruido sobre la alfombra blanda. Las ventanas estaban polarizadas y la tarde gris no entraba por ellas. Lagunas de luz artificial más tibia, más amarilla, luchaban contra la oscuridad. Más allá de la ventana, el campo de fuerza se revelaba a sí mismo con el brillo cuando detectaba, repelía y aniquilaba las gotas de agua o de materia.

Había una mujer encogida sentada en una silla ancha que lo miraba acercarse con ojos negros en una cara de marfil viejo. Usaba una túnica de seda negra, cuello alto y pantalones sueltos. Tenía el cabello totalmente blanco y muy largo; una niña delgada, literalmente gemela del muchacho, se lo estaba cepillando sobre el cuello en gestos largos, tranquilos. La habitación estaba cálida. Mientras él miraba los ojos de ella, se preguntó cómo podía haber creído alguna vez que aquella otra mujer vieja del bastón era Azucena. Los ojos de cien años miran de una forma muy diferente.

- Señora - dijo. De pronto sintió la boca muy seca.

- Siéntese. - Ella señaló un pequeño sofá en un extremo de la mesa baja frente a ella -. Violeta, querida - una mano leve, toda arrugas blancas y venas azules, tocó la mano de la muchacha que había hecho un alto sobre el hombro de seda negra -. Trae tres tazas de té. Gorrión, ve abajo y busca a Rosa.

La muchacha arregló el cabello que había estado cepillando en un abanico caído sobre el torso de la mujer, y los dos niños se desvanecieron en un silencio que no parecía propio de su edad. Era evidente que el Grupo Duroña no empleaba extraños. No había posibilidad de que ningún topo penetrara la organización. También él obedeció y se dejó caer en el asiento que ella le había indicado.

Las vocales de ella tenían el *vibrato* de la edad, pero la dicción era perfecta.

- ¿Se ha recuperado usted a sí mismo, señor? - preguntó.

- No, señora - dijo él con tristeza -. Sólo la he recuperado a usted. - Pensó con mucho cuidado en la forma de exponer su pregunta en palabras. Azucena no sería menos cuidadosa que Rosa en cuanto a las claves. Ella también era médica -. ¿Por qué no

puede usted identificarme?

Ella elevó las cejas blancas.

- Bien dicho. Está usted listo para que le contesten. Creo. Ah...

El tubo siseó y apareció la cara alarmada de Rosa, que salió casi corriendo.

- Azucena, lo lamento. Pensaba que dormía...

- Está bien, niña. Siéntate. Sirve el té. - En ese momento apareció Violeta con una gran bandeja. Azucena le susurró algo tras una mano que temblaba un poco y ella asintió y se alejó. Rosa se arrodilló como siguiendo las reglas de algo que parecía un ritual antiguo (él se inclinó a pensar que alguna vez habría cumplido el papel de Violeta) y sirvió un té verde en pequeñas tacitas blancas. Luego se sentó cerca de las rodillas de Azucena y tocó al pasar el cabello blanco.

El té estaba muy caliente. Él se lo tomó enseguida, aunque con cuidado, porque últimamente le horrorizaba el frío.

- ¿Respuestas, señora? - le recordó con cautela.

Los labios de Rosa se abrieron en un gesto negativo, de alarma. Azucena levantó un dedo torcido y la detuvo.

- Antecedentes - dijo la vieja -. Creo que ha llegado el momento de contarle a usted una historia.

Él asintió y se acomodó, con el té en la mano.

- Había una vez - dijo ella y sonrió - tres hermanos. Un verdadero cuento de hadas, ¿eh? El mayor y original, y dos jóvenes clones. El mayor, como sucede siempre en estos cuentos, nació heredero de un magnífico patrimonio. Título, riqueza, comodidades. Su padre, aunque no era realmente un rey, poseía más poder que cualquier rey en la historia pre-salto de la humanidad. Y por lo tanto se convirtió en blanco de muchos enemigos. Como se sabía que amaba muchísimo a su hijo, más de uno de sus enemigos pensó en golpearlo a través de él. Y así fue como se dio esta multiplicación peculiar. - Ella lo miró. Él sintió que le temblaba el estómago. Tomó más té para disimular su confusión.

Ella hizo una pausa.

- ¿Puede darme algún nombre?

- No, señora.

- Mmm. - Ella abandonó el cuento de hadas. La voz se hizo más tensa, más serena -. Lord Miles Vorkosigan de Barrayar era el original. Ahora tiene más o menos veintiocho años estándar. Su primer clon se fabricó aquí en Jackson's Whole, hace veintidós años en la Casa Bharaputra, a solicitud de un grupo de resistencia de Komarr. No sabemos cómo se hace llamar ese clon, pero el complicado complot de sustitución de los komarreses fracasó hace dos años y el clon escapó.

- Galen - susurró él.

Ella lo miró con atención.

- Era el jefe de los komarreses, sí. El segundo clon... es una incógnita. La teoría más aceptable dice que lo fabricaron los cetagandanos, pero nadie los sabe con seguridad. Surgió hace diez años como comandante mercenario, y apareció directamente en su apogeo, un hombre excepcionalmente brillante, y reclamó el nombre betanés de Miles Naismith, un nombre bastante legal en Beta, por la línea materna. No es amigo de los cetagandanos así que la teoría de que es un renegado cetagandano tiene cierta lógica. Nadie conoce su edad, aunque obviamente no puede tener más de veintiocho. - Tomó un buen trago de té -. Nosotros creemos que usted es uno de esos dos clones.

- ¿Enviado a ustedes en un paquete de carne congelada, con el pecho destruido?

- Sí.

- ¿Y entonces? Los clones... aunque estén congelados... no pueden ser novedad aquí. - Él echó una mirada a Rosa.

- Déjeme seguir. Hace unos tres meses, el clon manufacturado por Bharaputra volvió a casa con una tripulación de soldados mercenarios que al parecer había robado de la Flota

Dendarii fingiendo ser el otro clon, su gemelo, el almirante Naismith. Atacó el criadero de clones de Bharaputra en un intento por robar o liberar (la segunda hipótesis me parece más probable) a un grupo de clones que iban a ser cuerpos para otros cerebros en el negocio de los trasplantes, negocio que yo personalmente aborrezco.

Él se tocó el pecho.

- ¿Y... fracasó?

- No del todo. Pero el almirante Naismith lo siguió para recuperar su nave y sus tropas perdidas. En la refriega que tuvo lugar en las instalaciones médicas de Bharaputra, uno de los dos murió. El otro escapó, junto con los mercenarios y la mayor parte del valioso ganado clonal de Bharaputra. Le tomaron el pelo a Vasa Luigi y yo me reí a rabiarse cuando lo supe. - Seguía tomando el té, pensativa.

Él casi podía imaginarla riéndose aunque la imagen hacía que se le cruzaran los ojos.

- Antes de saltar, los Mercenarios Dendarii ofrecieron una recompensa por una crío-cámara que contenía los restos de un hombre que, según decían, era el clon fabricado en el criadero de Bharaputra.

Él abrió los ojos con asombro.

- ¿Yo?

Ella levantó una mano.

- Vasa Luigi, el barón Bharaputra, está absolutamente convencido de que mentían. Afirma que el hombre de la caja era el almirante Naismith.

- ¿Yo? - dijo él, con menos certeza.

- Georish Stauber, barón Fell, se niega a hacer conjeturas, y el barón Ryoval destruiría una ciudad por completo por una oportunidad del cincuenta por ciento de poner sus manos sobre el almirante Naismith, que hace unos cuatro años le hizo un daño increíble. Nadie le había hecho nada parecido a Ryoval en un siglo. - Se le curvaron los labios en una sonrisa que parecía un escalpelo.

Tenía sentido, pero entonces nada tenía sentido. Era como una historia que le hubieran contado hacía mucho tiempo en la infancia y ahora hubiera vuelto a escuchar. *En otra vida*. Familiaridad pero del otro lado del vidrio. Se tocó la cabeza. Le dolía. Rosa miró el gesto con preocupación.

- ¿No tienen registros médicos, historias, algo?

- Con algún riesgo obtuvimos los registros del desarrollo del clon de Bharaputra. Pero sólo llegan a los catorce años. No tenemos nada sobre el almirante Naismith. Por desgracia no podemos hacer una triangulación con un solo punto como dato seguro.

Él se volvió hacia Rosa.

- Tú me conoces por dentro y por fuera. ¿No lo sabes?

- Eres muy raro. - Rosa meneó la cabeza -. La mitad de tus huesos son reemplazos plásticos, ¿lo sabías? Los pocos verdaderos que te quedan muestran traumas antiguos, viejas roturas... Para mí tienes más años de los que tendría el clon de Bharaputra y, por desgracia, más de los que debería tener el original de lord Vorkosigan, y eso no tiene sentido. Si tuviera una pista, una sola, pero sólida... Los recuerdos que me cuentas son terriblemente ambiguos. Sabes de armas, como debe saber un almirante, pero el clon de Bharaputra recibió el entrenamiento de un asesino. Te acuerdas de Ser Galen y sólo el clon de Bharaputra podría recordarlo. Y descubrí lo de los árboles de azúcar. Se llaman arces y son originarios de la Tierra. El clon de Bharaputra fue allí durante su entrenamiento. Y así... - Levantó las manos, frustrada.

- Si no estás consiguiendo la respuesta correcta - dijo él lentamente -, tal vez es porque no estás haciendo la pregunta que correspondo.

- ¿Y cuál es la pregunta que corresponde?

Él meneó la cabeza, mudo.

- ¿Por qué...? - Abrió las manos -. ¿Por qué no devuelven mi cuerpo congelado a los Dendarii y cobran la recompensa? ¿Por qué no venderme al barón Ryoval si tanto me

quiere? ¿Por qué revivirme?

- Yo no le vendería ni una rata de laboratorio al barón Ryoval - afirmó Azucena con firmeza. Sonrió brevemente -. Es un viejo asunto entre los dos.

¿Viejo? ¿Hasta qué punto? Seguramente más viejo que él, fuera quien fuese.

- Y en cuanto a los Dendarii, tal vez hagamos negocio con ellos. Eso dependerá de quién sea usted.

Estaban llegando al meollo de la cuestión. Él lo sentía.

- ¿Ah, sí?

- Hace cuatro años, el almirante Naismith visitó Jackson's Whole y además de dar un golpe espectacular contra Ry Ryoval, se fue con cierto doctor Hugh Canaba, uno de los grandes de la genética de Bharaputra. Yo conozco a Canaba. Y sobre todo, sé lo que Vasa Luigi y Lotus pagaron para hacerlo venir. Sé que él conocía secretos importantes de la Casa. Sé que nunca lo hubieran dejado salir vivo del planeta. Y sin embargo, se fue y nadie ha podido encontrar su rastro. - Se inclinó hacia delante -. Suponiendo que Canaba no haya terminado muerto, en el espacio, el almirante Naismith ha demostrado que puede sacar gente de aquí. En realidad, es una de sus especialidades. Y ése es nuestro interés en él.

- ¿Quieren salir del planeta? - Él miró alrededor al pequeño imperio autosuficiente y cómodo de Azucena Durona -. ¿Por qué?

- Tengo un Trato con Georish Stauber, el barón Fell. Es un Trato muy viejo y nosotros somos viejos negociantes. Mi tiempo se está terminando y Georish se está volviendo... - hizo una mueca - poco fiable. Si muero... o muere él... o si consigue trasplantar su cerebro a un cuerpo más joven, y sé que quiere intentarlo, nuestro viejo Trato se romperá. Estoy segura. El Grupo Durona tendrá que aceptar tratos menos convenientes que el que hemos disfrutado con la Casa Fell. Tal vez lo dividan o lo vendan o lo debiliten y entonces se vuelva vulnerable frente a enemigos como Ry, que se acuerda de un insulto o una herida *para siempre*. Tal vez obliguen al Grupo a trabajar en asuntos que no deseamos ni rozar. Hace un par de años que buscamos una salida. El almirante Naismith conoce una de las puertas posibles.

Ella quería que él fuera el almirante Naismith, obviamente el más valioso de los clones.

- ¿Y si soy el otro? - Se miró las manos. Eran sólo sus manos. No había pistas en ellas.

- Tal vez recibamos una recompensa por usted.

¿De quién? Y él, ¿era un salvador o una mercancía? Qué opción. Rosa parecía incómoda.

- ¿Y qué soy yo para usted si no me acuerdo de quién soy?

- Nadie, hombrecito. - Los ojos negros de ella brillaron un instante como pedacitos de obsidiana.

Esa mujer había sobrevivido casi un siglo en Jackson's Whole. No había que subestimar su crueldad sobre la única base de un prejuicio en contra del trasplante de cerebro a clones especialmente preparados.

Terminaron el té y volvieron a la habitación de Rosa.

- ¿Qué te ha parecido familiar de todo eso? - le preguntó Rosa cuando estuvieron solos en el sofá.

- Todo - dijo él, hundido en su perplejidad -. Y sin embargo... Azucena parece pensar que puedo sacar al Grupo de aquí como un mago, con un gesto. Pero aunque yo sea el almirante Naismith, no me acuerdo de haber hecho ese tipo de cosa...

- Shhhh - trató de calmarlo ella -. Estás maduro para una avalancha de recuerdos. Lo juro. Hasta me parece ver el comienzo. Tu capacidad de habla ha mejorado enormemente en los últimos dos días.

- Son los besos terapéuticos - sonrió él, una felicitación sugestiva cuyo fruto fue algo más de la terapia. Pero cuando él se incorporó para tomar aire, dijo -: No me va a venir a

la cabeza si soy el otro. Me acuerdo de Galen. La Tierra... Una casa en Londres... ¿Cómo se llama el clon?

- No lo sabemos - dijo ella, y cuando él la cogió de las manos, agregó exasperada -: No, en serio. No lo sabemos.

- El almirante Naismith... no debería ser Miles Naismith. Debería ser Mark Pierre Vorkosigan. - ¿Cómo mierda sabía eso? Mark Pierre. Piotr Pierre. *Pierre, Pierre, come miel, perdió la esposa que no sabía tener*, una burla de una multitud que había hecho que un viejo se volviera loco de rabia. Hubo que dominarlo... la imagen se le escapó. ¿*El abuelo?* -. Si el clon fabricado en Bharaputra es el tercer hijo, podría tener cualquier nombre. - Algo no estaba bien.

Trató de imaginarse la infancia del almirante Naismith como proyecto de agente secreto de los cetagandanos. ¿Su infancia? Seguramente había sido extraordinaria si había escapado a los dieciocho, evadido la Inteligencia Cetagandana y creado su fortuna en un año. Pero no se le ocurría ni una sola imagen de esa juventud. Un vacío total.

- ¿Qué vas a hacer conmigo si no soy Naismith? ¿Tenerme de amigo? ¿Cuánto tiempo?

Rosa frunció los labios, preocupada.

- Si eres el clon de Bharaputra, vas a tener que salir de Jackson's Whole. El ataque Dendarii dejó un lío en los laboratorios de Vasa Luigi. El barón tiene mucho que vengar: sangre, propiedades. Y orgullo. En tal caso, necesitarás ayuda para salir.

- ¿Y vas a dármela? - Y cuando ella asintió -: ¿Tú, o todas vosotras?

- Nunca he hecho nada en contra del grupo. - Ella se puso de pie y caminó por el comedor -. Pero viví sola en Escobar, un año, mientras me preparaba en crío-terapia. Me pregunté muchas veces... lo que sería ser la mitad de una pareja en lugar de un cuarentavo de un grupo. ¿Me sentiría más grande?

- ¿Eras más grande cuando estabas sola en Escobar?

- No sé. Es una preocupación tonta. Pero una no puede dejar de pensar en Lotus.

- Lotus. ¿La baronesa Bharaputra? ¿La que abandonó el grupo?

- Sí. La hija mayor de Azucena, después de Rosalía. Azucena dice... si no nos colgamos unas de otras, vamos a colgar cada una por separado... Es una referencia a un antiguo método de ejecución que...

- Sé qué es colgar a alguien - dijo él rápidamente, antes de que ella entrara en detalles médicos.

Rosa miró por la ventana.

- Jackson's Whole no es un buen lugar para estar solo. No se puede confiar en nadie.

- Una paradoja interesante. A mí me parece todo un dilema.

Ella descubrió la ironía en su cara y frunció el ceño.

- No es una broma.

Naturalmente. Hasta la estrategia maternal y autorreferencial de Azucena Durona había fracasado como solución del problema, como probaba la deserción de Lotus.

Él la miró.

- ¿Te ordenaron acostarte conmigo? - le preguntó de pronto.

Ella hizo un gesto de dolor.

- No. - Ella volvió a caminar -. Pero pedí permiso. Azucena dijo que sí, que tal vez eso te interesara en nosotros. - Hizo una pausa -. Te parece terriblemente frío, ¿no?

- Es Jackson's Whole, sólo prudente. - En general cualquier interés va en dos direcciones. Jackson's Whole no era lugar para andar solo. Pero *no se puede confiar en nadie*.

Si alguien estaba cuerdo en ese planeta, era por accidente.

La lectura, ejercicio que al principio le había producido un dolor intenso en los ojos y en la cabeza, cada vez le estaba resultando más fácil. Ahora podía leer durante diez minutos



seguidos, antes de que empezara a sentir malestar en los ojos. Refugiado en el estudio de Rosa, se llevó a sí mismo a los umbrales del dolor, un bit de información, unos pocos minutos de descanso, y otra vez. Empezó desde el centro hacia fuera, leyó primero sobre Jackson's Whole, su historia única, su estructura no gubernamental y las ciento dieciséis Grandes Casas y las incontables Casas Menores con alianzas que tejían relaciones entre ellas y las venganzas, muertes y enemistades y traiciones. El Grupo Duroña estaba en camino de convertirse en una Casa Menor por derecho propio, supuso, un brote de la Casa Fell, como una hidra, un brote que se reproducía como una hidra, asexualmente. Las menciones de las Casas Bharaputra, Hargraves, Dyne, Ryoval y Fell le dispararon imágenes que no venían del vídeo algunas estaban empezando a interconectarse, pero eran pocas. Se preguntó si era significativo que las Casas que le parecían más familiares fueran también las más famosas por ocuparse de ilegalidades galácticas.

*Sea quien se, conozco este lugar.* Pero sus visiones tenían un ámbito pequeño, demasiado superficiales para representar una vida en formación. Tal vez había sido una persona pequeña pero así y todo, lo que sabía de ese planeta era más de lo que podía arrancarle a su subconsciente con respecto a la juventud del almirante Naismith, el clon cetagandano.

*Abuelo.* Ésos eran recuerdos con un peso sensorial casi abrumador. ¿Quién era el abuelo? ¿Un jacksoniano adoptivo? ¿Un mentor komarrés? ¿Un entrenador de Cetaganda? Alguien grande, fascinante, misterioso, viejo y peligroso. El abuelo no tenía origen, parecía venir con el universo.

Orígenes. Tal vez un estudio de su progenitor, el hijo del lord de Barrayar, el inválido Miles Vorkosigan, podría darle algún tipo de pista. Después de todo, lo habían formado a imagen y semejanza de Vorkosigan, y hacerle eso a cualquiera era de por sí algo repugnante. Sacó una lista de referencias a Barrayar de la biblioteca de la comuconsola de Rosa. Había cientos de libros de ensayo, vídeos, documentos y documentales. Para que sirviera de marco, empezó con una historia general, buscando con rapidez. Los Cinco mil Primeros. El colapso del agujero de gusano. La Era del Aislamiento, los Siglos Sangrientos... el Redescubrimiento... las palabras se le borraban en los ojos. Sentía la cabeza a punto de estallar. Familiar, todo tan dolorosamente familiar... tenía que detenerse.

Apagó las luces de la habitación y se quedó en el sofá, hasta que los ojos dejaron de palparle. Pero si lo habían entrenado para reemplazar a Vorkosigan, era lógico que todo eso le resultara familiar. Seguramente había estudiado a Barrayar de delante para atrás y de atrás para delante. *Yo estudié a Barrayar.* Quería rogarle a Rosa que lo acorralara contra una pared y le diera otra dosis de pentarrápida y a la mierda lo que le hacía la droga a su presión arterial. Casi había funcionado. Tal vez con otro intento...

La puerta siseó.

- ¿Hola? - Las luces se encendieron. Rosa estaba de pie en el umbral -. ¿Estás bien?

- Dolor de cabeza. Lectura.

- No deberías...

*Recibir tanto con tanta rapidez,* terminó él en silencio. Era la frase constante de Rosa en los últimos días desde la entrevista con Azucena. Pero esta vez se había interrumpido. Él se enderezó y ella vino a sentarse a su lado.

- Azucena quiere que te lleve arriba.

Ella lo besó. Fue un beso muy largo, placentero al principio y preocupante después. Se desprendió para preguntar:

- Rosa, ¿qué está pasando?

- Creo... creo que te amo.

- ¿Y eso es un problema?

- Sólo para mí. - Consiguió una sonrisa breve, triste -. Ya lo voy a dominar.

Él le cogió la mano, siguió con el dedo el tendón y las venas. Ella tenía manos

brillantes. Él no sabía qué decir.

Ella lo levantó.

- Ven. - Fueron cogidos de la mano hasta la entrada del tubo elevador del departamento de Azucena. Allí, ella lo soltó para poner la palma en la cerradura y ya no volvió a tocarlo. Se elevaron juntos y salieron hacia la sala de Azucena.

Azucena estaba sentada, erguida y formal en su gran sillón, el cabello blanco recogido en una trenza gruesa que se le deslizaba desde el hombro hasta el regazo. La estaba atendiendo Halcón, de pie detrás de ella, en silencio. *No es un ayudante. Es un guardaespaldas.* La doctora Durona estaba rodeada por tres extraños que llevaban uniformes grises cuasimilitares con bordes blancos, dos mujeres sentadas y un hombre de pie. Una de las mujeres tenía rulos negros y ojos castaños que se volvieron hacia él con una mirada que le dolió. La otra, la mujer mayor, tenía el cabello castaño un poco manchado de gris. Pero el que lo dejó sin habla fue el hombre.

*Dios mío. Es mi otro yo.*

O... *no-yo.* Estaban de pie, frente a frente. El otro iba muy acicalado, las botas limpias, el uniforme planchado y formal, su mera apariencia un saludo militar a Azucena. La insignia brillaba en su collar. *Almirante... ¿Naismith? Naismith* era el nombre bordado sobre el pecho de la chaqueta del oficial. Un suspiro hondo, un pestañeo eléctrico de los ojos grises y una media sonrisa convertía la cara del hombre pequeño en algo que estaba terriblemente vivo. Si él era una sombra huesuda de sí mismo, el otro era dos veces él. Robusto, cuadrado, musculoso, con los miembros fuertes y una papada notable. *Tenía el aspecto* de un oficial importante, el cuerpo balanceado sobre piernas rudas abiertas en la posición de descanso agresiva de un bulldog demasiado gordo. Así que ése era Naismith, el famoso salvador que tanto deseaba Azucena. A él le resultaba fácil creerlo.

Su fascinación total con el gemelo clon se abrió en dos de pronto, atravesada por una idea horrenda y cada vez más clara. *Soy el clon equivocado.* Azucena acababa de gastar una fortuna en el clon que no valía nada. ¿Hasta dónde podía llegar su enojo? Para una líder jacksoniana, un error tan enorme debía de ser algo así como hacerse un golpe de estado a sí misma. Azucena miraba a Rosa con expresión dura y firme.

- Es él, sí - jadeó la mujer con los ojos brillantes. Tenía los puños apretados sobre el regazo.

- ¿La conozco a usted, señora? - preguntó él con amabilidad, con cuidado. El calor de antorcha de ella lo perturbaba. Medio inconscientemente, se acercó un poco a Rosa.

La expresión de la mujer era como de mármol. Sólo un pequeño ensanchamiento en los ojos, el gesto de alguien al que atraviesan el plexo solar con un rayo láser, revelaba un intenso sentimiento de... ¿Amor? ¿Odio? Tensión... Él sintió crecer el dolor de cabeza.

- Como ven - dijo Azucena -, vivo y en buen estado. Volvamos a discutir el precio. - La mesa redonda estaba cubierta de tazas y migas... ¿cuánto hacía que se desarrollaba esa reunión?

- Lo que usted quiera - dijo el almirante Naismith, jadeando -. Pagamos y nos vamos.

- Un precio razonable. - La mujer de cabello castaño miró a su comandante. La mirada era extrañamente dominante -. Vinimos a buscar un hombre, no un cuerpo animado. Si le hicieron mal el tratamiento de recuperación, queremos un descuento por mercancía dañada... - Esa voz, esa voz aguda, irónica... *Yo te conozco.*

- El tratamiento ha sido perfecto - dijo rosa, enojada -. Si hubo algún problema, fue debido a su prepa... - La mujer frunció el ceño con furia -. Pero se está recuperando bien. El progreso es evidente, día tras día. Es demasiado pronto. Lo están presionando mucho. - ¿Una mirada a Azucena? -. La tensión y la presión detienen los resultados que tratan de acelerar. Él mismo se exige *demasiado*, se hace un lío, se...

Azucena levantó una mano para aplacarla.

- Eso dice mi especialista en crío-terapia - le dijo el almirante -. Su hermano clon está en estado de recuperación y cabe esperar que mejore. Si eso es lo que usted desea...

Rosa se mordió el labio. La mujer enojada se mordió la punta del dedo.

- Ahora vayamos a lo que yo deseo - siguió Azucena -. Y lo que yo deseo no es dinero. Espero que eso lo satisfaga. Hablemos un poco de historia reciente. Reciente desde mi punto de vista, quiero decir.

El almirante Naismith miró afuera a través de las grandes ventanas cuadradas que mostraban otra tarde oscura de invierno jacksoniano, con nubes bajas que empezaban a escupir nieve. La pantalla de fuerza chispeaba, en silencio, comiéndose las partículas de hielo.

- Tengo la historia reciente todo el tiempo en la mente, señora - le dijo el almirante a Azucena -. Si usted la conoce, sabe por qué no quiero quedarme aquí demasiado tiempo. Vayamos al grano, por favor.

Eso iba en contra de la etiqueta de negocios en Jackson, que exigía un poco más de circunloquios, pero Azucena asintió.

- ¿Cómo está el doctor Canaba en estos días, almirante?

- ¿Qué?

Sucintamente para ser jacksoniana, Azucena describió de nuevo el destino del especialista en genética.

- La suya, almirante, es la organización que hizo desaparecer completamente a Hugh Canaba. La suya es la organización que arrancó a diez mil prisioneros de guerra debajo de las narices de sus captores cetagandanos en Dagoola Cuatro y yo admito que fue espectacular, justamente porque en realidad no desaparecieron. En algún lugar entre esos dos extremos está el destino de mi pequeña familia. Perdóneme mi pequeña broma si le digo que a mí me parece que usted es exactamente lo que necesitamos por prescripción médica.

Los ojos de Naismith se abrieron más, se frotó la cara, respiró entre dientes y consiguió sonreír.

- Ya veo, señora. Bueno. En realidad un proyecto como el que usted sugiere puede ser negociable, sobre todo si usted cree que le gustaría reunirse con el doctor Canaba. Claro que no estoy preparado para sacar ese proyecto del bolsillo esta misma tarde... Supongo que usted lo entiende... - Azucena asintió -. Pero en cuanto establezca contacto con mis refuerzos, creo que podremos acordar algo...

- Entonces, en cuanto establezca contacto con sus refuerzos, vuelva aquí, almirante, y su hermano clon estará disponible para usted.

- ¡No...! - empezó a decir la mujer impetuosa, intentando levantarse, pero su compañera la cogió del brazo y meneó la cabeza y ella se dejó caer de nuevo en el asiento -. De acuerdo, Bel - musitó.

- Esperábamos llevárnoslo hoy - dijo el mercenario, mirando al paciente-prisionero. Los ojos de los dos se tocaron, sobresaltados. El almirante desvió la vista, como protegiéndose de un estímulo demasiado fuerte.

- Ah, sí, pero como puede ver, eso me privaría de mi mejor arma de negociación - murmuró Azucena -. Y el trato de siempre, mitad por adelantado y mitad a la entrega, en este caso resulta obviamente impracticable. Tal vez una suma modesta de dinero como paga y señal le haría sentirse más seguro.

- Parecen haberlo cuidado bien por ahora - dijo la mujer de cabello castaño.

- Pero también le daría a usted la oportunidad - dijo el almirante con el ceño fruncido - de subastarlo a otros interesados. Pero tenga cuidado. Ni se le ocurra empezar una guerra al estilo quién da más en esto, señora. Podría convertirse en una guerra real.

- Sus intereses están protegidos por sus cualidades, almirante. Usted es único. Sólo usted tiene lo que yo quiero en Jackson's Whole. Y, según creo, viceversa. Estamos en buena posición para hacer un Trato.

Para una jacksoniana, era algo así como retroceder para alentar al otro. *¡Acéptalo, cierra el trato!*, pensó él y después se preguntó por qué. ¿Qué quería esa gente de él?

Fuera, una ráfaga de viento barrió la nevada en una cortina cegadora, arremolinada. La nieve golpeó las ventanas.

Golpeó las ventanas...

La segunda en darse cuenta fue Azucena. Los ojos grandes se abrieron más. Ninguno de los otros había notado todavía esa ausencia de brillo. La mirada de ella, asustada, se encontró con la de él, que volvía de la primera mirada hacia fuera.

Los labios de Azucena se abrieron para hablar.

La ventana estalló hacia dentro.

Era un vidrio de seguridad: en lugar de astillas desgarradoras, lo que los bombardeó fue una lluvia de perdigones calientes. Las dos mujeres mercenarias saltaron sobre sus pies, Azucena gritó y Halcón se le puso delante, con un bloqueador en la mano. Un enorme coche aéreo asomaba por la ventana y uno, dos, tres, cuatro soldados grandes saltaron a través de los restos. Tenían trajes transparentes por encima de los escudos contra destructores nerviosos, las caras cubiertas por capuchas y los ojos protegidos por gafas. El fuego del bloqueador de Halcón se convertía en chispas inofensivas sobre ellos.

*¡Conseguirías más si les tiraras el maldito bloqueador a la cabeza!* Él miró a su alrededor buscando un arma, un proyectil, un cuchillo, una silla, una mesa, algo con qué atacar. Por encima del ruido le llegó una voz diminuta de mujer desde uno de los comus de las mujeres mercenarias:

- Quinn, Elena. Algo acaba de bajar la pantalla de fuerza del edificio. Leo descargas de energía... ¿qué diablos pasa ahí? ¿Quieres refuerzos?

- ¡Sí! - gritó la mujer impetuosa, rodando para evitar el rayo de un bloqueador que dio sobre la alfombra y la llenó de crujidos. *Bloqueadores*. Entonces, el asalto era un secuestro, no un asesinato. Halcón terminó por darse cuenta de lo que tenía que hacer y levantó la mesa redonda para lanzarla contra los atacantes. Golpeó a uno pero otro le dio en pleno cuerpo con el bloqueador. Azucena estaba inmóvil, mirándolo todo con amargura. Una ráfaga de viento frío le movía la seda sobre las piernas. Nadie le disparaba a ella.

- ¿Quién es Naismith? - estalló la voz amplificada de uno de los soldados. Los Dendarii debían de haberse escabullido hacia el vestíbulo; la del cabello castaño peleaba cuerpo a cuerpo con uno de los intrusos. A él no le quedaba opción. Cogió la mano de Rosa y se protegió detrás de una silla, tratando de llegar hasta el tubo elevador.

- Llévate a los dos - gritó el líder sobre el estruendo. Un soldado saltó hacia el tubo elevador para cortarles la retirada; la punta triangular del bloqueador brilló en la luz mientras apuntaba.

- ¡Una mierda! - gritó el almirante, atropellando al soldado. El soldado tropezó y se le desvió la puntería. Lo último que vio mientras se alejaba con Rosa hacia el tubo elevador fue un rayo de bloqueador del líder golpeando a Naismith en la cabeza. Los otros Dendarii estaban en el suelo.

Bajaron demasiado lentamente. Si él y Rosa llegaban a los generadores de la pantalla de fuerza, ¿podrían encenderla otra vez y atrapar a los atacantes dentro del edificio? El fuego del bloqueador los siguió, rebotando contra las paredes del tubo elevador. Se retorcieron en el aire, aterrizaron de pie y corrieron hacia el pasillo. No había tiempo para explicaciones: él cogió la mano de Rosa y la puso sobre la cerradura de palma mientras golpeaba con el codo el botón que cortaba la energía. El soldado que los seguía lanzó un grito y cayó desde tres metros, no de cabeza pero en fin...

Él hizo un gesto de horror al oír el ruido del impacto y empujó a Rosa por el corredor.

- ¿Dónde está el generador? - aulló por encima del hombro. Había otras Durona, corriendo, alarmadas, en todas direcciones. Un par de guardias verdes de Fell saltaron al final del corredor y se alejaron hacia el tubo elevador final. ¿Pero de qué lado estaban? Él empujó a Rosa hacia la primera puerta abierta.

- ¡Ciérrala! - jadeó. Ella lo hizo. Estaban en una de las residencias de las Durona. Un

callejón sin salida, pero él supuso que la ayuda estaba de camino. Lo que no sabía era para quién era la ayuda, claro... *Algo acaba de bajar la pantalla de fuerza...* Desde dentro. Eso sólo podía hacerse desde dentro. Él se inclinó un poco, la boca abierta buscando aire, los pulmones ardiendo, el corazón aterrorizado y el pecho lleno de dolor mientras una oscuridad le llenaba los ojos. Fue tropezando hasta la ventana, mientras hacía un esfuerzo por entender la situación táctica. Había gritos y ruidos de golpes que llegaban con fuerza desde la pared del corredor.

- ¿Cómo hicieron esos hijos de puta para bajar la pantalla? - le silbó a Rosa, aferrándose al alféizar de la ventana -. No oí la explosión... ¿traidor?

- No sé - contestó ella, nerviosa -. Eso es de seguridad de perímetro externo. Los hombres de Fell se encargan de todo eso.

Él volvió a mirar el estacionamiento congelado. Un par de hombres de verde lo atravesaban a la carrera, gritando y señalando hacia arriba, refugiándose detrás de un vehículo estacionado y apuntando con un arma de proyectiles. Otro guardia les hizo gestos negativos y urgentes: un pequeño error de puntería y el disparo destruiría el departamento de Azucena con todos los que estaban dentro. Los otros asintieron y esperaron.

Él estiró el cuello, tratando de mirar hacia arriba y hacia la izquierda. El coche aéreo armado esperaba todavía frente a la ventana del estudio de Azucena.

Los asaltantes se retiraban. ¡Mierda! No había posibilidades con la pantalla de fuerza. *Soy demasiado lento.* El coche aéreo se sacudió mientras subían los soldados de los atacantes. Él vio las manos que arrastraban a una pequeña figura vestida con uniforme gris, seis pisos por encima del cemento. Subieron a un soldado herido de la misma forma. No dejaban hombres ni mujeres con vida para futuros interrogatorios. Rosa, con los dientes apretados, tiró de él hacia atrás.

- ¡Fuera de la línea de fuego!

Él se resistió.

- ¡Se están escapando! - protestó -. Deberíamos luchar ahora que estamos en nuestro...

Otro coche aéreo se elevó en la calle, más allá de la pared del edificio del Grupo. Un modelo civil, pequeño, sin armas, sin armadura, que luchó por ganar altura. Él vio a una figura de gris en los controles, los dientes blancos apretados y brillantes en una mueca. El coche armado de los asaltantes se alejó de la ventana. El vehículo de los Dendarii trató de alcanzarlo, de hacerlo bajar. Hubo chispas, plástico que crujía y ruido de metales, pero el coche armado se lo sacudió todo. El otro coche dio la vuelta y aterrizó en el pavimento con un ruido agónico.

- Alquilado, supongo - gruñó él, mirando -. Voy a tener que pagar por eso. Buen intento, casi funciona... Rosa... ¿Algunos de esos coches aéreos son tuyos?

- ¿Quieres decir del Grupo? Sí, pero...

- Vamos. Tenemos que llegar allí. - Pero el edificio estaba copado por seguridad. Iban a poner a todo el mundo contra la pared hasta que los identificaran e interrogaran uno por uno. Él no podía volar los cinco pisos hasta el suelo a pesar de lo mucho que le hubiera gustado. Ah... ser invisible...

*¡Sí, claro!*

- ¡Llévame! ¿Puedes llevarme en brazos?

- Supongo que sí pero...

Él corrió hasta la puerta y se dejó caer en sus brazos cuando se abrió.

- ¿por qué? - preguntó ella.

- ¡Hazlo, hazlo, hazlo! - siseó entre dientes. Ella lo arrastró por el corredor. Él estudió el caos con los ojos entrecerrados. Diversas Duroña agitadas e intranquilas miraban detrás de un cordón de seguridad de hombres de Fell que bloqueaban la entrada al departamento de Azucena.

- Que la doctora Crisan me coja de los pies - musitó él por el lado de la boca.

Demasiado asustada para pedir explicaciones, Rosa exclamó:

- ¡Ayúdanos Crisan! Tengo que llevarlo abajo...

- Ah... - Pensando que se trataba de una emergencia médica, la doctora Crisan no hizo preguntas. Lo cogió por los tobillos, y en unos instantes atravesaron la multitud a empujones. Dos doctoras Durona llevaban a un tipo de cara blanca, que parecía herido... los hombres de verde se hacían a los lados y los dejaban pasar.

Cuando llegaron a la planta baja, Crisan trató de ir hacia el área de clínicas. Durante un momento las dos mujeres tiraron de él en direcciones opuestas; luego él liberó sus pies de las manos de la atónita doctora Crisan y se apartó bruscamente de Rosa. Ella fue tras él y llegaron juntos a la puerta exterior.

La atención de los guardias estaba puesta en los esfuerzos de dos hombres con un lanzaproyectiles. Los ojos de él enfocaron el arma dirigida hacia el vehículo que huía ya entre las nubes de nieve. *¡No, no, no disparen!* El arma ardió y la explosión sacudió el coche pero no lo hizo bajar.

- Llévame a la cosa más rápida, más grande que podamos usar - pidió jadeando a Rosa -. No podemos dejar que se lo lleven. - *Y no podemos dejar que los hombres de Fell lo vuelen en pedazos* -. ¡Rápido!

- ¿Por qué?

- Esos gorilas acaban de secuestrar a mi... a mi hermano. Tengo que seguirlo. Hacerlos bajar, si puedo, seguirlo si no. Los Dendarii tienen que tener refuerzos de algún tipo. O Fell. Azucena es su... se vasalla, ¿no es cierto? Él tiene que responder. O algún otro. - Estaba temblando violentamente -. Si los perdemos, nunca sabremos dónde fueron. Ellos lo saben. Por eso se dan tanta prisa.

- ¿Y qué diablos haríamos si los alcanzáramos? - objetó Rosa -. ¿Acaban de intentar secuestrarte y ahora quieres correr tras ellos? ¡Ese es trabajo de seguridad!

- Yo soy... soy... -. *¿Qué? ¿Qué soy yo?* Sus tartamudeos frustrados se convirtieron en un remolino de percepciones. *No, otra vez no...*

Su visión se aclaró con el siseo de un hipospray que le golpeaba el brazo. La doctora Crisan lo sostenía, y Rosa le había apretado un dedo contra el ojo, sosteniéndole el párpado abierto mientras con la otra mano volvía a guardar el hipospray en el bolsillo. Una especie de confusión vidriosa descendió sobre él, como si lo hubieran envuelto en celofán.

- Eso te va a ayudar - dijo Rosa.

- No - se quejó él o intentó hacerlo por lo menos. Las palabras salieron en un murmullo casi incomprensible.

Lo habían sacado del vestíbulo, fuera de la vista de todos hacia uno de los ascensores de la parte subterránea de la clínica. Sólo había perdido unos momentos, en la convulsión. Todavía había una posibilidad, se retorció en los brazos de Crisan, que lo apretó más.

En una esquina sonaron pasos de mujer civil, no una guardiana. Apareció Azucena, la cara tensa y la nariz abierta, flanqueada por la doctora Begonia.

- Rosa. Sácalo de aquí - dijo Azucena con una voz severa a pesar de que le faltaba el aliento -. Georish va a venir a investigar esto en persona. *Él* no puede haber estado aquí. Nunca estuvo. Nuestros atacantes parece que eran enemigos de Naismith. La explicación será que vinieron los Dendarii a buscar el clon de Naismith y no lo encontraron. Crisan, elimina la evidencia física en el estudio de Rosa y esconde esos archivos. ¡Ya!

Crisan asintió y salió corriendo. Rosa seguía sosteniéndolo. Él tendía a caerse, como si se estuviera derritiendo. Parpadeó para defenderse de la droga. *No, tenemos que perseguir...*

Azucena entregó un talón de crédito a Rosa, y la doctora Begonia le entregó un par de chaquetas y un bolso de medicinas.

- Llévalo por la puerta trasera y desaparece. Usa los códigos de evasión. Elige cualquier lugar, el que quieras, y escóndete. Que *no* sea en ninguna de nuestras propiedades. Infórmame en una línea segura desde fuera. Para entonces, sabré qué puedo salvar de todo este lío. - Abrió la boca y se le vieron los dientes, con la furia -. Vamos, muchacha...

Rosa asintió, obediente, sin discutir ni una sola palabra, observó él, indignado. Lo cogió con firmeza de la mano, lo condujo por un tubo elevador de carga a través de un sótano y luego a la clínica subterránea. Una puerta camuflada en el segundo nivel se abría a un túnel estrecho. Él se sentía como una rata escurriéndose a través de un laberinto. Rosa pasó tres veces por mecanismos con cerradura de seguridad.

Salieron a otro nivel, en el subsuelo, y la puerta desapareció tras ellos, oculta en la pared. Siguieron caminando por túneles normales de mantenimiento.

- ¿Utilizáis esta ruta muy a menudo? - jadeó él.

- No, sólo muy de tarde en tarde, cuando queremos sacar algo sin que lo sepan los guardias de la puerta, que son del barón Fell.

Emergieron finalmente en un pequeño garaje subterráneo. Ella lo llevó a un voladar azul, viejo y nada llamativo y lo metió en el asiento del pasajero.

- Esto no está bien - se quejó él, con la lengua hinchada -. El almirante Naismith... alguien debería ir a buscar al almirante Naismith.

- Naismith tiene toda una flota mercenaria. - Rosa se puso el cinturón de seguridad del asiento del conductor -. Que ellos se las arreglen con sus enemigos. Intenta calmarte y respirar de nuevo. No quiero darte otra dosis, pero si me obligas...

el voladar se elevó hacia la nieve arremolinada y se sacudió incierto entre las ráfagas. La ciudad que se extendía bajo ellos desapareció con rapidez en el viento cuando se elevaron. Ella miró a un lado, hacia el semblante inquieto de él.

- Azucena hará algo - le aseguró -. Ella también quiere a Naismith.

- Está mal - musitó él -. Todo está mal. - Se arrebujó en la chaqueta que Rosa le había puesto. Ella encendió la calefacción del vehículo.

*Yo soy el que no vale.* Sí, al parecer él no tenía valor intrínseco, excepto por la misteriosa importancia que le daba al almirante Naismith. Y si el almirante Naismith salía del Trato, la única persona todavía interesada en él sería Vasa Luigi, que deseaba vengarse por crímenes que él ni siquiera podía recordar. Sin valor, sin importancia para nadie, solo y asustado... Sintió un intenso dolor en el estómago y empezó a latirle la cabeza. Se le tensaron los músculos, duros como alambre.

Lo único que tenía era a Rosa. Y al parecer el almirante, que había venido a buscarlo y que posiblemente había arriesgado su vida en el intento. ¿Por qué? *Tengo que hacer... algo.*

- Los mercenarios Dendarii. ¿Están todos aquí? ¿El almirante tiene naves en órbita? ¿De cuántos refuerzos dispone? Dijo que le iba a llevar tiempo conectar con sus refuerzos. ¿Cuánto tiempo? ¿De dónde vinieron los Dendarii? ¿De un puerto comercial de transbordadores? ¿Pueden pedir apoyo aéreo? ¿Cuántos... cuánto... dónde? - El cerebro trataba de ensamblar los datos que no estaba y de organizarlos en esquemas de ataque.

- ¡Calma! - le rogó Rosa -. No podemos hacer nada. Somos sólo dos. Y tú no estás en condiciones. Si sigues así vas a tener otra convulsión...

- ¡A la mierda con mi condición! Tengo... tengo...

Rosa levantó las cejas. Él se recostó de nuevo en el asiento, suspirando, descompuesto, agotado. *Debería haber podido hacer esto, hacer algo...* No prestaba atención a nada, medio hipnotizado por el sonido de su propio jadeo. Vencido de nuevo. No le gustaba eso. Miró, reflexivo, sombrío, su reflejo distorsionado en el interior del vehículo. El tiempo le parecía viscoso.

Las luces del panel de control murieron bruscamente. De pronto no hubo peso. El cinturón de seguridad le mordió la piel. La niebla empezó a subir alrededor de los dos, cada

vez más rápidamente.

Rosa chilló, se retorció y golpeó el panel. El panel volvió a la vida momentáneamente. Tenían empuje otra vez. Después lo perdieron de nuevo. Descendían en convulsiones.

- ¿Qué diablos le pasa a esto? - exclamó Rosa.

Él miró hacia arriba. Nada, excepto niebla congelada... Caían por debajo del nivel de las nubes. Y luego, encima, una forma oscura. Un gran vehículo de carga, pesado...

Rosa tragó saliva, se concentró, tratando de mantener el nivel del volador en los momentos en que tenía algo de control.

- Dios mío, ¿son ellos otra vez?

- No. No sé... tal vez tenían refuerzos. - Con adrenalina y determinación, se obligó a pensar a través de la niebla del sedante -. ¡Haz ruido! - dijo -. ¡Una explosión!

- ¿Qué?

Ella no entendía. ¡No entendía, mierda! Debería haber entendido... alguien tenía que...

- ¡Choca contra ese hijo de puta! - Ella no quería obedecerle.

- ¿Estás loco? - Llegaron al suelo con el lado correcto hacia arriba, intactos, en un llano despejado, todo nieve y piedra llena de crujidos.

- Alguien quiere secuestrarnos. Tenemos que dejar una huella o desapareceremos del mapa sin dejar rastro. Sin unió por comu. - Asintió hacia el panel de control muerto -. ¡Tenemos que dejar huellas, incendiar algo... alguna cosa! - Luchó contra el cinturón de seguridad para escaparse.

Demasiado tarde. Cuatro o cinco hombretones los rodearon en la penumbra con los bloqueadores listos. Uno abrió la puerta y lo arrastró fuera.

- ¡Cuidado, no le hagan daño! - exclamó Rosa con miedo, y salió también -. ¡Es mi paciente!

- No vamos a hacerle daño, señora - dijo uno de los hombretones con amabilidad -, pero no se resista. - Rosa se quedó quieta.

Él miró a su alrededor, desesperado. Si corría hacia el vehículo de ellos, tal vez... Dio unos pocos pasos pero uno de los gorilas lo cogió de la camisa y lo levantó en el aire. El dolor le corrió por el torso herido cuando el hombre le pasó las manos a la espalda. Algo frío y metálico le rodeó las muñecas. No eran los mismo hombres que habían atacado la Clínica Durna, no se parecían en los rasgos, en los uniformes ni el equipo.

Otro hombrón se agachó en la nieve. Se abrió la capucha y sacó una linterna para iluminar a los cautivos. Aparentaba unos cuarenta y algo, con una cara arrugada, piel olivácea y cabello negro. Tenía los ojos brillantes y muy alerta. Alzó las cejas con extrañeza mientras miraba su presa.

- Ábrele la camisa - le dijo a uno de los guardias.

El guardia obedeció y entonces enfocó la linterna hacia las heridas. Se le abrieron los labios en una pálida sonrisa. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a carcajadas, que se perdieron en el crepúsculo vacío de invierno.

- ¡Ry, estúpido! Me pregunto cuánto tiempo te va a llevar darte cuenta...

- Barón Bharaputra - dijo Rosa en voz débil. Levantó la cabeza en un saludo desafiante.

- Doctora Durna - dijo Vasa Luigi, con tono amable y divertido -. Su paciente, ¿eh? Entonces no se va a negar a venir con nosotros. Por favor, sea nuestra huésped. Con usted va a ser toda una reunión familiar.

- ¿Qué quiere de él? No tiene memoria.

- La cuestión no es lo que yo quiero de él. La cuestión es... lo que pueda querer algún otro. Y lo que yo puedo querer de ese otro. ¡Mejor todavía! - Hizo un gesto a sus hombres y se volvió. Ellos llevaron a los cautivos hasta el vehículo de carga.

Uno de los hombres se separó para pilotar el volador azul.

- ¿Dónde dejo esto, señor?

- Llévalo a la ciudad y estacionalo en una calle lateral. En cualquier lado. Te veo en



casa.

- Sí, señor.

Las puertas del vehículo de carga se cerraron. El vehículo se elevó en el aire.

24

Mark gruñó. Punzadas de dolor lo atravesaban en medio de una náusea oscura.

- ¿Le vas a dar una dosis de sinergina? - preguntó una voz, sorprendida -. No me pareció que el barón quisiera que lo tratáramos bien.

- ¿Tú vas a limpiar el volador si vomita el desayuno? - preguntó la otra voz.

- Ah.

- El barón hará lo que él quiera. Sólo especificó que lo quiere vivo. Y está vivo.

Un siseo de hipospray.

- Pobre tipo - dijo la primera voz, en tono reflexivo.

Gracias a la sinergina, Mark empezó a recuperarse del golpe del bloqueador. No sabía cuánto tiempo ni cuánto espacio había entre él y la Clínica Durona; había cambiado de vehículo por lo menos tres veces después de recuperar la conciencia, una vez a algo más grande y rápido que un coche aéreo. Se detuvieron en un lugar y luego él y los soldados pasaron por una cámara de descontaminación. Los soldados se fueron por su lado, anónimos como siempre, y lo entregaron a otros guardias, dos hombres de cara chata con pantalones negro y túnicas rojas.

Los colores de la Casa Ryoval. *Ah.*

Lo dejaron boca abajo, con las manos y los pies atados, en la parte posterior de un volador. Las nubes grises, cada vez más oscuras por la noche, no le dieron indicación alguna de la dirección que llevaban.

*Miles está vivo.* Esta idea le alivió tanto que sonrió alegre aunque tenía la cara aplastada contra el plástico de un asiento. ¡Qué gran alegría le había producido la imagen de ese hombrecillo delgado! De pie, respirando. Él casi se había puesto a llorar al verlo. Lo que él había hecho, estaba arreglado. Ya podía ser lord Mark. *Quítame todos mis pecados.*

Casi. Rezaba por que esa doctora Durona hubiera dicho la verdad sobre la recuperación de Miles. Los ojos de Miles habían estado llenos de asombro y confusión. Y no había reconocido a Quinn, cosa que a ella casi la había matado. *Vas a mejorar. Te vamos a llevar a casa y vas a mejorar.* Tenía que llevarlo a casa y todo estaría bien. Mejor que bien. Sería maravilloso.

En cuanto ese idota de Ryoval entendiera lo que estaba pasando. Estaba dispuesto a reventarlo por haberle arruinado la reunión familiar. *Seglmp se encargará de él.*

Entraron en un garaje subterráneo. Él no pudo ver el exterior. Los guardias lo levantaron, lo pusieron de pie muy bruscamente y le soltaron las piernas, que le ardían y picaban. Pasaron junto a una cámara de seguridad y después le sacaron la ropa. Lo hicieron marchar por la instalación. No era una prisión. No era uno de los famosos burdeles de la Casa Ryoval. El aire tenía un ligero y desagradable olor medicinal. El lugar era demasiado sencillo para ser uno de los edificios en que se realizaban esculturas corporales por encargo. Demasiado seguro y secreto para ser el sitio en que se fabricaban esclavos, en que se convertía a seres humanos en cosas humanamente imposibles. No era muy grande. No había ventanas. *¿Subterráneo? ¿Dónde diablos estoy?*

No se dejaría llevar por el pánico. Se entretuvo imaginando lo que le haría Ryoval a sus soldados cuando se diera cuenta de que se habían equivocado de hermano. Si Ryoval no se daba cuenta de su error en cuanto lo viera, posiblemente ocultaría su identidad durante

un tiempo. Que Miles y los Dendarii tuvieran más tiempo para escapar. No los habían secuestrado, estaban libres. *¡Yo lo encontré!* Tenían que venir por él y si no ellos, SegImp. SegImp no podía estar más de una semana por detrás, y acercándose. *¡Lo conseguí, ya lo creo que lo conseguí!*

Todavía tenía la cabeza envuelta en un remolino de terror y alegría cuando los guardias lo llevaron a ver a Ryoval. Era una oficina o estudio lujoso; al parecer, el barón tenía habitaciones privadas en ese lugar porque Mark vio algo así como un salón en un extremo, detrás de un arco. No tuvo problemas para reconocer a Ryoval. Lo había visto en un vídeo de la primera misión del *Ariel* en el planeta. Una grabación de la conversación en la que había amenazado con poner la cabeza del almirante Naismith en una caja de plástico y colgarla en la pared. En otro hombre hubiera podido parecer una hipérbole, pero Mark tuvo la inquietante sensación de que Ryoval lo decía en serio. Ryoval estaba medio inclinado sobre su comuconsola. Tenía el cabello negro y brillante peinado con esmero, una nariz de puente ancho y piel suave. Joven y fuerte, para ser centenario.

*Está usando un clon.* La sonrisa de Mark se convirtió en una mueca de lobo. Esperaba que Ryoval no creyera que su temblor por el bloqueador era miedo.

Los guardias lo sentaron en una silla y lo ataron con bandas de metal en las muñecas.

- Ahora esperen fuera - les dijo Ryoval -. No tardaré mucho. - Ellos se fueron.

Las manos de Ryoval temblaban levemente. La piel de su cara oscura estaba algo húmeda. Cuando levantó la vista y sonrió a Mark, los ojos parecían iluminados por un brillo interno, la mirada de un hombre tan lleno de visiones dentro de su cabeza que casi no podía ver la realidad a su alrededor. Mark estaba demasiado furioso para que le importara. *¡Consumidor de clones!*

- Almirante - jadeó Ryoval, contento -. Le prometí que íbamos a vernos de nuevo. Y le dije que era tan inevitable como el destino. - Miró a Mark de arriba a abajo y enarcó las cejas -. Ha engordado, en estos cuatro años...

- La buena vida - ladró Mark, que se acordó de su desnudez. A pesar de lo mucho que odiaba el uniforme Dendarii, le quedaba bastante bien. Quinn se lo había arreglado personalmente para la mascarada y ahora hubiera querido tenerlo puesto. Seguramente el uniforme era la razón por la que lo habían elegido las tropas de Ryoval, en ese momento de locura provisionel y heroica.

- Me alegro mucho de que esté usted vivo. Al principio le deseaba una muerte desagradable en uno de sus combates, pero después lo pensé mejor y empecé a rezar por su supervivencia. Hubiera sido terrible que no acudiera usted a su cita conmigo.

Ryoval no lo reconocía como no-Naismith. Ryoval apenas si lo estaba viendo. Parecía mirar a través de él, con toda la atención puesta en algo más allá. Empezó a caminar arriba y abajo frente a él, hablándole de sus planes como un enamorado, un enamorado nervioso, planes de venganza que iban desde la indecencia a la locura total, a la imposibilidad más absoluta.

Las cosas podrían haber sido peores: se imaginó a Ryoval haciendo las mismas amenazas a ese crío-amnésico pequeño, flacucho, de ojos vagos, que ni siquiera sabía quién era y mucho menos por qué le estaba pasando eso. La idea le revolvía el estómago. *Sí. Ahora mejor yo que él. En serio.*

*Quiere aterrorizarte. Son sólo palabras. ¿Qué había dicho el conde? No te vendas a tu enemigo antes de tiempo, en la mente...*

Mierda, Ryoval ni siquiera era su enemigo. Todas esas ideas espantosas eran para Miles. No, ni siquiera para Miles. Para el almirante Naismith, un hombre que no existía. Ryoval buscaba un fantasma, una quimera.

El barón se detuvo a su lado, interrumpiendo su largo discurso. Curiosamente, pasó una mano húmeda por el cuerpo de Mark, mientras los dedos buscaban los músculos bajo la capa de grasa.

- ¿Sabe una cosa? - dijo resollando -. Había planeado matarlo de hambre. Pero estoy

cambiando de idea. Creo que voy a sobrealimentarlo, a la fuerza. Los resultados podrían ser más divertidos después de un tiempo.

Mark tembló de asco por primera vez. Ryoval se dio cuenta bajo los dedos exploradores y sonrió. El hombre tenía un instinto increíble para dar en el blanco. ¿Era bueno dejar que siguiera pendiente de su quimera? *Lo bueno sería salir cuanto antes de aquí.*

Respiró hondo.

- Odio hacerle explotar así su lindo globo, barón, pero tengo malas noticias para usted.

- Bueno, bueno, ¿acaso le he pedido que hable? - Los dedos lo recorrieron de nuevo y le pellizcaron la carne bajo la mandíbula -. Esto no es un interrogatorio. No es la inquisición. No va a conseguir nada con una confesión. Ni siquiera la muerte.

Era esa maldita hiperactividad contagiosa. Miles se la contagiaba hasta a sus enemigos.

- No soy el almirante Naismith. Soy el clon que hizo la Casa Bharaputra. Sus gorilas de mierda se equivocaron de medio a medio.

Ryoval se limitó a sonreír.

- Muy buen intento, almirante. Pero estuvimos vigilando al clon de los Bharaputra en la clínica Durna durante días. Yo sabía que usted iba a venir a por él, después de lo que hizo para que se lo devolvieran la primera vez. No sé qué pasión lo inspira... ¿fueron amantes ustedes dos? Le sorprendería saber la cantidad de gente que se fabrica un clon con esos fines.

Así eran las cosas. Cuando Quinn juraba que nadie los había seguido, tenía razón. Ryoval no los había seguido. Los había estado esperando. Mierda. Y habían sido sus actos, no sus palabras ni su uniforme los que habían convencido a Ryoval de que él era Naismith.

- Pero también lo voy a conseguir a él - se encogió de hombros Ryoval -. Muy pronto.

*Por supuesto que no.*

- Barón, en serio, soy el otro clon. Hágame examinar y pruébelo.

Ryoval rió.

- ¿Qué sugiera, una exploración con ADN? Ni las Durna supieron cómo descubrir la verdad. - Suspiró profundamente -. Hay tanto que quiero hacerle... No sé por dónde empezar. Tengo que hacerlo lentamente. Y en un orden lógico. No se pueden torturar partes del cuerpo que se han separado del cuerpo, por ejemplo. Me pregunto cuántos años puedo hacerlo durar... ¿Décadas?

Mark sintió que su control se derrumbaba.

- No soy *Naismith* - dijo, la voz aguda de tensión.

Ryoval lo cogió del mentón y le levantó la cara, los labios torcidos en una mueca de incredulidad irónica.

- Entonces voy a practicar con usted. Un borrador. Naismith vendrá más adelante... Todo a su tiempo.

*Te vas a sorprender cuando veas cómo viene Naismith. Todo a su tiempo.* Seglmp no dudaría en derrumbar la Casa Ryoval alrededor del barón, sin inhibiciones incluso para los criterios morales de los jacksonianos.

*Para rescatar a Miles.*

Él, por supuesto, no era Miles.

Pensó en eso preocupado mientras volvían los guardias a la llamada de Ryoval.

La primera paliza fue bastante desagradable. No era el dolor. Lo que trabajaba sobre la mente y tensaba en cuerpo era el dolor sin escape, el miedo sin alivio. Ryoval observaba. Mark gritó sin inhibiciones. Nada de orgullo silencioso, masculino y sufrido; eso no, gracias. Tal vez así convencería a Ryoval de que él no era Naismith. Todo eso era una locura. Y sin embargo los guardias no le rompieron ningún hueso y terminaron el ejercicio

sin esforzarse demasiado. Lo dejaron encerrado y desnudo en una habitación muy fría y diminuta, sin ventanas. La ventilación tenía tal vez cinco centímetros de ancho. Él no podía ni meter el puño a través de ella.

Trató de prepararse, de hacerse fuerte. De darse esperanzas. El tiempo estaba de su lado. Ryoval era un sádico con una práctica increíble, pero con problemas psicológicos. Lo mantendría vivo y relativamente sin daños, por lo menos al principio. Después de todo, los nervios tienen que estar intactos para informar sobre el dolor. La mente debe estar más o menos clara para experimentar la agonía. Seguramente lo primero del menú eran las humillaciones rebuscadas y no la muerte. Lo único que tenía que hacer era sobrevivir. Más tarde... no habría un más tarde. La condesa le había dicho que la excursión a Jackson's Whole obligaría a Illyan a asignar más agentes al lugar quisiera o ni y que aunque Mark no lograra ninguna otra cosa, ése era un logro seguro del viaje.

¿Y qué eran para él unas cuantas humillaciones más? El orgullo inmenso de Miles podía quebrarse en pedazos. Él no tenía orgullo. La tortura era algo familiar para él. *Ah, Ryoval, sí que te equivocaste de hombre...*

Si Ryoval era la mitad de psicólogo de lo que creía ser, debería haberse preocupado por traer a algún amigo de Miles para atormentarlo frente a él. Eso hubiera sido una excelente idea para torturar a Miles. Pero no para él, por supuesto. Él no tenía amigos. *Mierda, Ryoval, puedo pensar en cosas peores de las que tú te imaginas.*

No importaba. Sus amigos lo rescatarían. En cualquier momento. Ahora.

Mantuvo la mente activa hasta que vinieron los técnicos a buscarlo.

Lo devolvieron a su celdita un rato después, probablemente para dejar que lo pensara un poco a solas. Él no pensó en nada durante un tiempo. Se quedó de lado, respirando a un ritmo rápido y jadeante, medio inconsciente, los brazos y las piernas temblando en el ritmo de un dolor interno que no se detenía nunca.

Finalmente se levantaron un poco las nubes de su mente, y el dolor fue disminuyendo progresivamente para dar paso a una rabia negra, negra. Los tecnos lo habían asegurado, le habían metido un tubo por la garganta y lo habían llenado de algo asqueroso de mucho valor calórico. Junto con un antinauseoso, le dijeron, para que no vomitara, y un cóctel de ayudas metabólicas para acelerar la digestión y la deposición. Era demasiado complejo como para que lo hubieran diseñado especialmente para él: seguramente era algo que la Casa Ryoval tenía entre sus recursos. Y él, que se había imaginado que todo eso era su propia perversión, una perversión única. Antes había creído hacerse daño, pero la gente de Ryoval llevaba todo más allá de los límites de jugar con el dolor, bajo el ojo vigilante del señor, que siempre venía a observar. A estudiarlo con una sonrisa creciente en los labios. Ryoval *sabía*. Mark lo veía en esos ojos astutos, felices.

El barón le había quitado el placer secreto a su rebelión con la comida. Le habían robado el único poder somático que había sido suyo, su control. Lo había colgado de un gancho y se lo había metido en la piel, muy adentro.

Podían hacerle algo a uno todo el día y uno podía-no-estar-ahí. Era simple. Ese horror no era nada comparado con hacer que uno se lo hiciera a uno mismo. La diferencia entre la mera tortura y la verdadera humillación estaba en la participación de la víctima. Galen lo sabía aunque sus tormentos fueran físicamente mucho más modestos que cualquiera cosa en la que pudiera pensar Ryoval: Galen siempre había hecho que él se lo hiciera a sí mismo, o que creyera que se lo hacía.

Ryoval lo sabía y eso quedó claro más tarde, cuando le administró a Mark un poderoso afrodisíaco con hipospray, antes de entregárselo a sus... ¿guardias?, ¿o tal vez empleados que habría tomado en préstamo de sus burdeles? Así que él se convirtió en participante de su propia degradación, que observaba con ojos vidriosos. Sin duda un

gran espectáculo para los holovideos que grababan la escena desde todos los ángulos.

Le devolvieron a su pequeña celda para digerir su nueva experiencia, como lo habían traído para digerir la primera alimentación forzosa. Le llevó mucho tiempo despejarse de la droga y la impresión. Osciló lentamente entre una enorme lasitud y un horror inconmensurable. Curioso. La drog había puesto en cortocircuito su condicionamiento de raíz sexual, reduciéndolo a algo así como un caso de hipo. De otro modo, el espectáculo hubiera sido mucho más aburrido y hubiera durado mucho menos.

Ryoval lo había visto todo.

No. Ryoval lo había *estudiado* todo.

La conciencia que Mark tenía de los ojos del hombre se había transformado en una obsesión. El interés de Ryoval no había sido erótico. Mark sentía que el barón estaba aburrido de la banalidad estereotipada de todo acto físico posible, que se había aburrido hacía décadas. Ryoval lo miraba buscando... ¿reflejos? Pequeños actos que reflejaran interés, miedo, desesperación, actos que lo traicionaran. El ejercicio no estaba pensado para producir dolor. Había habido mucho dolor pero había sido incidental. La incomodidad de la alimentación forzosa y quedarse sin neurotransmisores, sobre todo. *Eso no era la tortura, se dio cuenta Mark. Ésa era sólo la prueba previa. Todavía está diseñando una tortura para mí.*

Y de pronto vio lo que le esperaba. Primero Ryoval lo acostumbraría a todo eso, lo convertiría en un adicto repitiendo la dosis. Sólo entonces agregaría dolor y lo llevaría de un extremo al otro, entre el dolor y el placer, le pediría que se torturara a sí mismo, que bajara por la oscura espiral. Y luego le sacaría la droga y dejaría que Mark, condicionado, siguiera solo. Y él lo haría. Y luego le ofrecería la libertad. Y mark se pondría de rodillas y le rogaría que lo dejara quedarse, le suplicaría que le permitiera seguir siendo su esclavo. Destrucción por seducción. Fin del juego. Venganza completa.

*Tú me ves, Ryoval. Pero yo te veo a ti. Sí, te veo.*

Las sesiones de alimentación forzosa se llevaban a cabo cada tres horas. Era el único reloj que le quedaba. Sin ese reloj, habría pensado que el tiempo ya no existía. No había duda de que había entrado en la eternidad.

Siempre había pensado que para despellejar a alguien se necesitaban cuchillos afilados. O sin filo. Los tecnos de Ryoval lo hacían con sustancias químicas que esparcían con mucho cuidado en áreas seleccionadas de su cuerpo con un aerosol. Usaban guantes, máscaras, ropas protectoras; él trató, sin éxito, de arrancarle a uno una máscara para que probara su medicina en carne propia. Maldijo su cuerpo pequeño y gritó y vio cómo la piel se le convertía en burbuja y desaparecía. La sustancia no era cáustica sino un extraño enzima: dejaba los nervios horriblemente intactos y al descubierto. Después de eso, tocar algo o que lo tocaran era una agonía, especialmente la presión de acostarse o sentarse. Se quedaba de pie en la celda, cambiando de un pie a otro, sin tocar nada, horas y horas hasta que se le vencían las piernas.

Todo estaba pasando muy rápido. ¿Dónde diablos estaba todo el mundo? ¿Cuánto tiempo había estado allí? ¿Un día?

*Bueno. Si he sobrevivido un día, puedo sobrevivir otro.* No podía ser peor. Sólo más de lo mismo.

Se sentó y se balanceó, la mente borrosa por el dolor. Y la rabia. Sobre todo por la rabia. Desde el momento de la primera sesión de alimentación forzosa, ya no había sido la guerra de Naismith. Ahora es personal, algo entre él y Ryoval. Pero no lo suficientemente personal. Nunca había estado a solas con Ryoval. Siempre eran más que él, más pesados que él, y él había pasado de un grupo de sogas a otro. Atado, siempre.

El almirante Naismith recibía el tratamiento de un hombrecito peligroso. Necesitaba otra cosa.

Él les hubiera contado todo. Todo lo que había que contar sobre lord Mark y Miles y el conde y la condesa y Barrayar. Y Kareen. Pero la alimentación forzosa le había tapado la boca, la droga le había robado el lenguaje y las otras cosas lo habían tenido ocupado gritando. Era culpa de Ryoval. El hombre miraba. Pero no escuchaba.

*Yo quería ser lord Mark. Lo único que quería era ser lord Mark. ¿Tan malo era eso? Todavía quería ser lord Mark. Casi lo había logrado, lo había tenido en la punta de los dedos. Y se lo habían arrancado. Lloró por eso, y las lágrimas se le hundieron como plomo líquido sobre la no-piel. Sentía cómo lord Mark se le escapaba entre los dedos, desgarrado, enterrado vivo. Desintegrado. Lo único que quería era ser humano. Y todo se había vuelto a estropear.*

25

Giró en círculo por la habitación una vez más, la centésima, golpeando las paredes con los dedos.

- Si pudiéramos saber cuál es la que da al exterior - le dijo a Rosa -, tal vez podríamos derribarla...

- ¿Con qué, con las uñas? ¿Y si estamos tres pisos por encima del suelo? Quieres *sentarte*, por favor - gruñó Rosa -. ¡Me estás volviendo loca!

- Tenemos que salir de aquí.

- Tenemos que esperar. Azucena se va a dar cuenta. Y algo se hará.

- ¿Quién va a hacerlo? ¿Y cómo? - Examinó el pequeño dormitorio a su alrededor, furioso, atento. No estaba diseñado como una prisión. Era sólo una habitación de huéspedes con su propio baño. Sin ventanas, lo cual sugería que estaba bajo tierra o en el interior de la casa. Si estaba bajo tierra, atravesar la primera pared no serviría de mucho, pero si podían pasar a otra habitación, crecían las posibilidades. Una puerta, dos guardias con bloqueadores detrás. La noche anterior les habían pedido que abrieran: una vez fingiendo encontrarse mal, y la segunda cuando la agitación frenética de él había terminado en una convulsión. Los guardias le habían entregado a Rosa el bolso médico, cosa que no sirvió de mucho pues para entonces la doctora, exhausta con tanta actividad, contestó a sus exigencias de acción con una amenaza de sedante.

- Sobrevivir, escapar, sabotear - recitó él. Se había convertido en una letanía que pasaba por su cabeza como un círculo infinito -. Es el deber del soldado.

- Yo no soy soldado - dijo Rosa, frotándose los ojos rodeados de oscuridad -. Y Vasa Luigi no me va a matar, y si pensara matarte, ya lo habría hecho. Él no juega con sus presas como Ryoval. - Se mordió el labio, lamentando la última frase -. Tal vez nos va a dejar aquí juntos hasta que yo te mate a ti. - Rodó sobre la cama y se puso la almohada encima de la cabeza.

- Deberías haber estrellado ese volador.

Un ruido desde la almohada, tal vez un gruñido, tal vez una maldición. Probablemente él había repetido eso demasiadas veces.

Cuando se abrió la puerta, él se puso de pie inmediatamente, como escaldado.

Un guardia los miró, les hizo un saludo casi militar y dijo con amabilidad:

- Saludos del barón Bharaputra, señora, señor. El barón les ruega que se preparen para la cena. Los llevaremos arriba cuando estén listos.

El comedor de los Bharaputra tenía enormes puertas vidriadas que daban a un jardín congelado por el invierno, con un enorme guardia en cada salida. El jardín brillaba en el crepúsculo; habían estado allí todo un día jacksoniano, veintiséis horas y unos minutos.

Vasa Luigi se levantó cuando entraron. Hizo un gesto y los guardias se esfumaron para ocupar posiciones cerca de las puertas, por fuera, como para dar una ilusión de intimididad.

El comedor estaba bien arreglado, con almohadones y banquetas individuales frente a pequeñas mesas que formaban un semicírculo alrededor de la vista del jardín. Una mujer de aspecto muy familiar estaba sentada en uno de los bancos.

Tenía el cabello blanco con mechones negros, recogido en dos trenzas muy trabajadas sobre la cabeza. Ojos negros, una piel de marfil que se estaba ablandando y llenando de arrugas, una nariz de puente alto... la doctora Durova. Otra vez. Se había puesto una camisa floreada de seda verde pálida, que recordaba tal vez accidentalmente el color de las chaquetas de la clínica Durova, y pantalones suaves de color crema. La doctora Lotus Durova, baronesa Bharaputra, tenía gustos elegantes. Y los medios para permitírselos.

- Rosa, querida - dijo, y estiró la mano como si Rosa fuera a besársela como una cortesana.

- Lotus - dijo Rosa en una voz sin tono y apretó los labios. Lotus sonrió y retiró el gesto en una invitación para que se sentaran, cosa que todos hicieron.

Lotus tocó una almohadilla de control y entró una muchacha vestida con el uniforme de seda rosado y marrón de los Bharaputra. Les sirvió bebidas, primero al barón, a quien también hizo una reverencia con la cabeza baja. La chica también tenía un aspecto familiar, alta y delgada, con una nariz de puente alto, el cabello negro y lacio sujeto atrás en una cola de caballo... Cuando le ofreció la bebida a la baronesa, sus ojos se abrieron como flores al sol, brillantes de alegría. Cuando se inclinó frente a Rosa, sus ojos parecieron asustarse de pronto y las cejas expresaron perplejidad. Rosa también se asustó al verla, y su mirada pareció horrorizada cuando la muchacha se alejó.

Cuando la chica se inclinó frente a Mark, su extrañeza se hizo mayor.

- ¡Usted! - susurró, como sorprendida.

- Vete, Azucena, querida, no te quedes con la boca abierta - dijo la baronesa con amabilidad.

La muchacha salió de la habitación contoneándose, y les dirigió una mirada sobre el hombro.

- ¿Azucena? - dijo Rosa casi sin habla -. ¿Le pusiste Azucena?

- Una pequeña venganza.

Las manos de Rosa se crisparon con el insulto.

- ¿Cómo puedes hacer esto? Sabiendo lo que eres. Sabiendo lo que somos...

- ¿Cómo puedes tú? ¿Cómo elges la muerte cuando puedes elegir la vida? - La baronesa se encogió de hombros -. O algo peor todavía, ¿cómo dejas que Azucena elija por ti? Tu tentación no ha llegado, Rosa, mi querida hermana. Pregúntate de nuevo dentro de veinte o treinta años, cuando sientas que tu cuerpo se pudre a tu alrededor, y veremos si sigues diciendo lo mismo.

- Azucena te amaba, como se ama a una hija.

- Azucena me utilizó de sirvienta. ¿Amor? - La baronesa se echó a reír -. No es el amor lo que mantiene unido al rebaño de las Durova. Es la presión de los predadores. Si desaparecieran los peligros económicos y de otro tipo, los peligros del exterior quiero decir, no los extremos más lejanos del nexo del agujero de gusano nos bastarían para huir de nuestras amadas hermanitas. Casi todas las familias son así, en estos días.

Rosa asimiló esas palabras. Parecía desdichada pero no lo negó.

Vasa Luigi se aclaró la garganta.

- En realidad, doctora Durova, usted no tendrá que viajar hasta el confín del universo para encontrar un lugar que le hiciera honor a su ciencia. La Casa Bharaputra le daría buen uso a su inteligencia y preparación. Y tal vez hasta cierta autonomía. Jefa de departamento, quizás. Y más tarde, ¿quién sabe?, hasta de división...

- No. Gracias - ladró Rosa.

El barón se encogió de hombros. ¿Y la baronesa? ¿No parecía algo aliviada?

Él interrumpió con urgencia.

- Barón, ¿fue realmente un escuadrón de Ryoval el que se llevó al almirante Naismith? ¿Sabe adónde se lo llevaron?

- Bueno, ésa es una pregunta interesante - murmuró Vasa Luigi, mirándolo -. Estuve todo el día intentando hablar con Ry pero no lo conseguí. Está donde esté, sospecho que se halla con su clon... almirante.

Él respiró hondo.

- ¿Por qué cree usted que soy el almirante, señor?

- Porque vi al otro. Bajo circunstancias muy reveladoras. No creo que el verdadero almirante permitiera que su guardaespaldas le diera órdenes, ¿a usted qué le parece?

A él le dolía la cabeza.

- ¿Y qué le está haciendo Ryoval?

- Vamos, Vasa, ésa no es conversación para la mesa - lo criticó la baronesa. Mientras tanto, miraba a su prisionero con curiosidad -. Y por otra parte, almirante, ¿le interesa realmente lo que le pase a su clon?

- «Miles, ¿qué has hecho con tu hermanito pequeño?» La cita no venía a cuento, pero se escapó de la boca. Él se tocó los labios, inquieto. Rosa lo miró atentamente. También Lotus.

Vasa Luigi dijo:

- Volviendo a su pregunta, almirante, depende de su Ry llegó a las mismas conclusiones que yo. Si es así... probablemente no haga mucho. Si no, sus métodos dependerán de su clon.

- No... no entiendo.

- Ryoval lo va a estudiar. Él siempre hace experimentos. Lo que haga dependerá del análisis de la personalidad de sus sujeto.

Eso no sonaba tan mal. Él pensó en un examen tipo test. Frunció el ceño, extrañado.

- Ry es un artista, a su manera - continuó el barón -. Puede crear los efectos psicológicos más extraordinarios. Yo lo he visto convertir a un enemigo acérrimo en esclavo, un esclavo absolutamente devoto de su persona, dispuesto a obedecerlo en todo. El último que trató de asesinarlo y tuvo la desgracia de caer en sus manos con vida, terminó sirviendo bebidas en las fiestas privadas de Ryoval y suplicando a los individuos que le permitieran ofrecerles cualquier tipo de satisfacción. A gusto del consumidor.

- ¿Y tú, qué le pediste? - preguntó la baronesa con sequedad.

- Vino blanco. Fue antes de tus tiempos, amor. Pero miré, eso sí. Y el hombre tenía la mirada más obsesionada que he visto en mi vida.

- ¿Está pensando en venderme a Ryoval? - preguntó él, lentamente.

- Si es el mejor postor, almirante... Usted y su clon atacaron mi propiedad... y todavía no estoy seguro de que no lo hayan planeado juntos de principio a fin... Eso le costó mucho a mi Casa. Y además - le brillaron los ojos -, fue irritante, muy pero que muy irritante. No pienso molestarme en buscar venganza de un crío-amnésico pero sí quiero reducir mis pérdidas. Si lo vendo a Ry, él lo castigará mucho más de lo que yo pueda desear. A Ry le encantará tener una pareja como ustedes. - Vasa Luigi suspiró -. La Casa Ryoval siempre será una casa menor si Ry permite que sus gratificaciones personales sean más importantes para él que sus ganancias. Es una pena. Yo podría hacer tanto con tantos recursos...

La muchacha sirvió los entremeses en platitos, volvió a llenar los vasos con una mezcla de fruta y vino y se alejó de nuevo. Los ojos de Vasa Luigi la siguieron, lentamente. Al observar la mirada, la baronesa puso los ojos en su bebida hasta que él giró de nuevo la cabeza.

- ¿Y los Mercenarios Dendarii, como postores? - ¡Sí! Si Vasa Luigi hacía la oferta, los Dendarii vendrían inmediatamente a golpear la puerta. Con un cañón de plasma. Una buena ofert. Ese juego tenía que ser corto. Bharaputra no podía rematarlo sin antes decir



que lo tenía en sus manos y entonces, entonces... *¿entonces qué?* -. Aunque no fuera más que para levantar la oferta de Ryoval - agregó con astucia.

- Tienen recursos muy limitados. No. Lo lamento. Y ni siquiera están aquí.

- Los vimo ayer.

- Un equipo de misión secreta. Nada más. Sin naves, sin repaldo. Yo creo que revelaron su identidad sólo para que Azucena hablara con ellos. Pero... tengo mis razones para creer que hay otro jugador en este partido. Mis instintos se retueren, mirándolo. Tengo la extraña tentación de aceptar una ganancia modesta, conformarme con ser el intermediario y obligar a la Casa Ryoval a llevarse las ofertas negativas. - El barón rió entre dientes.

*¿Ofertas negativas?* Ah. Gente con cañones de plasma. Él trató de no reaccionar.

Vasa Luigi continuó hablando.

- Lo cual nos pone frente a la pregunta original: ¿cuál es el interés de Azucena en todo esto? ¿Por qué la puso a usted, doctora, a revivir a este hombre? Y, para empezar por el principio, ¿cómo lo consiguió, cuando cientos de ansiosos rastreadores no lo lograron?

- No me lo dijo - expuso Rosa con toda tranquilidad -, pero me alegré de tener la oportunidad de practicar mis habilidades. Gracias a la excelente puntería de sus guardias de seguridad, barón, fue todo un desafío médico, se lo aseguro.

La conversación pasó al terreno de lo médico-técnico, entre Rosa y Lotus. Luego fue decayendo cuando la clon les sirvió un plato muy elaborado. Rosa evadía las preguntas con tanta habilidad como las formulaba el barón, y todos hacían como que no pasaba nada. Pero el barón no parecía tener prisa. Era obvio que se estaba preparando para algún tipo de jueguito relacionado con una espera. Después del postre, los guardias los escoltaron de vuelta a la habitación, que era parte de un corredor con puertas diseñadas exactamente de la misma manera, tal vez para alojar a los sirvientes de visitas importantes.

- ¿Dónde estamos? - le siseó él a Rosa apenas se cerró la puerta tras ellos -. ¿Te has dado cuenta? ¿Es el cuartel general de Bharaputra?

- No - dijo Rosa -. Están reconstruyendo su residencia principal. Algo que pasó con un comando. Le volaron algunas habitaciones - agregó sin pensar.

Él caminó despacio por la habitación pero no volvió a golpear las paredes, para alivio de Rosa.

- Se me ocurre... hay otra forma de escapar, aparte de destruir algo para salir de aquí. Y es hacer que alguien *entre*. Dime, ¿qué sería más difícil, sacar a un prisionero de la Casa Bharaputra, de la Casa Fell o de la Casa Ryoval?

- Bueno... supongo que de la casa Fell sería más difícil; tiene más tropas y armas pesadas. Y de la de Ryoval, más fácil. Ryoval es una Casa Menor, aunque es tan viejo que se le hacen los honores de Casa Mayor, por costumbre.

- Así que si alguien quisiera algo más grande y peor que Bharaputra, tendría que buscar el apoyo de Fell.

- Podría ser, sí.

- Y si uno supiera que viene ayuda... podría ser tácticamente más brillante dejar a un prisionero con Ryoval y no moverlo a un lugar más formidable.

- Tal vez, sí - aceptó ella.

- Tenemos que llegar a Fell.

- ¿Cómo? Si ni siquiera podemos salir de esta habitación...

- De la habitación, sí, *tenemos* que salir de la habitación. Pero tal vez no haga falta que salgamos de la casa. Si uno de nosotros pudiera llegar, aunque fuera unos minutos, a una comuconsola, y llamar a Fell, a alguien, para que el mundo sepa que Vasa Luigi nos tiene en sus manos, eso conseguiría mover las cosas.

- Hay que llamar a Azucena - dijo Rosa con tenacidad -. No a Fell.

*Necesito a Fell. Azucena no puede sacar a nadie de la Casa Ryoval.* Pensó en la

incómoda posibilidad de que él y el Grupo Durona empezaran a moverse en direcciones opuestas. Él quería un favor de Fell, de quien Azucena quería huir. Y sin embargo... no habría que ofrecer demasiado para interesar a Fell en un ataque contra Ryoval. Una ayuda en materiales, y él obtendría la satisfacción de un odio muy viejo. Sí...

Fue hasta el baño y se miró en el espejo. *¿Quién soy yo?* Un hombrecito flaco, pálido, maltrecho, extraño, con ojos desesperados y una tendencia a las convulsiones. Si conseguía decidir cuál de los dos clones era su hermano, al que había visto con tanto dolor el día anterior, podría saber quién era él por proceso de eliminación. A él, el tipo le había parecido Naismith. Pero Vasa Luigi no era tonto y estaba convencido de lo contrario. Tenía que ser uno o el otro. *¿Por qué no podía decidirse? Si soy Naismith, ¿por qué mi hermano estaba en mi puesto?*

Y justo en ese momento, entendió por qué Rosa lo llamaba *casca*.

La sensación era la de estar bajo una catarata, una catarata de un río que vaciaba todo un continente: toneladas de agua golpeándolo, poniéndolo de rodillas. Lanzó un pequeño quejido, se agachó con las manos sobre la cabeza, los ojos terriblemente doloridos y el terror en la garganta. Apretó los labios para que no se le escapara ningún sonido que pudiera atraer a Rosa y a su preocupación de médico. Necesitaba estar solo.

*Con razón no podía diferenciarnos. Estaba tratando de elegir entre dos respuestas equivocadas. Ah, mamá. Ah, papá. Sargento... Esta vez, su muchacho arruinó las cosas. Mucho, mucho. Mucho.* El teniente lord Miles Naismith Vorkosigan se arrastró por el suelo de baldosas y aulló en silencio, levemente. *No, no, no, mierda...*

*Elli...*

*Bel, Elena, Taura...*

*Mark... ¿Mark?* Ese tipo duro, lleno de energía, controlado, decidido, *¿había sido Mark?*

No recordaba nada de su muerte. Se tocó el pecho, con miedo, buscando la evidencia de... *¿qué?* Se frotó los ojos, tratando de recordar lo último. El ataque contra las instalaciones quirúrgicas de Bharaputra, sí. Mark había producido un desastre. Mark y Bel, entre los dos, y él había venido volando a tratar de sacarles las castañas del fuego. Algún tipo de inspiración megalomaniaca, un deseo de ser más que Mark, de enseñarle cómo lo hacían los expertos, de llevarse a esos chicos clones del criadero de Vasa Luigi, que lo había ofendido... llevarlos a casa, con mamá. *Mierda, ¿qué sabe mi madre de todo esto?* Esperaba que nada. De alguna forma, todavía estaban todos en Jackson's Whole. *¿Cuánto hacía que había muerto?*

*¿Dónde mierda está SegImp?*

*Además de rodando sobre este suelo de baldosas, claro...*

*Ay, ay, ay...*

Y Elli. *¿La conozco, señora?*, le había preguntado. Debería haberse mordido la lengua.

*Rosa... Elli.* Tenía sentido. Su amante era una mujer inteligente, alta, de ojos castaños, cabello oscuro y carácter fuerte. Lo primero que se había presentado a sus sentidos al despertar había sido una mujer alta, de ojos castaños, cabello oscuro y carácter fuerte. Era un error totalmente lógico.

Se preguntó si Elli iba a creer en esas explicaciones. Su gusto por las chicas muy bien armadas parecía tener desventajas potenciales. Inhaló una risa sin esperanza.

La risa se le ahogó en la garganta. *¿Taura allí? ¿Lo sabía Ryoval? ¿Sabía que ella había echado una mano en la destrucción de sus bancos de genes, hacía cuatro años, o sólo acusaba al «almirante Naismith»?* Los cazadores de recompensas de Ryoval que habían venido a buscarlo parecían exclusivamente interesados en él. Pero las tropas de Ryoval habían confundido a Mark con el almirante. *¿Y Ryoval? Seguramente, Mark le diría que era el clon. Mierda, yo también le diría que soy el clon si estuviera allí, con la esperanza de confundirlo...* *¿Qué le estaba pasando a Mark? ¿Por qué se había ofrecido para reemplazar a Miles, para rescatarlo? ¿Por qué había sido su rescate? No podía estar crío-amnésico también, ¿o sí?* Azucena había dicho que los Dendarii y los clones y el

«almirante Naismith», todos habían escapado. Entonces, ¿por qué habían vuelto?

*Volvieron por tí, almirante Mierdagrande.*

Y se habían metido directamente en las fauces de Ryoval, que buscaba exactamente eso. Él, Miles Vorkosigan, era una cita.

Qué piadosa era la crío-amnesia. Le hubiera gustado recuperarla.

- ¿Estás bien? - le gritó Rosa, al pasar ante el cuarto de baño y verle en el suelo -. ¡No! ¿Otra convulsión? - Se dejó caer de rodillas a su lado y le recorrió el cuerpo con sus largos dedos, buscando alguna herida -. ¿Te has golpeado con algo?

- Ah... ah... - *No pienso molestarme en buscar venganza de un crío-amnésico*, había dicho Vasa Luigi. Sería mejor seguir crío-amnésico por un tiempo hasta que entendiera mejor las cosas. Y se entendiera mejor a sí mismo -. Creo que estoy bien...

La dejó que lo metiera en la cama. Ella le acarició el cabello. Él la miró, desvalido y lastimado, con los párpados entrecerrados, fingiendo el estado de post-convulsión. *¿Qué he hecho?*

*¿Qué voy a hacer?*

26

Se había olvidado de por qué estaba allí. La piel empezaba a crecerle de nuevo.

Se preguntó adónde se habría ido Mark.

La gente venía a atormentar a una cosa sin nombre, sin límites, y se iba de nuevo. Él los recibía de distintas formas. Sus aspectos emergentes se transformaron en personajes y finalmente les dio un nombre, aunque no le resultaba fácil identificarlos. Estaban Eructo, Jadeo, Aullido y Otro, un tipo callado que acechaba en los bordes, esperando.

Él dejaba que Eructo manejara las sesiones de alimentación forzosa porque Eructo era el único que realmente las disfrutaba. Después de todo, a Eructo nunca le hubieran permitido hacer lo que le hacían los tecnos de Ryoval. Jadeo se adelantaba cuando venía Ryoval con el afrodisíaco. También había sido el responsable del ataque a Maree, la clon fabricada por escultura quirúrgica, pensaba él, aunque cuando no estaba excitado, Jadeo era muy tímido y vergonzoso, y no quería hablar mucho.

Aullido se ocupaba del resto. Él había empezado a sospechar que Aullido era realmente el responsable por haberlos entregado a Ryoval. Finalmente, había llegado a un lugar donde podía recibir *suficiente* castigo. *Nunca le hagas terapia de rechazo a un masoquista. Los resultados son impredecibles.* Así que Aullido recibía lo que se merecía. El cuarto, el esquivo, esperaba solamente y decía que algún día, todos lo querrían.

No siempre se mantenían en línea. Aullido tenía tendencia a observar las sesiones de Eructo, que se producían regularmente, a diferencia de las de Aullido; y más de una vez, Eructo apareció cabalgando con Jadeo en sus aventuras, que con su presencia se volvían muy extrañas. Nadie se unía a Aullido si podía evitarlo.

Ahora que les había dado nombre a todos, finalmente encontró a Mark por proceso de eliminación. Eructo, Jadeo, Aullido y el Otro habían enviado a lord Mark muy adentro, para que durmiera mientras les pasaba todo eso. El pobre y frágil lord Mark que apenas si tenía doce semanas.

Ryoval ni siquiera podía ver a lord Mark ahí abajo. No podía tocarlo. Ni alcanzarlo. Eructo, Jadeo, Aullido y el Otro cuidaban mucho al bebé para que nadie lo despertara. Tiernos, protectores, lo defendían. Estaban bien equipados. Un grupo feo, grotesco, mordido por la fatalidad: eran sus mercenarios psíquicos. Sin atractivo. Pero hacían el trabajo.

Él empezó a silbarles pequeñas melodías de vez en cuando.

*La ausencia aviva el amor.* Y, según temía Miles, viceversa. Rosa se había puesto nuevamente la almohada en la cabeza. Él siguió caminando. Y hablando. No podía detenerse. En el tiempo que había pasado desde su cascada de recuerdos, había desarrollado un buen número de planes de fuga, todos con algún defecto fatal. Incapaz de llevar a cabo ninguno, los había vuelto a ordenar y definir en voz alta. Una y otra vez. Rosa había dejado de criticarlos... ¿ayer? En realidad, ya no le hablaba. Había abandonado su actitud inicial - mirarlo, calmarlo -, y en lugar de eso se mantenía en el otro extremo de la habitación o se escondía durante mucho rato en el baño. Él no la culpaba. Su energía nerviosa parecía estar a punto de hacerle delirar.

El confinamiento forzoso estaba llevando el cariño que le tenía Rosa a los límites de su resistencia. Y él, no lo negaba, no había podido ocultar del todo sus nuevas dudas. Una frialdad en el trato, una resistencia cada vez mayor a su autoridad médica. Él la amaba y la admiraba, de eso no había duda, y le hubiera encantado encargarle una enfermería que conocía bien. Bajo las órdenes de él, como almirante. Pero el sentimiento de culpabilidad y la sensación de no tener intimidad se habían combinado para matar todo su interés en relaciones íntimas. En ese momento tenía otras pasiones, y esas pasiones lo consumían.

Pronto sería la hora de la cena. Suponiendo que había tres comidas por cada largo día jacksoniano, habían estado allí cuatro días. El barón no había vuelto a hablar con ellos. ¿Qué estaba planeando Vasa Luigi, ahí fuera? ¿Ya lo había subastado? ¿Y si la próxima persona que pasaba la puerta era su comprador? ¿Y si nadie ofrecía nada? ¿Y si lo dejaban allí para siempre?

Generalmente les traían la comida en una bandeja. Un sirviente, bajo el ojo vigilante de un par de guardias armados con bloqueadores. En los pocos casos en que había conseguido conversar con ellos, había hecho todo lo imaginable para sobornarlos, excepto decir la verdad sobre lo que recordaba. La única respuesta que había recibido había sido una sonrisa. Dudaba mucho de su habilidad para ganar a un rayo bloqueador, pero estaba dispuesto a intentarlo en la siguiente oportunidad. No había tenido oportunidad de probar nada inteligente, así que estaba dispuesto a cometer una estupidez. A veces, la sorpresa funcionaba...

El sonido de cerradura. Él giró y se puso en posición.

- ¡Rosa, levántate! - siseó -. Voy a intentarlo.

- Ah, mierda - gimió ella, saliendo del baño. Sin esperanzas, cabizbaja, dio vuelta a la cama y se puso a su lado -. El bloqueador duele, ¿sabes? Y da vómitos. Tú seguramente tendrías convulsiones.

- Sí, ya sé.

- Pero por lo menos vas a estar callado un rato - musitó ella entre dientes.

Él se levantó, poniéndose de puntillas, y luego volvió a dejarse caer. *Ah, Dios, ¿qué es esto?* Había un nuevo jugador en la cancha y la mente de él empezó a funcionar a marchas forzadas. Rosa, que lo miraba esperando el salto, levantó la vista también, con los ojos como platos.

Era la chica clon, Azucena - Azucena Junior, suponía él - con el uniforme de seda marrón y rosado de los sirvientes de la casa, una larga camisa y una falda con lentejuelas. Erguida, llevó la bandeja de comida y la colocó sobre la mesa del otro lado de la habitación. Incomprendiblemente, el guardia le hizo un gesto y se retiró, cerrando la puerta tras él.

Ella empezó a poner la comida sobre la mesa, como los otros sirvientes. Rosa se le acercó con los labios abiertos.

Él vio, instantáneamente, una docena de posibilidades; comprendió también que no era probable que volvieran a tener esa oportunidad. En su estado no podía vencer a la chica

físicamente. ¿Y el sedante que Rosa había amenazado con ponerle? ¿Podría dárselo a ella? Rosa no era buena para captar señales intencionadas y muy mala para seguir órdenes crípticas. Seguramente querría explicaciones. Querría *discutir*. Sí, pero él tenía que intentarlo.

- ¡Dios mío, cuánto os parecéis! - exclamó él radiante, mirando a Rosa con intención. Ella lo miró, exasperada y confusa, pero sonrió en cuanto la muchacha se volvió hacia ellos -. ¿Cómo es que nos han mandado una sirvienta de tan alto nivel, mi señora?

La mano suave de Azucena le tocó el pecho.

- Yo no soy mi señora - dijo, en tono que sugería que seguramente él era un estúpido. No sin razón -. Pero usted... - Miró a Rosa, como estudiándola -. A usted no la entiendo...

- ¿Te ha enviado la baronesa? - preguntó Miles.

- No. Pero les dije a los guardias que la comida tenía droga y que la baronesa me había pedido que me quedara para comprobar que la comáis - agregó espontáneamente.

- ¿Es... es cierto? - preguntó él.

- No. - Ella se pasó la mano por el cabello, que se le balanceó en el aire. Dejó de mirarlo y se concentró en Rosa, una mirada hambrienta -. ¿Quién es usted?

- Ella es la hermana de la baronesa - dijo él instantáneamente -. Hija de la madre de tu señora. ¿Sabías que te llamaron como a tu... eh... abuela?

- ¿Abuela?

- Cuéntale algo sobre el Grupo Duro, Rosa - dijo él, apremiante.

- Entonces dame la oportunidad de hablar - dijo Rosa entre dientes mientras seguía sonriendo.

- ¿Sabe lo que es? Pregúntale si sabe lo que es - exigió él; luego se metió el bocado en la boca y se puso a masticarlo. La chica no había venido a verlo a él. Había venido a ver a Rosa. Tenía que dejarla actuar a ella.

- Bueno. - Rosa miró la puerta cerrada y se volvió hacia la muchacha -. Las Duro son un grupo de treinta y seis clones. Vivimos bajo la protección de la Casa Fell. Nuestra madre, la primera Duro, se llama Azucena. Y se quedó muy triste cuando Lotus, la baronesa, nos dejó. Lotus era mi hermana mayor, ¿sabes? Y tú también eres mi hermana. ¿Lotus te dijo por qué te tuvo? ¿Vas a ser su hija? ¿Su heredera?

- Voy a unirme con mi señora - dijo la muchacha. Había un ligero desafío en su tono, pero su fascinación con Rosa seguía allí -. Me preguntaba si... si ibas a ocupar mi lugar. - ¿Celos? *Qué locura*.

Los ojos de Rosa se oscurecieron en un mudo horror.

- ¿Entiendes lo que significa eso? ¿Sabes lo que es un trasplante de cerebros en tu caso? Ella va a ocupar tu cuerpo, Azucena, y tú ya no estarás. En ninguna parte.

- Sí, lo sé. Es mi destino. - Volvió a sacudir la cabeza, y apartó el cabello de la cara. Tenía un tono de convicción. Pero los ojos... ¿había en ellos una pregunta levísima, una inquietud?

- Sois tan parecidas - musitó él, girando alrededor de las dos con ansiedad reprimida. Sonriente -. Seguro que podríais intercambiar la ropa y nadie se daría cuenta. - La mirada de Rosa le dijo que sí, que había entendido, pero que iba demasiado rápido -. No, noooo... - siguió él, inclinando la cabeza y sonriendo -. No lo creo. Esta chica es demasiado gorda. ¿No te parece demasiado gorda, Rosa?

- ¡Yo no soy gorda! - dijo Azucena Junior, indignada.

- La ropa de Rosa no le iría bien.

- Te equivocas - dijo Rosa, vencida, resignada a ir a marchas forzadas -. Es un idiota, Azucena. Probémoslo. - Empezó a sacarse la chaqueta, la blusa, los pantalones.

Lentamente, con mucha curiosidad, la muchacha también se sacó la falda y la camisa y cogió la ropa de Rosa. Rosa no tocaba la ropa de seda de Azucena, colocada con cuidado sobre la cama.

- Ah, qué bonito - dijo Rosa. Hizo un gesto hacia el baño -. Deberías verte.

- Estaba equivocado - admitió Miles con nobleza, llevando a la chica al baño. No había tiempo para conjurarse, para planificar, para dar órdenes. Tenía que confiar totalmente en la iniciativa de Rosa -. En realidad, la ropa de Rosa te queda muy bien. Imagínate lo que serías como cirujana, como doctora Durona. Ahí todas son doctoras, ¿sabes? Tú también podrías... - Por el rabillo del ojo, vio a Rosa sacarse las cintas que le sujetaban el cabello y soltárselo. La vio buscar la ropa de Azucena. Dejó que la puerta se cerrara detrás de él y Azucena y la llevó al espejo. Abrió el agua, para que no se oyera el ruido que hacía el guardia al abrir la puerta exterior, para que no se oyera cómo Rosa se iba...

Azucena miró el espejo. Lo miró a él, sacudiendo la mano como para presentarse a sí misma, luego miró la cabeza de él que apenas si le llegaba al hombro. Él cogió una taza y bebió un trago de agua, para aclararse la garganta. ¿Cuánto tiempo podría mantener distraída a la chica? No creía que fuera capaz de darle un golpe efectivo en la cabeza y no estaba seguro de cuál de los productos del bolso médico de Rosa que había sobre el mostrador sería el famoso sedante.

Para su sorpresa, ella habló primero.

- Tú eres el que vino a buscarnos a todos los clones, ¿no es cierto?

- Ah... - ¿El desastroso ataque Dendarii a Bharaputra? ¿Ella había sido una de las rescatadas? Y entonces, ¿por qué estaba allí? -. Disculpa. Estuve muerto últimamente, y mi cerebro no funciona demasiado bien. Crío-amnesia. Tal vez haya sido yo, pero tal vez fuera mi hermano, mi clon.

- ¿Tienes clones también?

- Por lo menos uno. Mi... hermano.

- ¿De verdad estuviste muerto? - Sonaba como si no le creyera.

Él se abrió la camisa gris y le mostró las cicatrices.

- Ah - exclamó ella, impresionada -. Entonces supongo que es cierto.

- Rosa me curó. Es muy buena en eso. - No, no le recuerdes a Rosa -. Tú también podrías ser así, si quisieras. Si te prepararan.

- ¿Cómo era... estar muerto? - De pronto tenía los ojos muy fijos en su cara.

Él volvió a cerrarse la camisa.

- Aburrido. Realmente aburrido. Un vacío. No me acuerdo de nada. No me acuerdo de morirme... - Jadeó... *La punta del arma, brillante de llama... el pecho estallando hacia fuera, un dolor terrible...* Se apoyó en el mostrador, las piernas débiles de pronto -. Solitario. No te gustaría. Te lo aseguro. - Le cogió la mano cálida -. Estar vivo es mucho mejor. Estar vivo es... es... - Necesitaba algo que pudiera continuar durante un tiempo... Se sentó en el mostrador y la miró a la cara por primera vez. Le puso la mano por detrás de la cabeza, se inclinó hacia ella y la besó, sólo una breve presión en los labios -. Cuando alguien te toca, sabes que estás viva.

Ella se retiró, sorprendida.

- El barón besa de otra forma.

Él se quedó alucinando.

- ¿El barón te besó?

¿Probando el nuevo cuerpo de su esposa antes de tiempo? ¿Para cuándo estaba pensado el trasplante?

- ¿Siempre has vivido con... con tu señora?

- No. Me trajeron cuando atacaron el criadero. La reparación está casi terminada, voy a volver muy pronto.

- Pero no por mucho tiempo...

- No.

Las tentaciones del barón debían de ser... interesantes. Después de todo, dentro de poco ella ya no tendría cerebro y no podría acusarlo. Vasa Luigi podía hacerle de todo, menos acabar con su virginidad. ¿Qué estaba haciéndole eso a su aparente condicionamiento mental, su aceptación de su destino? Algo le hacía, obviamente, o no

habría estado con ellos, allí.

Ella miró la puerta cerrada y su expresión cambió de pronto. Sospechaba. Le apartó la mano y volvió hacia el dormitorio vacío.

- ¡Ay, no!

- ¡Shh, shhh! - Él corrió tras ella, le cogió la mano de nuevo, se puso de pie en la cama para poder tenerla a la misma altura -. ¡No grites! - siseó -. Si corres y se lo dices a los guardias, vas a meterte en un lío terrible. Si esperas hasta que ella vuelva, nadie se va a enterar. - Se sentía despreciable jugando de aquel modo con el pánico de ella, pero tenía que hacerlo -. Cállate y nadie lo sabrá. - En realidad, no tenía ni idea de si Rosa pensaba volver. A esas alturas, tal vez lo que quería era escapar de él. Ninguno de sus planes había dependido tanto de la suerte.

Azucena Junior podía ganarle físicamente con facilidad, aunque él no estaba seguro de que ella se diera cuenta. Un buen golpe en el pecho lo dejaría tendido en el suelo. Y ni siquiera tendría que darle con demasiada fuerza.

- Siéntate - le dijo -. Aquí, ven conmigo. No tengas miedo. En realidad, si tu destino no te hace temblar, no sé de qué podrías tener miedo. Seguramente eres una muchacha muy, muy valiente. Muchacha no. Mujer. Siéntate... - Tiró de ella hacia abajo; ella miraba la puerta, insegura, pero le dejó hacer. Tenía los músculos tensos como sogas -. Cuéntame... cuéntame sobre ti, sobre tu vida. Eres una persona muy interesante, ¿sabías?

- ¿Yo?

- Yo no me acuerdo mucho de mi vida, en este momento; por eso pregunto. Me aterra no acordarme. Me está matando. ¿Qué es lo primero que recuerdas de ti misma?

- Bueno... supongo que el lugar donde vivía antes del criadero... Una mujer que me cuidaba. Tengo un... es una tontería pero me acuerdo de que tenía un jardincito cuadrado con flores rojas. No creo que tuviera más de un metro cuadrado. Olía a uva...

- ¿En serio?

Imaginaba que iban a tener una conversación muy larga. El hecho de que no hubieran devuelto a Rosa era una buena señal. El hecho de que tal vez ella no volviera nunca obligaría a Azucena Junior a resolver un gran dilema. *¿Y qué podían hacerle el barón y la baronesa...?* se burló su mente, una broma salvaje. *¿Matarla?*

Hablaron de la vida de ella en el criadero. Él consiguió que le relatara el ataque de los Dendarii desde su punto de vista. Azucena le contó cómo se las había arreglado para reunirse con el barón. Qué lío tan terrible para Mark. Las pausas se hicieron más largas. Miles se dio cuenta de que para que el tiempo siguiera pasando, iba a tener que hablar de él, y eso era demasiado peligroso. Ella se estaba quedando sin conversación y los ojos se le iban cada vez más hacia la puerta.

- Rosa no va a volver - dijo por fin Azucena -. ¿No es cierto?

- Creo que no - dijo él, con sinceridad -. Creo que se ha escapado.

- ¿Cómo lo sabes?

- Si la hubieran atrapado, habrían venido a buscarte a ti aunque no la trajeran a ella. Desde el punto de vista de ellos, Rosa todavía está aquí y la que falta eres tú.

- ¿No crees que pueden confundirla conmigo? - preguntó ella, alarmada -. ¿No crees que pueden llevarla para que se una con mi señora?

Él no estaba seguro de si ella tenía miedo por Rosa o miedo de que Rosa ocupara su lugar. Qué paranoia más original, más espantosa.

- ¿Y cuándo...? No. - Le aseguró a ella. A sí mismo -. No. A primera vista, en el pasillo, os parecéis, pero más de cerca... ella es mucho mayor que tú. No es posible.

- ¿Y qué hago? - Ella trató de ponerse de pie, él le sostuvo el brazo, la volvió a acomodar en la cama.

- Nada - le aconsejó -. Todo está bien. Les vas a decir que... que yo te obligué a quedarte.

Ella lo miró desde arriba. Él era tan pequeño.

- ¿Cómo?

- Con engaños. Amenazas. Coerción psicológica - dijo él y era verdad -. Puedes echarme la culpa.

Ella parecía indecisa.

¿Cuántos años tendría? Había pasado las últimas dos horas sonsacándole la historia de su vida y no parecía muy larga. Su conversación era una mezcla de agudeza, astucia e inocencia. La mayor aventura de su vida había sido el ataque de los Mercenarios Dendarii.

Rosa. *Se fue. ¿Y ahora? ¿Volvería a buscarlo? ¿Cómo? Eso era Jackson's Whole.* No se podía confiar en nadie. En ese lugar, la gente era carne. Como esa chica que tenía enfrente. Tuvo una imagen horrenda, de pesadilla: la vio sin cerebro, un vacío en los ojos.

- Lo lamento - susurró -. Eres tan hermosa... *adentro.* Mereces vivir, no que te coma esa vieja.

- Mi señora es una gran mujer - dijo ella, empecinada -. Ella también merece vivir. Más que yo.

¿Qué ética más retorcida llevaba a Lotus Durona a hacer de esa niña un cordero voluntario de sacrificio? ¿A quién creía que estaba engañando? Al parecer, sólo a sí misma.

- Además - dijo Azucena Junior -, pensaba que te gustaba la gorda rubia. La mirabas de arriba a abajo todo el tiempo.

- ¿Quién?

- Ah, bueno... Seguramente fue tu clon.

- Mi hermano - corrigió él, automáticamente. ¿Qué significaba eso de la rubia, Mark?

Ella se estaba relajando, resignada a su extraño cautiverio. Y aburrída. Lo miró, especulando.

- ¿Te gustaría besarme de nuevo? - preguntó.

Era su altura. Su altura hacía surgir lo mejor en las mujeres. Él no era amenazante, así que ellas se envalentonaban. En general, a él le parecía un efecto encantador, pero esa chica le preocupaba. No era su... su igual. Y sin embargo, tenía que matar el tiempo, mantenerla allí, mantenerla entretenida todo lo que pudiera.

- Bueno... está bien...

Después de veinte minutos de caricias decorosas, ella se retiró un poco y dijo:

- Ésa no es la forma en que lo hace el barón.

- ¿Qué haces para Vasa Luigi?

Ella le abrió el pantalón y empezó a mostrárselo. Al cabo de un minuto, él se puso a jadear y dijo:

- ¡Basta!

- ¿No te gusta? Al barón, sí.

- Por supuesto que sí. - Terriblemente excitado, huyó hacia la silla que estaba junto a la mesita y se sentó en ella con determinación -. Es... es muy agradable, Azucena, pero es demasiado serio para ti y para mí.

- No entiendo.

- Justamente. - Ella era una niña, pese a su cuerpo desmesurado y adulto. Él estaba cada vez más seguro -. Cuando crezcas... encontrarás tus propios límites, y podrás invitar a la gente a que los cruce cuando tú quieras. Pero ahora ni siquiera sabes dónde terminas tú y empieza el mundo. El deseo debe brotar de dentro, no estar impuesto desde fuera. - Trató de oponerse a la corriente que lo estaba arrastrando. El éxito no fue completo. *Vasa Luigi, eres un hijo de puta.*

Ella frunció el ceño, pensativa.

- Pero yo no voy a crecer.

Él se pasó los brazos por las rodillas levantadas y tembló. *Mierda.*



De pronto cómo había conocido a la sargento Taura. La forma en que se habían hecho amantes en esa hora desesperada. Ah, otra vez la emboscada de los agujeros de su memoria. Había ciertos paralelismos obvios con la situación actual, y por eso su subconsciente estaba tratando de aplicar la vieja solución, la que le había dado éxito aquella vez. Pero Taura era una mutación de bioingeniería, una mutación de vida corta. Estaba viviendo toda su vida al estilo coge-lo-que-puedas, y él aprobaba eso con todo su corazón. Azucena Junior podía vivir todo un siglo si no la... canibalizaban. Necesitaba que la sedujeran con vida, no con sexo.

Y al igual que la integridad, el amor a la vida no era un tema de estudio, era un sentimiento que había que contagiar. Y había que recibirlo de alguien que lo tuviera, como una enfermedad.

- ¿No quieres vivir? - le preguntó.

- Yo... no sé.

- Yo sí. Yo sí quiero vivir. Y créeme, ya he pensado en la alternativa, muy seriamente.

- Eres un hombrecito muy raro. ¿Qué puede darte la vida?

- *Todo*. Y pienso sacarle más que eso. - *Quiero. Quiero*. Riqueza. Poder. Amor. Victorias, victorias espléndidas, brillantes, brillo reflejado en los ojos de los compañeros. Algún día, una esposa, hijos. Un montón de hijos. Altos y sanos, para pasárselos por las narices y los ojos a los que le gritaban ¡*Mutante!*

*Y pienso tener un hermano.*

Mark. Sí. Ese hombrecito malhumorado que seguramente Ryoval estaba partiendo en pedacitos diminutos en ese mismo momento. En lugar de hacérselo a Miles. Se le tensaron los nervios hasta estar a punto de gritar. *Tengo que ganar tiempo.*

Finalmente convenció a Azucena Junior para que se durmiera, envuelta en las sábanas, del lado de Rosa. Caballerosamente, él se quedó en la silla. Un par de horas nocturnas y ya estaba loco de dolor. Probó el suelo. Estaba frío. Le dolía el pecho. Le aterrorizaba despertarse con tos. Finalmente se metió en la cama, encima de las sábanas, y se enroscó dándole la espalda. Tenía una conciencia intensa del cuerpo de ella, tendido a su lado. Era evidente que ella no sentía lo mismo. Su ansiedad era todavía más enorme porque no tenía forma. No tenía control. No controlaba nada. Al amanecer consiguió el calor suficiente como para adormecerse.

- Rosa, mi amor - musitó semidormido, metiendo la nariz en el cabello perfumado de ella y envolviéndose alrededor de su cuerpo -. Mi señora. - Una frase de Barrayar. Por fin sabía de dónde venía eso. Ella se puso a temblar y él retrocedió, totalmente despierto -. ¡Ay! Perdón...

Azucena Junior se sentó, librándose de los brazos del hombrecito feo. Unos brazos tensos, por cierto.

- ¡Yo no soy mi señora!

- Lo lamento, referente incorrecto. Yo pienso en Rosa como mi señora. Ella es mi señora y yo soy... - *tonto cortesano* - su caballero. En realidad, soy soldado, eso lo sabes. A pesar de la altura.

Cuando se oyó el segundo golpe en la puerta, él se dio cuenta de la razón por la que se había despertado.

- El desayuno. ¡Rápido! Vete al baño. Haz un poco de ruido. Creo que podemos seguir con la historia.

Por una vez no trató de conversar con los guardias para sobornarlos. Azucena Junior volvió cuando se cerró la puerta. Comió despacio, sin decisión, como si dudara de su derecho a la comida. Él la miró, cada vez más fascinado.

- Ahí, toma otro panecillo. Puedes ponerle azúcar, claro...

- No se me permite comer azúcar.

- Eso no me parece bien. - Hizo una pausa -. Tendrías que tener derecho a comer

azúcar. Tendrías que tener derecho a todo. Tendrías que tener amigos. Tendrías que tener... hermanas. Y educación, hasta los límites de los poderes de tu mente, y trabajo para desafiar tu espíritu. El trabajo te hace más grande. Más real. Lo comes y creces. Tendrías que tener amor... Un caballero que fuera tuyo. Mucho más alto que yo. Tendrías que tener... helado...

- No debo engordar. Mi señora es mi destino.

- ¡Destino! ¿Qué puedes saber tú sobre el destino? - Él se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, zigzagueando entre la mesa y la cama -. Yo soy un experto en el tema del destino. Tu señora es un destino falso, ¿y sabes cómo lo sé? Porque ella toma todo y no da nada a cambio. El *verdadero* destino se lleva todo, hasta la última gota de sangre, pero te devuelve el doble. El cuádruple. Te devuelve todo multiplicado por mil... Hay que dárselo todo. Yo lo sé. Lo *juro*. Volví de la muerte para decirte la verdad. El verdadero destino te da una *montaña* de vida, y te pone en la cima.

Su convicción tenía un sonido totalmente megalomaniaco. Él adoraba esos momentos.

- Estás completamente loco - dijo ella, mirándolo preocupada.

- ¿Y cómo lo sabes? Nunca has visto a una persona cuerda en toda tu vida. ¿O sí? Piénsalo.

Su creciente interés descendió de nuevo.

- No tiene sentido. De todos modos, estoy prisionera. ¿Adónde podría ir?

- Azucena Durona te recibiría - dijo él con rapidez -. El Grupo Durona está bajo la protección de la Casa Fell, y si pudieras llegar hasta tu abuela, estarías a salvo.

Las cejas de ella bajaron como las de Rosa cuando convertía los planes de huida de él en una pista de agujeros.

- ¿Y cómo?

- No nos pueden dejar aquí para siempre... Supongamos... - caminó detrás de ella, le levantó el cabello y lo sostuvo en un manojo sobre su cabeza -. Creo que Vasa Luigi sólo piensa quedarse con Rosa el tiempo necesario para mantener esto en secreto. Cuando yo me vaya, ella también se irá. Si creyeran que eres Rosa, estoy seguro de que podrías salir de aquí caminando.

- ¿Y qué... qué diría?

- Lo menos posible. Hola, doctora Durona, su transporte está aquí. Recoges el equipaje y te vas.

- No podría.

- Podrías intentarlo. Si pierdes, no pierdes nada. Si ganas, ganas todo. Todo. Y si... si te escaparas... podrías decirle a la gente dónde estoy yo. Quién me secuestró y cuándo. Lo único que necesitas es unos minutos de valor y estás libre. Lo hacemos nosotros mismos, sale de nosotros mismos. No te pueden robar el valor como se roba una cartera o algo así. Mierda, ¿por qué te estoy diciendo eso? Tú te escapaste de los Mercenarios Dendarii con valor y astucia.

Ella parecía totalmente intimidada.

- Eso lo hice por mi señora. Nunca hice nada para... para mí misma.

Él tuvo ganas de llorar, al borde del colapso nervioso. Ése era el tipo de elocuencia exaltada que generalmente reservaba para convencer a la gente de que *arriesgara* su vida, no de que la salvara. Se inclinó para susurrarle en el oído, como un genio invisible:

- Hazlo por ti misma. Después, el universo te cobrará lo que deba.

Después del desayuno, trató de ayudarla a peinarse como Rosa. Era muy malo para eso. Como Rosa también lo era, el resultado final fue bastante convincente, o eso le pareció. Sobrevivieron a la entrega del almuerzo y luego a la recogida de los platos.

Él sabía que no era la cena cuando no golpearon antes de entrar.

Eran tres guardias y un hombre vestido con la ropa de la Casa. Dos de los guardias lo cogieron por los brazos, sin palabras y le ataron las manos por delante. Él se sintió agradecido: en la espalda la hubiera dolido enormemente después de la primera media

hora. Lo empujaron hacia el pasillo. Ni señales de Vasa Luigi ni de Lotus. ¿Buscando a la clon perdida? Miró por encima del hombro.

- Doctora Durova - dijo el hombre de la Casa, mirando a Azucena Junior -. Yo soy su chófer. ¿Adónde quiere ir?

Ella se apartó el pelo de la frente, fue a buscar el bolso de Ros, se adelantó y dijo:

- A casa.

- Rosa - dijo Miles. Ella se volvió -. Coge todo lo que puedas porque a su tiempo tendrás que devolverlo todo. Es una verdad muy importante. - Se mojó los labios secos -. ¿Me das un beso de despedida?

Ella meneó la cabeza, giró en redondo y se inclinó. Apretó los labios contra los de Miles, brevemente. Siguió al hombre de Bharaputra.

Bueno, suficiente para impresionar a los guardias.

- ¿Y cómo explicas eso? - preguntó uno divertido mientras se lo llevaba en la dirección opuesta.

- Tengo un atractivo especial - les informó él.

- Basta de charla - dijo el jefe.

Miles intentó huir dos veces en el camino hacia el coche de superficie; después de la segunda, el guardia más grande lo cogió en brazos y se lo echó al hombro, con la cabeza abajo. Le dijo que lo dejaría caer si se resistía. La segunda vez usaron bastante fuerza para detenerlo y él supo que no era sólo una amenaza. Lo metieron en la parte posterior del vehículo, entre dos.

- ¿Adónde me llevan?

- A un punto de transferencia - dijo uno.

- ¿Qué punto de transferencia?

- No necesitas saber más.

Él mantuvo una corriente constante de comentarios, ofertas de sobornos, amenazas, insultos y por fin, improperios, pero ellos no volvieron a reaccionar. Él se preguntó si uno de ellos no sería el hombre que lo había matado. No. Nadie involucrado en el lío de las instalaciones médicas podía estar tranquilo. Esos tipos habían estado lejos en ese momento. Se puso ronco. Era un viaje largo. Los coches de superficie casi nunca se usaban fuera de las ciudades: los caminos eran demasiado malos. Y estaban muy lejos de una ciudad. Cuando se detuvieron en un cruce solitario, era ya más tarde del crepúsculo.

Los guardias lo entregaron a dos hombres que lo esperaban, pacientes como bueyes. Eran hombres de cara chata, sin gracia, con ropas rojas y negras, los colores de Ryoval. Los hombres le ataron las manos a la espalda y también los tobillos, antes de ponerlo en la parte posterior de un volador. El vehículo se elevó, silencioso, en la oscuridad.

*Parece que Vasa Luigi ha conseguido el precio que pedía.*

Rosa, si lo había logrado, mandaría a alguien a buscarlo a la Casa Bharaputra. Donde él ya no estaría. Y eso no impediría que Vasa Luigi mandara a todos los que lo buscaran directamente a las manos de Ryoval.

Pero si las instalaciones de Ryoval eran fáciles de encontrar, ya tenían que haberlas localizado.

*Por Dios, tal vez sea el primer agente de SegImp en el sitio del rescate.* Tendría que asegurarse de poner eso en el informe a Illyan. Había estado deseando hacer comentarios humorísticos en su informe. Ahora se preguntó si viviría lo suficiente.

- Odio tener que decírselo yo, barón - dijo el técnico -, pero su víctima parece estar pasándolo muy bien.

Eructo sonrió alrededor del tubo mientras el barón Ryoval caminaba en torno a él y miraba, tal vez admirando su sorprendente barriga.

- Hay un número de posibles defensas psicológicas en estas situaciones - dijo Ryoval -. Personalidades múltiples e identificación con el captor, por ejemplo. Yo esperaba que Naismith pasara por todo eso... sí... pero ¿tan pronto?

- A mí tampoco me parecía posible, señor, así que hice una serie de espectrografías cerebrales. Los resultados son muy inusuales.

- Si su personalidad se está dividiendo, debería aparecer en la espectrografía.

- Algo aparece, sí. Parece estar escondiendo partes de su mente de nuestros estímulos y las respuestas de superficie sugieren una división, sí, pero... el esquema es anormalmente anormal, no sé si usted me entiende, señor.

- No mucho. - Ryoval se mordió el labio, interesado -. Pero voy a echar un vistazo.

- En cualquier caso, no lo está fingiendo. De eso estoy seguro.

- Tan rápido... Imposible - murmuró Ryoval -. ¿Cuándo cree que saltó? ¿Cómo no me di cuenta?

- No estoy seguro. Pronto. El primer día... tal vez la primera hora pero si sigue con eso, se va a poner muy esquivo, va a resistirse al proceso con mucha fuerza. Puede seguir... cambiando.

- Yo también - dijo Ryoval, con frialdad.

La presión del vientre se estaba convirtiendo en dolor. Aullido se adelantó, ansioso, pero Eructo no quería dejarlo. Todavía era su turno. El Otro escuchaba atentamente. El cuarto siempre escuchaba cuando el barón Ryoval estaba presente. Raramente dormía, casi nunca hablaba.

- No esperaba que llegara a ese estado de desintegración hasta dentro de unos meses. Me destruye el esquema de tiempo que tenía pensado - se quejó el barón.

*Sí, barón. ¿No somos fascinantes? ¿No te intrigamos?*

- Tengo que pensar en otro enfoque - musitó Ryoval -. Tráiganlo a mis habitaciones más tarde. Ya veré lo que se puede hacer con una conversación tranquila y algunos experimentos. Necesito una nueva dirección.

Debajo de su afectación desconcertante, el Otro tembló, ansioso, anticipando su momento.

Dos guardias lo/los entregaron al barón Ryoval en el agradable salón de siempre. No había ventanas aunque un enorme holovideo ocupaba la mayor parte de una de las paredes. En ese momento pasaba una vista espléndida de una playa tropical. Ya no había duda de que los cuarteles de Ryoval eran subterráneos. Nadie podía atravesar las ventanas en un lugar como éste.

Él todavía tenía la piel en tiras. Los tecnos le habían rociado algunas zonas con una especie de cobertura para que no manchara los muebles finos de Ryoval, y habían tapado las otras heridas con vendajes para que no sangrara.

- ¿Te parece que será suficiente? - dijo el tecno con la cobertura.

- Probablemente no - suspiró un compañero -. Supongo que lo mejor será que avise ahora mismo al equipo de limpieza. Ojalá pusiera cera o algo...

Los guardias lo sentaron en una silla ancha, baja. Era una silla, sin pinchos, filos ni palos. Tenía las manos atadas a la espalda, así que no podía apoyarse. Abrió las rodillas y se sentó, incómodo, jadeando.

El guardia jefe preguntó a Ryoval:

- ¿Quiere que lo atemos, señor?

Ryoval levantó una ceja.

- ¿Puede ponerse de pie sin ayuda?

- Desde esa posición, no con rapidez.

Los labios de Ryoval hicieron una mueca de desprecio y satisfacción mientras miraban

a su prisionero.

- Ah, ya estamos llegando. Lentamente. No. Déjenos. Yo les llamaré. No interrumpen. Se puede poner muy ruidoso.

- Su equipo a prueba de ruidos es muy eficiente, señor. - Los guardias de cara chata lo saludaron militarmente y se alejaron. Había algo raro en esos guardias. Cuando no estaban cumpliendo órdenes, tendían a estar sentados, o de pie, en silencio, en blanco. Construidos de ese modo, sin duda.

Eructo, Jadeo, Aullido y el Otro miraron a su alrededor con interés, preguntándose a quién le tocaría primero.

*Tú acabas de terminar*, le dijo Aullido a Eructo. *Seré yo.*

*No estés tan seguro*, dijo Jadeo. *Podría ser yo.*

*Si no fuera por Eructo*, dijo el Otro, malhumorado, *ya me habría tocado el turno. Ahora tengo que esperar.*

*Tú nunca te has encargado d un turno*, dijo Eructo con curiosidad. Pero el otro estaba otra vez en silencio.

- Vamos a ver un poco de cine - dijo Ryoval y tocó un control remoto. La playa tropical cambió a una grabación en vivo, tamaño natural, de una de las sesiones de Jadeo con las... criaturas del burdel. Jadeo se miró con gran interés y alegría, desde todos esos ángulos nuevos. El trabajo de Eructo amenazaba con dejar muchos sucesos interesantes fuera de la vista, más abajo del ecuador.

- Estoy pensando en enviar una copia de esto a la flota Dendarii - murmuró Ryoval, mirándolo fijamente -. Imagínese a todos sus oficiales mirando esto. Creo que eso me proporcionaría unos cuantos, ¿no?

No. Ryoval mentía. Su prisionero era un secreto. Y Ryoval no podía estar tan ansioso por entregarlo. El Otro musitó con sequedad: *Envíale una copia a Simon Illyan, y verás lo que te entregará.* Pero Illyan pertenecía a lord Mark y Mark no estaba allí, y además el Otro nunca hablaba en voz alta.

- Imagínese a esa linda guardaespaldas suya, uniéndose con usted en eso... - continuó Ryoval, en detalle. Jadeo estaba totalmente dispuesto a imaginarse algunas partes aunque otras lo ofendían incluso a él. *¿Aullido?*

*Ah, no, yo no*, dijo Aullido. *Ése no es mi trabajo.*

*Bueno, vamos a tener que conseguir un nuevo recluta*, dijeron todos. Podían hacer miles, cuando los necesitara. Era un ejército, fluía como el agua, se dividía y dejaba los obstáculos en el medio: era imposible destruirlo de ese modo.

El vídeo cambió a uno de los mejores momentos de Aullido, el que le había dado su nombre. Un poco después de sacarle la piel con productos químicos, los tecnos le habían puesto una cosa pegajosa que picaba hasta el delirio. No habían tenido que tocarlo: él casi se había matado a sí mismo. Después le habían hecho una transfusión para reemplazar la sangre perdida en las heridas.

Él miró impassible la criatura que se retorció en el vídeo. El espectáculo que quería ver Ryoval no estaba en la pantalla. Estaba en el público. Y mirarlo a él en ese momento debía tener la misma excitación, el mismo drama que ver un esquema de espectrografía. Aburridísimo. Ryoval parecía a punto de apuntarle con el control remoto para ver si podía cambiar el programa.

El Otro esperaba con impaciencia creciente. Estaba empezando a respirar mejor pero todavía tenía que luchar con esa maldita silla baja. Tenía que ser esa noche. En la próxima oportunidad, si es que alguna vez llegaba, Eructo los habría inmovilizado a todos. Sí. El Otro esperaba.

Los labios de Ryoval se abrieron, desilusionados, mirando ese perfil sereno. Apagó el vídeo y se puso de pie. Caminó alrededor de la silla, estudiándolo con ojos atentos.

- Ni siquiera está usted conmigo, ¿verdad? Se ha escondido detrás de alguna curva. Tengo que pensar qué lo puede traer de vuelta. O mejor dicho no sólo a usted, a todos

ustedes.

Ryoval era muy perceptivo.

*No confío en ti*, dijo Eructo al Otro, dudoso. *¿Y qué me va a pasar a mí después?*

*¿Y a mí?*, agregó Jadeo. Sólo Aullido callaba. Aullido estaba muy cansado.

*Te prometo que Mark te alimentará*, Eructo, susurró el Otro, desde muy adentro. *Por lo menos de vez en cuando. Y a ti, Jadeo, Mark podría llevarte a Colonia Beta. Hay gente allí que puede ayudarte, limpiarte lo suficiente como para salir a la luz del día. Creo. No necesitarás del hipospray de Ryoval. Además, el pobre Aullido está demasiado cansado: él es quien tiene más trabajo, cubriéndoo a vosotros, a mí. Y por otra parte, Jadeo, ¿qué pasa si Ryoval decide que el remedio es la castración? Tal vez tú y Aullido podáis uniros y hacer que Mark os alquile un escuadrón de mujeres hermosas (¿no sería bonito con mujeres?) con látigos y cadenas. Estamos en Jackson's Whole. Supongo que podemos encontrar lo que queramos en la guía. No necesitamos a Ryoval. Salvemos a Mark y él nos salvará a nosotros. Lo prometo.*

*¿Y quién eres tú para dar la palabra por Mark?*, dijo Eructo, enojado.

*Soy el que está más cerca.*

*Sin duda eres el que más se ha escondido*, dijo Aullido, algo resentido.

*Era necesario. Pero vamos a morir todos, uno por uno, si Ryoval empieza a cazarnos. Es muy, muy astuto. Y nosotros somos los originales. Los nuevos reclutas no van a ser más que sombras distorsionadas, de todos modos.*

Eso era cierto. Evidente.

- Voy a traerle un amiguito con quien jugar - comentó Ryoval, caminando a su alrededor. Cuando Ryoval estaba a su espalda, había efectos extraños en su topografía interna: Eructo se aplastaba. Aullido emergía y luego volvía a hundirse cuando Ryoval volvía a ponerse delante. Jadeo miraba atentamente, buscando las claves mientras se mecía levemente -. Su clon. El que mi estúpido escuadrón se olvidó en el camino.

Muy, muy adentro, Mark se despertó bruscamente, aullando. El Otro lo calló. *Miente. Miente.*

- El error me costó muy caro y esos tontos me lo van a pagar. Su clon desapareció y después apareció en manos de Vasa Luigi. Una vuelta de tuerca muy suave y bien hecha, típica de Vasa. Todavía no estoy convencido de que Lotus no tenga una línea privada de algún tipo dentro del Grupo Durona.

Ryoval hizo otro círculo. Lo desorientaba.

- Vasa está convencido de que el clon que me vendió es el almirante y usted, el clon. Debo reconocer que me contagió sus dudas, aunque si es cierto que el hombre está crío-amnésico, de todos modos, no va a servirme de mucho. Pero no importa. Ahora los tengo a los dos. Tal como lo predije. ¿Se imagina usted lo primero que voy a hacerles hacerse el uno al otro?

Jadeo podía imaginárselo. Fácilmente, aunque no con los refinamientos que Ryoval le agregó entre susurros.

Lord Mark se sacudió, furioso, llorando de terror y de angustia. Ni una sola vibración apareció en la boca entreabierta de Jadeo. Nada cambió el brillo oscuro de sus ojos con ningún propósito interno. *Esperen*, rogó el Otro. El barón caminó hacia una mesa de madera pulida, una madera rara, blanca y negra. Desenvolvió una serie de herramientas brillantes que nadie veía, aunque Aullido estiró el cuello. Ryoval miró el equipo que tenía entre las manos pensativo.

*Tenéis que dejarme solo. No me saboteéis*, dijo el Otro. *Sé que Ryoval os da lo que queréis... pero es una trampa.*

*Ryoval no te alimenta a ti*, dijo Eructo.

*Ryoval es comida para mí*, susurró el Otro.

*Sólo vas a tener una oportunidad*, dijo Aullido, nervioso. *Y después van a venir a buscarme.*

*Una oportunidad es más de lo que necesito.*

Ryoval se volvió. Tenía un tractor quirúrgico de mano en la derecha. Jadeo, asustado, se hizo a un lado para dejarle lugar al Otro.

- Creo - dijo Ryoval - que voy a sacarle uno de sus ojos. Ahora. Sólo uno. Eso debería tener interesantes efectos psicológicos. Seguramente va a venir a mí cuando yo le diga que voy a sacarle el otro.

Lentamente, Aullido le dejó lugar al Otro. Y por último, sin ganas, a Eructo. Ryoval caminaba hacia ellos.

El primer intento de Asesino para levantarse, fracasó. Volvió a caerse. *A la mierda contigo, Eructo.* Lo intentó de nuevo, cambió el peso hacia delante, se levantó, dio un paso, sin equilibrio, con los brazos hacia atrás. Ryoval miraba, muy divertido, sin alarma, a ese monstruito zigzagueante que sin duda pensaba que había creado.

Tratar de trabajar sin tropezar con el nuevo vientre de Eructo era algo así como atajar la pelota siendo ciego. Pero la decisión era total.

La primera patada pilló a Ryoval en la entrepierna. Se dobló en dos y puso la parte superior de su cuerpo prácticamente a su alcance. Soltó instantáneamente la segunda patada y le dio en el cuello. Sintió cómo crujían el cartilago y el tejido hasta la columna. Como esta vez no tenía botas con punteras de acero se le rompieron varios dedos del pie. No sintió dolor. Ése era trabajo de Aullido.

Se cayó. Le costó mucho levantarse con las manos atadas a la espalda. Mientras se arrastraba por el suelo, tratando de poner las piernas debajo de sí mismo, vio con desilusión que Ryoval todavía no estaba muerto. Se retorció y se agarraba la garganta. Pero el control de la computadora no reconocía la voz del barón. Todavía tenían algo de tiempo.

Se arrastró hasta Ryoval y le dijo al oído:

- Yo también soy un Vorkosigan. El que recibió entrenamiento como asesino y espía. Y realmente me pone furioso que la gente me subestime, ¿sabe?

Se las arregló para ponerse de pie y consideró el problema principal: Ryoval todavía estaba vivo. Suspiró, tragó saliva, se adelantó y lo golpeó hasta que el barón dejó de vomitar sangre, de retorcerse y de respirar. Fue un proceso nauseabundo pero se sintió muy aliviado al ver que ninguna de sus partes lo disfrutaba. Hasta Asesino tuvo que recurrir a un cierto profesionalismo para terminarlo.

Él pensó en el Otro, a quien ahora reconocía como Asesino.

*Galen te creó, ¿no es cierto?*

*Sí. Pero no empezó de la nada.*

*Lo hiciste muy bien. Esconderte. Acercarte con cautela. Me preguntaba si alguno de nosotros tenía sensación del tiempo todavía. Me alegro de que tú la tuvieras.*

*Fue como dio el Conde, nuestro Padre, admitió Asesino, contento y también algo incómodo por las alabanzas. La gente se te entrega si esperas lo suficiente y no corres a entregarte tú primero. Yo lo hice. Y Ryoval se me entregó. Y agregó con timidez: el Conde también es un asesino. Como yo.*

*Mmmm.*

Empujó con las muñecas apresadas en las esposas y se acercó cojeando a la mesa para estudiar el equipo de Ryoval. La selección incluía una sierra láser y un espantoso conjunto de cuchillos, escalpelos, exploradores y púas. La sierra era de foco cercano, de tipo quirúrgico, muy dudosa como arma pero excelente como herramienta.

Él giró en redondo e intentó cogerla por atrás. Le entraron ganas de echarse a llorar cuando se le cayó al suelo. Iba a tener que sentarse de nuevo. Desesperado y furioso, se arrastró hasta que consiguió agarrarla. Le llevó varios minutos pero finalmente la apuntó contra las esposas y cortó el acero sin cercenarse la mano ni quemarse el culo. Aliviado, sacudió los brazos y se meció como alguien que consuela a un niño muy cansado. Le estaba empezando a latir el pie. Se le había torcido la espalda con la patada que soltó al

cuello de Ryoval.

Miró de costado a su víctima/torturador/presa. *Consumidor de clones*. Se sentía culpable por el cuerpo al que había aplastado bajo sus pies. *No fue culpa tuya. Tú moriste hace... ¿diez años? ¿Más?* Su enemigo había sido el de arriba, el que estaba dentro del cráneo.

De pronto le dominó un miedo ilógico de que entraran los guardias de Ryoval y salvaran a su amo muerto. Se arrastró, más fácilmente ahora que tenía las manos libres, cogió la sierra y se aseguró de que nadie pudiera trasplantar ese cerebro nuevo. Nunca. Nadie. De ninguna forma.

Se dejó caer otra vez en la silla baja, exhausto hasta el límite. Esperaba la muerte. Sin duda los hombres de Ryoval tenían órdenes de vengar a su señor caído.

Nadie acudió.

... Correcto. El jefe se había encerrado en sus habitaciones con un prisionero y un equipo quirúrgico y les había dicho a sus hombrones que no lo molestaran. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que uno de ellos reuniera el coraje necesario para interrumpir la pequeña afición de su señor? Tal vez... mucho.

El peso de la esperanza volvió a caer sobre él y era un peso casi insoportable. *No quiero moverme*. Estaba furioso con SegImp por abandonarlo allí pero sentía que si entraban *ahora, ahora mismo*, y se lo llevaban sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo, se lo perdonaría todo. *¿No me he ganado un descanso?* La habitación quedó totalmente en silencio.

*Eso sí que fue un asesinato... Demasiado*, pensó, mirando el cuerpo de Ryoval. *Un poco desequilibrado. Y mira lo que quedó de la alfombra.*

*No sé qué hacer.*

*¿Quién hablaba? ¿Asesino? ¿Eructo, Jadeo? ¿Aullido? ¿Todos?*

*Son buenos soldados, y muy leales, pero no demasiado inteligentes.*

*La inteligencia no es nuestro trabajo.*

Era hora de que lord Mark se despertara. ¿Realmente había estado dormido?

- De acuerdo, chicos - musitó él en voz alta, estirándose -. Todo el mundo arriba -. La silla baja era un instrumento de tortura, sí. La última trampa de Ryoval. Con un gruñido, se puso de pie.

Era imposible que un zorro viejo como Ryoval tuviera una única espada a su cubil. Revisó con cuidado la suite subterránea. Despacho, salón, cocinita, gran dormitorio y un baño extrañamente equipado. Miró hacia la ducha consumido de deseo. Pero tenía miedo de que eso le quitara la cobertura de plástico que le habían puesto en la piel. Se cepilló los dientes, eso sí. Tenía las encías sangrantes, pero no importaba. Bebió un poquito de agua fría. *Por lo menos no tengo hambre*. Dejó escapar una risita.

Encontró la salida de emergencia al final del armario del dormitorio.

*No tiene guardias*, afirmó Asesino, *debe de tener trampas*.

*Las defensas de Ryoval funcionan desde fuera hacia dentro*, dijo lord Mark, lentamente. *De dentro hacia fuera, todo tiene que estar preparado para que Ryoval pueda huir con facilidad. Ryoval, y sólo él.*

Tenía una cerradura de palma. Las almohadillas de esas cerraduras leen el pulso, temperatura y conductividad de la piel, además de los dibujos de las huellas dactilares y las líneas de la vida. Las manos muertas no las pueden abrir.

*Hay formas de vencer a las cerraduras de palma*, murmuró Asesino. Asesino había recibido entrenamiento en eso, una vez, en una encarnación anterior. Lord Mark lo dejó ir y se quedó asombrado viéndolo trabajar.

El equipo quirúrgico era casi tan útil como un equipo electrónico en las manos de Asesino. Con tiempo por delante y sabiendo que no tenía que salvar la cerradura para ningún uso posterior, sí, era posible. Lord Mark miró entre sueños mientras Asesino soltaba el sensor de la puerta, lo tocaba, cortaba un contacto.



El control se activó por fin. *Ah*, murmuró Asesino con orgullo.

*Ah*, dijo el resto. La pantalla mostró un cuadradito rojo.

*Quiere una llave-código*, dijo Asesino, preocupado. El corazón le palpitó con fuerza al sentirse atrapado. La contención muy frágil de Aullido se soltó y el dolor los atravesó a todos.

*Esperad*, dijo lord Mark. Si se necesitaba una llave-código, también la necesitaría Ryoval.

*El barón Ryoval no tiene sucesor*. Ryoval no tenía segundo al mando, no había nadie para reemplazarlo, nadie a quien estuviera entrenando. Mantenía a sus subordinados oprimidos y en canales de comunicación separados. La Casa Ryoval consistía en el barón Ryoval y muchos esclavos. Punto. Por eso no crecía. Ryoval no delegaba autoridad. Nunca.

Por lo tanto no tenía ningún lugar donde dejar sus llaves-código privadas, ningún subordinado en quien confiara lo suficiente. Tenía que llevarlas en su persona. Tenerlas con él. Siempre.

La banda negra gimió cuando lord Mark se volvió hacia el salón. Mark los ignoró. *Éste es mi trabajo*.

Dio vuelta al cuerpo de Ryoval y lo registró metódicamente, de arriba a abajo, hasta la piel, e incluso más. No dejó ninguna posibilidad, ni siquiera en los agujeros de los dientes. Se sentó, incómodo, distendió el vientre, que le dolía mucho, y los pies, que le ardían. Su nivel de dolor se elevaba cada vez más a medida que volvía a integrarse, y en consecuencia todo lo que hacía era un proceso muy de tanteo. *Tiene que estar aquí. Tiene que estar aquí, en alguna parte*.

*Corre, corre, corre*, gemía la banda negra en un coro increíblemente unido.

*Callaros y dejadme pensar*. Mark dio la vuelta a la mano de Ryoval y vio un anillo con una piedra negra y plana que brillaba a la luz...

Rió en voz alta.

Se tragó la risa inmediatamente, mirando a su alrededor. Al parecer el sistema de insonorización funcionaba bien. El anillo no salió del dedo. ¿Atascado? ¿Enganchado? ¿Unido con una operación? Cortó la mano derecha de Ryoval con la sierra láser. El láser cauterizó la herida, de modo que no hubo mucha sangre. Bien. Cojeó hasta el armario del dormitorio y miró el cuadradito rojo, del tamaño de la piedra.

*¿Qué va para arriba? ¿Y si lo rotaba mal? ¿Dispararía una alarma?*

Lord Mark hizo una pantomima. El barón Ryoval con prisa. Pone la palma en la cerradura y da una vuelta la mano para colocar el anillo...

- Así... - susurró.

La puerta se abrió sobre un tubo elevador personal. Se extendía veinte metros hacia arriba. Las almohadillas de control antigraavitatorio brillaban en la oscuridad: verde hacia arriba, rojo hacia abajo. Lord Mark y Asesino miraron a su alrededor. No había defensas obvias, ningún generador de campos opuestos...

Una brisa suave trajo el olor del aire fresco desde arriba. *¡Vámonos!*, aullaron Aullido, Eructo y Jadeo.

Lord Mark se quedó de pie, las piernas separadas, quieto, mirando. Se negaba a que le dieran prisa. *No tiene escalera de emergencia*, dijo por fin.

*¿Y qué?*

Y. *¿Qué?*

Asesino retrocedió, los demás callados, y esperó respetuosamente.

*Quiero una escalera de emergencia*, musitó lord Mark, quejoso. Se volvió y caminó de nuevo por las habitaciones privadas de Ryoval. Y mientras tanto, buscó ropa. No había mucho que elegir: era evidente que ésa no era la residencia principal de Ryoval. Sólo una suite privada. Todo demasiado largo y estrecho. Los pantalones, imposibles. Consiguió una camisa de tejido suave para ponerse sobre la piel al rojo. Una chaqueta suelta,

abierta, le dio algo más de protección. Un sarong estilo betanés, para el baño, le envolvió los muslos. Un par de sandalias: la del pie izquierdo le quedaba grande, y la del derecho, hinchado y roto, le resultaba pequeña. Buscó dinero, llaves, cualquier cosa que pudiera servirle. Pero no había nada para trepar.

*Voy a tener que hacerme mi propia escalera de emergencia.* Se colgó la sierra láser en el cuello con un par de cinturones de Ryoval, subió al elevador y empezó a hacer agujeros en el costado del plástico.

*¡Demasiado lento!* gemía la banda negra. Aullido aullaba por dentro; hasta Asesino, gritó: *¡Corramos, coño!*

Lord Mark los ignoró. Activó el campo de «arriba» pero no dejó que los llevara. Ayudándose de su mano y pie sanos, subió lentamente. No era difícil subir, flotando en el campo de gravedad; lo único difícil era recordar que había que tener siempre tres puntos de único apoyo. El pie derecho ya casi no le servía. La banda negra gemía, aterrorizada. Mark fue ascendiendo, metódico y decidido. Fundía un agujero. Esperaba. Movía una mano, un pie, una mano, un pie. Otro agujero. Esperar.

A tres metros del borde, llegó a un pequeño receptor de audio, pegado a la pared junto con un sensor de movimiento.

*Supongo que quiere una palabra en código. En la voz de Ryoval.* Lord Mark lo pensó tranquilamente, observando. *Lo lamento. No puedo darte el gusto.*

*No tiene que ser lo que tú crees,* dijo Asesino. *Podría ser cualquier cosa. Arco de plasma. Gas venenoso.*

*No. Ryoval me vio, pero yo vi a Ryoval. Será algo simple. Y elegante. Y tú te lo harás a ti mismo. Mira.*

Se cogió con fuerza, extendió la sierra láser y la hizo pasar por el sensor de movimiento.

El campo antigravitatorio del tubo elevador se apagó.

Aunque casi lo esperaba, Mark estuvo a punto de caerse por el peso de su propio cuerpo. Aullido no pudo contenerlo todo. Mark gritó en silencio, inundado de dolor. Pero se aferró con fuerza y no dejó caer a nadie.

Los tres últimos metros de ascensión hubieran podido calificarse de pesadilla, pero él tenía nuevas formas de medir la pesadilla. Fue simplemente tedioso.

Había una trampa de campos cruzados en la entrada superior, pero apuntaba hacia arriba. La sierra láser desarmó los controles. Él consiguió avanzar, inválido, arrastrándose, casi como un cangrejo, hasta un garaje subterráneo privado. Dentro, el volador de Ryoval. La capota se abrió cuando la tocó el anillo.

Él se deslizó al interior, ajustó el asiento y los controles lo mejor que pudo alrededor de sus contornos distorsionados y doloridos, levantó el vehículo en el aire. Adelante. Ese botón en el panel de control... ¿ahí? La puerta del garaje se abrió. Una vez fuera fue subiendo a través de la oscuridad, y la aceleración lo llevó cada vez más arriba. Nadie le disparó. No había luces abajo. Sólo una llanura rocosa, invernal. Toda la instalación era subterránea.

Consultó el mapa del volador y eligió una dirección. Al Este. Hacia la luz. Parecía bien. Siguió acelerando.

El volador se detuvo. Miles estiró el cuello y vio algo de lo que estaba debajo. O no había debajo. La aurora se alzaba sobre un desierto ventoso. No parecía haber nada de interés en kilómetros a la redonda.

- Raro - dijo el guardia que pilotaba el volador -. La puerta está abierta. - Cogió el comu y transmitió una especie de código. El otro guardia se movió, inquieto, mirando a su

compañero. Miles se retorció, tratando de verlos a los dos.

Bajaron. Las rocas se alzaron a su alrededor, luego un tubo de cemento. Ah. Entrada secreta. Llegaron al fondo y se movieron hacia delante, hacia un garaje subterráneo.

- Ah - dijo el otro guardia -. ¿Dónde están los vehículos?

El volador se detuvo y el guardia más grande tiró de Miles para sacarlo del asiento posterior y desatarle los tobillos. Lo puso de pie. Miles sintió que se caía de nuevo. Le dolían las heridas del pecho por la posición de las manos atadas en la espalda. Consiguió mantener los pies en el suelo y mirar mientras los guardias seguían en lo suyo. Era un garaje utilitario, mal iluminado, con resonancia, cavernoso. Vacío.

Los guardias lo pasaron por una entrada. Abrieron unas puertas automáticas con un código y se dirigieron hacia una habitación de seguridad. La habitación estaba activada.

- ¿Vaj? - llamó un guardia -. Estamos aquí. Revísanos.

No hubo respuesta. Uno de los guardias se adelantó, miró a su alrededor y tocó algo en una almohadilla de la pared.

- Tráiganlo de todos modos - dijo el jefe.

Lo pasaron. Él seguía vestido con el uniforme que le habían dado las Duronas: nada de instrumentos extraños en la ropa, gracias. Por desgracia.

El guardia jefe intentó con el intercomu. Varias veces.

- Nadie contesta.

- ¿Qué hacemos? - preguntó su compañero.

El jefe frunció el ceño.

- Supongo que desnudarlo y llevarlo al jefe. Ésas eran las órdenes.

Le sacaron el uniforme. Eran mucho y él no se resistió pero lamentó profundamente la pérdida. Hacía un frío asqueroso. Hasta los guardias tipo buey le miraron un rato el pecho destrozado. Le volvieron a atar las manos a la espalda y lo llevaron por el edificio mientras miraban con preocupación en todas direcciones.

Todo estaba muy tranquilo. Las luces se hallaban encendidas pero no había gente en ninguna parte. Una extraña construcción, no demasiado grande, sencilla y sin duda médica a juzgar por el olor. Investigación, decidió. La instalación de investigaciones biológicas de Ryoval. Privada. Era obvio que después del ataque Dendarii de hacía cuatro años, Ryoval había decidido que su instalación no tenía seguridad suficiente. Miles se daba cuenta. Ese lugar no tenía el aire de negocios que tenía el otro local. Parecía presa de una paranoia militar. Era el tipo de lugar al que se entra a trabajar y no se sale en años, o tal vez nunca, considerando quién era Ryoval. Al pasar, Miles echó una mirada rápida a algunas habitaciones tipo laboratorio. Pero nada de tecnos. Los guardias llamaron una o dos veces. Nadie contestó.

Llegaron a una puerta abierta, detrás de la cual había algo así como un estudio o una oficina.

- ¿Barón, señor? - aventuró el jefe de los guardias -. Tenemos a su prisionero.

El otro guardia se rascó el cuello.

- Si no está aquí, ¿lo trabajamos como al otro?

- Él aún no lo ha ordenado. Será mejor que esperemos.

Sí, claro. Miles sospechaba que Ryoval no era el tipo de hombre capaz de premiar la iniciativa en sus subordinados.

Con un suspiro nervioso, profundo, el jefe atravesó el umbral y miró a su alrededor. El más joven hizo que Miles lo siguiera. El estudio estaba muy bien amueblado, con un escritorio de madera y una silla rara con anillos de metal para sostener los brazos de la persona que la usara. Nadie conversaba con el barón Ryoval hasta que el barón Ryoval estuviera listo para conversar. Esperaron.

- ¿Y ahora qué hacemos?

- No sé. Hasta aquí llegaban mis órdenes. - El jefe hizo una pausa -. Tal vez es una prueba...

Esperaron otros cinco minutos.

- Si no quieren echar un vistazo - dijo Miles con voz alegre -, puedo ir yo.

Ellos se miraron. El jefe, con la frente fruncida, sacó un bloqueador y se deslizó por la arcada hacia la habitación contigua. Un momento después se oyó su voz:

- *Mierda*. - Y a los pocos segundos, un extraño gemido, atragantado y breve.

Eso fue demasiado incluso para el que retenía a Miles. Con la mano todavía firme sobre el brazo del prisionero, el segundo guardia siguió al primero hacia una gran habitación dispuesta como salón. Había un enorme holovideo en la pared, en blanco y silencioso. La habitación estaba dividida por una extraña barra de madera blanca y negra, como una cebra. Había una silla muy baja frente a una zona grande y el cuerpo muerto del barón Ryoval yacía boca abajo, desnudo, mirando al techo con ojos secos.

No había señales de lucha - ningún mueble derribado, ninguna quemadura de plasma en las paredes -, excepto en el cuerpo mismo. Allí se concentraban todas las marcas de una violencia tremenda: el cuello aplastado, el torso hecho trizas, sangre seca alrededor de la boca. Una doble línea de puntos negros y redondos como las huellas de la punta de un dedo rodeaba la frente del barón. Parecían quemaduras. La mano derecha faltaba por completo, y la muñeca acababa en un muñón cauterizado.

Los guardias se quedaron momentáneamente paralizados de horror.

- ¿Qué ha pasado? - susurró el más joven.

*¿Hacia dónde van a saltar estos dos?*

*¿Cómo hacía Ryoval para controlar a sus empleados/esclavos? A los menores, con terror, claro; a los de nivel medio y los tecnos, con una sutil combinación de miedo e interés. Pero éstos, sus guardaespaldas personales, eran el cuadro más íntimo, el instrumento último con el que se imponía la voluntad del jefe sobre todo el resto.*

No podían estar tan bloqueados mentalmente como sugería su impasibilidad exterior; en ese caso hubieran sido inútiles en una emergencia. Pero si tenían intactas las mentes estrechas, eso quería decir que los controlaban por sus emociones. Los hombres a quienes Ryoval dejaba pararse a su espalda con armas activadas debían estar programados al máximo, probablemente desde el nacimiento. Ryoval tenía que ser padre, madre, familia y todo para ellos. Ryoval tenía que ser su dios.

Pero ahora el dios estaba muerto.

*¿Qué harían? ¿Estoy libre sería un concepto inteligible para ellos? Sin su objeto focal, ¿cuánto tardaría en derrumbarse la programación de que habían sido objeto? No lo suficiente.* Una luz fea, compuesta de rabia y miedo, les estaba creciendo en los ojos.

- Yo no lo he hecho - señaló Miles con rapidez y prudencia -. Estaba con ustedes.

- Quédate aquí - dijo el jefe a su subordinado -. Voy a hacer un reconocimiento. - Dio una vuelta por el departamento del barón y al volver anunció lacónico -: El volador no está. Las defensas del tubo, todas voladas.

Dudaron. El gran inconveniente de la perfecta obediencia: iniciativa destruida.

- ¿No sería mejor que revisaran el edificio? - sugirió Miles -. Puede haber supervivientes. Testigos. Tal vez... tal vez el asesino esté escondido por aquí. - *¿Dónde está Mark?*

- ¿Y qué hacemos con él? - preguntó el más joven, con un gesto de la cabeza hacia Miles.

El jefe se encogió de hombros, indeciso.

- Tráelo. O enciérralo. O mávalo.

- Ustedes no saben para qué me quería el barón - interrumpió Miles, instantáneamente -. Será mejor que me lleven para averiguar lo ocurrido.

- Te quería para el otro - dijo el jefe, con una mirada indiferente. Pequeño, desnudo, a medio curar, con las manos atadas a la espalda: los guardias no lo veían como amenaza. *Y tienen razón, mucha razón. Mierda.*

Después de una breve consulta en voz baja, el joven lo empujó con ellos y llevaron a

cabo una revisión rápida y metódica de las instalaciones. Miles no habría podido pedirles más si hubieran sido sus hombres. Encontraron muertos a dos de sus compañeros de uniforme rojo y negro. Un misterioso charco de sangre cruzaba el corredor de un lado a otro. Otro cuerpo, totalmente vestido de tecno superior, en una ducha, la nuca aplastada con un objeto romo. En niveles inferiores, más señales de lucha, saqueo y destrucción sistemática, comuconsolas y equipos destruidos.

¿Había sido una revuelta de esclavos? ¿Una lucha de poder entre facciones? ¿Venganza? ¿Las tres cosas simultáneamente? Y el asesinato de Ryoval, ¿era causa o meta? ¿Había habido una evacuación en masa, o una matanza en masa? En cada curva, en cada puerta, Miles se preparaba para otra escena de carnicería.

En el nivel más bajo había un laboratorio con media docena de celdas con paredes de vidrio en un extremo. Por el olor, algún experimento se había cocinado demasiado tiempo allí dentro. Él miró las celdas y tragó saliva.

Habían sido humanos, una vez, esos montones de carne, tejido cicatrizado. Ahora eran... platos culturales de algún tipo. Cuatro habían sido hembras, dos machos. Algún tecno les había cortado el cuello a todos, como último acto de misericordia en la huida. Miles los miró, desesperado, la cara apretada al vidrio. Seguramente eran todos demasiado grandes para ser Mark. Seguramente. Aunque hubiera podido, no habría querido entrar en las celdas a inspeccionar de cerca.

Por fin entendía la razón de la falta de resistencia de los esclavos de Ryoval. Había un aire de economía en todo eso. Un aire horrendo. ¿No te gusta el trabajo en el burdel, nena? ¿Harto del aburrimiento y la brutalidad de la guardia, tío? ¿Qué tal la investigación científica? La última parada para cualquier pretendiente a Espartaco entre las posesiones humanas de Ryoval. *Bel tenía razón. Deberíamos haber terminado con este lugar la primera vez que vinimos.*

Los guardias echaron una mirada a las celdas y siguieron adelante. Miles se retrasó, dominado por la inspiración. Valía la pena intentarlo...

- ¡Mierda! - exclamó, y pegó un salto.

Los guardias giraron en redondo.

- Ese... ese hombre ahí... Se movió. Creo que voy a vomitar.

- No puede ser. - El jefe miró a través de la pared transparente a un cuerpo con la espalda vuelta hacia ellos.

- ¿No habrá visto algo desde ahí dentro? - dijo Miles -. Por Dios, no abran la puerta.

- Cállate. - El jefe se mordió el labio, miró el panel y un momento después abrió la puerta y entró con cautela.

- ¡Ah! - chilló Miles.

- ¿Qué? - ladró el jefe.

- Se ha movido de nuevo. Como... un espasmo.

El guardia más joven sacó el bloqueador y siguió a su compañero adentro, para cubrirlo. El jefe extendió una mano, se detuvo y finalmente sacó la picana y empezó a pasarla por el cuerpo tendido.

Miles golpeó el control de la puerta con la cabeza. El vidrio se cerró, apenas a tiempo. Los guardias golpearon la puerta y la sacudieron como perros rabiosos. La puerta apenas si transmitió la vibración. Tenían las bocas abiertas, le gritaban y lo insultaban pero el sonido no pasaba la barrera. Seguramente las paredes transparentes eran de material para el espacio: tampoco los bloqueadores lo atravesaban.

El jefe sacó un arco de plasma y empezó a quemar. La puerta brilló levemente. Mala señal. Miles estudió el panel de control... ahí. Tocó los bloques de los menús con la lengua hasta que apareció *oxígeno*, y lo puso tan bajo como pudo. ¿Se desmayarían los guardias antes de que cediera la pared bajo el arco de plasma?

*Sí.* Buen sistema de ambiente ése. Los perros de Ryoval cayeron junto al vidrio, con las manos relajadas en la inconsciencia. El arco de plasma cayó de sus dedos sin fuerza y se

apagó.

Miles los dejó encerrados en la tumba de sus víctimas.

Era un laboratorio. Tenía que haber herramientas cortantes y de todo tipo... correcto. Sí. Le llevó varios minutos de contorsiones, trabajando por la espalda. Estuvo a punto de desmayarse, pero finalmente las esposas cedieron. Gimió de alivio, con las manos libres.

¿Armas? Todas las armas *per se* habían desaparecido en manos de los ocupantes en fuga y sin el traje protector, él no quería volver a abrir la celda de vidrio y recuperar las armas de los guardias. Pero un escalpelo láser que encontró en el laboratorio le hizo sentirse menos vulnerable.

Quería ropa. Temblando de frío, trotó por los corredores hasta la entrada de seguridad y buscó se traje tejido. Volvió a las instalaciones y revisó todo con cuidado. Intentó en cada una de las comuconsolas que no estuvieran rotas. Todas tenían circuitos internos: no había forma de llegar a los canales externos.

¿Dónde está Mark? De pronto se le ocurrió que si podía haber algo peor que estar prisionero en una celda de ese lugar esperando a que volvieran los torturadores, sería sin duda estar encerrado en una celda esperando a torturadores que *nunca* volverían. En la que fue tal vez la media hora más frenética que hubiera experimentado en toda su vida, abrió o rompió una por una las puertas del edificio. Detrás de cada una esperaba encontrar un cuerpecito encogido y mojado, la garganta piadosamente cortada... Estaba gimiendo, tenía miedo de experimentar otra convulsión, y entonces encontró la celda... bueno, el armario, cerca de las habitaciones de Ryoval. Vacía. Tenía el mal olor de la ocupación reciente. Las manchas de sangre en la pared y el suelo lo descompusieron. Pero estuviera donde estuviese y estuviera como estuviese, era obvio que Mark no estaba allí. Entonces, él también tenía que irse.

Recuperó el aliento, buscó una cesta de plástico y fue de compras a los laboratorios. Se llevó todo lo que le pareció útil para manipular equipos electrónicos. Herramientas cortantes y cables, diagnosticadores de circuito, lectores y relés, lo que fuera. Cuando pensó que tenía suficiente, volvió al estudio del barón y se dedicó a hacer una disección de la comuconsola dañada. Finalmente, consiguió pasar la cerradura de palma, pero lo único que encontró fue un cuadradito rojo que decía: *Inserte llave-código*. Lanzó una maldición, irguió la espalda y volvió a sentarse. Esto iba a ser muy aburrido y muy lento.

Tuvo que volver a recorrer el edificio buscando equipo para pasar el bloqueo de la llave-código. Y la comuconsola ya nunca sería la misma. Pero por fin llegó a la red de comunicaciones planetaria. Hubo otra pausa breve mientras pensaba cómo hacer que la cuenta la pagara la Casa Ryoval: todo se cobraba por adelantado en Jackson's Whole.

Después tuvo que pensar a quién llamar. Barrayar tenía un consulado en la Estación del Consorcio Hargrave-Dyne. Parte del personal era realmente diplomático y/o económico, pero incluso esa parte era en realidad Análisis de SegImp. El resto eran agentes propiamente dichos que manejaban una red pequeña de informantes distribuida por todo el planeta y sus satélites y estaciones. El almirante Naismith tenía un contacto allí. Pero ¿acaso SegImp habría estado antes allí? ¿La carnicería era trabajo de ellos? ¿Un trabajo para rescatar a Mark? Llegó a la conclusión de que no. Era lo bastante rudo pero no lo bastante metódico. En realidad era un caos.

¿Y por qué no vinieron a buscar a Mark? Una pregunta tonta, que no tenía respuesta desde donde él se encontraba. Tecleó el número del consulado. *Que empiece el circo*.

Estuvieron con él en media hora, un teniente tenso de SegImp llamado Iverson con un escuadrón de acción alquilado en la Casa Dyne, con uniformes paramilitares y cierto equipo militar relativamente decente. Habían bajado directamente de la órbita en un transbordador; el calor ardía sobre el metal de la nave en la luz húmeda de la mañana. Miles estaba sentado en una piedra en el camino de la entrada o, para decirlo más exactamente, entrada de emergencia, mirando irónicamente mientras ellos galopaban,

armas en mano, y se extendían en el campo como para tomar la instalación por asalto.

El oficial se le acercó a la carrera y le hizo un saludo medio militar.

- ¿Almirante Naismith?

Iverson no era nadie que él conociera: a ese nivel, el hombre tenía que tomarlo por alguien valioso pero no de Barrayar. Un mercenario de SegImp.

- El único y verdadero. Puede decirle a sus hombres que descansen. La instalación está segura.

- ¿Usted la aseguró solo? - preguntó Iverson, sin darle crédito.

- Más o menos.

- ¡Hace dos años que buscamos este lugar!

Miles contuvo una respuesta airada sobre gente que no podía encontrar ni su propio pito con un mapa y una linterna.

- ¿Dónde está... ah... Mark? El otro clon. Mi doble.

- No lo sabemos, señor. Nos habían dado una clave a través de un informante y estábamos a punto de atacar la Casa Bharaputra para recuperarle a usted cuando recibimos su llamada.

- Anoche estaba allí. Su informante no sabía que iban a llevarme. - *debió ser Rosa, que escapó. ¡Hurra!* - Hubieran llegado tarde y habría sido una vergüenza.

Iverson hizo una mueca.

- Ésta ha sido una operación increíblemente enredada desde el principio. Muy fea. Me cambiaban las órdenes constantemente.

- Dígame - suspiró Miles -, ¿no supo nada de los Mercenarios Dendarii?

- Un equipo de operación secreta viene hacia aquí ahora, según me dicen, señor. - Los «señor» de Iverson estaban teñidos de duda; la forma normal, dudosa, con que los hombres regulares de Barrayar contemplaban a los mercenarios auto-promovidos -. Espero... me gustaría controlar la seguridad de la instalación, señor, si no le importa...

- Adelante - dijo Miles -. Va a ser una visita interesante, se lo aseguro. Si tiene buen estómago, claro. - Iverson llevó a sus tropas adentro. Miles se habría reído si no hubiera estado aullando por dentro. Lanzó un suspiro y fue tras ellos.

La gente de Miles llegó en un pequeño transbordador personal, que entró directamente al garaje oculto. Él los miró desde el monitor del estudio de Ryoval y les dio indicaciones para encontrarlo. Quinn, Elena, Taura y Bel, todos vestidos con la media armadura. Llegaron al estudio haciendo ruido, casi tan impresionantes y tan inútiles como la gente de SegImp.

- ¿Por qué las ropas de fiesta? - fue la primera pregunta de un Miles agotado, apenas los vio entrar. Sabía que hubiera debido ponerse de pie y recibir y devolver saludos y todo eso, pero la silla de Ryoval era increíblemente incómoda y él estaba increíblemente cansado.

- ¡Miles! - exclamó Quinn, llena de pasión.

Cuando él vio la cara preocupada de ella, se dio cuenta por primera vez de lo enojado que estaba y de lo culpable que se sentía por *¿Dónde mierda está Mark, malditos seáis todos?*

- Capitana Quinn - le dijo para que se diera cuenta de que estaban en tiempo de trabajo antes de que ella se le echara encima. Ella se detuvo a mitad de camino y adoptó una posición de alerta. Los otros se apilaron detrás de ella.

- Estábamos coordinando con SegImp un ataque contra la Casa Bharaputra - dijo Quinn sin aliento -. ¡Volviste a ser tú mismo! Estabas crío-amnésico... ¿te has recuperado? La doctora Durna dijo que lo conseguirías.

- En un noventa por ciento, creo. Todavía tengo agujeros en mi memoria. ¿Qué pasó, Quinn?

Ella lo miraba con la expresión de alguien que tiene demasiadas cosas que decir.

- ¿Desde cuándo? Cuando te mataron...

- Desde hace cinco días. Cuando llegaste al Grupo Duroña...

- Vinimos a buscarte. Y *te encontramos*, mierda, después de cuatro meses espantosos...

- A ti te bloquearon, se llevaron a Mark y Azucena Duroña me llevó con mi cirujana hacia lo que ella pensaba que sería la seguridad - la alentó Miles hacia lo que quería oír.

- Ah, era tu médica... Pensé... No importa. - Quinn contuvo sus emociones, se sacó el casco y se bajó la capucha, le pasó los dedos de puntas rojas por los rulos aplastados y empezó a organizar la información en puntos esenciales, al estilo de combate -. Al principio, perdimos horas. Cuando Elena y Taura consiguieron otro coche aéreo, los secuestradores ya se habían ido. Buscaron, pero nada. Cuando volvieron al Grupo Duroña, Bel y yo nos estábamos despertando. Azucena Duroña insistió en que tú estabas a salvo. Yo no le creí. Salimos y yo me puse en contacto con SegImp. Empezaron a empujar a su gente, que estaba en todo el planeta buscando huellas de tu paradero y los enviaron a buscar sólo a Mark. Más pistas mientras seguían trabajando con su teoría favorita según la cual los secuestradores eran cazadores de recompensas de Cetaganda. Y la Casa Ryoval tiene más de cincuenta lugares e instalaciones diferentes, sin incluir ésta, que era secreta. Mucho que revisar.

» Luego Azucena Duroña pensó que después de todo habías desaparecido. Y como parecía más importante encontrarte a ti, pusimos todas las fuerzas en eso. Pero teníamos pocas claves. Tardamos dos días en encontrar el volador abandonado. Y no nos dio ninguna clave.

- Correcto. Pero vosotros sospechabais que Ryoval tenía a Mark.

- Pero Ryoval quería al almirante Naismith. Supusimos que se daría cuenta de que se había equivocado.

Él se pasó las manos por la cara. Le dolía la cabeza. Y el estómago.

- ¿Nunca pensasteis que tal vez a Ryoval no le importaría? Dentro de unos minutos voy a pedirlos que vayáis al corredor y examinéis la celda donde lo tuvieron. Y oláis. Quiero que miréis muy bien. Mejor, iro ahora. Sargento Tarura, quédate.

Sin ganas, Quinn llevó a Elena y a Bel hacia la puerta. Miles se inclinó. Taura se le acercó para oír.

- ¿Qué pasó, Taura? Tú eres de Jackson. Sabes lo que es Ryoval, lo que son sus instalaciones... ¿Por qué perdisteis eso de vista?

Ella meneó la cabezota.

- La capitana Quinn pensaba que Mark era un desastre. Después de tu muerte, estaba tan furiosa que no podía ni darle la hora. Y al principio yo estaba de acuerdo con ella... Pero... no sé. Se esforzó tanto... El ataque al criadero fracasó, pero por muy poco. Yo creo que si hubiéramos hecho las cosas más deprisa, si el perímetro de defensa del transbordador hubiera hecho mejor el trabajo, lo habríamos sacado adelante.

Él hizo una mueca. Estaba de acuerdo.

- No hay piedad para fracasos en el tiempo, en operaciones que no tienen margen, como ésta. Los comandantes tampoco pueden tener piedad. Si la tienes, te convendría quedarte en órbita y meter a tu tripulación en los desintegradores de basura directamente. Así ahorrarías pasos intermedios. - Hizo una pausa -. Quinn será buena comandante, algún día.

- Estoy de acuerdo, señor. - Taura levantó el casco, se sacó la capucha y miró a su alrededor -. Pero en cierto modo, he llegado a querer a ese pequeño. Hizo el *esfuerzo*. Hizo el esfuerzo y fracasó, pero nadie hacía el esfuerzo. Y estaba tan solo...

- Solo. Sí. Aquí. Durante cinco largos días.

- Realmente creímos que Ryoval se daría cuenta de que él no eras tú.

- Tal vez... tal vez... - Parte de su mente se aferraba todavía a esa esperanza. Tal vez no había sido tan malo como parecía, tan malo como le decía su imaginación al galope.



Quinn y compañía regresaron, todos cabizbajos.

- Bien - dijo él -. Me encontrasteis a mí. Ahora tal vez podáis concentraros en Mark. Yo estuve revisando el lugar durante las últimas horas y no encontré ni una sola pista. ¿Se lo llevaron los que huyeron? ¿Está fuera, en el desierto, congelándose? Tengo a seis de los hombres de Iverson buscando con telescopios fuera y a otro controlando los informes de desintegración de las instalaciones en busca de cincuenta kilos de proteínas. ¿Alguna idea brillante, chicos?

Elena volvió de inspeccionar la habitación de al lado.

- ¿Y quién crees que le hizo los honores a Ryoval?

Miles abrió las manos.

- No lo sé. Tiene cientos de enemigos mortales, con su carrera...

- Lo mató una persona sin armas. Una patada en el cuello, luego, más patadas cuando había caído.

- Ya me di cuenta.

- ¿Y te fijaste en el equipo de herramientas?

- Sí.

- Miles, fue Mark.

- ¿Cómo es posible? Debió pasar anoche. Después de... cinco días de trabajarlo... y Mark es muy pequeño, como yo... No creo que sea físicamente posible.

- Mark es pequeño, pero no es como tú - dijo Elena -. Y casi mató a un hombre en Vorbarr Sultana de una patada en el cuello.

- ¿Qué?

- Tiene *entrenamiento*, Miles. Lo entrenaron para matar a tu padre que es más grande que Ryoval y tiene años de experiencia en combate.

- Sí, pero nunca pensé... ¿cuándo estuvo Mark en Vorbarr Sultana? - *Sorprendente lo fuera de onda que puede estar uno con sólo dos o tres meses de muerto. Por primera vez controló el impulso de recuperar inmediatamente su puesto de comandante. Un maníaco con tres cuartos de su memoria y convulsiones permanentes es justo lo que queremos, claro. Para no mencionar que me quedo sin aliento todo el tiempo.*

- Ah... y lo de tu padre. Debería decirte... no, tal vez sea mejor que espere un poco. - Elena lo miró, preocupada.

- ¿Qué pasa con...? - Lo interrumpió un ruido en el canal de comu de Iverson, que el teniente le había dado como cortesía -. ¿Sí, teniente?

- Almirante Naismith. El barón Fell está en la entrada. Con un escuadrón doble. Dice que... que viene a buscar al cuerpo de su medio hermano muerto... Es el pariente más cercano.

Miles silbó en silencio e hizo una mueca.

- ¿Ah, sí? Bueno, tengo una idea. Déjelo entrar con un guardaespaldas. Sólo uno. Y hablaremos. Tal vez sepa algo. Pero no deje entrar al escuadrón. Aún no.

- ¿Le parece prudente?

¿Cómo diablos voy a saberlo?

- Claro.

Unos minutos después, el barón Fell entró, bufando, escoltado por uno de los hombres contratados por Iverson y flanqueado por un guardia grande vestido de verde. La cara redonda del barón estaba levemente más rosada que de costumbre por el esfuerzo, pero fuera de ese detalle, tenía el mismo aspecto de abuelo regordete de siempre, y rezumaba el habitual buen humor, falso y peligroso.

- Barón Fell. - Miles hizo un gesto de saludo -. Me alegro de verle de nuevo.

Fell también inclinó la cabeza.

- Almirante. Sí, supongo que ahora todo tiene buen aspecto para usted. Así que realmente era usted el que recibió el disparo de Bharaputra. Su clon hizo un excelente trabajo cuando fingió ser usted, después. Tengo que reconocerlo. Aumentó mucho la

confusión de una situación ya sumamente confusa...

¡Ay!

- Sí. ¿Y qué lo trae por aquí?

- Negocios - afirmó Fell, es decir, en jacksoniano: *usted primero*.

Miles aceptó.

- El fallecido barón Ryoval me trajo aquí en un volador con dos de sus guardaespaldas, también fallecidos. Encontramos las cosas como usted las ve. Yo... bueno... neutralicé a los guardias a la primera oportunidad. La forma en que llegué a sus manos es una historia más complicada. - Es decir, *Es todo lo que voy a darle hasta que usted también me dé algo*.

- Hay algunos rumores extraordinarios sobre mi querido y fallecido herma... está fallecido, ¿verdad?

- Ah, sí. Dentro de un momento podrá verlo.

- Gracias. Mi querido y fallecido medio hermano. Su muerte. Me llegó uno de esos rumores de primera mano.

*Un antiguo empleado de Ryoval huyó directamente hacia él y se ofreció como informante. Correcto.*

- Espero que su virtud fuera recompensada.

- Lo será, apenas me asegure de que dijo la verdad.

- Bueno. ¿Por qué no va a verlo, entonces? - Tuvo que levantarse de la silla. Lo consiguió con dificultad y llevó al barón al salón. Lo siguieron el guardaespaldas de la Casa Fell y los Dendarii.

El gran guardaespaldas miró preocupado a la sargento Taura, que se alzaba sobre él.

Ella le sonrió, los colmillos brillantes.

- Hey, hola. Eres guapo, ¿sabes? - le dijo. Él retrocedió, acercándose más a su señor.

Fell se apresuró a aproximarse al cuerpo, se arrodilló a su derecha y levantó la muñeca sin mano.

- ¿Quién hizo esto? - preguntó contrariado.

- No lo sabemos todavía - dijo Miles -. Lo encontré así.

- ¿Exactamente así? - Fell le echó una mirada.

- Sí.

Fell miró los agujeros negros en la frente del cadáver.

- Quienquiera que haya hecho esto, sabía lo que hacía. Quiero encontrar al asesino.

- ¿Para... vengar la muerte de su hermano? - preguntó Elena con cautela.

- No. ¡Quiero ofrecerle un puesto! - Fell soltó una carcajada, alegre -. ¿Se da cuenta de la cantidad de gente que estuvo intentando esto durante años?

- Tengo una idea - dijo Miles -. Si usted puede ayudar...

En la otra habitación sonó la comuconsola medio asesinada de Ryoval.

Fell alzó los ojos, atento.

- Nadie puede llamar aquí sin la llave-código - afirmó, y se puso de pie. Miles apenas si consiguió llegar primero al estudio y deslizarse en la silla de la comuconsola.

Activó el monitor de vídeo.

- ¿Sí? - Y casi se cayó de la silla de nuevo.

La cara regordeta de Mark se formó sobre el monitor. Parecía que acababa de salir de una ducha, la cara limpia, el cabello mojado y tirado hacia atrás. Tenía puesto un traje gris tejido como el de Miles. Unos moretones azules, que se estaban poniendo verdosos y amarillos en los bordes, hacían que la piel que se veía pareciera una colcha de retazos, pero los ojos estaban abiertos y muy brillantes. Y tenía las orejas en su lugar.

- Ah - dijo alegremente -, estás ahí. Lo supuse. ¿Ya sabes quién eres?

- ¡Mark! - Miles casi se arrastraba a través de la imagen de vídeo -. ¿Estás bien?

¿Dónde coño estás?

- Veo que ya lo sabes. Me alegro. Estoy con Azucena Durona, Miles. Qué lugar. Qué

mujer. Me dejó darme un baño. Me puso la piel de nuevo. Me arregló el pie. Me dio un relajante muscular para la espalda. Con sus propias manos me hizo servicios médicos que son demasiado íntimos y asquerosos para describírtelos aunque de lo más necesarios, y me sostuvo la cabeza mientras yo aullaba. ¿Ya te hablé del baño? La amo y me quiero casar con ella.

Todo eso con tal entusiasmo que Miles empezó a pensar que todo era una broma.

- ¿Qué estás tomando? - preguntó receloso.

- Calmantes. Toneladas y toneladas de calmantes. ¡Ah, es maravilloso! - Le hizo una enorme sonrisa a Miles -. Pero no te preocupes, tengo la cabeza totalmente despejada. Es el baño. Estaba más o menos entero hasta que me bañé. Eso me descontroló. ¿Sabes lo fabuloso que puede ser un baño cuando estás lavándote de...? No, no importa.

- ¿Cómo saliste de aquí? ¿Cómo llegaste a la Clínica Durova? - preguntó Miles impaciente.

- En el volador de Ryoval. La llave-código funcionó.

Detrás de Miles, el barón Fell respiró profundamente.

- Mark - se inclinó sobre el receptor de vídeo con una sonrisa -, ¿podría comunicarme con Azucena, por favor?

- Ah, barón Fell - dijo Mark -. Qué bien. Iba a llamarlo. Quiero invitarlo a tomar el té aquí, en casa de Azucena. Tenemos mucho de qué hablar. Tú también, Miles. Y trae a todos tus amigos. - Mark lo miró con ojos inteligente, que decían mucho.

En silencio, Miles se inclinó y apretó el botón de «alerta» en la unión de comu con Iverson.

- ¿Por qué, Mark?

- Porque los necesito. Mis tropas están demasiado cansadas para seguir trabajando.

- ¿Tus tropas?

- Por favor, haz lo que te pido. Porque yo te lo pido. Porque me lo debes - agregó Mark en una voz tan baja que Miles tuvo que hacer un esfuerzo para poder oír. Los ojos de Mark brillaban, casi quemaban. Una chispa breve.

Fell musitó.

- La usó. Tiene que saber... - Se inclinó otra vez y le dijo a Mark -: ¿Sabe lo que tiene en... ah... la mano, Mark?

- Ah, barón. Sé lo que estoy haciendo. No sé por qué hay tanta gente a la que le cuesta tanto trabajo crearlo - agregó en un tono dolido -. Sé *exactamente* lo que estoy haciendo. - Después se rió. Era una risa muy perturbadora, nerviosa y demasiado alta.

- Déjeme hablar con Azucena.

- No. Venga y hable con ella aquí. - dijo Mark con petulancia -. De todos modos, es conmigo con quien quiera hablar. - Miró a Fell directamente a los ojos -. Le prometo que le va a resultar muy beneficioso.

- Creo que sí que quiero hablar con usted - murmuró Fell -. De acuerdo.

- Miles. Estás en el estudio de Ryoval. - Mark lo miró a la cara buscando algo, pero luego asintió para sí mismo, como satisfecho -. ¿Elena está ahí?

- Sí...

Elena se inclinó hacia adelante desde el otro lado de Miles.

- ¿Qué quieres, Mark?

- Quiero hablar contigo un momento. Guardaespaldas. En privado. ¿Puedes hacer que se vayan todos los demás, por favor? Todos.

- No puede ser - empezó Miles -. ¿Guardaespaldas? ¿Mujer? ¿Con juramento? No puede ser.

- Técnicamente supongo que no, ahora que estás vivo de nuevo - dijo Mark. Sonrió con tristeza -. Pero quiero que me haga un servicio. Es lo primero y lo último que pido. En privado, Elena.

Elena miró alrededor.

- Todo el mundo afuera. Por favor, Miles. Esto es entre Mark y yo.

- ¿Guardaespaldas personal? - musitó Miles, dejándose llevar al corredor -. ¿Cómo puede...? - Elena cerró la puerta y se quedó dentro. Miles llamó a Iverson para tratar de un transporte y otras cosas. La carrera entre él y Fell todavía era amable, aunque claramente era una carrera.

Elena emergió al cabo de unos minutos. Tenía la cara tensa.

- Vete a la Clínica Durna. Mark me ha pedido que le busque algo. Os alcanzo más tarde.

- Entonces, recoge todos los datos que puedas para SegImp - dijo Miles, que se sentía un poco superado por el ritmo de los acontecimientos. De alguna forma, ya no parecía estar al mando -. Le diré a Iverson que te dé mano libre. Pero... ¿guardaespaldas? ¿Quiere decir lo que yo creo que quiere decir? ¿Cómo puede...?

- Ahora no significa nada. Pero le debo mucho a Mark. Todos le debemos mucho. Él mató a Ryoval...

- Estaba empezando a darme cuenta de que ésa era la única explicación. Pero sigo sin ver cómo.

- Él dice que con las dos manos atadas a la espalda, y yo le creo. - Elena giró otra vez en redondo, hacia el departamento de Ryoval.

- ¿Y ése era Mark? - musitó Miles mientras caminaba en dirección contraria. No podía haber tenido otro hermano clon mientras estaba muerto, ¿o sí? -. No sonaba a Mark. En primer lugar, parecía contento de verme. ¿Ése es Mark?

- Ah, sí - dijo Quinn -. Es Mark, te lo aseguro.

Él apresuró el paso. Hasta Taura tuvo que alargar sus zancadas para alcanzarlo.

30

El pequeño transbordador personal de los Dendarii mantuvo la misma velocidad que el transbordador grande del barón Fell: llegaron a la clínica del Grupo Durna casi simultáneamente. Un transbordador de la Casa Dyne que pertenecía provisionalmente a SegImp esperaba al otro lado de la calle, junto a un pequeño parque. Esperaba solamente.

Mientras hacían el primer círculo para aterrizar, Miles le preguntó a Quinn, quien pilotaba la nave:

- Elli... si estuviéramos volando en un volador o coche aéreo o algo así y yo te ordenara que te estrellaras, ¿lo harías?

- ¿Ahora? - preguntó Quinn, alerte. El transbordador se tambaleó.

- ¡No! Ahora no. Quiero decir, en teoría. ¿Obedecerías sin hacer preguntas, casi instantáneamente?

- Bueno, supongo que sí. Después preguntaría, claro. Probablemente cuando tuviera mis manos alrededor de tu cuello.

- Lo suponía - Miles se sentó de nuevo, satisfecho.

Se encontraron con el barón Fell en la entrada, donde los guardias se preparaban para abrir un portal en la pantalla. Fell frunció el ceño cuando vio a los tres Dendarii en armadura detrás de Miles, que seguía en su traje gris de tejido. Bel, Quinn y Taura.

- Es mi instalación. - Señaló hacia delante. Su par de hombres de verde los miraron serios.

- Ellos son mis guardaespaldas - dijo Miles - y los necesito mucho en estos sitios. Creo que eso está demostrado... Su pantalla de fuerza parece tener fallos de funcionamiento.

- A él/ ya le arreglaron las cuentas - dijo Fell, con amargura -. Eso no volverá a pasar.

- Aun así. - Y, como una concesión, Miles señaló el transbordador en el aparcamiento -. Mis otros amigos van a esperar fuera.

Fell frunció el ceño, pensativo.

- De acuerdo - dijo por fin. Lo siguieron al interior. Halcón salió a recibirlos, se inclinó frente al barón y los escoltó formalmente a través de una serie de tubos elevadores hacia el departamento de Azucena Duroña.

Lo que vieron, pensó Miles, cuando llegó por encima del riel de cromo, podía definirse como «espectáculo». Todo arreglado, como un escenario.

Mark era el centro. Estaba sentado cómodamente en el sillón de Azucena Duroña, el pie vendado sobre una almohada de seda colocada en la mesita baja. Rodeado de doctoras Duroña. Azucena misma, el cabello blanco trenzado como una corona sobre su cabeza, de pie a la derecha de Mark, inclinada y divertida sobre el sillón, sonriendo benéficamente por encima de todo. Halcón se colocó a la izquierda. La doctora Crisan, la doctora Peonía, y la doctora Rosalía a la izquierda. La doctora Crisan tenía un gran extintor en las rodillas. Rosa no estaba allí. La ventana ya estaba arreglada.

En el centro de la mesa había una caja transparente. Encima de ella estaba una mano con un gran anillo de plata adornado con lo que parecía un cuadrado de ónix negro.

El aspecto físico de Mark perturbaba a Miles. Se había preparado para ver traumas de torturas terribles, pero Mark estaba cubierto del cuello a los tobillos con un traje tejido y gris como el suyo. Sólo los moratones en la cara y el vendaje en el pie hablaban de sus actividades de los últimos cinco días. Pero tenía el cuerpo y la cara extrañamente inflados, un aspecto muy poco saludable, el vientre impresionante, más grande que el de la figura rechoncha en uniforme Dendarii que había visto en esa misma habitación hacía apenas unos días y mucho más que el casi duplicado de sí mismo que había tratado de rescatar del ataque al criadero de clones hacía cuatro meses. En otra persona, el barón Fell por ejemplo, esa casi obesidad no le hubiera hecho ni parpadear pero en Mark... ¿podía ese gordo ser Miles mismo, si alguna vez aflojaba la marcha? Sintió unos deseos enormes de jurar que nunca volvería a comer un postre. Elli lo miraba francamente asqueada y horrorizada.

Mark sonreía. Tenía una pequeña caja de control bajo la mano derecha. El dedo índice apretaba un botón.

El barón Fell vio la caja que contenía la mano y empezó a caminar hacia ella, exclamando:

- ¡Ah!

- Alto - dijo Mark.

El barón se detuvo.

- ¿Sí? - dijo preocupado.

El objeto en el que usted se interesa está en esta caja sellada. El otro objeto que hay en la caja es una pequeña granada térmica. A control remoto. - Levantó la mano con el control en ella -. Y lo controlo yo. Si levanto el dedo... Hay un segundo control en manos de otra persona, en otra habitación. Si me bloquea usted o me salta encima, la granada se dispara. Asísteme y tal vez suelte el control. Cánseme y tal vez me aburra de sostenerlo. Disgústeme lo suficiente, y tal vez lo suelte sólo para molestarlo a usted.

- El hecho de que hay hecho esos arreglos - dijo Fell lentamente - me dice que usted sabe el valor de lo que tiene entre manos. No creo que deje estallar la granada. Es una amenaza vana...

- Le aconsejo que no trate de probar esa teoría - dijo Mark, sin dejar de sonreír -. Después de cinco días de la hospitalidad de su medio hermano, estoy de un humor *verdaderamente hostil*. Lo que está en esa caja es valioso para usted. Para mí no. Sin embargo - respiró hondo -, usted tiene algunas cosas que sí son valiosas para mí, barón. Negociemos.

Fell se mordió el labio inferior y miró los ojos brillantes de Mark.

- Escucho - dijo por fin.

Mark asintió. Un par de Duronas se apresuraron a traer sillas para Fell y Miles; los

guardaespaldas se quedaron de pie. Los guardias de Fell parecían estar meditando profundamente mientras miraban a la caja y a su amo; los Dendarii los miraban a ellos. Fell se acomodó con aire formal, medio sonriente, la mirada intensa.

- ¿Té? - preguntó Azucena.

- Gracias - dijo el barón. Los dos niños Durona se apresuraron a salir cuando ella se lo indicó. Había empezado el ritual. Miles estaba sentado, inquieto, con los dientes apretados. Fuerte. No sabía lo que estaba pasando pero fuera lo que fuese, no le habían informado. El espectáculo era de Mark, eso estaba claro. Pero él no estaba totalmente seguro de que Mark estuviera del todo cuerdo en ese momento. Era inteligente, de eso no le cabía la menor duda, pero no sabía si estaba cuerdo. El barón Fell parecía estar llegando a la misma conclusión y miraba directamente a su anfitrión del otro lado de la mesa de té.

Los dos esperaron en silencio a que llegara el té, y mientras tanto se estudiaron mutuamente. El niño trajo la bandeja y la colocó junto a la horrenda caja. La muchacha sirvió sólo dos tazas. El mejor té verde japonés importado por Azucena para Mark y el barón, ofrecido con galletitas.

- No - dijo Mark al ver las galletitas y su voz tenía un tono de asco -, gracias.

El barón se sirvió dos y mordisqueó una. Mark empezó a levantar la taza de té con la mano izquierda pero le temblaba demasiado el pulso y apoyó de nuevo la taza con rapidez en el platito que esperaba en el apoyabrazos del sillón de Azucena. Por suerte no llegó a caérsele. La chica se deslizó rápidamente hacia él y levantó la taza hasta sus labios; él bebió y asintió con la cabeza para dar las gracias, y ella volvió a acomodarse con la taza junto a su rodilla izquierda para volver a servirle cuando él se lo pidiera. *Está mucho más lastimado de lo que quiere demostrar*, pensó Miles con el estómago frío. El barón miró la mano izquierda de Mark que temblaba en el aire, y luego miró la derecha y se movió en su silla, inquieto.

- Barón Fell - dijo Mark -, creo que usted estará de acuerdo conmigo en que el tiempo es fundamental. ¿Empiezo?

- Por favor.

- En esa caja - Mark hizo un gesto hacia la mano separada del cuerpo -, está la clave de la Casa Ryoval. Es la llave-código de Ry Ryoval - dijo, y se echó a reír ruidosamente; después hizo un gesto a la muchacha para que le diera otro trago de té. Cuando volvió a controlar la voz, siguió diciendo -: Las llaves-código personales del fallecido barón Ryoval están incrustadas en el cristal de anillo. Ahora bien, la Casa Ryoval tiene una estructura administrativa muy peculiar. Decir que Ry Ryoval era un monstruo paranoico sería quedarse muy corto. Pero Ryoval está muerto, y ha dejado a sus subordinados distribuidos sin dirección, en lugares aislados y sin órdenes. Cuando los rumores de su muerte lleguen a todos esos lugares, quién sabe cómo reaccionarán. Ya han visto un ejemplo.

» Dentro de un par de días, todos los buitres estarán volando sobre el cadáver de la Casa Ryoval. La posesión es mucho más que el noventa por ciento de la ley que no existe en este lugar. La Casa Bharaputra tiene intereses muy semejantes a los que tenía la Casa Ryoval. Y estoy seguro de que usted puede imaginarse a otros, barón.

Fell asintió.

- Pero un hombre que tuviera las llaves-código de Ryoval en su mano, *hoy mismo*, tendría una ventaja considerable sobre los demás - siguió Mark -. Particularmente si tuviera bastante personal como para darle apoyo. Sin los retrasos que le reportaría tener que romper uno por uno los códigos de Ryoval, usted podría estar en posición de controlar la mayor parte de las posesiones actuales de la Casa Ryoval, de arriba abajo en lugar de una por una estilo rompecabezas. Agreguemos a eso una bien conocida relación de sangre para dar legitimidad a sus reclamaciones, y creo que la mayor parte de la competencia desaparecería sin necesidad de costosas confrontaciones.

- El anillo llave-código de mi medio hermano no es suyo. No puede usted negociar con él - dijo Fell con frialdad.

- Ah, sí que es mío - dijo Mark -. Me lo gané. Lo controlo. Puedo destruirlo. Y - se pasó la lengua por los labios; la muchacha levantó la taza de nuevo - pagué caro por él. Si no fuera por mí, usted no tendría esta oportunidad exclusiva. Exclusiva hasta el momento, claro.

El barón hizo un pequeño gesto de conformidad.

- Siga.

- ¿Cuál diría usted que es el valor del Grupo Durona comparado con el de las posesiones actuales de la Casa Ryoval? Proporcionalmente.

El barón frunció el ceño.

- Un veintavo. Un treintavo, tal vez. La Casa Ryoval tiene más propiedades inmuebles. El valor de la propiedad... eh... intelectual es más difícil de calcular. La Casa y el Grupo se especializan en temas biológicos diferentes...

- Dejando de lado las propiedades inmuebles. La Casa Ryoval es claramente más valiosa: instalaciones, tecnos, esclavos; lista de clientes; cirujanos; especialistas en genética.

- Sí, en eso estamos de acuerdo.

- Entonces, negociemos. Le daré la Casa Ryoval a cambio del Grupo Durona, más un valor igual al diez por ciento de la Casa Ryoval en créditos al portador.

- Diez por ciento. El sueldo del intermediario - dijo Fell, mirando a Azucena. Azucena sonrió y no dijo nada.

- Solamente eso - aceptó Mark -. Sería barato al doble del precio y mire usted qué coincidencia, es lo que usted perdería sin las ventajas de la llave-código de Ry Ryoval.

- ¿Y qué haría usted con todas estas damas, si las tuviera, Mark?

- Lo que yo... deseara... Deseara, sí, no quisiera. Me gusta más esa palabra.

- ¿Está pensando en establecer su propio negocio en Jackson's Whole, barón Mark?

Miles se quedó helado, aterido con esa nueva visión.

- No - suspiró Mark -. Deseo, sí, deseo irme a casa, barón. Es un deseo profundo. Voy a darle el Grupo Durona a... al Grupo Durona. Y usted las dejará sin molestarlas, sin perseguirlas, a donde ellas... deseen. Escobar, ¿eh, Azucena? - Levantó la vista hacia Azucena, que lo miró sonriente.

- Eso me parece sumamente extraordinario, extraño - murmuró el barón -. Creo que usted está loco.

- Ah, barón. No tiene ni idea de lo loco que estoy. - Una risita rara escapó de los labios de Mark. Si estaba actuando, era la mejor actuación que Miles había visto en su vida, incluidos los vuelos más salvajes de su propia imaginación estratégica.

El barón se quedó sentado, con los brazos cruzados. Tenía la expresión pétrea, hundido en sus pensamientos. ¿Decidiría intentar engañarlos o atacarlos? Miles empezó a calcular frenéticamente las opciones frente a un fuego repentino: los Dendarii en cubierta, Seglmp en órbita, él mismo y Mark en situación de riesgo, *la mira iluminada de un arma de proyectiles...* Dios, qué desastre...

- Diez por ciento - dijo el barón por fin - *menos* el valor del Grupo Durona.

- ¿Quién calcula el valor de la propiedad intelectual, barón?

- Yo. Y se van inmediatamente. Tienen que dejar aquí las propiedades, las notas, los archivos, los experimentos en marcha. Intactos.

Mark echó una mirada a Azucena: ella se inclinó y le susurró al oído.

- El Grupo Durona tiene derecho a hacer un duplicado de los archivos técnicos. Y el derecho a llevarse todos los artículos personales como ropa y libros.

El barón miró al techo, pensativo.

- Pueden llevarse lo que pueda llevarse cada una. No más. Pero no pueden hacer un duplicado de los archivos técnicos. Y las cuentas de crédito siguen siendo más. Como

siempre.

Azucena frunció las cejas. Otra conversación con Mark en susurros... Él rechazó una objeción y señaló hacia la órbita. Ella asintió finalmente.

- Barón Fell - suspiró Mark - es un Trato.

- Es un Trato - confirmó Fell, mirándolo con una leve sonrisa.

- Mi mano - dijo Mark. Respiró hondo, dio vuelta a la caja de control y giró un botón del otro lado. La volvió a poner sobre el apoyabrazos del sillón y sacudió los dedos, que le temblaban.

Fell se estiró en la silla, distendiéndose. Los guardias se relajaron. Miles casi se derritió en un charquito. *Mierda, ¿qué hicimos?* Cuando Azucena dio la orden, doctoras Durona de varias clases se reunieron corriendo.

- Ha sido muy entretenido negociar con usted, Mark. - Fell se puso de pie -. No sé dónde está la casa a la que quiere volver, pero si necesita trabajo, venga a verme de nuevo. Yo podría ocuparle como agente en mis asuntos galácticos. Su sentido del tiempo es... elegante y muy malvado.

- Gracias, barón - asintió Mark -. Lo tendré en cuenta por si fracasa alguna de mis otras opciones.

- Su hermano también - agregó Fell, después de repensarlo -. Suponiendo que se recupera por completo, claro está. Un comandante más activo en combate podría ser muy útil para mis tropas.

Miles se aclaró la garganta.

- Las necesidades de la Casa Fell son defensivas, sobre todo. Prefiero el tipo de misiones más agresivas de los Dendarii - dijo.

- Tal vez de ahora en adelante haya trabajo de asalto en mi Casa - dijo Fell, los ojos vagos y distantes.

- ¿Piensa usted conquistar el mundo? - preguntó Miles. *¿El Imperio Fell?*

- La adquisición de la Casa Ryoval va a poner a la Casa Fell en una interesante posición de desequilibrio - dijo Fell -. Una política de expansión ilimitada, y manejar a la oposición que siempre resulta de esas cosas no valdría la pena por cinco años de gobierno... Pero si uno fuera a vivir durante otros cincuenta años, digamos, podría encontrar trabajo mucho más interesante para un oficial militar de calidad... - Fell levantó una ceja mirando a Miles.

- No, gracias. - *Y les deseo a ustedes toda la dicha posible.*

Mark miró a Miles con los ojos llenos de una luz felina de regocijo.

Qué solución extraordinaria la de Mark, pensó Miles. Qué Trato. ¿Entonces un jacksoniano podía desafiar su educación uniéndose al bando de los ángeles, hacerse rebelde adoptando la incorruptibilidad? Al parecer sí. *Creo que mi hermano es más jacksoniano de lo que cree. Un jacksoniano renegado. Alucino.*

Fell hizo un gesto y uno de los guardaespaldas levantó con cuidado la caja transparente. Fell se volvió hacia Azucena.

- Bueno, vieja hermana. Has tenido una vida interesante.

- Todavía la tengo - sonrió Azucena.

- Por poco tiempo.

- Suficiente para mí, muchachito ambicioso. Así que éste es el final del camino. La última parte de nuestro pacto de sangre. ¿Quién lo hubiera imaginado hace todos esos años cuando salíamos juntos de los abismos de Ryoval?

- Yo no - dijo Fell. Se abrazaron -. Adiós, Azucena.

- Adiós, Georie.

Fell se volvió a Mark.

- El Trato es el Trato. Y es por mi Casa. Esto es por mí. Por los viejos tiempos. - Sacó una mano gruesa -. ¿Puedo darle la mano, señor?

Mark parecía sorprendido e indeciso. Azucena asintió. Él dejó que la mano del barón



estrechara la suya.

- Gracias - dijo Georish Stauber, sinceramente. Levantó el mentón y desapareció por el tubo elevador.

- ¿Crees que respetará el Trato? - le preguntó Mark a Azucena en una voz suave, preocupada.

- Lo suficiente. Durante los próximos días, va a estar demasiado ocupado asimilando su nueva adquisición. Eso le va a ocupar todos sus recursos y tal vez más. Y después será demasiado tarde. Lo va a lamentar, eso sí. Pero seguimos, vengarse, no. Es suficiente. No necesitamos otra cosa. - Le acarició el cabello con cariño -. Tú descansa ahora. Toma más té. Vamos a estar muy ocupadas durante un tiempo. - Se volvió para reunir a las jóvenes Durona -. ¡Gorrión! ¡Violeta! Venid enseguida... - Se alejó con ellas hacia el interior de sus habitaciones.

Mark se sintió de pronto muy cansado. Hizo una mueca al coger la taza de té, la cambió de mano y la levantó indeciso antes de beberla.

Elli tocó el casco de su media-armadura, escuchó atentamente y dejó escapar una súbita risita.

- El comandante de Seglmp en la Estación Dyne en línea. Dice que llegaron los refuerzos y que adónde los manda.

Miles y Mark se miraron. Miles no sabía lo que estaba pensando Mark pero las respuestas que se le ocurrían a él eran de lo más obscuro.

- A casa - dijo Mark por fin -. Y ya que van, que nos lleven.

- Tengo que volver a la flota Dendarii - dijo Miles apremiante -. Ah... ¿dónde están, Elli?

- Van a encontrarse en Escobar desde Illyrica, pero tú, señor, no vas a acercarte allí hasta que Medicina de Seglmp te dé el alta para la actividad - dijo ella con firmeza -. La flota está bien. Tú no. Illyan me va a arrancar las orejas si no te mando directo a casa. Y además, está lo de tu padre.

- ¿Qué pasa con mi padre? - preguntó Miles. Elena había empezado a decirle algo... De pronto, un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo. Una visión caleidoscópica de asesinatos, enfermedades mortales y complots políticos rodó por su mente. Para no mencionar accidentes en coches aéreos.

- Tuvo un importante ataque de coronarias cuando yo estaba allí - dijo Mark -. Cuando me fui, lo tenían sujeto a la cama en el Hospital Militar del Imperio, esperando un trasplante de corazón. Seguramente, ahora le están operando.

- ¿Tú estabas allí? - ¿Y qué le hiciste? Miles sintió que acababan de hacerle una inversión de polos magnéticos -. ¡Tengo que volver a casa!

- Es lo que acabo de decir - dijo Mark, cansado -. ¿Para qué crees que vinimos hasta aquí? Vinimos para arrastrarte a casa, no para disfrutar de las vacaciones gratis en el hotel de lujo de Ryoval. Mamá cree que soy el heredero de los Vorkosigan. Puedo manejar a Barrayar, creo yo, pero te aseguro que eso no lo manejo.

Era demasiado, demasiado rápido. Miles se sentó y procuró calmarse antes de que le diera otra convulsión. Ése era exactamente el tipo de debilidad que podía sacarlo a uno de servicio en Seglmp si no se tenía cuidado con los testigos. Había supuesto que las convulsiones eran un factor transitorio de la recuperación. ¿Y si eran un efecto permanente? Ah, Dios...

- Voy a prestarle mi nave a Azucena - dijo Mark -, ya que el barón Fell acaba de sacarle suficiente dinero como para comprar treinta y seis pasajes a Escobar.

- ¿Qué nave? - preguntó Miles. *No una de las mías...*

- La que me dio mamá. Supongo que Azucena puede venderla en la órbita de Escobar y sacar algo de ganancia. Yo puedo devolverle el dinero a mamá, sacar a Vorkosigan Surleau de la hipoteca y quedarme con un montón impresionante de cambio. Me gustaría tener un yate algún día, pero de todos modos durante un tiempo no voy a poder usar éste.

*¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?*

- Estaba pensando - siguió Mark - que los Dendarii podrían ir con Azucena. Darle un poco de protección militar a cambio de un pasaje rápido y gratis de vuelta a la flota. Le ahorraríamos a SegImp el precio de cuatro pasajes.

¿Cuatro? Miles miró a Bel, tan silencioso, que le devolvió la mirada con ojos muy tristes.

- Y que todo el mundo salga de aquí lo antes posible - agregó Mark -. Antes de que algo vuelva a salir mal.

- ¡Amén! - musitó Quinn.

¿Rosa y Elli en la misma nave? Para no mencionar a Taura. ¿Y si se reunían y comparaban notas? ¿Y si se peleaban? Peor ¿y si hacían una alianza y decidían dividirlo en partes según los términos de un tratado? Miles de Norte y Miles del Sur... No era que tuviera tantas mujeres, no, eso podía jurarlo. Comparado con Ivan, él era prácticamente célibe. El problema era que no quería desilusionar a ninguna y en general no lo hacía. La acumulación podía convertirse en algo vergonzoso dado un tiempo más o menos prolongado. Necesitaba... a lady Vorkosigan para poner fin a esa estupidez. Pero ni Elli, la valiente, se ofrecía a esa función.

- Sí - dijo -, me parece bien. Funciona. A casa. Capitana Quinn acuerde el transporte de Mark y el mío con SegImp. Sargento Taura, ¿se puede poner a disposición de Azucena Durona, por favor? Cuanto antes evacuemos este lugar, mejor. Y... eh... Bel... ¿podrías quedarte un momento para hablar contigo?

Quinn y Taura entendieron la indirecta y se alejaron. Mark... Mark estaba en esto también, decidió Miles. Y de todos modos, tenía un poco de miedo de pedirle a Mark que se fuera. Miedo de lo que podían revelar los movimientos de su hermano si se levantaba. Esa frase orgullosa sobre el hotel de lujo de Ry Ryoval era un intento demasiado obvio para ocultar... ¿qué?

- Siéntate, Bel. - Miles indicó con la cabeza la silla vacante del barón Fell. Eso los colocaba en un triángulo equitativo: él, Mark y Bel. Bel se acomodó en el lugar que le indicaba, el casco sobre las piernas y la capucha hacia atrás. Miles pensó en que había percibido a Bel como mujer hace unos días, en esa misma habitación, antes de la cascada de recuerdos. Antes, por alguna razón, sus ojos siempre lo habían interpretado como hombre. Extraño. Hubo un silencio breve, incómodo.

- No puedo dejarte volver a comandar el *Ariel* - dijo.

- Lo sé - dijo Bel.

- Sería muy malo para la disciplina de la flota.

- Lo sé - dijo Bel.

- No es... justo. Si me hubieras mentido, si hubieras mantenido la boca cerrada y fingido que Mark te había engañado, nadie lo habría sabido nunca...

- Lo sé - dijo Bel, y agregó al cabo de un momento -: Tenía que recuperar el mando, en la emergencia. No me pareció posible seguir dejando que Mark diera las órdenes. Demasiado peligroso.

- Para los que te seguían.

- Sí. Y... yo lo habría sabido siempre - agregó Bel.

- Capitán Thorne - suspiró el almirante Naismith -, tengo que pedirle su renuncia.

- La tiene, señor.

- Gracias. - Y eso era todo. Tan rápido. Miles volvió a recorrer las imágenes dispersas que tenía del ataque de Mark al criadero. Había partes que había perdido y que todavía no recuperaba, de eso estaba seguro. Pero había habido muertes, demasiadas: era irremediable -. ¿Sabes qué pasó con Phillipi? Tuvo una oportunidad, lo sé.

Mark y Bel se miraron. Bel contestó:

- No lo consiguió.

- Ah. Lo lamento.

- La crío-terapia es arriesgada - suspiró Bel -. Todos aceptamos los riesgos cuando nos

unimos a la Flota.

Mark frunció el ceño.

- No me parece justo. Bel pierde su carrera y yo la saco gratis.

Bel miró un momento el cuerpo hinchado y golpeado de Mark, metido en el gran sillón de Azucena. Lo miró con los ojos muy abiertos y levantó las cejas.

- ¿Qué piensas hacer, Bel? - preguntó Miles con tiento -. ¿Irte a tu casa, a Colonia Beta? Alguna vez has hablado de eso...

- No lo sé - dijo Bel -. Y no es por no reflexionar sobre ellos. Hace semanas que lo pienso. No estoy seguro de que pudiera vivir en casa.

- Yo también lo pensé - dijo Miles -. Con prudencia. Y se me ocurrió que si siguieras recibiendo dinero de Illyan, ciertos elementos míos estarían menos paranoicos con la idea de que tú estés recorriendo el nexo del agujero de gusano con la cabeza llena de secretos de Barrayar. Un informante... ¿tal vez un agente?

- No tengo el talento de Elli Quinn para eso - dijo Bel -. Yo era comandante de nave.

- Puedes seguir siéndolo. Los comandantes van a lugares interesantes. Y están en situación de recibir todo tipo de informaciones.

Bel inclinó la cabeza.

- Bueno... lo voy a pensar seriamente.

- Supongo que no quieres cobrar aquí, en Jackson's Whole.

Bel rió en voz alta.

- Desde luego.

- Piénsalo entonces, camino a Escobar. Habla con Quinn. Decide cuando llegemos, y que ella lo sepa.

Bel asintió, se puso de pie y dio la vuelta a la mesa del silencioso salón de Azucena Durona.

- No estoy del todo arrepentido, ¿sabes? - le dijo a Mark -. De una forma u otra, sacamos a casi noventa personas de este pozo de gravedad maloliente. Los arrancamos de la muerte o de la esclavitud jacksoniana. No está mal para mí, un colono de Beta ya maduro. Te aseguro que cuando me acuerde de todo esto, me voy a acordar de ellos.

- Gracias - susurró Mark.

Bel miró a Miles.

- ¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos?

- Sí. Yo te di un buen golpe con el bloqueador.

- Ah, sí, me golpeaste duro. - Bel Thorne caminó hasta la silla del almirante y le cogió por el mentón -. Quédate quieto. Hace años que espero esto. - Lo besó, un beso largo y muy completo. Miles pensó en las apariencias, pensó en la ambigüedad, pensó en la muerte súbita, pensó a la mierda con todo y le devolvió el beso. Bel se enderezó, sonriente.

Unas voces flotaron hasta ellos desde el tubo elevador, alguna Durona que indicaba:

- Arriba, señora.

Elena Bothari-Jesek se elevó detrás del riel de aluminio y recorrió la habitación con la mirada.

- Hola, Miles. Tengo que hablar con Mark - dijo de corrido. Tenía la expresión preocupada -. ¿Podemos ir a alguna parte? - preguntó a Mark.

- Preferiría no levantarme - dijo Mark. Tenía la voz tan cansada que daba la impresión de que le costaba mucho pronunciar las palabras.

Intrigado, Miles se puso de pie. La miró como haciéndole una pregunta; la mirada de ella decía *Ahora no. Después*. Él se encogió de hombros.

- Vamos, Bel. A ver si podemos echarle una mano a alguien. - Él quería ver a Rosa. Miró a Elena y a Mark mientras bajaba en el tubo con Bel. Elena sacó una silla y se sentó al revés, las manos abiertas ya en señal de reconvención. Mark tenía un aspecto muy triste y taciturno.

Miles le dijo a Bel que se pusiera a las órdenes de la doctora Peonía y buscó el departamento de Rosa. Ella estaba allí, haciendo el equipaje, como él había esperado. Había otra Durona joven, sentada, mirándola, un poco asustada. Miles la reconoció enseguida.

- ¡Azucena Junior! Lo conseguiste. ¡Rosa!

La cara de Rosa se encendió de alegría y se apresuró a abrazarlo.

- ¡Miles! Así que sí te llamas Miles Naismith. ¡Gané mi propia apuesta! Ya hiciste la cascada de recuerdos. ¿Cuándo?

- Bueno - él se aclaró la garganta -, en realidad fue en casa de Bharaputra.

La sonrisa de ella se congeló un poco.

- Antes de que yo me fuera. Y no me lo dijiste.

- Seguridad - le ofreció él como explicación.

- No confiabas en mí.

*Esto es Jackson's Whole. Tú misma lo dijiste.*

- Estaba más preocupado por Vasa Luigi.

- Entiendo eso. Supongo - suspiró Rosa.

- ¿Cuándo llegaste?

- Ayer por la mañana. Azucena vino anoche. ¡Sin problemas! ¡Nunca pensé que podrías sacarla a ella también!

- Una huida era la clave para la otra. Tú saliste y eso permitió que Azucena se sacara a sí misma de ese infierno. - Le sonrió a Azucena Junior, que los miraba con curiosidad -. Yo no hice nada. Últimamente ésa parece ser la historia de mi vida. Pero creo que vais a salir del planeta antes de que Vasa Luigi y Lotus se den cuenta...

- Todos vamos a estar fuera antes del anochecer. ¡Escuchad! - Ella lo llevó a la ventana. El transbordador personal de los Dendarii, con la sargento Taura de piloto y ocho Duronas a bordo, se elevaba lentamente desde el patio entre las altas paredes. Una mujeres subieron a preparar a las siguientes.

- ¡Escobar, Miles! - dijo Rosa, entusiasmada -. ¡Todas vamos a Escobar! Azucena, eso te va a gustar mucho.

- ¿Vais a seguir siendo un grupo cuando lleguéis? - preguntó Miles.

- Al principio, sí, creo. Hasta que nos acostumbremos. Azucena nos va a liberar cuando muera. Creo que el barón Fell e da cuenta. Al final, menos competencia para él. Supongo que va a poner a los más importantes de la Casa Ryoval aquí, en este edificio, mañana por la mañana.

Miles caminó por la habitación y notó una cajita de control remoto familiar en el costado de un sillón.

- ¡Ah! ¿Tú eras la del otro control? Tendría que haberlo supuesto. Así que estabas escuchando. No estaba seguro de si era cierto o una amenaza solamente.

- Mark no mentía en nada - dijo ella con firmeza.

- ¿Estabas aquí cuando él llegó?

- Sí. Fue esta mañana un poco antes del amanecer. Salió tambaleándose de un volador, vestido con la ropa más extraña que te puedas imaginar... Pidió hablar con Azucena.

Miles levantó las cejas, pensando en esa imagen.

- ¿Y qué le dijeron los guardias?

- Dijeron *Sí, señor*. Tenía un aura... No sé cómo describirla. Yo me imaginaba a tipos inmensos en callejones cerrados, haciéndose a un lado para dejarlo pasar. Tu clon es un joven *formidable*.

Miles parpadeó.

- Azucena y Crisan lo llevaron a la clínica en una camilla flotante y no vi más. Después vinieron las órdenes, una detrás de la otra. - Hizo una pausa -. Bueno, ¿entonces vas a

volver con tus Mercenarios Dendarii?

- Sí. Supongo que después de algún reacondicionamiento.

- No... no vas a renunciar a eso... A pesar de que viste la muerte tan de cerca.

- Confieso que esas armas de proyectiles me dan una picazón desagradable cuando las veo pero... espero quedarme bastante tiempo con los Dendarii todavía... Estas convulsiones que tengo, ¿se me van a ir?

- Deberían irse. La crío-terapia siempre es arriesgada e impredecible. Así que no te ves retirado en... en Escobar, por ejemplo.

- Visitamos Escobar de tanto en tanto. Reparaciones de las naves. Y reparaciones de personal. Es una intersección importante en el nexo. Tal vez nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

- No de la misma forma en que lo hicieron, espero. - Rosa sonrió.

- Te voy a decir una cosa: si alguna vez necesito a alguien que me reviva después de una crío-terapia, te buscarán porque habré dejado órdenes al respecto. - Dudó. *Necesito a mi señora Vorkosigan para terminar con toda esta peregrinación...* ¿Rosa sería buena para eso? Las treinta y seis cuñadas eran una desventaja lejana, en Escobar -. ¿Qué pensarías del planeta Barrayar como lugar para vivir y trabajar? - preguntó con cautela.

Ella arrugó la nariz.

- ¿Ese pozo anticuado? ¿Por qué?

- Tengo... tengo intereses allí. En realidad, cuando me retire, pensaba ir allí. Es un lugar muy hermoso. Y tiene poca población. Les gusta que uno tenga... chicos. - Se estaba acercando demasiado a la verdad sobre su identidad y había arriesgado tanto para mantenerla en secreto... -. Y hay muchísimo trabajo para médicos y médicas entrenados en la galaxia.

- Ah, de eso estoy segura. Pero fui una esclava toda mi vida. ¿Por qué iba a querer ser súbdita si puedo ser *ciudadana*? - Sonrió con astucia y se acercó a él. Le pasó las manos por los hombros -. Esos cinco días que estuvimos encerrados en casa de Vasa Luigi... lo tuyo no fue un efecto de la prisión, creo yo. Así es como eres realmente, cuando estás bien. ¿No es cierto?

- Sí, sí - admitió él.

- Siempre me pregunté qué hacían los adultos hiperactivos para vivir. Dirigir a varios miles de soldados debe de absorber bastantes energías, ¿verdad?

- Sí - suspiró él.

- Creo que siempre voy a quererte, algo. Pero vivir contigo todo el tiempo me volvería loca. Eres la persona más dominante que he conocido en mi vida.

- Es lógico que te resistas - explicó él -. Yo confío en que... - no podía decir *Elli*, o peor aún, *todas mis mujeres* - mi pareja se resista. Sin eso, no podría relajarme y ser yo mismo.

Correcto. Demasiado tiempo juntos había destruido el amor que se tenían, o por lo menos las ilusiones de ella. A medida que pasaba el tiempo, el sistema de Barrayar, la utilización de casamenteros para los arreglos matrimoniales le parecía cada vez mejor. Tal vez era preferible casarse primero, estar seguro y conocerse después. Para cuando la novia lo entendiera, sería demasiado tarde para retirarse. Suspiró, sonrió y le hizo a Rosa una reverencia exagerada, amable.

- Voy a sentirme feliz de visitarla en Escobar, mi señora.

- Eso sería maravilloso, mi señor - le devolvió ella, sin inhibiciones.

Mierda, tal vez ella era la indicada. Se subestimaba al hablar de Barrayar...

Azucena Junior, sentada en el sofá, miraba todo eso con fascinación. Tosió una vez, y Miles la miró y pensó en su relato sobre el tiempo que había pasado con los Dendarii.

- ¿Mark sabe que estás aquí, Azucena?

- No lo sé. Yo estuve con Rosa.

- La última vez que te vio te estabas volviendo con Vasa Luigi. Creo... creo que le

gustaría saber que cambiaste de idea.

- Él intentó convencerme de que no abandonara la nave. No hablaba tan bien como tú.  
- admitió ella.

- Él hizo todo esto. Fue él quien te compró el pasaje para salir de aquí. - Miles no quería pensar en la moneda con la que su hermano había pagado ese pasaje -. Lo único que hice yo fue seguirlo. Vamos. Por lo menos di hola, adiós y gracias. No te costará nada, y a él le significará mucho.

Azucena se puso de pie, sin demasiadas ganas, y se fue con él. Rosa aprobó con un movimiento de cabeza y volvió a su trabajo.

31

- ¿Los encontraste? - preguntó Lord Mark.

- Sí - dijo Bothari-Jesek, tensa.

- ¿Los destruiste?

- Sí.

Mark enrojeció y volvió a reclinar la cabeza contra el sillón de Azucena. Sentía el peso de la gravedad. Suspiró.

- Los miraste. Te pedí que no lo hicieras.

- Tenía que hacerlo. Para asegurarme de que eran los correctos.

- No. Podrías haberlos destruido a todos.

- Eso fue lo que hice. Empecé a mirar. Después les saqué el sonido. Después los adelanté rápido. Después miré de vez en cuando.

- Ojalá no los hubieras visto.

- Ojalá no los hubiera visto. Había horas y horas de grabación. No puedo creer que estuvieras allí tanto tiempo.

- En realidad, fueron cincuenta horas. O tal vez cincuenta años. Pero había varias cámaras funcionando al mismo tiempo. No importa lo que estuviera pasando, siempre veía un receptor en algún lugar. No sé si Ryoval lo hacía para estudiarlos o para disfrutarlos. Supongo que las dos cosas. Sus poderes de análisis eran sorprendentes.

- No... no entiendo algunas de las cosas que vi.

- ¿Quieres que te las explique?

- No.

- Me alegro.

- Entiendo por qué quieres destruirlos. Fuera de contexto... serían una tentación horrible para el chantaje. Si quieres que jure mantenerlos en secreto, lo haré. Lo que quieras.

- Ésa no es la razón. No tengo intención de mantener esto en secreto. Nadie va a manipular mis hilos secretos. En general, puedes decírselo a todo el nexo del agujero de gusano. No me interesa. Pero... si SegImp consigue esos holovideos, van a terminar en manos de Illyan. Y él no va a poder impedir que los vean el conde o la condesa, aunque estoy seguro de que lo intentaría. O Miles. ¿Puedes imaginarte al conde o a la condesa o a Miles mirando esa mierda?

Ella silbó entre dientes.

- Empiezo a darme cuenta.

- Piénsalo. Yo ya lo hice.

- El teniente Iverson estaba furioso cuando entró y me encontró con las cajas fundidas. Va a mandar una queja por los canales habituales.

- Déjalo. Si SegImp empiece a airear quejas contra mí o los míos, yo voy a airear las mías contra ellos. Un ejemplo: ¿dónde diablos estuvieron en los últimos cinco días? No pienso tener ni escrúpulos ni piedad para cobrarme esa deuda. De Illyan para abajo. A ver

si se atreven conmigo... conmigo nada menos... - La voz se le extinguió en un murmullo hostil.

La cara de ella tenía un tono blanco verdoso.

- Lo... lo lamento, Mark. - Le tocó la mano, dudando.

Él la agarró de la muñeca y se la sostuvo con fuerza. Se le encendió el rostro pero ella no retrocedió. Él se sentó, o trató de sentarse.

- No te *atrevas* a tenerme lástima. Yo gané. *Gané*. Guárdate la lástima para el barón Ryoval, si quieres. Yo le vencí. Le hice polvo. Le gané en su propio juego, en su terreno. No voy a permitirte convertir mi victoria en derrota por tus... *sentimientos*. - Le soltó la muñeca. Ella se la frotó y lo miró, sin bajar los ojos -. Eso es lo que importa. Puedo sacarme a Ryoval de encima, si me dejan. Pero si saben demasiado... se ven esos malditos vídeos... nunca van a dejar eso en paz, nunca. Volverían con eso una y otra vez, y me harían volver a mí. No quiero tener que luchar contra Ry Ryoval en mi mente, yo no. Es suficiente. - Hizo una pausa y dejó escapar aire por la nariz -. Y tienes que admitirlo. Sería especialmente malo para Miles.

- Ah, sí - aceptó Bothari-Jesek suspirando.

Fuera, el transbordador personal de los Dendarii, con la sargento Taura como piloto, elevó la primera carga de doctoras Durona hacia el yate de Mark en órbita. Él hizo una pausa para mirar cómo desaparecía de la vista. *Sí. Iros, iros, iros. Fuera de este agujero, vosotras, yo, todos nosotros, los clones. Para siempre. Iros y sed humanos, si podéis. Yo voy a intentarlo. Si puedo.*

Bothari-Jesek lo miró de nuevo y dijo:

- Van a insistir en un examen físico, eso ya lo sabes.

- Sí, y van a ver algo. No puedo esconder las palizas, y Dios sabe que no puedo esconder lo de la alimentación forzosa... Grotesco...

Ella tragó saliva y asintió.

- Yo pensaba que ibas a... a... no importa.

- Te dije que no miraras. Pero cuanto más tiempo pase hasta el examen de un médico competente de SegImp, tanto más vago puedo ser sobre el resto.

- Te tienen que poner en tratamiento, eso es seguro.

- Azucena Durona hizo un trabajo excelente. Y yo le pedí que no hubiera ningún registro, excepto en su cabeza.

- No trates de evitarlo totalmente - advirtió Bothari-Jesek -. La condesa se dará cuenta. Y no creo que puedas prescindir de... algo más. No me refiero a lo físico...

- Ah, Elena. Si hay algo que aprendí en la última semana, es lo mal que están los cables en el fondo de mi cerebro. Lo peor que encontré en ese sótano de Ryoval fue el monstruo en el espejo. En el espejo psíquico de Ryoval. Mi monstruo familiar, el de las cuatro cabezas. Y queda demostrado que era peor que Ryoval mismo. Más fuerte. Más rápido. Más astuto. - Se mordió la lengua, consciente de que estaba empezando a hablar demasiado, de que parecía estar al borde de la demencia. Pero no creía estarlo. Sospechaba que se hallaba al borde de la cordura y que había llegado por el camino más largo. De la forma más dura -. Sé lo que estoy haciendo. En cierto nivel, sé exactamente lo que estoy haciendo.

- En un par de vídeos... parecías estar engañando a Ryoval con una doble personalidad falsa. Hablabas contigo mismo...

- Nunca hubiera podido engañar a Ryoval con nada falso. Él estaba en ese asunto desde hacía décadas: sabía buscar en el fondo de los cerebros de la gente. Pero mi personalidad no se dividió. Fue más bien como si se... invirtiera... - Nada que le hiciera sentirse tan profundamente entero, completo, podía ser división de la personalidad -. No fue algo que decidí hacer. Lo hice, simplemente.

Ella lo estaba mirando, profundamente preocupada. Él tuvo que reírse en voz alta. Pero el efecto de la risa no pareció tranquilizarla.

- Tienes que entender - dijo Mark -. A veces la locura no es una tragedia. A veces es una estrategia para sobrevivir. A veces es un triunfo. - Dudó -. ¿Sabes lo que es una banda negra?

Ella meneó la cabeza en silencio.

- Es algo que aprendí en un museo de Londres, una vez. En los siglos XIX y XX en la Tierra, tenían barcos que navegaban sobre los océanos, barcos que funcionaban a vapor. El calor de los motores venía de grandes fuegos de carbón en los vientres de los barcos. Y había unos pobres tipos que ponían el carbón en los hornos. En medio de la mugre, el calor, el sudor y el olor. El carbón los ponía negros y los llamaban la banda negra. Eran los fogoneros. Y los oficiales y las damas finas no querían tener ninguna relación social con esos pobres tipos. Pero sin ellos, nada se movía. Nada ardía. Nada vivía. No había vapor. La banda negra. Héroe sin canción. Tipos de clase baja, feos, deformes...

Ahora ella no tendría dudas de que él estaba diciendo tonterías. El panegírico de lealtad feroz hacia su banda negra, cantado así, con voz destemplada... probablemente no era buena idea en ese momento. *Sí, y nadie me quiere a mí*, susurró Eructo, quejándose. *Será mejor que te acostumbres*.

- No importa. - Él sonrió -. Pero te digo una cosa: Galen me parece pequeño después de Ryoval. Y a Ryoval, a Ryoval *le gané*. De un modo extraño... me siento bastante libre, ahora. Y pienso seguir así.

- A mí me da la impresión de que ahora estás un poco descontrolado, no libre, Mark. En Miles, sería normal. Bueno, frecuente. Pero él siempre llega a la cúspide y después baja al fondo del pozo. Creo que deberías prestar atención a ese esquema... tal vez lo compartes con él.

- ¿Estás diciendo que es como tener el humor colgado de un resorte gigante?

Ella dejó escapar una risita a su pesar.

- Sí.

- Voy a tener cuidado con el perigeo.

- Ah, sí. Aunque yo diría que hay un lugar en el que los que tienen que agacharse y correr son los demás y ese lugar es el apogeo.

- Además, ahora tengo varios calmantes y estimulantes en mi sistema - mencionó él -. Nunca habría podido sobrevivir a las últimas dos horas sin ellos. Me temo que el efecto de algunos se me está agotando. - Bien. Eso tal vez le explicaría a ella parte de las tonterías, y tenía la ventaja de ser cierto.

- ¿Quieres que vaya a buscar a Azucena Duroña?

- No. Lo único que quiero es quedarme sentado aquí. Y no moverme.

- Creo que ésa es una buena idea. - Elena se levantó de la silla de un salto y cogió el casco que había dejado a un lado.

- Ya sé que quiero ser cuando sea grande, eso sí - dijo él, de pronto. Ella hizo una pausa y levantó las cejas -. Quiero ser analista de SegImp. Civil. Alguien que no mande a la gente a su muerte por errores de cálculo en tiempo o espacio. O en preparación. Quiero sentarme en un cubículo todo el día, rodeado de una gran fortaleza y hacerlo *bien*. - Él esperaba que ella se riera.

Pero ella asintió, seria.

- Te lo digo como alguien que está en el extremo aguzado del palo de SegImp: a mí me encantaría eso.

Le hizo un saludo casi militar y se volvió para marcharse. Él pensó en la mirada de sus ojos mientras la veía descender por el tubo. No era amor. No era miedo.

*Ah, así que es de esta forma como se expresa el respeto.*

*Podría acostumbrarme a eso.*

Tal como le había dicho a Elena, Mark se quedó sentado un buen rato mirando por la ventana. Tarde o temprano iba a tener que moverse. Tal vez pudiera utilizar la excusa del



pie roto para que le trajeran una silla flotante. Azucena le había prometido que los estimulantes le darían seis horas de coherencia, después de lo cual tendría que pagar la cuenta metabólica a enormes tipos biológicos con mazos y ojos salvajes, hombres fuertes que vendrían a cobrarse la deuda de los neurotransmisores. Se preguntó si esa absurda imagen onírica era la primera señal de esa caída. Rezó para aguantar hasta que todos estuvieran a salvo en el transbordador de SegImp. *Ah, hermano. Llévame a casa.*

Oyó ecos de voces en el tubo elevador. Vio a Miles en el riel con una Durona siguiéndole los pasos. Miles estaba terriblemente delgado, esquelético casi, y muy pálido con el traje gris de las Duronas. Los dos parecían dedicados a algún tipo de reciprocidad del crecimiento. Si él hubiera podido transferirle mágicamente los kilos que le había obligado a aumentar Ryoval en la última semana, los dos habrían tenido mejor aspecto. Pero si él seguía engordando, ¿Miles se desvanecería en el aire? Una visión perturbadora. *Son las drogas, muchacho, son las drogas.*

- Ah, bueno - dijo Miles -. Elena me dijo que todavía estabas aquí. - Con el aire alegre de un mago que presenta un truco particularmente bueno, hizo un gesto a la joven para que se adelantara -. ¿La conoces?

- Es una Durona, Miles - dijo Mark con voz amable, agotada -. Las veo hasta en la sopa... - Hizo una pausa -. ¿Se trata de una pregunta con doble intención? - Después se sentó más derecho, impresionado. Entendiendo. Sí que se puede diferenciar a los clones... -. ¡Es ella!

- Exactamente - dijo Miles, contento -. La sacamos de lo de Bharaputra, Rosa y yo. Y se va a Escobar con sus hermanas.

- ¡Ah! - Mark volvió a reclinarsse -. Ah, Dios. - Se frotó un punto en la frente. *No era tuyo el punto, Vasa Luigi* -. Creía que no te interesaba rescatar clones, Miles.

- Tú me inspiraste - dijo Miles, pero hizo un gesto de dolor.

Ah. No. No había querido eso refiriéndose a lo que había pasado en lo de Ryoval. Era obvio que Miles había arrastrado a la muchacha para hacer que él se sintiera mejor. Y algo menos obvio para Miles, aunque para él era más claro que el agua: todo eso tenía que ver con un sutil elemento de rivalidad. Por primera vez en su vida, Miles estaba sintiendo el aliento pesado y caliente de la competencia entre hermanos, muy cerca, sobre su hombro. *¿Te pongo nervioso? ¡Ja! Acostúmbrate, muchacho. Yo viví con eso veintidós años.* Miles había hablado de Mark como «mi hermano» en el mismo tono que empleaba para «mis botas» o tal vez «mi caballo». O... bueno, había que darle crédito a «mi hijo». Con un cierto paternalismo escondido. No había esperado a un igual con agenda propia. Y así, de pronto. Mark se dio cuenta de que tenía un nuevo hobby, un hobby delicioso que lo entretendría durante años: *Dios, sí que voy a disfrutar de ser tu hermano.*

- Sí - dijo con alegría -, tú también puedes rescatar clones. Yo sabía que podrías si lo intentabas. - Rió. Para su asombro y desdicha, la risa se convirtió en un sollozo en su garganta. Los ahogó a los dos. No se atrevió a volver a reírse ni expresar ninguna otra emoción. En ese momento no podía. Tenía muy poco control -. Estoy muy contento - afirmó con toda la neutralidad que pudo.

Miles, que lo había visto todo, asintió.

- Me alegro - dijo con la misma neutralidad.

*Dios te bendiga, hermano.* Por lo menos, Miles entendía lo que era caminar sobre el filo de una navaja.

Los dos miraron a la muchacha Durona. Ella se retorció un poco, inquieta bajo el peso de esa doble expectativa. Se echó el cabello para atrás.

- Cuando te vi por primera vez - le dijo a Mark -, no me gustaste mucho.

*Cuando me viste por primera vez, tampoco yo me gustaba mucho.*

- ¿Ah, sí? - la alentó él.

- Aún me sigues pareciendo muy cómico. Más cómico que el otro. - Hizo un gesto hacia

Miles, que la miró sin expresión -. Pero... pero... - Las palabras no le salían. Alerta y asustada como un pájaro salvaje frente a un comedero, se atrevió a acercársele, se inclinó y lo besó en una mejilla inflada. Luego, como un pájaro, huyó.

- Mmm - dijo Miles, mirándola bajar por el tubo elevador -. Esperaba un poco más de entusiasmo en esa demostración de gratitud.

- Ya aprenderás - dijo Mark sin alterarse. Se tocó la mejilla y sonrió.

- Si crees que eso es ingratitud, prueba con SegImp - aconsejó Miles sombrío -.

«¿Cuánto equipo perdiste?»

Mark levantó una ceja.

- ¿Citando a Illyan?

- ¿Lo conoces?

- Oh, sí...

- Ojalá hubiera estado allí cuando os visteis.

- Ojalá hubieras estado allí, sí - dijo Mark con sinceridad -. Fue... cruel.

- De eso no tenía dudas. Illyan sabe hacer de cruel mejor que cualquiera que yo conozca excepto mi madre cuando está nerviosa, lo cual, gracias a Dios, no pasa con mucha frecuencia.

- Deberías haber visto cómo lo aniquiló - dijo Mark -. Lucha de titanes. Creo que hubieras disfrutado. A mí me gustó mucho.

- ¿Ah, sí? Veo que tenemos mucho de qué hablar...

Por primera vez. Sí, ahora tenían de qué hablar, se dio cuenta Mark de pronto. El corazón le subió flotando de alivio por el pecho. Desgraciadamente, también subió otra interrupción, por el tubo. Un hombre con la librea de Fell que se asomó sobre el riel. Al verlo lo saludó militarmente.

- Tengo una entrega por correo para un individuo llamado Mark - dijo.

- Yo soy Mark.

El correo trotó hasta él, le pasó un escáner de comprobación por la cara para confirmar la identidad, abrió una pequeña caja que llevaba fija a la muñeca y le entregó una tarjeta en un sobre sin marcas.

- Las felicitaciones del barón Fell, señor. Confía en que esto le ayude a usted a darse prisa.

Los créditos. Y una indirecta muy directa.

- Mis felicitaciones al barón Fell, y... y... ¿qué queremos decirle al barón, Miles?

- Yo lo dejaría en *Gracias* - aconsejó Miles -. No agreguemos nada, por lo menos no hasta que estemos muy, pero que muy lejos.

- Dígale que gracias - le dijo Mark al correo, que asintió y se marchó como había venido.

Mark echó una mirada a la comuconsola de Azucena en un rincón de la habitación. Parecía muy lejos. La señaló.

- ¿Podrías... eh... traerme el lector remoto de esa comuconsola, Miles?

- Claro. - Miles se lo alcanzó.

- Predigo - dijo Mark, sacudiendo la tarjeta en el aire - que voy a tener poco cambio, pero no tan poco como para arriesgarme a volver con Fell y discutirsele. - Insertó la tarjeta en la ranura y sonrió -. Listo.

- ¿Cuánto? - preguntó Miles, estirando el cuello.

- Bueno, ésa es una pregunta muy personal - dijo Mark. Miles volvió a su posición anterior, con cara de culpable -. ¿Te acostaste con esa doctora?

Miles se mordió el labio y su curiosidad luchó con sus modales de caballero. Mark lo miró. Estaba muy interesado en el resultado. Personalmente, se inclinaba por la curiosidad.

Miles respiró hondo.

- Sí - dijo por fin.

*Eso pensaba.* Ah, la suerte de los dos estaba dividida exactamente por la mitad: Miles tenía la buena y él, el resto. Pero esta vez no.

- Dos millones.

Miles silbó.

- ¿Dos millones de marcos imperiales? ¡Impresionante!

- No, no. Dos millones de dólares betaneses. Unos... ocho millones de marcos, creo yo. Yo diría que cerca de diez, según cómo esté el cambio. De todos modos no es el diez por ciento del valor de la Casa Ryoval. Más bien el dos. - Mark calculaba en voz alta. Y tuvo la alegría completa y extraña de dejar a Miles Vorkosigan sin habla.

- ¿Y qué vas a hacer con todo eso? - preguntó Miles por fin.

- Invertir - dijo Mark decididamente -. Barrayar tiene una economía en expansión, ¿no es cierto? - Hizo una pausa -. Primero, claro está, voy a apartar un millonaje para SegImp por sus servicios en los últimos cuatro meses.

- ¡Nadie le da dinero a SegImp!

- ¿Por qué no? Tus operaciones mercenarias, por ejemplo. ¿No se supone que ser mercenario da ganancias? La Flota Dendarii podría ser una inversión que le diera dinero a SegImp, si la administraran bien.

- La ganancia es en consecuencias políticas - dijo Miles con decisión -. Pero... si de veras piensas darles dinero, quiero estar ahí... Quiero ver la cara de Illyan.

- Si te portas bien, te voy a dejar venir conmigo. Y te aseguro que pienso hacerlo. En serio. Hay algunas deudas que no puedo pagar. - Pensó en Phillipi y los demás -. Pero pienso pagar las que pueda. Una a una. Y cuando termine con eso, puedes tener la completa seguridad de que voy a quedarme con el resto. Creo que puedo duplicarlo en seis años y volver al lugar en que empecé. Tal vez más. Es mucho más fácil hacer dos millones de un millón que dos dólares de uno. Creo que entiendo el juego. Voy a estudiarlo.

Miles lo miró, fascinado.

- Eso puedo imaginármelo.

- ¿Tienes idea de lo desesperado que estaba cuando empecé lo del ataque? ¿O del miedo que sentía? Pienso tener un valor tal que nadie pueda volverme a ignorar, aunque el valor se mida sólo en dinero. El dinero es una especie de poder que casi todo el mundo puede tener. Ni siquiera necesitas un Vor delante del nombre. - Sonrió -. Tal vez, después de un tiempo, tenga una casa, algo mío. Como la de Ivan. Después de todo, sería raro seguir viviendo en casa de mis padres a los... veintiocho años, digamos.

Eso era más que suficiente para Miles por un día. Se sentía capaz de dar la vida por su hermano, lo había demostrado incluso, pero tendía a hacer que la gente que lo rodeaba se convirtiera en extensiones de su propia personalidad. *No soy tu anexo. Soy tu hermano.* Sí. A Mark le parecía que ahora los dos iban a ser conscientes de eso. Se dejó caer en la silla. Un gesto de cansancio, pero estaba feliz.

- Creo - dijo Miles, que afortunadamente seguía sorprendido - que tú eres el primer Vorkosigan en cinco generaciones que gana algo emprendiendo negocios. Bienvenido a la familia.

Mark asintió. Se quedaron un rato callados.

- No es la respuesta - suspiró Mark por fin. Hizo un gesto a su alrededor a la Clínica Durona y también a todo Jackson's Whole -. Este asunto del rescate de los clones. Aunque voláramos a Vasa Luigi en pedazos, alguien arrancararía con el negocio exactamente en el mismo punto en que lo dejara la Casa Bharaputra.

- Cierto - aceptó Miles -. La verdadera respuesta tiene que ser técnica y médica. Alguien va a salir con otro truco de extensión de la vida, algo mejor, más seguro. Estoy seguro de que eso pasará tarde o temprano. Hay muchos trabajando en ello, en muchos lugares. La técnica del trasplante de cerebro es demasiado arriesgada para ser buena competencia. Tarde o temprano desaparecerá.

- Yo... no tengo talento alguno para lo técnico o lo médico - dijo Mark -. Mientras tanto, seguimos con la carnicería. Tengo que repasar el problema. Algún día.

- Pero hoy no - dijo Miles con firmeza.

- No. Hoy no. - Mark vio por la ventana un transbordador que bajaba en las instalaciones de las Durona. Pero no era el de los Dendarii. Hizo un gesto -. ¿Ése es nuestro transporte?

- Eso creo - dijo Miles, y fue hasta la ventana y miró hacia abajo -. Sí.

Y después ya no hubo tiempo. Mientras Miles dirigía las cosas, Mark aprovechó para llamar a una docena de Duronas y pedirles que sacaran su cuerpo doblado, duro, medio, medio paralítico del sillón de Azucena Durona y lo colocaran en una camilla flotante. Le temblaban las manos retorcidas. No pudo controlarlas hasta que Azucena se mordió los labios y le dio otro hipospray de algo maravilloso. Estaba totalmente satisfecho de que lo llevaran horizontalmente. El pie roto era una razón socialmente aceptable para no caminar. Sabía que tenía un aspecto aceptablemente inválido con la pierna levantada a la vista de todos. Tanto mejor: eso haría que los tipos de Seglmp lo llevara directamente a su cabina cuando llegara arriba.

Por primera vez en su vida, iba camino de casa.

32

Miles miró el viejo espejo de la antecámara de la biblioteca de la Casa Vorkosigan, el que había traído a la familia la madre del general conde Piotr como parte de la dote: un espejo enorme con el marco muy labrado por algún artesano de los Vorrutyer. Estaba solo en la habitación. Nadie lo miraba. Se acercó al cristal y examinó, inquieto, su propio reflejo.

La túnica escarlata del uniforme de desfiles de Seglmp no le hacía demasiados honores a su piel, demasiado pálida siempre, incluso en sus mejores días. Él prefería la elegancia más austera de los verdes de fiesta. El alto cuello bordado en oro no era lo suficiente alto como para esconder las dos cicatrices gemelas a los lados del cuello. Los cortes se volverían blancos y se desvanecerían con el tiempo pero mientras tanto llamaban la atención. Pensó en cómo haría para explicarlo. *Heridas de duelo. Perdí. O tal vez, Los dientes de alguien en el amor.* Sí, eso le gustaba más. A diferencia de lo que pasaba con el terrible recuerdo de la granada, no se acordaba de la razón de esas dos. Eso lo perturbaba mucho más que la visión de su muerte: que pudieran sucederle cosas de tal importancia y que él no las recordara, no pudiera recordarlas.

Bueno, él sabía que tenía un problema de salud y las heridas eran tan esmeradas que casi parecían quirúrgicas. Tal vez la gente lo dejaría pasar sin hacer comentarios. Dio un paso atrás frente al espejo para mirarse de conjunto. Todavía le colgaba un poco el uniforme a pesar de los grandes esfuerzos de su madre para hacerle comer más durante las semanas que habían pasado desde su vuelta a casa. Finalmente, ella le había pasado el problema a Mark, confiando en su experiencia. Mark había sonreído, realmente alegre y había perseguido a Miles sin descanso ni piedad. Y a decir verdad, las atenciones de su hermano estaban funcionando. Miles se sentía mejor. Más fuerte.

El Baile de la Feria de Invierno era lo bastante social, sin obligaciones militares ni gubernamentales formales, como para dejar en casa el conjunto de las dos espadas de ceremonia. Ivan usaría las suyas, pero Ivan tenía la altura necesaria para llevarlo todo. En Miles, la espada larga parecía realmente tonta, rozaba el suelo, para no mencionar los problemas que podía ocasionar tropezando con ella o golpeando a la pareja de baile en la espinilla.

Sonido de pasos en la arcada; Miles se volvió con rapidez y giró una pierna para reclinarsse contra un sillón, mientras fingía una resistencia absoluta frente a la seducción

narcisista del reflejo.

- Ah, ahí estás. - Mark entró en la antecámara y se detuvo ante el espejo para mirarse. ¿Le quedaba bien la ropa nueva? Sí, le quedaba bien. Mark había conseguido el nombre del sastre de Gregor, un secreto muy bien guardado por SegImp. No le había resultado difícil: una llamada a Gregor y una pregunta. La hechura suelta de la chaqueta y los pantalones era agresivamente civil pero de alguna forma seguía siendo elegante. Los colores honraban la Feria de Invierno: un verde tan oscuro que parecía negro, bordeado de un rojo tan oscuro que parecía negro. El efecto resultante era una mezcla entre lo festivo y lo siniestro, como una bomba pequeña y alegre.

Miles pensó en ese extraño momento en que había estado convencido de que él era Mark, en el volador de Rosa. Qué terrible le había parecido ser Mark, qué tremendamente desolador. El recuerdo de esa desolación le hizo temblar. *¿Él se siente así todo el tiempo?*

*Bueno, ya no. No, si yo puedo evitarlo.*

- Te ves bien - le dijo.

- Sí. - Mark sonrió -. Y tú no estás tan mal. Yo diría que no pareces tan cadavérico.

- Tú también estás mejorando. Despacio. - Y era cierto. Las distorsiones más alarmantes de los horrores a los que lo habían sometido Ryoval, fueran cuales fuesen (Mark se negaba absolutamente a hablar de ellos), estaban desvaneciéndose gradualmente. Pero quedaba un residuo de carne -. *¿Qué peso vas a elegir?* - preguntó con curiosidad.

- Lo estás viendo. O no habría invertido una fortuna en vestuario.

- Eh... ¿y te sientes bien así? - preguntó Miles, incómodo.

A Mark le brillaron los ojos.

- Sí, gracias. Me siento muy cómodo con la idea de que un francotirador tuerto sería incapaz de confundirme contigo aunque estuviera a dos kilómetros de distancia en medio de una tormenta de medianoche...

- Ah, bueno. Creo que tienes razón.

- Sigue haciendo ejercicio - le aconsejó Mark con cordialidad -. Te sienta bien. - Se sentó y levantó los pies.

- ¿Mark? - llamó la condesa desde el vestíbulo -. ¿Miles?

- Aquí - dijo Miles.

- Ah - dijo ella y apareció en la puerta de la antecámara -. Estáis aquí los dos. - Sonrió con alegría maternal, una alegría posesiva y satisfecha. Miles no pudo evitar sentirse protegido y reconfortado, como si el último pedacito de hielo de la crío-terapia se hubiera fundido por fin en su cuerpo, con un vaho agradable. La condesa tenía puesto un vestido nuevo, más adornado que los que usaba en general, todo en verde y plata, con gorguera, alforzas y una cola, una fiesta de telas. No la hacía dura, al contrario: ningún vestido se hubiera atrevido a hacerlo. La condesa jamás se dejaba intimidar por su ropa. Al contrario. Los ojos le brillaban más que los bordados de plata.

- ¿Papá nos espera? - preguntó Miles.

- Baja dentro de un momento. Insisto en que nos vayamos a medianoche. Vosotros podéis quedaros si queréis, pero presiento que él va a excederse para demostrar a las hienas que está demasiado fuerte para que le salten encima, aunque la verdad es que las hienas ya no están a su alrededor. El acto reflejo de toda una vida. Al pobre Primer Ministro Racozy lo va a poner loco sentir la mirada de Aral sobre su hombro. Después de la Feria de Invierno, creo realmente que tenemos que salir de la capital y pasar un tiempo en Hassadar.

Miles, que tenía una excelente idea de lo mucho que costaba reponerse de una cirugía de pecho, dijo:

- Creo que podrás convencerlo.

- Por favor, dile que me apoyas. Yo sé que él no puede engañarte a ti y él también lo

sabe. Ah... ¿y qué te parece que puedo esperar esta noche, desde el punto de vista médico?

- Va a bailar dos veces, la primera para demostrar que lo puede hacer y la segunda para demostrar que la primera no era sólo una demostración. Después de eso, no creo que tengas dificultad en persuadirlo de que se siente - predijo Miles con confianza -. Si tú juegas a la madre gallina con él, él podrá fingir que lo hace para darte el gusto y no porque está a punto de derrumbarse. Hassadar me parece un buen plan.

- Sí. Barrayar no tiene demasiada idea de qué hacer con sus hombres fuertes cuando dejan el gobierno. Tradicionalmente, están decentemente muertos y no dando vueltas con comentarios sobre sus sucesores. Aral va a ser algo así como el primero. Aunque Gregor tuvo una idea horrenda.

- ¿Ah, sí?

- Está murmurando algo sobre el Virreinato de Sergyar para Aral cuando se recupere del todo. El virrey le está rogando que lo deje volver a casa. Más bien se lo pide a gritos. No me puedo imaginar una tarea más difícil y menos reconocida que la de gobernar en una colonia. Cualquier hombre honesto desaparece aplastado, tratando de hacer de interfase entre dos necesidades en conflicto: la del gobierno por encima y la de los colonos por debajo. Te agradeceré que hagas lo que puedas para disuadir a Gregor de eso.

- Ah, no sé, no sé. - Alzó las cejas -. Quiero decir, qué proyecto para un hombre retirado de la vida pública... Todo un planeta para jugar. Sergyar. ¿No lo descubriste tú cuando eras capitana de Investigaciones Astronómicas Betanas?

- Sí. Si la expedición militar barrayarana no hubiera llegado antes que nosotros, Sergyar sería una colonia hermana de Beta. Y estaría mucho mejor administrada, te lo aseguro. Realmente necesita a alguien que la gobierne. Los asuntos ecológicos están pidiendo a gritos una cabeza inteligente. Quiero decir, ¿qué me dices de la plaga de gusanos? Un poco de prudencia estilo betanés habría... buen. Ya lo resolverán, supongo.

Miles y Mark se miraron. No era telepatía. Pero la idea de que tal vez Aral Vorkosigan no era el único experto activo de cierta edad que Gregor podría exportar a Sergyar era algo que aparentemente compartían los dos.

Mark frunció el ceño.

- ¿Y cuándo podría ser esto, señora?

- No antes de un año.

- Ah. - Mark parecía contento.

Pym asomó la cabeza por la arcada.

- Listos, señora - informó.

Todos entraron en el gran salón blanco y negro y encontraron al conde al pie de la escalera curvada. Él los miró uno por uno con alegría a medida que llegaban.

El conde había perdido peso debido a la operación, pero eso sólo le daba un aspecto más atlético en su ropa roja y azul. Llevaba el uniforme y las espadas con espontánea facilidad. Miles suponía que en tres horas quedaría agotado, pero antes habría dejado una primera impresión duradera entre los muchos observadores de su primera salida formal con el corazón nuevo. Tenía un color excelente, la mirada tan penetrante como siempre. No le quedaba un solo cabello que no fuera canoso. Pero, fuera de eso, se habría podido pensar que iba a vivir para siempre.

Excepto que Miles ya no pensaba una cosa de ese tipo. El ataque cardíaco lo había dejado alelado, aterrorizado. Retroactivamente. No era porque su padre tuviera que morir algún día, tal vez antes que él - ése era el orden correcto de las cosas y Miles no deseaba que fuera al revés, por el conde mismo - pero sí por el hecho de que Miles no estaría allí cuando sucediera. Cuando él lo necesitara. Tal vez estaría pasándoselo bien con la Flota Dendarii, por ejemplo, y no lo sabría hasta al cabo de semanas y semanas. *Demasiado tarde.*

Como los dos iban de uniforme, el teniente saludó militarmente a su padre almirante con el tinte de ironía con el que solía hacerlo cuando estaban en familia. Miles hubiera preferido abrazarlo, pero habría parecido raro.

A la mierda con lo que pareciera o dejara de parecer. Caminó hasta su padre y lo abrazó.

- Hey, muchacho - dijo el conde, sorprendido y contento -. No está tan mal la cosa, en serio. - Después de devolverle el abrazo, retrocedió y los miró a todos: su elegante esposa, sus dos hijos, sí, ahora eran dos. Sonriendo con la misma sensación de posesión que un hombre rico, abrió los brazos como para abrazarlos a todos, un segundo, casi como con vergüenza -. ¿Están listos los Vorkosigan para atacar la Feria de Invierno? Querida capitana, presiento que se no van a rendir inmediatamente. ¿Cómo anda tu pie, Mark?

Mark sacó el pie derecho y lo retorció en el aire.

- Listo para ser pisado por cualquier doncella Vor con cien kilos, señor. Tengo las puntas de acero por debajo - agregó a Miles, a un lado -. No pienso correr riesgos.

La condesa se cogió del brazo de su esposo.

- Adelante amor. Victoria para los Vorkosigan.

Convalecencia para los Vorkosigan, sería una frase más adecuada, pensó Miles. *Pero deberían ver cómo dejamos a los otros...*

A Miles no le sorprendió en absoluto que la primera persona que encontraran en la fiesta al entrar en la Residencia Imperial fuera Simon Illyan.

Illyan estaba vestido como siempre para esas funciones: un uniforme de desfile rojo y azul que escondía una multitud de conexiones y uniones de comu.

- Ah, está aquí en persona esta noche - murmuró el conde, viendo a su antiguo jefe de Seguridad al otro lado del vestíbulo -. Entonces no creo que haya grandes líos en otra parte. Me alegro sinceramente.

Entregaron lo que traían para protegerse de la nieve al personal de Gregor. Miles estaba temblando. Llegó a la conclusión de que la última aventura le había desequilibrado el calendario. Siempre se las arreglaba para conseguir una misión fuera del planeta en invierno. Illyan hizo un gesto de reconocimiento y se acercó a ellos.

- Buenas noches, Simon - dijo el conde.

- Buenas noches, señor. Todo tranquilo, por ahora.

- Me alegro. - El conde levantó una ceja, divertido -. Estoy seguro de que el Primer Ministro Racozy se alegrará de saberlo.

Illyan abrió la boca pero volvió a cerrarla.

- Ah... La costumbre - dijo, avergonzado. Miró al conde Vorkosigan con una especie de frustración, como si la única forma que conociera de relacionarse con su comandante de treinta años fuera presentarle informes. Pero el almirante conde Vorkosigan ya no los recibía -. Me siento muy raro - admitió.

- Ya se acostumbrará, Simon - le aseguró la condesa Vorkosigan. Y sacó decidida a su esposo de la órbita de Illyan. El conde le dirigió un vago saludo al partir.

Illyan miró a Miles y a Mark.

- Mm - dijo con el tono del hombre que acaba de salir perdiendo en un intercambio de caballos.

Miles se puso derecho. Los médicos de Seglmp le habían dado el alta para volver al servicio en dos meses, dependiendo de los resultados de un último examen físico. Él no se había molestado en mencionarles el problema de las convulsiones. Tal vez la primera había sido un efecto de la pentarrápida. Y la segunda y la tercera, reacciones contra las drogas. No había tenido más. Illyan lo miró y movió la cabeza.

- Buenas noches, señor - dijo Mark a Illyan -. ¿Seglmp mandó mi regalo de Feria de Invierno a los clones?

Illyan asintió.

- Quinientos marcos a cada uno, enviados individualmente y a tiempo, sí, señor.

- Me alegro. - Mark le sonrió con una sonrisa tensa, una de esas sonrisas tuyas que hacían que uno se preguntara lo que estaba pensando. Los clones eran el pretexto que había dado Mark a Illyan para entregar a Seglmp el millón de dólares betaneses que había jurado entregarle; los fondos pagaban los gastos de los clones, la escuela exclusiva, entre otros. Illyan se había quedado tan impresionado que se había puesto absolutamente robótico, efecto que Miles había observado con gran fascinación. Para el momento en que los clones pudieran arreglarse solos, el millón casi se habría terminado, según había calculado Mark. Pero los regalos de la Feria de Invierno habían sido personales y separados, uno para cada uno.

Mark no preguntó qué habían dicho los clones, aunque Miles se moría de ganas por saberlo. En lugar de eso, hizo un gesto como si Illyan fuera un empleado con el que había terminado un asunto de poca importancia y se dirigió al salón. Miles se despidió y lo alcanzó. Mark reprimía una enorme sonrisa, y tenía una mirada satisfecha.

- En este tiempo - le confió Mark a Miles en voz baja -, me preocupaba porque nunca me habían hecho un regalo. Nunca se me cruzó por la cabeza preocuparme por no haber *entregado* uno. La Feria de Invierno es una fiesta maravillosa, ¿sabes? - Suspiró -. Ojalá hubiera conocido lo suficiente a esos clones y hubiera podido elegir algo para cada uno. Bien elegido. Pero por lo menos ellos pueden elegirlo solos. Es como darles dos regalos en uno. ¿Cómo diablos conseguís algo para regalarle a... digamos, Gregor?

- Recurrimos a la tradición. Doscientos litros anuales de mermelada de arce de las montañas Dendarii, enviados a su casa, y listo. Si crees que Gregor es difícil, piensa en nuestro padre... Es como tratar de darle un regalo de Feria de Invierno al Padre Invierno en persona.

- Sí, ya pensé en eso.

- A veces no se puede devolver a alguien lo que hace por ti. Lo único que se puede hacer es darle algo. Todo lo posible. Y seguir dándoselo. ¿Les... les firmaste los créditos a esos clones?

- Algo así. En realidad, firmé «Padre Invierno». - Mark se aclaró la garganta -. Ése es el propósito de la Feria de Invierno, creo yo. Enseñar a... a seguir dando. Ser Padre Invierno es el final del juego, ¿verdad?

- Eso creo.

- Estoy empezando a entenderlo. - Mark asintió, decidido.

Caminaron juntos hacia el salón de recepción, y buscaron bebidas. Estaban mirándolos mucho, notó Mark, divertido; miradas disimuladas de la flor de los Vor, reunidos allí como todos los inviernos. *Ah, Barrayar. Sí que tenemos una sorpresa para ti.*

*Mi hermano me sorprendió a mí, eso no puedo negarlo.*

Iba a ser muy divertido tener a Mark como hermano. *Un aliado por fin... Creo...* Miles se preguntó si alguna vez podría hacer que Mark amara a Barrayar como él. La idea lo puso extrañamente nervioso. Mejor no amar demasiado a ese planeta. Barrayar podía ser letal como objeto de amor... Y al mismo tiempo, era todo un desafío. Tenía suficientes desafíos para seguir siempre adelante: no había necesidad de nada artificial. Pero debería tener cuidado con cualquier cosa que Mark pudiera interpretar como un intento de dominación. La alergia intensa de Mark contra cualquier intento de control era perfectamente comprensible, pensaba Miles, pero hacía que ser su mentor fuera una tarea bastante delicada.

*Será mejor que no hagas un trabajo demasiado bueno, hermano mayor. Ahora eres prescindible, ya lo sabes.* Se pasó una mano por el uniforme brillante, muy consciente de lo que significaba *prescindible*. Y sin embargo, que el discípulo le ganara al maestro era la última victoria del maestro. *Una paradoja fascinante. No puedo perder.*

Miles sonrió. *Sí, Mark. Atrápame si puedes. Si puedes.*

- Ah. - Mark hizo un gesto hacia un hombre en uniforme color borraño de Vor, al otro



lado del salón -. Aquél de allí, ¿no es lord Vorsmythe, el industrial?

- Sí.

- Me encantaría hablar con él. ¿Le conoces? ¿Puedes presentarme?

- Claro. Estás pensando en invertir, ¿eh?

- Sí. He decidido diversificarme. Dos tercios de inversiones en Barrayar y un tercio en la galaxia.

- ¿En la galaxia?

- Voy a poner algo de dinero en tecnología médica de Escobar.

- ¿Azucena?

- Sí. Necesita capital. Yo voy a ser uno de esos socios sin voz. - Mark dudó -. La solución tiene que ser médica, ya sabes... ¿Apostarías a que las Durona no me van a dar ganancias?

- No. No creo. En realidad voy a tener mucho interés en apostar en tu contra.

Mark sonrió abiertamente.

- Ya veo. Tú también estás aprendiendo.

Miles presentó a Mark y lord Vorsmythe. Vorsmythe estaba fascinado: por fin encontraba a alguien que quería hablar de su trabajo allí mismo, en la Feria. La mirada aburrida se desvaneció de su cara apenas oyó la primera pregunta exploratoria de Mark. Miles dejó a su hermano solo. Vorsmythe hacía gestos expansivos. Mark escuchaba como si tuviera una grabadora funcionándole en la cabeza. Miles se alejó para no molestarlos.

Vio a Delia Koudelka al otro lado del salón y se acercó a ella para pedirle un baile para más tarde, y así eliminar a Ivan. Si tenía suerte, tal vez ella le daría la oportunidad de hablar de sus heridas de duelo...

33

Después de una charla fascinante sobre los sectores económicos de alto crecimiento en Barrayar, Vorsmythe tuvo que irse con su esposa, que lo estaba reclamando. Se separó de Mark sin ganas, y prometió enviarle algunos folletos.

Mark buscó a Miles con la vista. El conde no era el único Vorkosigan en peligro de pasarse físicamente esa noche mientras trataba de probar su salud a los observadores de alta alcurnia, y Mark lo sabía.

Por defecto, se había convertido en confidente de Miles en cuanto a ciertos autoexámenes que su hermano no quería compartir con sus superiores de SegImp. Habían compartido revisiones de bases de conocimiento, material viejo que iba desde matemática del quinto espacio hasta regulares de SegImp. Mark hizo una sola broma sobre el asunto; la broma le demostró la profundidad del terror que obligaba a Miles a seguir con los exámenes, especialmente cuando encontraba un agujero en su memoria. A Mark le molestaba muchísimo la duda, la extraña lentitud desesperada en su hermano mayor. Esperaba que Miles recuperara pronto su confianza en sí mismo, tan odiosa desde siempre. Era otra vez esa extraña reciprocidad: Miles tenía cosas que quería recordar y no podía; Mark se debatía contra cosas que quería olvidar. Y no podía.

Alentaría a Miles para que hiciera de guía un poco más. Miles disfrutaba de ser el experto: eso lo ponía automáticamente en la única posición a la que era adicto. Sí, que expandiera un poco su ego, siempre tan inflable. Ahora Mark podía tolerarlo. Le disputaría una carrera más adelante, cuando Miles recuperara su antigua velocidad, cuando fuera más deportivo.

Finalmente, Mark saltó sobre una silla, estiró el cuello y vio a su hermano saliendo de la habitación en compañía de una mujer rubia que llevaba un vestido de terciopelo azul: Delia Koudelka. La hermana más alta de Kareen. *Están aquí. Dios.* Abandonó la silla y fue

a buscar a la condesa. La encontró al cabo de un rato en un salón del tercer piso charlando con otras mujeres mayores, obviamente amigas. Ella vio la sonrisita ansiosa de él y se disculpó. Se reunieron en un rincón del corredor alfombrado.

- ¿Tienes problemas, Mark? - preguntó ella, arreglándose las faldas sobre un pequeño sofá. Él se sentó, nervioso, al otro lado.

- No lo sé. Los Koudelka están aquí. Prometí bailar con Kareen en este baile si volvía a casa a tiempo. Y... le había pedido que tuviera una charla... sobre mí... ¿Charlasteis las dos?

- Sí.

- ¿Y qué sabe ella ahora?

- Bueno, fue una conversación muy larga...

*Ah, mierda...*

- Pero en general le dije que yo creía que eras un muchacho inteligente que había tenido experiencias muy desagradables, pero que si alguien te convencía de usar tu mente para resolver tus problemas, yo te apoyaría para que pidieras su mano.

- ¿Terapia betanesa?

- Algo así.

- Estuve pensando en la terapia betanesa. Mucho. Pero tengo terror de que las notas de mi terapeuta terminen en el informe de un analista de SegImp. No quiero ser un maldito espectáculo. - *Otra vez.*

- Creo que yo podría arreglar eso.

- ¿En serio? - Él levantó la vista, esperanzado y alerta -. ¿Aunque no pudieras leer los informes?

- Sí.

- Es... estaría muy agradecido.

- Entonces, te lo prometo. Mi palabra como Vorkosigan.

Una Vorkosigan por adopción. Todavía más que él. Pero él no dudaba de su palabra. *Contigo, madre, todo es posible...*

- No sé qué detalles le contaste a Kareen...

- Muy pocos. Después de todo, sólo tiene dieciocho años. Apenas si termina de asimilar su nueva condición de persona adulta. Otros asuntos, más... avanzados podrían esperar un poco, creo yo. Tiene que terminar sus estudios antes de aceptar ningún compromiso mayor - agregó con severidad.

- Ah... - Él no estaba seguro de si eso lo aliviaba o no -. De todos modos, todo eso está un poco anticuado. Ahora he adquirido... otros problemas. Mucho peores.

- Eso no es lo que yo veo, Mark. A mí me pareces mucho más centrado y relajado desde que tú y Miles volvisteis de Jackson's Whole. Aunque no pretendas hablar del asunto.

- No lamento conocerme a mí mismo, señora. Ni siquiera lamento... ser yo mismo. - *Yo y la banda negra de fogoneros* -. Pero lamento estar tan lejos de Kareen. Creo que soy un monstruo, sí, alguna clase de monstruo. Y en la obra, Calibán no se casa con la hija de Próspero. Yo diría que más bien le pegan y lo encierran por intentarlo.- Sí, ¿cómo hablarle a alguien como Kareen de Eructo, Jadeo, Aullido y Asesino, sin asustarla ni asquearla? ¿cómo podía impedirle que alimentara sus apetitos anormales? Ni siquiera en el más salvaje de los sueños... Era imposible. Mejor no intentarlo.

La condesa sonrió con inteligencia.

- Hay varias cosas que no encajan en tu analogía, Mark. En primer lugar, no sé lo que crees que eres, pero sea lo que sea, yo garantizo que no eres subhumano. Y Kareen no es superhumana tampoco. Aunque si sigues tratándola como si fuera un premio y no una persona, también te garantizo que vas a meterte en otro tipo de problemas. - Levantó las cejas para reafirmar sus palabras -. Agregué, como condición para bendecir su petición de mano, la sugerencia de que ella aproveche la oportunidad de instruirse en otras cosas

mientras pasa su año de estudios en Colonia Beta. Creo que un poco más de educación betanesa en ciertos asuntos personales podría llevarla muy lejos. Aprendería cómo ampliar sus percepciones lo suficiente como para admitir... complejidades sin atragantarse con ellas. Aprendería cierta visión de la realidad que una muchacha de dieciocho años no puede adquirir en Barrayar.

- Ah. - Atacar el problema desde el lado de Kareen: ésa era una idea que nunca se le había ocurrido. Tenía... tanto sentido... -. Yo también había pensado en ir a estudiar a Colonia Beta el año que viene. Algo de educación galáctica le vendría bien a mi currículum, sobre todo cuando me presente para el trabajo que tengo pensado. No quiero dejarlo todo en manos del nepotismo.

La condesa inclinó la cabeza, divertida.

- Bien. Me parece que tienes unos buenos planes a largo alcance, sólidos, bien coordinados... Metas posibles. Lo único que tienes que hacer es llevarlos a cabo. Los apruebo. Enteramente.

- Largo alcance. Sí, pero esta noche es ahora...

- ¿Y cuáles eran tus planes para esta noche, Mark?

- Bailar con Kareen.

- No veo el problema. Se te permite bailar. Seas lo que seas. Esta no es la obra de teatro, Mark. Y el viejo Próspero tiene muchas hijas. Tal vez hasta haya una que tenga un gusto extraño por los tipos raros.

- ¿Extraño? ¿Hasta qué punto?

- Ah... - La condesa levantó la mano y la puso justo a la altura de la cabeza de Mark -. Por lo menos hasta ahí. Baila con ella, Mark. Ella cree que eres interesante. La madre Naturaleza le da cierto sentido del romance a los jóvenes y les pide que reemplacen la prudencia con él. Es un truco para perpetuar la especie. Y nos hace crecer.

Cruzar el salón de baile de la Residencia y saludar a Kareen Koudelka parecía la cosa más terrible que hubiera hecho Mark voluntariamente en su vida, incluido el primer combate con los Dendarii en Jackson's Whole. Pero ahí termina el parecido porque después de eso las cosas *mejoraron*.

- ¡Lord Mark! - dijo ella, feliz -. Me dijeron que estabas aquí.

*¿Qué? ¿Preguntaste por mí?*

- He venido a cumplir con mi palabra y a pedir mi baile, milady. - Consiguió hacer una reverencia al estilo Vor.

- ¡Qué bien! Ya era hora. Te he reservado la danza del espejo y los reels escoceses.

Los bailes sencillos que imaginaba que él podía seguir.

- Hice que Miles me enseñara los pasos del Minuet de Mazeppa la semana pasada - agregó él, esperanzado.

- Perfecto. Ah, ahí está la música... - Ella lo arrastró a la pista.

Llevaba un vestido verde oscuro con adornos rojos que le destacaba los bucles rubios. En un ataque de paranoia, Mark se preguntó si el vestido no estaría coordinado con su ropa en cuanto al color. No, tenía que ser una coincidencia. *¿Cómo...? Mi sastre a mi madre a su madre a ella. Mierda, un analista de SegImp tendría que saber seguir ese rastro de flujo de información.*

Por desgracia, Jadeo tenía una tendencia enervante a desvestirla mentalmente y cosas peores, y lo distraía permanentemente. Pero esa noche, Jadeo no tendría permiso para hacer uso de la palabra. *Éste es trabajo de lord Mark. Y esta vez él no piensa dar al traste con las cosas.* Jadeo podía quedarse allí escondido y aumentar su presión todo lo que quisiera. Lord Mark encontraría un uso para esa presión. Empezando por mantener el ritmo. Había un baile - sí, el Minuet de Mazeppa - en el que los dos bailarines se tocaban uno al otro, sosteniendo la mano o la cintura, durante casi todo el tiempo.

*Toda riqueza verdadera es biológica*, había dicho el conde. Mark entendía por fin. Con

todos sus millones de dólares betaneses, él no podía comprar eso, esa luz en los ojos de Kareen. Aunque el dinero no sobraba, claro... ¿cuál era ese maldito pájaro terrestre que construía nidos sofisticados para atraer a una compañera?

Estaban en el medio de una danza del espejo.

- Bueno... Kareen... tú eres mujer. Yo... bueno, discutí con Ivan. ¿Cuál crees que es el mayor atractivo que puede tener un tipo? ¿Un volador, riqueza... jerarquía? - Esperaba que su tono sugería que estaba haciendo una investigación científica... Nada personal, señora.

Ella se mordió los labios.

- Chispa, inteligencia - dijo, por fin.

*Sí... Y ¿en qué comercio vas a comprar eso con todos tus dólares betaneses, muchacho?*

- Danza del espejo. Mi turno - dijo Kareen -. ¿qué es lo más importante que puede tener una mujer?

- Confianza - le contestó él sin pensar, y luego se puso a reflexionar tanto en ello que casi perdió el paso. Iba a necesitar una montaña de confianza. Sin exagerar. *Bueno, empieza a construirla esta noche, Lord Mark, viejo amigo. Una cosa por vez, por favor.*

Se las arregló para hacerla reír en voz alta cuatro veces después de eso. Las contó cuidadosamente.

Comió demasiado (hasta Eructo estaba saciado a su modo), bebió demasiado, habló demasiado y bailó realmente demasiado. En general, lo pasó estupendamente. El baile fue un poco inesperado. Kareen lo llevó sin ganas hasta un grupo de amigas curiosas. Él les interesaba por la novedad, le pareció, pero esa noche no quería estar molesto por nada. Dos horas antes de la medianoche estaba tan estimulado que había empezado a decir tonterías y a cojear. Mejor irse antes de que Aullido tuviera que salir a encargarse de los restos. Además, Miles se había pasado la última hora sentado en silencio en un rincón. No era común en él, pero lo cierto era que parecía aburrido.

Una palabra a un sirviente de la Casa Imperial les trajo el coche de superficie del conde hasta la puerta, con el ubicuo Pym al volante. El guardaespaldas ya había llevado al conde y a la condesa a casa. Miles y Mark se sentaron en el compartimento posterior, los dos bien hundidos en los asientos. Pym salió por la puerta de la Residencia hacia las calles del invierno, calladas y nocturnas. Bueno, nunca serían más calladas que eso, como calles de una capital: apenas había algunos vehículos circulando por ellas. Miles encendió la calefacción y se acomodó, con los ojos entrecerrados.

Mark y su hermano estaban solos en el compartimento. Mark contó el número de personas presentes. Uno, dos. Tres, cuatro, cinco, seis, siete. Lord Miles Vorkosigan y el almirante Naismith. Lord Mark Vorkosigan, Eructo, Jadeo, Aullido y Asesino.

El almirante Naismith era una creación de mucha clase, pensó Mark con un suspiro de envidia. Miles podía sacarlo a fiestas, presentárselo a mujeres, desfilas con él en público en casi cualquier parte excepto en el mismo Barrayar. *Supongo que a mi banda negra le falta savoir faire... pero lo compensamos porque somos más...*

Iban todos juntos, él y la banda negra, en el nivel más profundo. No se podía ejecutar a una parte sin matar al resto. *Así que tengo que cuidarlos a todos. De alguna forma. Vosotros vivís allá abajo en la oscuridad. Porque un día, en alguna hora desesperada, tal vez os necesite de nuevo. Vosotros me cuidasteis. Ahora os cuido yo a vosotros.*

Mark se preguntó qué era lo que cuidaba el almirante Naismith, para Miles. Algo sutil, pero importante... la condesa se daba cuenta. ¿Qué le había dicho ella? *No voy a tener miedo por la cordura de Miles hasta que le corten a ese almirantito.* Por eso había tanta desesperación en el deseo de Miles de recuperar su salud. Su trabajo con SegImp era la vida para el almirante Naismith.

*Creo que entiendo eso, sí.*

- ¿Alguna vez te he pedido disculpas por hacer que te mataran? - preguntó Mark en voz alta.

- No, que yo recuerde... Pero después de todo no fue culpa tuya. Yo no tenía ningún derecho a llevar a cabo esa misión. Debería haber aceptado la oferta de rescate de Vasa Luigi. Pero...

- ¿Pero?

- No quería venderte. Sospecho que ya pensaba hacerle pagar mucho más a Ryoval. Sí, desde ese mismo momento...

- Yo también lo creo. Ah... gracias.

- No estoy seguro de que al final sirviera de mucho - dijo Miles, pidiendo disculpas -. Ryoval lo intentó de nuevo...

- Ah, sí. Al final sirvió, y sirvió mucho. Fue completamente distinto de esta forma. - Mark sonrió levemente, en la oscuridad. La arquitectura salvaje y muy variada de Vorbarr Sultana pasaba al otro lado del vehículo convertida en algo parecido a una unidad bajo la nieve.

- ¿Qué hacemos mañana? - preguntó Mark.

- Dormir - murmuró Miles, asomando apenas por el cuello del uniforme, como si fuera una pasta que desaparece chupada por un tubo.

- Después.

- Las fiestas terminan dentro de tres días, con las fogatas de la Feria de Invierno. Si mis... si nuestros padres van al Distrito, supongo que pasaré la mitad del tiempo en Hassadar y la mitad aquí, ya que Seglmp me autoriza a volver a trabajar. Hassadar es un poquito más cálida que Vorbarr Sultana en esta época del año. Ah... puedes venir conmigo, si quieres.

- Gracias. Acepto.

- ¿Qué piensas hacer?

- Cuando termine tu permiso médico, creo que voy a entrar en una de las universidades de Barrayar.

- ¿En cuál?

- Si el conde y la condesa van a residir en Hassadar, tal vez en la del Distrito.

- Mmm. Tengo que advertirte, la gente es mucho más... rural allá que en Vorbarr Sultana. Vas a encontrarte con una forma de pensar mucho más al estilo barrayarano.

- Excelente. Eso es lo que quiero. Necesito saber cómo manejar a esos tontos sin matarlos accidentalmente.

- Ah... - dijo Miles -, cierto. ¿Y qué vas a estudiar?

- La verdad es que no importa demasiado. Voy a tener un estatus oficial de estudiante y una oportunidad para estudiar a la gente. Los datos los puedo sacar de una máquina. Pero soy muy débil en lo que se refiere a la gente. Hay tanto que aprender. Necesito saber... todo.

Era otro tipo de hambre, esa glotonería insaciable, ese deseo de conocimiento. Un analista de Seglmp tenía que poseer la base de datos más grande que pudiera. Eso era cierto. La gente que había conocido en la máquina de café de los Cuarteles Generales de Seglmp tenía conversaciones brillantes sobre una cantidad de temas sorprendentes, con una profundidad extraordinaria. Iba a tener que darse prisa, si quería competir con esa multitud. Y ganar.

Miles rió.

- ¿Qué es lo que encuentras divertido?

- Me estoy preguntando qué va a aprender Hassadar de ti...

El coche de superficie giró en las puertas de la Casa Vorkosigan y se detuvo.

- Tal vez me levante temprano - dijo Mark -. Hay tanto que hacer...

Miles sonrió, medio dormido, convertido en laguna dentro de su uniforme.

- Bienvenido al principio.

**FIN**